



Las glorias de María

San Alfonso María de Ligorio
Doctor de la Iglesia

Las glorias de María

San Alfonso María de Liguorio
Doctor de la Iglesia

ÍNDICE

Súplica del autor a Jesús y á María	15
Protesta del Santo autor	16
Advertencia del Santo autor	17
Introducción	19
Oración á la bienaventurada virgen para alcanzar una buena muerte	24
Las glorias de María Primera parte	
Capítulo I Dios te salve, reina y madre de misericordia	27
Capítulo II Vida y dulzura	57
Capítulo III Esperanza nuestra, dios te salve	76
Capítulo IV Á ti llamamos los desterrados hijos de Eva	91
Capítulo V Á ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lagrimas	104
Capítulo VI Ea, pues, abogada nuestra	121
Capítulo VII Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos	142

Capítulo VIII

Y después de este destierro, muestranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre..... 148

Capítulo IX

¡Oh clementísima! ¡oh piadosa!..... 167

Capítulo X

¡Oh dulce Virgen María! 174

Oraciones muy devotas de algunos santos a la divina madre

Oración de Efrén 183

Oración de San Bernardo 184

Oración de San Germán 185

Oración del Abad Celense, llamado del idiota..... 186

Oración de Metodio 186

Oración de San Juan Damasceno 187

Oración de San Andrés de Candia 187

Oración de San Idelfonso..... 188

Oración de San Atanasio 188

Oración de San Anselmo..... 188

Oración de San Pedro Damiano 189

Oración de San Guillermo, obispo de París 190

Oración de Santo Tomas de Aquino..... 190

Oración de María santísima, que debe dirigírsele cada día después de la visita á una de sus imágenes 191

Las glorias de María
Segunda Parte

Jaculatorias a María santísima 197

Oración de Blosio a la virgen María 198

Otra del mismo autor 198

Discursos sobre las siete fiestas principales de María

Discurso I

De la inmaculada concepción de María 199

Discurso II

Del nacimiento de María..... 216

Discurso III

De la presentación de María 227

Discurso IV

De la anunciación de María 237

Discurso V

De la Visitación de la virgen 249

Discurso VI

De la purificación de María..... 259

Discurso VII

De la ascunción de María 269

Discurso VIII

Otro discurso sobre la ascunción de María..... 281

Discurso IX

De los dolores de María 291

**Reflexiones sobre cada uno de los
Siete dolores de María en particular**

Sobre el primer dolor 305

Sobre el segundo dolor..... 309

Sobre el tercer dolor..... 313

Sobre el cuarto dolor..... 317

Sobre el quinto dolor..... 321

Sobre el sexto dolor 326

Sobre el séptimo dolor 331

De las virtudes de María Santísima 337

Varios obsequios de devoción á María santísima

Obsequio I..... 364

Obsequio II..... 367

Obsequio III 369

Obsequio IV 371

Obsequio V 372

Obsequio VI..... 374

Obsequio VII..... 375

Obsequio VIII	379
Obsequio IX.....	379
Obsequio X	380

SÚPLICA

DEL SANTO AUTOR

→ A JESÚS Y A MARÍA ←

AMANTÍSIMO Redentor mío y Señor Jesucristo, sabiendo yo, miserable siervo vuestro, cuánto os complacéis con quien procura glorificar á vuestra santísima Madre, que tanto amáis y deseáis que sea amada y reverenciada de todos, he pensado dar á luz este libro que trata de sus *Glorias*. No sé, en verdad, á quién puedo recomendarlo mejor que á Vos, que tanto apreciáis la gloria de esta divina Madre. A Vos, pues, le dedico y recomiendo. Aceptad, Señor, este corto obsequio tributado al amor que os tengo á Vos y á vuestra amantísima Madre. Acogedlo bajo vuestro amparo, derramando sobre sus lectores la luz de la confianza y llamas de amor hacia esa Virgen intaculada, en la que habéis colocado la esperanza y el refugio de todos los redimidos. Y en gracia de mi leve trabajo, concededme, os pido, aquél amor hacia María, que deseo ver encendido en el corazón de cuantos leyeren esta obra.

A Vos me dirijo también, ¡oh dulcísima Señora y Madre mía, María! Vos sabéis que, después de Jesús, en Vos he depositado toda mi esperanza de alcanzar la salud eterna; porque todos mis bienes, mi conversión, mi vocación de dejar el mundo, y las demás gracias que he recibido de Dios, reconozco que me han sido concedidas por vuestra intercesión. Vos sabéis, Señora, que deseoso de excitar en los demás un amor conforme á vuestros merecimientos, y para daros alguna prueba de agradecimiento por los beneficios que me habéis hecho, he procurado ensalzar vuestro nombre en todo tiempo y lugar, pública y privadamente, insinuando á todos vuestra dulce y saludable devoción.

Espero continuar practicándolo hasta el último momento de vida que me queda; pero conociendo que por mi avanzada edad y quebrantada salud se acerca el fin de mi peregrinación y mi entrada en la eternidad, por esto he pensado antes de morir dejar al mundo este libro, en el cual, continuando à ensalzaros, animaré à los demás à publicar vuestras glorias, y la piadosa acogida que dispensáis à vuestros devotos. Confío, amantísima Reina mía, que esta pequeña ofrenda, muy leve, comparada con vuestro mérito, será agradable à vuestro amabilísimo corazón, porque es ofrenda toda de amor. Tended, pues, sobre ella vuestra dulcísima mano, con la que me habéis libertado del mundo y del infierno, y aceptadla y protegedla como cosa vuestra. Pero, Señora, por este pequeño obsequio también pido recompensa: cifrase ésta en acrecentar de aquí en adelante mi amor hacia Vos; en inflamar con el mismo amor à todos aquellos en cuyas manos caiga este libro, avivándoles el deseo de amaros y de veros amada también de los demás, y de emplear todo fervor en publicar y promover cuanto puedan vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosa intercesión. Así lo espero y así sea.

PROTESTA DEL SANTO AUTOR

Obedeciendo los decretos de Urbano VIII, de santa memoria, protesto, que à todos los milagros, revelaciones, gracias y casos que pongo en el libro, como también à los títulos de santo ó beato aplicados à los siervos de Dios no canonizados todavía, no intento atribuirles más autoridad que la puramente humana; fuera de aquellas cosas que han sido confirmadas por la santa Iglesia católica y romana, y por la santa Sede apostólica, de la cual me confieso obediente hijo; y por eso à su juicio me sujeto yo y cuanto he escrito en este libro.

ADVERTENCIA DEL SANTO AUTOR

A fin de que la presente obrita no ofrezca algún defecto á ciertos críticos demasiado severos, he creído del caso ilustrar más claramente algunas proposiciones que en ella pueden encontrarse, y parecer á primera vista muy avanzadas ó tal vez oscuras. He anotado algunas aquí, y en cuanto á las demás, si alguna vez, lector caritativo, se ofrecieren á tu vista, te ruego juzgues que las he escrito y entendido en el sentido de la verdadera y sólida Teología y de la santa Iglesia católica romana, de la cual me confieso hijo muy obediente. En la introducción, refiriéndome al capítulo V de este mismo libro, he dicho que Dios quiere que todas las gracias y favores vengan por mano de María. Esta es una verdad de gran consuelo para las almas timoratas y devotas de María santísima, también para los pobres pecadores que quieren convertirse. Y á nadie debe parecer ajena de la sana Teología, porque el padre de ella San Agustín (1), conformándose con la opinión general, asegura que María cooperó por medio de su caridad al nacimiento espiritual de todos los miembros de la Iglesia. Y un autor célebre, y nada sospechoso de demasiado exagerado ó de imaginación acalorada por una devoción falsa, añade (2): que en el Calvario fué donde Jesucristo instituyó propiamente su Iglesia. Es cierto que la Virgen santísima cooperó de un modo especial y singular á esa institución, y del mismo modo puede decirse que, si ella parió sin dolor alguno á Jesucristo. Cabeza de la Iglesia, luego parió con dolor el cuerpo de aquella cabeza. En el Calvario fué en donde empezó de un modo particular á ser madre de toda la Iglesia, ó, por mejor decir, su Divina Majestad, para glorificar á la Madre del Redentor, determinó y dispuso que el amor entrañable de María ruegue é inter-

1. Lib. de sancta Virginitate, cap. 6.

2. *Mém. Nicole*. Instrucción teológica y moral sobre la oración Dominical, salutación angélica, Instrucción 5, n. 2.

ceda por todos aquellos por los cuales su divino Hijo pagó y ofreció el superabundantísimo precio de su preciosa sangre; en la cual solamente *est salus, vita et resurrectio nostra*. En el sentido de esta doctrina, y de todo cuanto con ella concuerda, entiendo explicar mis proposiciones, las cuales, hasta los santos, no han titubeado en afirmar en sus coloquios afectuosos con María. Uno de los padres antiguos, citado por el celeberrimo Vicente Contensone (1), ha escrito: *In Christo fuit plenitudo gratiæ, sicut in capite influente; in Maria vero, sicut in collo transfundente*. Confírmalo el angélico doctor Santo Tomás (2), diciendo especialmente: *Dicitur autem Beata Virgo plena gratiæ, quantum ad tria... Tertio, quoad refusionem in omnes homines. Magnum enim est in quolibet sancto, quando habet tantum de gratia, quod sufficit ad salutem multorum, quod sufficeret ad salutem omnium hominum de mundo, hoc esset maximum, et hoc est in Christo et in B. Virgine. Nam in omni periculo potes salutem obtinere ab ipsa Virgine gloriosa. Unde Cantic. 4: Mille clypei, idest remedia contra pericula, pendent ex ea. Item in omni opere virtutis potes eam habere in adiutorium: et ideo dicit ipsa, Eccles., 24, 15: In me omnis spes vitæ et virtutis.*

1. Theolog. mentis et cordis. Tom. 2, lib. 10. Dissert. 6, cap. 1. Speculat, 2 in Perfectiones.

2. 3. Opusculo, Exposit. in Salutat. Ang. circa med.

INTRODUCCIÓN

AMADO lector y hermano en María; ya que la devoción que me ha estimulado á escribir este libro, y te mueve á ti á leerlo, nos hace á entrambos hijos felices de esta buena Madre; si por ventura oyeres decir que podíay yo haber excusado este trabajo, habiendo ya tantos libros doctos y célebres que tratan de este asunto, respóndele, te ruego, con las palabras que dejó escritas el abad Franconé en la *Biblioteca de los Padres*, á saber: que la alabanza de María es un manantial tan abundante, que cuanto más se dilata, tanto más se llena, y cuanto más se llena, tanto más se dilata; con lo cual viene á decir que esta Virgen bienaventurada es tan grande y sublime, que cuanto más la alaban, tanto más queda en que alabarla. De manera que, dice San Agustín, no bastan para alabarla, cuanto ella se merece, todas las lenguas de los hombres, aun cuando todos sus miembros se convirtieran en lenguas (1).

No se me oculta el considerable número de libros de todos tamaños que tratan de las glorias de María; considerando, empero, que ó eran raros ó voluminosos ó no conformes á mi intento; por eso he procurado, de cuantos autores han llegado á mis manos, recopilar sucintamente, como lo he hecho en este libro, las sentencias más selectas y substanciales de los santos Padres y de los teólogos, á fin de facilitar á los devotos, con poco trabajo y gasto, el inflamarse, con su lectura, en el amor de María, y especial-

1. Ap. Dion. Carth.

mente á fin de dar materia á los sacerdotes para promover, con sus sermones, la devoción hacia esta Madre divina.

En el mundo, suelen los amantes hablar á menudo y alabar á las personas que son el objeto de su amor, para que éste obtenga también alabanzas y aplausos de los demás. Sobrado escaso, pues, debe suponerse el amor de aquellos que se precian de amantes de María, si andaren poco solícitos en hablar de ella y en hacerla amar también de los demás. No lo hacen así los verdaderos amantes de esta amabilísima Señora; que ansiosos de alabarla por todas partes, y verla amada de todo el mundo, por eso siempre que pueden, ya pública, ya privadamente, procuran encender en todos los corazones aquellas felices llamas de amor á su amantísima Reina de que ellos están abrasados.

Por lo demás, á fin de que quede persuadido cada cual de lo mucho que interesa, tanto al bien público como al particular, promover la devoción de María, es del caso atender á lo que sobre esto dicen los doctores. Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María, tienen asegurado el cielo. Y lo confirma Ricardo de San Lorenzo, diciendo que el honrar á esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna (1). Porque la agradecidísima Señora, añade el mismo, bien se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en esta. Y ¿quién ignora la promesa que hizo María á los que cuidan de hacerla conocer y amar en este mundo? *Los que me esclarecen ó me dan á conocer á los demás, obtendrán la vida eterna* (2), cuyas palabras del Eclesiástico le aplica la Iglesia en la festividad de su inmaculada Concepción. Regocíjate, pues, decía San Buenaventura, que tanto se afaná en publicar las alabanzas de María, regocíjate, alma mía, y alégrate alabando á María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, añadía, se habla en

1. De Laud. Virg. lib. 2.—2. Eccli. xxiv. 17.

alabanza de María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre á esta divina Madre, para que nos lleve algún día al reino de la bienaventuranza.

Refieren las revelaciones de Santa Brígida, que acostumbrando el beato Emingo, obispo, dar principio á sus sermones por las alabanzas de María, se apareció un día la misma Virgen á la Santa, y le dijo: Dile á aquel prelado que suele comenzar sus sermones por mis alabanzas, que yo quiero ser su Madre, y que presentaré su alma á Dios y hará buena muerte (1). Y de hecho murió en olor de santidad, orando, y con una paz celestial. A otro religioso dominicano, que concluía sus sermones hablando de María, se le apareció también en la hora de la muerte, le defendió de los demonios, le confortó y se llevó consigo su alma dichosa (2). El devoto Tomás de Kempis nos presenta á María recomendando á su Hijo al que publica sus alabanzas, así: *Hijo, apiádate del alma del que te ama á ti me alaba á mí* (3).

Y en cuanto á la utilidad de los pueblos, dice San Anselmo, que habiendo sido el sacrosanto vientre de María la vía de salvación para los pecadores, es imposible que éstos no se conviertan y se salven con los sermones sobre las alabanzas de María (4). Y si es verdadera la sentencia, como por verdadera é indubitable la tengo, conforme probaré en el capítulo V de este libro, que todas las gracias sólo por mano de María se dispensan, y que todos los que se salvan no lo consiguen sino por mediación de esta divina Madre, por necesaria consecuencia puede decirse que de elogiar á María, y de la confianza en su intercesión, depende la salvación de todos. Sabemos que así San Bernadino de Sena santificó la Italia, y Santo Domingo convirtió muchas provincias. San Luis Bertrán en todos sus sermones nunca dejaba de exhortar á la devoción de María, y así otros muchos.

1. Revel. cap. 14.— 2. Ap. il. P. Aurim.— 3. Serm. 20 an. Nov.— 4. S. Ansel. Lib. 3. de Exc. Virg. cap. 1.

Yo hallo, entre otros muchos, que el padre Pablo Señeri Junior, célebre misionero, en todas sus misiones hacía siempre el sermón de la devoción á María, y á éste le llamaba su sermón predilecto. Y nosotros en nuestras misiones, en las que tenemos por regla indefectible no omitir jamás el sermón en loor de nuestra Señora, podemos atestiguar que ningún sermón produce por lo común tanto provecho y compunción como el de la misericordia de María. Digo de la *misericordia de María*, porque, según San Bernardo, aunque alabemos su humildad y admiremos su virginidad, como somos pobres pecadores, más nos atrae y agrada el oír hablar de su misericordia; porque ésta es la que abrazamos con más gusto y nos acordamos más á menudo y con más frecuencia la invocamos (1). Por eso en este libro, dejando para otros autores el describir las demás prerrogativas de María, me he propuesto tratar especialmente de su grande misericordia y de su poderosa intercesión, habiendo recopilado del modo que he podido, con el trabajo de muchos años, todo lo que los santos Padres y los autores más célebres han dicho acerca de la misericordia y del poder de María. Y porque en la grande oración de la *Salve*, aprobada tiempo há por la misma Iglesia, la cual ordenó rezara la mayor parte del año todo el clero regular y secular, se hallan maravillosamente descritos la misericordia y el poder de la santísima Virgen, me he propuesto en primer lugar explicar en distintos discursos esta oración. Y he creído complacer en gran manera á los devotos de María, añadiéndoles las lecciones ó llamémosles discursos para sus fiestas principales, y sobre las virtudes de esta divina madre: poniéndoles al fin la práctica de los obsequios más usados por sus siervos y que mayor aprobación de la Iglesia han merecido.

Devoto lector, si por ventura te agrada esta obrita, como lo espero, ruégote me encomiendes á la santísima Virgen, para que me infunda una grande confianza en su protec-

1. Serm. 4 de Assumpt.

ción. Pide para mí esta gracia, que yo te prometo pedirla también para tí, sea el que fuere quien me haga esta caridad.

¡Dichoso el que se halla asido por el amor y con la confianza á estas dos áncoras de salvación! digo, á Jesús y á María, porque ciertamente no se perderá. Digamos, pues, entrambos de todo corazón, lector mío, con el devoto Alfonso Rodríguez: *Jesús y María, dulcísimos amores míos, padeza por vosotros, muera por vosotros, sea todo vuestro, nada sea mío* (1). Amemos á Jesús y á María, y santifiquémonos, pues es la mayor fortuna que podemos pretender y esperar. Adiós. Hasta que nos veamos un día en el cielo á los pies de esta dulcísima Madre y de este amantísimo Hijo, para alabarles y darles gracias, y amarles juntamente cara á cara por toda la eternidad. Amén.

1. Ap. Auriem. Affet Scamb-

ORACIÓN
Á LA
BIENAVENTURADA VIRGEN

PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE

OH María, amparo de los miserables pecadores! ¡oh dulcísima Madre mía! Vos cuyo dolor en presencia de la muerte de vuestro Hijo en la cruz no tiene nombre en la lengua de los hombres, haced que por aquel mismo dolor alcance yo misericordia en el tránsito de esta vida mortal; que mediante vuestra intercesión huyan lejos de mí los enemigos infernales, y acoged vos mi alma y presentadla á los pies del eterno Juez. ¡Oh Reina mía! ¡no sea yo de Vos abandonado! y después de Jesús, dignaos ser vos mi amparo y mi ayuda en tan tremendo y pavoroso trance para el pecador. Rogad, bondadosísima Madre mía, rogad á vuestro amantísimo hijo, que me conceda morir abrazado á vuestros pies, besando sus divinas llagas y diciendo: Jesús y María, recibid, recibid mi alma.



La Purissima Concepcion

LAS
→ GLORIAS DE MARÍA ←

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA (1)

§ 1.—*Cuánta debe ser nuestra confianza en María, por ser Reina de misericordia.*

PUES que la gran Virgen María fué exaltada á la dignidad de la Madre del Rey de los reyes, con justa razón la honra la santa Iglesia, y quiere que todos la honren con el glorioso título de Reina. Si el Hijo es rey, dice San Atanasio, propia y verdaderamente debe la Madre tenerse por Reina (2). Al dar María su consentimiento, añade San Bernardino de Sena, aceptando el ser Madre del Verbo eterno, mereció, desde entonces ser hecha Reina del mundo y de todas las criaturas (3). Si la carne de María, discurre San Arnaldo abad, no se dividió de la de Jesús, ¿cómo pudo estar separada la Madre de la monarquía del Hijo? Por lo cual debe juzgarse que la gloria del reino, no sólo es común entre la Madre y el Hijo, sino que es del todo la misma (4).

Y Jesús es rey del universo, Reina también del universo es María, dice Ruperto abad. Por lo cual afirma San Bernardino de Sena que cuantas son las criaturas que sirven á Dios, tantas deben servir también á María; pues que los ángeles, los hombres y todas las cosas que están en el

1. Salve, regina, Mater misericordie.— 2. Serm. de Deip.— 3. Tomo 2, § 15.— 4. S. Arnald. De Laud. Virg.

cielo y en la tierra, estando sujetas al imperio de Dios, lo están también al dominio de la Virgen (1). Por lo cual el abad Guerrico, dirigiéndose á la divina Madre, le dice: *Prosequid, oh María, prosequid segura en dominar; disponed también á vuestra voluntad de los bienes de vuestro Hijo, pues siendo Madre y Esposa del Rey del mundo, se os debe á Vos como á Reina, el reino y dominio sobre todas las criaturas.*

Reina, pues, es María; mas sepa cada cual para común consuelo que es una Reina dulcísima, clemente é inclinada á conceder sus beneficios á nosotros miserables. Por eso nuestra madre la Iglesia quiere que la saludemos y llamemos en esta oración: *Reina de misericordia.* El mismo nombre de reina, como considera el beato Alberto Magno, significa piedad y providencia hacia los pobres, á diferencia del nombre de emperatriz, que significa severidad y rigor. La munificencia de los reyes y reinas consiste en aliviar á los miserables, dice Séneca. Por lo que así como los tiranos no llevan en su soberanía otro objeto más que su interés privado, los reyes deben tener por fin el bien de los vasallos. De ahí es que en la consagración de los reyes se les unge la cabeza con el óleo, símbolo de la misericordia, para denotar que en el ejercicio de su poder deben ante todo tener pensamientos de piedad y beneficencia hacia sus vasallos.

Deben, pues, los reyes emplearse principalmente en las obras de misericordia; pero no de tal suerte que se olviden de usar de justicia con los reos cuando lo reclama la obligación. No así María, la cual, aunque reina, sin embargo no es Reina de la justicia, que pone la mira en el castigo de los malhechores, sino Reina de la misericordia, que solamente atiende á la piedad y al perdón de los pecadores. Y por eso la Iglesia quiere expresamente la llamemos Reina de misericordia. Considerando el gran canciller de París, Juan Gerson, las palabras de David: *Estas dos cosas óí yo: que el poder está en Dios, y que tú, Señor, eres misericordioso* (2); dice que consistiendo el reino de Dios en la justicia y en la misericordia, lo dividió el Señor; el reino de la justicia lo reservó para sí, y el reino de la misericordia, lo cedió á María; ordenando que en todas las misericordias que se dispensaren á los hombres intervenga María, y se dispensen conforme á su voluntad. Ved aquí las palabras de Gerson: *Consistiendo el reino de Dios en poder y*

1. S. Bern. Ser. tom. 2, cap. 61, — 2. Ps. lxi, 10.

misericordia, reservóse Dios el poder, y cedió en cierta manera la parte de misericordia á la Madre que es Reina (1). Y lo confirma Santo Tomás en el prefacio á sus Epístolas canónicas, diciendo que la santísima Virgen, cuando concibió al Vervo divino en su seno y lo parió, alcanzó la mitad del reino de Dios, siendo ella Reina de la misericordia y quedando Jesucristo Rey de justicia (2).

El eterno Padre constituyó á Jesucristo Rey de justicia, y por eso le hizo Rey universal del mundo; por lo cual cantó el Profeta: *Da, oh Dios, al Rey tus leyes para juzgar; da al Hijo del Rey tu justicia* (3). Aquí replica un docto intérprete, y dice: Vos, Señor, habéis dado á vuestro Hijo la justicia, porque *disteis vuestra misericordia á la Madre del Rey*. Y así San Buenaventura vuelve bien el dicho texto de David, diciendo: *Da, oh Dios, tu justicia al Rey, y tu misericordia á su Madre*. Así igualmente el arzobispo de Praga, Ernesto, dice que el eterno Padre dió al Hijo el oficio de juzgar y castigar, y á la Madre el oficio de compadecerse y aliviar á los miserables. Por esto profetiza el mismo David, que Dios mismo, por decirlo así, consagró á María por Reina de misericordia, ungiéndola con óleo de alegría (4); para que todos nosotros, miserables hijos de Adán, nos alegrásemos, pensando que tenemos en el cielo á esa gran Reina toda llena de unción, de misericordia y de piedad hacia nosotros, como dice San Buenaventura (5).

Y muy á este propósito aplica el Beato Alberto Magno la historia de la reina Esther, la cual fué figura de nuestra Reina María. Se lee en el libro de Esther, cap. IV, que reinando Asuero, salió en sus reinos un decreto de muerte contra todos los Judíos. Entonces Mardoqueo, que era uno de los sentenciados, recomendó la vida de todos ellos á Esther, pidiéndole se interpusiese con el rey, á fin de alcanzar la revocación de la sentencia. Al principio rehusó Esther prestarse á esta petición, temiendo acrecentar la indignación de Asuero; pero la reprendió Mardoqueo, y le envió á decir que no pensase en salvarse sólo á sí misma, porque el Señor la había puesto sobre el trono á fin de alcanzar la salvación de todos los Judíos (6). Así habló Mardoqueo á la reina Esther; y así también pudiéramos nosotros, pobres pecadores, decir á nuestra Reina, si rehusase alguna vez alcanzarnos de Dios el perdón del castigo que justa-

1. P. 1, tr. 4, S. Magn.— 2. D. Thom. in Pref. in Ep. canon.— 3. Psalm. LXXI, 2.— 4. Psalm. XLIV, 8.— 5. S. Bon. in Spec. cap. 7.— 6. Esther iv, 13.

mente merecemos: No penséis, Señora, que Dios os haya exaltado á ser Reina del universo sólo para cuidar de vuestro bien, sino para que, siendo Vos tan grande, podáis compadeceros más y socorrernos mejor á nosotros miserables.

Cuando Asuero vió en su presencia á Esther, le preguntó amorosamente cuál era la petición que había venido á hacerle. Respondió entonces la reina: *Rey mío, si he hallado gracia en tus ojos, dame á mi pueblo por quien te ruego.* Y Asuero acogió la súplica, ordenando luego que se revocase la sentencia. Ahora bien; si Asuero concedió á Esther la salvación de los Judíos, porque la amaba, ¿cómo podrá Dios dejar de oír á María santísima, á quien ama con un amor inmenso, cuando le ruega por los miserables pecadores que á ella se encomiendan? Rey y Dios mío, le dice, si por ventura he hallado gracia en tí (bien sabe la divina Madre que ella fué bendita, bienaventurada, sola entre todos los hombres capaz de hallar la gracia que perdieran; bien sabe haber sido la predilecta del Señor sobre todos los santos y ángeles juntos); si me amas, dame, Señor, estos pecadores por quienes te suplico. ¿Será posible que Dios no la oiga? ¿Y quién ignora la fuerza que tienen para con Dios los ruegos de María? (1) Todo ruego suyo es como una ley establecida por el Señor, para usar de misericordia con todos aquellos por quienes María intercede. Pregunta San Bernardo: ¿por qué la Iglesia llama á María *Reina de misericordia*? Y responde: para que creamos nosotros que ella abre el abismo de la misericordia de Dios á quien quiere, cuando quiere y como quiere. Por lo cual no hay pecador, por obstinado que sea, que se pierda si María le protege (2).

Pero ¿por ventura podemos temer nosotros que María rehuse interponerse por algún pecador, al verle muy cargado de culpas? ¿O acaso debe amedrentarnos la majestad y santidad de esa gran Reina? No, dice San Gregorio, porque cuanto más elevada y más santa es, tanto es más clemente y piadosa con los pecadores que quieren enmendarse y acuden á ella (3). Los reyes y las reinas, con la majestad que ostentan, infunden miedo, y hacen que los vasallos recelen de ponerse en su presencia. Mas ¿qué temor, dice San Bernardo, pueden tener los miserables de acudir á esta Reina de la misericordia, cuando el que acu-

de á ella no halla nada de terrible, nada de austero, sino todo dulzura y suavidad? (1) María, no sólo da, sino que ella misma ofrece á todos nosotros leche y lana: leche de misericordia, para animarnos á la confianza, y lana de refugio, para resguardarnos de los rayos de la divina justicia.

Suetonio refiere de Tito emperador que no sabía negar gracia alguna al que se la pedía; de manera que á veces prometía más de lo que podía cumplir, y al que le advertía esto, respondía que el príncipe no debía despedir descontento á ninguno de los que hubiese admitido á su presencia. Así se expresaba Tito; pero en los hechos quizá muchas veces mentía ó faltaba á las promesas. Pero nuestra Reina no puede mentir, y puede alcanzar cuanto quiera para sus devotos. Tiene además un corazón tan benigno y piadoso, dice Ludovico Blosio, que no consiente despedir descontento á quien le ruega (2). Pero ¿cómo así, habla San Bernardo, podréis Vos, oh María, rehusar de socorrer á los miserables, siendo la Reina de la misericordia? ¿Y quiénes son los vasallos de la misericordia sino los miserables? La Reina de la misericordia sois Vos, y yo el pecador más miserable de todos; y ya que yo soy el peor de vuestros vasallos, Vos debéis tener más cuidado de mí que de todos los demás (3).

Compadeceos, pues, de nosotros, oh reina de la misericordia, y pensad en salvarnos. No nos digáis, oh Virgen sacrosanta, añade San Gregorio Nicomediense, que no nos podéis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque tenéis tal potestad y conmiseración, que ningún número de culpas puede jamás excederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que lo es de todas las criaturas, honrándoos á Vos, que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria (4). Y quiere decir que aunque María debe una obligación infinita al Hijo por haberla elegido por Madre suya, sin embargo, no puede negarse que también el Hijo está muy obligado á esta Madre, por haberle dado el ser de hombre. Por lo cual, para recompensar Jesús todo cuanto debe á María, congratulándose de su gloria, la honra especialmente oyendo siempre sus ruegos.

Cuánta debe ser, pues, nuestra confianza en esta Reina, sabiendo cuán poderosa es para con Dios, y cuán rica ade-

1. S. Bern. super sing. magn. — 2. Lib. 4, cap. 12. — 3. S. Bern. in Salv. Reg. — 4. D. Greg. Nicom. Or. de exult. B. M.

más y llena de misericordia; de modo que no hay persona viviente sobre la tierra que no participe de los favores de María. Así lo reveló la misma santísima Virgen á Santa Brígida: Yo soy, le dijo, la Reina del cielo y la madre de la misericordia; yo soy la alegría de los justos y la puerta para introducir los pecadores á Dios. No hay en la tierra pecador que viva tan perdidamente y sea tan perverso que esté privado de mi misericordia; porque todos, cuando no recibiesen de mí otro favor, por mi intercesión reciben la gracia de ser menos tentados de lo que de otra suerte lo fueran por los demonios (1). Además de esto, ninguno, añadió, como no haya sido realmente réprobo (á saber, con la final é irrevocable maldición que se da á los condenados), ninguno, dijo, es tan dejado de la mano de Dios que, si me ha invocado en su ayuda, no vuelva á Dios y consiga su misericordia. Yo soy llamada de todos Madre de misericordia, y verdaderamente la misericordia de Dios hacia los hombres me ha hecho tan misericordiosa para con ellos. Y después concluye diciendo: Por eso será desdichado, y desdichado para siempre en la otra vida, el que pudiendo en esta vida acudir á mí, que soy tan piadosa con todos, y tanto deseo socorrer á los pecadores, no acude y se condena.

Acudamos, pues, pero acudamos siempre á los pies de esta dulcísima reina, si queremos asegurar nuestra salvación; y si nos atemoriza y desanima la vista de nuestros pecados, entendamos que María fué hecha Reina de misericordia, á fin de salvar con su protección á los pecadores más grandes y más perdidos que á ella se encomiendan. Estos han de ser su corona en el cielo, como lo dijo su divino Esposo: *Ven, desciende del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano: ven y serás coronada.... de esas guaridas de leones, de esos montes morada de leopardos* (2). ¿Y cuáles son estas cuevas ó madrigueras de fieras y monstruos, sino los miserables pecadores, cuyas almas se transforman en cuevas de pecados, monstruos los más horribles que pueden hallarse? Ahora, pues, de estos miserables pecadores, puntualmente, como comenta el abad Ruperto, salvados por vuestra intercesión, oh gran Reina María, seréis después coronada en el cielo: pues que su salvación será vuestra corona, corona bien digna y propia de una reina de misericordia (3). Y á este propósito léase el siguiente

1. Rev. lib. 1, cap. 6.—2. Cant. iv, 8.—3. Rup. Abb. Vid. lib. 3 in Cantic.

EJEMPLO

Refiérese en la vida de Sor Catalina de San Agustín, que en el lugar donde moraba esta sierva del Señor había una mujer llamada María, la cual en su juventud fué pecadora; y aun habiendo llegado después á la vejez, proseguía obstinadamente en sus perversas costumbres; de modo que, desechada de los ciudadanos y desterrada á vivir en una cueva fuera de su país, allí murió en la podredumbre, desamparada de todos y sin sacramentos. Y por eso fué enterrada en el campo como una bestia. Sor Catalina, que solía con grande afecto encomendar á Dios todas las almas que pasaban á la otra vida, después de haber sabido la desgraciada muerte de esta pobre vieja, realmente no pensó en rogar por élla, teniéndola, como ya la tenían todos, por condenada. A la vuelta de cuatro años, he aquí que un día se le presentó delante una alma del Purgatorio, que le dijo:—Sor Catalina, ¿qué suerte tan triste es la mía! Tú recomiendas á Dios las almas de todos los que mueren, ¿y solamente de mi alma no has tenido compasión?—Y ¿quién eres? preguntó la sierva de Dios.—Yo soy, respondió, aquella pobre María que murió en una gruta.—¿Cómo, replicó Sor Catalina, tú te has salvado?—Sí, me he salvado por la misericordia de la Virgen María.—¿Y cómo?—cuando yo me vi cercana al punto de la muerte, considerándome tan llena de pecados y desamparada de todos, me volví á la Madre de Dios y le dije: Señora, vos sois el refugio de los desamparados; heme aquí en esta hora desamparada de todos. Vos sois mi única esperanza, vos sola me podéis ayudar, tened piedad de mí. La Virgen santísima me alcanzó entonces un acto de contrición, morí y me salvé. Y aun mi Reina me ha alcanzado la gracia de que se abreviase mi pena, haciéndome padecer intensamente lo que debía purgar en muchos años: sólo me faltan algunas misas para librarme del Purgatorio; te ruego me las hagas decir, que yo te prometo rogar siempre por ti á Dios y á María santísima. Sor Catalina hizo luego celebrar las misas, y he aquí que á los pocos días se le volvió á aparecer aquella alma, más resplandeciente que el sol, y le dijo:—Te doy las gracias, Catalina; mira que ya me voy al cielo á cantar las misericordias de mi Dios y á rogar por ti.

ORACIÓN

¡Oh Madre de mi Dios! ¡Oh María mi Señora! De la misma suerte que se presenta á una gran Reina, un pobrecito llagado y asqueroso se presenta á Vos, que sois la Reina del cielo y de la tierra. No rehuséis, os ruego, volver desde el elevado trono en que estáis sentada vuestros piadosos ojos hacia mí, pobre pecador. Por eso os ha hecho Dios tan rica para socorrer á los pobres, y os ha constituido Reina de las misericordias, para que podáis aliviar á los que padecen miserias. Miradme, pues, y compadeceos de mí. Miradme, y no me dejéis hasta trocarme de pecador en santo. Bien veo que no merezco nada, antes bien, soy digno por mi ingratitud de ser despojado de todas las gracias que por vuestro medio he recibido del Señor. Pero Vos, que sois la Reina de la misericordia, no buscáis meritos, sino miserias para socorrer á los necesitados. Y ¿quién más pobre y necesitado que yo?

¡Oh Virgen excelsa! Ya sé que siendo vos la Reina del Universo lo sois también mía; pero yo de un modo más particular quiero dedicarme á vuestro servicio, para que Vos dispongáis de mí como os pluguiere. Por lo cual, con San Buenaventura os digo: *Regíame Vos, Reina mía, y no me abandonéis á mí mismo.* Mandadme, empleadme conforme á vuestro arbitrio, y castigadme también cuando no os obedezca, pues los castigos que me vendrán de vuestra mano me serán muy saludables. Yo prefiero ser vuestro esclavo, á ser señor de todo el mundo. Aceptadme por vuestro, ¡oh María! y como vuestro pensad en salvarme. Ya no quiero ser más mío, á Vos me entrego; y si hasta aquí os he servido tan mal, habiendo perdido tan bellas ocasiones de honraros, en adelante quiero unirme á vuestros más amantes y más fieles siervos. No, no quiero que desde ahora me exceda alguno en honraros y amaros á Vos, amantísima Reina mía. Así os lo prometo, y así confío practicarlo con vuestra ayuda. Amén.

§ II.—*Cuánta mayor debe ser nuestra confianza en María por ser ella nuestra Madre.*

No sin motivo ni en vano los devotos de María Santísima la llaman Madre, y parece como si no supieran invocarla con otro nombre, ni se sacian de llamarla siempre

Madre. Madre; sí, porque verdaderamente es nuestra Madre, no carnal, sino espiritual, de nuestras almas y de nuestra salvación. Cuando el pecado privó de la divina gracia á nuestras almas, las privó también de la vida; por lo cual, habiendo quedado ellas miserablemente muertas, Jesús nuestro Redentor, por un exceso de misericordia y de amor divino, vino á recobrar para nosotros, con su muerte en cruz, la vida que teníamos perdida, como El mismo lo declaró: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en más abundancia* (1) *En más abundancia*, porque, dicen los teólogos, nos trajo Jesucristo más bienes con su redención que daño y males Adán con su pecado. Por lo cual, reconciliándonos su divina Majestad con Dios, se hizo Padre de nuestras almas en la nueva ley de gracia, como profetizó Isaías: *El Padre del siglo venidero, príncipe de paz* (2). Mas si Jesús fué el Padre de nuestras almas, María fué la Madre; porque dándonos á Jesús, nos dió la vida verdadera, y ofreciendo después en el calvario la vida del Hijo por nuestra salvación, puede decirse que entonces nos dió á luz á la vida de la divina gracia.

En dos épocas, pues, se hizo María nuestra Madre espiritual, como nos lo enseñan los Santos Padres: primera-mente, cuando mereció concebir al Hijo de Dios, según dice el B. Alberto Magno, y más distintamente aún, nos advierte San Bernardino de Sena, diciendo que cuando en la anunciación del ángel dió la Santísima Virgen su consentimiento, que aguardaba el Verbo eterno para hacerse Hijo suyo, ya pidió á Dios con inmenso afecto nuestra salvación; y que de tal suerte se dedicó á procurarla, que desde entonces nos llevó en su seno como amorosísima Madre (3). Hablando San Lucas del nacimiento de nuestro Redentor, dice que María parió á su primogénito (4). Luego si afirma el evangelista, dice un autor, que la Virgen parió entonces al primogénito, se debe suponer que después tuvo otros hijos. Pero añade el mismo autor: Si es de fe que María no tuvo otros hijos carnales fuera de Jesús, luego hubo de tener otros hijos espirituales, y éstos somos todos nosotros. Eso mismo reveló el Señor á Santa Gertrudis; la cual, leyendo un día dicho texto del Evangelio, quedó confusa, no pudiendo comprender cómo siendo María madre de Jesucristo solamente, pudo decirse que éste fué su primogénito. Y Dios le explicó

1. Joan. 2, 10.— 2. Isai. ix, 6.— 3. Tr. de B. V. Ser. L.— 4. Luc. ii, 7.

que Jesucristo fué su primogénito según la carne; mas los hombres fueron los hijos segundos, según el espíritu.

Y con esto se entiende lo que se dice de María en los sagrados Cantares: *Tu vientre como montoncito de trigo, cercado de azucenas* (1). Es decir, como explica San Ambrosio, que aun cuando en el vientre purísimo de María hubo un solo granito de trigo, que fué Jesucristo, sin embargo, se dice montón de trigo, porque en aquel solo granito se contenían todos los elegidos, de los cuales María debía también ser Madre (2). Por esta razón Guillermo Abad escribió: *Pariendo María á Jesús, que es nuestro Salvador y nuestra vida, nos parió á todos nosotros para la salud y la vida* (3).

La segunda época en que María nos engendró á la gracia, fué cuando en el Calvario, con mucho dolor de su corazón, ofreció al eterno Padre la vida de su querido Hijo por nuestra salvación. Por lo cual atestigua San Agustín, que habiendo entonces cooperado ella con su amor para que los fieles naciesen á la vida de la gracia, se hizo igualmente con ello Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de nuestra cabeza Jesucristo (4). Esto puntualmente significa lo que se dice de la bienaventurada Virgen en los sagrados Cantares: *Me puso guarda de viñas; mi propia viña no la guardé* (5). Esto es: María, para salvar nuestras almas, convino en sacrificar con la muerte la vida de su Hijo: así lo comenta Guillermo. Y ¿cuál era, finalmente, el alma de María sino su Jesús, que era su vida y todo su amor? Por eso el santo Simeón le profetizó que algún día su bendita alma debía ser traspasada por una espada muy dolorosa (6); *ésta fué puntualmente la lanza que traspasó el costado de Jesús, que era el alma de María*. Desde entonces, con sus dolores, nos parió á la vida eterna, por lo que todos nos podemos llamar hijos de los dolores de María. Esta amorosísima Madre nuestra estuvo cabal y siempre unida á la divina voluntad; por lo cual reflexiona San Buenaventura, que viendo ella el amor del eterno Padre hacia los hombres, el cual quería que su Hijo muriese por nuestra salud, y el amor del Hijo en querer morir por nosotros, para conformarse con este excesivo amor del Padre y del Hijo hacia el género humano, convino ella también con toda su voluntad, y consintió en que su Hijo

1 Cant. vii, 2.—2. D. Ambr. de Ins. Virg.—3. Guill. abb in Cant. iv, 25.—
4 De Virg. cap. 6.—5. Cant. i, 5.—6. Luc. ii, 55.

muriese, para que nosotros alcanzásemos la salvación (1).

Es verdad que al ofrecerse por la redención del género humano, quiso Jesús morir solo: *Yo solo pisé el lugar* (2). Mas al ver el anhelo de María en emplearse también en la salvación de los hombres, dispuso que ella, con el sacrificio y ofrecimiento de la vida de este su mismo Hijo, cooperase á nuestra salud y fuese así Madre de nuestras almas. Y esto significó nuestro Salvador cuando, antes de expirar, mirando desde la cruz á la Madre y al discípulo San Juan, que estaba allí cerca, primero dijo á María: *Ahí tienes á tu hijo* (3); como si dijese: He aquí al hombre, que con la ofrenda que haces de mi vida por su salvación, nace ya á la gracia. Y después, volviéndose al discípulo: *Ahí tienes á tu madre*; con cuyas palabras, dice San Bernardino de Sena, fué entonces María hecha Madre, no sólo de San Juan, sino de todos los hombres, por el amor que les tuvo (4). Y por esto reflexiona Silveira, que el mismo San Juan, notando este hecho en su Evangelio, escribió: *Después dice al discípulo: Ahí tienes á tu Madre*. En lo que debe notarse que Jesucristo no dijo esto á Juan, sino al discípulo, para significar que el Salvador señaló á María por Madre común de todos los que, siendo cristianos, tienen el nombre de discípulos suyos.

Yo soy la Madre del amor hermoso, dice María (5); porque su amor, como dice un autor (6), hermosea nuestras almas á los ojos de Dios y hace, que como Madre amorosa nos reciba ella por hijos. Y ¿qué madre, dice San Buenaventura, ama á sus hijos y atiende al bien de ellos cual Vos, ¡oh dulcísima Reina!, nos amáis á nosotros y procuráis nuestro aprovechamiento?

¡Oh dichosos aquellos que viven bajo la protección de una Madre tan tierna y poderosa! El real profeta David, aunque en su tiempo no había aún nacido María, con todo pedía á Dios la salvación, titulándose hijo de María, y rogaba así: *Salva al hijo de tu esclava* (7).—*¿De qué esclava*, dice San Agustín.—*De la que dice: He aquí la esclava del Señor* (8). Y ¿quién se atreverá jamás, dice el cardenal Belarmino, á arrancar á esos hijos del seno de María, después de haber acudido allí para salvarse de los enemigos? ¿Qué furia del infierno ó del vicio podrá vencerles, si ponen su confianza en el patrocinio de esta gran Madre (9).

1. D. Bonav.—2. Isai. lxxiii, 3.—3. Joan. xiv, 21.—4. T. v. Serio. 55.—5. Eclesiastes, xxv, 24.—6. Paccuch. de B. V.—7. Psalm. lxxxv, 6.—8. In Psalm. ibid.—9. Belarín. de sept. Verb.

De la ballena refieren los naturalistas que cuando ve á sus hijos en peligro, ya por la tempestad, ya por los pescadores, abre la boca y se los introduce en su seno. Así puntualmente, dice Novarino, cuando nuestra Madre ve á sus hijos en mayor peligro, por la tempestad de las tentaciones que se enfurece, ¿qué hace? Entonces los cobija con su amor, como dentro de sus propias entrañas; allí los protege, y no deja de guarecerles hasta que les coloca en el puerto seguro del paraíso. ¡Oh Madre amantísima! ¡oh Madre piadosísima! seas siempre bendita, y sea siempre bendito aquel Dios que nos dió á Vos por Madre y por seguro refugio en todos los peligros de esta vida. Reveló la misma Virgen Santísima á Santa Brígida que, así como una madre, si viese á su hijo entre las espadas de los enemigos, haría los posibles esfuerzos para salvarle; así, dijo, lo hago yo con mis hijos, aunque pecadores, siempre que acuden á mí para que los socorra (1). He aquí, pues, cómo en cualquier combate contra el infierno venceremos siempre, y venceremos infaliblemente acudiendo á la Madre de Dios y Madre nuestra, diciendo y repitiendo: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.* ¡Oh cuántas victorias han alcanzado del infierno los fieles, acudiendo á María Santísima con esta breve, pero poderosísima oración! Así vencía siempre á los demonios la gran sierva de Dios Sor María del Crucificado, benedictina.

Regocijaos, pues, ¡oh hijos de María! sabed que ella acepta por hijos suyos á todos aquellos que quieren serlo; regocijaos, ¿qué temor tenéis de perderos cuando esta Madre os protege y os defiende? De esta manera, dice San Buenaventura, es como debe animarse y decir el que ama á esta buena Madre y confía en su protección. *¿Qué temes, alma mía? No temas, que la causa de tu eterna salvación no se perderá estando la sentencia en manos de Jesús, que es tu hermano, y de María, que es tu Madre.* Y sobre el mismo pensamiento exclama lleno de gozo, y nos anima San Anselmo, diciendo: ¡Oh dichosa confianza, oh seguro refugio; la Madre de Dios es también Madre mía! Luego ¡con qué seguridad debemos esperar, pendiendo nuestra salvación de un Hermano tan bueno y de tan piadosa Madre! (2). He aquí, pues, que nuestra Madre nos llama y dice: *El que es pármulo, que venga á mí* (3). Los niños tienen siempre en

1. Revel. lib. 4. c. 30.— 2. In Deprcc. ad Virg.— 3. Prov. ix, 16.

la boca el nombre de la madre, y á cada peligro que presan, á cada susto que tienen, de repente levantan la voz y dicen: ¡Madre, Madre! ¡Ah, dulcísima María! ¡ah, amorosísima Madre! Esto es puntualmente lo que deseáis, que, como niños, os llamemos siempre en nuestros peligros, y acudamos siempre á Vos, porque nos queréis ayudar y salvar, como habéis salvado á todos los hijos que á Vos han acudido.

EJEMPLO

Refiérese de un noble joven escocés, llamado Giller-
mo Elfinstonio (1), pariente del rey Jacobo, que habiendo nacido en la herejía, seguía aquella falsa secta; pero alumbrado con la luz divina que le iba descubriendo los errores, fué á Francia, en donde con el auxilio de un padre jesuita, también escocés, y más con la intercesión de María Santísima, conoció al fin le verdad, abjuró la herejía y se hizo católico. Pasó después á Roma, en donde, hallándole un día un amigo suyo afligido y lloroso, le preguntó la causa; respondió el joven que por la noche se le había aparecido su madre condenada, y le había dicho: — Hijo, ¡dichoso tú que has ingresado en la verdadera Iglesia! Yo, por haber fallecido en la herejía, estoy perdida para siempre. — Desde esta aparición se enfervorizó más y más el joven en la devoción hacia María Santísima, eligiéndola por su única Madre, y ella le inspiró que se hiciese religioso, de lo cual él hizo voto. Pero como estaba enfermo, partió á Nápoles para restablecerse mudando de aires: mas dispuso el Señor que en Nápoles muriese, y muriese religioso; porque habiendo enfermado de muerte poco después de su arribo á aquella ciudad, con sus ruegos y lágrimas alcanzó de los superiores que le recibiesen; por lo que en presencia de Jesucristo sacramentado, cuando se le administró por viático, pronunció sus votos, y fué declarado miembro de la Compañía. Terminada la ceremonia, enternecía á todos con las afectuosas acciones de gracias que dirigía á María Santísima su Madre, por haberle arrancado de la herejía, y conducido á morir en la verdadera Iglesia y en la casa del Señor, en medio de los religiosos sus hermanos. Por eso exclamaba: ¡Oh! ¡y qué

1. Historia de las fundaciones hechas por la compañía de Jesús en el reino de Nápoles. Lib. 1. cap. 7.

glorioso es el morir en medio de tantos ángeles! Cuando le exhortaban á que procurase descansar, respondía:— ¡Ah, no es tiempo de descansar ahora que se acerca el fin de mi vida!—Y antes de morir, dijo á los que estaban presentes:— Hermanos, ¿no veis aquí á los ángeles del cielo que me asisten?—Y habiéndole oído uno de aquellos religiosos, que murmuraba algunas palabras, le preguntó qué decía, y le respondió:—Que el Angel de su guarda le había revelado que estaría brevísimo tiempo en el purgatorio, y que luego subiría al cielo.—Continuando después los coloquios con su dulcísima Madre, y repitiendo las palabras: *¡Madre, Madre!* así como un niño que se deja caer en los brazos de su madre para descansar, expiró suavemente; y poco después supo por revelación un religioso devoto que estaba descansando ya en el cielo.

ORACIÓN

¡Oh Madre mía santísima! ¿cómo es posible que teniendo yo una Madre tan santa haya de ser tan malo? Una Madre que toda ella arde en llamas de amor hacia Dios, ¿y que yo haya de amar á las criaturas? Una Madre tan rica de virtudes, ¿y que yo haya de ser tan pobre? ¡Ah, amabilísima Madre mía! es verdad que no merezco yo ser hijo vuestro, porque con mi mala vida me he hecho muy indigno de ello. Me contento con que me recibáis por vuestro siervo; y para ser admitido entre vuestros más viles esclavos, estoy ¡pronto á renunciar todos los reinos del mundo. Sí, me contento; pero no me prohibáis por esto llamaros mi Madre. Este nombre me consuela cumplidamente, me enternece y me recuerda la obligación en que estoy de amaros. Este nombre me anima á confiar mucho en Vos. Cuanto más me atemorizan mis pecados y la divina justicia, más me siento lleno de ánimo pensando en que Vos sois mi Madre. Permitidme, pues, que os diga: *¡Madre mía, mi amabilísima Madre!* Así os llamo y así quiero siempre llamaros. Vos, después de Dios, habéis de ser siempre mi esperanza, mi refugio y mi amor en este valle de lágrimas. Así espero morir, entregando en aquel último momento mi alma en vuestras manos, diciendo: *Madre mía, Madre mía María, socorredme, tened piedad de mí. Amén.*

§ III.—*¿Cuán grande es el amor que nos tiene esta Madre!*

Si, pues, María es nuestra Madre, podemos considerar cuanto nos ama. El amor de los hijos es un amor necesario; por cuya razón, como observa Santo Tomás (1), en la ley divina se ha impuesto á los hijos el precepto de amar á los padres; pero al contrario, no hay precepto expreso á los padres de amar á los hijos; porque este amor está grabado tan profundamente por la misma Naturaleza, que hasta las mismas fieras, como dice San Ambrosio (2), no pueden dejar de amar á sus hijos. Por lo cual refieren los naturalistas que aun los tigres, oyendo el rugido de sus hijos presos por los cazadores, se echan á nadar hasta alcanzar las naves en que ellos se hallan. Pues si ni aun los tigres, dice nuestra amantísima Madre María, no saben olvidarse de sus hijos, ¿cómo podré yo olvidarme de amaros á vosotros, hijos míos (3). Y si, lo que es imposible, añada María, diese alguna vez el caso de que una madre se olvidase de su hijo, no es posible que yo dejo de amar á un alma hija mía.

María es nuestra Madre, no carnal, como decíamos, sino de amor: *Ya soy Madre del amor hermoso* (4). Por lo cual sólo el amor que nos tiene la hace ser Madre nuestra, y por esto ella se gloria, dice un autor (5), de ser Madre de amor; porque habiéndonos recibido por hijos, es toda amor para nosotros. ¿Y quién podrá jamás explicar el amor que María nos tiene á nosotros, miserables? En la muerte de Jesucristo, dice Arnoldo Carnotense, ella deseaba con inmenso amor morir juntamente con su Hijo por amor nuestro (6). De suerte que, añade San Ambrosio, así como Cristo pendía moribundo en la cruz, así María se ofrecía á los verdugos para dar la vida por nosotros (7).

Mas consideremos las razones de este amor, pues así entenderemos mejor cuánto nos ama esta buena Madre. La primera razón del grande amor que María tiene á los hombres, es el excesivo amor que tiene á Dios. El amor para con Dios y para con el prójimo, como escribió San Juan, va comprendido en el mismo precepto (8). De suerte que cuanto crece el uno, tanto mayor es el otro. Por esto los santos, que amaban mucho á Dios, ¿qué no hicie-

1. Opusc. 6o, cap. 1.— 2. Lib. 6. Etan. cap. 4.— 3. Isai. xlix, 15.— 4. Eclesiastes xxiv, 24.— 5. Pacciuchelli.— 6. Tract. de Verg. Dom.— 7. De Ins. Virg. cap. 7.— 8. 1. Joán. iv, 21.

ron por amor al prójimo? Llegaron hasta exponer y aun perder la libertad y la vida por su salvación. Léase lo que hizo un San Francisco Javier en las Indias, en donde, para socorrer las almas de aquellos bárbaros, trepaba por los montes, acometiendo mil peligros para encontrar aquellos miserables dentro de las grutas en donde habitaban como fieras, y atraerlos á Dios; un San Francisco de Sales, que por convertir á los herejes de la provincia de Chables, se arriesgó por espacio de un año á pasar todos los días un río á gatas por encima de una viga de hielo, para ir á la orilla opuesta á predicar á aquellos obstinados; un San Paulino de Nola, que se entregó él mismo por esclavo, á fin de alcanzar la libertad á un hijo de una pobre viuda; un San Fidel, que para ganar á Dios los herejes de un lugar, perdió allí gustoso la vida predicando. Luego si los santos, porque amaban mucho á Dios, hicieron tanto por el prójimo, ¿qué diremos de María, que ama á Dios cual ninguno le haya amado? Ella le amó desde el primer instante de su vida, más que no le han amado todos los santos y ángeles durante el curso de su vida, como largamente consideraremos hablando de las virtudes de María. Reveló la misma Virgen Santísima á Sor María del Crucificado (1), que era tal el fuego del amor que hacia Dios ardía en su pecho, que puestos en él todo el cielo y la tierra, en un momento se hubieran consumido; por lo cual dijo que en su comparación todos los ardores de los serafines no eran más que un soplo de un aire fresco. Y por lo mismo, así como entre todos los espíritus bienaventurados no hay ninguno que ame más á Dios que María, así no tenemos ni podemos tener nosotros quien, después de Dios, nos ame más que nuestra amorosísima Madre. Y aun cuando se reuniese el amor que todas las madres han tenido á sus hijos, todos los esposos á sus esposas y todos los ángeles y santos á sus devotos, ne llegaría aún al que María Santísima tiene á una sola alma. Dice el P. Nieremberg que el amor que tuvieron todas las madres á sus hijos, es una sombra comparado con el que profesa María á uno solo de nosotros. Ella sola, añade, nos ama más que todos los ángeles y santos juntos.

En segundo lugar, nos ama entrañablemente nuestra Madre, porque le fuimos encomendados como á hijos por su amado Jesús, cuando antes de expirar, señalándole en

1. Vita. Lib. 2, cap. 5.

la persona de Juan á todos los hombres, como ya lo hemos considerado antes, le dijo: *Mujer, he aquí á tu hijo.* Estas fueron las últimas palabras que le dirigió su santísimo Hijo. Y ¿quién ignora la profunda impresión que hacen en nuestra alma las últimas palabras de una persona amada, en los instantes de su muerte, sin que puedan jamás olvidarse? Además de esto, nosotros somos hijos muy amados de María, porque le hemos costado mucho dolor, y las madres tienen una particular predilección á los hijos cuya vida han podido conservar á costa de trabajo y dolor. Nosotros somos aquellos hijos por los cuales María Santísima padeció la pena de ofrecer ella misma á la muerte la preciosa vida de su querido Jesús, á fin de alcanzarnos la vida de la gracia; contentándose con verle morir por nosotros ante sus ojos rendido á los tormentos. De esta grande ofrenda de María, nacimos entonces nosotros á la vida de la divina gracia; por lo cual somos sus hijos, y por lo mismo sus hijos muy amados, porque le costamos mucha fatiga. Y así como del amor que el eterno Padre tuvo á los hombres, dando por nosotros á su mismo Hijo, está escrito: *De tal suerte amó Dios al mundo, que llegó á entregarle su Hijo unigénito* (1); así también, dice San Buenaventura, puede afirmarse de María: *De tal suerte nos amó María, que llegó á darnos hasta su Hijo unigénito.* ¿Y cuándo nos lo dió? Nos lo dió, dice el P. Nieremberg, cuando por la primera vez le permitió que fuese á morir. Nos lo dió cuando, retraidos los otros, por odio ó por temor, ella sola podía defender suficientemente la vida del Hijo delante de los jueces, y es muy creíble que las palabras de una Madre tan prudente y tan amante de su Hijo hubieran podido hacer una grande impresión, á lo menos en el ánimo de Pilatos, para que se abstuviera de condenar á muerte á un hombre á quien él mismo conoció y declaró inocente. Mas no; no quiso proferir María ni una sola palabra á favor del Hijo, por no impedir su muerte, de la cual dependía nuestra salvación. Nos lo dió, finalmente, millares de veces al pie de la cruz, en aquellas tres horas que asistió á la muerte del Hijo; porque entonces á cada instante no hacía más que sacrificar con sumo dolor y sumo amor hacia nosotros la vida de su Hijo en pro nuestro, con tanta constancia, que, en sentir de San Anselmo y San Antonino, si entonces hubieran llegado á fal-

tar verdugos, ella misma le hubiera crucificado por obedecer á la voluntad del Padre, el cual habia determinado que muriese para salvarnos. Y si semejante acto de fortaleza, de prestarse á sacrificar al hijo con sus propias manos, lo hizo Abrahán, debemos creer que ciertamente con mayor constancia lo hubiera ejecutado María, más santa y obediente que aquel patriarca. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿cuán agradecidos debemos estar nosotros á María por un acto de tanto amor, esto es, por el sacrificio que con tanto dolor suyo hizo de la vida de su Hijo, para alcanzarnos á todos la salvación? Gran recompensa concedió Dios á Abrahán por el sacrificio que de su hijo Isaac se dispuso á practicar; pero ¿qué podremos ofrecer nosotros á María por el sacrificio que nos hizo de la vida de su Jesús, hijo mucho más noble y amado que el hijo de Abrahán? Este amor de María, dice San Buenaventura, nos obliga á amarla con un amor intenso, pues ella nos ha amado á nosotros más que otro alguno; porque nos ha dado á su Hijo único, á quien amaba más que á sí misma (1).

Y de ahí nace el otro motivo que nos hace objeto predilecto del amor de María: porque considera que somos el precio de la muerte de su Hijo. Si una madre viese á un esclavo redimido por un hijo suyo muy querido, con los padecimientos de veinte años de cárceles y trabajos, ¿cuánto no estimaría por esta sola razón á este esclavo? Bien sabe María que su Hijo sólo vino al mundo para salvarnos á nosotros, miserables, conforme lo protestó el mismo: *Vine á buscar y á salvar lo que habia perecido* (2).—Y que para salvarnos quiso darnos también la vida, haciéndose obediente hasta la muerte (3). Si María, pues, nos amase poco, manifestaría estimar en poco la sangre de su Hijo, que es el precio de nuestra salvación. Fuéle revelado á Santa Isabel, religiosa, que mientras María estuvo en el templo, rogaba incesantemente por nosotros, suplicando á Dios que enviase pronto á su Hijo para salvar al mundo. Ahora bien; ¿cuánto no debemos pensar que se acrecentaría su amor al vernos tan estimados del Hijo, que no rehusó comprarnos á tanta costa?

Y como todos los hombres fueron redimidos por Jesús, por esto María á todos ama y favorece. San Juan la vió vestida del sol: *Apareció un gran prodigio en el cielo: una mu-*

1. D. Bonav.—2. Luc. xix, 10.—3. Philipp. ii, 8.

jer vestida del sol (1). Dicese vestida del sol, porque así como no hay en la tierra quien pueda librarse del calor de este astro (2), tampoco hay viviente alguno, según explica el Idiota, que esté privado en la tierra del amor de María. ¿Y quien podrá jamás, dice San Antonio, comprender el cuidado que esta Madre amorosa tiene de todos nosotros? Ella ofrece y dispensa su misericordia á todos; porque, como afirma San Bernardo, desea y ha cooperado á la salvación de todos (3). Por esto es utilísima la práctica de algunos devotos de María, los cuales, según nos refiere Cornelio Alapide, suelen pedir al Señor les conceda aquellas gracias que para ellos pide la Virgen Santísima, diciendo: *Otórgame, Señor, lo que para mí os pide la Santísima Virgen María*. Y con razón, dice el referido Alapide; porque nuestra Madre nos desea mayores bienes que los que nosotros mismos podemos apetecer; ó como dice el devoto Bernardino de Bustos, María desea dispensarnos más beneficios de los que nosotros deseamos recibir (4). Por lo cual el B. Alberto Magno, aplica á María las palabras de la Sabiduría: *María se anticipa á los que la buscan, poniéndose delante ella misma* (5). Es tanto el amor que nos tiene esta buena Madre, dice Ricardo, que apenas advierte nuestras necesidades, luego viene á socorrerlas (6).

Ahora, pues, si María es tan buena Madre para todos, aun para los ingratos y negligentes que la aman poco y pocas veces acuden á ella, ¿cuánto más amorosa será para los que la aman verdaderamente y la invocan á menudo? (7). ¡Oh! ¡y cuán fácil es, añade el B. Alberto, para los que aman á María, el hallarla, y hallarla llena de piedad y de amor! Ella protesta *que no puede dejar de amar á quien la ama* (8). Y aunque la amantísima Señora ame á todos los hombres como á sus hijos, con todo, dice San Bernardo, sabe conocer y amar con predilección á los que más tiernamente la aman. Estos dichosos amantes de María, afirma el Idiota, no sólo son amados, sino servidos por ella (9).

Estaba para morir Leonardo Dominicano, según se refiere en las crónicas de su Orden, y como él se habla encomendado á esta Madre de misericordia doscientas veces cada día, vió á su lado en aquella hora á una hermosísima Reina, que le dijo:—Leonardo, ¿quieres morir y venir con

1. Apoc. xii, 1.—2. Psalm. xviii, 7.—3. D. Bern. Hom. 2, super Misas.—
4. Bern. de Butis. Mar. 1, serm. 5.—5. Sap. vi, 14.—6. S. Rich. in Cont. iv, 5.—
7. Sap. vi, 13.—8. Prov. viii 27.—9. Idiot. de Contempl. Virg. in Prof.

mi Jesús y conmigo?—¿Y quién sois vos?, respondió el religioso. — *Yo soy*, replicó la Virgen, *la Madre de las misericordias; y como me has invocado tantas veces, vengo ahora á recibirte; vámonos, pues, al cielo.* Y muriendo Leonardo en el mismo día, es creíble que la siguió al reino de los bienaventurados.

¡Ah! dulcísima María, ¡dichoso el que os ama! Decía el venerable Juan Berchmans: *Si yo amare á María, estoy seguro de la perseverancia, y alcanzaré de Dios cuanto quisiere.* Y por esto el devoto joven no se saciaba jamás de renovar el propósito y de repetir á menudo entre sí: *Amo á María; quiero amar á María.* ¡Oh! y ¡cuánto excede el amor de esta buena Madre al de todos sus hijos! Aménla éstos cuanto les sea posible, dice San Ignacio mártir (1). Aménla como un San Estanislao de Kostka, el cual amaba tan tiernamente á esta su amada Madre, que hablando de ella excitaba á cuantos le escuchaban. El se había formado nuevas voces, nuevos títulos para honrar su santísimo nombre. No comenzaba acto alguno sin volverse antes á alguna imagen de María para pedir su bendición. Cuando rezaba el oficio, el rosario ú otras oraciones, las decía con tal afecto y devoción, como si hablase cara á cara con María; y cuando oía cantar la *Salve*, inflamábanse su alma y su rostro. Preguntándole en cierta ocasión un padre compañero suyo, dirigiéndose juntos á visitar una imagen de la Virgen, ¿si la amaba? Padre, le respondió, ¿qué más puedo decir? Ella es mi Madre. Y refirió después aquel padre que el santo joven profirió estas palabras con tal ternura de voz, de semblante y de corazón, que ya no parecía un joven, sino un ángel que hablase del amor de María.

Aménla como el B. Hermán, que la llamaba la esposa de su amor, porque María le honró con el nombre de esposo. Como un San Felipe Neri, que hallaba todo su consuelo pensando solamente en María, y por eso la llamaba su delicia. Como un San Buenaventura, que no sólo la llamaba su Señora y Madre, sino que para manifestar la ternura del afecto que la profesaba, la llamaba también su corazón y su alma. Aménla como un San Bernardo, aquel ardoroso amante de María, el cual, tanto amaba á su dulce Madre, que la llamaba raptora de los corazones, y para expresar el ardiente amor que le profesaba, solía decir: ¿No

me robaste el corazón? Llámela cuanto quieran su enamorada, como la llamaba San Bernardino de Sena, el cual cada día iba á visitar una devota imagen suya, para declararle su amor con tiernos coloquios, que tenía con su Reina; y por esto cuando le preguntaban donde iba cada día, contestaba: á ver á su enamorada. Aménla como un San Luis Gonzaga, el cual ardía tanto en el amor de María, que apenas oía resonar el eco de su dulcísimo nombre, luego se le encendía el corazón, y la llama ponía colorado su rostro á la vista de todos. Aménla como un San Francisco Solano, que, como enloquecido (mas con una locura santa), por el amor de María, á veces se ponía á cantar coplas de amor, acompañándose de algún instrumento músico, delante de su imagen, diciendo que conforme lo practican los amantes del mundo, él hacía su música á su enamorada Reina.

Aménla cuanto la han amado tantos siervos suyos, que no sabían ya qué hacerse para manifestarle su amor. El P. Jerónimo de Trexo, de la Compañía de Jesús, se regocijaba titulándose esclavo de María, y en señal de esclavitud iba á menudo á visitarla en una iglesia suya; luego de llegar allí, bañaba primero el pavimento con lágrimas de ternura, nacidas del amor que sentía hacia su divina Madre; después lo barría con la lengua, besándolo mil veces considerando que aquella era la casa de su amada Señora. El P. Diego Martínez, de la misma Compañía de Jesús, á quien por su devoción á la Virgen en las fiestas de María los ángeles le llevaban al cielo para que viera con cuanto honor éstas allí se celebraban, decía: Quisiera tener todos los corazones de los ángeles y de los santos para amar á María como ellos la aman; quisiera las vidas de todos los hombres, para darlas todas por amor de María. Aménla también tanto como la amaba un Carlos, hijo de Santa Brígida, el cual solía decir que ninguna cosa le consolaba más en el mundo como el saber que María era tan amada de Dios; y añadía que si la grandeza de María hubiera sido suya, la hubiera renunciado en su favor, por ser ella mucho más digna que él de poseerla, y que gustoso hubiera aceptado cualquier trabajo, por hacer que María no perdiera un punto de su grandeza, si hubiera sido posible perderla. Desean también dar la vida para atestiguar su amor á María, como lo deseaba el P. Alonso Rodríguez. Grábense, en fin, con hierros agudos sobre el pecho el adorable nombre de María, como lo hicieron un Francisco Binancio,

religioso, y una Radagunda, esposa del rey Clotario. Y aun imprimanse con hierros candentes sobre la carne tan amado nombre, á fin de que permanezca más intenso y durable, como lo practicaron, movidos de amor, sus devotos Bautista Archinto y Agustín de Espinosa, ambos de la Compañía de Jesús.

Finalmente, practiquen ó propónganse practicar cuanto pudiera imaginar un amante, deseoso de dar á conocer en cuanto le sea posible su afecto á la persona amada, que jamás los amantes de María llegarán á amarla tanto como ella les ama. Señora mía, decía San Pedro Damiano, sé que entre los que os aman sois la más amante, y nos amáis con un amor que no se deja vencer de ningún otro amor (1). Hallándose en cierta ocasión el venerable Alfonso Rodríguez á los pies de una imagen de María Santísima, y sintiéndose abrasado de amor hacia la Virgen, exclamó: Madre mía amantísima, yo sé que vos me amáis; pero no tanto como yo os amo. Entonces María, como ofendida en punto de amor, le respondió desde aquella imagen: ¿Qué dices, Alfonso, qué dices? ¡Oh! ¡cuánto mayor es el amor que yo te tengo que el que tú me tienes! Sepas, le añadió, que no hay tanta distancia del cielo á la tierra como la hay de mi amor al tuyo.

Con razón, pues, exclama San Buenaventura: *Dichosos aquellos que tienen la suerte de ser siervos fieles y amantes de esta amantísima Madre.* Sí; porque la agradecidísima Reina nunca se deja vencer en amor por sus devotos (2). Imitando María en esto á nuestro amorosísimo Redentor Jesucristo, con sus beneficios y favores paga con duplicado amor á quien la ama. Exclamaré, pues, yo también con el enamorado San Anselmo (3): Arda siempre por Vos mi corazón, y consumase de amor toda mi alma, ¡oh mi amado Salvador Jesús! ¡oh mi querida Madre María! Conceded, por lo tanto, oh Jesús y María, ya que sin vuestra gracia no puedo amaros, conceded á mi alma por vuestros méritos, no por los míos, que yo os ame cuanto merecéis ser amados. ¡Oh Dios enamorado de los hombres! Vos pudisteis morir por vuestros enemigos, ¿y podréis rehusar la gracia á quien os la pida, de amaros á Vos y á vuestra Madre?

1. Serm. de Nat. B. Virg.— 2. Pucciuchel. de B. V.— 3. In Deprec. ad Virg.

EJEMPLO

Refiere el P. Auriema (1) que una pobre pastorcilla que guardaba ganado amaba tanto á María, que cifraba todas sus delicias en ir á una capilla de nuestra Señora, situada en el monte, y retirarse allí, mientras las ovejas estaban pasciendo, para hablar y honrar á su amada Madre. Viendo que aquella imagen de María, que era de relieve, estaba sin adorno alguno, emprendió hacerle un manto con el humilde trabajo de sus manos. Habiendo cogido un día algunas flores en el campo, formó una guirnalda, y subiendo después sobre el altar de aquella capillita, la puso en la cabeza de la imagen, diciendo:—Madre mía, quisiera poneros sobre la frente una corona de oro y perlas; mas porque soy pobre, recibid esta pobre corona de flores y aceptadla como una prenda del amor que os tengo.—Con estos y otros obsequios procuraba siempre esta devota doncellita servir y honrar á su amada Señora. Pero veamos ahora cómo la buena Madre remuneró á su vez las visitas y el afecto de su hija. Enfermó ésta, y llegada la hora de su muerte, sucedió que pasando por aquel lugar dos religiosos, fatigados del camino, se echaron á descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormía, el otro velaba; pero ambos tuvieron la misma visión. Se les apareció una comitiva de hermosísimas doncellas, entre ellas una que aventajaba á las demás en belleza y majestad. A ésta la preguntó uno de los religiosos:—Señora, ¿quién sois vos y adónde os dirigís por estos caminos?—Yo, respondió, soy la Madre de Dios, que con éstas santas vírgenes voy á visitar en esta vecina aldea á una pastorcilla moribunda, que muchas veces me ha visitado á mí.—Así dijo y desapareció. Los dos siervos de Dios dijeron entonces:—Vamos á verla también nosotros.—Pusiéronse en camino, y hallando el lugar donde habitaba la doncella moribunda, entraron en una pequeña choza y la hallaron allí tendida sobre un poco de paja. Saludáronla, y ella les dijo:—Hermanos, rogad á Dios que os haga ver la compañía que me asiste.—Al instante se arrodillaron, y vieron á María, que junto á la cabecera de la moribunda, con una corona en la mano, la consolaba. Luego aquellas santas vírgenes empezaron á cantar, y al compás de una suave

(1. Alet, Scamb. tom. 2, cap. 7.

armonía, aquella bendita alma se separó del cuerpo. María le puso la corona en la cabeza, y recibéndola en sus brazos, se la llevó consigo al cielo.

ORACIÓN

¡Oh Señora! os diré con San Buenaventura que con el amor y favores que dispensáis á vuestros siervos, les robáis los corazones; robad también mi pobre corazón, que desean amaros mucho. Vos, Madre mía, con vuestra belleza habéis enamorado á un Dios, y desde el cielo le habéis atraído á vuestro seno. Y ¿viviré yo sin amaros? No, os diré con aquel otro amante vuestro hijo, Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús; no quiero descansar un instante hasta estar cierto de haber alcanzado el amor; pero un amor tierno y constante hacia Vos, ¡oh Madre mía!, que tan tiernamente me habéis amado á pesar de mi ingratitude. Y ¿qué sería ahora de mí, si Vos, Madre mía, no me hubieseis amado y alcanzado tantas misericordias? Si Vos, pues, me habéis amado tanto cuando yo no os amaba, ¿cuánto más debo esperar de vuestra bondad ahora que os amo? Yo os amo, Madre mía, y quisiera tener un corazón que os amase por todos aquellos desdichados que no os aman. Quisiera una lengua que valiera por mil lenguas para alabaros, á fin de dar á conocer á todos vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia y el amor con que amáis á los que os aman. Si poseyeses riquezas, quisiera emplearlas todas en vuestro honor; si tuviese súbditos á todos quisiera hacerlos amantes vuestros. Quisiera, en fin, dar también la vida, si necesario fuese, por Vos y por vuestra gloria. Os amo, pues, ¡oh Madre mía!, pero al mismo tiempo recelo de mi amor, porque os oigo decir que el amor hace semejantes los amantes á las personas amadas (1). Y viéndome yo tan desemejante á Vos, es señal de que no os amo. ¿Vos tan pura y yo tan asqueroso? ¿Vos tan humilde y yo tan soberbio? ¿Vos tan santa y yo tan malo? Mas esto es lo que de Vos espero, ¡oh María! Ya que me amáis, dignaos hacerme semejante á Vos. Vos tenéis todo el poder para mudar los corazones: tomad, pues, el mío y mudadlo. Ostentad al mundo lo que podéis á favor de los que os aman. Santificadme, hacedme digno de vuestro Hijo. Así lo espero. Así sea.

§ IV.—*Marta es también Madre de los pecadores arrepentidos.*

Aseguróle María Santísima á Santa Brígida que no sólo era Madre de los justos é inocentes, sino también de los pecadores, como quieran enmendarse (1). ¡Oh! cuando un pecador contrito se postra á sus pies, ¡cómo halla á esta Madre de Misericordia más dispuesta á abrazarle y socorrerle de lo que pudiera hacerlo su propia Madre carnal! Así se lo escribió San Gregorio á la princesa Matilde (2). Pero el que aspira á ser hijo de esta gran Madre, debe dejar primero el pecado, y puede esperar luego que le reciba por hijo suyo. Sobre las palabras del Profeta: *Levantáronse sus hijos* (3), reflexiona Ricardo, y observa que allí se dice: *Levantáronse*, y después *hijos*; porque, añade, no puede ser hijo de María quien no procura antes levantarse de la culpa en que ha caído. Advierte San Pedro Crisólogo que el que hace obras contrarias á las de María, niega con los hechos la voluntad de ser hijo suyo. María humilde, y ¿él quiere ser soberbio? María pura, y ¿él deshonesto? María toda llena de amor, y ¿él quiere aborrecer al prójimo? Con esto demuestra que no es ni quiere ser hijo de esta santa Madre. *Sean los hijos de Marta*, replica Ricardo, *sus imitadores en la castidad, en la humildad, en la mansedumbre y en la misericordia.* Y ¿cómo osará aspirar á ser hijo de María el que tanto le disgusta con su vida? Ciertó pecador dijo un día á María: *Muestra que eres mi Madre*; pero la Virgen le respondió: *Muestra que eres mi hijo* (4). Otro invocaba un día á esta divina Madre, llamándola Madre de misericordia; y María le contestó:—*Vosotros, pecadores, cuando queréis que os ayude, me llamáis Madre de misericordia, y después con vuestros pecados no reparáis en hacerme Madre de miseria y de dolores* (5). Dios maldice al que con su mala vida, ó á lo menos con su obstinación, aflige á su buena Madre María (6).

He dicho *con su obstinación*, porque aun cuando el pecador no haya salido del pecado; si se esfuerza en romper sus ataduras, y busca para esto el auxilio de María, esta Madre no dejará de socorrerle y hacerle volver á la gracia de Dios. Así lo oyó un día Santa Brígida de la boca de Je-

1. Prov. lib. 4, cap. 138.—2. Lib. 1, Ep. 47.—3. Prov. xxxi, 28.—4. Ap. Aurora.—5. Ap. Felbart.—6. Eccli. iii, 15.

Jesucristo, que hablando con su Madre, le dijo: *Al que pone su conato por volver á Dios, le ayudas con tu auxilio y á nadie despidas sin consuelo.* Mientras el pecador, pues, permanece obstinado, no puede amarle María; pero si hallándose encadenado por alguna pasión que le hace esclavo del infierno, á lo menos se encomienda á la Virgen y le ruega con fervor y perseverancia que lo saque de la culpa, esta buena Madre le tenderá sin duda su poderosa mano, le quitará las cadenas y le conducirá al estado de la salvación. Es herejía condenada por el santo concilio de Trento, el decir que todas las oraciones y obras que hacen los que están en pecado son pecados. Dice San Bernardo que la oración en boca del pecador, aunque no es hermosa, por no ir acompañada de la caridad, no deja de ser útil y fructuosa para salir del pecado; porque, como enseña Santo Tomás (1), la oración del pecador no es meritoria, pero sí apta para alcanzar la gracia del perdón; pues la virtud de impetrar está fundada, no en el mérito del que ruega, sino en la bondad divina, y los méritos y promesas de Jesucristo, el cual ha dicho: *Todo el que pide, recibe* (2). Lo mismo debe decirse de las oraciones que se dirigen á la divina Madre. Si el que ruega, dice San Anselmo, no merece ser oído, los méritos de María, á la cual se encomienda, harán que lo sea. Por lo cual San Bernardo exhorta á todos los pecadores que rueguen á María y que lo hagan con gran confianza; porque si el pecador no merece lo que pide, no obstante, por la intercesión debida á los méritos de María, se conceden al pecador aquellas gracias que por él pide á Dios (3). Este es el oficio de una buena madre, dice el mismo santo. Si una madre supiese que dos hijos suyos eran enemigos mortales, y que el uno atentaba á los días del otro, ¿qué haría sino procurar por todos los medios posibles ponerlos en paz? Así, continúa diciendo el santo, María es Madre de Jesús y Madre de los hombres: cuando ve algún pecador enemigo de Jesucristo, no puede consentirlo, y todo lo practica á fin de alcanzarle la gracia de su Hijo (4). Esta benignísima Señora no quiere del pecador otra cosa sino que se encomiende á ella y tenga intención de enmendarse. Cuando María ve á sus pies un pecador, que acude á pedirle misericordia, no atiende á los pecados que haya cometido, sino á la intención con

1. 2, 2, q. 172, a. 7, ad. 1.—2. Luc. xi, 10.—3. Serm. 30, en Vigil. Nat.—4. In Deprac. ad Virg.

que se dirige á ella; y si ésta es buena, aunque hubiere cometido todos los pecados del mundo, le abraza y no se desdeña la amantísima Madre de curarle todas las llagas que ulceran su alma; porque María, no sólo es llamada por nosotros Madre de misericordia, sino que verdaderamente es tal y por tal se da á conocer con el amor y ternura con que nos socorre. Así se lo expresó puntualmente la misma Virgen á Santa Brígida (1).

María es madre de los pecadores que quieren arrepentirse, y como á tal no puede dejar de compadecerse de ellos: de suerte que parece siente como propios los males de sus hijos. Cuando la Cananea pidió á Jesús que librase á su hija del demonio que la atormentaba, dijo: *Señor, Hijo de David, ten lástima de mí; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio* (2). Pero si la hija y no la madre estaba atormentada por el demonio, parece que debiera haber dicho: Señor, compadeceos de mi hija, y no: compadeceos de mí. Pero no; ella dijo con razón: Compadeceos de mí, porque todas las miserias de los hijos las sienten como propias sus madres. Del mismo modo, dice Ricardo de San Lorenzo, María ruega á Dios cuando le recomienda algún pecador que se acoge á su patrocinio (3). Como si le dijera María: Señor mío, esta pobre alma que está en pecado es hija mía; tened, pues, piedad, no tanto de ella, como de mí, que soy su Madre. ¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen á esta dulce Madre, que todos ciertamente alcanzarían el perdón de Dios! ¡Oh Marta! exclama absorto San Buenaventura, Vos abris vuestros brazos maternales al pecador despreciado de todo el mundo (4). Queriendo decir el Santo que el pecador, estando en pecado, es aborrecido y desechado de todos, aun las criaturas insensibles, el fuego, el aire, la tierra, quisieran castigarle y vengarse para reparar el honor de su Criador despreciado. Mas si este miserable recurre á María, ¿lo desecha María? No por cierto; si llega con intención de que le ayude para enmendarse, María lo abraza con maternal ternura y no le abandona hasta que con su poderosa intercesión le reconcilia con Dios y le vuelve á poner en su gracia.

Se lee en el libro segundo de los Reyes (5), que una sabia mujer de Thecua dijo á David:—Señor, yo tenía dos hijos; por mi desgracia, el uno dió muerte al otro, por

1. Revel. lib. 11, 23.—2. Math. xv, 22.—3. De Laud. Virg. n. 6.—4. In Spec., 5.—5. II Reg. xiv, 22.

lo cual he perdido ya un hijo; ahora la justicia quiere quitarme el otro hijo, único que me queda; tened piedad de mí, pobre madre, haced que no quede privada de estos dos hijos míos. Entonces David, teniendo compasión de esta madre, perdonó al delincuente y se lo entregó. Lo mismo puntualmente parece que diga María á Dios cuando le ve indignado contra un pecador que se encomienda á ella: Dios mío, le dice, yo tenía dos hijos, á Jesús y al hombre; el hombre dió muerte á Jesús en la cruz, ahora vuestra justicia quiere condenar al hombre. Señor, mi Jesús ya murió, apiadaos de mí, y si he perdido un hijo, no me hagáis perder también al otro. ¡Ah! ciertamente no condena Dios á aquellos pecadores que acuden á María y le merecen sus ruegos, pues el mismo Dios se los ha recomendado por hijos. El devoto Lanspergio pone en boca del Señor estas palabras: He recomendado á María por hijos á los pecadores, y ella, siempre solícita en cumplir mi encargo, no deja que se pierda ninguno de los que le he confiado, en especial de los que la imploran; antes bien, se esmera con toda eficacia para que todos vuelvan á mí y se reconozcan (1). Y ¿quién podrá jamás explicar, dice Blosio, la bondad, la misericordia, la fidelidad y la caridad con que esta Madre procura nuestra salvación cuando invocamos su auxilio? Postrémonos, pues, dice San Bernardo, delante de esta buena Madre, y puestos á sus santos pies, apremiémosla para que no nos abandone, antes bien, nos bendiga y acoja por hijos suyos (2). Y ¿quién pudo desconfiar jamás de la piedad de esta Madre? San Buenaventura decía: Aunque me diere la muerte, esperaré en ella; y lleno de confianza deseo morir junto á su imagen y me salvaré. Así debería expresarse cualquier pecador que acude á esta piadosa Madre: Señora y Madre mía, por mis culpas merezco que me desechéis y me castiguéis, según ellas fueren; pero aun cuando me rechazéis de Vos y me matéis, no perderé jamás la confianza de que habéis de salvarme. En Vos he puesto toda mi esperanza, y con tener la única suerte de morir delante de alguna imagen vuestra, encomendándome á vuestra misericordia, espero ciertamente no perderme, sino llegar á alabaros en el cielo, en compañía de tantos siervos vuestros que, habiendo invocado vuestro auxilio en el trance de la muerte, se salvaron por vuestra poderosa intercesión. Léase el siguiente

1. V lib. 4, Min. Op.—2. In Sign. Magnam.

ejemplo, y véase si puede jamás desconfiar el pecador de la misericordia y del amor de esta buena Madre, si á ella acudiere.

EJEMPLO

Refiere el Belvacense (1) que en la ciudad de Ridolio, en Inglaterra, vivía por los años de 1430 un joven noble llamado Arnesto, el cual, habiendo dado todo su patrimonio á los pobres, se hizo monje. Llevaba en el monasterio una vida tan perfecta, que los superiores le estimaban mucho, especialmente por la particular devoción que tenía á la Virgen Santísima. Ocurrió que, habiéndose apoderado la peste de aquella ciudad, sus moradores acudieron al monasterio para solicitar el auxilio de las oraciones, y el abad ordenó á Arnesto que fuese á orar delante del altar de María y que permaneciese allí hasta que la Virgen le contestase. Obedeciendo el joven, oró por espacio de tres días, y al fin obtuvo la deseada respuesta de María, indicándole algunas oraciones que debían decirse, lo cual practicado, cesó la peste. Sucedió después que este joven se enfrió en la devoción de María, por lo que el demonio le asaltó con muchas tentaciones, especialmente de impureza y de abandonar el monasterio, y el infeliz, por no haberse encomendado á María, resolvió huir arrojándose de lo alto de una pared del convento; pero acertando á pasar delante de una imagen de María que estaba en el corredor, le habló la Madre de Dios y le dijo: *Hijo mío. ¿por qué me abandonas?* Arnesto, entonces atónito y compungido, cayó al suelo y respondió: *Pero Señora, ¿no veis que no puedo resistir más?* Y la madre de Dios le replicó: *¿Y tú por qué no me has invocado? Si te hubieras encomendado á mí, no te vieras reducido á este extremo. De hoy en adelante,* concluyó María Santísima, *encomiéndate á mí y no dudes.* Volvióse Arnesto á la celda; pero volvieron también las tentaciones, y sin embargo, no cuidó él de encomendarse á María. Huyó por fin del monasterio, y dándose á una vida licenciosa, cayendo de pecado en pecado, llegó por último á ser asesino, arrendando una venta, donde por la noche quitaba la vida á los desdichados pasajeros y los robaba. Entre éstos asesinó una noche al primo del gobernador de aquel lugar, el cual, formándole causa por

1. In Spec. Histor.

los indicios que tenía, le condenó á que fuese ahorcado. Pero mientras se substanciaba el proceso, llegó á la venta un caballero joven, y el maldito ventero, poniendo por obra sus acostumbradas trazas, se introdujo por la noche en su aposento para asesinarle; pero he aquí que sobre la cama no halla al caballero, sino á un crucifijo cubierto de llagas que, mirándole con ternura, le dijo: *¿No te basta, ingrato, que yo haya muerto una vez por tí? ¿Quieres volverme aún á matar? Ea, pues, levanta presto la mano y márame otra vez.* Confuso entonces el pobre Arnesto, empezó á llorar, y anegado en lágrimas, dijo: *Señor, heme aquí; ya que usáis conmigo de tantas misericordias, yo quiero volver á Vos.* Y de hecho, al instante se salió de la venta para volver al monasterio á hacer penitencia. Mas hallándole en el camino los ministros de la justicia, lo presentaron al juez, en cuyo presencia confesó todos los asesinatos que habla cometido, por lo cual fué condenado á morir ahorcado, sin darle si quiera tiempo para confesarse; mas la Virgen hizo que no muriese; y ella misma le descolgó después y le dijo: | *Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando veas en mi mano un papel del perdón de todos tus pecados, prepárate á morir.*—Entonces volvió Arnesto al monasterio, y refiriéndolo todo al abad, hizo extremada penitencia. Muchos años después, he aquí que vió en manos de María el perdón, por lo que, disponiéndose luego para la última hora, concluyó sus días santamente.

ORACIÓN

¡Oh María, soberana Reina mía y digna Madre de mi Dios! Reconociéndome tan vil y tan sucio de pecados, no debiera tener atrevimiento de acercarme á Vos y llamaros Madre. Mas no quiero que mis miserias me priven del consuelo y confianza que siento dándoos este título. Merezco, ya lo sé, que Vos me desechéis; pero os ruego que atendáis á lo que ha hecho y padecido vuestro Hijo Jesús por mí, y después desechadme, si podéis. Yo soy un desdichado pecador, que más que otro ninguno he ofendido la divina Majestad; pero el mal ya está hecho. A Vos acudo; Vos me podéis ayudar, socorredme, Madre mía. No me digáis que no podéis hacerlo, porque yo sé que sois omnipotente y que alcanzáis de vuestro Dios cuanto deseáis. Si me decís que no me queréis ayudar, decidme á lo menos á quién he de acudir, para que pueda ser socorrido en tanta

desgracia mía. ¡Oh! compadeceos de mí; diré á vuestro Hijo y á Vos con San Anselmo: Perdonadme, Redentor mío; y Vos, Madre mía, interceded por mí, ó manifestadme á qué personas he de acudir, que sean más misericordiosas que Vos, y en quienes pueda yo tener más confianza. Pero no, pues ni en el cielo ni en la tierra puedo hallar quien se compadezca más que Vos de los miserables, ni quien mejor pueda ayudarlos. Vos, Jesús, sois mi Padre, y Vos, María, sois mi Madre. Vosotros buscáis y amáis á los más desdichados para salvarlos. Yo soy un reo del infierno, el más infeliz de todos; mas no tenéis necesidad de ir buscándome, ni yo tampoco lo pretendo, pues me presento á Vos con la esperanza cierta de que no quedaré desamparado. Aquí estoy á vuestros pies, Jesús mío, perdonadme: María mía, socorredme.

CAPITULO II

VIDA Y DULZURA (1)

§. 1. — *María es nuestra vida, porque ella nos alcanza el perdón de los pecados.*

PARA entender bien el motivo porque la santa Iglesia llama á María nuestra vida, es necesario saber que, así como el alma da vida al cuerpo, del mismo modo la divina gracia da vida al alma; porque un alma sin la gracia, sólo vive en apariencia; mas en realidad está muerta, como se dijo á aquel del Apocalipsis: *Tienes nombre de viviente, y estás muerto* (2). Alcanzando, pues, María á los pecadores la gracia por medio de su intercesión, les vuelve la vida. He aquí cómo la hace hablar la santa Iglesia, aplicándole las siguientes palabras de los Proverbios: *Me hallarán los que madrugaren en buscarme* (3); esto es, los que fueren diligentes en buscarme, luego que puedan, ciertamente me hallarán, y según la versión de los Setenta, hallarán la gracia. Por lo cual, lo mismo es acudir á María que hallar la gracia de Dios. Y poco después dice: *Quién me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación* (4). Oid, exclama San Buenaventura sobre estas palabras, oíd los

que aspiráis al reino de Dios, honrad á la Virgen María, y hallaréis la vida y la salud eterna.

Dice San Bernardino de Sena, que si Dios no destruyó al hombre después del pecado, fué por el singular amor que tenía á esta su futura Hija; y añade que él no duda que todas las misericordias y perdones que recibieron los pecadores en la ley antigua, Dios se los concedió sólo por consideración á esta bendita doncella (1).

Por lo cual nos exhorta San Bernardo, diciendo: Si como miserables hubiéramos perdido la divina gracia, procuremos recobrarla; pero sea por medio de María; porque si nosotros la hemos perdido, ella la ha hallado, y por esto la llama el Santo: *La que nos halló la gracia*. Esto lo expresó el arcángel San Gabriel para nuestro consuelo, cuando dijo á la Virgen: *No temas ¡oh Marta! porque has hallado la gracia* (2). Mas si María jamás estuvo privada de la gracia, ¿cómo podía decir el santo arcángel que la había hallado? Dícese que se ha hallado una cosa cuando antes no se tenía. La Virgen estuvo siempre con Dios y con la gracia, y aun llena de gracia, como la manifestó el mismo arcángel cuando la saludó: *Dios te salve, oh llena de gracia; el Señor es contigo* (3). Si María, pues, no halló la gracia para él, porque siempre estuvo llena de ella, ¿para quién la hallaría? La halló, responde el cardenal Hugo, comentando este pasaje, para los pecadores que la habían perdido. Corran, pues, dice el devoto escritor, corran á María los pecadores que han perdido la gracia, pues en ella la hallarán de seguro, y digan:—Señora, lo que se halla debe restituirse á quien lo ha perdido; esta gracia que habéis hallado no es vuestra porque Vos no la habéis perdido jamás; es nuestra, porque la hemos perdido nosotros, y por esto se nos debe volver. Por lo cual Ricardo de San Lorenzo concluye sobre este pensamiento:—Si deseamos, pues, hallar la gracia del Señor, acudamos á María, que la ha hallado y la halla siempre (4).—Y pues María, ha sido y será siempre amada de Dios, si acudiéremos á ella, ciertamente la hallaremos. La Virgen dice en los sagrados Cantares, que Dios la ha puesto en el mundo para nuestra defensa.—*Yo soy muro y mis pechos como una torre* (5); y por eso ha sido constituida mediadora de paz entre Dios y los pecadores: *Desde que me hallo en su presencia como quien ha encontrado la paz* (6). So-

1. Omnes indulgentias factas in veteri testamento, non ambigo, Deum fecisse solum propter filias puellas reverentiam et amorem. D. Bern. Sen. tom. 1, serm. 61, cap. 8.—2. Luc. 1, 30.—3. Ave, gratia plena, Dominus tecum.—4. De Lau. Virg. lib. 2.—5. Cant. viii, 10.—6. Cant viii, 10.

bre cuyas palabras anima San Bernardo al pecador y le dice: Anda, acude á esa Madre de misericordia, manifiéstale las llagas que tienes en tu alma, causadas por tus culpas, y entonces ella ciertamente rogará á su Hijo que te perdone, por aquella leche que le dió; y el Hijo, que tanto la ama, sin duda la oirá. Y con efecto, la santa Iglesia nos hace rogar al Señor que nos conceda el poderoso auxilio de la intercesión de María, para levantarnos de nuestras culpas, en aquella oración común: Fortaleced, Dios misericordioso, nuestra fragilidad con vuestro auxilio, y celebrando la invocación de la Madre de Dios por medio de su intercesión, nos libramos de nuestras iniquidades.

Con razón, pues, San Lorenzo Justiniano la llama esperanza de los malhechores; porque sólo ella les alcanza el perdón de Dios. Con razón la llama San Bernardo escala de los pecadores; porque tendiendo la mano la Reina piadosa á los pobres caídos, les levanta del precipicio de la culpa y les hace subir á Dios. Con razón San Agustín la llama única esperanza de nosotros los pecadores, puesto que sólo por su mediación esperamos el perdón de todos nuestros pecados (1). Y lo mismo dice San Juan Crisóstomo, que sólo por la intercesión de María reciben el perdón los pecadores (2). Por lo cual el mismo Santo, en nombre de todos ellos, la saluda con estas palabras: Dios te salve, Madre de Dios y nuestra, cielo donde habita Dios, trono en el cual el Señor dispensa todas las gracias, ruega siempre á Jesús por nosotros, á fin de que por tus súplicas podamos alcanzar el perdón en el día de la cuenta, y la gloria de los bienaventurados en la eternidad (3).

Finalmente, con razón María es llamada aurora: *¿Quién es esta, que va subiendo cual naciente aurora?* (4). Sí; porque como dice el papa Inocencio, siendo la aurora el fin de la noche y el principio del día, con mucha propiedad por la aurora se designa á la Virgen María, que fué el fin de los vicios y el principio de las virtudes (5). Y el mismo efecto que produjo en el mundo el nacimiento de María, produce su devoción cuando nace en un alma. Ella disipa las tinieblas del pecado y guía el alma por el camino de la virtud. Por lo que decía San Germán: *¡Oh Madre de Dios! vuestro amparo es inmortal, vuestra intercesión es la vida* (6). Y en el sermón que hace el Santo del cingulo de la Vir-

1. Tu es spes unica peccatorum: quia per te speramus veniam omnium delictorum. S. Aug. Serm. 18 de assuetis.—2. Per hanc peccatorum veniam consequimur.—3. In offic. Nat. B. M. die 5.—4. Cantic. 6, 9.—5. Serm. 2, de Assump. B. M.—6. Orat. 3, de Dorm. B. Virg.

gen (1), dice: que el nombre de María, para el que lo pronuncia con afecto, ó es señal de vida, ó de que en breve renacerá á la vida.

Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, cantó María en su sublime cántico (2). Sí, Señora mía, le dice San Bernardo; por esto os llamarán bienaventurada todos los hombres, porque todos vuestros siervos, por vuestra intercesión, alcanzan la vida de la gracia y la gloria eterna (3). En Vos hallan los pecadores el perdón, y los justos la perseverancia y después la vida eterna (4). No desconfíes, pecador, dice el devoto Bernardino de Bustos, pues aun cuando fuesen innumerables tus pecados, si acudes sinceramente á esta Señora, la hallarás con las manos llenas de misericordia; pues, añade, más desea María hacerte gracias, que tú apeteces recibirlas (5).

San Andrés Cretense llama á María fianza del perdón divino, porque cuando los pecadores acuden á María para reconciliarse con Dios, Dios les promete el perdón y se lo asegura, entregándoles también la prenda. Y esta prenda es precisamente María, que El nos dió por abogada, y por cuya intercesión, en virtud de los méritos de Jesucristo, Dios perdona á todos los pecadores que á ella acuden. Un ángel dijo á Santa Brígida que los santos profetas se regocijaban al saber que Dios, por la humildad y pureza de María, debía aplacarse con los pecadores y recibir en su gracia á los que habían provocado su ira (6).

Ni pecador alguno debe jamás temer ser desechado de María, si acude á su piedad. No; porque ella es Madre de misericordia, y como tal desea salvar á los más desdichados. María es aquella arca feliz donde el que se refugia, dice San Bernardo, no padecerá el naufragio de la eterna perdición. En el arca de Noé, al tiempo del diluvio se salvaron también los brutos. Bajo el manto de María se salvaron también los pecadores. Santa Gertrudis vió un día á María con un manto extendido, bajo el cual se habían refugiado muchas fieras, como leones, osos y tigres, y que María, no sólo no los echaba, sino que con gran piedad les acogía y les acariciaba. Con esto entendió la Santa que los pecadores más perdidos, cuando acuden á María, no son desechados, sino acogidos y libres de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca; refugiémonos bajo el

1. De zona Virginis.—2. Luc. 1. 48.—3. Serm. 2 in Pentec.—4. Serm. de Nativ. B. V.—5. Serm. 5. de Nat. Mar.—6. Serm. de Bust. Serm. Angel, cap. 9.

manto de María, que no nos desechará por cierto, antes bien nos salvará.

EJEMPLO

Refiere el P. Bovio (1) que había una mala mujer llamada Elena, la cual, habiendo ido á una iglesia, oyó casualmente una plática del Rosario. Al salir del templo, se compró uno; pero lo llevaba oculto para que nadie se lo viera. Empezó después á rezarlo; mas aunque lo rezaba sin devoción, la Santísima Virgen le infundió tanto consuelo y dulzura en este rezo, que después nunca sabía dejarlo de decir. Y con esto cobró tanto horror á su mala vida, que no podía hallar reposo; por lo cual se vió como forzada á confesarse, y lo verificó con tanta contrición, que se asombró el confesor. Luego se fué á un altar de María Santísima, para dar gracias á su abogada. Dijo el rosario, y la divina Madre desde aquella imagen le habló así:—Elena, bastante has ofendido á Dios y á mí; muda de vida de hoy en adelante, que yo te concederé buena parte de mis gracias.—Entonces la pobre pecadora, en extremo confusa, respondió:—¡Ah Virgen Santísima! verdad es que hasta ahora he sido una malvada; pero ayudadme Vos, que todo los podéis, pues me entrego á Vos y quiero emplear la vida que me queda en hacer penitencia de mis culpas. Ayudada de la Virgen, distribuyó Elena todos sus bienes á los pobres, y emprendió una rigurosa penitencia. Hallábase atormentada de terribles tentaciones; pero con encomendarse á la Madre de Dios, quedaba siempre victoriosa. Llegó también á recibir muchas gracias sobrenaturales, visiones, revelaciones y profecías. Finalmente antes de morir, cuya hora la Virgen le reveló y avisó pocos días antes, vino la misma María Santísima con su Hijo á visitarla, y al expirar, vióse el alma de esta pecadora que, en forma de una bellísima paloma, volaba al cielo.

ORACIÓN

Ved, ¡oh Madre de mi Dios!, única esperanza mía, ved á vuestros pies un miserable pecador, que implora vuestra piedad. Los fieles todos os proclaman por refugio de los pecadores. Vos, pues, sois mi refugio y la que me habéis

1. En della SS. Vergine.

de salvar. Ya sabéis cuánto desea vuestro Hijo nuestra salvación (1). También sabéis cuánto padeció Jesús para salvarnos. Yo os presento, Madre mía, los padecimientos de Jesús: el frío que padeció en el establo, los pasos que dió en el viaje de Egipto, sus fatigas y sudores, la sangre que derramó, el dolor que le causó morir á vuestra presencia en la cruz. Manifestad que amáis á este Hijo, pues por su amor os pido que me ayudéis. Alargad la mano á un caído que os pide piedad. Si yo fuese santo, no necesitaría misericordia; mas como soy pecador, acudo á Vos, que sois Madre de las misericordias. Sé que vuestro piadoso corazón halla consuelo en socorrer á los miserables cuando, por no hallarlos obstinados, les podéis ayudar. Consolad, pues, hoy á vuestro piadoso corazón, y consoladme, ya que tenéis ocasión para salvarme, pues soy un desdichado digno del infierno, y podéis ayudarme porque no quiero ser obstinado. Me pongo en vuestras manos; decidme lo que debo hacer, y alcanzadme fuerzas para practicarlo; pues propongo hacer cuanto pueda para volver á la divina gracia. Me refugio bajo vuestro manto. Jesús quiere que yo acuda á Vos, para que por vuestra gloria y la suya, pues sois su Madre, no sólo su sangre, sino también vuestros ruegos, me ayuden para salvarme. El me envía á Vos para que me socorráis. ¡Oh María!, heme aquí, á Vos acudo y en Vos confío. Rogáis ya por otros muchos; rogad y hablad también una palabra por mí. Decidle á Dios que queréis me salve, y ciertamente Dios me salvará. Decidle que soy vuestro, y que no busco más que á Vos.

§. II. — *Marta es también nuestra vida, porque nos alcanza la perseverancia.*

La perseverancia final es un don divino tan grande, que, como declaró el santo concilio de Trento, es un don enteramente gratuito y que no podemos merecer por nosotros mismos. Mas como enseña San Agustín que alcanzan de Dios la perseverancia todos aquellos que la buscan, y como afirma el P. Suárez, infaliblemente la alcanzan siempre que procuran con diligencia pedirla á Dios hasta el fin de su vida; porque escribe Belarmino que esta perseverancia, para obtenerla todos los días, en ninguno se ha de dejar de pedir; luego si es verdad, como lo tengo

por cierto, según la opinión actualmente admitida, como más adelante demostraré en el capítulo V; si es verdad, digo, que todas las gracias que Dios nos dispensa pasan por manos de María, también será verdad que sólo por medio de María podremos esperar nosotros alcanzar esta eminente gracia de la perseverancia. Y ciertamente la alcanzaremos siempre que la pidamos con confianza á María, pues ella misma la promete á todos los que la sirven fielmente en esta vida. *Los que obran conforme con mi voluntad no pecarán; los que esclarecen mi nombre, obtendrán la vida eterna* (1); palabras que la Iglesia pone en boca de la Virgen (2).

Para conservarnos en la vida de la divina gracia, nos es necesaria la fortaleza espiritual para resistir á todos los enemigos de nuestra salvación, y esta fortaleza sólo se alcanza por medio de María. *Mía es la fortaleza, por mí reinan los reyes* (3). Esta fortaleza es mía, dice la Virgen Santísima; Dios ha depositado este don en mi mano para que yo lo dispense á mis devotos. Por mi mediación reinan mis siervos y sujetan todos sus sentidos y pasiones, haciéndose así dignos de reinar después eternamente en el cielo. ¡Oh! ¡y cuánta fortaleza tienen los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones del Infierno! María es aquella torre de la cual se dice en los sagrados cantares: *Tu cuello es recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes; de la cual cuelgan mil escudos, arneses completos de valientes* (4). Para sus amantes que acuden á su patrocinio en los combates, es como una torre fuerte ceñida de defensas, en la que sus devotos hallan los escudos y las armas para defenderse del Infierno.

Por esto la Santísima Virgen es llamada plátano: *Me alcé como el plátano en las plazas junto al agua* (5). El plátano, como refiere el cardenal Hugo, tiene las hojas semejantes á un escudo, con lo cual se explica la defensa que toma María Santísima de los que á ella se refugian. El beato Amadeo da otra explicación, diciendo que María se llama plátano, porque así como este árbol con la sombra de sus ramas pone á los viajeros á cubierto del ardor del sol y de las lluvias, así bajo el manto de María hallan refugio los hombres en el ardor de las pasiones y del furor de las tentaciones (6).

1. Eccl. xxxiv, 30 et 31.—2. In Festo Concep. B. M. V.—3. Prov. viii, 14 et 15. In Fest. S. Mar. ad Nives.—4. Cant. iv, 4.—5. Eccl. xxiv, 19.—6. B. Amad. hum. 8.

¡Desdichadas las almas que abandonan esta defensa y dejan de ser devotos de María y de encomendarse á ella en los peligros! Quitad el sol, dice San Bernardo; ¿qué sería del mundo sino una morada de tinieblas y de horror? (1). Pierda un alma la devoción á María, que al momento quedará rodeada de tinieblas, esto es, de aquellas tinieblas de las cuales dice el Espíritu Santo: *Ordenaste las tinieblas y quedó hecha la noche; en ella transitarán las fieras del bosque* (2). Luego que en un alma no brilla la luz divina y se oscurece, se convierte en sentina de pecados y caverna de demonios. ¡Ay de aquellos, dice San Anselmo, que desprecian el resplandor de este sol, esto es, que desprecian la devoción de María! San Francisco de Borja dudaba, y con razón, de la perseverancia de aquellos que no tienen una especial devoción á la Santísima Virgen. Preguntando una vez á algunos novicios á qué santo profesaban más devoción, conoció que varios de entre ellos no tenían esta especial devoción á María; por lo que advirtió al maestro de novicios que vigilase especialmente á aquellos desgraciados, y sucedió que todos ellos perdieron miserablemente la vocación y se salieron de la Orden.

Con razón, pues, San Germán llamaba á la Santísima Virgen la respiración de los cristianos; porque así como el cuerpo no puede vivir sin respirar, así el alma no podrá vivir sin acudir y encomendarse á María, por cuyo medio seguramente alcanzamos y conservamos la vida de la divina gracia (3). Acometido una vez el B. Alano de una fuerte tentación, estuvo á punto de perderse por no haberse encomendado á María; pero se le apareció la Santísima Virgen, y á fin de advertirle mejor para otra vez, le dió un bofetón y le dijo: *Si te hubieses encomendado á mí, no te hubieras hallado en este peligro*.

Por el contrario, dice María: *Bienaventurado el hombre que me escucha y vela continuamente á las puertas de mi misericordia, para pedirme luz y socorro* (4). María velará también para alcanzar luz y fuerza á este devoto suyo, á fin de que salga del vicio y ande por el camino de la virtud. Por lo cual Inocencio III la llamó, con bella expresión; *Luna para el que está ciego en la noche del pecado*, pues le alumbrará para que conozca el miserable estado de condenación en que se halla: *Aurora*, esto es, mensajera del sol, para el que se halla ya alumbrado, á fin de hacerle salir del peca-

1. Serm. de Aguas.—2. Psal. cii, 20.—3. S. Germán, Orat. de Deip.—4. Prov. viii, 34. In festo Concept. B. M. V.

do y volver á la divina gracia; finalmente, *Sol*, para el que ya está en gracia, á fin de que no vuelva á caer en algún precipicio (1).

Aplicando los doctores á María aquellas palabras del Eclesiástico: *Sus ataduras son una venda saludable* (2); ¿qué ataduras son estas, dice San Lorenzo Justiniano, sino las que atan á sus siervos, á fin de que no se desvien por los caminos del vicio? Explicando igualmente San Buenaventura las palabras que se dicen en el oficio de María: *Mi habitación fué en la plena reunión de los santos* (3), dice que María, no solamente está colocada en la plenitud de los santos, sino que también sostiene á éstos para que no retrocedan, conserva sus virtudes para que no falten y entretiene á los demonios para que no les dañen (4).

Dícese que los devotos de María traen doble vestido (5). Según interpreta Cornelio Alapide, este doble vestido son las virtudes de su Hijo y las suyas propias, con las cuales adorna á sus siervos, á fin de que vestidos de esta suerte conserven la santa perseverancia. Por esto San Felipe Neri amonestaba siempre á sus penitentes, y les decía: *Hijos, si desecáis la perseverancia, sed devotos de nuestra Señora*. Decía asimismo el venerable hermano Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús: *El que ame á María obtendrá la perseverancia*. Es bella la reflexión que sobre esto hace el abad Ruperto en la parábola del hijo pródigo, diciendo: que si la madre de este hijo discolo hubiese vivido, ó no huyera jamás de la casa de su padre, ó volviera á ella mucho más presto de lo que volvió; queriendo decir con esto que el que es hijo de María, ó no se aparta nunca de Dios, ó si desgraciadamente lo hace, luego vuelve por la mediación de María.

¡Oh! si todos los hombres amasen á esta benignísima y amorosísima Señora, y en las tentaciones acudiesen puntualmente á ella, ¿quién caería jamás? ¿quién nunca se perdería? Sólo cae y se pierde el que no acude á María. Aplicando San Lorenzo Justiniano á la Virgen aquellas palabras del Eclesiástico: *Caminé por las olas del mar* (6), pone en boca de la misma estas palabras: Yo camino juntamente con mis siervos en medio de las tempestades en que ellos se hallan, á fin de auxiliarles y librarles de caer y precipitarse en los pecados.

Refiere el P. Bernardino de Bustos que habiendo apren-

1. Serm. 2 de Assump.—2. Ecclí. vi, 31. Ecclí. xxiv, 16.—4. S. Bonav. in Speculo.—5. Prov. xxxi, 17.—6. Ecclí. xxiv, 8.

dido un pajarito á decir *Ave María*, fué á cogerle un gavilán; pero éste cayó muerto al instante que aquél pronunció *Ave María*. Con esto quiere darnos á entender el Señor, que si una avecilla, siendo irracional, se libra con invocar á María, ¿cuánto mejor se librará de caer en manos del demonio aquel que en los asaltos cuidare de invocar á María? No debemos, pues, hacer nosotros otra cosa, dice Santo Tomás de Villanueva, cuando vienen los demonios á tentarnos, sino imitar á los polluelos, los cuales, apenas divisan á los milanos, luego corren á recogerse bajo las alas de su madre; así nosotros, al percibir las tentaciones que nos asaltan, luego sin detenernos debemos correr á ponernos bajo el manto de María (1). Y Vos, prosigue diciendo el Santo, Señora y Madre nuestra, habéis de defendernos, porque, después de Dios, no tenemos otro refugio sino á Vos, que sois la única esperanza nuestra y la sola protectora en quien confiamos (2).

Concluyamos, pues, con lo que dice San Bernardo: ¡Oh hombre, seas quien fueres! no puedes dejar de conocer que en esta vida más bien vas fluctuando entre peligros y tormentas, que caminando sobre la tierra: si no quieres quedar sumergido, no apartes los ojos de esta estrella María. Mira á la estrella, llama á María. En los peligros de pecar, en las angustias de las tentaciones, en las dudas de lo que has de resolver, piensa que María te puede ayudar, y llámala luego para que te socorra. No se aparte jamás de tu corazón su poderoso nombre, para inspirarte la confianza, ni de tus labios para invocarlo. Sigue á María y no errarás el camino de la salvación; encomiéndate á ella, y no desconfiarás; si su mano te sostiene, no caerás, si ella te protege, no temas tu perdición; si ella es tu guía, te salvarás sin trabajo. Finalmente, si María toma tu defensa, infaliblemente llegarás al reino de los bienaventurados. Hazlo así, y vivirás (3).

EJEMPLO

Es célebre la historia de Santa María Egipciaca, que se lee en el libro primero de las Vidas de los Padres. A la edad de doce años huyó de la casa de sus padres y se fué á Alejandría, donde llevando una vida licenciosa llegó á

1. D. Thom. a Villanov. Serm. 3. de Nat. Virg.—2. Nescimus aliud refugium nisi te; tu sola es unica spes nostra; tu sola patrona nostra, ad quam omnes aspiciamus.—3. D. Bernard. Hom. 2, Sup. Missus.

ser el escándalo de aquella ciudad. Pasados dieciséis años en ofender á Dios, se le antojó ir á Jerusalén, en donde, celebrándose entonces la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, quiso también ella entrar en la iglesia, más por curiosidad que por devoción; pero al verificarlo, sintió que invisiblemente la impelían hacia atrás. Probó segunda vez y también fué impelida, y asimismo tercera y cuarta vez. Colocándose entonces la infeliz en una esquina del atrio, conoció que Dios la echaba de la iglesia por su mala vida. Afortunadamente, levantó los ojos, y viendo una imagen de María pintada en el atrio, se volvió llorando á ella y le dijo:—¡Oh Madre de Dios, apiadaos de esta pobre pecadora! Veo que por mis culpas no merezco que me miréis; pero Vos sois el refugio de los pecadores: por el amor de Jesús vuestro Hijo, ayudadme y permitid que pueda entrar en la iglesia, pues quiero mudar de vida é ir á hacer penitencia donde Vos me indiquéis.—He aquí que entonces oyó una voz interior, como si la Virgen Santísima le respondiera, diciéndole: Ya que has acudido á mí y quieres mudar de vida, entra en la iglesia, que la puerta ya no estará cerrada para ti.—Entró la pecadora, adoró la cruz y lloró amargamente. Volvió entonces á la imagen, y la dijo:—Señora, aquí me tenéis pronta para obedeceros: ¿dónde queréis que me retire para hacer penitencia?—*Anda, ve*, contestó la Virgen, *pasa el Jordán y encontrarás el lugar de tu descanso*. Se confesó, comulgó, pasó el río y llegó al desierto, en donde comprendió que era el lugar de su penitencia. En los primeros diecisiete años que la Santa permaneció allí, ¿qué asaltos no le dieron los demonios para hacerla caer de nuevo?; pero ella no hacía más que encomendarse á María, y esta divina Madre le alcanzó fuerza para resistir á todas las tentaciones durante aquellos diecisiete años, después de los cuales cesaron los combates. Finalmente, á los cincuenta y siete años de permanecer en aquel desierto, hallándose á la edad de ochenta y siete, por providencia del Señor la halló el abad San Zósimo: refirió al Santo toda su vida, y le rogó volviese allí el año siguiente á llevarle la Santa Comunión. Volvió efectivamente el santo abad, y le administró la Sagrada Eucaristía, y ella después le repitió la súplica de que otra vez fuese á visitarla. Volvió allí el santo abad y la halló muerta, circuido el cuerpo de luz y á la cabeza escritas estas palabras: *Entierra en este lugar el cuerpo de esta miserable pecadora, y ruega á Dios por mí*.—La sepultó, habiendo venido

un león á cavar la tierra, y volviendo al monasterio, refirió las maravillas de las divinas misericordias que Dios había usado con esta feliz penitente.

ORACIÓN

¡Oh Madre de piedad, Virgen sacrosanta! he aquí á vuestros pies el traidor que, pagando con ingraticudes las gracias recibidas de Dios por vuestra mediación, ha hecho traición á Dios y á Vos también. Pero, Señora, sabed que mi miseria no me quita, antes bien aumenta, mi confianza en Vos, porque veo que ella acrecienta en Vos la compasión hacia mí. Manifestad, ¡oh Maríal, que sois la misma para mí que para todos los que os invocan, llena de liberalidad y de misericordia. Bástame sólo que me miréis y os compadezcáis de mí. Si vuestro corazón se apiada de mí, no podrá dejar de protegerme. Y si vos me patrocináis, ¿á quien puedo temer? No, nada temo: no á mis pecados, porque Vos podéis remediar el daño hecho; no á los demonios, porque Vos sois más poderosa que el infierno; no á vuestro Hijo, justamente indignado conmigo, porque con una sola palabra vuestra se aplacará. Únicamente temo que yo por mi culpa deje de encomendarme á Vos en mis tentaciones, y así me pierda. Pero esto es lo que hoy os prometo: quiero siempre acudir á Vos; ayudadme, pues, á practicarlo. Mirad la bella ocasión que se os proporciona para cumplir vuestro deseo, aliviando á un miserable como soy yo.

¡Oh, Madre de Dios! en Vos tengo una gran confianza. Espero que me concederéis la gracia de llorar como debo mis pecados, y la fortaleza para no caer más. Si estoy enfermo, Vos podéis curarme, ¡oh médica celestial! Si mis culpas me han debilitado, vuestra ayuda me volverá la fortaleza. ¡Oh Maríal todo lo espero de Vos, porque todo lo podéis con Dios.

DULZURA

§ III.—*Marta dulcifica la muerte de sus devotos.*

Los verdaderos amigos y los verdaderos parientes no se conocen en el tiempo de la prosperidad, sino en el tiempo de las miserias y angustias (1). Los amigos del mundo no abando-

nan al amigo cuando éste se halla en prosperidad, sino cuando cae en desgracia; y especialmente si se acerca la hora de la muerte, al instante le desamparan. No lo practica así María con sus devotos, pues en sus angustias, y particularmente en las de la muerte, que son las mayores que pueden sufrirse en este mundo, la buena Señora y Madre no sabe desamparar á sus fieles siervos; porque así como es vida nuestra en el tiempo de nuestro destierro, así se vuelve también dulzura nuestra en la hora de nuestra muerte, y nos la alcanza dulce y dichosa. Desde aquél grande día en que María Santísima tuvo la suerte y juntamente el dolor de asistir á la muerte de su Hijo Jesús, que fué la cabeza de los predestinados, obtuvo la gracia de asistir también á todos los predestinados en su último trance. Por esto la santa Iglesia nos invita á rogar á la Virgen, pidiéndole que nos socorra, especialmente en la hora de la muerte: *Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Son verdaderamente terribles las angustias de los pobres moribundos, ya por el remordimiento de los pecados cometidos, ya por el horror del cercano juicio y ya, en fin, por la incertidumbre de la salvación eterna. Entonces especialmente se arma el infierno, y trabaja con todas sus fuerzas para apoderarse de aquella alma que pasa á la eternidad, sabiendo que es poco el tiempo que le queda para ganarla; y que si entonces la pierde, la ha perdido para siempre (1). Y por esto el demonio, acostumbrado á tentarla en vida, no se contenta de ser solo para tentarla á la hora de la muerte, sino que llama compañeros que le ayuden. Cuando alguno está para morir, su casa se llena de demonios que se juntan para su daño y última perdición (2).

De San Andrés Avelino se refiere que en la hora de su muerte reuniéronse diez mil demonios para tentarle; y en su vida se lee que durante su agonía tuvo que sostener tan fuerte pelea con el infierno, que estremeció á todos los buenos religiosos que le asistían. Vieron éstos que el rostro del Santo se descompuso con la agitación, de suerte que se le volvió enteramente negro. Vieron que todos sus miembros temblaban y se agitaban; que de los ojos manaban copiosas lágrimas; que la cabeza daba golpes violentos, señales todas de la horrible lucha que sostenía con

1. Apoc. xii, 12.—2. Isai, xii, 21.

el infierno. Todos lloraban de compasión, redoblaban las oraciones y al propio tiempo temblaban horrorizados al ver que de aquella manera moría un Santo. Con todo, se consolaban al ver que éste á menudo volvía los ojos, como si buscase auxilio, en una devota imagen de María, acordándose que él mismo había dicho muchas veces en vida que en la hora de su muerte había de ser su refugio. Plugo á Dios, finalmente, que concluyese el combate con una gloriosa victoria; porque cesando los estremecimientos del cuerpo, deshinchado y vuelto á su primer color el rostro, vieron que el Santo, teniendo tranquilamente fijos los ojos en aquella devota imagen, y haciendo una reverente inclinación á María (la cual se cree que entonces se le apareció) como si le diese las gracias, expiró apaciblemente, entregando su bendita alma en los brazos de María, con un semblante celestial. Y en el mismo instante una religiosa capuchina que estaba agonizando se volvió á las religiosas que la asistían y les dijo: *Decid el Ave María, pues ahora acaba de morir un Santo.*

¡Ah! ¡cómo huyen los rebeldes á la presencia de la Reina! Si en la hora de la muerte tenemos á María Santísima de nuestra parte, ¿qué temor podrán infundirnos todos nuestros infernales enemigos? Temiendo David las angustias de su muerte, se alentaba con la confianza en la muerte del futuro Redentor y en la intercesión de la Virgen Madre: *Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte..... tu vara y tu báculo han sido mi consuelo* (1). El cardenal Hugo explica que por el *báculo* debe entenderse el palo de la cruz, y por la *vara* la intercesión de María, que fué la vara profetizada por Isaías. Saldrá una *vara* del tronco de Jessé, y de su raíz brotará una flor (2). Esta divina Madre, dice San Pedro Damiano, es aquella poderosa vara con la cual quedan vencidas las violencias de los enemigos infernales (3). Por lo cual nos anima San Antonio diciendo: Si María está por nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? (4). Hallándose el P. Manuel Padial, de la Compañía de Jesús, en la hora de su muerte, se le apareció María, y para confortarle le dijo: *He aquí que por fin ha llegado la hora en que, alegrándose los ángeles contigo, te digan: ¡Oh felices trabajos! ¡Oh bien remuneradas mortificaciones!* Y entonces se vió una multitud de demonios que

1. Psalm xxii, 4.—2. Isai. xi, 1.—3. Serm. de Assumpt. B. Virg.—4. Si Maria, pro nobis, quis contra nos?

huían desesperados gritando: *¡Ah! contra este hombre nada podemos, pues le defiende aquella que no tiene mancha* (1). Asimismo el P. Gaspar Hayevod fué asaltado en la hora de su muerte por los demonios con una grave tentación contra la fe. Encomendóse luego á la Virgen Santísima, y después se le oyó exclamar: *Os doy gracias, Madre mía, porque habéis venido á ayudarme* (2). Dice San Buenaventura que María envía al príncipe San Miguel con todos los ángeles en defensa de sus siervos moribundos, para que vayan luego á defenderles de las asechanzas de los demonios y á recibir las almas de todos aquellos que continuamente se ha encomendado á ella (3).

Cuando un hombre está para salir de esta vida, se revuelve el infierno, dice Isaías, y envía á los demonios más terribles á tentar aquella alma antes de abandonar el cuerpo, y para acusarla después, cuando se presente en el tribunal de Jesucristo para ser juzgada (4). Pero dice Ricardo que cuando María defiende aquella alma, los demonios no tienen osadía ni aun para acusarla, sabiendo por experiencia que el supremo Juez nunca ha condenado ni condenará un alma como la patrocine su gran Madre (5). San Jerónimo, en una carta á la santa virgen Eustoquia, le dice que María, no sólo socorre á sus queridos siervos en la hora de su muerte, sino que también les sale al encuentro para animarlos y acompañarlos al divino tribunal (6). Y esto es conforme con lo que dijo la Virgen Santísima á Santa Brigida, hablando de sus devotos cuando se hallan en la hora de la muerte: *Entonces, querida mía, como Señora y Madre de ellos, les saldré al encuentro al morir para que tengan consuelo y refrigerio* (7). Añade San Vicente Ferrer:—La amorosa Reina cubre con su manto á sus almas, y ella misma les presenta al juez su Hijo, y así ciertamente les alcanza la salvación (8). Así puntualmente le sucedió á Carlos, hijo de Santa Brigida (9), el cual, habiendo muerto en el peligroso ejercicio de soldado y lejos de su madre, temía la Santa por su salvación; pero la Virgen Santísima le reveló que se había salvado por el amor que le había tenido, por lo cual ella le había asistido en la muerte y le había sugerido los actos que un cristiano debe hacer en aquella hora. Al mismo tiempo vió la Santa á Jesús en un

1. Patrig. Menol. alij. 28 April.—2. Idem.—3. In Spec. B. Virg. cap. 3.—4. Isai. xiv, 9.—5. Quis apud Judicem accusare audeat, cui viderit Matrem patrociniem? Richard ap. Pep. tom. 5. lex. 244.—6. D. Hier. Epist. 2 ad Eustochium.—7. Rev. lib. 2, cap. 29. 8. Serm. de Assumpt.—9. Rev. lib. 7, cap. 13.

trono, y al demonio que presentaba dos acusaciones contra María Santísima. La primera, que María le había impedido tentar á Carlos en la hora de su muerte, y la segunda, que María había presentado ella misma en el juicio el alma de Carlos, y así le había salvado, sin darle siquiera lugar para exponer las razones con las cuales él pretendía que fuese suya. Vió después que el juez le arrojó de allí, y que el alma de Carlos fue llevada al cielo.

¡Oh, hermano! ¡cuán dichoso serás si en la hora de la muerte te hallas atado con las dulces cadenas del amor á la Madre de Dios! Estas cadenas son cadenas de salvación, que te aseguran tu salvación eterna y te harán gozar en la muerte aquella paz bienaventurada que será principio de tu paz y descanso eterno. Refiere el P. Binetti en su libro de las *Perfecciones de Nuestra Señora*, capítulo XXXI, que habiendo él asistido á la muerte de un gran devoto de María, oyó de su boca antes de expirar estas palabras: *¡Oh, Padre mío, si supieseis cuánto alegría siento yo por haber servido á la Santísima Madre de Dios! no acierto á explicar el júbilo que experimento en este instante.* El P. Suárez, por haber sido muy devoto de María (por lo cual decía que hubiera trocado todo su saber por el mérito de una sola *Ave María*), murió con tanta alegría, que al tiempo de morir decía:—Que jamás se hubiera imaginado, á no experimentarlo entonces, que pudiese serle tan dulce la muerte. El mismo júbilo sin duda experimentarás también tú, devoto lector, si en la hora de la muerte te acordares de haber amado á esta buena Madre, la cual no sabe dejar de ser fiel con sus hijos que han sido fieles en servirla y obsequiarla con visitas, rosarios, ayunos y particularmente dándole gracias á menudo, alabándola y encomendándose continuamente á su poderoso patrocinio.

Aun cuando hubiereis sido pecadores, no dejaréis por esto de experimentar este consuelo, mediante que de hoy en adelante procuréis vivir bien y servir á esta agradecida y benignísima Señora. En vuestras angustias y en las tentaciones con que el demonio pretenderá precipitaros en la desesperación, ella os confortará y hasta vendrá á asistirlos en la hora de la muerte. Martín, hermano de San Pedro Damiano, según refiere el mismo santo (1), conociendo que había ofendido á Dios, se fué un día delante de un altar de María á ofrecerse por esclavo suyo, poniéndose su

1. Opusc. 33, cap. 4.

ceñidor al cuello en señal de esclavitud, y le dijo así: *Señora mía, espejo de pureza, yo pobre pecador he ofendido á Dios y á Vos manchando mi castidad: no hallo otro remedio que el de ofrecirme por esclavo vuestro. Heme aquí, Señora, que hoy me entregó á Vos por esclavo; recibid á este rebelde, no me desechéis.* Luego dejó sobre la tarima del altar cierta cantidad de dinero, ofreciendo pagar igual suma todos los años á María, en señal del tributo de su esclavitud. Después de algún tiempo Martín murió; pero antes de expirar, una mañana se le oyó decir: *Levantaos, levantaos, salud á mí Señora.* Y después: *Y ¿qué gracia es esta, oh Reina del cielo, que os dignáis visitar á este pobre esclavo? Bendecidme, Señora, y no permitáis que yo me pierda después de verme honrado con vuestra presencia.* A este tiempo entró su hermano San Pedro; refirióle la venida de María, y como le había bendecido, lamentándose de que los que le asistían no se hubiesen levantado en la presencia de María, y poco después expiró dulcemente. Tal será también tu muerte, lector mío, si fueres fiel á María, aunque antes hubieres ofendido á Dios: ella te concederá una muerte dulce y apacible.

Y si por ventura os hallareis entonces muy temerosos y faltos de confianza, á vista de los pecados cometidos, ella vendrá á animaros, como lo verificó con Adolfo, conde de Alsacia. Abandonó éste el mundo, hizose religioso de San Francisco y fué gran devoto de la Madre de Dios, como se refiere en las crónicas. Al llegar al fin de sus días, representándosele la vida que había pasado en el siglo, el gobierno de sus vasallos y el rigor del divino juicio, empezó á temer la muerte por la duda de su eterna salvación. Y he aquí que entonces María (que no sosiega en las angustias de sus devotos) se apareció al moribundo acompañada de muchos santos, y para animarle le dijo: estas tiernas palabras: *Adolfo, querido mío, siendo tú devoto mío, ¿cómo temes morir?* Con estas dulces palabras quedó consolado el siervo de María, desechó el temor y murió con gran paz y contento.

Animémonos también nosotros, aunque pecadores, y tengamos la confianza de que María vendrá en la hora de la muerte á asistirnos y consolarnos con su presencia, si nosotros la servimos con amor en el tiempo que nos queda que vivir acá en el mundo. Hablando un día nuestra Reina con Santa Matilde, ofreció que vendría á asistir en la muerte

á todos los que fielmente la hubiesen servido en vida (1). ¡Oh, Dios! ¿Qué consuelo será en aquellos últimos momentos de nuestra vida, cuando dentro de poco deberá tratarse la causa de nuestra vida eterna, qué consuelo será, digo, ver junto á nosotros la Reina del cielo, que nos asista y consuele, ofreciéndonos su patrocinio? Además de los ejemplos ya referidos de la asistencia de María á sus siervos moribundos, los hay innumerables en los libros. Este favor fué dispensado á Santa Clara, á San Félix capuchino, á la beata Clara de Montefalcó, á Santa Teresa, á San Pedro de Alcántara y á otros, mas para común consuelo mencionaré estos otros pocos. Refiere el P. Grasset (2) que Santa María de Ogniens vió á María Santísima á la cabecera de la cama de una devota viuda de Villembrose, la cual padecía ardiente calentura, y la Virgen Santísima estaba á su lado consolándola y haciéndole aire con un abanico. Estando para morir San Juan de Dios, esperaba la visita de María, de la cual era muy devoto; pero viendo que se retardaba, afligíase y también quizá se quejaba, cuando he aquí que cuando llegó el momento se le apareció la divina Madre, y como reprendiéndole su poca confianza, le dirigió estas tiernas palabras, muy á propósito para animar á todos los siervos de María: *Juan mío, ¿pensabas que yo te habia abandonado?* Como si dijese: ¿No sabes que yo no se abandonar á mis devotos en la hora de la muerte? No he venido antes porque aun no era tiempo; ahora que lo es, mira como he venido á recibirte; vámonos al cielo. Y poco después expiró el Santo, volando su alma al cielo á dar eternamente gracias á su amantísima Reina (3).

EJEMPLO

Pero concluyamos el discurso con un ejemplo que manifiesta hasta dónde llega la ternura de esta buena Madre para con sus hijos en la hora de la muerte. Hallábase un párroco de cierto país asistiendo á un hombre rico que moría en una casa magníficamente adornada y asistido de muchos criados, parientes y amigos; pero vió también el cura que había alrededor de la casa una multitud de demonios en forma de perros que estaban aguardando para hacer presa de aquella alma, como efectivamente la hicie-

1. Apud. Blos. p. 2. Concl. an fid. cap. 12.—2. Div. alla Verg. tom. 1, tract. quæst. 1. 11.—3. Holland. die 8 Martii.

ron, por haber muerto en pecado. Sucedió entretanto que envió á llamar al párroco una pobre mujer, que hallándose al fin de su vida deseaba recibir los Santos Sacramentos. No pudiendo el párroco dejar de asistir al alma necesitada del rico, envió otro sacerdote, el cual tomó el copón con el Santísimo Sacramento y fué allá. He aquí que al llegar al aposento de aquella buena mujer no vió en él criados, ni gente obsequiosa, ni muebles preciosos, porque la enferma era pobre y estaba acostada sobre un poco de paja, pero observó que aquel aposento se hallaba iluminado con una vivísima luz y que junto al lecho de la moribunda había la Madre de Dios, María, que la estaba consolando, y con un pañuelo en las manos le enjugaba el sudor de la muerte. Viendo el sacerdote allí á la Reina del cielo, no se atrevía á entrar; pero lo efectuó porque aquella divina Señora le hizo señas para que entrara. Entonces ella misma le ofreció el asiento; en el cual oyó la confesión de su devota, que recibió después con mucha devoción el sagrado Viático y expiró al fin dulcemente en brazos de María (1).

ORACIÓN

¡Oh, dulcísima Madre mía! ¿cuál será la muerte de este pobre pecador? Cuando reflexiono acerca de aquel terrible momento en que he de expirar y ser presentado al divino tribunal, y me acuerdo de que yo mismo con mis pecados me he escrito tantas veces la sentencia de condenación, tiemblo, me confundo y temo en gran manera por mi salvación eterna. ¡Oh, María! En la sangre de Jesús y en vuestra intercesión se cifran mis esperanzas. Vos sois la Reina del cielo, la Señora del universo; basta decir que sois la Madre de Dios. Seáis enhorabuena grande; vuestra grandeza no os separa, antes bien os inclina por sí misma á que os compadezcáis más de nuestras miserias. Cuando los amigos del mundo son elevados á cualquier dignidad, se apartan y aun se desdeñan de mirar á los antiguos amigos que quedan en baja fortuna. Vuestro noble y amoroso corazón no lo hace así: donde ve mayores miserias, allí se empeña más en aliviarlas. Si os invocamos, nos socorréis al instante, y aun prevenís con vuestros favores nuestros ruegos. Vos nos consoláis en nuestras aflicciones, calmáis

las tempestades, abatís los enemigos y, en suma, no perdéis ocasión de procurar nuestro bien. Sea para siempre bendita aquella divina mano que ha unido en Vos tanta majestad, con tanta ternura, tanta grandeza, con tanto amor. Yo doy por ello continuas gracias á mi Señor y me alegre en mí mismo, porque en vuestra felicidad pongo la mía y tengo por suerte mía vuestra suerte. ¡Oh, consoladora de los afligidos! Consolad á un afligido que se encomienda á Vos. Yo me siento abrumado por los remordimientos de una conciencia agravada con tantos pecados. No sé si los he llorado como debía; veo todas mis obras llenas de lodo y de defectos. El infierno está esperando mi muerte para acusarme; la divina justicia ofendida quiere quedar satisfecha. Madre mía, ¿qué será de mí? Si Vos no me socorréis, estoy perdido. ¿Qué decis? ¿queréis socorrerme? ¡Oh, Virgen piadosal consoladme, alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados; alcanzadme fuerzas para enmendarme y ser fiel á Dios en lo que me queda de vida, y después cuando me halle en las últimas angustias de mi muerte, ¡oh, María!, esperanza mía, no me desamparéis; asistidme entonces más que nunca y confortadme para que no desespere á vista de mis culpas que me opondrá el demonio. Perdonad, Señora, mi atrevimiento; venid entonces Vos misma á consolarme con vuestra presencia. Esta gracia que á tantos habéis dispensado, yo también la quiero. Si mi atrevimiento es grande, mayor es vuestra bondad, que va buscando á los más miserables para consolarles. En ella yo confío. Sea vuestra eterna gloria haber librado del infierno á un miserable condenado y conducido á vuestro reino, donde espera después consolarse, estando siempre á vuestros pies para daros gracias, bendeciros y amaros por una eternidad. ¡Oh, María! os estoy aguardando, no me dejéis desconsolado. Amén, amén.

CAPITULO III

ESPERANZA NUESTRA, DIOS TE SALVE (1)

§. I.— *María es la esperanza de todos.*

Los herejes modernos no pueden sufrir que nosotros saludemos y llamemos á María *esperanza nuestra*. Dicen que sólo Dios es nuestra esperanza y que el Señor maldice al que pone su esperanza en la criatura (2).

1. Spes nostra, salve. 2.—v. Jerem. xvii, 5.

María, exclaman, es criatura, y ¿cómo una criatura ha de ser nuestra esperanza? Esto dicen los herejes; pero no obstante ello, la Santa Iglesia quiere que cada día todos los eclesiásticos y religiosos levanten la voz y de parte de todos los fieles invoquen y llamen á María con este dulce nombre de esperanza nuestra, esperanza de todos: *Spes nostra, salve*.

De dos maneras, dice el angélico doctor Santo Tomás, podemos poner la esperanza en una persona: como causa principal y como causa mediata. Los que del rey esperan una gracia, la esperan de él como señor, y de su ministro ó privado como intercesor ó medio. Si se concede la gracia, viene principalmente del rey, pero por medio de su privado; por lo que con razón llama su esperanza á su intercesor, el que por medio de éste solicita una gracia. El Rey del cielo, porque es bondad infinita, desea sumamente enriqueceros con sus gracias; mas como de nuestra parte sea necesaria la confianza, para acrecentarla nos ha dado por Madre y abogada á su misma Madre, á la cual ha dado todo el poder para ayudarnos, y por eso quiere que pongamos en ella la esperanza de nuestra salvación y de todo nuestro bien. Los que ponen su esperanza solamente en las criaturas, sin dependencia de Dios, como lo hacen los pecadores que para conseguir ó ganar la amistad ó favor de un hombre no reparan en disgustar á Dios, ciertamente que éstos son maldecidos de él, como dice Jeremías; pero los que confían en María como Madre de Dios poderosa para alcanzarnos sus gracias y la vida eterna, éstos son bendecidos de Dios y complacen á su divino corazón, que quiere ver así honrada aquella gran criatura, á la cual más que á todos los ángeles y hombres ha amado y honrado.

De aquí es que nosotros con razón llamamos á la Virgen esperanza nuestra; esperando, como dice el cardenal Belarmino (1), alcanzar por su intercesión lo que no consiguiéramos por nuestros ruegos. Nosotros la rogamos, dice San Anselmo, para que la dignidad de su intercesión supla nuestra pobreza; por lo que, añade el Santo, el suplicar á la Virgen con esta esperanza no es desconfiar de la misericordia de Dios, sino temer nuestro poco mérito (2).

Con razón, pues, la santa Iglesia aplica á María las palabras del Eclesiástico, llamándola: *Madre de la santa esperanza* (3); la madre que hace nacer en nosotros, no la vana

1. De Beat. SS. lib. 2, cap.—2. De Excell. Virg. cap. 6.—3. Ecl. xxiv. 24

esperanza de los bienes caducos y transitorios de esta vida, sino la esperanza santa de los inmensos bienes de la vida bienaventurada. Así saludaba San Efrén a la divina Madre: *Dios te salve, ¡oh esperanza de mi alma, oh salud cierta de los cristianos, oh ayuda de los pecadores, defensa de los fieles y salud del mundo!* (1); San Basilio nos advierte que, después de Dios, no tenemos otra esperanza que María; y por eso la llama *nuestra esperanza después de Dios*. Y reflexionando San Efrén sobre el orden de la presente providencia, con que ha dispuesto Dios, como dice San Bernardo, y luego demostraré extensamente, que todos los que se salvan hayan de salvarse por medio de María, le dice: *Señora, no dejéis de guardarnos y ponernos bajo el amparo de vuestra protección, ya que después de Dios no tenemos otra esperanza que Vos* (2). Lo mismo dice Santo Tomás de Villanueva, llamándola nuestro refugio, socorro y amparo (2).

De esto parece que nos señala la razón San Bernardo, diciendo:—Mira, hombre, el designio de la determinación de Dios para poder dispensarnos con más abundancia su misericordia: queriendo redimir al género humano, puso todo el valor de la redención en las manos de María, para que ella lo dispense a su voluntad (4).

Ordenó Dios a Moisés que hiciese el propiciatorio de oro purísimo, diciéndole que en lo sucesivo quería hablarle desde allí: *Harás el propiciatorio de oro purísimo.... Desde allí te intimaré yo mis órdenes* (5). Este propiciatorio dice un autor que es María, por medio de la cual el Señor habla a los hombres, y nos concede el perdón, los dones y las gracias. Y por esto dice San Ireneo que el Verbo divino, antes de encarnarse en el seno de María, envió al arcángel pidiéndole su consentimiento, porque quiso que de María derivase al mundo el misterio de la Encarnación (6). Por lo cual puede decirse con el Idiota (7) que todo bien, todo auxilio y toda gracia que los hombres han recibido y recibirán de Dios hasta el fin del mundo, todo lo han recibido y recibirán por la intercesión y medio de María. Razón, pues, tenía el devoto Blosio de exclamar:—¡Oh, María! que sois tan amable y tan agradecida con quien os ama, ¿quién será el necio y desdichado que no os ame? Vos, en las dudas y confusiones alumbráis los entendimientos de los que á Vos acuden en sus aflicciones; Vos consoláis á quien

1. De Laud. Virg.—2. S. Ephren, ibid.—3. Conc. 3. de Conc. Virg.—4. Serm. de Nativ.—5. Exod. xxv, 17 et 22.—6. S. Iren. lib. 3, contr. Valen. cap. 33.—7.—In Pref. Contempl. B. M.

confía en Vos en los peligros; Vos socorréis á quien os invoca (1). Vos, sigue Blosio, después de vuestro Hijo, sois la salvación cierta de vuestros fieles servidores. Dios te salve, pues, esperanza de los desesperados, socorro de los desamparados. ¡Oh María! Vos sois omnipotente, pues que vuestro Hijo quiere honraros apresurándose á hacer cuanto deseáis.

Reconociendo San Germán que María es el origen de todos nuestros bienes, y que nos libra de todos los males, así la invoca:—¡Oh Señora mía! Sólo Vos sois el consuelo que Dios me ha dado: la guía de mi peregrinación, la fortaleza de mis débiles fuerzas, la riqueza de mis miserias, la libertad de mis cadenas, el alivio de mis dolores y la esperanza de mi salud: oid, os ruego, mis súplicas, apiadaos de mis suspiros. Vos que sois mi Reina, mi refugio, mi vida, mi ayuda, mi esperanza y mi fortaleza (2).

Con razón, pues, San Antonio aplica á María aquel texto de la Sabiduría: *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella* (3). Pues que siendo María la dispensadora de todos los bienes, puede decir el mundo, y especialmente el que viviendo en él es devoto de esta Reina, que juntamente con la devoción de María ha alcanzado todos los bienes (4). Por lo cual decía después absolutamente el abad Celense: *El que halla á María, halla todos los bienes*. Ciertamente el que halla á María halla todos los bienes, todas las gracias y todas las virtudes, porque por medio de su poderosa intercesión le alcanza todo cuanto necesita para hacerse rico de la divina gracia. Ella nos participa que tiene consigo todas las riquezas de Dios, esto es, las divinas misericordias, para dispensarlas en beneficio de sus amantes (5). Por lo cual decía San Buenaventura que todos nosotros debíamos tener siempre fijos los ojos en las manos de María, para recibir por su medio aquel bien que deseamos (6).

¡Oh! ¡cuántos soberbios con la devoción á María han hallado la humildad! ¡cuántos iracundos la mansedumbrel! ¡cuántos ciegos la luz! ¡cuántos desesperados la confianzal! ¡cuántos perdidos la salvación! Y esto puntualmente lo predijo ella cuando pronunció en casa de su prima Santa Isabel aquel sublime cántico: *Por esto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones* (7); cuyas palabras repite San Bernardo, diciéndola:—Por esto todas las

1. Cimeliarch. Embot. 1, ad Mar.—2. S. Germ. in Ecom. Delp.—3. Sap. vii. 11.—4. D. Antonín. part. 4, lit. 17, c. 20.—5. Prov. viii, 12 et 21.—6. D. Bonay. in spec.—7. Luc. 1, 48.

gentes os llamarán bienaventurada, porque á todos les habéis dado la vida y la gloria, porque en Vos hallan los pecadores su perdón y los justos la perseverancia en la divina gracia (1). Por lo que el devoto Lanspergio introduce al Señor hablando así al mundo:—Hombres, dice, pobrecitos hijos de Adán, que vivís en medio de tantos enemigos y de tantas miserias, *procurad venerar con particular afecto á mi Madre y Madre vuestra* (2), pues yo he dado al mundo á María para vuestro ejemplo, para que de ella aprendáis á vivir como debéis, y para vuestro refugio, á fin de que á ella acudáis en vuestras aflicciones.

A esta hija, dice Dios, la he hecho tal, que nadie puede temer ó sentir desvío de acudir á ella. Por esto la he criado de naturaleza tan benigna y piadosa, que á ninguno sabe despreciar de cuantos recurren á ella; á ninguno de cuantos le piden sabe negar su favor; para todos tiene abierto el manto de su misericordia, y no permite jamás que ninguno se levante desconsolado de sus pies. Sea, pues, siempre alabada y bendecida la inmensa bondad de nuestro Dios, que nos ha dado esta gran Madre y Abogada tan tierna y amorosa.

¡Oh Dios! ¡cuán tiernos eran los sentimientos de confianza que experimentaba el enamorado San Buenaventura hacia nuestro amantísimo Redentor Jesús y hacia nuestra amantísima Abogada María! Téngame, decía, cuanto quiera el Señor por reprobado; yo sé que él no se puede negar á quien le ama y de corazón le busca (3). Yo le abrazaré con mi amor, y si no me bendice, no le dejaré jamás, y él sin mí no podría irse. Cuando no pudiere otra cosa, me esconderé á lo menos dentro de sus llagas, y estando allí me hallará dentro de sí. Finalmente, añadía el Santo, si mi Redentor por mis culpas me rechazare de sus pies, me arrojaré entonces á los de su Madre María; allí permaneceré postrado hasta que ella me alcance el perdón. Porque esta Madre de misericordia no sabe, ni ha sabido jamás, dejar de compadecerse de las miserias y de contentar á los miserables que á ella acuden por consuelo. Y por esto, concluía, si no por obligación, á lo menos por piedad, no dejará de inducir á su Hijo á que me perdone.

Miradnos, pues, concluyamos con Eutimio, ¡oh piadosísima Madre nuestra! con vuestros ojos piadosos, pues

1. Serm. 9 in Pentec.—2. Lansperg. lib. 4, Min. Op.—3. Bonav. par. 3. Sím. Div. Amor. cap. 13.

somos vuestros siervos, y en Vos tenemos puesta toda nuestra esperanza.

EJEMPLO

En el *Tesoro del Rosario* (1) se refiere que había un caballero devotísimo de la divina Madre, quien había hecho construir en su palacio un devoto oratorio, en el cual delante de una hermosa imagen de María solía orar á menudo, no solamente de día, sino también de noche, interrumpiendo el descanso para ir á honrar á su amada Señora. Observando su mujer que su marido, cuando reinaba el mayor silencio en la casa, se levantaba de su cama, y saliendo del aposento no volvía á él hasta después de mucho tiempo, á pesar de ser muy piadosa, entró la cuitada en celos y sospecha de cosa mala, por lo cual un día, para librarse de esta espina que la atormentaba, se decidió á preguntar á su marido si amaba á otra mujer. Sonriéndose el caballero, le respondió: Sí, has de saber que amo á una Señora la más amable del mundo, á la que he entregado todo mi corazón, y antes moriré que deje de amarla; y si la conocieses, tú misma me dirías que la ama-se aún más de lo que ahora la amo. — Le decía esto refiriéndose á la Santísima Virgen, á quien tan tiernamente amaba; pero concibiendo entonces la mujer mayores sospechas, para mejor certificarse de la verdad, le preguntó de nuevo si por ventura se levantaba todas las noches y salía del aposento para hablar con aquella señora. El caballero, que ignoraba la grande agitación de su mujer, le respondió afirmativamente. Entonces, asegurada la señora falsamente de lo que no existía, cegada por la pasión, una noche que el marido salió del aposento, como acostumbraba, tomó desesperada un cuchillo, y cortándose con él la garganta, al punto murió. Habiendo concluido el caballero sus devociones, volvió al aposento, y cuando iba á entrar en la cama, la halla toda mojada. Llama á su mujer, y ésta no responde; la remueve, y no despierta; toma en fin una luz, y ve la cama llena de sangre y á su mujer muerta con la garganta cortada. Conociendo entonces que se había degollado por los celos, cerró el aposento con llave, y volviendo al oratorio, se postró delante de la santísima Virgen, y llorando amargamente le habló así:— Ma-

1. Part. 4. Mirac. 85.

dre mía, mirad en qué aflicción me hallo. Si Vos no me consoláis, ¿á quién he de acudir? Considerad que por haber venido á honraros me ha sucedido esta desgracia de ver á mi mujer muerta y condenada. Madre mía, Vos bien podéis remediarnos; remediadnos, pues —¡Ah! el que ruega con fe y confianza á esta Madre de misericordia, alcanza lo que desea. Concluída esta súplica, he aquí que oye que una de sus criadas le decía:—Señor, id al aposento, que la señora os llama.—No acabando de creerlo el caballero de pura alegría:—Vuelve, dijo á la criada, y observa bien si es ella realmente la que me llama.—Sí, señor, volvió diciendo la criada; sí, vaya usted presto, porque la señora le está aguardando.—Fué el caballero, abrió el aposento y halló viva á su mujer, la cual, arrojándose llorando á sus pies, le rogó que la perdonase, diciéndole:—¡Ah! esposo mío, la Madre de Dios por tus ruegos me ha librado del infierno.— Y así llorando ambos de alegría se fueron al oratorio á dar gracias á la Santísima Virgen. Al día siguiente el marido convidó á todos los parientes, á quienes después hizo que su misma mujer les refiriese todo lo sucedido; y ella les enseñó la cicatriz que aun tenía de la herida, con lo cual todos se inflamaron en el amor de la divina Madre.

ORACIÓN

¡Oh madre del santo amor! ¡Oh vida, refugio y esperanza nuestro! Vos ya sabéis que vuestro Hijo Jesús, no contento con hacerse nuestro perpetuo abogado junto á su eterno Padre, quiso también que Vos os interesaseis con El para alcanzarnos sus misericordias. El ha dispuesto que vuestros ruegos cooperen á nuestra salvación, y les ha dado tanta eficacia, que alcanzan todo lo que piden. Pues á Vos me dirijo, oh esperanza de los miserables, yo miserable pecador. Espero, Señora, que por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesión me he de salvar. Así lo confío, y lo confío tanto, que si mi salvación eterna estuviere en mi mano, la pondría desde luego, en las vuestras; pues más confío en vuestra misericordia y patrocinio, que en todas mis obras. Madre y esperanza mía, no me desamparéis como yo merezco. Mirad mis miserias, y moviéndos á piedad, socorredme y salvadme. Confieso que muchas veces he cerrado con mis culpas la puertá á la luz y á los auxilios que Vos me habéis procurado del Señor. Mas la

piedad que Vos tenéis de los miserables, y el poder que ejercéis con Dios, superan el número y la malicia de todos mis deméritos. El cielo y la tierra saben que no se pierde aquel que de Vos es protegido. Olvidense, pues, todos de mí, y no os olvidéis Vos, oh Madre del Omnipotente. Decid á Dios que yo soy vuestro esclavo; decidle que Vos me defendéis, y me salvaré. ¡Oh María! yo me fío de Vos: en esta esperanza vivo, y en ella quiero y espero morir, diciendo siempre: *Jesús es mi única esperanza, y después de Jesús, mi madre la Virgen María.*

§. II.—*María es la esperanza de los pecadores.*

Después de haber criado Dios la tierra, crió dos lumbreras, una mayor y otra menor, esto es, el sol para que alumbrara de día, y la luna para que alumbrase de noche (1). El sol, dice el cardenal Hugo, fué figura de Jesucristo, de cuya luz gozan los justos que viven en el día de la divina gracia; la luna, figura de María, por cuyo medio gon alumbrados los pecadores que viven en la noche del pecado (2). Siendo, pues, María esta luna propicia á los pecadores miserables, si algún desdichado, dice Inocencio III, se halla sumido en la noche de la culpa, ¿qué debe hacer? (3). Ya que ha perdido la luz del sol, perdiendo la divina gracia, vuélvase á la luna, ruegue á María y ella le alumbrará para conocer la miseria de su estado, y le dará fuerza para salir presto de él. Dice San Metodio que casi son innumerables las conversiones de pecadores, obradas por la intercesión de María.

Otro de los títulos con que la Iglesia nos hace acudir á la divina Madre, y que más alienta á los pecadores, es el de *Refugio de los pecadores*, con el cual la invocamos en las Letanías. Antiguamente habia en la Judea la ciudad de refugio, donde los delincuentes que se acogían á ella quedaban libres de las penas á que se habían hecho acreedores. Actualmente no existen tantas ciudades de refugio como entonces, sino que sólo hay una, que es María, de la cual se dijo: *Gloriosas cosas se han dicho de ti, ¡oh ciudad de Dios!* (4). Pero con esta diferencia: que en las ciudades antiguas no hallaban refugio todos los delincuentes, ni toda clase de delitos; pero bajo el manto de María hallan acogida todos los pecadores, y por cualquier delito que hubie-

1. Gen. 1, 16.—2. Hug. card. in luc. cit.—3. Sermon. 2 de Assump. B. Virg.
—4. Psalm. LXXXVI, 3.

ren cometido, basta que uno se refugie á ella. *Yo soy la ciudad del refugio para todos los que vienen á mí*, dice nuestra Reina, en expresión de San Juan Damasceno (1).

Y basta que uno acuda. El que tenga la suerte de entrar en esta ciudad, no necesita hablar para salvarse: *Venid acá, y entremos en la ciudad fuerte, y estemos allí callados* (2). Esta ciudad fortificada, explica el beato Alberto Magno, es la Virgen Santísima pertrechada de gracia y de gloria. Ya que nosotros no nos atrevemos á suplicar al Señor por el perdón, basta que entremos en esta ciudad y calleemos, pues entonces María hablará y rogará por nosotros (3). Por lo que un devoto autor exhorta á todos los pecadores á que se acojan bajo el manto de María, diciendo: *Huid ¡oh Adán, oh Eva, y vosotros sus hijos, que habéis indignado á Dios! huid y acogeos al seno de esta buena Madre. ¿No sabéis que ella es la única ciudad de refugio y la única esperanza de los pecadores? Así la llamó San Agustín: Única esperanza de los pecadores* (4).

De aquí es que San Efrén le dice: *Vos sois la única acogida de los pecadores y de los que se hallan privados de todo socorro*. Y con esto la saluda: *Dios te salve, refugio y hospicio de los pecadores, en donde solamente pueden éstos hallar acogida* (5). Esto es, reflexiona un autor, lo que entendió decir David cuando dijo: *El Señor me ha patrocinado, escondiéndome dentro de su tabernáculo* (6). Y ¿cuál es este tabernáculo de Dios sino María? Así la llama San Germán:—*Tabernáculo fabricado por Dios, en el cual nadie sino Dios entró para cumplir los misterios de la redención humana*. A este propósito dice el gran padre San Basilio, que el Señor nos ha dado á María como un público hospital, donde pueden ser acogidos todos los enfermos que son pobres y están destituidos de todo otro auxilio. Ahora bien; en los hospitales fabricados de intento para recibir á los pobres, ¿cuáles de éstos tienen más derecho para ser acogidos, sino los más pobres y más enfermos?

Por esto el que es más miserable, porque carece de méritos y se halla más oprimido de los males del alma, que son los pecados, parece que puede decirle á María:—*Señora, Vos sois el refugio de los pobres enfermos: no me desechéis, pues siendo yo más pobre y más enfermo que los otros tengo más motivo para que me recibáis. ¡Oh Ma-*

1. Or. 7 de Dorm.—2. Jerem. vii, 16.—3. Benedictus Fernandez in c. 3 Gen.—4. Serm. 38 de Sanct.—5. S. Ephren. de Laud. Virg.—6. Ps. xxvi, 5.

rial podemos decirle nosotros miserables pecadores con Santo Tomás de Villanueva, no sabemos hallar otro refugio sino el vuestro; Vos sois la única esperanza en que afianzamos nuestra salvación, y la única abogada para con Jesucristo, á la cual todos acudimos (1).

En las revelaciones de Santa Brígida es llamada María astro que precede al sol, para que entendamos que cuando se descubre en un alma pecadora la devoción á la divina Madre, es señal seguro que dentro de poco vendrá Dios á enriquecerla con su gracia. A fin de avivar San Buenaventura en los pecadores la confianza en la protección de María, nos representa un mar tempestuoso en el que los pecadores, caídos ya de la nave de la divina gracia, arrojados acá y acullá por los remordimientos de la conciencia y temerosos de la divina justicia, sin luz y sin guía, están á punto de perder toda confianza y próximos á desesperarse. Con tal pensamiento parece que, señalándoles el Santo á María, llamada comúnmente la estrella del mar, levante la voz y les diga: Pobres pecadores perdidos, no desesperéis, levantad los ojos á esa hermosa estrella, volved á respirar con confianza, porque ella os libraré de la tempestad y os conducirá al puerto de salvación (2).

Lo mismo dice San Bernardo: *Si no quieres quedar sumergido en la tempestad, mira la estrella y llama en tu auxilio á María* (3). Porque, dice el devoto Blosio, ella es el único refugio de los que han ofendido á Dios (4); es el asilo de cuantos padecen tentaciones y andan atribulados. Esta Madre de misericordia es en extremo benigna y dulce, no sólo para con los justos, sino también para con los pecadores desesperados; de manera que cuando ve que éstos acude á ella y oye que buscan de corazón su ayuda, acude luego á su socorro, les acoge y alcanza el perdón de su Hijo. No sabe despreciar á ninguno por indigno que sea, y por esto á nadie niega su protección. A todos consuela y, apenas ha sido invocada, al punto presta el auxilio que se pide. Con su dulzura muchas veces atrae á su devoción y despierta á los pecadores más olvidados de Dios y más sumidos en el letargo de sus pecados, á fin de que por este medio se dispongan á recibir la divina gracia, y, finalmente, se hagan dignos de la gloria eterna. Dios ha hecho á esta su amada Hija de un natural tan piadoso y amable,

1. Serm. 3 de Nativit. Virg. Mar.—2. D. Ben. in Psalm. 8.—3. Hom. 2 Sup. Miss.—4. In Can. Vic. Spir. cap. 18.

que nadie puede quedar jamás desairado si acudiere á su intercesión. Finalmente, concluye el devoto escritor, es imposible que se pierda quien con atención y humildad cultiva la devoción hacia esta divina Madre.

María es llamada plátano: *Me alcé como el plátano* (1), para que entiendan los pecadores que, así como bajo la sombra de este árbol los caminantes pueden resguardarse de los rayos del sol, así María cuando ve encendida contra aquéllos la ira de la divina justicia, les invita á que se acojan bajo la sombra de la protección. Observa San Buenaventura que el profeta Isaias se lamentaba en sus tiempos y decla: *Mas tú, Señor, ahora estás enojado, porque hemos pecado ... y no hay quien se levante para mediar y te detenga* (2). Sí, porque entonces aun no había venido María al mundo. Antes de María, dice el Santo, no hubo quien se atreviera á detener el enojo de Dios (3); pero ahora, si el Señor está airado con algún pecador y acude María á protegerle, detiene al Hijo para que no le castigue y lo salva. Así es, prosigue San Buenaventura, que nadie puede ser más á propósito que María para detener con su mano la espada de la divina justicia, á fin de que no descargue su golpe contra los pecadores. Sobre el mismo pensamiento, dice Ricardo de San Lorenzo, que antes de venir María al mundo, Dios se lamentaba de que no hubiese quien le detuviera de castigar á los pecadores (4); pero que habiendo nacido la Virgen, ella le aplaca (5). Con este motivo San Basilio anima á los pecadores, diciéndoles: Pecador, no desconfíes; antes bien, acude á María en todas tus necesidades: llámala en tu auxilio, que siempre la hallarás preparada para socorrerte, porque la voluntad de Dios es que nos socorra á todos en todas las necesidades (6). Tal deseo tiene esta Madre de misericordia de salvar á los pecadores más perdidos, que ella misma va en su busca para ayudarles; y si éstos acuden á ella, sabe convertirlos en amigos de Dios.

Deseaba comer Isaac algún animal de caza, y prometió su bendición á Esaú cuando se lo trajera. Rebeca, al contrario, queriendo que esta bendición recayese sobre el otro hijo, Jacob, le dijo que le trajese dos cabritos, que ella los guisaría al gusto de Isaac (7), San Antonino dice que Rebeca fué figura de María, la cual dice á los ángeles: traed-

1. Eoclí. xxiv, 19.—2. Isai, lxxv, 5 et 7.—3. In Spec. [cap. 12.—4. Ezech. xlii.—5. Rich. á S. Laur. lib. 2 de Laud. Virg.—6. De Annunt. B. Virg.—7. Gen. xxvii, 9.

me pecadores (figurados en los cabritillos), porque yo los guiso de modo (alcanzándoles dolor y propósito) que los hago agradables y aceptables á mi Señor. Y siguiendo el abad Francone el mismo pensamiento, dice que María sabe guisar de tal suerte estos cabritillos, que no sólo igualan, sino que á veces aventajan en sabor á los ciervos (1).

La misma Virgen María reveló á Santa Brígida que en el mundo no habla pecador tan enemigo de Dios que, si acude á ella é invoca su auxilio, no recobre su gracia (2). Y la misma Santa Brígida oyó un día que Jesucristo decía á su Madre que ella pudiera obtener la divina gracia al mismo Lucifer, si éste se humillase á pedirle su auxilio (3). Este espíritu soberbio no se humillará jamás á implorar la protección de María, pero si esto sucediese, la Virgen Santísima tendría piedad de él y alcanzaria de Dios con sus ruegos el perdón y la salvación. Mas lo que no puede verificarse con el demonio, se verifica sin dificultad con los pecadores que acuden á esta Madre de piedad.

El arca de Noé fué viva figura de María; porque así como en ella hallaron acogida todos los brutos de la tierra, del mismo modo bajo el manto de María hallan refugio todos los pecadores, semejantes á los brutos por sus vicios y pecados sensuales. Pero con la diferencia, dice un autor, de que en el arca entraron los brutos y brutos se quedaron (4), el lobo se quedó lobo, el tigre se quedó tigre; mas bajo el manto de María el lobo se convierte en cordero y el tigre en paloma. Santa Gertrudis vió un día á la Virgen con el manto abierto, y bajo de él muchas fieras de diferentes especies, como leopardos, leones, osos, y que María, no solamente no los desechaba, sino que con su benigna mano dulcemente los acogía y acariciaba. Entendió la Santa que estas fieras son los miserables pecadores, los cuales cuando acuden á María son acogidos por ella con dulzura y amor (5).

Con razón, pues, dijo San Bernardo á la Virgen; Señora, Vos no aborrecéis á ningún pecador, por más impuro y abominable que sea, si se acerca á Vos. Si os pide socorro, no rehusáis extender vuestra piadosa mano para sacarle del abismo de la desesperación (6). ¡Oh! ¡sea para siempre bendito y alabado nuestro Dios, que os hizo, ¡oh amabilísima María! tan dulce y benigna aun con los pecadores

1. Abb. Franc. tom. 3. de Grat.—2. Rev. lib. 1. cap. 6.—3. Etiam diabolus misericordiam exhiberet, si humiliter peteret.—4. Faciuch, de S. Virg.—5. Ap. Blos Moa. Spir. cap. 1.—6. Orat. Paneg. ad B. Virg.

más miserables! ¡Desdichado el que no os ama, y que pudiendo acudir á Vos, en Vos no confía! El que no recurre á María se pierde; pero ¿quién de los que á ella han acudido se ha perdido hasta ahora?

Se refiere en la Escritura que Booz permitió á aquella mujer, llamada Ruth, fuese recogiendo las espigas que se desprendían de las manos de los segadores (1). San Buena-ventura añade: Así como Ruth halló gracia á los ojos de Booz, así también María la halló á los ojos del Señor para recoger las espigas abandonadas por los segadores (2). Estos son los operarios evangélicos, los misioneros, los predicadores y los confesores, que con sus fatigas recogen y ganan todos los días almas para Dios. Mas hay algunas de éstas rebeldes y endurecidas, que quedando como espigas abandonadas, sólo á María le está concedido salvarlas con su poderosa intercesión. Pero ¡desdichadas las que ni aun de esta dulce Señora se dejen coger! éstas sí que del todo se perderán y serán maldecidas. Mas al contrario. ¡dichoso el que acude á esta buena Madre! No hay en el mundo, dice Blosio, pecador tan perdido y encenagado en los vicios á quien María pueda aborrecer ni desechar. ¡Abl venga éste á pedirle su auxilio, y la buena Madre podrá, sabrá y querrá reconciliarle con el Hijo y alcanzarle el perdón (3).

Con razón, pues, ¡oh dulcísima Madre mía! os saluda San Juan Damasceno, llamándoos: *Esperanza de los desesperados*. Con razón San Lorenzo Justiniano os llama: *Esperanza de los delincuentes*; San Agustín, *Único refugio de los pecadores*; San Eirén, *Puerto seguro de los naufragos*. Con razón, en fin, exhorta San Bernardo que no desesperen aún los que hubieren perdido la esperanza; por lo que lleno de júbilo y de ternura hacia su carísima Madre, le dice amorosamente: Señora, ¿quién no confiará en Vos, si socorréis aún á los desesperados? Yo no pongo la menor duda, añade, en que siempre que acudamos á Vos, alcanzaremos cuanto queramos. Espere, pues, en ti el que desespera (4). Refiere San Antonio que, hallándose un pecador en gracia de Dios, le pareció que estaba en el tribunal de Jesucristo, y que el demonio le acusaba y María le defendía. El enemigo presentó contra este pobre reo el proceso de sus pecados; el cual, puesto en la balanza de la divina justicia, pesaba mucho más que todas sus buenas obras;

1. Ruth. II, 3.—2. In Spec., cap. 6.—3. Blos. de dictis P.P. c. 5.—4. Sup. Salv. Reg.

pero entonces su gran abogada extendió su dulce mano, la puso sobre el otro plato de la balanza y lo hizo inclinar á favor de su devoto, dándole así á entender que si mudaba de vida le alcanzaba el perdón. En efecto, así lo verificó aquel pecador después de la visión: se convirtió y mudó de vida.

EJEMPLO

Refiere el B. Juan Erolto, llamado por humildad el Discipulo (1), que había un hombre casado, el cual vivía en desgracia de Dios. Su consorte, que era buena mujer, no pudiendo reducirle á dejar el pecado, le rogó que á lo menos en su miserable estado hiciese la devoción de saludar á la Madre de Dios con un *Ave Maria* siempre que pasase por delante de alguna imagen suya. Empezó el marido á practicar esta devoción. Yendo este malvado una noche á pecar, vió una luz, observó y descubrió que era una lámpara que ardía delante de una devota imagen de María, que tenía al niño Jesús en los brazos. Dijo el *Ave Maria* como acostumbraba; pero después vió al Niño cubierto de llagas, de las que manaba sangre viva. Entonces, atemorizado y enternecido á la vez, considerando que con sus pecados había llagado de aquel modo á su Redentor, empezó á llorar, y más cuando advirtió que el Niño le volvía las espaldas; por lo cual, lleno de confusión, acudió á la Santísima Virgen diciendo:—Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha, y no puedo hallar otra abogada más compasiva y poderosa que Vos, que sois su Madre. Reina mía, socorredme y rogadle por mí —Entonces la divina Madre respondió desde aquella imagen:—Los pecadores me llamáis Madre de misericordia; pero después no dejáis de hacerme Madre de miseria, renovando á mi Hijo la pasión y á mí los dolores. Sin embargo, como María no sabe despedir desconsolado al que se postra á sus pies, se volvió al Hijo, rogándole que perdonase á aquel miserable. Jesús continuaba manifestando repugnancia á conceder el perdón; pero dejándole la Virgen en el nicho, se le postró delante y le dijo:—Hijo, no me separo de vuestros pies si no perdonáis á este pecador.—Madre, dijo entonces Jesús, no puedo negaros nada; ¿queréis que sea perdonado? Pues por vuestro amor le perdono: hacadle venir á besar estas

1. In Promptuar.

llagas.—Acercóse el pecador llorando amargamente, y conforme iba besando las llagas del Niño, éstas desaparecían. Finalmente, en señal de perdón dióle Jesús un abrazo y él mudó de costumbres y en lo sucesivo se entregó á una vida santa, enamorado de la Virgen Santísima, que le había alcanzado una gracia extraordinaria.

ORACIÓN

¡Oh purísima Virgen María! adoro vuestro santísimo corazón, que fué la delicia y el descanso de Dios; corazón lleno de humildad, de pureza y de amor divino. Yo, infeliz pecador, vengo á Vos con el corazón lleno de lodo y lacería. ¡Oh Madre de piedad! no me despreciéis por esto; antes bien, compadeceos aún más de mí y ayudadme. Para ello no busquéis en mí ni virtudes ni méritos: yo estoy perdido, y sólo merezco el infierno. Mirad solamente, os ruego, la confianza que tengo en Vos y la voluntad de enmendarme. Atended á lo que Jesús ha hecho y padecido por mí, y después desamparadme si os es posible. Yo os presento todas las penas de su vida, el frío que padeció en el establo, el viaje que hizo con Vos á Egipto, la sangre que derramó, la pobreza, los sudores, las tristezas y la muerte que padeció por mí amor en vuestra presencia, y por amor de Jesús empeñaos en salvarme. ¡Ah Madre mía! no quiero ni recelo que me desechéis ahora, que acudo á Vos y os pido socorro. Si temiese esto, haría injuria á vuestra misericordia, que va buscando á los miserables para ayudarles. Señora, no neguéis vuestra misericordia á quien vuestro Jesús no negó su sangre; pero los méritos de esta sangre no se me aplicarán, si Vos no me recomendáis á Dios. De Vos espero mi salvación; no os pido riquezas, honores ni otros bienes de la tierra, sino la gracia de Dios, el amor á vuestro Hijo, el cumplimiento de su voluntad, y el cielo para amarle sin fin. ¿Será posible que no me oigáis? No, que ya me oís, como espero, ya rogáis por mí, ya me procuráis las gracias que os he pedido, ya me aceptáis bajo vuestra protección. Madre mía, no me abandonéis; proseguid, proseguid rogando por mí hasta que me veáis salvo en el cielo á vuestros pies, para bendeciros y daros gracias por una eternidad. Amén.

CAPÍTULO IV

Á TI LLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA (1)

§ I.—*Con cuánta prontitud acude María santísima á socorrer á quien la invoca*

ROBRES de nosotros, que por haber nacido de la infeliz Eva, somos por lo mismo reos para con Dios de la misma culpa, condenados á la misma pena y andamos errantes por este valle de lágrimas, desterrados de nuestra patria, llorando afligidos por tantos dolores del cuerpo y del alma! Pero ¡dichoso el que entre estas miserias se vuelve con frecuencia á la consoladora del mundo, al refugio de los miserables, á la gran Madre de Dios, y la llama y ruega con devoción! Bienaventurado, dice María, el que oye mis consejos y permanece continuamente á las puertas de mi misericordia, invocando mi intercesión y patrocinio (2). Nuestra Madre la Iglesia nos enseña con cuánta atención y confianza debemos acudir de continuo á esta nuestra amorosa protectora, disponiendo que se la honre con un culto particular, que entre año se celebren muchas fiestas en su honor; que un día de la semana esté especialmente consagrado á su obsequio, que cada día en el oficio divino todos los eclesiásticos y religiosos la invoquen de parte de todo el pueblo cristiano, y que tres veces al día la saluden todos los fieles al tañido de la campana. En prueba de esto basta ver que en todas las calamidades públicas la santa Iglesia quiere siempre que se acuda á la divina Madre con novenas, oraciones, procesiones y visitas á sus iglesias é imágenes. Lo que María exige de nosotros, dice San Buenaventura, es que siempre la invoquemos y dirijamos nuestras súplicas, no porque ella mendigue de nosotros estos obsequios y honores, que son muy escasos para su mérito, sino para que, acrecentándose así nuestra confianza y devoción, pueda consolarnos y socorrernos con mayor solícitud (3).

Dice el mismo San Buenaventura que Ruth, que significa *la que ve y se apresura*, fué figura de María; porque esta Señora, al ver nuestras miserias, se apresura á soco-

1. Ad te clamamus, exultus filii Eve.—2. Prov. viii, 34.—3. Part. 3. Stim. Div. Am. cap. 16.

rrernos con su misericordia (1). A lo que añade Novarino, que deseosa María de hacernos bien, no sabe contenerse, y no siendo avara de sus gracias, como Madre de misericordia se apresura á derramar, luego que puede, sobre sus ciervos los tesoros de su liberalidad (2).

¡Oh! y ¡cuán pronta está esta buena Madre para ayudar á quien la invoca! *Tus dos pechos son como dos cervatillos mellizos* (3). Explicando este texto Ricardo de San Lorenzo, dice, que los pechos de María dan presto leche de misericordia á los que la piden. El mismo autor nos asegura que la misericordia de María se derrama sobre cualquiera que la solicita, aun cuando no interponga mas que una simple *Ave María*. Por eso afirma Novarino que la bienaventurada Virgen, no sólo sorre, sino que vuela á socorrer á quien la invoca. Ella, dice este autor, al otorgar su misericordia, no sabe separarse de lo que practica Dios, pues así como vuela el Señor para aliviar á los que claman auxilio y es muy fiel en cumplir la promesa que nos ha hecho: *Pedid y recibiréis*; así María, luego que la invocamos, se halla luego pronta para auxiliar á quien la ruega. De alas usa Dios, y vuela al instante para socorrer á los suyos. También toma alas la Virgen para acudir volando á nuestro auxilio (4). Y con esto se entiende quién sea aquella mujer del Apocalipsis, á la cual se dice habersele dado dos alas de águila muy grande para volar al desierto (5). Ribera explica por estas alas el amor con que María voló siempre hacia Dios; más el beato Amadeo dice á nuestro propósito que estas alas de águila significan la velocidad con que María, excediendo á la de los serafines, socorre siempre á sus hijos (6).

Por eso se lee en el Evangelio de San Lucas que cuando María fué á visitar á Santa Isabel y á colmar de gracias á toda aquella familia, no fué despacio, sino que caminó con premura en todo aquel viaje (7); y no se lee que lo verificase así á la vuelta. También leemos en los sagrados Cantares: *Sus manos de oro, y como hechas á torno* (8); porque dice Ricardo de San Lorenzo: así como el arte de labrar á torno es el más fácil y ligero, así María es más pronta que todos los otros santos en ayudar á sus devotos (9). Ella desea con ansia consolar á todos, y apenas oye que la invocan, luego acepta benigna los ruegos y so-

1. De Bon. in Spec.—2. Umbr. Virg. cap. 10, Exc. 73.—3. Cantic. iv, 5.—4. Novarino. Umbr. Virg. cap. 10, Exc. 73.—5. Apoc. xii.—6. Hom. 8 de Laud. Virg.—7. Luc. 1, 39.—8. Cant. v, 14.—9. de Laud. Virg. Lib. 5.

corre (1). Con razón, pues, San Buenaventura llamaba á María *Salud de quien la invoca*; significándonos por estas palabras que para salvarse basta invocar á esta divina Madre, la cual, en sentir de Ricardo de San Lorenzo, siempre está pronta para ayudar á quien la ruega. Porque dice Bernardino de Bustos: Más desea la Señora dispensarnos gracias que nosotros recibirlas (2).

Ni la multitud de nuestros pecados debe disminuir en nosotros la confianza de que María nos oiga cuando acudimos á sus pies. Ella es Madre de misericordia, y la misericordia no puede ejercerse sino donde hay miserias que aliviar. Por lo cual, así como una buena madre no sabe rehusar el curar á un hijo sarnoso, aunque la cura sea molesta y fastidiosa, así nuestra buena Madre no sabe desampararnos cuando acudimos á ella, por repugnante que sea la hediondez de los pecados que ha de curarnos. El pensamiento es de Ricardo de San Lorenzo (3). Y esto puntualmente quiso significar María cuando se apareció á Santa Gertrudis, extendiendo el manto para acoger á todos los que á ella acudiesen; entouces entendió también la Santa que todos los ángeles se ocupan en defender á los devotos de María de las asechanzas del infierno (4).

Es tan grande la piedad que esta buena Madre tiene de nosotros, y tanto el amor que nos profesa, que no espera nuestros ruegos para socorrernos: *Se anticipa á aquellos que la codician, poniéndoseles delante ella misma* (5). Estas palabras de la Sabiduría las aplica San Anselmo á María Santísima, y dice que ella se anticipa á ayudar á los que desean su protección; con lo que debemos entender que nos alcanza muchas gracias de Dios antes que nosotros se las pidamos. Por esto dice Ricardo de San Vitor que María es llamada *luna* (6); porque no sólo es veloz cual la luna en correr á ayudar á quien la invoca, sino que además es tan amante de nuestro bien, que en nuestras necesidades se anticipa á nuestras súplicas; y es más pronta su misericordia en socorrernos, que nuestra resolución en invocarla. Y esto nace, dice el mismo Ricardo, de que el pecho de María esta tan lleno de piedad, que apenas conoce nuestras miserias cuando luego derrama la leche de su misericordia, ni puede tampoco la benigna Reina co-

1. Blas. in Can. vii. spir. cap. 18.—2. Mar. 1. Serm. 5. de Nom. Mar.— De Laud. Virg. lib. 4.—4. Rev. lib. 4. cap. 49.—5. Sap. vi. 24.—6. In Cantic. cap. 23.

nocer la necesidad de alguna alma sin que acuda á socorrerla (1).

Y esta extremada piedad que María tiene de nuestras miserias, que la impulsa á compadecerse de nosotros y aliviarnos, aun cuando no la roguemos, nos la dió bien á entender, cuando vivía en el mundo en el suceso de las bodas de Caná, que refiere San Juan en el capítulo II de su Evangelio. Vió entonces esta piadosa Madre la pena de aquellos esposos, que estaban affigidos por el rubor de haberles faltado el vino á la mitad del banquete, y sin que nadie se lo pidiera, movido solamente su piadoso corazón, que no sabe mirar las afficciones ajenas sin compadecerse de ellas, pidió á su Hijo que los consolara, no haciendo más que exponerle el apuro en que se hallaba aquella familia. *No tienen vino* (2). Y entonces fué cuando el Hijo, á fin de consolar á aquella gente, y aun más para complacer el corazón compasivo de su Madre, obró el milagro ya sabido de convertir en vino generoso el agua que contenían ciertas vasijas. De lo que Novarino saca esta consecuencia: Si María, anticipándose á las súplicas, es tan diligente en socorrer las necesidades, ¿cuánto más lo será en consolar á quien la invoca y pide su auxilio? (3).

Y si alguno recelare tal vez de no ser socorrido de María recurriendo á ella, Inocencio III le reprende así: Y quién jamás pidió auxilio á esta dulce Señora que no lo haya recibido? (4). ¿Quién jamás, Virgen santa, exclama también el beato Eutiquiano, acudio á vuestro poderoso patrocinio, capaz de consolar á todos los miserables y salvar á los pecadores más perdidos, que le hayáis desamparado? No; esto, ni ha sucedido, ni sucederá nunca (5). Consiento, decía San Bernardo, oh Virgen santa, en que no publique más ni alabe vuestra misericordia el que, habiéndolos invocado en sus necesidades, se acordare de que Vos no le hubiereis socorrido (6).

Antes sucederá, dice el devoto Blosio, que el cielo y la tierra se destruyeran, que María deje de aliviar al que con buena intención pide su socorro y en ella confía (7). Y San Anselmo, para aumentar nuestra confianza, añade, que cuando recurriéremos á esta divina Madre, no sólo debemos estar seguros de su protección, sino que alguna vez seremos más presto oídos y salvados acudiendo á María é

1. Ric. in Cass. c. 23.—2. Joan. 4. 3.—3. Umbr. Virg. cap. 10. Esc. 27.—
4. Serm. 7 de Assumpt. B. Virg.—5. In vit. 3. Theoph.—6. Serm. de Assump.—
7. In Spec. cap. 12.

invocando su santo nombre, que el de Jesús nuestro Salvador (1). Más pronto hallamos la salud acudiendo á la Madre que al Hijo; no porque María sea más poderosa que éste para salvarnos, pues sabemos que Jesús es nuestro único Salvador, quien sólo con sus méritos nos ha alcanzado y nos alcanza la salvación, sino porque acudiendo á Jesús, considerándolo también nuestro Juez, á quien incumbe el castigar á los ingratos, puede ser que carezcamos de la confianza necesaria para ser oídos; mas dirigiéndonos á María, cuyo único oficio es compadecerse de nosotros, como Madre de misericordia, y defendernos como abogada nuestra, parece que sea más segura y más grande nuestra confianza. Muchas cosas se piden á Dios y no se alcanzan: se piden á María, y se consiguen. ¿Cómo sucede esto? Sucede, responde Nicéforo, no porque María sea más poderosa que Dios, sino porque Dios ha decretado honrar así á su Madre (2).

Consoladora es la promesa que sobre el particular el mismo Señor hizo oír á Santa Brígida. En el libro primero de sus revelaciones se lee que un día esta Santa oyó hablar á Jesús con su Madre, y que le dijo: Madre mía, pedid cuanto queráis, que yo nada os negaré; sabed, añadió luego, que todos los que por vuestro amor me pidieren alguna gracia, aunque sean pecadores, con tal que tengan voluntad de enmendarse, me ofrezco á oírles (3). Lo mismo fué revelado á Santa Gertrudis, cuando oyó que el mismo Redentor decía á María que él por su omnipotencia le había concedido usar de misericordia conforme á ella le pluguiese con los pecadores que la invocan (4).

Diga, pues, cada uno con suma confianza, cuando recurriré á esta Madre de misericordia, lo que decía San Agustín cuando la invocaba: Acordaos, ¡oh piadosísima Señoral que no se ha oído decir desde que existe el mundo que hayáis desamparado á ninguno de los que han acudido á Vos. Y por esto perdonadme si os digo que no quiero ser este primer desdichado que, acudiendo á Vos, haya de quedar abandonado.

EJEMPLO

Muy bien experimentó la fuerza de esta oración San Francisco de Sales, como se refiere en su vida (5). A los

1. De Exc. Virg. cap. 6.—2. Nicéph. ad P. Pepp. Grandez. etc.—3. Rev. lib. 1. c. fo.—4. S. Gertrud. ad P. Pepp. loc. cit.—5. Lib. 1. cap. 4.

diecisiete años de su edad se hallaba el Santo en París, aplicado á los estudios y entregado juntamente á la devoción y al santo amor de Dios, que le tenía embriagado en dulces delicias del cielo, cuando el Señor, para probarle y estrecharle más en su amor, permitió que el demonio le representase que todo cuanto hacía era perdido, porque estaba reprobado en los decretos divinos. La obscuridad y sequedad en que quiso dejarle Dios al mismo tiempo, haciéndole insensible á los afectos más dulces de la divina bondad, hicieron que la tentación adquiriese fuerza para afligir el corazón del santo joven; de suerte que á causa de estos temores y desamparo, vino á perder el apetito, el sueño, el color y la alegría, de manera que causaba compasión á cuantos le miraban.

Durante tan terrible lucha, el Santo no sabía concebir otros pensamientos ni proferir otras palabras que de desconfianza y de dolor: *¡Estaré, decía, acaso privado de la gracia de mi Dios, que tan amable, tan suave se me ha manifestado en el tiempo pasado? ¡Oh amor, oh belleza á quien yo he consagrado todos mis afectos! ¡Y no gozaré ya más de vuestros consuelos? ¡Oh Virgen Madre de Dios! la más hermosa entre las hijas de Jerusalén, ¿no os he de ver ya en el cielo? ¡Ah Señora! Si no he de ver vuestro bello rostro, no permitáis á lo menos que os haya de blasfemar y maldecir en el infierno.* Tales eran entonces los sentimientos de aquel corazón afligido y enamorado de Dios y de la Virgen. La tentación duró un mes; pero finalmente el Señor se compadeció, librándole, por la intercesión de la consoladora del mundo, María Santísima, á la cual el Santo había consagrado ya su virginidad, y en la que, decía, había colocado todas sus esperanzas. Al retirarse una tarde á su casa, entró en una iglesia, en cuya pared había una tablilla suspendida; leyó, y halló la referida oración de San Agustín: *Acordaos, oh piadosísima Señora, etc.* Postrándose allí delante del altar de la divina Madre, rezó fervorosamente esta oración, renovó el voto de virginidad, prometió rezarle cada día el Rosario, y después la dijo: *Reina mía, sed mi abogada para con vuestro Hijo, á quien no me atrevo á recurrir. Madre mía, si yo infeliz en el otro mundo no he de poder amar á mi Señor, que conozco tan digno de ser amado, alcanzadme á lo menos que en este mundo le ame cuanto pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de Vos.* Después de haber orado así á la divina Virgen, se abandonó en los brazos de la divina misericordia, resignándose enteramente con la divina voluntad.

Mas apenas había concluido la oración, he aquí que de repente la dulcísima Madre le libró de la tentación, recobrando luego la paz interior, y con ella también la salud del cuerpo. Y desde entonces prosiguió viviendo devotísimo de María, cuyas alabanzas y misericordias no cesó después de publicar toda su vida en libros y sermones.

ORACIÓN

¡Oh Madre de Dios, oh Reina de los ángeles, oh esperanza de los hombres! oid al que os llama y acude á Vos. Heme aquí hoy postrado á vuestros pies; yo, miserable esclavo del infierno, me consagro á Vos por vuestro perpetuo esclavo y me ofrezco á servirlos y honrarlos cuanto pueda durante toda mi vida. Conozco que no os honra la servidumbre de un esclavo tan ruin y rebelde como yo soy, habiendo ofendido así á Jesús vuestro Hijo y Redentor mío; mas si admitís á un indigno por siervo vuestro, y con vuestra intercesión, mudándole, le hacéis digno, vuestra misma misericordia os dará aquella honra que yo, siendo miserable, no puedo daros. Recibidme, pues, y no me desechéis, ¡oh, Madre mía! El Verbo eterno descendió del cielo á la tierra para buscar estas ovejas perdidas, y por salvarlas se hizo hijo vuestro. ¿Y desecharéis Vos á una oveja que acude á Vos para hallar á Jesús? El precio de mi salvación ya está satisfecho: mi salvador ya ha derramado su sangre, que es suficiente para salvar mil mundos; sólo falta que esta sangre se aplique también á mí. Y esto, Virgen Santísima, está en vuestra mano. En vuestra mano está, os dice San Bernardo, el dispensar los méritos de esta sangre á quien os plazca. En vuestra mano está, os dice San Buenaventura, el salvar á quien queráis. Socorredme, pues, salvadme, Reina mía. A Vos entrego hoy toda mi alma; pensad en salvarla. ¡Oh salud de los que os invocan! concluyo con el mismo Santo: ¡salvadme!

§. II.—*Cuán poderosa es María para defender á quien la invoca en las tentaciones del demonio.*

María Santísima, no sólo es Reina del cielo y de los santos, sino también del infierno y de los demonios, por haberlos ella vencido valerosamente con su virtud. Ya en el principio del mundo, Dios predijo á la serpiente infernal la victoria y el imperio que nuestra Reina alcanzaría.

sobre ella, cuando le anunció, que vendría al mundo una mujer que la vencería. *Yo pondré enemistades entre ti y la mujer..... Ella quebrantará tu cabeza* (1). ¿Y quién sino María fué esa mujer enemiga, que con su perfecta humildad y santa vida la venció siempre y abatió sus fuerzas? Observa San Cipriano que en aquella mujer fué prometida la Madre de nuestro Señor Jesucristo; y por esto reflexiona que Dios no dijo: *Pongo*, sino *pondré enemistad entre ti y la mujer*, para significar que su vencedora no era Eva, que ya vivía entonces, sino otra mujer descendiente suya, la que debía traer á nuestros primeros padres mayor bien, dice San Vicente Ferrer, que el que ellos habían perdido por el pecado (2). María, pues, ha sido esa mujer fuerte que venció al demonio y holló su cabeza, abatiendo su soberbia, como añadió el Señor: *Ella quebrantará tu cabeza*. Dudan algunos si estas palabras se refieren á María ó á Jesús, porque los Setenta traducen: *El quebrantará tu cabeza*; pero en nuestra Vulgata (que es la única versión aprobada por el concilio Tridentino) se lee *ella* y no *el* (3). Y así lo han entendido San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo y muchísimos otros. Mas, sea como quiera, ello es cierto que, ó el Hijo por medio de la Madre, ó la Madre por la virtud del Hijo, venció á Lucifer; que á despecho de su soberbia, quedó hollado y abatido por la Virgen Santísima, según dice San Bernardo; por lo que, como esclavo vencido en la guerra, se ve obligado á obedecer siempre los mandatos de esta Reina.

Eva, dice San Bruno, dejándose vencer de la serpiente, nos trajo la muerte y las tinieblas; mas la Santísima Virgen, venciendo al demonio, nos trajo la vida y luz (4); y sujetó de tal manera al enemigo, que no puede moverse para hacer el menor daño á sus devotos.

Bellísima es la explicación que Ricardo de San Lorenzo da á aquellas palabras de los Proverbios: *En ella pone su confianza el corazón de su marido; el cual no tendrá necesidad de botín* (5). Puso, dice, en ella su confianza el corazón de su marido, esto es, Cristo, y no le faltará botín, porque ella enriquece á su esposo con los despojos que quita al diablo. Dios ha confiado á María el corazón de Jesús, para que cuide de que los hombres le amen, como explica Cornelio. Y de esta suerte no le faltarán despojos, esto es, conquis-

1. Genes. 3. 15.—2. Sermon. 3 de Nativit. Virg.—3. Ipsa, et non ipse.—4. Ap. Scas. Franc. part. 4. cap. 10.—5. Prov. xxxi, 11.

tas de almas, pues ella le enriquece con las de que despoja al infierno, librándolas del demonio con su poderoso auxilio.

Sabido es que la palma es el símbolo de las victorias; por esto nuestra Reina ha sido colocada en elevado trono á vista de todos los potentados, como palma, en señal de la segura victoria que pueden prometerse todos los que se ponen bajo de su patrocinio: *Extendí mis ramas como una palma de Cades; esto es, para defender*, como añade el beato Alberto Magno (1). Como si con estas palabras María nos dijere: Hijos, cuando el enemigo os asalte, acudid á mí, miradme y alentaos, porque en mí, que os defiendo, veréis juntamente vuestra victoria. De manera que al acudir á María es medio segurísimo para vencer todas las asechanzas del infierno. Porque ella, según dice San Bernardino de Sena, también es Reina del infierno y Señora de los demonios, á los que domina y abate (2). Por este motivo se llama á María terrible contra las potestades del infierno, como un ejército bien ordenado (3), porque sabe ordenar bien su poder, su misericordia y sus ruegos para confusión de los enemigos y defensa de sus siervos, que en las tentaciones invocan su poderosísimo socorro.

Como la vid, broté pimpollos de suave olor, le hace decir el Espíritu Santo (4); y sobre este pasaje añade San Bernardo: Así como de las vides huyen todos los animales venenosos, así huyen los demonios de aquellas almas afortunadas, en las cuales perciben el olor de la devoción á María (5). Por eso se llama también cedro: *Elevada estoy cual cedro sobre el Libano* (6); ya porque así como el cedro está libre de la corrupción, así María estuvo ílesa del pecado, ya también, dice el cardenal Hugo, sobre este lugar, porque así como el cedro con su olor ahuyenta las serpientes, así María con su santidad pone en fuga á los demonios.

En la Judea se alcanzaban las victorias por medio del arca. Así Moisés vencía á los enemigos: *Al tiempo de alzar el arca decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos* (7). De esta suerte cayeron los muros de Jericó; así fueron vencidos los filisteos: *Porque en aquel día el arca de Dios se hallaba allí* (8). Ya se sabe que esta arca fué figura de María. Así como en el arca se hallaba el maná, así en

1. Alb. Mag. Ecclí. xxv, 18.—2. Serm. 2 de Glor. Nom. Mar.—3. Cantic. vi, 3.—4. Ecclí. xxv, 23.—5. Serm. 60 in Cantic.—6. Ecclí. xxiv, 17.—7. Núm. x, 35.—8. I Reg. xiv, 18.

María se halla Jesús, de quien el maná fué figura; y por medio de este arca se gana la victoria contra los enemigos de la tierra y del infierno (1). Por lo cual, dice San Bernardino de Sena, que cuando María, arca del Testamento, fué exaltada á ser Reina del cielo, entonces el poder del infierno sobre los hombres quedó debilitado y abatido (2).

¡Oh! y ¡cuánto temen á María y á su glorioso nombre los demonios del infierno! dice San Buenaventura (3). Compara el Santo estos enemigos á aquellos de quienes habla Job cuando dice que: *Los ladrones aprovechan la obscuridad de la noche para ir á robar las casas; mas si allí les sorprende la aurora, huyen como si fuera la imagen de la muerte* (4). Así puntualmente, prosigue San Buenaventura, los demonios entran en el alma, esto es, cuando el alma está oscurecida por la ignorancia. Pero añade: Luego que la gracia y la misericordia de María llegan al alma, esta hermosa aurora disipa las tinieblas y ahuyenta á los enemigos infernales, que huyen de ella como de la muerte (5). ¡Dichoso el que en los combates contra el infierno invoca el hermoso nombre de María!

En confirmación de esto fué revelado á Santa Brígida, que Dios hizo tan poderosa á María sobre todos los demonios, que cuantas veces asaltan á un devoto de la Virgen que pide su ayuda, á la menor señal de ella luego huyen aterrados, prefiriendo que se acrecienten sus penas, antes que verse dominados por el poder de María (6).

Reflexionando Cornelio sobre las palabras con que el divino Esposo alabó á su amada Esposa, cuando la llamó azucena: *Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes* (7), dice: Así como la azucena es antídoto contra las serpientes y los venenos, así la invocación de María es un remedio singular para vencer todas las tentaciones, especialmente de impureza, como de ordinario lo experimentan los que la practican.

Decía San Juan Nepomuceno, y lo mismo puede decir cualquiera que tiene la dicha de ser siervo de esta gran Reina: ¡Oh Madre de Dios! si en Vos espero, ciertamente no seré vencido, porque defendido por Vos, perseguiré á mis enemigos; y oponiéndoles por escudo vuestra protección y auxilio poderoso, los venceré indefectiblemente (8). Por lo que, dice el monje Jacobo, doctor entre los Padres

1. Cornel. Alap.—2. Tom. 10, de B. V. serm. 11.—3. In Spec. Virg. cap. 3.—4. Job. xxiv. 16 et 17.—5. In Spec. Virg. cap. 3.—6. Serm. Ang. cap. 20.—7. Cantic. ii. 2.—8. In Annot. Del Gen.

griegos, hablando de María con el Señor: Vos, Señor mío, nos habéis dado esta Madre como un arma poderosísima para vencer infaliblemente á todos nuestros enemigos (1).

Se refiere en el antiguo Testamento que el Señor guiaba á su pueblo de Egipto á la tierra de Promisión, de día con una columna de nube, y de noche con una columna de fuego (2). En esta columna, ya de nube, ya de fuego, dice Ricardo de San Lorenzo, estuvo figurada María, y los dos oficios que ella ejerce continuamente para nuestro bien. Como nube, nos defiende del ardor de la divina justicia, y como fuego, nos defiende de los demonios (3). Fuego, porque, añade San Buenaventura, así como la cera se derrite á la presencia del fuego, así los demonios pierden las fuerzas con aquellas almas, que á menudo se acuerdan del nombre de María, devotamente la invocan, y más si procuran imitarla (4).

¡Oh! ¡cómo tiemblan los demonios, afirma San Bernardo, al oír solamente pronunciar el nombre de María! (5). Así como los hombres, añade Tomás de Kempis, caen en tierra anonadados cuando oyen un trueno del cielo, así caen sin fuerzas los demonios al oír el nombre de María (6). Y ¡oh! ¡cuántas señaladas victorias han alcanzado de sus enemigos los devotos de María con su santísimo nombre. Escudados con él los vencieron San Antonio de Padua, el beato Enrique Susón, y así otros muchos amantes de María. Por las relaciones de los misioneros del Japón se sabe que allí á cierto cristiano se le aparecieron una vez muchos demonios en forma de animales feroces, amedrentándole y amenazándole; mas él les dijo: *Yo no tengo armas de que vosotros podáis temer; si el Altísimo os lo permite, haced de mí lo que os pluguiere. Por lo demás, tomo en mi defensa los dulcísimos nombres de Jesús y de María.* Apenas hubo pronunciado estas palabras, he aquí que al eco de tan tremendos nombres se abrió la tierra y se precipitaron en ella aquellos espíritus soberbios. Y San Anselmo afirma por experiencia propia, haber visto y oído á muchos que, al nombrar á María, se han librado al instante de los peligros (7).

Muy glorioso y admirable es, ¡oh María! vuestro excelso nombre, dice San Buenaventura. Los que se acuerdan de invocarlo en la hora de la muerte, no temen al infierno reunido, pues los demonios, al oír nombrar á María, luego

1. Or. in Nativit. Deip.—2. Exod. xii, 21.—3. Lib. 7. de Laud. Virg.—4. In Spec.—5. Serm. super Missus.—6. Lib. 4 ad Nov.—7. De Exc. Virg.

abandonan el alma (1). Y añade el Santo que no temen tanto acá en la tierra los enemigos á un gran ejército armado, como las potestades del infierno al nombre de María y su protección. Vos, Señora, dice San Germán, sólo con la invocación de vuestro poderosísimo nombre preserváis á vuestros siervos de los asaltos del enemigo (2). ¡Oh! si los cristianos cuidasen de invocar con confianza en las tentaciones el nombre de María, no sucumbieran jamás; porque, dice el beato Alano, al eco de este gran nombre huye el demonio y tiembla el infierno. Pues conforme reveló la misma Reina á Santa Brígida, el enemigo huye aún de los pecadores más obstinados, más separados de Dios y más poseídos del demonio, luego que les oye invocar en su ayuda su poderosísimo nombre con verdadera voluntad de enmendarse (3). Pero, añade la Virgen, que si el alma no se enmienda y aparta de sí el pecado con el dolor, los demonios luego vuelven á ella y continúan poseyéndola.

EJEMPLO

En Recispérgio había un canónigo regular llamado Arnoldo muy devoto de la Virgen Santísima. Llegada la hora de su muerte, después de haber recibido los sacramentos, llamó á los religiosos y les rogó no le desamparasen en aquel último trance. Apenas dijo esto, he aquí que á vista de ellos empezó á temblar todo su cuerpo, torció con violencia los ojos, cubrióle un sudor frío y con voz trémula dijo:—¿No veis aquellos demonios, que me quieren arrastrar al infierno?—Y después gritó:—Hermanos míos, invocad por mí el auxilio de María; en ella confío que me dará victoria. Al oír esto, empezaron ellos á rezar la Letanía de la Santísima Virgen, y al decir: *Santa María, ruega por nosotros*, exclamó el moribundo:—Repetid, repetid el nombre de María, porque ya estoy en el tribunal de Dios.—Después de una breve pausa, añadió:—Es verdad que lo hice, pero he hecho penitencia de ello.—Y volviéndose á la Virgen:—¡Oh María! exclamó, yo venceré á mis enemigos si Vos me ayudáis.—Luego los demonios dieron otro salto; pero él se defendía santiguándose con el crucifijo é invocando á María. Así pasó toda aquella noche; finalmente, al amanecer Arnoldo enteramente tranquilo y respirando con alegría, exclamó:—María, mi refugio, mi Señora, me ha al-

canzado el perdón y la salvación eterna. Volviéndose luego á la Virgen que le invitaba á que le siguiese, la dijo:—Voy, Señora, voy.—Y haciendo un esfuerzo para levantarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, expirando dulcemente la siguió con el alma, como lo esperamos, al reino bienaventurado de la gloria.

ORACIÓN

He aquí á vuestros pies, ¡oh María, esperanza mía! á un pobre pecador, tantas veces por su culpa esclavo del infierno. Conozco que me he dejado vencer de los demonios por no acudir á Vos, que sois mi refugio. Si hubiese acudido siempre á Vos, si os hubiese invocado, nunca hubiera caído. Espero, Señora mía amabilísima, que por vuestra intercesión me habré librado ya de las garras de los demonios, y que Dios me habrá perdonado. Pero temo que en adelante he de caer nuevamente en sus cadenas. Sé que los enemigos no han perdido la esperanza de volverme á vencer, y que me previenen nuevos asaltos y tentaciones. ¡Ah Reina y refugio mío! ayudadme. Ponedme bajo de vuestro manto, y no permitáis que me vea otra vez esclavo suyo. Sé que Vos me ayudaréis, y me alcanzaréis la victoria siempre que os invoque. Mas temo que en mis tentaciones me olvidaré de Vos y de invocaros. La gracia, pues, que pido y deseo de Vos, Virgen Santísima, es que me acuerde de Vos siempre, y especialmente cuando me halle en combate, haced que no deje entonces de invocaros á menudo, diciendo: *María, ayudadme; ayudadme, María.* Y cuando, en fin, llegue el día de mi última lucha con el infierno, en la hora de mi muerte, ¡oh Reina mía! asistidme entonces con la mayor eficacia, y recordadme Vos misma que os invoque más á menudo, ó con la boca ó con el corazón, para que al expirar, teniendo en los labios vuestro dulcísimo nombre y el de vuestro Hijo Jesús, pueda ir á alabaros y bendeciros en el cielo, sin apartarme jamás de vuestros pies por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO V

Á TI SUSPIRAMOS GIMIENDO Y LLORANDO EN ESTE VALLE DE
LÁGRIMAS (1)

§ 1.—*De la necesidad que tenemos de la intercesión de
María para salvarnos.*

QUE el invocar y rogar á los santos, y especialmente á la Reina de ellos, María Santísima, para que nos alcancen las divinas gracias, sea no solamente lícito, sino también útil y santo, es de fe y determinado en los concilios contra los herejes que lo condenan como cosa injuriosa á Jesucristo, que es nuestro único mediador. Mas si un Jeremías después de su muerte ruega por Jerusalén (2); si los ancianos del Apocalipsis presentan á Dios las oraciones de los santos; si un San Pedro promete á sus discípulos acordarse de ellos después de su muerte; si un San Esteban ruega por sus perseguidores; si un San Pablo intercede por sus compañeros; en suma, si los santos pueden rogar por nosotros, ¿por qué no podemos rogarles que así lo hagan? San Pablo se encomienda á las oraciones de sus discípulos: *Orad por nosotros* (3). Santiago exhorta á que los unos rueguen por los otros: *Orad los unos por los otros, para que sedís salvos* (4); luego podemos también hacerlo nosotros.

Es innegable que Jesucristo es el único mediador de justicia, que con sus méritos nos ha alcanzado la reconciliación con Dios, ¿quién lo niega? Por el contrario, es una impiedad negar que Dios se complazca en conceder sus gracias por la intercesión de los santos, y especialmente de María su Madre, á quien tanto desea Jesús ver honrada y amada por nosotros. ¿Quién ignora que el honor que se tributa á las madres redunde en gloria de los hijos? (5). Por lo cual dice San Bernardo: No crea obscurecer las glorias del Hijo el que alaba mucho á la Madre; porque cuanto más se honra á la Madre, tanto más se alaba al Hijo (6). Y San Idefonso dice que todo el honor que se tributa á la Madre y á la Reina, se tributa también al Hijo y al Rey. Porque no cabe la menor duda de que por los mé-

1. Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle.—2. 1. Machab. xv, 4.—3. 1. Thessalon. v, 25.—4. Ep. Cath. D. Jacob. v, 16.—5. Prov. xvii, 6.—6. Hom. Sup. Mat.

ritos de Jesús le ha sido concedida tanta autoridad á María, para ser la mediadora de nuestra salvación; no mediadora de justicia, sino de gracia y de intercesión; conforme la llama San Buenaventura. Y San Lorenzo Justiniano dice: ¿Cómo no estará llena de gracia la que es escala del paraíso, puerta del cielo y segura mediadora entre Dios y los hombres? (1).

Esta y no otra es la razón porque San Anselmo advierte, que cuando rogamos á la Virgen Santísima, para que nos alcance las gracias, no es que desconfiemos de la divina misericordia, sino antes bien de la propia indignidad; y nos encomendamos á María para que su dignidad supla nuestra miseria (2).

No puede dudarse, pues, sino por los enemigos de la fe, que el acudir á la intercesión de María sea utilísimo y santo. Mas lo que aquí pretendemos probar es que la intercesión de María es también necesaria para nuestra salvación. Necesaria, decimos, no absolutamente, sino moralmente, hablando como es debido. Y decimos que esta necesidad proviene de la misma voluntad de Dios, el cual quiere que todas las gracias que nos dispensa pasen por mano de María, según la opinión de San Bernardo; la cual hoy puede muy bien decirse que es la de los doctores y teólogos, de manera que el autor del *Reino de María* la llama ya común, y la siguen Vega, Mendoza, Pacciuchelli, Señeri, Poire, Crasset y muchísimos doctos autores. Hasta el P. Natal Alejandro, autor, por otra parte, tan circunspecto en sus proposiciones, dice también ser la voluntad de Dios, que esperemos todas las gracias por la intercesión de María (3); citando en confirmación de esto el célebre pasaje de San Bernardo: Esta es la voluntad del que quiso que todo lo recibiésemos por medio de María (4). Lo mismo opina el P. Contensón, el cual, explicando las palabras que Jesucristo, pendiente de la cruz, dijo á San Juan: Ahí tienes á tu Madre, añade: Como si dijera: Nadie participará de mi sangre sino por intercesión de mi Madre. Las heridas son manantiales de gracias; pero no manarán sus arroyos sino por el conducto de María. Juan, discípulo mío, yo te amaré tanto cuanto tú ames á ella (5).

Esta proposición, esto es, que cuantos bienes recibimos del Señor, todos nos vienen por conducto de María, no le

1. Serm. de Annunt.—2. De Euc. Virg. cap. 6.—3. Nat. Alex. Epist. 76 in calce tom. 4. Moral.—4. Sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.—5. Theol. Mentis et Cord. tom. 2, lib. 20, d. 4, cap. 1.

agrada mucho á cierto autor moderno, el cual, aunque por otra parte habla con mucha piedad y doctrina de la verdadera y falsa devoción, sin embargo, tratando de la devoción hacia la divina Madre, le ha escatimado la gloria, que no han tenido dificultad en concederle un San Germán, un San Anselmo, un San Juan Damasceno, un San Buenaventura, un San Bernardino de Sena, el venerable abad de Celles y otros muchos doctores, que no han vacilado en decir, por la razón referida, que la intercesión de María, no sólo es útil, sino también necesaria. Dice el referido autor que semejante proposición, á saber, que Dios no concede ninguna gracia sino por la intercesión de María, es un hipérbole y exageración debida al fervor de algunos santos, la cual no puede ser exacta sino en el sentido de que de María hemos recibido á Jesucristo, por cuyos méritos recibimos después todas las gracias. De otra suerte, dice, fuera un error el creer que Dios no pudiese concedernos gracias sin la intercesión de María, porque el Apóstol dice: que sólo reconocemos un Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo (1). Hasta aquí dicho autor.

Mas con su beneplácito, según el mismo me enseña en su obra, le contestaré que una cosa es la mediación de justicia, en virtud de los méritos, y otra la mediación de gracia por via de súplicas. Asimismo, una cosa es decir que Dios no pueda, y otra que no quiera conceder las gracias sin la intercesión de María. Confesamos nosotros que Dios es la fuente de todo bien y el Señor absoluto de todas las gracias, y que María sólo es una pura criatura, que cuanto alcanza lo recibe graciosamente de Dios. Pero ¿quién jamás pudo negar que sea muy razonable y conveniente el afirmar que Dios, para exaltar á esta pura criatura, á quien ha honrado y amado en su vida más que á todas las demás, y que habiéndola elegido por Madre de su Hijo y Redentor nuestro, quiera que todas las gracias que hayan de otorgarse á las almas redimidas, pasen y se dispensen por mano de ella? Nosotros confesamos que Jesucristo es el único mediador de justicia, como ya hemos distinguido antes, que con sus méritos nos alcanza la gracia y la salvación; pero decimos también que María es mediadora de gracia, y que aun cuando lo que ella alcanza, lo alcanza por los méritos de Jesucristo, porque ruega y lo pide en

1. 2. *Timoth.* 11, 5.

nombre de Jesucristo, sin embargo, todas las gracias que pedimos las conseguimos por medio de su intercesión.

Esta opinión no se opone en nada, por cierto, á los sagrados dogmas, antes bien se halla conforme á los sentimientos de la Iglesia, que en las oraciones públicas aprobadas por la misma nos invita á que acudamos continuamente á esta divina Madre, y la invoquemos como á *Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos, Vida y esperanza nuestra*. La misma santa Iglesia, en el oficio de las festividades de María, aplicándole las palabras de la Sabiduría, nos da á entender que en María hallaremos toda esperanza y toda gracia. Y, en suma, que en María hallaremos la vida y la salvación eterna. Y en otro lugar: *Los que obran conmigo, no pecarán; y los que me alaban alcanzarán la vida eterna* (1). Todo lo cual significa la necesidad que tenemos de la intercesión de María.

Tal es la opinión que sostienen muchos teólogos y santos Padres, de los cuales no es justo decir, como lo dice el referido autor, que para exaltar á María han incurrido en *hipérboles y exageraciones excesivas*. El exagerar y usar de hipérboles, es exceder los límites de la verdad, lo cual no debe decirse de los santos, que han hablado por espíritu de Dios, que es espíritu de verdad. Y permítaseme hacer aquí una breve digresión, exponiendo una opinión mía, y es que, cuando se trata de alguna sentencia, que en algún modo es honrosa á la Virgen, que se halla algo fundada y no repugna ni á la fe, ni á los decretos de la Iglesia, ni á la verdad, el contradecirla y rechazarla, porque la opinión contraria puede ser también verdadera, denota poca devoción á la Madre de Dios.

En cuanto á mí, no quiero ser del número de estos poco devotos, ni quisiera ver entre ellos á mi lector, sino antes bien entre aquellos que todo cuanto sin error puede creerse de los gloriosos privilegios de María, todo plena y firmemente lo creen, como dice el abad Ruperto; quien entre los homenajes más agradables á esta Madre coloca el de *creer firmemente en sus grandezas*. Cuando no hubiese otro motivo para quitarnos el temor de excedernos en las alabanzas de María, fuera suficiente lo que afirma el gran padre San Agustín diciendo: que cuanto nosotros digamos en alabanza de María todo es poco en comparación de lo que ella se merece por su dignidad de Madre de Dios (2):

1. Qui operantur in me, non peccabunt. Qui eludicant me, vitam æternam habebunt.—2. De Laud. Virg.

y la santa Iglesia, que hace leer en la misa de la bienaventurada Virgen: *Feliz eres, pues, santa Virgen María, y muy digna de toda alabanza* (1).

Pero volvamos al asunto, y veamos cómo se expresan los Santos Padres sobre esta opinión. San Bernardo dice que Dios ha llenado á María de todas las gracias, á fin de que los hombres por su medio, como por un arcaduz, recibiesen cuantos bienes les viniesen (2). Además de esto hace allí el Santo una importante reflexión, diciendo: que por esto en el mundo, antes que naciese la Virgen, no hubo para todos esta corriente de gracia, porque no existía entonces este deseado acueducto. Mas después, para este fin, añade, fué dada María al mundo, á fin de que por este canal nos llegasen sin intermisión las divinas gracias (3).

Por lo que, así como Holofernes para conquistar la ciudad de Betulia ordenó que se rompiesen los acueductos, así el demonio procura cuanto puede para extinguir en las almas la devoción hacia la Madre de Dios; porque cerrado este canal de gracias, fácilmente después confía hacer la conquista. Continúa después el mismo santo Padre diciendo: Mirad, pues, ¡oh almas! con qué afecto y devoción quiere el Señor que honremos á esta Reina, acudiendo siempre á ella y confiando en su protección, ya que en la misma ha depositado la plenitud de todos los bienes, para que en lo sucesivo cuantas esperanzas tengamos de gracia y de salud reconozcamos que todo nos proviene de las manos de María (4). Lo mismo dice San Antonino: Todas las misericordias que se han dispensado á los hombres, todas nos han venido por medio de María (5).

Por eso es llamada luna, dice San Buenaventura; porque así como este astro está colocado entre el sol y la tierra, y lo que recibe de aquél lo comunica á ésta, así María recibe las celestiales influencias de gracias del sol divino, para derramarlas sobre los habitantes de la tierra (6).

Por la misma razón, igualmente la santa Iglesia la llama *Feliz puerta del cielo*; porque, como observa el mismo San Bernardo, así como todo rescripto de gracia que expide el rey pasa por la puerta de su palacio, así no viene gracia alguna del cielo á la tierra, que no pase por manos de María (7). Dice aun más San Buenaventura: que María

1. De Laud. Virg.—2. D. Bern. Serm. de Aqueducto.—3. Serm. de Aqueducto.—4. Serm. de Nativit. Virg.—5. Part. 4 tit. 15, cap. 20.—6. Serm. 74 de Nativit. Dom.—7. Serm. 3, in Virg. Nat.

se llama puerta del cielo, porque ninguno puede entrar en esta dichosa mansión si no pasa por María, que es su puerta.

San Jerónimo confirma todo lo expresado (ó, como algunos pretenden, otro autor antiguo del sermón de la Asunción, incluido entre las obras del santo doctor) diciendo: que en Jesucristo estuvo la plenitud de la gracia como en la cabeza, de la cual después se comunica á los miembros, que somos nosotros, todos los espíritus vitales, esto es, los auxilios divinos para conseguir la eterna salvación. En María estuvo después también la misma plenitud, como en el cuello, por el cual pasan á los miembros dichos espíritus vitales (1). Lo mismo confirma San Bernardino de Sena, el cual explicó más claramente este pensamiento, cuando dice que por medio de María se transmiten á los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que les vienen de Jesús, su cabeza (2).

Y San Buenaventura procura dar la razón de esto, diciendo: Habiéndose complacido Dios de habitar en el vientre de esta santa Virgen, en algún modo, dice el Santo, ha obtenido cierta jurisdicción sobre todas las gracias; porque saliendo Jesucristo de su sacrosanto vientre, salieron de él juntamente, como de un océano celestial, todos los ríos de los divinos dones (3). Lo mismo, y en términos más claros, dice San Bernadino de Sena: Desde que esta Madre Virgen, son palabras suyas, concibió en su seno al Verbo divino, ha alcanzado, por decirlo así, una especial intervención sobre los dones que recibimos del Espíritu Santo; de suerte que ninguna criatura ha recibido después gracia alguna de Dios, sino por medio y mano de María (4).

Y en este mismo sentido explica el P. Crasset (5) aquel texto de Jeremías en que, hablando el profeta de la encarnación del Verbo y de María su Madre, dice que una mujer circundaría al Hombre Dios (6). Así como del centro del círculo, prosigue explicando el citado autor, ninguna línea parte sin pasar antes por la circunferencia, así de Jesús, que es el centro de todo bien, ninguna gracia se transmite á nosotros sino por medio de María, que vino á ser su circunferencia después que le hubo recibido en su seno.

1. Serm. de Assump. B. Virg.—2. Serm. 61 de Nativit. Virg. cap. 8.—3. In Spec. c. 3.—4. Serm. 61 de Nativit. Virg. cap. 8.—5. Div. della Verg.—6. Jerem. xxxi. 22.

Por esto dice San Bernardino que todos los dones, todas las virtudes y todas las gracias se dispensan por mano de María á los que quiere, cuando quiere y como quiere (1). Ricardo igualmente dice que todo el bien que Dios hace á sus criaturas, quiere que pase por las manos de María; por lo tanto, el venerable abad de Celles exhorta á que cada cual acuda á esta tesorera de las gracias, como él la llama, porque sólo por su mediación, el mundo y todos los hombres han de recibir todo el bien que pueden esperar (2). De lo que se deduce claramente que los santos y autores citados, diciendo que todas las gracias nos vienen por medio de María, no han entendido solamente decir que de María hemos recibido á Jesucristo, que es la fuente de todo bien, como quiere entender el autor antes citado, sino que también aseguran que Dios, después de habernos dado á Jesucristo, quiere que todas las gracias que desde entonces en adelante se han dispensado, dispensan y dispensarán á los hombres hasta el fin del mundo por los méritos de Jesús, todas se dispensen por mano é intercesión de María.

De manera que, concluye el P. Suárez, hoy día es opinión universal de la Iglesia que la intercesión de María, no sólo nos es útil, sino también necesaria (3). Necesaria, como hemos dicho ya, no de necesidad absoluta, porque sólo la mediación de Jesucristo nos es absolutamente necesaria, sino de necesidad moral; pues la Iglesia es de dictamen, con San Bernardo, que Dios tiene determinado que no se nos dispense ninguna gracia sino por manos de María (4). Lo que antes de San Bernardo afirmó San Idefonso, diciéndole á la Virgen: ¡Oh, María! el Señor ha decretado encomendar á vuestras manos todos los bienes que ha dispuesto dar á los hombres, y por esto os ha confiado á Vos todos los tesoros y riquezas de las gracias (5). Por esta razón dice San Pedro Damiano (6): Dios no quiso hacerse hombre sin el consentimiento de María, en primer lugar, para que todos nosotros le quedásemos sumamente obligados, y además para que entendiésemos que la salvación de todos está recomendada al arbitrio de esta Virgen.

Considerando San Buenaventura las palabras del capítulo XI de Isaías, donde dice el profeta que de la stirpe

1. Loc. cit.—2. De Contempl. Virg. in Prol.—3. Tom. 2. in 3. part. disp. 22, sect. 5.—4. Serm. 3 in Virg. Nat.—5. In Chor. Virg. cap. 15.—6. De Nat. Virg. ap. Puccinuchi. Exc. 1, n. 15.

de Jessé debía nacer una vara, esto es, María, y de ella una flor, esto es, el Verbo encarnado: *Saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor y reposará sobre el Espíritu del Señor*; profiere el Santo estas bellas palabras: Cualquiera que desee alcanzar la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en la vara, ésto es, á Jesús en María, porque por la vara hallamos la flor, y por la flor hallamos á Dios (1). Y después añade en el capítulo X: Si quieres tener esta flor, procura con tus oraciones inclinar á favor tuyo el tallo de la flor y la alcanzarás. De lo contrario, dice el mismo doctor seráfico sobre las palabras *Hallaron al Niño con María su Madre* (2): jamás se hallará á Jesús sino con María, y por medio de María (3). Y concluye diciendo que en vano busca á Jesús quien no procura encontrarle junto á María. Por lo cual decía San Ildefonso: Yo quiero ser esclavo del Hijo; y como no podrá serlo jamás de éste quien no sea de la Madre, por esto ape-tezco la servidumbre de María (4).

EJEMPLO

El Belvacense (5) y Cesario (6) refieren que cierto joven noble, hallándose por sus vicios reducido de rico, como lo había dejado su padre, á ser tan pobre que necesitaba mendigar para subsistir, abandonó su patria para ir á pasar la vida con menos rubor en países remotos donde no fuese conocido. Durante el viaje se encontró un día con un antiguo criado de su padre, el cual, viéndole tan afligido por la miseria en que se hallaba sumido, le dijo que se alegrase, porque quería presentarle á un príncipe tan liberal que le proveería de todo. Era este malvado un impío hechicero; y he aquí que un día se llevó consigo al pobre joven por un bosque cerca de una laguna, en donde empezó á hablar con una persona invisible. Preguntóle el joven con quien hablaba. El respondió:—Con el demonio; —y viendo atemorizado al joven, le animó para que no temiera. Y prosiguiendo en hablar con el demonio:—Señor, le dijo, este joven está reducido á extrema necesidad, y quisiera volver á su primer estado.—Cuando él quiera obedecerme, respondió el enemigo, yo le haré más rico que antes; pero en primer lugar ha de renegar de Dios.—Al oír esto horrorizóse el joven; pero instigado por aquel

1. D. Bon. in Spec. cap. 6.—2. Matth. II, 11.—3. D. Bon. Serm. 26. Epiphani.—4. De Virg. Mar. cap. 12.—5. Spec. Hist. 7, cap. 105.—6. Dist. 2, cap. 2.

maldito mago, accedió al fin y renegó de Dios.—Mas esto no basta, replicó el demonio; es necesario renegar también de María, porque de ella es de quien nos vienen nuestras mayores pérdidas. ¡Oh! ¡á cuántos nos quita ella de nuestras manos, los vuelve á Dios y los salva!—Eso no, respondió el joven, yo no reniego de mi madre, porque ella es toda mi esperanza, y más quiero ir mendigando toda mi vida.—Dicho esto, el joven huyó de aquel lugar, decidiéndose á regresar á su patria; y pasando por casualidad junto á una iglesia de María, entró en ella, y arrodillándose delante de su imagen, empezó á llorar y suplicar á la Virgen Santísima que le alcanzase el perdón de sus pecados; y he aquí que María se pone luego á orar á su Hijo por aquel miserable. Jesús al principio dijo:—Madre mía, este ingrato ha renegado de mí.—Pero viendo que la Madre no cesaba de rogarle, al fin dijo:—¡Oh Madre! jamás os he negado cosa alguna: queda perdonado, ya que Vos me lo pedís.—Todo esto lo observó la persona que había comprado las haciendas de aquel disipador; por lo cual, viendo la piedad de que María usaba con aquel pecador, le dió por mujer á una hija única que tenía, haciéndole heredero de todo su patrimonio, recobrando así aquel joven por medio de María la gracia de Dios, y también los bienes temporales.

ORACIÓN

¡Oh alma mía! ¡Mira qué bella esperanza de salvación y de vida eterna te ofrece el Señor, infundiéndote por su misericordia confianza en el patrocinio de su Madre, después que por tus pecados has merecido tantas veces su desgracia y el inferno! Da, pues, gracias á tu Dios y á tu protectora María, que se ha dignado recibirte bajo de su manto, como ya te lo confirman tantas gracias como has recibido por su mediación. Sí, os doy gracias, oh Madre mía amorosísima, por todo el bien que habéis hecho á este desgraciado reo del infierno. ¡Oh Reinal! ¿y de cuántos peligros me habéis librado? ¿Cuánta luz y misericordia me habéis alcanzado de Dios? Y ¿qué bienes ó qué obsequios habéis recibido de mí, para empeñaros tanto en colmarme de beneficios?

Vuestra sola bondad, pues, os ha impulsado á ello. ¡Ah! aunque yo diere por Vos la sangre y la vida, realmente daría poco para lo mucho que os debo, pues Vos me habéis

librado de la muerte eterna; Vos me habéis hecho recobrar, como lo espero, la divina gracia; de Vos, en suma, me reconozco deudor de toda mi fortuna. Amabilísima Señora mía, yo, miserable pecador, no puedo ofreceros otra compensación que alabaros siempre y amaros. Ea, pues, no rehuséis aceptar el afecto de un desdichado que vive enamorado de vuestra bondad. Si mi corazón no es digno amaros, porque se halla sucio y lleno de afectos terrenos, de Vos podéis mudarlos: mudadlos, pues. Ea, estrechadme con mi Dios, y estrechadme tanto, que yo no pueda jamás separarme de su amor. Vos exigís de mí que yo ame á vuestro Dios, y esto es lo que yo pretendo alcanzar de Vos: alcanzadme que le ame siempre, pues este es mi único y constante deseo. Amén.

§ II.—*Continuación de la misma materia.*

Dice San Bernardo que, así como un hombre y una mujer cooperan á nuestra ruina, así fué conveniente que otro hombre y otra mujer cooperasen á nuestra reparación; y éstos fueron Jesús y María su Madre. No cabe la menor duda, añade el Santo, que Jesucristo por sí solo fué suficiente para redimirnos; pero fué más conveniente que para obrar nuestra redención concurriesen uno y otro sexo, ya que ambos habían cooperado á su corrupción (1). Por lo cual el B. Alberto Magno llama á María *Cooperadora á la redención*. Y ella misma reveló á Santa Brígida que, así como Adán y Eva por una manzana vendieron el mundo, así ella con su Hijo con un mismo corazón redimieron al mundo (2). En confirmación de esto, dice San Anselmo, bien pudo Dios criar el mundo de la nada; pero habiéndose perdido éste por la culpa, Dios no quiso reparar esta pérdida sin la cooperación de María (3).

De tres modos, explica el P. Suárez, ha cooperado la divina Madre á nuestra salvación: Primero, por haber merecido, con mérito de congruencia, que el Verbo se encarnase en su seno. Segundo, con los continuos ruegos que dirigía á Dios por nosotros cuando vivía en la tierra. Tercero, con haber sacrificado voluntariamente á Dios la vida del Hijo por nuestra salvación. Y por esto dispuso justamente el Señor que, habiendo cooperado María con tanto amor por los hombres, y con tanta gloria de Dios á la salvación del

1. Serm. in Sign. mangn.—2. Rev. lib. 5, cap. 35.—3. In Alloc. coel. núm. 27.

género humano, todos por medio de su intercesión alcan-
cen después la salvación eterna.

María se llama la cooperadora de nuestra justificación, porque á ella Dios le ha confiado todas las gracias que quiere dispensarnos; de manera, afirma San Bernardino, que todos los hombres pasados, presentes y venideros deben mirar á María como la mediadora y negociadora perpetua de la eterna salvación (1).

Jesucristo dijo que ninguno podría hallarle, que antes no fuese atraído por su eterno Padre con su divina gracia; y así lo dice también de su Madre, según Ricardo. Nadie viene á mí si mi Madre no le atrae primero por sus ruegos (2). Jesús fué fruto de María, como lo dijo Santa Isabel: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre* (3). El que quiere, pues, el fruto debe ir al árbol; luego el que quiere á Jesús debe ir á María, á quien halla á María ciertamente hallará también á Jesús. Cuando Santa Isabel vió á la Virgen Santísima que había ido á visitarla á su casa, no sabiendo como darle las gracias, exclamó humillada: *Y ¿de dónde merecía yo que la Madre de mi Dios viniese á visitarme?* (4). Pero, se pregunta: ¿no sabía ya Santa Isabel, que no sólo había ido María á su casa, sino también Jesús? ¿Por qué, pues, se considera indigna de recibir á la Madre, y no mucho más al ver que el Hijo había venido á visitarla? Porque bien entendía la Santa que cuando María viene, trae también á Jesús; y por eso se limitó á dar gracias á la Madre sin nombrar al Hijo.

Viene á ser como la nave de un comerciante, que trae de lejos el pan (5). María fué esta nave privilegiada, que del cielo nos trajo á Jesucristo, pan vivo, que vino del cielo para darnos la vida eterna, como él mismo dijo: *Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo; quien comiere de este pan, vivirá eternamente* (6). Por lo cual, dice Ricardo de San Lorenzo, que en el mar de este mundo se perderán todos aquellos que no sean admitidos en esta nave, esto es, que no sean protegidos de María (8); y añade: siempre que nos veamos en peligro de perdernos por las tentaciones ó pasiones de esta vida, debemos acudir á María, exclamando: Presto, Señora, socorrednos, salvadnos, si no queréis vernos perdidos. Y nótese aquí de paso que el citado autor no

1. Serm. 2 in Pent.—2. Sup. Cantic. cap. 1. v. 3.—3. Luc. 1. 42.—4. Idem 1. 41.—5. Proverb. xxxi, 14.—6. Joann. vi, 51 et 51.—7. De Laud. Virg.

repara en decir á María: Salvadnos, que perecemos, como lo dificulta el autor tantas veces mencionado en el párrafo antecedente, el cual prohíbe el poder decir á la Virgen que nos salve, porque dice que el salvarnos pertenece sólo á Dios. Mas si un condenado á muerte puede muy bien decir á un privado del rey que le salve, interponiéndose con el príncipe para alcanzarle la vida, ¿por qué no podremos decir nosotros á la Madre de Dios que nos salve, alcanzándonos la gracia de la vida eterna? San Juan Damasceno no tenía dificultad de decir á la Virgen: *Reina immaculada y pura, salvadme, libradme de la condenación eterna* (1). San Buenaventura llama á María: *¡Oh salud de los que te invocan! La santa Iglesia aprueba que la invoquemos: Salud de los enfermos.* ¿Y nosotros vacilaremos en pedirle que nos salve, cuando sin su intercesión á nadie se permite la entrada en la salvación, como dice un autor? (2). Y San Germán lo dijo antes hablando con María: *Nadie se salva, sino por ti* (3).

Pero veamos lo demás que dicen los santos de la necesidad que tenemos de la intercesión de la divina Madre. El glorioso San Cayetano decía que podremos pedir gracias; pero que jamás podremos alcanzarlas sin la intercesión de María. Y lo confirmaba San Antonino con esta bella expresión: El que pide y quiere alcanzar las gracias sin la intercesión de María, pretende volar sin alas (4). Porque así como Faraon dijo á José: En tu mano está toda la tierra de Egipto; y así como á todos los que á él acudían para ser socorridos los enviaba á José: *Id á José*; así Dios, cuando le pedimos gracias, nos envía á María: *Id á María*. Porque él decretó, dice San Bernardo, no conceder gracia alguna sino por medio de María (5). Por lo cual dice Ricardo de San Lorenzo que nuestra salvación está en manos de María, podemos decirlo mejor nosotros los cristianos que los egipcios, cuando dijeron de José: Nuestra salvación está en tu mano (6). Lo mismo repite el venerable Idiota: En la mano de María está nuestra salvación (7). Y en iguales términos se expresa Casiano, aunque con más energía, diciendo: Que la salvación de todos consiste en ser favorecidos y protegidos por María. Aquel á quien la Virgen Santísima protege, se salva, y el que no es protegido, se pierde. San Bernardino de Sena le dice: Señora, Vos sois la dispensa-

1. Orat. Paneg.—2. Pacciuchel de B. Virg.—3. In Serm. de Zon. Virg.—4. Part. 3. tit. 15, cap. 23, pár. 9.—5. Serm. de Nat. Virg.—6. Lib. 2 de Laud. Virg. p. 1.—7. In Pr. Cant. V.

dora de todas las gracias, y la gracia de salvarnos ha de venirnos sólo por vuestra mano; nuestra salvación, pues, de Vos depende (1).

Por esto con razón dije Ricardo que, así como una piedra cae luego que se le quita toda la tierra que la sostiene, así una alma, quitándole el auxilio de María, caerá primero en el pecado y después en el infierno (2). San Buenaventura añade que Dios no nos salvará sin la intercesión de María, y prosigue diciendo: Así como un niño al que faltándole la nodriza que le alimenta no puede vivir, así faltando la protección de María nadie puede salvarse (3); por lo cual exhorta diciendo: Procura que tu alma tenga sed de la devoción de María, y consévala siempre sin dejarla hasta que llegues á recibir en el cielo su maternal bendición (4). Y ¿quién convencería jamás á Dios, dice San Germán, si no fuese por Vos, oh María Santísima? ¿Quién alcanzaría gracia alguna si no fuese por Vos, oh Madre de Dios, oh Virgen Madre, llena de gracia? (5). Y en otro lugar le dice: Si Vos no abrieseis el camino nadie pudiera librarse del aguijón de la carne y del pecado.

Así como nosotros no podemos llegar hasta el eterno Padre sino por medio de Jesucristo, así dice San Bernardo, no podemos acercarnos á Jesucristo sino por medio de María. Y esta es la poderosa razón por la cual, dice San Bernardo, determinó el Señor que todos nos salvemos por la intercesión de María, á fin de que por medio de ella nos reciba aquel Salvador que, por medio de María, se dió á nosotros; y por esto el Santo la llama Madre de la gracia y de nuestra salvación. Por lo que dice San Germán: ¿Qué sería de nosotras? ¿Qué esperanza nos quedaría de salvarnos, si nos desamparaseis, ¡oh María! Vos que sois la vida de los cristianos? (6).

Pero, replica el autor moderno ya citado, ¿si todas las gracias pasan por María, luego cuando imploramos la intercesión de los santos, éstos habrán de acudir á la intercesión de María para alcanzárnoslas? Esto, dice, nadie lo cree ni lo soñó jamás. En cuanto á creerlo, contesto que en ello no puede haber ningún error ó inconveniente, pues no lo habrá nunca en decir que Dios, para honrar á su Madre, á quien constituyó Reina de los santos, y queriendo que todas las gracias se dispensen por sus manos, quiera

1. Serm. 1. de Nat. Virg.—2. Lib. 8 de Laud. Virg. cap. 11.—3. De Bon. in Cant. B. Virg. pro Sabb.—4. De Zon. Virg.—5. Or. de form. Deip.—6. De Zon. Virg.

también que los santos acudan á ella para alcanzar las gracias á sus devotos. En cuanto á decir que nadie soñó jamás en esto, yo hallo que lo han afirmado expresamente San Bernardo, San Anselmo, San Buenaventura, y con ellos el P. Suárez (1) y otros. En vano, dice San Bernardo, rogará alguien á los Santos para alcanzar una gracia que le convenga, si María no intercede para que la obtenga. Así también explica á este propósito un autor aquel pasaje de David: *Te estarán rogando, fijos sus ojos en tu rostro, todos los poderosos del pueblo* (2). Los poderosos de aquel gran pueblo de Dios son los santos, quienes cuando quieren alcanzar alguna gracia para un devoto suyo, todos ruegan á María que se la alcance. De aquí es que con razón dice el Padre Suárez que nosotros rogamos á los santos para que sean nuestros intercesores cerca de María, como á su Señora y Reina.

Y esto es puntualmente lo que San Benito promete á Santa Francisca Romana, como se lee en el P. Marchese (3). Se le apareció un día dicho Santo, y tomándola bajo su protección, le prometió ser su abogado para con la divina Madre. En confirmación de esto añade San Anselmo, hablando con la Virgen: Señora, lo que puede alcanzar la intercesión de todos estos santos, unida á la vuestra, bien puede alcanzarlo vuestra sola intercesión sin auxilio de ellos (4). Pero, continúa diciendo el Santo, ¿por qué Vos, sola tenéis tanto poder? Porque Vos sola sois la Madre de nuestro común Salvador, la Esposa de Dios, la Reina universal del cielo y de la tierra. Si Vos intercedierais por nosotros, ningún santo rogará ni nos ayudará (5); mas si Vos os inclinareis á rogar por nosotros, todos los santos se empeñarán también en suplicarle por nosotros y en socorrernos (6). De manera que el P. Señeri, en su libro titulado, *El devoto de Marta*, aplicándole con la santa Iglesia aquellas palabras de la Sabiduría: *Yo sola hice el giro del cielo* (7), dice: Así como la primera esfera con su movimiento hace que las otras esferas se muevan, así cuando María se mueve en rogar por un alma, hace que todo el cielo se ocupe en rogar también con ella. Y por esto dice San Buenaventura que entonces manda, como Reina que es, á todos los ángeles y santas que la acompañen y unan sus oraciones á las suyas (8).

1. Tom. 2, in 3, p. dist. 71, sect. 3.—2. Psalm. cxiv, 3.—3. Nel diario di María alli 23 di marzo.—4. Orat. 45, ad S. Virg. Mar.—5. Te tacete, nollus juvabit, nollus orabit.—6. D. Anselm. Or. lib. Exc. V. Ap. Pacciuchel. Exc. 20 in Sat. Aug. n. 7.—7. Eceli. xxiv, 8.—8. In Spec. Virg. cap. 3.

Y así, finalmente, se comprende el motivo porque la santa Iglesia nos ordena que invoquemos y saludemos á la divina Madre con el gran nombre de *Esperanza nuestra*. El impio Lutero decía que no podía sufrir que la Iglesia romana llamase á María, á una criatura, *Esperanza nuestra* (1); porque, añadía, que sólo Dios y Jesucristo, como nuestro mediador, son la esperanza nuestra; y Dios, por otra parte, maldice al que pone su esperanza en la criatura, como lo dice por Jeremías (2). Mas la Iglesia nos enseña á invocar por todas partes á María, y á llamarla *Nuestra esperanza*. El que pone su esperanza en la criatura sin dependencia de Dios, éste ciertamente es maldecido de Dios, porque Dios es la única fuente y el dispensador de todo bien; y la criatura sin Dios, ni tiene ni puede dar nada. Pero si el Señor ha dispuesto, como hemos probado, que todas las gracias pasen por María como por un canal de misericordia, bien podemos y aun debemos afirmar que María es nuestra esperanza, por medio de la cual recibimos la divina gracia. Y por esto San Bernardo la llamaba entero fundamento de su esperanza (3). Lo mismo afirmaba San Juan Damasceno, cuando, hablando con la bienaventurada Virgen, le decía: Señora, en Vos he puesto toda mi esperanza y de Vos aguardo con anhelo mi salvación (4). Santo Tomás dice que María es toda la esperanza de nuestra salud (5). San Efrén la invoca de ésta suerte: Virgen Santísima acogednos bajo vuestra protección, si queréis vernos salvos, porque no tenemos otra esperanza de salvarnos sino por vuestra mediación (6).

Concluyamos, pues, con San Bernardo: Procuremos venerar con todo el afecto del corazón á esta divina Madre María, porque tal es la voluntad de aquél Señor, el cual ha querido que todo el bien lo recibamos por mano de ella (7). Y por esto nos exhorta el Santo á que siempre y cuando deseemos ó pidamos alguna gracia, nos encomendemos á María y confiemos alcanzarla por su intercesión (8). Porque dice el Santo: Si tú no mereces que Dios te conceda la gracia que deseas, bien merecerá alcanzártela María, que la pedirá en favor tuyo (8). Y el mismo San Bernardo advierte después á cada uno que todo lo que ofrezcamos á Dios, ya sean obras, ya oraciones, pro-

1. In post. Maj. Evang. in Nat. Mar.—2. Jer. xvii, 5.—3. Or. Pan. ad B. Virg.—4. Ap. Aurélien. tom. 1, cap. 7.—5. Opusc. 7.—6. De laud. Virg.—7. Serm. de Nativit. B. Virg.—8. Idem, de Aqueduct.—9. Idem 3, in Virg. Nativit.

curemos encomendarlo todo á María, si queremos que Dios lo acepte (1).

EJEMPLO

Es famosa la historia de Teófilo, escrita por Eutichiano, patriarca de Constantinopla, el cual fué testigo ocular del hecho que se refiere aquí, y se halla confirmado por San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, San Antonino, y otros; según el P. Crasset (2). Aquel era arcediano de la iglesia de Adanas, ciudad de Sicilia, y tan apreciado, que el pueblo lo quería por su obispo; mas él por humildad lo rehusó. Pero habiéndole después acusado algunos malévolos, y habiendo sido depuesto de su dignidad, fué tal su pesar, que, cegado de pasión, acudió á un hebreo hechicero, el cual le puso en relaciones con Satanás para que le ayudase en aquella desgracia suya. El demonio le respondió que si quería obtener su ayuda, renunciase á Jesús y á María su Madre, y le entregase el acto de renuncia escrito de su propia mano; y Teófilo extendió tan abominable documento. Al día siguiente, habiendo conocido el obispo la injusticia que le había hecho, le pidió perdón y le restituyó al ejercicio de su dignidad. Sintiendo entonces Teófilo despedazado por los remordimientos, al considerar el enorme pecado que había cometido, no hacía más que llorar. ¿Qué hace en tal conflicto? Entra en una iglesia y, postrándose allí á los pies de una imagen de María, llorando le dice:—¡Oh Madre de Dios! no quiero desesperar teniéndoo á Vos, que sois tan piadosa y me podéis ayudar.—Permaneció así llorando y rogando por espacio de cuarenta días á la Virgen Santísima, cuando he aquí que la Madre de misericordia se le aparece una noche y le dice:—¡Oh Teófilo! ¿qué has hecho? Has renunciado mi amistad y la de mi Hijo; y ¿por quién? por el enemigo tuyo y mío.—Señora, respondió Teófilo, Vos habéis de perdonarme y hacerme perdonar de vuestro Hijo.—Entonces, viendo María aquella confianza suya:—Consuélate, le dijo, que quiero rogar á Dios por ti.—Animado con esto Teófilo, redobló las lágrimas, penitencias y oraciones, sin separarse de la presencia de aquella imagen. Y he aquí que se le aparece otra vez María, y con semblante risueño le dijo: *Regocíjate, Teófilo: he presentado*

1. Idem de Arqueduet.—2. Div. alla B. Virg. tom. 1, trat. 1, quest. 10.

las lágrimas y oraciones á Dios, y El las ha recibido, y ya te ha perdonado. Mas de hoy en adelante séasle agradecido y fiel.—Señora, replica Teófilo, esto aun no me basta para consolarme del todo; el enemigo tiene todavía en su poder aquella impia escritura, en la cual renuncié entonces á Vos y á vuestro Hijo, y Vos podéis hacérmela restituir.—He aquí que pasados tres días se despierta una noche Teófilo, y se encuentra sobre el pecho la escritura. El día siguiente, estando el obispo en la Iglesia, fué Teófilo á echarse á sus pies, en presencia de un gran concurso; le refirió todo el suceso llorando amargamente, y le entregó la infame escritura, la que el obispo hizo luego quemar delante de toda aquella gente, que no hacía sino llorar de alegría, exaltando la bondad de Dios y la misericordia que María había usado con aquel miserable pecador; el cual, volviendo á la Iglesia de la Virgen, murió allí lleno de júbilo dentro de tres días, dando gracias á Jesús y á su santa Madre.

ORACIÓN

¡Oh Reina y Madre de misericordia, que dispensáis las gracias á todos los que á Vos acuden, con tanta liberalidad porque sois Reina, y con tanto amor porque sois nuestra amantísima Madre! A Vos me encomiendo hoy yo, tan pobre de méritos y virtudes y tan cargado de deudas á la divina justicia. ¡Oh, Marial Vos que tenéis la llave de todas las divinas misericordias, no os olvidéis de mis miserias y no me abandonéis en tanta pobreza. Vos que sois tan generosa con todos, acostumbra á dar más de lo que se os pide, sedlo también conmigo. Señora, protegedme y esto es todo lo que os pido. Si Vos me protegéis, de nada rece-lo; no temo á los demonios, porque Vos sois más poderosa que todo el infierno; no temo á mis pecados, porque Vos, con una palabra que digáis á Dios, me podéis alcanzar un perdón general de ellos. Ni temo tampoco, si obtengo vuestro favor, la indignación de Dios, porque El á una súplica vuestra luego se aplaca. En suma, si Vos me protegéis, lo espero todo, porque Vos todo lo podéis. ¡Oh Madre de misericordia! yo sé que os complacéis y gloriais de ayudar á los más miserables, que no hallándolos obstinados Vos les podéis ayudar. Yo soy pecador, pero no soy obstinado, y quiero mudar de vida. Podéis ayudarme; ayudadme, pues, y salvadme. Hoy me entrego enteramente en

vuestras manos. Decidme qué debo hacer para complacer á Dios, que yo quiero practicarle, y espero hacerlo con vuestro auxilio, ¡oh María, María! madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mía. Amén, amén, amén.

CAPÍTULO VI

EA, PUES, ABOGADA NUESTRA (1)

§. I.—*Maria Santísima es una abogada poderosa para salvar á todos.*

Es tan grande la autoridad de las madres sobre sus hijos, que aun cuando éstos sean monarcas y tengan absoluto dominio sobre todas las personas de su reino, con todo nunca pueden las madres constituirse súbditas de ellos. Es verdad que Jesús, ahora en el cielo, por estar allí sentado á la derecha del Padre, como explica Santo Tomás, aunque como hombre, por razón de la unión hipostática con la persona del Verbo, tiene el supremo dominio sobre todos y también sobre María; sin embargo, siempre será verdad que en algún tiempo, cuando nuestro Redentor vivía en este mundo, quiso humillarse hasta hacerse súbdito de María, como nos lo atestigua San Lucas (2). Y aun, dice San Ambrosio, que habiéndose dignado Jesucristo escoger á María por su Madre, como hijo suyo estaba verdaderamente obligado á obedecerla. Por esta razón dice Ricardo de San Lorenzo, que de los demás santos se dice que están con Dios; pero que sólo de María puede decirse que ha tenido la suerte, no solamente de haber estado sometida á la voluntad de Dios, sino que también Dios se sometió á la voluntad de ella (3). Y mientras que de las otras santas Vírgenes se dice, como observa el mismo autor, que siguen el divino Cordero donde quiera que fuere (4), de la Virgen María puede decirse que el Cordero la seguía acá en la tierra, habiéndose constituido súbdito suyo.

Por lo cual decimos que aun cuando María en el cielo ya no pueda mandar á su Hijo, con todo, sus ruegos serán siempre ruegos de madre; y por consiguiente, eficacísimos

1 Eja ergo advocata nostra.—2. Luc. 11, 51.—3. Lib. 1 de Laud. Virg.—4. Apocalip. xiv, 4.

para alcanzar cuanto pide. Tiene María, dice San Buenaventura, este privilegio para con su Hijo, de ser poderosísima para cuanto quiere (1). Y ¿por qué? Precisamente por la razón que he insinuado, y que examinaré luego; porque los ruegos de María son ruegos de madre. Por cuyo motivo dice San Pedro Damiano que la Virgen puede cuanto quiere, así en el cielo como en la tierra, pudiendo levantar á la esperanza de salvarse aún á los desesperados (2). Y después añade que cuando la Madre solicita para nosotros alguna gracia á Jesucristo (llamado por el Santo altar de misericordia donde los pecadores obtienen el perdón de Dios), el Hijo hace tanto aprecio de los ruegos de la Madre, y tiene tanto deseo de complacerla, que cuando ella ruega, más parece que manda que no que ruegue, y más bien parece señora que no esclava (3). Así quiere honrar Jesús á su amada Madre, á la que tanto honró en su vida concediéndole al punto cuanto pide y desea. Lo cual expresamente confirma San Germán diciendo á la Virgen: *Vos sois Madre de Dios omnipotente para salvar á los pecadores, y no necesitáis de otra recomendación para con Dios, porque sois la Madre de la verdadera vida* (4).

San Bernardino de Sena no vacila en decir que todos obedecen los preceptos de María, aun Dios (5); queriendo en realidad decir que Dios oye sus ruegos como si fueran preceptos. De aquí es que San Anselmo, hablando con María, le dice: El Señor, ¡oh Virgen santal, os ha exaltado tanto, que con su favor podéis alcanzar todas las gracias posibles á vuestros devotos, porque vuestra protección es omnipotente (6), como la llama Cosme Jerosolimitano. Sí, omnipotente es María, replica Ricardo de San Lorenzo, porque la Reina, según toda ley, debe gozar de los mismos privilegios que el Rey (7). De manera que, dice San Antonio, Dios ha puesto toda la Iglesia, no sólo bajo el patrocinio, sino también bajo el dominio de María (8).

Debiendo, pues, tener la Madre el mismo poder que tiene el Hijo, con razón Jesús, que es omnipotente, ha hecho omnipotente á María; siendo siempre cierto que el Hijo es omnipotente por naturaleza, y la Madre omnipotente por gracia. Y esto se halla confirmado con la experiencia de que el Hijo nada niega de cuanto pide la Madre, como

1. In Spec. c. 8.—2. Serm. 1 de Nat. B. Virg.—3. Loc. cit.—4. Serm. 2 de Dorm. B. Virg.—5. Imperio Virginitatis omni famulari, etiam Deus. Tom. 2, Serm. 16. 6. Lib. de Conc. Virg.—7. Lib. 1 de Laud. Virg.—8. D. Anton. part. 4, tit. 5, cap. 20, pár. 2.

fué revelado á Santa Brígida, la cual oyó un día que, hablando Jesús con María Santísima, dijo así: Madre mía, no ignoráis cuánto os amo; pedid, pues, de mí cuanto queráis, que no dejaré de concedéroslo (1). Y es admirable la razón que añadió: Madre mía, cuando Vos estabais en la tierra jamás os negasteis á hacer cosa alguna por mi amor; ahora que yo estoy en el cielo, es justo que tampoco me niegue yo á hacer cuanto desearéis. Se llama, pues, omnipotente María en el modo que pueda entenderse de una criatura, la cual no es capaz de un atributo divino. Y es omnipotente, porque con sus ruegos alcanza cuanto quiere.

Con razón, por lo tanto, ¡oh grande abogada nuestra!, os dice San Bernardo: Queréd Vos, y todo se hará. Y San Anselmo: Si Vos queréis, el pecador más perdido se verá elevado al grado más sublime de santidad (2). A este propósito el B. Alberto Magno hace hablar así á María: Para que yo quiera, debo ser rogada; porque si yo quiero, es necesario que se haga (3). Por lo que considerando San Pedro Damiano este gran poder de María, rogándole que se apiade de nosotros, le dice: ¡Oh María! ¡oh nuestra querida abogada! ya que Vos tenéis un corazón tan compasivo, que no sabe mirar á los miserables sin apiadarse de ellos, y ejercéis al propio tiempo con Dios un poder tan grande de salvar á todos aquellos á quienes defendéis, no rehuséis el tomar también la defensa de nuestra causa, pues aunque miserables, en Vos ponemos toda nuestra esperanza. Si no os mueven nuestros ruegos, muévaoos vuestro benigno corazón; muévaoos á lo menos vuestro poder, ya que á este fin Dios os ha colmado de tanto poder, para que cuanto más rica seáis para poder ayudarnos, tanto más misericordiosa seáis para querernos ayudar (4). Nos confirma esto San Bernardo diciendo que María, tanto en el poder como en la misericordia, es inmensamente rica; así como su caridad es poderosísima, así también es piadosísima para compadecerse de nosotros, como lo está manifestando continuamente por los efectos (5).

Ya cuando María vivía en este mundo, su único pensamiento, después de la gloria de Dios, era ayudar á los desvalidos; y desde entonces sabemos que gozó el privilegio de ser oída en todo cuanto pedía, según se vió en el suceso de las bodas de Caná de Galilea, cuando al ver la

1. Revel. lib. 1. cap. 4.—2. De Esc. Virg. cap. 31.—3. Ap. 1.º, Pep. Grandex. etc.—4. Serm. 1 de Nativ. Virg.—5. D. Bern. Serm. 4 de Assumpt.

Santísima Virgen que faltaba el vino, compadeciéndose de la aflicción y rubor de aquella familia, pidió al Hijo que la consolase con un milagro, exponiéndole la falta de vino: *Na tienen vino*. Jesús respondió: *Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti? Aun no es llegada mi hora* (1). Nótese que aun cuando al parecer negaba el Señor la gracia á la Madre, diciendo: ¿Qué nos importa á mí y á ti que haya faltado el vino? Ahora no me conviene hacer ningún milagro, no habiendo llegado aún el tiempo, que será el de mi predicación, en el cual con milagros he de confirmar mi doctrina. Sin embargo, María, como si su Hijo le hubiese concedido la gracia, dijo á los sirvientes: *Ea, haced lo que mi Hijo os mandare, que luego seréis consolados*. Y efectivamente, Jesucristo, por complacer á su Madre, mandó llenar las vasijas de agua, y la convirtió en vino generoso. Mas si el tiempo determinado para los milagros era el de la predicación, ¿cómo pudo anticiparse este suceso contra el divino decreto? No, se responde, nada se obró contra los divinos decretos; porque si bien generalmente hablando, no había llegado aún el tiempo de los milagros, con todo, desde la eternidad Dios había establecido por otro decreto general que nada de lo que pidiese su divina Madre se le negase. Y por esto enterada María de este privilegio suyo, aunque al parecer le negase entonces el Hijo su petición, no obstante, dijo que hiciesen todo cuanto el Hijo les mandase, como si la gracia estuviese ya concedida. Esto quiso decir el Crisóstomo cuando sobre este pasaje de San Juan afirma que, aunque Cristo dió esta respuesta, sin embargo, por el honor de su Madre no dejó de acceder á su petición. Lo mismo confirmó Santo Tomás, diciendo que con aquellas palabras: *No llegó todavía mi hora*, quiso manifestar Jesucristo que hubiera diferido el milagro si otro se lo hubiese pedido; pero porque lo pidió su Madre, luego lo hizo (2). Lo mismo dicen San Cirilo y San Jerónimo, según refiere Barrada. Y lo propio asegura el Candavense en dicho pasaje de San Juan, diciendo: Para honrar á su Madre, *anticipó* el tiempo de hacer el milagro.

Es cierto, en suma, que no hay criatura alguna que nos pueda alcanzar tantas misericordias como esta buena abogada, la cual es así honrada de su Hijo Dios, no sólo como á su querida esclava, sino también como á su ver-

1. Joann 11, 4.—2. D. Thom. apud defens cultus Mariani, noctore R. D. Herr de Cerf. pág. 129.

dadera Madre. Esto puntualmente dice Guillermo de París, dirigiéndose á la Virgen: Basta que hable María, para que el Hijo todo lo ejecute. Hablando el Señor con la esposa de los sagrados Cantares, figura de María, le dice: *Oh tú, la que moras en las huertas, los amigos te están escuchando; hazme oír, pues, tu sonora voz* (1). Los amigos son los santos, los cuales cuando piden alguna gracia para sus devotos, esperan que su Reina la pida á Dios y la alcance, porque, conforme se dijo ya en el capítulo V, no se dispensa ninguna gracia sino por intercesión de María. Y ¿cómo la obtiene María? Basta que haga oír su voz al Hijo; basta que hable, para que el Hijo luego la escuche. He aquí cómo Guillermo de París, explicando en este sentido el referido pasaje, introduce al Hijo, que dice así á María: Oh tú, que moras en los huertos celestiales, intercede confiadamente por aquellos que quisieres; pues no pudiendo olvidarme de que soy Hijo tuyo, no pienso negar cosa alguna á mi Madre. Profiera ella solamente una palabra, que oírla el Hijo es lo mismo que otorgarla. Dice Gofredo abad que aunque María alcance las gracias por sus ruegos, con todo, ruega con cierto imperio de Madre; por lo cual debemos confiar sin duda alguna que ella obtiene cuanto desea y pide por nosotros (2).

Refiere Valerio Máximo que teniendo Coriolano cercada á Roma (3), no fueron bastantes para hacerle levantar el sitio todos los ruegos de los ciudadanos y amigos; pero que cuando se presentó á pedirselo su madre Veturia, no pudo resistirse, y luego lo levantó. Pero tanto más poderosos que los de Veturia son los ruegos de María á Jesús, cuanto más agradecido es este Hijo, y con mayor ternura ama á su querida Madre. Escribe el P. Justino Miechoviense (4) que puede más con Dios un suspiro de María que los ruegos de todos los santos; lo que confesó el mismo demonio á Santo Domingo, viéndose obligado á obedecer á sus preceptos por boca de un obseso.

San Antonino asegura que los ruegos de la Virgen Santísima, siendo ruegos de Madre, tienen cierta razón de imperio; por lo cual es imposible que ella no sea oída cuando ruega (5). Por esto San Germán, animando á los pecadores que se encomiendan á esta abogada, habla así á la Virgen. Teniendo con Dios, ¡oh María! la autoridad de Madre, alcanzad el perdón á los pecadores más obstinados;

1. Cant. viii, 13.— Serm. 8. de B. V.—3. Lib. 3, cap. 4—4. In Lit. B. V. verbo: Virgo potens.—5. P. 4, tit. 15, cap. 17, pár. 4.

porque aquel Señor, que en todas las cosas os reconoce por su verdadera Madre, no puede dejar de concederos cuanto Vos le pidáis (1). De aquí es que Santa Brigida oyó que los santos del cielo decían á la Virgen: ¿Qué cosa hay que Vos no podáis? Lo que Vos queréis, aquello se hace (2). A lo que corresponde aquel célebre verso: Lo que Dios puede con el imperio, lo podéis Vos, Virgen, con la súplica. ¿Y por ventura, dice San Agustín, no es una cosa digna de la benignidad del Señor guardar con esto el honor de su Madre, habiendo El mismo protestado que había venido á la tierra, no á quebrantar, sino á observar la ley, la cual entre otras cosas ordena que se honre á los padres?

Antes bien, añade San Gregorio, arzobispo de Nicomedia, Jesucristo, como para satisfacer á la obligación que debe á esta Madre, por haberle dado con su consentimiento el ser humano, accede á todas sus peticiones (3). Por lo que exclama el mártir San Metodio: Regocijaos, ¡oh María! que tenéis la suerte de que sea vuestro deudor aquel Hijo que á todos da y nada recibe de nadie. Todos nosotros somos deudores á Dios de cuanto tenemos, porque todo es don suyo; pero el mismo Dios ha querido ser deudor vuestro, tomando de Vos la carne y haciéndose hombre (4). Por lo cual dice San Agustín: Habiendo merecido María dar la carne al Verbo divino, y con ella preparar el precio de la redención, á fin de que nosotros nos librásemos de la muerte eterna, puede más que todos para ayudarnos á conseguir la salvación eterna (5). Y San Teófilo, obispo de Alejandría, que vivía en tiempo de San Jerónimo, dejó escrito lo siguiente: *El Hijo agradece que su Madre le ruegue, porque quiere concederle todo lo que por su respeto concede, y recompensar así la gracia que él recibió de ella de haberle dado la carne* Por lo que, dirigiéndose San Juan Damasceno á la Virgen, le habla en estos términos: Vos, pues, ¡oh María! Madre de Dios, podéis salvar á todos con vuestros ruegos, que son más poderosos con la autoridad de Madre (6).

Conchuyamos con San Buenaventura, quien considerando el gran beneficio que nos ha dispensado el Señor, dándonos á María por abogada, dirigiéndose á ella, le dice: ¡Oh verdaderamente inmensa y admirable bondad la de nuestro Dios, que á nosotros miserables reos quiso concedernos por abogada á Vos, Señora nuestra, para que con vuestra

1. In Enc. Doip.—2. Rev lib. 4, cap. 74.—3. Or. de E. M.—4. Or. in Hyp. Dom.—5. Or. 2 de Assumpt. B. M.—6. Ex. Men. 1, Januar. Ode. 4.

poderosa intercesión podáis alcanzarnos cuantos bienes desearéis (1).

¡Oh inmensa misericordia del Señor, sigue diciendo el Santo, que á fin de que no huyésemos por la sentencia que ha de pronunciarse sobre nuestra causa, nos ha destinado por abogada á su misma Madre y Señora de la gracial

EJEMPLO

Cuenta el P. Razzi Camandulense que cierto joven, cuyo padre había fallecido, fué enviado por su madre á la corte de un príncipe. Mas al despedirse de él, la madre, que era muy devota de María, le hizo prometer que cada día rezaría un *Ave María*, concluyendo con estas palabras: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de la muerte*. Establecido ya en la corte el joven, se hizo dentro de poco tiempo tan disoluto, que su amo se vió precisado á despedirle. El entonces desesperado, no sabiendo de que subsistir, salió al campo y acabó por hacerse salteador de caminos; pero no por esto dejaba de encomendarse á la Virgen, como se lo había dicho su madre. Finalmente, fué preso por la justicia, y condenado á muerte. Hallándose, pues, en la cárcel para ser ajusticiado el día siguiente, pensando en su deshonor, en el dolor de su madre y en la muerte que le aguardaba, lloraba sin consuelo; por lo que viéndole el demonio oprimido de tan grande infortunio, se le apareció en forma de un hermoso joven, y le dijo que él le libraría de la cárcel y de la muerte, si quería hacer lo que él le propondría. Convino el sentenciado en practicarlo todo. Entonces el fingido joven le descubrió que era el demonio, que había venido para ayudarle. En primer lugar, quería que renegase de Jesucristo y de los sacramentos, á lo cual accedió el joven; pero añadiéndole que renegase de la Virgen María y renunciase á su protección:—Esto no lo haré jamás, respondió el joven; y dirigiéndose á María, le repitió la oración acostumbrada, que su madre le había enseñado: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte*. A estas palabras desapareció el demonio; pero el joven quedó afligidísimo por el pecado que había cometido renegando de Jesucristo. Mas acudiendo á la Virgen Santísima, ella le alcanzó un gran dolor de todos sus pecados: por lo que se confesó con muchas lágrimas y contrición. Habiendo sali-

do para ir al patíbulo, vió en el camino una imagen de María; él la saludó con la acostumbrada oración: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte*; y la imagen á vista de todos inclinó la cabeza y le devolvió la salutación. En tonces él enternecido suplicó que se le permitiese besar los pies de aquella imagen. Los ministros lo repugnaban; pero luego condescendieron por el tumulto que movía el pueblo. Inclinóse el joven para besar los pies, y María desde aquella su imagen extendió el brazo y le tomó por la mano, asíendosela tan fuertemente, que no fué posible arrancarle de allí. Al ver este prodigio, todos los circunstantes empezaron á clamar: *¡Perdón, perdón!* que le fué concedido. Regresando él después á su patria, hizo una vida ejemplar, y continuó siendo muy devoto de María, que le había librado de la muerte temporal y eterna.

ORACIÓN

¡Oh gran Madre de Dios! os diré con San Bernardo: vuestro Hijo os escucha y cuanto le pedís todo os lo concede. Hablad, pues, hablad, oh Marí, abogada nuestra, á favor de nosotros miserables pecadores. Acordaos que para el bien nuestro recibistes tanto poder y grandeza. Para esta fin todo un Dios quiso hacerse vuestro deudor, tomando de Vos el sér humano para que á vuestro arbitrio pudieseis dispensar á los miserable los tesoros de las divinas misericordias. Nosotros somos vuestros siervos, dedicados de un modo especial á vuestro servicio, y yo espero poderme contar en el número de éstos. Nosotros nos gloriamos de vivir bajo vuestra protección. Si Vos hacéis bien á todos, aun á los que, lejos de conocerlos y honrarlos, os ultrajan y blasfeman de Vos, ¿cuánto debemos esperar nosotros de vuestra benignidad, que va buscando miserables para aliviarles; nosotros que os honramos, os amamos y confiamos en Vos? A la verdad somos grandes pecadores; pero Dios os ha colmado de piedad y de un poder muy superior á nuestra maldad. Vos podéis y queréis salvarnos, y nosotros tanto más queremos tener esta confianza, cuanto más indignos somos de ello, para más glorificaros en el cielo, cuando nos reuniremos allí por vuestra intercesión. ¡Oh Madre de misericordial nosotros os presentamos nuestras almas embellecidas y lavadas en el bautismo con la sangre de Jesucristo; pero manchadas luego por el pecado. A Vos las presentamos, dignaos purificarlas. Al-

canzadnos una verdadera enmienda, obtenednos el amor de Dios, la perseverancia y el Paraíso. Aun cuando os pidamos una cosa extraordinaria, ¿por ventura no podéis Vos alcanzarlo todo? es acaso excesivo para el amor que Dios os profesa? No tenéis más que abrir la boca para rogar á vuestro Hijo, y El nada os niega. Rogar, pues, oh María, rogad por nosotros; rogad, ciertamente seréis oída, y nosotros indefectiblemente salvados.

§. II.—*María es una abogada piadosa, que no rehusa defender las causas de los más miserables.*

Tenemos tantos motivos de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase á María, en todos los sermones sólo de María se hablase, y todos los hombres diesen la vida por María, esto sería poco en recompensa del obsequio y agradecimiento que le debemos por el tierno amor que profesa á todos los hombres, y aun á los más miserables pecadores, con tal que le conserven algún sentimiento de devoción. El venerable Raimundo Jordán, el cual por humildad se llamó el Idiota, decía que María, lejos de dejar de amar á quien la ama, no se desdena de servir á quien la sirve, empleando, si éste es pecador, todo el poder de su intercesión para alcanzarle de su bendito Hijo el perdón (1). Es tan grande su benignidad y misericordia, prosigue diciendo, que ninguno, por más perdido que sea, debe temer de acudir á sus pies, porque ella no rechaza á ninguno de cuantos la imploran. María, como amantísima abogada nuestra, ofrece ella misma á Dios las súplicas de sus siervos, especialmente los que á ella se le consagran; porque así como el Hijo intercede por nosotros para con el Padre, así María intercede por nosotros para con el Hijo; y no deja de tratar con uno y otro el negocio de nuestra salvación, y de alcanzarnos las gracias que pedimos (2). Con razón, pues, el beato Dionisio Cartujano llama á la Virgen Santísima el refugio singular de los perdidos, la esperanza de los miserables y la abogada de los pecadores que á ella recurren.

Mas si por ventura se hallase algún pecador que, aunque no dudase de su poder, desconfiase, no obstante, de la piedad de María, temiendo tal vez que no quisiera ayudarle por la gravedad de sus culpas, le anima San Buena-

1. Idiot. Pref. in Cant.—2. Idiot. loc.

ventura, diciéndole: Grande y singular es el privilegio que tiene María para con su Hijo de alcanzar cuanto quiere con sus ruegos; pero ¿de qué nos serviría este gran poder de María, añade, si ella no cuidase de nosotros? No, no dudemos, concluye el Santo; estemos seguros, y demos gracias siempre al Señor y á su divina Madre, porque así como para con Dios es la más poderosa de todos los santos, así también es la abogada más amorosa y solícita de nuestro bien (1). Y ¿quién, exclama con júbilo San Germán, oh Madre de misericordia, quién después de vuestro Jesús manifiesta más solicitud por nosotros y por nuestro bien como Vos? ¿Quién nos defiende en los trabajos que nos afligen como Vos nos defendéis? ¿Quién como Vos protege á los pecadores hasta el punto de combatir en su favor? Por lo cual añade: Vuestro patrocinio, oh María, es más poderoso y amoroso de lo que nosotros podemos llegar á comprender (2). Porque, dice el Idiota, que todos los demás santos pueden con su patrocinio ayudar más á sus devotos que á los otros; pero la divina Madre, así como es la Reina de todos, así también es la abogada de todos y procura por la salvación de todos (3).

Y no sólo cuida de todos María, sino también de los pecadores, gloriándose especialmente de que la llamen su abogada, conforme lo declaró ella misma á Sor María Vilani, diciéndole: *Después del título de Madre de Dios, me glorío de ser llamada la abogada de los pecadores.* Dice el beato Amadeo que nuestra Reina ne deja de asistir delante la Majestad divina, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosos ruegos. Y porque en el cielo ella conoce á fondo nuestras miserias y necesidad, no puede dejar de compadecerse de nosotros; por lo que, con afecto de madre piadosa y benigna, acude siempre á socorrernos y salvarnos. Por esto Ricardo de San Lorenzo anima al pecador, por miserable que sea, á que acuda con confianza á esta dulce abogada, pudiendo estar seguro que la hallará siempre dispuesta á favorecerle. Porque, dice Gofredo, María está siempre pronta á rogar por todos.

¡Oh! y ¡cuánta eficacia y amor, dice San Bernardo, trata nuestra abogada el negocio de nuestra salvación! (4). Considerando San Agustín el afecto, y el empeño con que María se ocupa continuamente en rogar por nosotros á la divina Majestad, para que el Señor nos perdone los peca-

1. D. Bon. in Spec. Lect. 5, 7.—2. Serm. de Zona Virg.—3. Idiot. de Con temp. M. V. in Prol.—4. Serm. 1 de Assumpt.

dos, nos asista con su gracia, nos libre de los peligros y nos alivie de las miserias, dice hablando con la Santísima Virgen: Señora, es verdad que todos los santos desean nuestra salvación y ruegan por nosotros; mas la caridad y ternura que Vos nos manifestáis en el cielo para alcanzarnos con vuestros ruegos tantas misericordias de Dios, nos obliga á confesar que no tenemos en el cielo sino una abogada, que sois Vos; y que Vos sola sois la única verdadera amante solícita por nuestro bien (1). ¡Y quién podrá comprender jamás la solicitud con que María intercede siempre por nosotros delante de Dios! dice San Germán: *No se sacia de defendernos*; ¡bella expresión por cierto! Y es tanta la piedad que María tiene de nuestras miserias, y tan grande el amor que nos profesa, que siempre ruega, vuelve á rogar y jamás se satisface de hacerlo, para defendernos con sus súplicas de los males que nos amenazan y alcanzarnos las gracias que necesitamos.

¡Desdichados de nosotros pecadores si no tuviésemos esta gran abogada, la cual es tan poderosa, tan piadosa, y juntamente tan prudente y sabia, que el juez su Hijo, dice Ricardo de San Lorenzo, no puede condenar á los reos que ella defiende! (2). Por lo que San Juan Geómetra la saluda con el título de *Conciliadora de la paz*. Porque todas las causas defendidas por esta sapientísima abogada, todas se ganan. Y por esto San Buenaventura llama á María *Sabia Abigail*, que fué aquella mujer de la cual se lee en el libro I de los Reyes, cap. xv, que supo aplacar con sus interesantes ruegos al rey David, cuando estaba indignado contra Nabal, y á la que el mismo David bendijo luego, como dándole gracias, porque con sus suaves ruegos le había impedido vengarse de Nabal con sus propias manos. Esto mismo puntualmente hace María de continuo en el cielo á favor de innumerables pecadores, pues con sus tiernos y sabios ruegos aplaca de tal suerte la divina justicia, que Dios mismo la bendice, dándole en cierta manera las gracias por haberle detenido de aquel modo, para que no los abandonase y castigase como merecen. Para este fin, dice San Bernardo, queriendo el eterno Padre usar con nosotros de todas las misericordias posibles, á más de Jesucristo, que es el principal abogado para con él, nos ha dado á María por abogada para con su Hijo.

Es indudable, dice San Bernardo, que Jesús es el úni-

1. Ap. S. Bonavent. in Spec. Lect. 6.—2. De Laud. Virg. lit. 2, p. 2.

co mediador de justicia entre los hombres y Dios, quien en virtud de los propios méritos, puede y quiere, según sus promesas, alcanzarnos el perdón y la divina gracia; mas porque los hombres en Jesucristo reconocen y temen la divina Majestad que en él reside como Dios, por esto ha sido necesario señalarnos otra abogada, á la cual pudiésemos acudir con menos temor y más confianza; y esta es María la abogada más poderosa que pudiéramos hallar para con su divina Majestad y más piadosa hacia nosotros (1). Mucho agraviara á la piedad de María, prosigue diciendo el Santo, el que aun temiese acudir á los pies de esta dulcísima abogada, que nada tiene de severo y de terrible, sino que es toda dulzura, amabilidad y agrado. Lee y revuelve cuanto quieras, añade San Bernardo, toda la historia escrita en los Evangelios, y si hallares en ella algún acto de severidad en María, teme entonces acercarte á ella; pero no le hallarás; por lo cual acude con júbilo, dice, que ella te salvará por su intercesión (2).

Cuán bella es la exclamación que Guillermo de París pone en boca del pecador, que acude á María diciéndole: ¡Oh Madre de mi Dios! en el estado miserable á que me veo reducido por mis pecados, acudo á Vos lleno de confianza; y si Vos me desechareis, os reconvendré diciéndoos, que en cierto modo estáis obligada á ayudarme, ya que toda la comunión de los fieles os titula y proclama *Madre de misericordia*. Vos, ¡oh María!, siendo tan amada de Dios, sois siempre atendida: á nadie faltó jamás vuestra gran misericordia: vuestra dulcísima afabilidad nunca desprecia á pecador alguno, por obstinado que fuere, con tal que se haya encomendado á Vos. Y qué, ¿por ventura en vano ó falsamente toda la Iglesia os proclama su abogada y el refugio de los pecadores? No suceda jamás, oh Madre mía, que mis culpas lleguen á impedir la manifestación de vuestra piedad para conmigo, con la cual sois á la vez abogada y medianera de la paz entre los hombres y Dios, y después de vuestro Hijo, la única esperanza y el seguro refugio de los miserables. Todo cuanto tenéis de gracia y de gloria, y la misma dignidad de Madre de Dios, lo debéis, si es lícito hablar así, á los pecadores, pues que por ellos el Verbo divino os hizo su Madre. Lejos de nosotros el pensar que esta divina Madre, que dió al mundo la fuente de piedad, haya de negar su misericordia á los infelices

1. Serm. in Sign. magn.—2. De Reth. Div. cap. 18.

que á ella acuden. Y ya que vuestro oficio, ¡oh, María! es el de reconciliadora de Dios y los hombres, muévaos á socorrerme vuestra gran piedad, que sin comparación es mayor que todos mis pecados (1).

¡Consolaos, pues, oh pusilánimes! diré con Santo Tomás de Villanueva; respirad y animaos, ¡oh desdichados pecadores! Esta Virgen magnánima, Madre de vuestro Juez y vuestro Dios, es la abogada del género humano; idónea, porque conoce los medios de aplacarle; universal, porque á todos acoge y no rehusa defensa alguna (2).

EJEMPLO

Cuán piadosa sea con los miserables pecadores esta abogada nuestra, lo demostró suficientemente con Beatriz, monja del monasterio de Fuente Eraldo, como refieren Cesario (3) y el P. Rhó (4). Esta infeliz religiosa, vencida de la pasión hacia cierto joven, concertó huir con él. Y, con efecto, cierto día dirigióse la desgraciada á una imagen de María, depuso allí las llaves del monasterio del que era portera, y se marchó. Llegada que fué á otro país, se dio al oficio de ramera, y vivió quince años en tan miserable estado. Acertó algún tiempo después á encontrarse en aquella ciudad con el mandadero del monasterio, y creyendo que ya no la conocería, le preguntó si conocía á Sor Beatriz. ¡Cómo sí la conozco! respondió él; es una monja santa, y actualmente es maestra de novicias. Al oír estas palabras, quedó confusa y pasmada, sin poder comprender cómo fuese aquello. Por lo cual, para certificarse de la verdad, disfrazóse y se dirigió al monasterio. Allí pide por Sor Beatriz, y he aquí que se le aparece la Santísima Virgen en la forma de aquella misma imagen, á la que, cuando partió del monasterio, había entregado las llaves y el hábito; y la divina Madre le habló así:—Beatriz, sepas que yo, para impedir tu deshonor, he tomado tu semblante y he desempeñado en tu lugar tu empleo por espacio de quince años que has vivido apartada del monasterio y de Dios. Hija, vuelve, haz penitencia, que mi Hijo aun te espera, y procura con la buena vida conservar el buen nombre que yo te he adquirido.—Así dijo, y desapareció. Entonces Beatriz volvió á entrar en el monaste-

1. Guill. Paris d. c. 18. de Reih. Div.—2. In Rog. pro exp. udy. Turc. sus.—3. Lib. 7, cap. 35.—4. In Exc.

rio; tomó otra vez el hábito de religiosa, y agradecida á tan gran misericordia de María, vivió como una santa; y después en la hora de su muerte publicó el suceso para gloria de tan gran Reina.

ORACIÓN

¡Oh excelsa Madre de mi Señor! ya veo que la ingratitude con que por espacio de tantos años he correspondido á Dios y á Vos misma, merecía con razón que Vos no cuidaseis ya más de mí, porque el ingrato no es digno de beneficio alguno. Mas yo, Señora, aprecio mucho vuestra bondad, y juzgo que ella aventaja en gran manera á mi ingratitude. Continudad, pues, ¡oh refugio de los pecadores! en socorrer á uno de ellos que confía en Vos. ¡Oh Madre de misericordia! tended la mano para levantar un pobre ciego, que busca en Vos piedad. ¡María! ó defendedme, ó decidme á quién debo acudir para que pueda defenderme mejor que Vos. Mas ¿dónde podré hallar para con Dios una abogada más compasiva y más poderosa que Vos, que sois su Madre? Habiendo sido escogida por Madre del Salvador, nacísteis para salvar á los pecadores, y me habéis sido dada para mi salvación. ¡Oh María! salvad al que recurre á Vos. Yo no soy digno de vuestro amor; pero el deseo que tenéis de salvar á los perdidos, me hace confiar en vuestro amor. Y si Vos me amáis, ¿cómo podré perderme? ¡Oh Madre mía amantísima! si, como lo espero, por Vos me salvo, ya no os seré más ingrato. Compensaré con perpetuas alabanzas y con todos los afectos del alma mi pasado olvido y el amor que me habéis profesado. En el cielo, donde Vos reináis y reinaréis por una eternidad, cantaré siempre feliz vuestras misericordias, y besaré eternamente aquellas manos amorosas que me han librado del infierno tantas veces cuantas lo he merecido por mis pecados: ¡Oh María, mi libertadora, mi esperanza! ¡oh Reina, oh abogada, oh Madre mía! yo os amo, yo os aprecio con todo afecto y quiero amaros sin cesar. Amén, amén: así lo espero y así sea.

§ III.—*Marta es la conciliadora de los pecadores con Dios.*

La gracia de Dios es un tesoro muy rico y muy apete-

cible para cualquier alma. El Espíritu Santo la llama *tesoro infinito*, porque por medio de los auxilios de la divina gracia somos elevados á la dignidad de amigos de Dios (1). Y de ahí es que Jesús Dios y Redentor nuestro no se desdendió de llamar *amigos suyos* á los que están en gracia (2). ¡Oh pecado maldito que rompe esta preciosa amistad! *Vuestros pecados han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestro Dios* (3), y que haciendo el alma aborrecible á sus ojos, la vuelve de amiga en enemiga de su Señor. *A Dios le son igualmente odiosos el impto y su impiedad* (4). ¿Qué debe, pues, practicar un pecador que por su desgracia se ha hecho enemigo de Dios? Necesita buscar un mediador que le alcance el perdón y le haga recobrar la divina amistad ya perdida. Consuélate, dice San Bernardo, ¡oh tú miserable que has perdido á Dios: tu mismo Dios te ha dado el medianero, y éste es su propio Hijo Jesús, que puede alcanzarte cuanto desees (5).

Mas ¡Oh Dios! exclama aquí el Santo, y ¿por qué los hombres le han de representar severo á este Salvador tan piadosos, que por salvarnos dió la vida? ¿Por qué han de creer terrible al que es amabilísimo? Pecadores desconfiados, prosigue, ¿qué temor es ese? Si desconfiáis porque habéis ofendido á Dios, sabed que Jesucristo ha clavado vuestros pecados en la cruz con sus mismas manos desgarradas, y habiendo satisfecho ya por ellos á la divina justicia con su muerte, los ha borrado de vuestras almas. Mas si por ventura, añade el Santo, temes acudir á Jesucristo porque te intimida su divina Majestad, pues hecho hombre no ha dejado de ser Dios, y quieres otro abogado para con este mediador, acude á María, que ella intercederá por ti con su Hijo, quien ciertamente la oirá, y el Hijo intercederá con el Padre, que nada puede negar á este Hijo. Después concluye San Bernardo: Esta divina Madre, ¡oh hijos míos! es la escala por la cual los pecadores suben nuevamente á la cumbre de la divina gracia. Esta es mi mayor confianza, y todo el fundamento de mi esperanza.

He aquí cómo el Espíritu Santo en los sagrados Cantares hace hablar á la bienaventurada Virgen: *Yo soy muro y mis pechos como torre, desde que me hallo en su presencia, como quien ha encontrado la paz* (6). Yo soy, dice María, la defensa de aquellos que recurren á mí, y mi misericordia

1. Sap. vii, 14 — 2. Joann. xv, 14 — 3. Isai. lxx, 2 — 4. Sap. xiv, 2 — 5. Serm. de Aqued. — 6. Cant. vii, 10

es para ellos como una torre de refugio: por esto mi Señor me ha constituido medianera de paz entre los pecadores y Dios. Así explica el cardenal Hugo dicho texto, diciendo que María es la reconciliadora por excelencia, que alcanza de Dios y proporciona la paz á los que están en guerra, la salud á los perdidos, el perdón á los pecadores y la misericordia á los desesperados. Y por eso su divino Esposo la llamó: *Hermosa como los tabernáculos de Salomón* (1). En los de David sólo se trataba de guerra; pero en los de Salomón no se hablaba sino de paz, dándonos á entender con esto el Espíritu Santo que esta Madre de misericordia no trata de guerra ni de venganza contra los pecadores, sino solamente de paz y de perdón.

Por lo mismo estuvo María figurada en la paloma de Noé, la cual, saliendo del arca, trajo en su pico el ramo de olivo, por señal de la paz que Dios concedía á los hombres. Por lo que dice San Buenaventura: Vos sois la fidelísima paloma que, intercediendo con Dios, habéis alcanzado al mundo perdido la paz y la salvación. María, pues, fué la celestial paloma que trajo al mundo perdido el ramo de olivo, señal de la misericordia, porque ella nos dió á Jesucristo, que es la fuente de ella, habiéndonos alcanzado después, por el valor de sus méritos, todas las gracias que Dios nos concede (2). Y así como por medio de María le fué dada al mundo la paz del cielo, como dice San Epifanio, así también por medio de María consiguen los pecadores reconciliarse con Dios: Por lo cual San Alberto Magno le atribuye estas palabras: *Yo soy aquella paloma de Noé, que traje á la Iglesia la paz universal* (3).

Además, fué asimismo expresa figura de María el iris que vió San Juan que circunfía el trono de Dios (4). Lo que explica el cardenal Vital, diciendo que María es la que siempre asiste en el tribunal divino, para mitigar las sentencias y castigos que merecen los pecadores (5). Y San Bernardino de Sena dice que de este mismo iris habló el Señor cuando dijo á Noé que quería colocar entre las nubes el arco de paz, para que mirándole se acordase de la paz perpetua que establecía con los hombres (6). María puntualmente, dice San Bernardino, es este arco de eterna paz (7); porque así como Dios á la vista del arco se acuerda de la paz prometida á la tierra, así por los ruegos de María

1. Cant. 1, 4.—2. P. Spinell.—3. In Bibliot. Mar. lib. Cant. n. 16.—4. Apoc. 17, 3.—5. In Spec. S. Scrib.—6. Gen. 18, 13 et 16.—7. Serm. de Nom. Mar. art. 1. cap. 2.

perdona á los pecadores las ofensas que le han hecho, y confirma con ellos la paz (1).

Por esto María es también comparada á la luna; porque así como este astro se halla entre el cielo y la tierra, así, dice San Buenaventura, ella se interpone continuamente entre Dios y los pecadores, á fin de aplacar al Señor y alumbrarles para que vuelvan á Dios (2).

Y este fué el principal oficio de que se encargó María cuando estuvo en la tierra: levantar las almas que habían perdido la divina gracia, y reconciliarlas con Dios. *Guta tus cabritillos á pacer* (3), le dijo el Señor cuando la criara. Ya se sabe que los pecadores están figurados en los cabritos; y así como los escogidos, figurados en las ovejas, estarán en el día del juicio colocados á la derecha, así los condenados lo estarán á la izquierda. Ahora bien; estos cabritos, dice Guillermo de Paris, se os han confiado á Vos, oh gran Madre!, para que los convirtáis en ovejas, y aquellos que por sus culpas merecían ser colocados á la izquierda, por vuestra intercesión estén colocados á la derecha. Por lo cual el Señor reveló á Santa Catalina de Sena que había criado á ésta su querida Hija como un cebo dulcísimo para coger á los hombres, especialmente á los pecadores, y atraerlos hacia Dios (4). Mas en cuanto á esto, es de notar la bella reflexión de Guillermo Angélico sobre el citado pasaje de los Cantares, quien dice que Dios recomienda á María sus cabritos; porque, añade, la Virgen no salva á todos los pecadores, sino solamente á aquellos que la sirven y honran. Por el contrario, los que viven en pecado, y no la honran con algún obsequio especial ni se encomiendan á ella para salir del pecado, estos no son los cabritos de María: desgraciadamente, en el día del juicio serán colocados á la izquierda con los condenados.

A un noble que en cierta ocasión desesperaba de poder alcanzar la salvación eterna á causa del peso de sus culpas, animóle un religioso á que acudiese á la Virgen é implorase á una devota imagen suya que estaba en una iglesia, y á la que se tenía mucha veneración. Fué allí el caballero, y al ver la imagen de María, se sintió excitado á postrarse á sus pies y á cobrar esperanza. Corre, se arroja á sus plantas, las besa, y María desde aquella imagen, que era de escultura, alarga la mano para dársela á besar, y sobre ella vió escritas estas palabras: *Yo te libraré de los*

1. S. Hiero. Sen. in Apoc. cap. 41.—2. Sermo, 14 de Nat. Dom.—3. Cant. 1, 7
—4. Ap. Blos. Mant. Spir.

que te afligen; como si le hubiese dicho: Hijo no desesperes, que yo te libraré de tus pecados y de los temores que te angustian. Refiérese que al leer aquel pecador estas dulces palabras, concibió tanto dolor de sus pecados y tanto amor á Dios y á su Santísima Madre, que murió allí mismo á los pies de María. ¡Oh! ¡cuántos pecadores obstinados atrae todos los días á Dios este imán de los corazones, como ella misma se denomina! Dijo en cierta ocasión á Santa Brígida: Así como el imán atrae el hierro; así yo atraigo hacia á mí á los corazones más endurecidos para reconciliarlos con Dios (1). Y este prodigio no es raro, sino que se experimenta cada día; pudiendo atestiguar por mi parte muchos casos sucedidos en nuestras misiones, donde algunos pecadores que permanecían más duros que el hierro en todos los otros sermones, al oír predicar de la misericordia de María, se arrepintieron y volvieron á Dios. Cuenta San Gregorio (2) que el unicornio es animal tan feroz, que ningún cazador puede llegar á cogerlo, y solamente á la voz de una doncella que grite se rinde á ella, se acerca, y sin resistirse se deja atar por la misma. ¡Oh! ¡cuántos pecadores más fieros que las mismas fieras, los cuales huyen de Dios, á la voz de esta doncellita María acuden y se dejan atar por ella mansamente, para ser conducidos á Dios!

Para este fin, dice San Juan Crisóstomo, la Virgen María fué Madre de Dios, á fin de que aquellos miserables, que por su mala vida no podrían salvarse según la divina justicia, alcanzasen la salvación con su dulce misericordia y su poderosa intercesión (3). Si, dice en confirmación San Anselmo; porque María fué elevada á la dignidad de Madre de Dios, más para los pecadores que para los justos, pues Jesucristo protestó que no había venido á llamar á los justos, sino á los pecadores. Y por eso canta la santa Iglesia: *No miras con enojo á los pecadores, sin los cuales no hubieras sido jamás digna de tal Hijo*. Por lo que Guillermo de París la reconviene diciendo: ¡Oh María! Vos estáis obligada á ayudar á los pecadores, ya que cuantos dones, gracias y grandezas tenéis, todas van comprendidas en la dignidad que habéis recibido de Madre de Dios, y, si así puede decirse, las debéis á los pecadores, porque por ellos habéis sido digna de tener á un Dios por Hijo (4). Si María, pues, concluye San Anselmo, ha sido hecha Ma-

1. Lib. 3. Rev. c. 32.—2. Dialog. lib. 3.—3. Hom. de Prec. B. V.—4. De Rech.—Div. c. 10.

dre de Dios por los pecadores, ¿cómo yo, por grandes que sean mis pecados, podré desconfiar del perdón (1)?

La santa Iglesia, en la oración de la misa de la vigilia de la Asunción de María, nos enseña que la divina Madre ha sido trasladada al cielo para que interceda por nosotros delante de Dios con segura confianza de ser oída. De aquí San Justino llama á María *Arbitra*, esto es, en quien las dos partes litigantes deponen todas sus razones; queriendo decir el Santo que, así como Jesús es el mediador para con el eterno Padre, así María es nuestra mediadora para con Jesús, el cual, como Hijo, pone en sus manos todas las razones que como juez tiene contra nosotros.

San Andrés Cretense llama á María fianza, seguridad de nuestra reconciliación con Dios (2), queriendo significarnos el Santo que Dios desea reconciliarse con los pecadores y perdonarlos; y para que ellos no desconfíen del perdón, nos ha dado como en prenda á María. Luego él la saluda diciendo: *Dios te salve, oh paz del Señor con los hombres*. Por lo que San Buenaventura anima á cada uno de los pecadores diciéndole: Si por tus culpas temes que Dios indignado quiera vengarse de ti, ¿qué debes hacer? Ve, recurre á la esperanza de los pecadores, que es María; y si luego recelas de que rehusé el abogar por ti, debes saber que no puede negarse á defenderte, porque el mismo Dios le ha encargado el oficio de socorrer á los miserables.

Pero que, ¿por ventura, dice el abad Adam, debe temer por su alma aquel pecador á quien la misma Madre del Juez se ofrece por Madre y abogada? Y Vos, añade el mismo abad, oh María, que sois Madre de misericordia ¿os desdeñaréis de rogar á vuestro Hijo, que es el juez, por otro hijo, que es el pecador? ¿Rehusaréis acaso interceder á favor de un alma redimida, para con el Redentor que murió en la cruz por salvar á los pecadores? No, no lo rehusaréis; antes bien, os emplearéis en rogar con todo afecto por todos los que acuden á Vos, pues no ignoráis que aquel Señor que ha constituido á vuestro Hijo mediador de paz entre Dios y el hombre, al propio tiempo os constituyó á Vos mediadora entre el juez y el reo (3). Pues bien, añade San Bernardo, cualquiera que seas, oh pecador, manchado de culpas, envejecido en el pecado, no desconfíes; da gracias á tu Señor, que para usar de mise-

1. De Exc. Virg. c. 1.—2. Or. 2. de Ass.—3. Serm. in Sign. mago.

ricordia contigo, no sólo te ha dado al Hijo por abogado, sino que para infundirte valor y confianza te ha proveído de una Mediadora, que con sus ruegos alcanza cuanto quiere. Ve, acude á María, y te salvarás.

EJEMPLO

Refieren el Rupense (1) y Bonifacio (2) que había en Florencia una joven llamada Benita, que mejor pudiera llamarse maldita, atendida á la vida escandalosa y deshonestista que entonces llevaba. Quiso su buena suerte que Santo Domingo fuese á predicar á aquella ciudad, y ella por mera curiosidad fué un día á oírle. Mas en aquel sermón el Señor conmovió de tal manera su corazón, que llorando amargamente se fué á confesar con el Santo. Confesóla Santo Domingo, la absolvió y le dió por penitencia que rezase el rosario. Pero arrastrada la infeliz por la perversa costumbre, volvió á la mala vida. Súpulo el Santo, y yéndola á buscar, obtuvo que de nuevo se confesase. Y Dios, para que perseverase en la buena vida, un día le hizo ver el infierno, y allí le mostró á algunos que por su causa se habían condenado, y abriendo luego un libro, le hizo leer el espantoso proceso de sus pecados. Horrorizada la penitente á vista de esto, y llena de confianza, acudió á María para que la ayudase; y entendió que esta divina Madre le alcanzaba de Dios el tiempo necesario para llorar sus muchas maldades. Concluída la visión, Benita procuró hacer buena vida; pero como siempre tuviera delante de sus ojos aquel funesto proceso, un día se puso á rogar así á su consoladora:—Madre, le dijo, es verdad que yo por mis excesos debería ahora estar en lo profundo del infierno; mas ya que vos con vuestra intercesión me habéis librado de él, alcanzándome tiempo para hacer penitencia, Señora piadosísima, otra gracia os he de merecer: no quiero dejar de llorar nunca mis pecados; pero haced Vos que éstos sean borrados de aquel libro.—A esta súplica se le apareció María, y le dijo que para obtener lo que pedía era necesario que de allí en adelante tuviese continua memoria de sus pecados y de la misericordia que Dios había usado con ella; que se acordase de la pasión que su Hijo había padecido por su amor, y que considerase además cuántos por menos culpas que las suyas

1. Ros. Sacr. p. 5, c. 60 — 2. Sto. r. Verg. lib. 6, c. 17.

se hablan condenado; y la reveló que un niño de ocho años por un solo pecado debía ir aquel día al infierno. Habiendo obedecido Benita fielmente á la Santísima Virgen, he aquí que un día se le apareció Jesucristo, quien manifestándole aquel libro, le dijo:—Mira, tus pecados quedan ya borrados; el libro está en blanco, escribe ahora en él actos de amor y de virtudes. Y habiéndolo practicado así Benita, llevó después una santa vida y tuvo una muerte santa.

ORACIÓN

Pues ¡oh dulcísima Señora mía! si vuestro oficio es, como dice Guillermo Parisiense, ser mediadora entre los pecadores y Dios; ea, pues, os diré yo con Santo Tomás de Villanueva, abogada nuestra, cumplid vuestro oficio también en favor mío. No me digáis que es muy difícil ganar mi causa, porque yo sé, así me lo dicen todos, que cualquier causa por desesperada que haya sido, defendida por Vos no se ha perdido jamás. Y ¿se perderá la mía? No, no lo temo. Únicamente debiera temer que no pudieseis defenderme si tan sólo considerase la multitud de mis pecados; mas mirando vuestra inmensa misericordia y el vivo deseo que anima vuestro dulcísimo corazón de ayudar á los pecadores más perdidos, ni aun esto temo. ¿Y quién se ha perdido jamás, que haya acudido á Vos? Por esto imploro vuestro socorro, oh grande abogada mía; mi refugio, mi esperanza y Madre mía María. En vuestra mano pongo la causa de mi eterna salvación; á Vos entrego mi alma; ella estaba perdida, mas Vos la habéis de salvar. Doy gracias al Señor que me inspira esta confianza en Vos, la cual, no obstante mi demérito, conozco que me asegura de mi salvación. Un solo temor me aflige, ¡oh mi amada Reina!, y es que por mi negligencia no pierda algún día esta confianza. Por esto os ruego, ¡oh María!, que por lo mucho que amáis á vuestro Jesús, conservéis y aumentéis siempre en mí esta dulcísima confianza en vuestra intercesión, por la cual espero recobrar la divina amistad que neciamente desprecié y perdí en el tiempo pasado: recobrada que sea, confío por vuestro medio conservarla; y conservándola, confío ir algún día á daros gracias en el cielo, y cantar allí las misericordias de Dios y las vuestras por toda la eternidad. Amén. Así lo espero, así sea, así será.

CAPITULO VII

VUELVE Á NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS (1)

§. ÚNICO. — *María es toda ojos para compadecerse de nuestras miserias y socorrerlas.*

SAN Epifanio llama á la divina Madre *muchos ojos*, la que es toda ojos para aliviarnos á nosotros miserables en esta tierra. Exorcizando un día á un obseso, preguntó el exorcista al demonio qué era lo que hacía María. El enemigo respondió: *Baja y sube* (2). Y quería decir que esta benigna Señora no hace más que bajar á la tierra para traer gracias á los hombres, y subir al cielo para alcanzar allí el divino beneplácito para nuestras súplicas. Con razón, pues, San Andrés Avelino llamaba á la Virgen Santísima *la negociadora del paraíso*, esto es, que anda continuamente sfanada en negocios de misericordia, alcanzando gracias á todos, así á los justos como á los pecadores. *El Señor tiene los ojos sobre los justos*, dice David (3); pero los ojos de la Señora, dice Ricardo de San Lorenzo, están vueltos, tanto sobre los justos, como sobre los pecadores; porque, añade, los ojos de María son ojos de madre, y la madre, no sólo atiende á que el niño no caiga, sino á levantarle si cayere.

El mismo Jesucristo dió bien á entender esto mismo á Santa Brígida, la cual oyó un día que, hablando con su Madre, le decía: Madre, pídemme cuanto desees. (Esto lo está siempre repitiendo en el cielo el Hijo á María, complaciéndose en acceder á todo lo que ésta su querida Madre le pide.) Mas ¿qué es lo que le pide María? Oyó Santa Brígida que la divina Madre le respondió: *Pido misericordia para los miserables* (4); como si dijera: Hijo, Vos me habéis destinado ya por Madre de la misericordia, por refugio de los pecadores, por abogada de los miserables. Ahora me decís que os pida lo que quiera; ¿qué pensáis he de pedir? Os pido que uséis de piedad con los pobres pecadores. Luego Vos, ¡oh Marial, le dice tiernamente San Buenaventura, estáis tan llena de misericordia y os halláis tan dispuesta para aliviar á los miserables, que parece no tenéis otro deseo ni otro empeño (5). Y porque entre los misera-

1. Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.—2. Ap. P. Pep. tom. 5. Led. 235.—3. Ps. XXXIII, 16.—4. Rev. I. 6, c. 26.—5. D. Bon. Sub Salv. Reg.

bles, los pecadores son los más miserables de todos, afirma el venerable Beda, que María está continuamente rogando al Hijo por ellos (1).

Aun viviendo en la tierra, dice San Jerónimo, fué la Virgen Santísima de corazón tan piadoso y tierno hacia los hombres, que nadie se ha afligido tanto por las penas propias como María por las ajenas (2). En el suceso de las bodas de Caná, ya mencionado en los capítulos antecedentes, no pudo manifestar de un modo más expresivo cuánto la afligian las angustias de los otros, donde faltando el vino, sin ser rogada, como escribió San Bernardino de Sena, tomó el oficio de piadosa consoladora; y por mera compasión, observando la amargura de aquellos esposos, se empeñó con el Hijo y alcanzó que obrase el milagro de la conversión del agua en vino.

Pero qué, dice San Pedro Damiano dirigiéndose á María, ¿acaso porque habéis sido elevada á la dignidad de Reina del cielo os habréis olvidado de nuestras miserias? No permita Dios semejante sospecha: es impropio de la extremada compasión que reina en el corazón de María el olvidarse de nuestras apremiantes necesidades (3). No puede aplicarse á María el común proverbio: *Honores mudan costumbres*. Esto acontece entre los mundanos, que á la menor dignidad á que se vean exaltados, se ensoberbecen y se olvidan de los amigos antiguos, que son pobres; mas no procede así María, que se complace en ser exaltada para poder de este modo socorrer mejor á los necesitados. Esta consideración obligó á San Buenaventura á aplicar á la bienaventurada Virgen las palabras que Booz dirigió á Ruth: *Bendita seas, hija mía, que has sobrepujado tu primera bondad con la que manifestas ahora* (4). Queriendo decir, coma después declara, que si fué grande la piedad de María hacia los miserables cuando vivía en el mundo, mucho mayor es ahora que reina en el cielo (5). De esto da la razón el Santo, diciendo: que la divina Madre manifiesta ahora con las innumerables gracias que nos alcanza su mayor misericordia, porque conoce mejor nuestras necesidades. Por lo cual añade: que así como el resplandor del sol aventaja al de la luna, así la piedad de María, ahora que está en el cielo, excede á la piedad que tenía de nosotros cuando habitaba en la tierra. Y ¿quién, con cluye, vive en el mundo, que no disfrute de la luz del sol?

1. In cap. 1 Luc.—2. Epist. ad Eust.—3. Serm. 7 de Nat. Virg.—4. Ruth. 11, 10—5. In Spec. B. V. cap. 8.

¿Hay por ventura alguno sobre quien no resplandezca la misericordia de María? (1).

Por eso fué llamada *escogida como el sol* (2); pues nadie hay excluido del calor de este sol, dice San Buenaventura. Esto mismo reveló desde el cielo Santa Inés á Santa Brigida, cuando le dijo que nuestra Reina, ahora que está unida con el Hijo en el cielo, no puede olvidarse de su natural bondad; por lo que usa de su misericordia hasta con los pecadores más impíos; de suerte que, así como el sol ilumina á todos los cuerpos celestes y terrestres, también por la dulzura de María no hay en el mundo quien por su mediación, si acudiere á ella, no participe de la divina misericordia (3). En el reino de Valencia había un gran pecador, quien desesperado, por no caer en manos de la justicia, resolvió hacerse turco. Cuando iba á embarcarse, pasó casualmente por delante de una iglesia donde el P. Jerónimo López, de la compañía de Jesús, predicaba sobre la divina misericordia. Convirtiéndose en aquel sermón, y se confesó con el mismo padre, quien le preguntó si había practicado alguna devoción por la cual Dios hubiese usado con él de aquella gran misericordia. Respondió que no practicaba otra devoción sino la de suplicar todos los días á la Virgen que no le desamparase (4). El mismo padre halló en el hospital á un pecador que no se había confesado en cincuenta y cinco años, y sólo había tenido la devoción de saludar á la Virgen cuando veía alguna imagen suya, y rogarla que no le dejase morir en pecado mortal; y después refirió que en una riña con cierto enemigo suyo se le rompió la espada, y que volviéndose entonces á nuestra Señora, le dijo: *¡Ay de mí! ahora me matan y me condeno. Madre de los pecadores ayúdame*. Al decir esto, sin saber cómo, se halló transportado á un lugar seguro; y habiendo hecho confesión general, murió lleno de confianza (5).

Escribió San Bernardo que María se ha hecho toda para todos, y que para todos abre el seno de su misericordia, á fin de que todos participen de él, el esclavo la redención, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdón, Dios la gloria; de modo que, siendo ella sol, no quede quien no participe de su calor (6). ¿Y quién habrá en el mundo, exclama San Buenaventura, que no ame á esta amabilísima Reina? Ella es más hermosa que

1. Loc. cit.—2. Cant. vi, 2—3. Rev. lib. 3, cap. 30.—4. Patriog. Menol. 2. Feb.—5. Patriog. Menol. 2. Feb.—6. S. Beró. Scrm. in Signa. magis.

el sol, más dulce que la miel; es un tesoro de bondad, para todos amable, con todos afable (1). Yo os saludo, pues, prosigue el enamorado Santo, diciéndole: ¡oh Señora y Madre mía!, corazón mío, alma mía. Perdonadme, ¡oh María, si digo que os amo, porque si no soy digno de amaros, Vos sois muy digna de que yo os ame (2).

Fué revelado á Santa Gertrudis, que cuando se invoca devotamente á la Virgen con estas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*; María no puede dejar de inclinarse á favorecer la petición del que así la ruega (3). ¡Ah! la grandeza de vuestra misericordia, ¡oh gran Señora!, exclama San Bernardo, llena toda la tierra (4). Por lo cual, dice San Buenaventura, que esta Madre amorosa anhela de tal modo hacer bien á todos, que se tiene por ofendida, no sólo de aquellos que le hacen alguna injuria positiva (como tantas almas perversas, especialmente los jugadores, que tal vez por desahogo blasfeman y ultrajan á esta buena Madre), sino que también se ofende con aquellos que no le piden alguna gracia (5). De manera que Vos, le dice San Ildeberto, nos en señaís, ¡oh Señora!, á esperar gracias superiores á nuestros méritos, pues no cesáis de dispensarnos favores que exceden en mucho á los que nosotros merecemos.

El profeta Isaias ya predijo que por medio de la grande obra de la redención humana debía prepararse á nosotros, miserables, un solio en la divina misericordia (6). ¿Cuál es este solio? San Buenaventura responde que es María, en la cual todos, así justos como pecadores, hallan los consuelos de la misericordia; y después añade: Así como el Señor está lleno de piedad, así también lo está nuestra Señora, y tanto el Hijo como la Madre no saben negar su misericordia al que la invoca (7). Por lo que Guérrico, abad, hace hablar así á Jesús con su Madre: Madre mía, en Vos colocaré yo la silla de mi reino, porque por vuestro medio otorgaré las gracias que se me pidan. Vos me disteis el ser de hombre, yo os daré el ser de Dios, esto es, mi omnipotencia, por la cual podáis ayudar á quien os pluguiere (8).

Mientras que Santa Gertrudis un día dirigía afectuosamente á la divina Madre las sobredichas palabras: *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*, vió á la Virgen San-

1. Salm. p. 5, c. 19.—2. Loc. cit.—3. Rev. lib. 4, c. 53.—4. Serm. 4. sup. M'as.—5. D. Bon. in Spec. Virg.—6. Isai. xvi. 5.—7. In Spec. c. 3.—8. Serm. 2 de Ass.

tísima que le enseñaba los ojos de su Hijo, que tenía en sus brazos, y después le dijo: Estos son los ojos piadosísimos que yo puedo inclinar para salvar á todos aquellos que me invocan (1). Lloraba en cierta ocasión un pecador delante de una imagen de María, rogándole que le alcanzase de Dios el perdón, cuando oyó que la bienaventurada Virgen se volvió al Niño que tenía en sus brazos y le decía: Hijo, ¿se perderán estas lágrimas? Y entendió que Jesucristo ya le perdonaba.

¿Y cómo podrá perecer el que se encomiende á esta buena Madre, á quien el Hijo prometió, como Dios, usar por su amor de misericordia, del modo que á ella le plazca, con todos aquellos que se encomiendan á ella? Esto mismo reveló el Señor á Santa Brígida, haciéndole oír estas palabras que él decía á María: De mi omnipotencia, mi venerada Madre, te he concedido á tu beneplácito el perdón de todos los pecadores, que imploren devotamente el auxilio de tu piedad. Por lo cual el abad Persenio, considerando juntamente el poderoso valimiento de María para con Dios, y su gran misericordia hacia nosotros, lleno de confianza exclama: ¡Oh Madre de misericordia!, tan grande es vuestro poder como vuestra piedad: tan poderosa sois para alcanzar, como piadosa para perdonar. ¿Y cuándo sucederá, añade, que dejéis de apiadaros de los desdichados, siendo Madre de misericordia? ¡Oh! ¿cuándo acontecerá que no podáis ayudarlos, siendo Madre de la omnipotencia? ¡Ah! con la misma facilidad con que Vos conocéis nuestras miserias, nos alcanzáis cuanto queréis (2). Saciaos, pues, dice el abad Ruperto, saciaos, ¡oh gran Reinal, de la gloria de vuestro Hijo, y por compasión, no por nuestro mérito, servíos de enviarnos acá las sobras para nosotros pobres siervos é hijos vuestros (3).

Y si por ventura nuestros pecados nos infunden desconfianza, digámosle con Guillermo Parisiense: Señora, no me deis en rostro con mis pecados, porque yo opondré á ellos vuestra piedad. Y no permita Dios que jamás pueda decirse que mis culpas puedan contrastar en juicio con vuestra misericordia, la cual es mucho más poderosa para alcanzar el perdón, que no aquellas para hacerme acreedor á la condenación eterna (4).

1. Rev. lib. 4, cap. 82.—2. Ap. P. Pep. Lez. tom. 3.—3. Rup. in Cant. lib. 5.—4. De Ruth. Div. c. 18.

EJEMPLO

En las crónicas de los padres Capuchinos (1) se refiere que en Venecia había un celebre abogado, el cual con fraudes y malas artes se habla enriquecido, por lo que vivia en mal estado. No practicaba tal vez otra obra buena sino rezar cada dia cierta oración á la Santísima Virgen. Y realmente esta leve devoción le valió para librarse de la muerte eterna por la misericordia de María. He aquí como sucedió. Por fortuna contrajo amistad este abogado con el P. Fr. Mateo de Baso, y tanto le instó para que un dia fuese el padre á comer á su casa, que finalmente éste le complació. Luego de haber llegado á ella le dijo el abogado:—Ahora, padre, quiero enseñar á V. una cosa que jamás habrá visto. Tengo una mona admirable, que me sirve como un criado: lava los vasos, pone la mesa y abre la puerta.—Cuidado, respondió el padre, no sea esto algo más que mona: hágala V. venir acá.—Llaman á la mona, vuelven á llamarla, la buscan por todas partes, y ella no parecía. Finalmente la encuentran escondida bajo de una cama en un rincón de la casa; pero el animal no quería salir de allí. Ea, pues, dijo entonces el religioso, vamos nosotros á buscarla; y llegando juntamente con el abogado adonde la mona estaba:—Bestia infernal, dijo, sal afuera, y de parte de Dios te mando que manifiestes quién eres.—Y he aquí que la mona responde que era el demonio y que estaba esperando que aquel pecador hubiese dejado de decir algún dia su acostumbrada oración á la Madre de Dios, porque á la primera vez que hubiese dejado de rezarla, él tenia licencia de Dios para ahogarle y llevarsele al infierno. Al oír tal aviso, el pobre abogado se arrojó á los pies del siervo de Dios, pidiéndole auxilio, y éste le animó y mandó al demonio que saliese de aquella casa sin hacer daño.—Sólo te doy licencia, le dijo, para que en señal de haber salido rompas una pared de este edificio.—Apenas habla pronunciado estas palabras, apareció con súbito estruendo una hendidura en la pared, que, aunque tapiada á cal y canto repetidas veces, quiso Dios quedase descubierta por mucho tiempo, hasta que por consejo del siervo de Dios se colocó en ella un mármol con la figura de un ángel. El abogado se convirtió, y confiamos que de allí en adelante perseverase en la mudanza de vida hasta la muerte.

1. Cop. 12. Part. 1.

ORACIÓN

¡Oh la más grande y más sublime entre todas las criaturas, Virgen sacrosantal os saludo desde este mundo yo, infeliz pecador, rebelde con mi Dios, que merezco, no gracias, sino castigos; justicia, y no misericordia. No digo esto, Señora, porque desconfie de vuestra piedad: sé que os gloriais de ser benigna al par que poderosa. Sé que os complacéis en ser tan rica, para hacernos participar á nosotros miserables de vuestras riquezas. Sé que cuanto más pobres son los que á Vos acuden, más os empeñáis en protegerles y salvarles. ¡Oh Madre mía!, Vos sois la que un día llorasteis á vuestro Hijo, que murió por mí. Ofreced, os ruego, vuestras lágrimas á Dios, y alcanzadme por ellas un verdadero dolor de mis pecados. Mucho os affigieron entonces los pecadores, y otro tanto os affigí yo también con mis maldades. Alcanzadme, ¡oh María!, la gracia de que á lo menos de hoy en adelante no continúe affigiéndos á Vos y á vuestro Hijo con mi ingratitud. Y ¿de qué me serviría vuestro llanto, si yo prosiguiese siendo ingrato? ¿De qué me serviría vuestra misericordia, si yo os fuese infiel otra vez y me condenase? No, Reina mía, no lo permitáis. Vos habéis suplido todas mis faltas. Vos alcanzáis de Dios cuanto queréis. Vos oís á quien os ruega. Estas dos gracias os pido, y de Vos las espero con fundada confianza, y las exijo de Vos. Obtenedme la gracia de ser fiel á Dios, de no ofenderle más y de amarle en lo que me queda de vida tanto cuanto le he ofendido.

CAPITULO VIII

Y DESPUÉS DE ESTE DESTIERRO, MUÉSTRANOS Á JESÚS, FRUTO
BENDITO DE TU VIENTRE (1)

§. I.—*María libra á sus devotos del infierno.*

Es imposible que se condene un devoto de María, que fielmente la obsequia y á ella se encomienda. Esta proposición, á primera vista, parecerá quizás á alguno atrevida en demasía; mas yo le rogaría que no la condenase antes de leer lo que luego notaré aquí sobre este punto. El decir que es imposible se condene un devoto de nuestra Señora, no se entiende de aquellos devotos que

1. Es *Jesum benedictum fructum ventris tui nobis post hoc exilium ostende.*

abusan de su devoción para pecar con menos temor. Por lo cual parece que injustamente desapruueban algunos que se ensalce tanto la piedad de María con los pecadores, diciendo que éstos después abusan de ella para pecar con más libertad. Porque tales presuntuosos por su temeraria confianza merecen castigo, no misericordia. Se entiende, pues, de aquellos devotos que deseando enmendarse son fieles en obsequiar y encomendarse á la Madre de Dios. Estos, digo, es moralmente imposible que se pierdan. Y hallo haberlo explicado así el P. Crasset en su libro de la *Devoción á la Virgen María* (1), y antes de él Vega en su *Teología*, Mariana, Mendoza (2) y otros teólogos. Y en prueba de que éstos no han hablado sin fundamento, veamos lo que sobre ello han dicho los doctores y los Santos. Ni debe ninguno extrañar si notare aquí muchas sentencias uniformes de los autores, pues yo he querido hacer mención de todas, á fin de demostrar cuán acordes están los escritores sobre este punto. San Anselmo dice que, así como es imposible que se salve el que no es devoto ni protegido de María, es asimismo imposible que se condene el que se encomienda á la Virgen, y de ella es mirado con amor (3). Lo confirma San Antonino casi con las mismas palabras: Así como es imposible que se salve aquel de quien María aparta los ojos de su misericordia, así es necesario que aquellos á quienes vuelve sus ojos, abogando por ellos, se salven y sean glorificados (4). Añade este santo que los devotos de María necesariamente se salvan.

Nótese, sin embargo, la primera parte de la proposición de estos santos; y tiemblen los que menosprecian ó descuidan la devoción á esta divina Madre. Dicen que es imposible se salven aquellos que no están protegidos de María. Y esto lo afirman también otros, como el beato Alberto Magno: Todos los que no son vuestros siervos, ¡oh María!, se perderán (5). El que no sirve á la Virgen, dice San Buenaventura, morirá en pecado (6). Y en otro lugar: El que no acude á Vos, Señora, no llegará al cielo (7). Y sobre el salmo XCIX llega á decir el Santo, que no solamente no se salvará, sino que ni siquiera habrá esperanza de salvación para aquellos de quienes María desvía el rostro; lo que ya dijo antes San Ignacio mártir, afirmando que no puede salvarse un pecador sino por medio de la

1. Tom. 1, q. 7.—2. Virid. l. 3, Probl. 9.—3. De Exc. Virg. c. 11.—4. P. 4. tit. 50.—5. Bibl. Mar. in c. 60.—6. In Ps. 86.

Virgen Santísima; la cual, por lo contrario, con su poderosa intercesión salva á muchos que, según la divina justicia, se hubieran condenado (1). Algunos hallan dificultad en que esta sentencia sea de San Ignacio; á lo menos; dice el P. Crasset, este dicho se ha atribuido á San Juan Crisóstomo (2); y se halla también repetido por el abad Celense (3). En este sentido, la santa Iglesia aplica á María aquellas palabras de los Proverbios: *Todos aquellos que no me aman, aman la muerte eterna* (4); porque, como dice Ricardo de San Lorenzo sobre las palabras: *Viene á ser como la nave de un comerciante* (5); serán sumergidos en el mar de este mundo todos los que se hallan fuera de esta nave (6). Aun el hereje Ecolampadio tenía por señal cierta de reprobación la poca devoción hacia la Madre de Dios (7).

Al contrario, dice María: *El que acude á mí y oye lo que le digo, no se perderá* (8). Por lo cual decía San Buenaventura: Señora, el que procura obsequiaros estará lejos de condenarse (9). Y esto sucederá, dice San Hilario, aunque éste hubiese ofendido mucho á Dios en el tiempo pasado (10).

Por esto el demonio trabaja tanto con los pecadores, á fin de que después de haber perdido la divina gracia pierdan también la devoción á María. Viendo Sara que Isaac jugaba con Ismael, y que éste le enseñaba malas costumbres, dijo á Abraham que le echase de casa; pero que echase también á su madre Agar (11). No se contentó con que saliese de casa solamente el hijo, sino que quiso que despidiese también á la madre, persuadida que de otra suerte, viniendo el hijo á ver á la madre, también hubiera durado el conversar en casa. Así el demonio no está contento con ver que un alma desecha de sí á Jesucristo, si no desecha también á la Madre; de lo contrario teme que la Madre con su intercesión vuelva á traer de nuevo al Hijo aquella alma. Y teme con razón, porque dice el docto padre Pacciuchelli que el que es fiel en obsequiar á la Madre de Dios, luego recibirá al mismo Dios por medio de María (12). Por lo que con razón llamaba San Efrén á la devoción de nuestra Señora el salvoconducto para no ser desterrado al infierno (13); y el mismo llamaba á la divina

1. Ap. Celada in Jud. Fig. páe. 10.—2. In Deprec. ad Virg.—3. In Compl. Virg. c. 5.—4. Prov. viii, 43.—5. Prov. xxxi, 14.—6. De Laud. Virg.—7. Ap. Pcp. Ler. tom. 7.—8. Eclii, xxiv, 30.—9. In Ps. 118.—10. Cred. 12. in Math.—11. Gen. xxi, 10.—12. In Salv. Reg. Exc. 5.—13. De Laud. Virg.

Madre la abogada ó protectora de los condenados (1). Y en verdad que siendo cierto, como lo es realmente, lo que dice San Bernardo, á María no puede faltarle ni el poder ni la voluntad de salvarnos (2). No el poder, porque es imposible que sus ruegos dejen de ser atendidos, como afirma San Antonio (3). El mismo San Bernardo dice que sus peticiones no pueden ser jamás inútiles, sino que alcanzan cuanto quieren (4). No la voluntad de salvarnos, porque María es nuestra Madre, y más desea ella nuestra salvación que nosotros mismos. Siendo esto, pues, verdadero, ¿cómo puede nunca suceder que un devoto fiel de María se pierda? Aun cuando sea pecador, si con perseverancia y voluntad de enmendarse se encomienda á esta buena Madre, ella cuidará de alcanzarle la luz que necesita para salir de su mal estado, el dolor de sus pecados, la perseverancia en el bien, y finalmente una buena muerte. Y ¿qué madre, pudiendo librar fácilmente á su hijo de la muerte, sólo con pedir al juez la gracia, dejaría de hacerlo? ¿Y podremos pensar que María, la Madre más amorosa que puede hallarse de sus devotos, pudiendo tan fácilmente librar á un hijo suyo de la muerte eterna, no lo haga?

¡Ah devoto lector! Demos gracias al Señor, si vemos que nos ha dado el afecto y la confianza en la Reina del cielo; porque Dios, dice San Juan Damasceno, no hace esta gracia sino á los que quiere salvar. He aquí las bellas palabras con que el Santo aviva su esperanza y la nuestra: *¡Oh Madre de Dios!, decla, si yo pongo mi confianza en Vos, me salvaré. Si yo estoy bajo de vuestra protección, nada tengo que temer, porque el ser vuestro devoto es tener armas ciertas de salvación, que Dios sólo concede á los que quiere que se salven* (5). Por esto Erasmo saludaba á la Virgen diciéndole: Dios te salve, terror del infierno, esperanza de los cristianos; la confianza en Vos asegura la salvación (6).

¡Oh! ¡cuánto enfurece al demonio el ver á un alma constante en la devoción á la Madre de Dios! Se lee en la vida del P. Alonso Alvarez, muy devoto de María, que estando en oración y sintiéndose angustiado de las tentaciones impuras con que el demonio le afligía, éste le dijo: Deja esa tu devoción á María, y yo dejaré de tentarte.

Reveló el Señor á Santa Catalina de Sena, como se lee en Blosio, que él por su bondad había concedido á María por

1. De Laud. Virg.—2. Serm. de Assump.—3. P. 4. l. 15. c. 17. párr. 4.—4. Quod quaerit invenit, et frustrari non potest. Serm. de Aquaed.—5. Serm. de Nat. B. V.—6. Orat. ad Virg.

respeto á su Unigénito, del cual es Madre, que ninguno de los que á ella se encomendaren devotamente, aunque fuese pecador, sea presa del infierno. También el profeta David podía ser librado del infierno por el amor que tenía al honor de María Santísima: *Señor, yo he amado el decoro de tu casa... no pierdas mi alma con la de los impios* (1). Dice de tu casa, porque María fué aquella casa que Dios mismo se fabricó en este mundo para su habitación, y para hallar su descanso haciéndose hombre, como está escrito en los Proverbios: *La Sabiduría edificó una casa para sí* (2). No, ciertamente, no se perderá, decía San Ignacio mártir, el que procure ser devoto de esta Virgen Madre; y lo confirma San Buenaventura diciendo: Señora, vuestros amantes gozan de suma paz en esta vida, y en la otra no verán la muerte en toda la eternidad (3). No ha sucedido ni sucederá jamás, nos asegura el devoto Blosio, que un siervo humilde y cuidadoso de María se pierda eternamente (4).

¡Oh cuántos pecadores hubieran permanecido obstinados, ó se hubieran condenado eternamente, dice Tomás de Kempis, si María no hubiese intercedido con su Hijo para que usase con ellos de misericordia (5)! Opinan muchos teólogos, y especialmente Santo Tomás, que á muchas personas, aun muertas en pecado mortal, la divina Madre les ha alcanzado de Dios el suspenderse la sentencia y que resucitasen para hacer penitencia de sus pecados. De esto se hallan muchos ejemplos en autores graves, y entre ellos Flodoardo, que vivió cerca del nono siglo, refiere en su crónica que un diácono llamado Adelmano, que teniéndole ya por muerto y estando ya para enterrarle, resucitó, y dijo haber visto el lugar del infierno que le estaba destinado; pero que por los ruegos de la bienaventurada Virgen había sido devuelto otra vez al mundo para hacer penitencia (6). Surio refiere igualmente que un ciudadano de Roma, llamado Andrés, después de haber muerto impenitente, resucitó por intercesión de María Santísima para poder ser perdonado (7). Y refiere Pelbarto que en su tiempo, cuando el emperador Segismundo con su ejército caminaba por los Alpes, se oyó salir de un cadáver, en el que sólo habían quedado los huesos, una voz que pedía confesión, diciendo que la Madre de Dios, de quien había sido devoto siendo soldado, le había alcanzado vivir en aquellos hue-

1. Ps. xxv, 8 et q.—2. Prov. ix, 1.—3. In Ps. 118.—4. In Can. VII. Spir. cap. 18.—5. Ap. P. Pep. Lex. tom. 7.—6. Ap. Crasset. tom. 1, q. 12.—7. Lib. 1, cap. 35.

sos hasta que se confesase; y habiéndolo hecho, murió (1). Estos y otros ejemplos no deben servir para animar á los temerarios que quisieren vivir en pecado, con la esperanza de que la Virgen les librará del infierno aunque mueran en pecado; porque así como fuera gran locura el arrojarse en un pozo con la esperanza de que María Santísima les preservase de la muerte, porque en ciertos casos la Virgen ha preservado de ella á alguno, así sería mayor locura arriesgarse á morir en pecado, con la presunción de que la Santísima Virgen le libraría del infierno. Con todo, estos ejemplos deben servir para avivar nuestra confianza, considerando que si la intercesión de esta divina Madre ha podido librar del infierno aun á los que han muerto en pecado, mucho mejor podrá impedir que caigan en el infierno aquellos que en vida acuden á ella con intención de enmendarse, y que fielmente la sirven.

Digámosle, pues, con San Germán: ¡Oh Madre nuestra! ¿qué será de nosotros pecadores, que queremos enmendarnos y acudirnos á Vos, que sois la vida de los cristianos (2)? Nosotros, Señora, oímos á San Anselmo que dice de Vos que no se condenará aquel por quien una sola vez empeñaréis vuestros ruegos. Rogad, pues, por nosotros, y nos libraremos del infierno. ¿Quién me dirá, dice Ricardo de San Víctor, que cuando yo fuere presentado al divino tribunal no tendré favorable al Juez, si en mi causa os tengo á Vos para defenderme, oh Madre de misericordia (3)? El beato Enrique Susón protestaba que había puesto su alma en manos de María, y decía que si el Juez pretendiese condenarle, quisiera que la sentencia pasase por manos de María (4); confiando él en que si llegaba á las piadosas manos de la Virgen, no se ejecutaría. Lo mismo digo y espero para mí, ¡oh Santísima Reina mía! Por lo cual quiero siempre repetiros con San Buenaventura: Señora, en Vos he puesto todas mis esperanzas, y por esto espero con seguridad no verme perdido, sino salvo en el cielo para alabaros y amaros eternamente (5).

EJEMPLO

El año 1604 había en una ciudad de Flandes dos estudiantes, los cuales, en lugar de dedicarse á las letras, sólo se ocupaban en francachelas y deshonestidades. Una no-

1. Stellar. Gur. II V. l. 14, p. 2, á 1.—2. De Zona Virg.—3. In Cant. cap. 17.—4. Hor. Sap. 1, cap. 10.—5. In Paul. Mar.

che, entre otras, habiendo ido juntos á pecar á casa de una mala mujer, uno de ellos, llamado Ricardo, retiróse á su casa algún tiempo después, y quedóse allí el otro. Mientras se desnudaba Ricardo para acostarse, se acordó que aquel día no había rezado como tenía de costumbre ciertas *Ave Marias* á la Santísima Virgen. Vencido por el sueño, le costaba el rezar; sin embargo, hizo un esfuerzo y lo verificó, aunque sin devoción y medio dormido. Echándose después á dormir y hallándose en el primer sueño, oyó llamar fuertemente á la puerta, y luego sin llegar á abrirla vió entrar á su compañero feo y horrible en extremo.—¿Quién eres? le dijo.—¿No me conoces? respondió el otro.—Mas, ¿cómo estás tan demudado? pareces un demonio.—¡Desdichado de mí! exclamó aquel infeliz, estoy condenado ¡Ya me ves! Sepas, dijo, que al salir de aquella infame casa vino un demonio y me ahogó. Mi cuerpo quedó en medio de la calle, y mi alma está en el infierno. Debes saber también, añadió, que á ti te aguardaba el mismo castigo; pero la bienaventurada Virgen, por aquel corto obsequio de las *Ave Marias*, te ha librado de él. ¡Dichoso tú si supieras aprovecharte de este aviso que por mí te envía la Madre de Dios!—Dicho esto, levantó la capa el condenado, y le hizo ver las llamas y las culebras que le atormentaban, y desapareció. Entonces, prorrumpiendo el joven en amargo llanto, se postró en tierra, dando gracias á su libertadora María; y mientras iba pensando en mudar de vida, he aquí que oye tocar á maitines en el convento de San Francisco. Entonces dijo: Aquí me llama Dios para hacer penitencia; y al punto se dirigió allí para rogar á aquellos Padres que le admitiesen. Resistíanse ellos por saber la mala vida que llevaba; mas él les refirió el suceso llorando amargamente; y habiendo ido dos Padres á aquella calle, hallaron efectivamente el cadáver del compañero ahogado y negro como un carbón; entonces recibieron á Ricardo, quien se distinguió por su vida ejemplar. Fué después á las Indias á predicar la fe; de allí pasó al Japón, donde finalmente tuvo la suerte y la gracia de morir mártir por Jesucristo, siendo quemado vivo (1).

ORACIÓN

¡Oh María! ¡oh Madre mía amantísima! ¡en qué abismo

1. P. Alf. de Andrada de Bapt. Virg.

de males me hallara yo, si Vos, con vuestra piadosa mano, no me hubieseis tantas veces auxiliado! ¡Cuántos años há que me hallaría en el infierno si Vos, con vuestros poderosos ruegos no me hubieseis librado! Mis graves pecados me arrojaban allí; la divina justicia ya me había condenado á él; los demonios bramaban por ejecutar la sentencia. Vos acudisteis, ¡oh Madrel sin ser rogada ni llamada por mí, y me salvasteis. ¡Oh amada libertadora mía! ¿qué podré daros yo jamás por tan excesivas gracias y amor? Vos ablandasteis la dureza de mi corazón, y me infundisteis amor y confianza en Vos; y ¡en qué abismo de males no hubiera caído después, si Vos con vuestra protección no me hubieseis librado tantas veces de los peligros en que he estado próximo á caer! Proseguid, ¡oh esperanza mía! ¡oh vida mía! ¡oh Madre mía más amada que mi vida misma! proseguid en librarme del infierno y de los pecados en que puedo volver á caer. No permitáis que yo vaya á maldeciros en el infierno. Señora mía, yo os amo; ¿cómo podrá permitir vuestra bondad ver condenado á un siervo vuestro que os ama? ¡Ah! haced que yo no sea más ingrato con Vos y con mi Dios, que por amor vuestro tantas gracias me ha dispensado. ¡Oh María! ¿qué me decís? ¿me condenaré? Sí, ciertamente, me condenaré si os dejo. Mas ¿quién se atreverá á dejaros? ¿Cómo podré olvidarme del amor que me habéis manifestado? Vos, después de Dios, sois el amor de mi alma. Yo ya no me fio de vivir sin amaros. Yo os amo con toda mi alma, y espero que continuaré amándoos en el tiempo y en la eternidad; ¡oh la más hermosa, la más santa, la más dulce, la más amable de cuantas criaturas han existido ni existirán en el mundo! Amén.

§ II.—*María socorre á sus devotos en el purgatorio.*

Muy felices son los devotos de esta piadosísima Madre, pues no sólo le socorre en este mundo, sino también en el purgatorio, asistiéndoles y consolándoles con su protección. Y como que aquellas almas necesitan ser más aliviadas, porque allí son más atormentadas, y no pueden ayudarse por sí mismas, esta Madre de misericordia se ocupa con más eficacia en socorrerlas. En aquella cárcel de almas, esposas de Jesucristo, dice San Bernardino de Sena, María Santísima ejerce cierto dominio y plenipotencia, tanto para aliviarlas como para librarlas de aquellas penas (1).

1. Serm. 3 de Nou. Mar. a z. cop. 3.

Y primeramente, en cuanto á aliviárlas, aplicando el mismo Santo aquellas palabras del Eclesiástico: *Me paseé por las olas del mar* (1), añade en el capítulo IV: esto es, visitando y socorriendo las necesidades y penas de mis devotos que son mis hijos (2). Llámense *olas* las penas del purgatorio, dice el citado Santo, porque son transitorias, á diferencia de las penas del infierno, que nunca pasan. Y se llaman *olas del mar*, porque son penas muy amargas. Afligidos de estas penas los devotos de María, son con frecuencia visitados y socorridos por ella. He aquí, pues, cuánto importa, dice Novarino, dedicarse al servicio de esta buena Señora, pues no sabe olvidarse de sus hijos cuando padecen en aquellas llamas. Y aunque María socorre á todas las almas que están purgando, sin embargo, siempre alcanza más indulgencias y alivios á sus especiales devotos (3).

Esta divina Madre reveló á Santa Brigida que ella era la Madre de todas las almas que están en el purgatorio; porque las penas que allí padecen por las culpas que cometieron en vida, en algún modo se van mitigando de hora en hora por sus ruegos (4). Ni se desdeña la piadosa Madre de entrar también á veces en aquella santa cárcel para visitar y consolar á sus afligidas hijas. *Yo penetré en lo profundo del abismo*, dice ella, como se lee en los Proverbios, capítulo XLIX; y le aplica San Buenaventura añadiendo: del abismo, esto es, del purgatorio, para aliviar con mi presencia á aquellas santas almas ¡Oh cuán afable y bondadosa es la Santísima Virgen, dijo San Vicente Ferrer, para los que padecen en el purgatorio, pues por su medio reciben continuamente alivios y consuelos (5).

Y ¿qué consuelo y socorro les queda en aquellas penas sino el de esta Madre de misericordia? Un día oyó Santa Brigida que Jesús decía así á su Madre: Tú eres mi Madre, la Madre de misericordia, el consuelo de los que se hallan en el purgatorio (6). Y la misma bienaventurada Virgen dijo á la misma Santa Brigida, que así como un pobre enfermo, afligido y desamparado en una cama, se complace oyendo alguna palabra de consuelo, así también aquellas almas se consuelan con sólo oír su nombre (7). El solo nombre, pues, de María, nombre de esperanza y de salvación, que á menudo invocan en aquella cárcel sus hijas queridas,

1. Ecol. xxix, 8.—2. S. Bern. Ser. loc. cit.—3. Novar. Umbr. Virg. cap. 15. Ecol. 56.—4. Rev. I 4, cap. 130.—5. Ser. 2 de Nat. Virg.—6. Rev. lib. 2, cap. 16.—7. Ap. R. Dion. Curt. lib. 3, de Laud. Virg.

les sirve de gran alivio. Y la amorosa Madre, dice Novarino, al oír que ellas la invocan, acude á Dios con sus ruegos, de los cuales, socorridas aquellas almas, quedan refrigeradas como de un celestial rocío en sus grandes padecimientos (1).

Pero no solamente consuela y socorre María á sus devotos en el purgatorio, sino que también los suelta de la cárcel y los libra de las penas por su intercesión. Desde el día de su Asunción gloriosa, en que se dice haber quedado vacía aquella cárcel, como escribió Gersón, y lo confirma Novarino, diciendo que graves autores afirman que estando María para subir al cielo, pidió al Hijo la gracia de poderse llevar consigo todas las almas que se hallaban entonces en el purgatorio (2), desde entonces dice Gersón, la bienaventurada Virgen obtuvo la posesión del privilegio de librar á sus siervos de aquellas penas. Y esto lo confirma San Bernardino de Sena, diciendo que la bienaventurada Virgen con sus súplicas y la aplicación de sus méritos tiene la facultad de librar á las almas del purgatorio, y principalmente á las de sus devotos (3). Lo mismo asegura Novarino, juzgando que por los méritos de María, no sólo se mitigan las penas de aquellas almas, sino que se abrevian, acortándose por su intercesión el tiempo de su padecimiento (4). Para obtener esta gracia, basta que ella presente sus súplicas.

Refiere San Pedro Damiano que habiendo muerto una mujer llamada Marozia, se apareció á una comadre suya, y le dijo que en el día de la Asunción de María había sido librada por ella del purgatorio, juntamente con tantas otras almas que excedían el número del pueblo romano. Lo mismo afirma San Dionisio Cartujano que acontece en las festividades del Nacimiento y de la Resurrección de Jesucristo, diciendo que en estos días baja María al purgatorio acompañada de multitud de ángeles, y libra á muchas almas de aquellas penas (5); y Novarino cree que lo propio sucede en cualquiera fiesta solemne de la Santísima Virgen (6).

Además, es bien notoria la promesa que María hizo al papa Juan XXII, cuando apareciéndosele le ordenó que participase á todos los que llevasen el santo escapulario del Carmen, que en el sábado después de su muerte serían

1. Uibr. Virg. c. 13. Esc. 86—2. Loc. cit.—3. Serm. y. de Nom. Mar. n. 2, cap. 3.—4. Loc. cit.—5. S. Dion. Cart Serm. 21 de Assumpt.—6. Novarin loc. cit. Esc. 86.

librados del purgatorio; lo que declaró el mismo pontífice en la bula que al efecto publicó, según refiere el P. Grasset (1), confirmada después por Alejandro V, Clemente VI, Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en el año 1612, en una bula dijo: «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la bienaventurada Virgen ayudará con su continua intercesión, con sus méritos y protección especial después de la muerte, y principalmente en el día del sábado, consagrado por la Iglesia á la misma Virgen, á las almas de los hermanos de la Cofradía de Santa María del monte Carmelo, que hubieren salido de esta vida en gracia y llevado el escapulario, observando castidad, según su estado, y hubiesen rezado el oficio de la Virgen; y si no hubieran podido rezarlo, hubiesen observado los ayunos de la Iglesia absteniéndose de comer carne el miércoles, exceptuando el día de Navidad.» Y en el oficio solemne de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen se lee, que piadosamente se cree que la Santísima Virgen consuela con amor maternal á los cofrades del Carmen en el purgatorio y por su intercesión les conduce luego á la patria celestial (2).

Y ¿por qué no debemos esperar también nosotros de esta buena Madre las mismas gracias y favores, si fuéremos verdaderos devotos suyos? Y si con amor más especial la sirviéremos, ¿por qué no podemos esperar también la gracia de ir al cielo luego después de haber fallecido, sin entrar en el purgatorio? conforme aquellas palabras que la bienaventurada Virgen envió á decir por fray Abondo al beato Godifredo: «Di á E. Godifredo que adelantante en virtudes, que así será de mi Hijo y mío; y cuando su alma se separará del cuerpo, no permitiré que vaya al purgatorio, sino que la tomaré y la ofreceré á mi Hijo (1).»

Y si deseamos ofrecer sufragios á las santas almas del purgatorio, procuremos rogárselo á la Virgen en todas nuestras oraciones, aplicando por aquellas especialmente el santísimo Rosario, que les sirve de grande alivio, como se lee en el siguiente

EJEMPLO

Refiere el P. Eusebio Nieremberg (4) que en la ciudad de Zaragoza había una doncella llamada Alejandra, la cual,

1. Tom. 2. Divot. d. B. Virg. tr. 6, part. 4.—2. In Feste S. Mar. de mont. Carv. 16 Julii.—3. Lib. de Gesi. Vir. ill. Sol Villar.—4. Troph. Marian. l. 4, c. 20.

siendo noble y hermosa, era amada especialmente de dos jóvenes. Estos en cierto día, movidos de celos por Alejandra, riñeron y ambos quedaron muertos. Indignados sus parientes, mataron á la pobre doncella, como causa de tanto daño, y cortándole la cabeza, la arrojaron en un pozo. Pocos días después pasa por aquel lugar Santo Domingo, é inspirado del Señor, se asomó al pozo y dijo: «Alejandra, sal fuera.» He aquí que sale la cabeza de la difunta, y colocándose sobre el brocal del pozo, pide á Santo Domingo que la confiese. Confesóla el Santo, y después le dió la comunión en presencia de innumerable pueblo, que había concurrido allí para ver la maravilla. Luego Santo Domingo le mandó que dijese por qué había recibido aquella gracia, y Alejandra respondió que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal; pero que Maria Santísima, por la devoción del Rosario que ella le rezaba diariamente, le habla conservado la vida. Dos días permaneció viva la cabeza sobre el pozo, á vista de todos, y después el alma se fué al purgatorio; mas al cabo de quince días se apareció á Santo Domingo hermosa y resplandeciente como una estrella y le dijo que uno de los principales sufragios que reciben las almas del purgatorio en aquellas penas es el Rosario que se reza por ellas, y que las mismas, luego que llegan al Paraíso, ruegan por aquellos que les aplican esta poderosa oración. Y dicho esto, vió Santo Domingo que aquella alma afortunada subía al cielo colmada de gozo.

ORACIÓN

¡Oh Reina de los cielos y tierra! ¡oh Madre del Señor del universo! ¡oh María, criatura la más grande, la más excelsa y más amable! Aunque haya en la tierra muchos que no os aman ni os conocen, hay muchos millones de ángeles y de bienaventurados en el cielo que os aman y alaban continuamente. Aun aquí en la tierra, ¡cuántas almas felices arden en vuestro amor y viven enamoradas de vuestra bondad! ¡Ah, si yo también os amase, Señora mía amabilísima! ¡Oh! ¡si pensase siempre en serviros, alabaros, honraros y en inculcar á todos vuestro amor! Vos enamorasteis á un Dios, y con vuestra hermosura le arrancasteis, por decirlo así, del seno del eterno Padre, atrayéndole á la tierra para hacerse hombre é Hijo vuestro: ¿y yo, gusano miserable, no estaré enamorado de Vos? Sí, ¡oh dul-

císima Madre mía!, yo también os quiero amar y amaros con toda mi alma, y quiero hacer cuanto pueda para veros amada también de los demás. Aceptad, pues, ¡oh María!, el deseo que tengo de amaros y ayudadme á practicarlo. Yo sé que Dios mira con ojos benignos vuestros amantes, y que después de su gloria nada desea tanto como la vuestra, y veros honrada y amada de todos. De Vos, Señora, espero toda mi felicidad; Vos me habéis de alcanzar el perdón de todos mis pecados y la perseverancia; Vos me habéis de sacar del purgatorio; Vos, finalmente, me habéis de llevar al cielo. Ésto es lo que esperan de Vos vuestros amantes, y no quedarán engañados. Lo mismo espero yo, que os amo con todo el afecto, y sobre todas las cosas después de Dios.

§. III.—*María lleva sus siervos al cielo.*

¡Oh! ¡qué bella señal de predestinación tienen los siervos de María! La santa Iglesia aplica á esta divina Madre las palabras del capítulo XXIV del Eclesiástico, y le hace decir para consuelo de sus devotos: *En todas partes busqué donde fijarme, y en la heredad del Señor fijé mi mirada.* Cuyas palabras comenta de esta suerte el cardenal Hugo: ¡Dichoso aquel en cuya casa la bienaventurada Virgen hallare morada! María, por el amor que tiene á todos, procura excitar en todos la devoción hacia ella; pero muchos, ó la rehusan, ó la abandonan: ¡feliz el que practica y persevera en ella! La devoción hacia la bienaventurada Virgen, añade el doctor Pacciuchelli, permanece en todos aquellos que son herencia del Señor, esto es, que estarán en el cielo para alabarle eternamente. Prosigue hablando María en el citado lugar del Eclesiástico: *El que á mí me dió el ser, estableció mi tabernáculo y me dijo: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos.* Esto es: mi Criador se ha dignado venir á descansar en mi seno, y ha querido que yo habitase en los corazones de todos los escogidos (de los cuales fué figura Jacob, y son herencia de la Virgen); y ha dispuesto que en todos los predestinados se arraigase la devoción y confianza en mí.

¡Oh! ¡cuántos bienaventurados no se hallarían en el cielo si María, con su poderosa intercesión, no los hubiese llevado allá! Así le hace hablar el cardenal Hugo con las palabras del mismo cap. XXIV del Eclesiástico: *Ya he hecho resplandecer en el cielo tantos luceros eternos cuantos sois mis*

devotos (1). Por lo cual añade el mismo autor sobre el mismo texto: Muchos santos están en el cielo por la intercesión de María, que sin ella no estuvieran. Dice San Buenaventura que á todos los que confían en la protección de María se les abrirá la puerta del cielo para recibirles. Por lo que San Efrén llamó á la devoción de la divina Madre: *Puerta del Paraiso*. Y el devoto Blosio, hablando con la Virgen, le dice: Señora, á Vos se han confiado las llaves y los tesoros del reino del cielo (2). Y por esto debemos rogarle continuamente con las palabras de San Ambrosio: Abridnos, ¡oh Maríal, las puertas del paraiso, ya que Vos tenéis las llaves; ó por decirlo mejor, ya que Vos misma sois la puerta, cómo os llama la santa Iglesia.

Por esto también la santa Iglesia llama á la gran Madre *Estrella del mar*; pues así como los navegantes, dice el angélico Santo Tomás, se dirigen al puerto por medio de la estrella, así los cristianos son guiados al cielo por el favor de María (3).

Por esto igualmente San Pedro Damiano la llama *Escala del cielo*; porque por mediación de María, dice el Santo, Dios bajó del cielo á la tierra, á fin de que por la misma los hombres mereciesen subir al cielo. Y á este propósito, ¡oh Señoral, le dice San Atanasio, fuistes colmada de gracia, para que fueseis el sendero de nuestra salvación y la subida á la patria celestial. Por lo que San Bernardo llama á la Virgen: *Conductora para el cielo*. San Juan Geómetra la saluda diciéndole: Salve, nobilísima carroza en la cual tus devotos son conducidos al cielo. San Buenaventura exclama: Bienaventurados los que os conocen, ¡oh Madre de Dios! porque el conoceros es el camino de la vida inmortal, y publicar vuestras virtudes el de la eterna salvación (4).

En las crónicas de San Francisco se lee que fray León vió en cierta ocasión una escala encarnada, y en lo más alto de ella á Jesucristo, y en otra blanca á su santísima Madre: vió que algunos iban subiendo por la escala encarnada, y á las pocas gradas caían; subían otra vez, y volvían á caer; por lo cual se les exhortó á que fuesen por la escala blanca, y los vió fácilmente subir por ella, porque la Virgen les tendía la mano, y así llegaron seguros al paraiso (5). Pregunta San Dionisio Cartujano: ¿ Quién alcanzará sal-

1. Ego iaci in caelis ut oriretur lumen indeficiens.—2. Címel. Endol. 1.—3. D. Th. Opusc. 8.—4. In Psalm. 85.—5. P. 1, tom. 1, cap. 35.

varse? ¿Quién llegará á reinar en el cielo? Se salvan y reinan ciertamente, responde el mismo, aquellos por quienes esta Reina de misericordia interpone sus ruegos; así lo afirma la misma Virgen diciendo: Por mi intercesión reinan las almas, primeramente en la vida moral sobre la tierra, dominando sus pasiones, y después vienen á reinar eternamente en el cielo (1), en donde, como dice San Agustín, todos son reyes. María, en suma, dice Ricardo de San Lorenzo, es la Señora del paraíso, pues allí manda á su arbitrio é introduce en él á quien quiere. Por lo cual, aplicándole las palabras del Eclesiástico: *En Jerusalén está el trono* (2), añade: mandando á mi voluntad é introduciendo á los que quiero (3). Y siendo ella la Madre del Señor del paraíso, con razón, dice Ruperto, es también la Señora del cielo (4).

Esta divina Madre con sus poderosos ruegos y auxilios nos alcanza el paraíso, con tal que nosotros no le pongamos obstáculos (5). Por lo que, quien sirve á María y obtiene su intercesión, puede estar tan seguro de alcanzar el cielo como si ya estuviese en él (6). Servir á María y ser de su corte, añade San Juan Damasceno, es la mayor honra á que podemos aspirar, porque servir á la Reina del cielo es reinar ya en el cielo; y vivir obedeciendo sus mandatos, es más que reinar (7). Al contrario, dice, aquellos que no sirven á María, no se salvarán, porque los que carecen del auxilio de esta gran Madre, no tienen el socorro del Hijo y de toda la corte celestial (8).

Sea para siempre alabada la infinita bondad de nuestro Dios, dice San Bernardo, que dispuso constituir en el cielo á María por nuestra abogada, para que ella, como Madre del Juez y Madre de misericordia, trate eficazmente con su intercesión el gran negocio de nuestra salud eterna (9). Y Jacobo, monje, doctor entre los Padres griegos, dice que Dios ha destinado á María como un puente de salvación, por el cual, haciéndonos pasar sobre las olas de este mundo, podamos llegar al feliz puerto del cielo (10). Por lo que San Buenaventura exclama: Oid, ¡oh gente!, las que anheláis por el paraíso: servid, honrad á María, y hallaréis infaliblemente la vida eterna (11).

1. Prov. vii, 15.—2. Cap. xxiv, 15.—3. Lib. 4 de Laud Virg.—4. Lib. 3, in Cant. 4.—5. S. Antonín. p. 4, tit. 15, c. 2, p. 182, 1.—6. Qui Virgini famulatur in aëreus est de paradiso, ac si esset in paradiso. Guerricus Abbas.—7. De Exc. Virg. c. 9.—8. Loc. cit.—9. Serm. 1 de Assumpt.—10. Orat. in nat. Deip.—11. Audite gentes, qui cupitis, regnum Dei, Virginem Mariam Honorate; et invenietis vitam æternam. In Psall. Virg.

Ni deben desconfiar tampoco de alcanzar el reino del cielo aquellos que han merecido el infierno, si procuran servir con fidelidad á esta Reina. ¡Cuántos pecadores, dice San Germán, han buscado á Dios por vuestra mediación, ¡oh Maríal, y se han salvado (1). Ricardo de San Lorenzo observa que San Juan dice que María está coronada de estrellas: *En su cabeza una corona de doce estrellas* (2). Al contrario, en los sagrados Cantares se llama á la Virgen coronada de leones y leopardos (3). ¿Cómo deben entenderse estas palabras? Responde Ricardo que estas fieras son los pecadores, que por el favor é intercesión de María se convierten en estrellas del cielo, las cuales cuadran mejor para coronar la cabeza de esta Reina de misericordia, que todas las estrellas materiales del cielo (4). Rogando cierto día á la Virgen, en la novena de su Asunción, la sierva del Señor, sor Serafina de Capri, pidióle la conversión de mil pecadores; y como luego recelase que su petición fuese quizás excesiva, se le apareció la Virgen y le reprendió su infundado temor, diciéndole: ¿Por qué temes? ¿No soy por ventura poderosa para alcanzar de mi Hijo la salud de mil pecadores? Helos aquí, ya te he obtenido lo que deseabas. Luego la llevó en espíritu al cielo, y allí le mostró innumerables almas de pecadores que habían merecido el infierno, y después por su intercesión se habían salvado y gozaban de bienaventuranza eterna.

Verdad es que en esta vida nadie puede estar seguro de su eterna salvación: *Ignora el hombre si es digno de amor ó de odio, sino que todo se reserva incierto para lo venidero* (5). Pero sobre esta pregunta que David dirigió á Dios: Señor, ¿quién se salvará? ¡Ah! Señor, ¿quién morará en tu tabernáculo? (6) San Buenaventura responde: Pecadores, sigamos las pisadas de María, arrojémonos á sus pies, y no nos desprendamos de ellos hasta que nos bendiga, pues su bendición nos asegura el cielo. Como Vos, Señora, queráis salvarnos, dice San Anselmo, nuestra salvación no puede dejar de verificarse (7). Y añade San Antonio: que las almas protegidas de María necesariamente se salvan (8).

Con razón, dice San Ildefonso, predijo la Santísima Virgen que todas las generaciones la llamarían bienaventurada (9); porque todos los elegidos alcanzan por la mediación de María la bienaventuranza eterna (10). Vos, ¡oh gran

1. Serm. de Dormit. Deip.—2. Apoc. xii, 1.—3. Cantic. iv, 8—4. Ricardus de Laud. Virg. cap. 3.—5. Eccles. ix, 1 et 2.—6. Ps. xli, 1.—7. De Exc. Virg. cap. 11.—8. Part. 4, tit. 15—9. Luc. 1, 48.—10. S. Ildephons. Serm. 3 de Assumpt.

Madre!, dice San Metodio, sois el principio, el medio y el fin de nuestra felicidad (1). *Principio*, porque María nos alcanza el perdón de los pecados; *medio*, porque nos obtiene la perseverancia en la divina gracia; *fin*, porque nos conduce finalmente al cielo. Por Vos, prosigue diciendo San Bernardo, se nos ha abierto el cielo; por Vos quedó vacío el infierno; por Vos fué edificada la celestial Jerusalén; por Vos, en suma, se ha concedido la vida eterna á tantos miserables que merecían la muerte eterna (2).

Pero lo que principalmente debe animarnos á esperar con seguridad el cielo, es la bella promesa que hace María á cuantos la honran, y especialmente al que con las palabras y con el ejemplo procura hacerla conocer y honrar también de los demás: *Los que siguen mis huellas no pecarán. Los que me ensalcen obtendrán la vida eterna* (3). ¡Dichosos, pues, dice San Buenaventura, aquellos que obtienen el favor de María! Ellos merecerán ser recibidos por los bienaventurados como compañeros suyos, y el que ostentare el distintivo de siervo de María será ya inscrito en el libro de la vida (4). ¿De qué sirve, pues, el inquietarnos con las sentencias de las escuelas, sobre si la predestinación á la gloria precede ó sùbsegue á la previsión de los méritos? ¿Si nuestros nombres se hallan ó no escritos en el libro de la vida? Si fuéremos verdaderos siervos de María, y obtuviéremos su protección, sin duda estaremos escritos en él, porque, según dice San Juan Damasceno, Dios no concede la devoción hacia su santa Madre sino á los que quiere salvar, conforme parece que lo manifestó expresamente el Señor por San Juan: *El que habrá de vencer y salvarse, llevará escrito en el corazón el nombre de la ciudad de Dios* (5). Y ¿cuál es esta ciudad de Dios sino María? como explica San Gregorio sobre el lugar de David: *Gloriosas cosas se han dicho de ti, ¡oh ciudad de Dios!* (6).

Bien pueden aplicarse aquí las palabras de San Pablo: *Al que está marcado con el sello de María, Dios le reconoce por suyo* (7). Por lo cual escribió San Bernardo que la devoción á la Madre de Dios es señal muy cierta de alcanzar la salvación eterna (8). Y el beato Alano, hablando del *Ave María*, dijo que el que frecuentemente honra á la Virgen con esta salutación angélica, tiene una señal cierta de predestinación (9). Y lo mismo dijo de la perseverancia en

1. Serm. in Hyp.—2. Serm. 4 de Assumpt. Virg.—3. Eccli. xxiv, 30 et 31.—4. S. Boniv. in Spec.—5. Apoc. iii, 12.—6. Ps. lxxxvi, 7.—7. II. Tim. ii, 19.—8. Certissimum est signum æternæ salutis consequendæ.—9. P. v. Ros, cap. 11.

rezar todos los días el santísimo Rosario (1); añadiendo el P. Nieremberg, en el capítulo X de su libro sobre la afición á María, que los siervos de la Madre de Dios, no sólo son más privilegiados y favorecidos en este mundo, sino también en el cielo serán honrados con más distinción; obteniendo allí una divisa y librea particular muy rica, con la cual serán reconocidos por familiares de la Reina del cielo y por cortesanos suyos, según lo que dice el proverbio: *Todos sus domésticos traen dobles túnicas* (2).

Santa María Magdalena de Pazis vió en medio del mar una navecilla, en la cual se hallaban recogidos todos los devotos de María; y haciendo ella el oficio de piloto, los conducía con seguridad al puerto. Con lo que entendió la Santa que los que viven bajo la protección de María, en medio de todos los peligros de esta vida, se libran del naufragio del pecado y de la condenación, porque ella les guía con seguridad al puerto del cielo. Procuremos, pues, entrar en la dichosa navecilla del manto de María, y en ella estaremos seguros de poder llegar al reino celestial; porque la Iglesia canta: *Santa Madre de Dios, todos los que participan de los gozos eternos habitan en Vos, viviendo bajo vuestra protección.*

EJEMPLO

Cuenta Cesario (3) que hubo un monje cisterciense muy devoto de nuestra Señora, el cual deseaba obtener una visita de su querida Señora, y continuamente le pedía esta gracia. Una noche que salió al huerto, mientras estaba contemplando el cielo, y exhalaba en ardientes suspiros los deseos de ver á su Reina, he aquí que ve bajar del cielo una doncella resplandeciente de hermosura que le preguntó:—Tomás, ¿gustarías de oír mi canto?—Sí, respondió él.—Entonces aquella doncella cantó con tal dulzura, que al devoto religioso le parecía estar en el cielo. Concluido el canto desapareció, dejándole en gran deseo de saber quién fuese la que había cantado; cuando he aquí que se le presenta delante otra doncella hermosísima, que también le hizo oír su canto. No pudo contenerse de preguntar á ésta quién era, y la doncella respondió:—La que viste poco há era Catalina; yo soy Inés; ambas somos mártires de Jesucristo, enviadas por nuestra Señora para consolarte. Da

1. P. 44 de Psalt. cap. 34.—2. Prov. xxxi, 31.—3. Lib. 7, Dial. c. 3.

gracias á María y prepárate para recibir una gracia mayor. —Dicho esto desapareció; mas el religioso quedó con más esperanza de ver en fin á su Reina. No se engañó, porque no tardó en divisar una brillante luz: siente llenársele el corazón de nueva alegría, y he aquí que en medio de aquel resplandor se le aparece la Madre de Dios rodeada de ángeles, y de una belleza incomparablemente mayor que las otras dos santas que se le habían antes aparecido, y le dice: — Querido hijo y siervo mío, he agradecido tus servicios y oído tus ruegos; has deseado verme; heme aquí, y quiero hacerte oír también mi canto. — Y la Santísima Virgen empezó á cantar con tanta melodía, que el devoto religioso perdió los sentidos y cayó de rostro en el suelo. Tocaban á la sazón á maitines; reuniéronse los monjes, y no viendo á Tomás, fueron á buscarle á su celda y á otros lugares, y al fin le hallaron en el huerto como difunto. El superior le mandó que dijese lo que le había sucedido; y volviendo él entonces en sí por virtud de la obediencia, refirió todos los favores que había recibido de la divina Madre.

ORACIÓN

¡Oh, Reina del paraíso! ¡Madre del santo amor! ya que Vos sois entre todas las criaturas la más amable, la más amada de Dios y su primer amante, permitid que os ame el más ingrato y desdichado pecador que hay sobre la tierra, que viéndose libre del infierno por vuestra intercesión, y colmado de vuestros favores, sin ningún mérito propio, adora vuestra bondad y ha puesto en Vos todas sus esperanzas. Yo os amo, Señora mía, y quisiera amaros aún más de lo que os han amado los santos más enamorados de Vos. Quisiera, si pudiese, manifestar á todos los hombres que os desconocen, cuán digna sois de ser amada, para que todos os amasen y honrasen. Quisiera, en fin, morir por vuestro amor, defendiendo vuestra virginidad, vuestra dignidad de Madre de Dios y vuestra Inmaculada Concepción, si en alguna ocasión me fuese preciso morir por defender estas grandes prerrogativas vuestras. ¡Ah Madre mía amantísima! admitid mi afecto, y no permitáis que un siervo vuestro que os ama haya de ser jamás enemigo de vuestro Dios, á quien vos tanto amáis. ¡Ay infeliz de mí tal fui yo algún tiempo, cuando ofendí á mi Señor. Pero entonces, ¡oh María! yo no os amaba, y no procuraba

ser amado de Vos; mas ahora, excepto la gracia de Dios, sólo deseo amaros y ser amado de Vos. Para conseguirlo, no me desalientan mis culpas pasadas, porque sé que Vos, benignísima y agradecidísima Señora, no os desdeñáis de amar aún á los pecadores más miserables que os aman, pues á ninguno cedéis en amor. ¡Oh, Reina amabilísima! yo deseo ir al cielo para amaros, y postrado allí á vuestros pies, conoceré mejor que aquí cuán amable sois y cuánto habéis hecho por salvarme. Allí os amaré más entrañablemente por toda la eternidad, sin temor de que se entibie mi cariño. ¡Oh María! yo espero salvarme por vuestra intercesión. Rogad á Dios por mí; nada más exijo de Vos sino que me salvéis; Vos sois toda mi esperanza. Iré, pues, siempre cantando:

*¡Oh María, mi esperanza,
Vos me habéis de salvar!*

CAPITULO IX

¡OH CLEMENTÍSIMA! ¡OH PIADOSA! (1)

§ único.—Cuán grande sea la clemencia y piedad de María.

HABLANDO San Bernardo de la gran misericordia de María hacia nosotros miserables pecadores, dice que ella es la tierra de promisión, de la cual debía manar leche y miel (2). A cuyo propósito dice San León que son las entrañas de la Virgen tan compasivas, que no sólo merece ser llamada misericordiosa, sino la misma misericordia (3). Considerando San Buenaventura que María fué hecha Madre de Dios por causa de los miserables, y que ella es la dispensadora de las gracias divinas; considerando además el solícito afán con que vela por los desdichados pecadores, lo cual la hace tan rica de piedad que parece no desea sino aliviar á los necesitados, decía que al contemplar á María le parecía ver, no ya á la divina jus-

ticia, sino solamente la divina misericordia, de la cual María está colmada (1).

Es tanta la compasión de la Santísima Virgen, que como dice el abad Guérrico, sus amorosas entrañas ni un momento dejan de producir en favor nuestro frutos de piedad (2). Y ¿qué otra cosa, exclama San Bernardo, puede manar de una fuente de piedad sino piedad (3)? Por esto María fué comparada al olivo: *Como un hermoso olivo en medio de los campos* (4); porque así como del olivo no sale sino aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no salen sino gracias y misericordias. Esto es lo que obligó á decir al venerable Luis de la Puente que María pudiera propiamente llamarse Madre del aceite, pues es Madre de la misericordia (5); y que por lo mismo, acudiendo nosotros á esta Madre para pedirle el aceite de su piedad, no podemos temer que nos le niegue, como lo negaron las vírgenes prudentes á las necias, respondiendo: *No, porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras* (6). No podemos temerlo, pues ella es rica de este aceite de misericordia, como lo advierte San Buenaventura (7); y por esto la santa Iglesia la llama Virgen, no sólo prudente, sino prudentísima, para que entendamos, dice Hugo de San Víctor, que María está tan llena de gracia y de piedad, que puede proveernos á todos sin que á ella le haga falta.

Pero pregunto yo: ¿Por qué se dice que este hermoso olivo está en medio del campo, y no más bien en un huerto cercado de paredes ó de espinas? A ese texto responde el cardenal Hugo diciendo: Para que todos puedan mirarla fácilmente, y acudir á ella para alcanzar el remedio en sus necesidades. San Antonio confirma este hermoso pensamiento exponiendo, que así como todos pueden acercarse á un olivo que se halla en campo abierto, y coger su fruto, asimismo todos pueden acudir á María, justos y pecadores, para alcanzar su misericordia (8). Y luego añade el Santo: ¡Cuántas sentencias proferidas contra los pecadores no ha revocado esta Santísima Virgen con sus piadosos ruegos, si han acudido á ella! Y ¿qué refugio más seguro podemos hallar, dice el devoto Tomás de Kempis, que el seno compasivo de María? Allí el pobre halla su asilo, el enfermo su medicina, el afligido consuelo, el que duda consejo y el desamparado socorro.

1. S. Bon. Serm. An.—2. Serm. 1 de Assumpt.—3. Serm. 1 in Dom. Post. Ep.—4. Eccli. xxiv. 19.—5. Lib. 1 in Cont.—6. Matth. xxv. 9.—7. In Spec. cap. 7.—8. P. 3. tit. 31, c. 4.

¡Desdichados de nosotros si no tuviéramos esta Madre de misericordia, cuidadosa y solícita, para socorrernos en nuestras miserias. Donde no hay mujer, dice el Espíritu santo, gime y padece el enfermo (1). Esta mujer, dice San Juan Damasceno, es María, de cuya ausencia se resiente todo enfermo. Sí, porque queriendo Dios que todas las gracias se dispensen por los ruegos de María, donde éstos faltan no habrá esperanza de misericordia, como lo significó el Señor á Santa Brígida (2).

Pero ¿tememos acaso que María no vea ó no se compadezca de nuestras miserias? No, que ella las ve mejor que nosotros, y tiene lástima de ellas. ¿Y quién de entre los santos, dice San Antonino, se compadece tanto de nuestros males como María (3)? Por esto donde ve miserias no puede dejar de acudir á socorrerlas con entrañable piedad, según expresa Ricardo de San Víctor (4). Y lo confirma Mendoza con las siguientes palabras: De manera que Vos, ¡oh Virgen bendita!, dispensáis con larga mano vuestras misericordias donde quiera que descubrís necesidades (5). Y este oficio de piedad nunca dejará de ejercerlo nuestra buena Madre, como ella misma lo asegura: *Y no descansaré en todos los siglos venideros; y en el tabernáculo santo ejercité el ministerio mío ante su acatamiento* (6); cuyo texto comenta el cardenal Hugo diciendo: Yo no cesaré, dice María, hasta el fin del mundo de socorrer las miserias de los hombres, y de rogar por los pecadores para que se salven y se libren de la miseria eterna.

Suetonio refiere de Tito emperador que ansiaba de tal suerte dispensar gracias á quien se las pedía, que en los días que no se le ofrecía ocasión de concederlas, exclamaba afligido: Este día ha sido perdido para mí, pues lo he pasado sin hacer beneficios á nadie. Esto verisimilmente lo decía Tito, más por vanagloria ó por ambición de adquirir fama, que por efecto de caridad. Pero nuestra emperatriz María, si se pasara algún día sin dispensar alguna gracia, diría aquellas palabras, porque abunda en caridad y deseos de hacernos bien; de tal manera, dice Bernardino de Bustos, que anhela más ella dispensarnos gracias que nosotros deseamos recibirlas (7). Por esto dice el referido autor que cuando acudamos á ella la hallaremos

1. Ecol. xxxvi, 27.—2. Rev. lib. 6, cap. 26.—3. P. 4, tit. 17, cap. 2.—4. In Cant. iv, 6.—5. Cad. 4, 1, Reg.—6. Ecol. xxiv, 14.—7. Mar. p. 2, 5 Sermon de Nom. Mar.

siempre con las manos llenas de misericordia y de liberalidad (1).

Ya fué María en lo antiguo figurada por Rebeca, la cual, al pedirle el criado de Abrahán un poco de agua, le respondió, que no sólo le daría lo que necesitase para él, sino también para sus camellos (2). Por lo que, dirigiéndose el devoto San Bernardo á la Virgen le dice: Señora, siendo Vos más piadosa y liberal que Rebeca, no os contentáis dispensando las gracias de vuestra inagotable misericordia solamente á los siervos de Abrahán, en quienes están figurados los siervos fieles de Dios, sino que las concedéis también á los camellos, que son figura de los pecadores (3). Y así como Rebeca dió más agua de la que se le pedía, así también María da más de lo que se le solicita. La liberalidad de María, dice Ricardo de San Lorenzo, es semejante á la de su Hijo, quien da siempre más de lo que se le pide; por lo que San Pablo le llama: *Abundante de gracias para todos los que á él acuden con sus ruegos* (4). Por lo que un devoto autor dice á la Virgen: Señora, rogad por mí, porque Vos pediréis las gracias por mí con mayor devoción de lo que yo sabré hacerlo, y me alcanzaréis de Dios gracias mucho mayores de las que yo pudiera solicitar.

Cuando los samaritanos rehusaron admitir á Jesucristo y su doctrina, Santiago y San Juan dijeron á su Maestro: ¿Queréis, Señor, que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore? Pero el Salvador les respondió: *No sabéis á que espíritu pertenecéis* (5). Como si dijera: Yo soy de un espíritu tan piadoso y dulce, que he venido del cielo á salvar á los peeadores, no á castigarles, y ¿vosotros queréis verlos perdidos? ¿Qué fuego? ¿Qué castigo? Ea, callad, no me habléis más de castigos, que no es este mi espíritu. Mas de María, que tiene el espíritu enteramente semejante al de su Hijo, no podemos dudar que deje de hallarse dispuesta á usar de misericordia, pues según ella misma dijo á Santa Brígida; se llama Madre de misericordia y la misma misericordia de Dios la ha hecho tan piadosa y dulce con todos (6). Y por esto San Juan la vió vestida del sol: *Y apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol* (7). Sobre cuyas palabras San Bernardo, dirigiéndose á la Virgen, le dice: Señora, Vos habéis vestido al sol (al Verbo divino) con la carne humana; pero él os ha revestido de su poder y de su misericordia.

1. Luc. cit.—2. Gen. xxiv, 10—1. Sup. Miss.—4. Rom. x, 12.—5. Luc. ix, 55.—6. Rev. lib. 1, cap. 6.—7. Apoc. xvi, 1.

Es tan piadosa y benigna esta Reina, dice el propio Santo, que cuando un pecador cualquiera se encomienda á su piedad, ella, lejos de examinar si sus méritos le hacen ó no digno de ser oído, á todos atiende y socorre (1). Por eso observa San Idelberto que María es llamada hermosa como la luna (2). Porque así como este astro alumbra y beneficia los cuerpos más bajos de la tierra, así María, dice este Santo, alumbra y socorre á los pecadores más indignos (3). Y aunque la luna recibe toda su luz del sol, como dice un autor, sin embargo, obra más presto que éste, pues hace en un mes lo que al sol le cuesta un año (4). Y por esto dice San Anselmo: A veces conseguimos más pronto la salvación invocando el nombre de María, que el nombre de Jesús (5). Por cuya razón Hugo de San Víctor nos exhorta á que si por nuestros pecados temiéramos acercarnos á Dios, porque El es una majestad infinita, ofendida por nosotros, no debemos detenernos en acudir á María, pues en ella no hallaremos cosa que nos espante. Es verdad que ella es santa, inmaculada, Reina del mundo y Madre de Dios; pero es de nuestra carne é hija de Adán como nosotros.

En suma, dice San Bernardo, lo que pertenece á María está lleno de gracia y de piedad, porque ella, como Madre de misericordia, se ha hecho toda para todos; y por su ilimitada caridad ha quedado deudora de justos y pecadores, y á todos abre el seno de su misericordia, á fin de que todos participen de ella (6); de manera que así como el demonio busca siempre la ocasión para dar el golpe mortal al que puede, como dice San Pedro (7), María, por el contrario, dice Bernardino de Bustos, va siempre buscando el dar la vida y salvar á quien pueda (8).

Debemos, pues, entender, dice San Germán que la protección de María es más grande y poderosa de lo que nosotros podemos comprender (9). Y ¿por qué, pregunta el autor del Pomerio, aquel Señor que en la ley antigua era tan riguroso en castigar, ahora usa de tanta misericordia con los reos de los mayores pecados (10)? Contesta él mismo: Todo lo hace por el amor y por los méritos de María.

¡Oh cuánto tiempo ha que estuviera aniquilado el mun-

1. Serm. in Sign. Magn. — 2. Cant. vi, 9.—3. Epist. 26.—4. Joan de Miram. 2, 1 de coal. cap. 3.—5. De Exc. Virg. cap. 6.—6. Serm. sup. Sign. Magn.—7. 1. Petr. v. 8.—8. Marial. p. 3. Serm. 3.—9. De Zan. Virg.—10. App. P. Pepe, Grandezze, etc.

do, dice San Fulgencio, si María no le hubiese sostenido con su poderosa intercesión! Mas nosotros, prosigue diciendo Arnolfo Carnotense, podemos acudir á Dios con plena confianza, y esperar de El todos los bienes, ahora que el Hijo es nuestro mediador para con su divino Padre, y la Madre para con el Hijo. ¿Cómo podrá el Padre dejar de oír al Hijo cuando le manifieste las llagas abiertas por los pecadores? ¿Y cómo dejará el Hijo de oír á la Madre cuando le muestre los pechos en que le alimentó? (1) Dice San Pedro Crisólogo con admirable energía, que habiendo esta doncella hospedado á Dios en su seno, le pide como en precio de la hospitalidad, la paz para el mundo, la salvación para los perdidos y la vida para los muertos (2).

¡Ah! ¡cuántos merecieran, dice el abad Celense, haber sido condenados por la divina justicia, y se salvan por la piedad de María! Porque ella es el tesoro de Dios, y la tesorera de todas las gracias; por lo que nuestra salvación está en sus manos (3). Acudamos, pues, siempre á esta Madre de piedad, y esperemos con confianza salvarnos por su intercesión, porque ella (son palabras con que nos alienta Bernardino Bustos) es salud, vida, esperanza, consejo, refugio y socorro nuestro (4). María, dice San Antonino, es aquel trono de la gracia, al cual el Apóstol nos exhorta que acudamos con confianza para alcanzar la divina misericordia y todos los auxilios convenientes á nuestra salvación (5). Por la misma razón Santa Catalina de Sena llamaba á María la dispensadora de las divinas misericordias.

Concluyamos, pues, con la bella y tierna exclamación de San Bernardo sobre las palabras: *¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!* ¡Oh María!, dice, Vos sois clemente con los miserables, piadosa con los que os invocan, dulce con los que os aman: clemente con los penitentes, piadosa con los justos, dulce con los perfectos. Vos os manifestáis clemente librándonos de los castigos, piadosa dispensándonos gracias, dulce dándoos á quien os busca (6).

EJEMPLO

Refiere el P. Carlos Bovio (7) que en Domans, ciudad de Francia, había un hombre casado que olvidando á su

1. De Laud. Virg.—2. Serm. 140—3. Prolog. in Contem. Virg.—4. P. 1, Ser. 6 de Com. Mar.—5. Ad Hebr. iv, 16.—6. Sup. Salv. Reg.—7. Es della SS. Verg. tom. 5, Es. 3.

mujer, vivía deshonestamente con otra. No pudiendo tolerarlo la esposa, pedía de continuo á Dios que castigase á los criminales que la ofendían, y especialmente un día se dirigió á un altar de la bienaventurada Virgen, que estaba en cierta iglesia, á pedir justicia contra aquella mujer que tenía entretenido á su marido. Y á esta misma imagen iba también todos los días la otra miserable pecadora á rezar un Ave María. Cierta noche la divina Madre se apareció en sueños á la esposa, la cual, luego que la vió, repitióle como de costumbre: — Justicia, Madre de Dios, justicia. — Pero nuestra Señora le respondió: — ¡Justicia! ¿A mí me pides justicia? Anda, busca á otros que te la hagan: yo por mí no te la puedo hacer. Has de saber, le añadió, que aquella pecadora cada día me reza la Salutación, y al que la rezare no puedo permitir que padezca ni sea castigado por sus pecados. — Apenas amaneció se fué la esposa á oír misa en la misma iglesia de nuestra Señora, y al salir de ella encontróse con la amiga de su marido; y al verla empezó á injuriarla, diciéndole que era una hechicera, que con sus hechizos había llegado á encantar aun á la Santísima Virgen. — Calla, le decían las gentes, ¿qué dices?—No quiero callar, respondía; lo que digo es muy cierto: esta noche se me ha aparecido nuestra Señora, y pidiéndole yo justicia, me ha contestado que no me la podía hacer, porque esta malvada le reza cada noche una salutación. — Preguntaron á la otra qué salutación era la que rezaba á la Madre de Dios, y respondió: — La del *ave María*. — Mas al oír que la Santísima Virgen por aquella devoción usaba con ella de tanta misericordia, fuese al instante á postrarse delante de aquella santa imagen, y allí, en presencia de todos, pidiendo perdón de su escándalo, hizo voto de perpetua continencia. Además, vistióse de monja, y fabricándose una pequeña habitación junto á aquella iglesia, se encerró dentro de ella, y allí, en continua penitencia, perseveró hasta su muerte.

ORACIÓN

¡Oh, Madre de misericordia! ya que Vos sois tan piadosa y deseáis tanto hacer bien á nosotros miserables, y acceder á nuestras peticiones, yo, el más desventurado de todos los hombres, acudo hoy á vuestra piedad para que me concedáis lo que os pido. Soliciten otros lo que quieran, salud para el cuerpo y bienes temporales; yo vengo á

pediros, Señora, aquellas cosas que Vos misma más deseáis de mí, y más se conforman y agradan á vuestro santísimo corazón. Vos fuisteis humilde; alcanzadme, pues, la humildad y el amor á los desprecios. Vos fuisteis paciente en los trabajos de esta vida; alcanzadme paciencia en las tribulaciones. Vos estuvisteis llena de amor hacia Dios; alcanzadme el don del santo y puro amor. Vos fuisteis toda caridad hacia el prójimo; alcanzadme la caridad hacia todos, y particularmente hacia aquellos que son mis enemigos. Vos estuvisteis enteramente sumisa á la divina voluntad; alcanzadme una total conformidad á cuanto Dios disponga de mí. Vos, en suma, sois la más santa entre todas las criaturas; ¡oh María! hacédme santo. A Vos no os falta amor, todo podéis y queréis alcanzármelo. Sólo puede, pues, impedirme de recibir vuestras gracias, ó mi negligencia en acudir á Vos, ó mi poca confianza en vuestra intercesión: mas estas dos últimas gracias Vos misma me las habéis de alcanzar; á Vos las pido, de Vos las exijo, de Vos sin duda las espero con toda confianza, ¡oh María, Madre mía, esperanza mía, amor, vida, refugio, socorro y consuelo mío! Amén.

CAPÍTULO X

¡OH DULCE VIRGEN MARÍA! (1)

§. único. — *Cuán dulce sea en la vida y en la muerte el nombre de Marta.*

EL excelso nombre de María que recibió la divina Madre, no fué hallado en la tierra, ni inventado por el entendimiento ó arbitrio de los hombres, como acontece en todos los demás nombres que se ponen, sino que bajó del cielo y fué impuesto por divina ordenación, como lo atestiguan San Jerónimo (2), San Epifanio (3), San Antonino (4) y otros. Del tesoro de la Divinidad, exclama Ricardo de San Lorenzo, salió, ¡oh María! vuestro excelso y admirable nombre (5); pues toda la Santísima Trinidad, prosigue el mismo autor, os dió un nombre tan grande, que es superior á todo nombre después del nombre de

1. O dulce Virg. María.—2. Lib. de Nat. Mar.—3. Orde Prof. Deip.—4. P. 1, Hist. tit. 4, c. 6.—5. De Laud. Virg. pág. 14.

vuestro Hijo; y le enriqueció de tanta majestad y poder, que al proferirse, quiere que postrados le reverencien el cielo, la tierra y el infierno (1). Pero entre las otras prerrogativas que el Señor concedió al nombre de María, veamos ahora cuán dulce le haya hecho para los siervos de esta santísima Señora, así en la vida como en la muerte.

Y en primer lugar, en cuanto al tiempo de la vida, decía el santo anacoreta Honorio que el nombre de María está lleno de dulzura divina. De manera que el glorioso San Antonio de Padua reconocía en el nombre de María la misma dulzura que San Bernardo consideraba en el nombre de Jesús. El nombre de Jesús, decía éste, el nombre de María, replicaba el otro, es júbilo para el corazón, miel para la boca y melodía para el oído de sus devotos.

Refiérese en la vida del venerable P. Juvenal Ancina, obispo de Saluso, que al pronunciar el nombre de María percibía una dulzura sensible tan extraordinaria, que se lamía también los labios. Se lee igualmente que en Colonia una mujer dijo al obispo Marsilio, que cuando profería el nombre de María sentía en la boca un sabor más dulce que la miel. Y practicándolo después Marsilio, experimentó también la misma dulzura. De los sagrados Cantares se colige que en la Asunción de la Virgen los ángeles preguntaron tres veces por su nombre: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo?* (2) En otro lugar: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?* (3) En otro: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias?* (4) A cuyo propósito dice Ricardo de San Lorenzo: *¿Por qué preguntan tan repetidas veces los ángeles por el nombre de esta Reina? Y respondió: Era tan dulce también para los ángeles el oír resonar el nombre de María, que por esto multiplicaban sus preguntas* (5).

Mas yo no pretendo hablar aquí de esta dulzura sensible, porque comúnmente ésta no se concede á todos; sino de la dulzura saludable de consuelo, de amor, de alegría, de confianza y de fortaleza, que este nombre de María comunica comúnmente á todos aquellos que con devoción lo pronuncian. Hablando de este asunto, el abad Franco-ne dice: que después del sacrosanto nombre de Jesús, el nombre de María es tan rico de bienes, que en la tierra y en el cielo no resuena otro nombre del cual las almas devotas reciban tanta gracia, esperanza y dulzura (6); pues el

1. De Laud. Virg. lib. 1, cap. 2.—2. Cantic. 10, 6.—3. Idem vi, 2.—4. Idem vii, 5.—5. De Laud. Virg. cap. 2.—6. De Grat. Nov. Test. ar. 6.

nombre de María, prosigue, encierra en sí un no sé qué de admirable, de dulce y de divino, que cuando se introduce en los corazones amigos, difunde en ellos un olor de santa suavidad. Y lo más maravilloso de este gran nombre, así concluye, es que aun cuando los amantes de María le oigan mil veces, siempre le escuchan con nuevo deleite, experimentando siempre la misma dulzura al oírle pronunciar.

Hablando igualmente de esta dulzura el B. Enrique Susón, decía: que nombrando á María sentía reanimada de tal modo su confianza, é inflamarse con tal gozo su amor, que entre el regocijo y las lágrimas con que pronunciaba tan amado nombre, deseaba que el corazón le saltase del pecho por la boca; pues afirmaba que este dulcísimo nombre, cual panal de miel, se le derretía en lo interior del alma; por lo que exclamaba: *¡Oh suavísimo nombre! ¡Oh María! ¿Cuál seréis Vos misma si sólo vuestro nombre es tan amable y gracioso?*

Dirigiéndose á su buena Madre el enamorado San Bernardo, le dice con ternura: ¡Oh grandel, ¡oh piadosal, ¡oh digna de toda alabanza, Santísima Virgen Marial Vuestro nombre es tan dulce y amable, que no puede pronunciarse sin que deje inflamado de amor hacia Vos y hacia Dios á quien le profiere; por manera que basta que acuda al pensamiento de vuestros amantes para acrecentar mucho más en ellos su amor hacia Vos y consolarles (1). Y si las riquezas consuelan á los pobres, porque les alivian en sus miserias, ¡oh, cuánto más nos consuela á nosotros miserables, dice Ricardo de San Lorenzo, vuestro nombre ¡oh Marial cuando mucho mejor que las riquezas de la tierra nos alivia en las angustias de la presente vida (2).

En suma, vuestro nombre ¡oh Madre de Dios! está lleno de gracias y de bendiciones divinas, como dice San Medodio (3). De tal manera, que según atestigua San Buenaventura, no puede ser pronunciado siu que atraiga alguna gracia sobre el que devotamente le profiere (4). Por más empedernido y desconfiado que sea un corazón, dice el Idiota, si éste os amare ¡oh, benignísima Virgen! es tal la virtud de vuestro nombre, que él ablandará admirablemente su dureza; porque Vos sois la que alentáis á los pecadores á esperar el perdón y la gracia (5). Vuestro dulcísimo nombre, dice San Ambrosio, es un bálsamo que ex-

1. S. Bern. ap. S. Bon. Spec. cap. 8.—2. De Laud. Virg. cap. 2.—3. Orat. in Hyp. —4. In Spec. cap. 8.—5. Idiot. ap. Alph. Mar. c. 827.

hala el perfume de la divina gracia (1). Ruega el Santo á la divina Madre, diciéndole: Derramad en lo interior de nuestras almas este bálsamo de salud. Como si dijera: haced, Señora, que nos acordemos con frecuencia de pronunciar vuestro nombre con amor y confianza; porque el nombraros, ó es señal de poseer ya la divina gracia, ó es realmente prenda de recobrarla pronto.

Si, porque el recordar vuestro nombre, joh María!, como discurre Landolfo de Sajonia, consuela á los afligidos, vuelve al camino de la salud á los que se desviaron de él y conforta á los pecadores, para que no se abandonen á la desesperación (2). Y el P. Peibarto dice que así como Jesucristo con sus cinco llagas trajo al mundo el remedio de sus males, igualmente María con su santísimo nombre, que se compone de cinco letras, obtiene todos los días el perdón á los pecadores (3).

Por esto el santo nombre de María es comparado al bálsamo en los sagrados Cantares. *Bálsamo derramado es tu Nombre* (4). El P. Alano, en su comentario, dice: La gloria de su nombre se compara al bálsamo derramado (5). Así como el bálsamo sana á los enfermos, difunde el olor y enciende la llama, así el nombre de María sana á los pecadores, recrea los corazones y los inflama en el divino amor. Por lo cual Ricardo de San Lorenzo anima á los pecadores á que acudan á este gran nombre, pues él solo bastará para curarlos de todos sus males, asegurando que no hay enfermedad tan maligna que no ceda al instante á la fuerza de este nombre (6).

Al contrario, los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal manera á la Reina del cielo, que al pronunciarse su nombre, huyen de quien le profiere como de un fuego que abrasa (7). La misma bienaventurada Virgen reveló á Santa Brígida que no hay en esta vida pecador tan tibio en el amor divino que invocando su santo nombre, con propósito de enmendarse, no ahuyente luego de él al demonio (8). Y se lo confirmó otra vez diciéndole que todos los demonios de tal modo veneran su nombre y le temen, que al oírle resonar desprenden luego del alma las uñas con que la tenían asida (9).

Y así como los ángeles rebeldes huyen de los pecadores que invocan el nombre de María, así, por el contrario,

1. Inst. Virg. c. 13.—2. In Christ. Virg. p. 9, c. 8.—3. Stellar. a. 9.—4. Cant. 1, v.—5. In Cant. loc. cit.—6. De Laud. Virg. p. 14.—7. Lib. 4, ad Nativ.—8. Rev. Lib. 1, c. 9.—9. Idem, cap. 19.

dijo la misma nuestra Señora á Santa Brígida, los ángeles buenos se aproximan mucho más á las almas justas que con devoción lo profieren (1). Y atestigua San Germán, que así como el respirar es señal de vida, así también el pronunciar á menudo el nombre de María es señal, ó de vivir ya en la divina gracia, ó de que presto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de alcanzar el auxilio y la vida á quien devotamente le invocare (2). Finalmente, este admirable nombre, añade Ricardo de San Lorenzo, es como una torre inexpugnable, en la cual, acogiéndose el pecador, se librárá de la muerte; porque esta torre celestial defiende y salva á los pecadores más perdidos (3).

Con efecto, es torre, y torre de tal fortaleza, que no sólo libra á los pecadores del castigo, sino que defiende también á los justos de los asaltos del infierno, según expresa el mismo Ricardo; afirmando que, después del nombre de Jesús, no hay ningún nombre en el que se halle tanto auxilio ni que comunique tanta salud á los hombres como el gran nombre de María (4); y como generalmente lo experimentan siempre los devotos de esta buena Madre, su excelso nombre comunica fuerza especial para vencer las tentaciones contra la castidad. Reflexionando el mismo autor sobre las palabras de San Lucas: *Y el nombre de la Virgen era María* (5), dice que el Evangelista reúne estos dos nombres de María y de Virgen, para darnos á entender que el nombre de esta purísima doncellita no debe ir jamás separado del de la castidad (6). Por lo cual afirma San Pedro Crisólogo que el nombre de María es indicio de castidad (7); queriendo decir que quien dudare de haber ó no pecado en las tentaciones impuras, si recordare haber invocado el nombre de María, tendrá una señal cierta de no haber ofendido la castidad.

Sigamos, pues, siempre el admirable consejo de San Bernardo, el cual dice: En todos los peligros de perder la divina gracia, pensemos en María, invoquemos á María, juntamente con el nombre de Jesús, pues estos dos nombres van estrechamente unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazón ni de nuestra boca; porque ellos nos darán fuerza para no caer y para vencer todas las tentaciones (8). Son mag-

1. Ap. S. Dion. Cart. Laud. Virg. n. ult.—2. S. Germ. de Zon. Virg.—3. De Lau. Virg. lib. 11.—4. De Laud. Virg. cap. 2.—5. Luc. 1, 27.—6. Luc. cit.—7. Serm. 116.—7. Hom. 2 sup. Miss.

níficas las gracias que Jesucristo ha prometido á los devotos del nombre de María, como él mismo, hablando con su santa Madre, lo manifestó á Santa Brígida, revelándole, que quien invocare el nombre de María con confianza y propósito de enmienda, recibirá tres gracias singulares, á saber: un perfecto dolor de sus pecados, la satisfacción de ellos y la fortaleza para llegar á la perfección; y además, finalmente, la gloria celestial (1). Porque, añadió el divino Salvador, son para mí tan dulces y queridas, ¡oh Madre mía!, tus palabras, que no puedo negarte nada de cuanto me pides.

En suma, San Efrén llega á decir que el nombre de María es la llave de la puerta del cielo para el que devotamente le invoca (2). Por esto San Buenaventura llama con razón á María salud de todos los que la invocan. Como si fuera lo mismo invocar el nombre de María que alcanzar la salud eterna; porque afirma el Idiota, que la invocación de este Santo y dulce nombre conduce para obtener una gracia sobreabundante en esta vida y una gloria sublime en la otra (3). Si deseáreis, pues, ¡oh hermanos!, concluye Tomás de Kempis, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid á María, invocad á María, obsequiad á María, encomendaos á María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con María caminad, con María buscad á Jesús. Con Jesús y María: finalmente, desead vivir y morir. Haciéndolo así, dice, siempre adelantaráis en los caminos del Señor; pues María rogará gustosa por vosotros, y el Hijo ciertamente escuchará á la Madre (4).

Muy dulce es, por lo tanto, ya en esta vida el santísimo nombre de María para sus devotos, por las innumerables gracias que como hemos visto les alcanza; pero más dulce lo hallarán en la hora suprema, por la dulce y santa muerte que les obtendrá. El P. Sertorio Caputo, de la Compañía de Jesús, exhortaba á todos los que auxiliaban á algún moribundo, que le repitieran á menudo el nombre de María, diciendo que este nombre de vida y esperanza, pronunciado en la hora de la muerte, basta para disipar á los enemigos y para confortar á los moribundos en todas sus angustias. Igualmente San Camilo de Lelis dejó muy recomendado á sus religiosos que recordasen con frecuencia á los moribundos el invocar el nombre de María y de Jesús, como él ya lo practicó después consigo mismo en la

1. Rev. lib. cap. 10.—2. In Deprec. ad Virg.—3. De Laud. Virg. lib. 2. cap. 2—4. Ap. Paccucch. Eau. 22 in Sal. Aug. in fin.

hora de su muerte, en la cual, según se refiere en su *Vida*, invocaba con tanta ternura los amados nombres de Jesús y de María, que inflamaba de amor aun á los que le escuchaban. Y finalmente, con los ojos fijos en sus adoradas imágenes y los brazos cruzados, expiró con semblante y paz celestial, invocando en las últimas palabras que pronunció los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Esta breve oración invocando los sacrosantos nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, es tan fácil de retener en la memoria, cuanto es dulce para considerarla, y fuerte al propio tiempo para proteger á quien la usa de todos los enemigos de su salvación.

¡Bienaventurado, decía San Buenaventura, el que ama vuestro dulce nombre, oh Madre de Dios! Es tan glorioso y admirable vuestro nombre, que todos los que se acuerdan de invocarle en el trance de la muerte no temen los asaltos de los enemigos (1).

¡Oh quien tuviera la dicha de morir como murió el padre Fr. Fulgencio de Ascoli, capuchino, el cual expiró cantando: ¡Oh Marial ¡oh María, la más hermosa de las criaturas! ¡quiero ir en vuestra compañía! O también como murió el B. Enrique Cisterciense, de quien se refiere en los Anales de su Orden que terminó su vida articulando el nombre de María (2). Roguemos, pues, ¡oh devoto lector mío!, roguemos á Dios que nos conceda esta gracia, de que la última palabra que pronuncien nuestros labios en la hora de la muerte sea el nombre de María, como lo deseaba y rogaba San Germán (3). ¡Oh muerte dulce, muerte segura, la que va acompañada y protegida del nombre de salud, que Dios sólo concede invocar en la hora de la muerte á los que quiere que se salven!

¡Oh dulce Señora y Madre mía! yo os amo con toda mi alma, y amándoos á Vos, amo también vuestro santo nombre. Progongo y espero con vuestra ayuda invocarlo siempre, en la vida y en la muerte. Para gloria, pues, de vuestro nombre, concluyamos con la tierna súplica de San Buenaventura: *Cuando mi alma salga de este mundo, salidle al encuentro, bendita Señora, y recibidla en vuestros brazos* (4). No rehuséis, ¡oh Marial, sigamos rogando con el Santo, venir á consolarla entonces con vuestra dulce presencia. Sed Vos su escala y camino para el cielo. Alcanzadle el perdón y el eterno descanso. Y concluye después el Santo diciendo,

1. In Spec. B. Virg.—2. Ann. 1109—3. Orat. 6 de Ann. Virg.—4. In Psal. Deip.

do: ¡Oh María, abogada nuestra! á Vos toca defender á vuestros devotos, y tomar á vuestro cargo sus causas ante el tribunal de Jesucristo.

EJEMPLO

Refiere el P. Rhó en sus *Sábados*, y el P. Lireo en su *Trisagio Mariano*, que en el ducado de Güeldres, hacia el año 1465, una doncella llamada María fué enviada cierto dia por su tío al mercado de la ciudad de Nimega, á comprar algunas cosas, con orden que por la noche se quedase en casa de otra tía que vivía allí. Obedeció la muchacha; pero habiendo ido por la tarde á encontrar á su tía, ésta la desechó groseramente, por lo cual tomó otra vez el camino para regresar á su casa; mas haciéndose de noche por el camino, y llena de cólera, llamó en alta voz al demonio. Apareciósele éste en forma de hombre, y le ofreció ayudarla con tal que hiciera una cosa.—Todo lo haré, respondió la desventurada.—Sólo quiero, dijo el enemigo, que de hoy en adelante no te persignes con la señal de la cruz, y que te mudes el nombre. Respondió ella:—En cuanto á la cruz, enhorabuena, no me persignaré más; pero estimo mucho mi nombre de María y no quiero trocarlo por otro.—Y yo tampoco te ayudaré, dijo el demonio.—Finalmente, después de varios altercados, convinieron en que se llamase con la primera letra del nombre de María, esto es, *Eme*. Y con esto partieron para Amberes; y la infeliz estuvo por espacio de seis años con tan maldito compañero, llevando una vida tan malvada, que era el escándalo de todos. Un día dijo ella al demonio que deseaba volver á ver su patria; el enemigo lo repugnaba; pero, en fin, hubo de acceder. Entrando los dos en la ciudad de Nimega, hallaron que allí se representaba una ópera de la vida de María Santísima, y la pobre *Eme*, impresionada por el espectáculo, y obrando en su ánimo la poca devoción que aun conservaba á la Madre de Dios, empezó á llorar.—¿Qué hacemos aquí?, dijo entonces el compañero; ¿quieres que representemos nosotros aquí otra comedia?—Cógela para sacarla de aquel lugar, mas ella se resistía; por lo cual, indignado él al ver que iba á perderla, levántala furioso en el aire y la deja caer en medio del teatro. Entonces la infeliz refirió el hecho; fué á confesarse con el cura; éste la envió al obispo de Colonia, y el obispo al Papa, quien habiéndola oído en confesión, le impuso por penitencia que llevase continuamente tres aros de hierro, uno en el cuello y dos en

los brazos. Obedeció la penitente, y llegando á Maestrich, se encerró en un monasterio de Arrepentidas, en donde vivió por espacio de catorce años, en ásperas penitencias; y una mañana, al levantarse de la cama, halló rotos por sí mismos los tres aros. Dos años después murió en olor de santidad, y quiso ser enterrada con los mismos tres aros, que de esclava del infierno la habían hecho feliz esclava de su Libertadora.

ORACIÓN

¡Oh gran Madre de Dios, y Madre mía María! aunque indigno de nombraros, Vos que me amáis y deseáis mi salvación, concededme, os suplico; á mis labios, bien que inmundos, el don de poder invocar siempre en mi socorro vuestro santísimo y poderosísimo nombre, pues es el auxilio del que vive y la salud del que muere. ¡Ah! María purísima, María dulcísima; haced que vuestro nombre sea de hoy en adelante el aliento de mi vida. No tardéis, Señora, en socorrerme cuando os llamare, pues que en todas las tentaciones que me asaltaren, en todas las necesidades que me ocurrieren, no quiero dejar jamás de invocaros, repitiendo siempre: María, María. Así espero hacerlo en vida; así espero hacerlo particularmente en la hora de la muerte, para ir después de ella á alabar eternamente en el cielo vuestro adorado nombre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! ¡Ah María, amabilísima María! ¡qué consuelo, qué dulzura, qué confianza, qué ternura siente mi alma sólo en nombraros, sólo en pensar en Vos! Doy gracias á mi Dios y Señor, que os ha dado para mí bien este nombre tan dulce, tan amable y tan poderoso.

Pero, Señora, yo no me contento con sólo nombraros, sino que quiero nombraros movido por el amor; quiero que el amor me recuerde el llamaros á todas horas: sí, para que pueda yo exclamar también con San Anselmo: ¡Oh nombre de la Madre de Dios! tú eres el amor mío.

¡Oh querida mía, María! ¡Oh mi amado Jesús! vivau, pues, siempre en mi corazón y en el de todos vuestros dulcísimos nombres. Olvídense mi memoria de todos los demás nombres, para recordar únicamente é invocar siempre vuestros nombres adorados. ¡Ah Jesús mi Redentor y Madre mía María! cuando llegare el instante de mi muerte, en que mi alma deberá salir de esta vida, concededme por vuestros méritos la gracia de que las últimas palabras que yo pronuncie sean el repetir: *Os amo, Jesús y María; Jesús y María, os doy el corazón y el alma mía.*



ORACIONES MUY DEVOTAS

DE ALGUNOS SANTOS'

A LA DIVINA MADRE ¹

ORACION DE SAN EFREN

Que inmaculada y purísima Virgen María, Madre de Dios, Reina del universo, bondadosísima Señora nuestra! Vos sois superior á todos los Santos, la esperanza de los escogidos y la alegría del paraíso. Vos nos habéis reconciliado con nuestro Dios; Vos sois la única abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que naufragan, el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, el regocijo de los enfermos, el recreo de los afligidos, el refugio y la salvación del universo. ¡Oh excelsa Princesa, Madre de Dios, cubridnos con las alas de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros! No tenemos más esperanza que en Vos, oh Virgen purísima; nos hemos entregado á Vos, y consagrados á vuestro obsequio, llevamos el nombre de vuestros siervos: no permitáis, pues, que el demonio nos lleve consigo al infierno. ¡Oh Virgen inmaculada! ponednos bajo vuestra protección: por esto acudimos sólo á Vos, y os suplicamos que impidáis que vuestro Hijo, irritado por nuestros pecados, nos abandone al poder del demonio.

¡Oh María, llena de gracia! alumbrad mi entendimiento, moved mi lengua para cantar vuestras alabanzas, y principalmente la Salutación angélica tan digna de Vos. Yo os saludo, oh paz, oh alegría, oh salud y consolación de todo el mundo. Yo os saludo, oh el mayor de los milagros que jamás se haya obrado en el mundo, paraíso de delicias, puerto seguro del que se encuentra en peligro, fuente de la gracia, medianera entre Dios y los hombres.

1. Se han continuado aquí estas oraciones, no sólo, para que se haga uso de ellas sino también para que se vea la grande idea que los Santos han tenido del poder y misericordia de María, y la suma confianza que pusieron en su poderosa protección.

¡Oh Madre de Jesús, amor de Dios y de todos los hombres! á Vos sea dado honor y bendición, con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

ORACION DE SAN BERNARDO

QUÉ Reina del mundo! á Vos levantamos nuestros ojos. Debiendo presentarnos delante de nuestro Juez, después de haber cometido tantos pecados, ¿quién podrá aplacarle? Nadie puede hacerlo mejor que Vos, oh santa Señora, Vos que tanto le amáis, y sois de él tan tiernamente amada. Abrid, pues, oh Madre de misericordia, vuestro corazón á nuestros suspiros y á nuestras súplicas. Nos refugiamos bajo de vuestra protección; aplacad la cólera de vuestro Hijo, y haced que recobremos su gracia. Vos no aborrecéis al pecador por más criminal que sea; Vos no le desecháis si suspira por Vos, y arrepentido solicita vuestra intercesión; Vos con vuestra piadosa mano le libráis de la desesperación, le inspiráis esperanza, le infundís consuelo y no le abandonáis hasta haberlo reconciliado con su Juez.

Vos sois la única mujer en la cual el Salvador ha hallado su descanso, y en la que ha depositado á manos llenas sus tesoros inagotables. Por esta razón todo el mundo, oh santa Señora mía, honra vuestro casto seno como templo de Dios, en el cual se dió principio á la salvación del mundo, y se verificó la reconciliación entre Dios y los hombres. Vos sois, ¡oh gran Madre de Dios! el huerto cerrado en el cual jamás ha penetrado la mano del pecador para coger las flores. Vos sois el hermoso jardín en el que Dios ha colocado las flores que adornan á vuestra Iglesia, y entre otras la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿Con quién podré compararos, oh Madre de gracia y hermosura? Vos sois el paraíso de Dios. De Vos ha salido el manantial de agua viva que fecunda toda la tierra. ¡Cuántos beneficios ha recibido el mundo de Vos, que habéis merecido ser un acueducto tan saludable!

De Vos se dice: ¿Quién es aquella que se levanta como la aurora, hermosa como la luna y resplandeciente como el sol? Habéis venido al mundo, oh María, como brillante aurora, precediendo con la luz de vuestra santidad la aparición del Sol de justicia. El día en que venisteis al mun-

do, puede muy bien llamarse día de salud, día de gracia. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay planeta que más se asemeje al sol; así también no hay criatura más semejante á Dios que Vos. La luna alumbrá por la noche con la luz que recibe del sol, y Vos alumbráis nuestras tinieblas con el resplandor de vuestras virtudes; pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay manchas ni sombras. Vos sois escogida como el sol, esto es, como el Sol que ha criado al sol. El fué escogido entre todos los hombres, y Vos habéis sido escogida entre todas las mujeres. ¡Oh dulce, oh excelsa, oh amabilísima María! No es posible pronunciarse vuestro nombre sin que Vos inflaméis el corazón de vuestro amor; y los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse excitados á amaros más todavía.

¡Oh santa Señora! fortaleced nuestra debilidad. Y ¿quién mejor que Vos puede hablar á Nuestro Señor Jesucristo, que gozáis tan íntimamente de su dulcísima conversación? Hablad, hablad, Señora, porque vuestro Hijo os escucha, y alcanzáis de él todo cuanto pedís.

ORACIÓN DE SAN GERMÁN

OH única Señora mía, único consuelo que recibo de Dios! Vos que sois el solo y celestial rocío que me refrigerá en mis penas; Vos que sois la luz de mi alma cuando se halla rodeada de tinieblas; Vos que sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, mi medicina en mis enfermedades, mi consuelo en mis lágrimas; Vos que sois mi refugio en mis miserias, y la esperanza de mi salvación, oid mis ruegos, apiadaos de mí cual conviene á la Madre de un Dios que tanto ama á los hombres. Concededme todo cuanto os pido, Vos que sois nuestra defensa y alegría. Haced que sea digno de gozar con Vos aquella felicidad que gozáis en el cielo. Sí, Señora mía, mi refugio, mi vida, mi auxilio, mi defensa, mi fortaleza, mi alegría, mi esperanza; haced que me reuna con Vos en el paraíso. Yo sé que siendo Vos la Madre de Dios, si queréis, podéis obtenerme esta gracia. ¡Oh María! Vos sois omnipotente para salvar á los pecadores, y no necesitáis recomendación alguna, porque sois la Madre de la verdadera vida.

ORACIÓN DEL ABAD CELENSE,

LLAMADO DEL IDIOTA

ATRAEDME en pos de Vos, ¡oh Virgen María!, para que yo corra tras el olor de vuestros perfumes. Atraedme, pues me hallo detenido por el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos. Así como nadie se presenta á vuestro Hijo, si el divino Padre no le atrae, así también me atrevo á decir, en cierto modo, que nadie va á El si Vos no le atraéis con vuestros santos ruegos. Vos sois la que enseñáis la verdadera sabiduría, Vos la que alcanzáis las gracias á los pecadores, porque sois su abogada. Vos prometéis la gloria á los que os honran, porque sois la tesorera de la misericordia.

Vos habéis hallado gracia en presencia de Dios, oh Virgen dulcísima, porque fuisteis preservada del pecado original, llena del Espíritu Santo, y concebisteis al Hijo de Dios. Habéis recibido todas estas gracias, oh humildísima María, no sólo para Vos, sino también para nosotros, á fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Esto es lo que ya hacéis socorriendo á los buenos, conservándoles en la gracia y preparándo á los pecadores para recibir la divina misericordia. Vos auxiliáis á los moribundos, protegiéndoles contra las asechanzas del demonio, y les ayudáis aún en su último trance recibiendo sus almas y conduciéndolas al reino de los bienaventurados.

ORACIÓN DE SAN METODIO

VUESTRO nombre, ¡oh Madre de Dios!, está lleno de todas las gracias y bendiciones divinas. Vos habéis llevado en vuestro seno al que es incomprendible, y alimentado al que alimenta á todo el universo. El que llena el cielo y la tierra, el Señor del mundo, ha querido seros deudor, por haberle Vos revestido de la carne humana que antes no tenía. Regocijaos, oh Madre, oh sierva de Dios, pues tenéis por deudor al que da el sér á todas las criaturas. Nosotros somos todos deudores á Dios, pero Dios es deudor vuestro. Así es, oh santísima Madre del Salvador, que vuestra bondad y vuestra caridad exceden á las de todos los otros Santos, y que en el cielo podéis más que

todos ellos cerca de Dios, porque sois su Madre. ¡Ah! nosotros que celebramos vuestras glorias y comprendemos cuán excelsa es vuestra bondad, os suplicamos que os acordéis de nosotros y de nuestras miserias.

ORACIÓN DE SAN JUAN DAMASCENO

Yos saludo, ¡oh María, á Vos!, esperanza de los cristianos: recibid la súplica de un pecador que os ama tiernamente, que os honra de un modo especial y pone en Vos toda la esperanza de su salvación. De Vos tengo la vida: Vos me restablecéis en la gracia de vuestro Hijo, Vos sois la prenda cierta de mi salvación. Os suplico, pues, que me libréis del grave peso de mis pecados; disipad las tinieblas de mi entendimiento, alejad de mi corazón los afectos terrenos, reprimid las tentaciones de mis enemigos y dirigid mi vida de modo que por vuestro medio, y teniéndoos por guía, pueda llegar á la eterna felicidad del paraíso.

ORACIÓN DE SAN ANDRÉS DE CANDIA,

Ó DE JERUSALÉN

Qos saludo, ¡oh llena de gracia!, el Señor es con Vos. Os saludo, oh instrumento de nuestra alegría, ya que por Vos la sentencia de nuestra condenación fué revocada y cambiada en juicio de bendición, os saludo, oh templo de la gloria de Dios, casa sagrada del Rey de la gloria: Vos sois la reconciliadora de Dios con los hombres. Os saludo, oh Madre de nuestra alegría: verdaderamente sois Vos bendita, porque entre todas las mujeres fuisteis hallada digna de ser madre de nuestro Criador. Todas las naciones os llaman bienaventurada.

¡Oh María! si en Vos pongo mi confianza, seré salvo: si me hallare bajo vuestra protección, nada he de temer, porque ser vuestro devoto, es tener armas ciertas de salvación, las que Dios sólo concede á los que quiere sean salvos.

¡Oh Madre de misericordia! aplacad á vuestro Hijo. Mientras permanecisteis en la tierra, sólo ocupabais una mínima parte de ella; mas ahora que estáis exaltada en lo

más alto de los cielos, todo el mundo os considera como el propiciatorio común de todas las naciones. Os suplicamos, pues, oh Virgen santa, que nos concedáis el auxilio de vuestras súplicas para con Dios: súplicas que nos son más gratas y preciosas que todos los tesoros de la tierra: súplicas que nos hacen á Dios propicio, y nos obtienen abundancia de gracias para recibir el perdón y practicar la virtud: súplicas que inutilizan el furor de nuestros enemigos, confunden sus designios y triunfan de sus esfuerzos.

ORACIÓN DE SAN ILDEFONSO

A Vos vengo, ¡oh Madre de Dios!, para suplicaros que me alcancéis el perdón de mis pecados y me purifiquéis de todas las faltas que he cometido. Os ruego que me concedáis la gracia de que me una afectuosamente á vuestro Hijo y á Vos: á vuestro Hijo como á mi Dios, y á Vos como á la Madre de mi Salvador.

ORACIÓN DE SAN ATANASIO

ACOGED, ¡oh Virgen Santísima!, nuestras súplicas y acordaos de nosotros. Dispensadnos los dones de vuestras riquezas y de la abundancia de las gracias de que estáis llena. El Arcángel os saluda y os llama llena de gracia. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del cielo os bendicen, y nosotros, que pertenecemos á la jerarquía terrenal, os decimos también: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; ruega por nosotros oh Madre de Dios, nuestra Señora y nuestra Reina.

ORACIÓN DE SAN ANSELMO

Os rogamos, ¡oh santísima Señora!, por el favor que Dios os ha hecho de exaltaros tanto, y de que con él todas las cosas os sean posibles, hagáis que la plenitud de la gracia que merecisteis, nos haga partícipes de vuestra gloria. Afanaos, oh misericordiosísima Señora, en procurarnos el bien, por el cual Dios se dignó hacerse hombre en vuestro casto seno. Oid benigna nuestras súplicas.

cas. Si os dignáis rogar á vuestro Hijo, él al punto nos escuchará. Basta que Vos queráis salvarnos para que infaliblemente nos salvemos. ¿Quién podrá cerrar las entrañas de vuestra misericordia? Si no os apiadáis de nosotros, siendo la Madre de la misericordia, ¿cuál será nuestra suerte cuando vendrá vuestro Hijo á juzgarnos?

Socorrednos, pues, ¡oh piadosísima Señoral, sin atender á la multitud de nuestros pecados. Considerad que nuestro Criador ha tomado carne humana en Vos, no para condenar á los pecadores, sino para salvarles. Si no hubieseis sido elegida por Madre de Dios más que en beneficio vuestro, entonces pudiera decirse que poco os importa que nos salvemos ó condenemos; mas no, que si Dios se revistió de vuestra carne, lo hizo no menos por vuestra salvación que por la de todos los hombres. ¿De qué nos servirían vuestro poder y vuestra gloria, si no nos hicieseis partícipes de vuestra felicidad? Ayudadnos y protegednos; pues no ignoráis cuánto necesitamos de vuestro auxilio. Nosotros nos encomendamos á Vos; haced que no nos condenemos, sino que sirvamos y amemos eternamente á vuestro Hijo Jesucristo.

ORACION DE SAN PEDRO DAMIANO

SANTA Virgen, Madre de Dios, socorred á los que imploran vuestro auxilio. Volved vuestros ojos hacia nosotros. ¿Acaso por haber sido unida á la Divinidad ya no os acordaríais de los hombres? ¡Ah! no por cierto. Vos sabéis en qué peligro nos habéis dejado, y el estado miserable de vuestros siervos; no es propio de vuestra gran misericordia el olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra. Emplead en nuestro favor vuestro valimiento, porque el que es omnipotente os ha dado la omnipotencia en el cielo y en la tierra. Nada os es imposible, pues podéis infundir aliento á los más desesperados para esperar la salvación. Cuando más poderosa sois, tanto más misericordiosa debéis ser.

Ayudadnos también con vuestro amor. Yo sé, Señora mía, que sois sumamente benigna y que nos amáis con un afecto al que ningún otro aventaja. ¡Cuántas veces habéis aplacado la cólera de nuestro Juez en el instante en que iba á castigarnos! Todos los tesoros de la misericordia de Dios se hallan en vuestras manos. ¡Ah! no ceséis jamás

de colmarnos de beneficios. Vos sólo buscáis la ocasión de salvar á todos los miserables, y de derramar sobre ellos vuestra misericordia, porque vuestra gloria es mayor, cuanto por vuestra intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el cielo. Ayudadnos, pues, á fin de que podamos veros en el paraíso, ya que la mayor gloria á que podemos aspirar consiste en veros después de Dios, en amaros y en estar bajo vuestra protección. ¡Ah! oídnos, Señora, ya que vuestro Hijo quiere honraros concediéndoos todo cuanto le pidáis.

ORACION DE SAN GUILLERMO, OBISPO DE PARÍS

OH Madre de Dios! A vos acudo, y os suplico que no me desechéis, ya que toda la comunión de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. De tal manera Vos sois amada de Dios, que siempre os escucha; vuestra piedad jamás ha faltado á ninguno; vuestra dulce afabilidad no ha rechazado nunca pecador alguno, por grande que fuera su crimen, si se ha encomendado á Vos. ¿Por ventura la Iglesia en vano os llamaría su abogada y el refugio de los miserables? Dios no permita que mis culpas os impidan ejercer el grande oficio de piedad que se os ha confiado en calidad de abogada y mediadora de paz, única esperanza y refugio seguro de los desdichados. Dios no permita que su Santísima Madre, la cual dió á luz la fuente de misericordia por la salvación de todo el mundo, rechace á ninguno de los miserables que acudan á ella. Vuestro oficio es el de reconciliadora entre Dios y los hombres; socorredme, pues, con vuestra inagotable misericordia, que es mucho mayor que todos mis pecados.

ORACION DE SANTO TOMAS DE AQUINO

OH beatísima y dulcísima Virgen María, llena de misericordial yo recomiendo á vuestra piedad mi alma, mi cuerpo, mis pensamientos, mis obras, mi vida y mi muerte. ¡Oh Señora míal ayudadme y confortadme contra las asechanzas del demonio: alcanzadme el verdadero y perfecto amor, con el cual amo de todo mi corazón á vuestro muy querido Hijo y Señor mío Jesucristo; y después de él os amo á Vos sobre todas las cosas. ¡Oh Reina

y Madre mía con vuestra poderosísima intercesión haced que permanezca siempre en mí este amor hasta la muerte, después de la cual sea yo por Vos conducido á la patria de los bienaventurados.

ORACION A MARIA SANTISIMA,

QUE DEBE DIRIGIRSELE CADA DÍA DESPUÉS DE LA VISITA
Á UNA DE SUS IMÁGENES

SANTISIMA Virgen inmaculada, ¡oh Madre mía, Maríal á Vos que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, acudo yo hoy, el más miserable de todos. Yo os adoro, ¡oh excelsa Reinal, y os doy gracias por tantos favores como me habéis dispensado hasta el presente, especialmente por haberme librado del infierno que tantas veces he merecido. Yo os amo, amabilísima Señora, y por el afecto que os profeso, protesto que quiero amaros siempre, y que haré todo lo posible á fin de que todos los demás os amen. En Vos pongo todas mis esperanzas, toda mi salvación; admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, Madre de misericordia. Y ya que sois tan poderosa con Dios, libradme de todas las tentaciones, ó más bien, alcanzadme la fortaleza necesaria para vencerlas hasta la muerte. A Vos pido el verdadero amor de Jesucristo, y espero que me procuraréis una buena muerte. Madre mía, por el amor que tenéis á Dios, os suplico que me améis siempre; pero principalmente en los últimos momentos de mi vida. No me abandonéis hasta que me veáis salvo en el cielo para bendeciros, y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero. Así sea.

LAS
GLORIAS DE MARÍA

PARTE SEGUNDA



La Anunciacion



LAS GLORIAS DE MARIA

PARTE SEGUNDA

JACULATORIAS A MARIA SANTISIMA

MADRE de Dios, acordaos de mí (*San Francisco Javier*).

Virgen y Madre, haced que me acuerde siempre de Vos (*San Felipe Neri*).

Virgen María, Madre de Dios, rogad por mí á Jesús (*el mismo Santo*).

Haced, ¡oh Señoral, que Jesús no me arroje de sí (*San Efrén*).

¡Oh Maríal no cese jamás de amaros mi corazón, ni mi lengua de alabaros (*San Buenaventura*).

¡Oh Señoral por el amor que tenéis á Jesús, ayudadme á amarle (*Santa Brígida*).

¡Oh Maríal dignaos hacerme vuestra esclava (*la beata Juana de Francia*).

¡Oh Maríal me doy toda á Vos, acogedme y conservadme (*Santa María Magdalena de Pazzi*).

¡Oh Señoral no me abandonéis hasta la muerte (*el P. Spinelli*).

Ave María, Madre mía (*el P. Francisco Brancaccio*).

Santa María, mi abogada, rogad por mí (*el P. Sertorio Cupati*).

¡Cuán dulce es, ¡oh Madre mía!,
tu nombre de Maríal
Me das suave calma,
y tanta paz al alma,
que con ansia quisiera
llamarte sin cesar.

ORACION DE BLOSIO A LA VIRGEN MARIA

SALVE, ¡oh esperanza de los desconfiados!, ayuda de los desvalidos, á quien dió el Hijo tanta honra, que al momento de pedir se os concede, y al momento de querer queda hecho. A Vos se han confiado los tesoros del reino de los cielos. Alcanzadme, ¡oh gran Señora!, que siempre pueda confiar en vuestro socorro durante las borrascas de esta vida. A vuestra piedad encomiendo mi alma y mi cuerpo. Dirigidme y protegedme en todas las horas y momentos, ¡oh dulce Refugio mío!

OTRA DEL MISMO AUTOR

SALVE, ¡oh benignísima Madre de misericordia, suspirada María, que nos traéis el consuelo del perdón, y os saludo! Vos sois luz en las dudas, el solaz en las aflicciones, el aliento en las angustias, el refugio en las tentaciones y peligros, y la salud infalible cerca de vuestro Unigénito Hijo. ¡Dichosos los que os aman. Señora! Inclínad, os suplico, vuestros piadosos oídos á las súplicas de este siervo vuestro, de este miserable pecador, y disipad con los rayos de vuestra santidad el torbellino de mis vicios, para que pueda ser grato á vuestros ojos.

VIVA JESÚS NUESTRO AMOR, Y MARÍA NUESTRA ESPERANZA

DISCURSOS

SOBRE LAS

Siete fiestas principales de María.

DISCURSO PRIMERO

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Cuanto convino á las tres divinas Personas preservar á María de la culpa original.

MUY grande fué la ruina que el maldito pecado acarreó á Adán y á todo el género humano; porque perdiendo él entonces miserablemente la gracia perdió juntamente todos los demás bienes de que en el principio estuvo enriquecido, y atrajo sobre sí y sobre todos sus descendientes, con el odio de Dios, el cúmulo de todos los males. Mas de esta común desgracia quiso Dios eximir á aquella Virgen bendita, que él había destinado para Madre del segundo Adán, Jesucristo, el cual había de reparar el daño ocasionado por el primer Adán. Ahora veamos cuánto convino á Dios y á las tres divinas Personas preservar á esta Virgen de la culpa original: al Padre, considerándola como á Hija suya; al Hijo, como á su Madre, y al Espíritu Santo, como á su Esposa.

PUNTO I

En primer lugar, convino al eterno Padre exceptuar á María Santísima de la mancha original, porque era hija suya, é hija primogénita, como ella misma lo atestiguó: *Yo salté de la boca del Altísimo, engendrada antes de toda criatura* (1); cuyo texto aplican á María los sagrados intérpre-

1. Ecclí. xxiv. 3.

tes, los santos Padres y la misma Iglesia, especialmente en la solemnidad de la Concepción. Con efecto, ya sea primogénita en cuanto fué predestinada junto con el Hijo en los divinos decretos antes que todas las criaturas, como pretende la escuela de los Escotistas, ya sea primogénita de la gracia, como predestinada para Madre del Redentor, después de la previsión del pecado, según quiere la escuela de los Tomistas, sin embargo, todos convienen en llamarla la primogénita de Dios. Y siendo esto así, fué conveniente que María jamás fuese esclava de Lucifer, sino que sólo su Criador la poseyese siempre, conforme así se verificó, según ella misma dice: *El Señor me poseyó desde el principio de sus obras* (1); por lo que Dionisio, arzobispo de Alejandría, llamó á María: Única y sola hija de la vida (2); á diferencia de las demás, que naciendo en pecado, son hijas de la muerte.

Además, convino que el eterno Padre la criase en estado de gracia, porque la destinó para reparadora del mundo que estaba perdido, y mediadora de la paz entre los hombres y Dios, como la llaman los santos Padres, y especialmente San Juan Damasceno, el cual le dice: ¡Oh Virgen bendita! Vos habéis nacido para cooperar á la salvación de toda la tierra (3). Por esto mismo dice San Bernardo que María fué figurada en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron los hombres del diluvio, así también nosotros por medio de María nos hemos salvado del naufragio del pecado; mas con la diferencia que en el arca se salvaron pocos, y por medio de María se ha salvado todo el género humano (4). De aquí es que San Atanasio llama á María: *Nueva Eva, Madre de la vida* (5). Nueva Eva, porque la primera fué madre de la muerte, y la Santísima Virgen es Madre de la vida. San Teófanos, obispo de Nice, le dice: Salve, Santísima Virgen, que ahuyentaste la tristeza de Eva. San Basilio la llama mediadora entre Dios y los hombres; y San Efrén la reconciladora de todo el mundo.

Al que es medianero de la paz no le conviene, por cierto, ser enemigo del ofendido, y aun mucho menos cómplice en el mismo delito. No puede ir á aplacar al juez un enemigo suyo, dice San Gregorio, pues en vez de conseguirlo, aun más le enojara con su presencia. Por esto, debiendo ser la mediadora de la paz entre Dios y los hom-

1. Prov. viii, 22.—2. Ep. contr. Fau. Samot.—3. Orat. 1 de Nat. Virg.—4. Serm. de B. Virg.—5. Or. de S. Daip.

bres, era razón que no apareciese también pecadora y enemiga de Dios, sino su amiga limpia de pecado.

Convino además que Dios la preservase de la culpa original, porque la destinaba para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, que seduciendo á nuestros primeros padres, acarreó la muerte á todos los hombres, como ya se lo predijo el mismo Señor: *Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y su descendencia; ella quebrantará tu cabeza* (1). Ahora bien; si María había de ser la mujer fuerte puesta en el mundo para vencer á Lucifer, no convenía, por cierto, que fuese vencida y hecha su esclava, sino que fué conforme á razón que estuviese exenta de toda mancha y de toda sujeción al demonio. Este espíritu soberbio, así como había inficionado con su veneno á todo el género humano, procuró inficionar también el alma purísima de la Virgen. Pero sea siempre alabada la divina bondad, que á este fin la colmó de tantas gracias, que quedando ella libre de todo resto de culpa, pudo así abatir y confundir su soberbia, como dice San Agustín, ó cualquiera otro que sea el autor del comentario del *Génesis* (2); y más claramente aún San Buenaventura, diciendo: Era conveniente que la bienaventurada Virgen María, por la cual nos hablamos de ver libres de nuestro oprobio, venciese al diablo, de modo que ni por un instante estuviese bajo su dominio (3).

Pero lo que principalmente convino al eterno Padre, era que esta su hija quedase exenta del pecado de Adán, porque la destinaba para Madre de su Unigénito. Antes que existiese criatura alguna, le dice San Bernardino de Sena, tu fuiste destinada en la mente de Dios para que el mismo Dios en ti se hiciera hombre (4). Aun cuando, pues, no existiera otro motivo, á lo menos por el honor de su Hijo, que era Dios, convenía que el Padre la criase pura de toda mancha. Dice el Angélico doctor Santo Tomás que todas las cosas ordenadas por Dios deben ser santas y limpias de toda mácula (5), y que por esto David, al trazar el plan del templo de Jerusalén, con la magnificencia que convenía al Señor, decía: *No se trata de disponer habitación para un hombre, sino para Dios* (6). Ahora, pues, ¿con cuánta más razón debemos creer, dice el B. Dionisio Cartujano, que destinando el sumo Hacedor á María para Madre de su mismo Hijo, hubo de adornar su alma de las

1. Gen. iii, 15.—2. In Gen. iii, 15.—3. In 3. Dist. 3, a. 1. quest. 2.—4. Serm. 15, c. 4.—5. Th. 1, p. 2, q. 36, art. 1.—6. I. Paralip. xxix, 1.

más bellas prerrogativas, á fin de que fuese digna habitación de un Dios (1)? Y la misma Iglesia nos lo afirma, diciendo que Dios preparó el cuerpo y el alma de la Virgen para que fuese digno albergue de su Unigénito en la tierra.

Es sabido que el primer blasón de los hijos es descender de padres nobles (2). De aquí proviene que más fácilmente se soporta en el mundo la pesadumbre que ocasiona el ser reputado por pobre ó ignorante, que el ser de bajo origen, porque el pobre puede enriquecerse con su industria, y el ignorante hacerse docto con el estudio; mas el que es de nacimiento obscuro, dificultosamente puede llegar á ser noble, y si por ventura llegase á serlo, siempre pudiera echársele en rostro la humildad de su origen. ¿Cómo pudiéramos creer, pues, que pudiendo hacer Dios que su Hijo naciese de una madre noble, preservándola de la culpa, le hiciese nacer de una madre inficionada del pecado, permitiendo que Lucifer pudiera reprocharle el oprobio de haber nacido de una madre esclava suya y enemiga de Dios? No, el Señor no pudo permitirlo; al contrario, proveyó que su Madre fuese siempre inmaculada, mirando al honor de su Hijo, á fin de que fuese una Madre cual convenia á tal Hijo. Así nos lo atestigua la Iglesia griega (3).

Es un axioma común entre los teólogos que jamás se ha concedido don á criatura alguna, con el cual no haya sido también enriquecida la bienaventurada Virgen. Hé aquí cómo habla sobre el particular San Bernardo: Ciertamente no es lícito ni aun sospechar, que haya sido negado á una Virgen tan singular lo que ha sido concedido á alguno de los mortales (4). Y Santo Tomás de Villanueva: Nada se concedió jamás á santo alguno, que desde un principio no haya resplandecido reunido en María (5). Y siendo cierto que entre la Madre de Dios y los siervos del mismo hay una distancia infinita, según el célebre dicho de San Juan Damasceno (6), debe necesariamente admitirse, como enseña Santo Tomás, que Dios concedió privilegios de gracia en todo género mayores á la Madre que á los siervos (7). Ahora bien, replica el gran defensor de María, San Anselmo: ¿por ventura no pudo la divina Sabiduría preparar á su Hijo un hospedaje puro, á fin de preservarlo de toda mancha del género humano? Pudo Dios, prosigue San An-

1. Lib. 2 de Laud. Virg. Art. 2. 2. Prov. xvii, 6.—3. In Mem. die 28 Martii.
—4. Epist. 174.—5. Serm. 2 de Ass.—6. Or. de Ass.—7. 3 p. q. 27. art. 2.

selmo, conservar ilesos los Angeles del cielo en la caída de tantos otros, ¿y no pudo preservar después á la Madre de su Hijo y á la Reina de los Angeles de la común caída de los hombres? (1). Pudo Dios, añado yo, conceder á Eva la gracia de venir al mundo inmaculada, ¿y no pudo después concederla á María?

¡Ah! no, Dios pudo muy bien hacerlo, y lo hizo, porque bajo todos conceptos convenia, como dice el mismo San Anselmo, que aquella Virgen á quien Dios había determinado dar á su único Hijo, ostentara tal puzza, que no sólo superase á la de todos los hombres y de todos los ángeles, sino que fuese la mayor que pudiera imaginarse, después de la de Dios (2). Más claro aún se expresa San Juan Damasceno, diciendo: Conservó el alma de la Virgen y también su cuerpo, según correspondía á la que había de llevar en su seno al mismo Dios que, siendo santo, descansa en los santos (3). Por lo cual bien pudo decir el eterno Padre á esta su amada Hija: Hija, entre todas mis demás hijas, tú eres como la azucena entre las espinas, pues que si ellas están manchadas del pecado, tú fuiste siempre inmaculada y siempre mi amiga (4).

PUNTO II

En segundo lugar, convino al Hijo preservar á María de toda culpa, como á Madre suya. A ninguno de los demás hijos les ha sido concedido el poderse escoger la madre á su gusto; pero si alguna vez se concediese á alguno esta elección, ¿quién hubiera que pudiendo tener por madre á una reina, la eligiese esclava? ¿pudiendo tenerla noble, la quisiese villana? ¿pudiendo tenerla amiga de Dios, la prefiriese enemiga? Si solamente, pues, el Hijo de Dios pudo escoger á su gusto la Madre, no hay duda, dice San Bernardo, que la escogeria tal como convenia á un Dios (5). Y siendo decoroso á un Dios purísimo el tener una Madre sin manchilla exenta de toda culpa, tal se la eligió, como afirma San Bernardino de Sena. A esto alude lo que escribió el Apóstol. Tal convenia que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, etc. (6). Observa aquí un docto autor que, según San Pablo, fué conveniente que nuestro Redentor, no sólo fuese exento de pecado, sino también segregado de los peca-

1. Secm. de Concept.—2. Dict. Lib. de Concept.—3. Lib. 4 de Fic. Ort. cap. 15.—4. Cantic. II, 2.—5. Hom. 3, Sup. Miss.—6. Ad Heb. VII, 26.

dores, como lo explica Santo Tomás (1). Mas ¿cómo pudiera decirse que Jesucristo está segregado de los pecadores, si hubiese nacido de una Madre pecadora?

Aludiendo San Ambrosio á las palabras de San Pablo: *El primer hombre de la tierra, terreno, y el segundo hombre del cielo, celestial* (2), dice: No de tierra, sino de cielo, se escogió este vaso, para que en él descendiese Jesucristo, y le consagró templo del pudor (3). El mismo San Ambrosio llama también á la divina Madre *Vaso celestial*, no porque María dejase de ser terrena por naturaleza, como soñaron los herejes, sino celestial por gracia, porque ella aventajó á los Angeles del cielo en pureza y santidad, como convenía á un Rey de la gloria que debía habitar en su seno, segun el Bautista lo reveló á Santa Brígida (4). Añádese á esto lo que el mismo Padre eterno dijo á dicha Santa: *María fué vaso limpio, y no limpio: limpio porque fué hermosa, y no limpio porque nació de padres pecadores, aunque fué concebida sin pecado, para que de ella naciese sin pecado mi Hijo* (5). Y nótese las últimas palabras, esto es, que María fué concebida sin pecado, para que de ella naciese sin pecado el divino Hijo. No porque Jesucristo hubiese sido capaz de contraer la culpa, sino para que no tuviese el oprobio de tener una Madre inficionada del pecado y esclava del demonio.

El honor del padre, dice el Espíritu Santo, es la gloria del hijo, y la deshonor del padre es el oprobio del hijo (6). Por esto, dice San Agustín, preservó Jesús el cuerpo de María de la corrupción después de su muerte, porque hubiera redundado en desdoro suyo que aquella carne virginal, de la que él se había revestido, estuviese sujeta á la corrupción (7). Ahora bien; si hubiese sido un oprobio para Jesucristo el nacer de una Madre cuyo cuerpo estuviera sujeto á la corrupción de la carne, ¿cuánto más lo hubiera sido que hubiese tenido el alma inficionada de la corrupción del pecado? Además, siendo verdad que la carne de Jesús es la misma que la de María, de tal manera, que, como añade allí el mismo Santo, la carne del Salvador, aun después de su resurrección, quedó la misma que había tomado en el seno de su Madre (8), por lo cual dijo Arnoldo Carnotense: *Una es la carne de Cristo y la de María, y así entiendo que no es común, sino una, la gloria del*

1. Oportunit eum, qui peccata venit tollere, esse segregatum á peccatoribus, quantum ad culpam cui Adam subiacuit 3. p. q. 4. art. 6.—2. 1. Cor. xv, 47.—3. De ins. Virg. cap. 5.—4. Revel. Lib. 1, cap. 17.—5. Idem, l. 5, cap. 13.—6. Eccli. 11. 13.—7. Serm. de Ass. B. Virg. 8. Loc. cit.

Hijo y de la Madre (1); siendo esto verdad, repito, si la bienaventurada Virgen hubiese sido concebida en pecado, aun cuando su Hijo no hubiera contraído la mancha, sin embargo, habría quedado siempre contaminado, habiendo unido así la carne un tiempo inficionada de la culpa, vaso de corrupción y sujeta á Lucifer.

María, no sólo fué Madre, sino digna madre del Salvador, como la llaman todos los santos Padres. San Bernardo exclama: Tú sola fuistes considerada digna de que el Rey de los reyes escogiese su primera mansión en tu claustro virginal (2). Y Santo Tomás de Villanueva: Antes que concibiese era ya idónea para ser Madre de Dios (3). Y la misma santa Iglesia reconoce que la Virgen mereció ser Madre de Jesucristo (4). Lo cual explica Santo Tomás de Aquino, diciendo: Que María no pudo merecer por sí la encarnación del Verbo, sino que con el auxilio de la divina gracia subió á tal punto de perfección, que se hizo digna Madre de Dios (5), según lo que también de ella escribió San Pedro Damiano con estas palabras: Su excelente Santidad le mereció la gracia de ser tenida por digna de recibir á Dios (6).

Admito, pues, que María fué digna madre de Dios, ¿cuánta excelencia, dice Santo Tomás de Villanueva, y cuanta perfección no supone en ella esta cualidad (7)? El mismo Doctor Angélico enseña, que cuando Dios elige á alguno para alguna dignidad, le hace también idóneo para la misma; por lo cual dice que, habiendo Dios elegido á María para Madre suya, la hizo ciertamente también digna con su gracia, según dice el Evangelio: *Has hallado gracia en los ojos de Dios: Sábete que has de concebir, etc.* (8); de cuyas palabras infiere el Santo que la Virgen jamás cometió ningún pecado mortal ni aun venial; de otra suerte, dice, no hubiera ella sido digna Madre de Jesucristo, pues la ignominia de la Madre hubiera recaído en el Hijo, habiendo tenido á una pecadora por Madre (9). Ahora bien; si María por un solo pecado venial, que no priva al alma de la divina gracia, ya no hubiera sido digna Madre de Dios, ¿cuánto menos si hubiese sido rea de la culpa original, la cual la hubiera hecho enemiga de Dios y esclava del demonio? Esta reflexión fué la que obligó á San Agustín á decir en aquella célebre sentencia suya, que hablan-

1. De Laud. Virg.—2. In Deprec. ad Virg.—3. Serm. 3. de Nat. Virg.—4. Resp. 1. Nol. 2 in Nat.—5. xp q 2. art 11, ad 3.—6. De Assumpt. Serm. 2.—7. Serm. 3 de Nat. Virg.—8. Luc. 1, 30 St 31.—9. Loc. cit.

do de María no quería tratar del pecado, por honor de aquel Señor que ella mereció por Hijo, el cual con su gracia la preservó de toda culpa (1).

Por consiguiente, debemos tener por cosa cierta, como dicen San Pedro Damiano y San Proclo, que el Verbo encarnado se eligió una Madre cual le convenía, para no tener que avergonzarse de ella (2). No fué, pues, un oprobio para Jesús el oír que los hebreos le llamaban por desprecio hijo de María, como hijo de una pobre mujer (3); porque él vino al mundo á dar ejemplo de humildad y de paciencia. Al contrario, hubiera ciertamente recibido afrenta si los demonios le hubieran podido decir: *¿No fué su Madre pecadora y al mismo tiempo esclava nuestra?* Y si hubiera sido también indecoroso que Jesucristo naciera de una mujer deforme ó poseída del demonio, ¿cuánto más lo fuera el nacer de una mujer cuya alma estuviera algún tiempo manchada y poseída por Lucifer?

¡Ab! este Dios, que es la misma sabiduría, supo fabricarse en la tierra una habitación digna de él: *La sabiduría se fabricó una casa* (4). *El Señor*, dice David, *santificó esta su habitación desde el principio de su vida para hacerla digna de sí* (5); porque no le convenía á un Dios santo elegirse una morada que no fuese santa (6). Y si él asegura que no entrara jamás á habitar en un alma malvada y en un cuerpo sujeto al pecado (7), ¿cómo podemos imaginar siquiera que el Hijo de Dios escogiera para habitación el alma y el cuerpo de María, sin santificarla antes y preservarla de toda mancha de pecado, pues que, como enseña Santo Tomás, el Verbo eterno habitó, no sólo en el alma, sino también en el seno de María (8)? La santa Iglesia canta: *Señor, Vos no habéis tenido horror de habitar en el vientre de la Virgen*. Sí, porque un Dios hubiera tenido horror de encarnarse en el seno de una Inés, de una Gertrudis, de una Teresa, pues estas Vírgenes, aunque santas, estuvieron, sin embargo, algún tiempo manchadas del pecado original; mas no tuvo horror de hacerse hombre en el seno de María, porque esta Virgen privilegiada estuvo siempre exenta de toda culpa, y jamás se halló poseída de la enemiga serpiente; por lo que escribió San Agustín: El Hijo de Dios no se fabricó para sí otra casa más digna que María, en la cual jamás penetraron los enemigos, ni fué despojada de su ornato.

1. De Nat. grat. contr. Pel. tom. 7, c. 36.—2. Or. de Nat. Dom.—3. Matth. xii, 55.—4. Prov. ix, 11.—5. Psalm. xlv, 5 et 6.—6. Idem, xcii, 5.—7. Sap. i, 4.—8. 3. p. p. 27, art. 4.

Por otra parte, dice San Cirilo Alejandrino, ¿quién ha oído jamás que un arquitecto, después de haberse fabricado una casa para su uso, haya concedido á su principal enemigo que la habitase primero? (1).

Si, porque aquel Señor, replica San Metodio, que nos ha impuesto el precepto de honrar á los padres, haciéndose hombre como nosotros, no quiso infringirlo, colmando desde luego á su Madre de gracias y honores (2). Por esto dice San Agustín que debe creerse que Jesucristo preservó de la corrupción el cuerpo de María después de la muerte, como antes se dijo, porque á no ser así, no hubiera observado la ley, la cual, así como prescribe honrar á la Madre, prohíbe el difamarla (3). Ahora bien; ¿cuánto menos hubiera atendido Jesús al honor de su Madre, si no la hubiese preservado de la culpa de Adán? El P. Tomás de Argentina, agustiniano, dice que pecaría el hijo que, pudiendo preservar á su madre del pecado original, no lo hiciese; pues lo que en nosotros sería pecado, añade el citado autor, debe creerse que no hubiera sido decoroso al Hijo de Dios que, pudiendo hacer inmaculada á su Madre, no lo hubiese hecho. ¡Ah! no, exclama Gersón: Queriendo tú, que eres el Príncipe supremo, tener una Madre, hubiste de celar por su honor; y es bien manifiesto que no se cumpliera esa ley, si hubieses permitido que quedase sujeta á la abominación del pecado original la que debió ser morada de toda pureza (4).

Sabemos, además, según escribió San Bernardino de Sena, que el divino Hijo vino al mundo más por redimir á María que á todos los demás hombres (5); y siendo dos los modos de redimir, conforme enseña San Agustín, uno levantando al caído, otro preservándole de caer, indudablemente éste es el más noble, porque evita al alma el daño ó la mancha que contrae siempre en la caída (6). Luego conforme á este modo más noble de santificación, cual convenia á la Madre de un Dios, debe creerse que María fué redimida, como dice San Buenaventura en su segundo sermón de la Asunción, cuya autenticidad prueba Frassen (7); sobre lo que el cardenal Cusano dice con elegancia: Los demás tuvieron un Redentor que los libró del pe-

1. In Coen. Eo. n. 5.—2. O. in Hyerap.—3. Script. de Assumpt. B. V.—4. Serm. de Cnac. B. V.—5. Christus plus pro redimenda Virgine venit quam pro omni alia creatura.—6. S. Anton.—7. Scot. Acad. tom. 26, art. 13, sect. 3, q. 1. par. 5.

cado ya contraído; mas la santa Virgen tuvo un Redentor que, por ser Hijo, la preservó de contraerlo.

En suma, y para concluir este segundo punto, dice Hugo de San Víctor, que por el fruto se conoce el árbol. Si el Cordero fué siempre inmaculado, siempre inmaculada debió ser también la Madre (1). Por lo cual este mismo doctor saludaba á María diciéndola: *¡Oh digna Madre de un digno Hijo!* y quería decir que sólo María era digna Madre de tal Hijo, y que sólo Jesús era digno Hijo de tal Madre. *¡Oh digna de tan digno Hijo!* prosigue diciendo, *hermosa del hermoso, excelsa del Altísimo, Madre de Dios* (2). Amamantad, pues, ¡oh María!, digámosla con San Ildefonso, amamantad á vuestro Criador; al que os crió y os hizo tan pura y perfecta, que merecisteis que tomase en Vos el ser de hombre (3).

PUNTO III

Si convino, pues, al Padre preservar del pecado á María como á Hija suya, y al Hijo como á su Madre; también convino al Espíritu Santo preservarla como á Esposa suya. María, dice San Agustín, fué la única que mereció ser llamada Madre y Esposa de Dios (4); pues afirma San Anselmo que el divino Espíritu descendió corporalmente en María, y enriqueciéndola de gracias sobre todas las criaturas, descansó en ella é hizo á su Esposa Reina del cielo y de la tierra (5). Dice que descendió corporalmente en María, en cuanto al efecto, pues vino á formar de su cuerpo inmaculado el inmaculado cuerpo de Jesucristo, conforme el Arcángel se lo había anunciado: *El Espíritu Santo descenderá sobre tí* (6). Por esto, dice Santo Tomás, se llama María templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo, porque por obra de éste fué hecha Madre del Verbo encarnado (7).

Ahora bien; si un excelente pintor debiera aceptar una esposa hermosa ó fea, según él mismo se la pintase, ¿no procuraría pintarla lo más bella que le fuese posible? ¿Quién podrá, pues, decir que el Espíritu Santo no obrase así en María, y que pudiendo hacer á su Esposa tan hermosa como le convenia, dejase de practicarlo? No, que así le convino, y así lo hizo, como atestiguó el mismo Señor, cuando alabando á María, la dijo: *Toda tú eres hermosa, ¡oh*

1. Coll. 3 de Verb. Inc.—2. Serm. de Aa.—3. Serm. de Nat. Virg.—4. Serm. de Aa.—5. De Exc. Virg. cap. 4.—6. Luc. 1, 35.—7. Opnac. 8.

amiga mía, no hay defecto alguno en ti (1); cuyas palabras, como dicen San Ildefonso y Santo Tomás, propiamente se aplican á María, según refiere Cornelio Alapide sobre dicho texto, y San Bernardino de Sena (2), con San Lorenzo Justiniano (3), afirman que las citadas palabras se entienden precisamente de su inmaculada Concepción; por lo que el Idiota la dice: *Toda tú eres hermosa, Virgen gloriosísima, no en parte, sino en todo, y no hay en ti mácula de pecado, ni mortal ni venial, ni original* (4).

Esto mismo significó el Espíritu Santo cuando llamó á esta su Esposa *huerto cerrado y fuente sellada* (5). María, dice San Jerónimo, fué este huerto cerrado y esta fuente sellada, pues no entraron jamás en ella los enemigos para ofenderla, sino que permaneció siempre ilesa, quedando santa en el alma y en el cuerpo (6). Hablando San Bernardo con la Virgen, dijo igualmente: *Tú eres huerto cerrado, en el que jamás entró la mano de los pecadores para robar sus flores* (7).

Sabemos que este divino Esposo amó á María más que á todos los demás santos y ángeles juntos, según afirma el P. Suárez y San Lorenzo Justiniano y otros. El la amó desde el principio, y la exaltó en santidad sobre todos, como expresa David: *Sobre los montes santos está fundada; ama el Señor las puertas de Sión más que todos los tabernáculos de Jacob..... un hombre ha nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado* (8); palabras que todas significan que María fué santa desde el instante de su Concepción. Lo mismo significa en lo que dijo el mismo Espíritu Santo en otros lugares: *Muchas son las hijas que han allegado riquezas; mas tú á todas has aventajado* (9). Si María excedió á todas las criaturas en riquezas de gracia, luego tuvo también la justicia original, como la tuvieron Adán y los Angeles. Todas las almas justas son hijas de la divina gracia; pero entre éstas, María fué la *paloma* sin hiel de culpa, la *perfecta* sin mancha de origen, la *única* concebida en gracia (10).

De aquí es que el Angel, antes que ella fuese Madre de Dios, ya la halló llena de gracia, y la saludó diciéndole: *Dios te salve, llena de gracia*; sobre cuyas palabras escribió Sofronio, que la gracia se da á los otros santos parcialmen-

1. Cant. iv, 7.—2. Tom. 2, Serm. 50.—3. Serm. de Nat. Virg.—4. In Cont. R. V. cap. 3.—5. Cantic. iv, 10.—6. Ep. 10 ad Eust. de Ass.—7. Vide in loc. cit. Cant. iv.—8. *Fundamenta ejus in montibus sanctis; diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob. . . Homo natus est in ea, et ipse fundavit eam Altissimus. Psalm. lxxxvi, 1, 2 et 5.—9. Prov. xxxi, 29.—10. Cantic. vi, 7 et 8.*

te; mas á la Virgen por entero (1); de manera que, dice Santo Tomás, la gracia, no sólo santificó el alma, sino también la carne de María, á fin de que ella pudiese después vestir al Verbo eterno (2). Todo esto, pues, conduce á entender que María desde el instante de su Concepción fué enriquecida por el Espíritu Santo y colmada de la divina gracia, como arguye Pedro Celense (3); por lo que dice San Pedro Damiano: Siendo elegida y preelegida por Dios, el divino Espíritu había de prevenir y hacer suya á esta esposa antes que Lucifer se apoderase de ella (4).

Quiero concluir este discurso, en el cual me he extendido más que en los otros, por razón de que nuestra mínima congregación tiene por su principal protectora á la Santísima Virgen María, precisamente bajo el título de su Inmaculada Concepción; quiero concluir, repito, exponiendo brevemente cuáles son los motivos que me convencen, y á mi parecer debieran convencer á cualquiera, de esta opinión tan piadosa y de tanta gloria para la divina Madre, á saber: que ella haya sido inmune de la culpa original.

Son muchos los doctores que defienden que María fué también exenta hasta de contraer el débito del pecado: tales son el cardenal Gelatino (5), el cardenal Cusano (6), de Ponte (7), Salazar (8), Catarino (9), Novarino (10), de Lugo, Egilio, Richelio y otros. Opinión bien probable; porque si es verdad que en la voluntad de Adán, como cabeza del género humano, estuvieron incluídas las voluntades de todos los hombres, según lo sostienen con razones muy probables Fonet (11), Gabert (12) y otros, fundados en aquel texto de San Pablo: *en Adán todos pecaron* (13), si esto, pues, es probable, probable también es que María no contrajo la deuda del pecado, porque habiéndola Dios distinguido mucho del común de los hombres por la gracia, debe piadosamente creerse que en la voluntad de Adán no incluyó la de María.

Esta opinión es solamente probable, y á ella me adhiero yo, por redundar en mayor gloria de mi Señora (*);

1. Serm. de Ass. B. V.—2. Opusc. 8.—3. Lib. de Panip. cap. 10.—4. Serm. de Annut.—5. De Arca lib. 7. cap. 15.—6. Lib. 8. Exerc. 8.—7. Lib. 2. Cant. ex. 10.—8. De Virg. Conc. cap. 7, § 7.—9. De Pecc. Orig. cap. ult.—10. Umbr. Virg. cap. 10. exc. 28.—11. Man. tom. 3. tract. 5. cap. 6. § 2.—12. Tom. 3. de Peccat. cap. 7.—13. Rom. v. 12.

* Lo que únicamente era una *opinión*, dejó ya de serlo; y lo que solamente era *probable*, ha pasado á ser *cierto*. PATERUS LOCUTUS EST: Pedro ha hablado por boca de Pio IX; y la creencia de la Inmaculada Concepción de María ha sido declarada verdad incuestionable, incontrovertible, DOGMA DE FE.

pero también tengo por cierta la otra, de que María no contrajo el pecado de Adán, como la tienen por cierta, y aun por próximamente definible de fe, como la llaman el cardenal Everardo (1), Duvalio (2), Raynaldo (3) y otros muchos. Omito, por lo tanto, las revelaciones que confirman la referida opinión, especialmente las de Santa Brígida, aprobadas ya por el cardenal Torquemada y por cuatro sumos Pontífices, como se lee en el capítulo VI de dichas revelaciones en muchos lugares (4). Mas por ningún estilo puedo dejar de notar aquí las sentencias de los santos Padres sobre este punto, para demostrar cuán acordes estuvieron en conceder este privilegio á la divina Madre. San Ambrosio dice: Recíbeme, no de Sara, sino de María, para que sea Virgen pura, ajena de toda corrupción; Virgen pura, Virgen exenta por la gracia de toda mancha de pecado (5). Orígenes, hablando de María, dice: No ha sido inficionada por el venenoso hábito de la serpiente (6). San Efrén: Inmaculada y muy ajena y remota de toda mancha de pecado (7). San Agustín, sobre las palabras del Angel: *Dios te salve, llena de gracia*, escribió: Muestra con ellas que cesó del todo (*nota del todo*) el enojo de la primera sentencia, restituyéndose la gracia llena de bendición (8). San Jerónimo: Aquella nube no estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz (9). San Cipriano ó quien fuere el autor: Ni permitía la justicia que aquel vaso de elección se contaminase con la común afrenta, porque siendo tan superior á los demás, participaba de la naturaleza, pero no de la culpa (10). San Anfiloquio: El que formó á la primera virgen exenta de pecado, creó á la segunda inmune hasta de la sombra de delito (11). Sofronio: Llámase inmaculada la Virgen, porque no fué contaminada en lo más mínimo (12). San Idefonso: Consta que fué exenta del pecado original (13). San Juan Damasceno: En este paraíso no tuvo entrada la serpiente (14). San Pedro Damiano: La carne de la Virgen, aunque tomada de Adán, no contrajo las manchas de éste (15). San Bruno: Esta es aquella tierra no contaminada que bendijo el Señor, libre por lo tanto de todo contagio del pecado (16). San Buenaventura: La Señora nuestra estuvo llena de la gracia preventiva en su santificación, esto es, de la gracia que la preservó de

1. In Exam. Theol.—2. 1. 2. q. 2 de pecc.—3. Piet. Lugd. num. 29.—4. Al cap. 12, 49 y 55.—5. S. 22. in Ps. 118.—6. Homil. 1.—7. Tom. 5. Or. ad Dei. Gen.—8. Serm. 11 in Nat. Dum.—9. In Psalm.—10. Lib. de Carn. Christi, operp. Natv.—11. Tr. de Delp.—12. In Ep. ep. Sin tom. 1. p. 207.—13. Contr. Disp. de Virg. Mar.—14. Or. de Nat. Mar.—15. Serm. de Ass. V.—16. In Ps. 202.

la fealdad de la culpa original (1). San Bernardino de Sena: No es de creer que el Hijo de Dios quisiese nacer de la Virgen y tomar su carne, estando desdorada por el pecado original (2). San Lorenzo Justiniano: Precavida estuvo en bendiciones desde su misma Concepción (3). El Idiota sobre aquellas palabras *hallaste gracia*, dice: Hallaste gracia singular, ¡oh dulcísima Virgen! porque fuiste preservada de la mancha original (4). Y lo propio dicen otros muchos doctores.

Finalmente, los motivos que ponen el sello á la verdad de esta piadosa sentencia, son dos: consiste el primero en el consentimiento universal de los fieles en este punto, Atestigua el P. Gil de la Presentación (5), que todas las Ordenes religiosas siguen esta sentencia; y del Orden mismo de Santo Domingo, dice un autor moderno, que aun cuando haya noventa y dos escritores dominicos que sostienen la contraria opinión, ciento treinta y seis del mismo Orden profesan la nuestra. Pero lo que sobre todo debe persuadirnos que nuestra piadosa opinión está conforme con el común sentir de los católicos, es lo que nos atestigua el Papa Alejandro VII en su célebre bula *La solicitud de todas las iglesias*, expedida á fines del año 1661, en la cual se dice: Tomó nuevo aumento y se propagó esta devoción y culto de la Madre de Dios... de manera que, habiendo adoptado esta opinión (esto es, la pia), las Universidades ya la siguen, y casi todos los católicos la han abrazado. Con efecto, la profesan los Academias de la Sorbona, de Alcalá, de Salamanca, de Coímbra, de Colonia, de Maguncia, de Nápoles y otras muchas, en las cuales todo graduado se obliga con juramento á defender la Inmaculada Concepción de María. De este argumento, esto es, del común sentir de los fieles, se vale sobre todo para probar esta opinión el docto Petavio (6), cuyo argumento, escribe el doctísimo obispo D. Julián Torní (7), no puede dejar de convencer; porque, en verdad, si el común consentimiento de los fieles nos asegura de la santificación de María en el seno de su madre, y de su gloriosa Asunción al cielo en alma y cuerpo, ¿por qué esta común opinión de los fieles no nos ha de asegurar también de su Concepción Inmaculada?

El otro motivo, más fuerte aún que el primero, que

1. Serm. 7 de Ass.—Tom. 3, Serm. 49.—2. Serm. de Annunt.—4. Cap. VI.—5. De Pass. Virg. q. 6, art. 4.—6. Tom. 5, p. 2 lib. 14, cap. 1, num. 10.—7. In Adm. ad. Est. tit. 2, dist. 3, § 2.

nos hace creer que la Virgen estuvo exenta del pecado original, es la fiesta que la Iglesia universal ha establecido en celebración de su Concepción Inmaculada. Y acerca de esto veo, por una parte, que la Iglesia celebra el primer instante en que fué criada el alma de María, y unida al cuerpo, como declara Alejandro VII en la bula mencionada, en la que se expresa que la Iglesia tributa á la Concepción de María el mismo culto que la rinde la piadosa opinión, según la cual fué concebida sin la culpa original. Por otra, no ignoro que la Santa Iglesia no puede celebrar lo que no sea santo, según los oráculos de San León papa (1), y de San Eusebio pontífice: *En la Sede apostólica siempre se ha conservado la religión apostólica sin mancha* (2); y como enseñan todos los teólogos, con San Agustín (3), San Bernardo (4) y San'to Tomás, el cual para probar que María fué santificada antes de nacer, se sirve precisamente de este argumento, esto es, de la celebración que hace la Iglesia de su nacimiento, y por esto dice: La Iglesia celebra la Natividad de la bienaventurada Virgen, es así que no se celebra fiesta en la Iglesia, sino por algún santo; luego la bienaventurada Virgen fué santificada en el vientre de su Madre (5). Ahora bien; si es cierto, como dice el Doctor angélico, que María fué santificada en el vientre de su madre, pues la Iglesia santa celebra su nacimiento, ¿por qué no hemos también de tener por cierto que María fué preservada del pecado original desde el primer instante de su Concepción, ya que sabemos que en este sentido la misma Iglesia celebra su fiesta? En confirmación de este gran privilegio de María, son barto notorias las innumerables y prodigiosas gracias que el Señor se complace en dispensar todos los días en el reino de Nápoles por medio de las estampas de la Inmaculada Concepción. Yo pudiera citar muchas de ellas, presenciadas por los Padres de nuestra misma Congregación; pero me limitaré á referir dos que verdaderamente son admirables.

EJEMPLOS

En una de las casas que posee nuestra mínima Congregación de Nápoles, se presentó una mujer diciendo á uno de nuestros Padres que su marido no se había confesado hacía muchos años, y que la infeliz ya no sabía qué

1. Ep. Decret. 4, cap. 2.—2. Decret. 24, 9, 1, cap. in Sede.—3. Serm. 95 et 113.—4. Ep. ad Con. Lug.—5. 3 p. 4, 27, art. 2.

hacerse para reducirle, pues en hablándole de confesión la maltrataba. El Padre le contestó que le diese una estampa de María inmaculada. A la noche la mujer suplicó nuevamente á su marido que se confesase; pero haciéndose éste el sordo como acostumbraba, ella le dió una estampa. Y he aquí que apenas el marido la recibió, dijo: *Y bien, ¿cuándo quieres llevarme á confesar, que estoy pronto?* La mujer comenzó á llorar de alegría al ver aquel cambio tan repentino. Efectivamente, por la mañana vino á nuestra iglesia; y preguntándole el referido Padre cuánto tiempo mediaba desde su última confesión, respondió que veintiocho años *Y cómo, replicó el Padre, os habéis decidido esta mañana á venir á confesar?* Padre, le respondió *yo permanecía obstinado; pero anoche mi mujer me dió una estampa de la Virgen, y luego me sentí tocado en el corazón, de suerte que esta noche cada momento me parecía un siglo, anhelando que llegase el día para poder venir á confesarme.* Y, con efecto, se confesó con mucho dolor, mudó de vida y continuó mucho tiempo confesándose frecuentemente con el mismo Padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras hacíamos allí la santa misión, había un hombre enemistado mortalmente con otro que le había ofendido. Un Padre de nuestra Congregación le habló para que le perdonase, y él le respondió: *Padre, ¿me habéis visto asistir alguna vez á vuestro sermón?* *No por cierto, y por esto jamás voy á oírlos; ya sé que estoy condenado; mas no importa, quiero vengarme.* Trabajó mucho el Padre para convertirlo; pero viendo que era trabajo perdido, Tomad, le dijo, esta estampa de la Virgen. El le respondió: *¿Y para qué sirve esta estampa?* Sin embargo, habiéndola tomado, aunque siempre había negado el perdón que se le pedía, dijo al misionero: *Padre mío, ¿desea algo vuestra reverencia, algo más que el perdón?* *Aquí me tiene usted pronto para perdonar.* Y, al efecto, quedaron de acuerdo para la mañana siguiente. Mas al otro día habla ya vuelto á su primera obstinación, y no quería cumplir lo que antes había ofrecido. Entrególe dicho Padre otra estampa; él la rehusaba, y sólo después de muchas instancias accedió á ello; pero ¡oh maravilla! apenas hubo tomado la segunda estampa, exclamó: *Ea, despachemos, ¿dónde está mi enemigo?* Y luego le perdonó, y se confesó después.

ORACIÓN

¡Ah Inmaculada Señora mía! yo me regocijo con Vos al veros enriquecida de tanta pureza. Doy gracias, y propongo darlas siempre, al común Criador, por haberos preservado de toda mancha de culpa, como lo tengo por cierto; y para defender ese tan grande y singular privilegio de vuestra Inmaculada Concepción, juro dar, si necesario fuere, hasta mi vida. Quisiera que todo el mundo os conociese y contemplase como aquella bella *Aurora*, resplandeciente siempre de divina luz; como aquella *Arca* escogida de salud, libre del común naufragio del pecado; como aquella *perfecta é inmaculada paloma*, según la expresión de vuestro divino Esposo; como aquel *Huerto cerrado*, que fué la delicia de Dios; como aquella *Fuente sellada*, en la que jamás entró el enemigo á enturbiar sus aguas; y, en fin, como aquella blanca *Azucena*, cual sois Vos, que naciendo entre las espinas de los hijos de Adán, donde todos nacen manchados de la culpa y enemigos de Dios, Vos nacisteis pura, llena de candor y predilecta de vuestro Criador.

Permitid, pues, que yo también os alabe como os alabó vuestro mismo Hijo: *Toda tú eres hermosa, y no hay defecto alguno en ti.* ¡Oh purísima paloma, tan cándida como hermosa, objeto eterno de la amistad de Dios! *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!* ¡Ah dulcísima, amabilísima, inmaculada María! Vos, que sois tan hermosa á los ojos de vuestro Señor, no os desdenguéis de mirar con compasión las asquerosas llagas de mi alma. Miradme, apiadaos de mí y curadme. ¡Oh hermoso imán de los corazones! Atraed hacia Vos este corazón miserable, Vos, que desde el primer instante de vuestra vida aparecisteis pura y hermosa delante de Dios, compadeceos de mí, que no sólo nací en pecado, sino que después del bautismo he manchado mi alma con nuevas culpas. Aquel Dios que os escogió por Hija, Madre y Esposa suya, preservándoos por lo mismo de toda mancha, y prefiriéndoos en su amor á todas las criaturas, ¿qué gracia podrá jamás negaros? ¡Virgen inmaculada! Vos me habéis de salvar, os diré con San Felipe Neri; haced que me acuerde siempre de Vos, y no os olvidéis de mí. Mil siglos me parece que tardará en llegar para mis deseos el momento de poder contemplar vuestra hermosura en el cielo, para alabaros y amaros con más ardor, Madre mía, Reina mía, querida mía, hermosísima, dulcísima, purísima, inmaculada María. Amén.

DISCURSO II

DEL NACIMIENTO DE MARÍA

Maria nació santa, y gran santa, pues fué grande la gracia con que la enriqueció Dios desde el principio, y grande la fidelidad con que María le correspondió.

Los hombres suelen celebrar con fiestas y demostraciones de regocijo el nacimiento de sus hijos, siendo así que con más razón debieran llorarle con señales de luto y de dolor, considerando que nacen no sólo privados de mérito y razón, sino también manchados de la culpa, hijos de ira, y condenados por lo mismo á todas las miserias y á la muerte. Mas el nacimiento de nuestra hija María, justo es que se celebre con fiestas y alabanzas universales, porque si viene al mundo niña viene á lo menos grande en méritos y virtudes. María nace santa, y gran santa; mas para comprender el grado de santidad con que nació, preciso es considerar, primero, cuan grande fué la primera gracia con que Dios la enriqueciera, y en segundo lugar, cuan grande fué la fidelidad con que María correspondió luego á Dios.

PUNTO I

Tratando del primer punto, es cierto que el alma de María fué la más hermosa que Dios haya jamás criado; de modo que, después de la Encarnación del Verbo, esta fué la obra más grande y más digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como lo dice San Pedro Damiano. La divina gracia, pues, no cayó gota á gota sobre María como sobre los demás santos, sino como la lluvia sobre un vellocino, según profetizó David (1). El alma de María, dice San Basilio, fué á manera de lana, que felizmente absorbió la copiosa lluvia de la gracia, sin perder una sola gota (2). Por lo cual ella pudo decir por boca del Eclesiástico: *Mi habitación fué en la plena reunión de los santos* (3); esto es, como expone San Buenaventura: Poseo en su plenitud lo que los otros Santos sólo tienen en parte (4). Y San Vicente Ferrer, hablando señaladamente de la santi-

1. Ps. LXXI, 6.—2. In Cat. D. Th. in 1 Luc.—3. Eccli. XXXI, 16.—4. Serm. 3 de Virg.

dad de María antes de su nacimiento, dice que ella aventajó á todos los Santos y Angeles en santidad, por haber sido santificada en el vientre de su madre.

La gracia que obtuvo la bienaventurada Virgen excedió, no sólo á la de cada santo en particular, sino á la de todos los Santos y Angeles reunidos, según lo prueba el docto P. Francisco Pepe, de la Compañía de Jesús, en su bella obra de las *Grandezas de Jesús y María* (1); y afirma que esta opinión tan gloriosa para nuestra Reina es actualmente común y admitida como cierta entre los teólogos modernos, como son: Cartagena, Suárez, Spinelí, Recupito, Guerra y otros muchos, los cuales la han examinado ex profeso, lo que no hicieron los doctores antiguos; y refiere además que la divina Madre envió al P. Martín Gutiérrez á dar gracias de su parte al P. Suárez por haber defendido tan hábilmente esta opinión muy probable, la cual, como atestigua el P. Señeri, en su *Devoto de María*, ha sido después sostenida unánimemente por la escuela de Salamanca.

Ahora bien; si esta sentencia es común y cierta, mucho más probable será aún también que María desde el primer instante de su Inmaculada Concepción recibió esta gracia superior á todos los Santos y Angeles juntos como lo defiende con energía el mismo P. Suárez, y con él los PP. Spinelí, Recupito (2) y La-Colombiere (3). Pero además de la autoridad de los teólogos, hay dos fuertes y convincentes razones que prueban la mencionada opinión. La primera es que María fué elegida por Dios para Madre del Verbo divino; por lo cual el B. Dionisio Cartujano dice que habiendo sido ella elevada á un orden superior á todas las criaturas, pues en cierto modo la dignidad de Madre de Dios, como afirma el P. Suárez, pertenece al orden de unión hipostática, con razón desde el principio de su vida le fueron conferidos los dones de un orden tan superior, que sobrepusieron incomparablemente á todos los concedidos á las demás criaturas.

Y á la verdad, no puede dudarse que al propio tiempo que en los divinos decretos fué predestinada la persona del Verbo eterno para hacerse hombre, le fué destinada también la Madre en cuyas entrañas había de tomar el ser humano, y ésta fué nuestra niña María. Santo Tomás enseña que el Señor da á cada uno la gracia proporcionada á

1: En el tom. 3, Lec. 226.—2: Apud. P. Pepe loc. cit.—3: Préd. 99.

la dignidad para que le destina (1); y ya antes lo enseñó San Pablo cuando escribió: *Que también nos hace idóneos ministros del Nuevo Testamento* (2), significándonos que los Apóstoles recibieron de Dios los dones proporcionados á la importancia del ministerio á que fueron llamados. Añade San Bernardino de Sena, que cuando Dios elige á alguno para cualquier estado, recibe, no solamente las disposiciones necesarias al mismo, sino también los dones que ha menester para desempeñarlo dignamente (3). Si María, pues, fué elegida para ser Madre de Dios, fué muy conveniente que Dios la adornase desde el primer instante de una gracia inmensa, y de orden superior á la de los hombres y Angeles, debiendo la gracia corresponder á la dignidad inmensa y altísima á la que Dios la elevaba, como concluyen todos los teólogos con Santo Tomás (4); de tal modo, que María, así habla el santo doctor, antes de ser Madre de Dios, fué adornada de una santidad tan perfecta, que la hizo idónea para tan sublime dignidad (5).

Y antes había dicho (6) que por esto María se llamaba llena de gracia, no ya por parte de la misma gracia, porque ella no la tuvo en el grado de excelencia de que es susceptible, así como tampoco fué suma la gracia habitual de Jesucristo, como dice el mismo santo doctor, de manera que la virtud divina no hubiera podido hacerla mejor de potencia absoluta, aun cuando fué una gracia suficiente y correspondió al objeto que la divina Sabiduría se había propuesto, esto es, á la unión de la naturaleza humana con la personal del Verbo (7). Pues enseña el mismo Angélico doctor que la divina potencia es tan grande, que por más que dé, siempre le queda para dar; y aunque la facultad natural de la criatura en cuanto al recibir sea de suyo limitada, de manera que pueda enteramente llenarse, sin embargo, su facultad de obedecer á la divina voluntad es ilimitada, y Dios pueda siempre llenarla más, aumentando su capacidad para recibir (8); por lo que, volviendo á nuestro propósito, dice Santo Tomás que, aunque la bienaventurada Virgen no estuvo llena de gracia en cuanto á la misma gracia, sin embargo, se dice llena de gracia con respecto á ella misma, porque recibió una gracia inmensa, suficiente y correspondiente á su elevada dignidad, de manera que esta gracia la hiciese idónea para ser Ma-

1. 3. p. q. 27, art. 5, ad 1.—2. Cor. III, 6.—3. Serm. 70, a. 9. c. 1.—4. Loc. cit. a. 4.—5. 3. p. q. 27, a. 5, ad 2.—6. 3. p. q. 7, a. 10, ad 1.—7. 3. p. q. 7, a. 12, ad 2.—8. S. Thom. q. 27 de Verit. a. 3, ad 9.

dre de Dios (1). Por lo cual añade Benedicto Fernández, que la medida para conocer cuánto haya sido la gracia comunicada á María, es su dignidad de Madre de Dios.

Con razón, pues, dijo David que los fundamentos de esta ciudad de Dios, María, debían abrirse sobre las cumbres de los montes (2); esto es, que el principio de la vida de la Virgen debía ser más alto que todas las vidas consumadas de los Santos. El Señor, prosigue el profeta, ama las puertas de Sión más que todos los tabernáculos de Jacob. Y el mismo David dió la razón de esto, porque Dios debía hacerse hombre en su seno virginal; por lo que fué conveniente, que el Señor diese á esta Virgen, desde el primer instante que la crió, una gracia correspondiente á la dignidad de Madre de Dios.

Lo mismo quiso significar Isaias, cuando dijo que en los tiempos venideros debía prepararse el monte de la casa del Señor, que fué la bienaventurada Virgen, sobre la cumbre de todos los demás montes; y que por esto todas las gentes debían correr á él para recibir las divinas misericordias (3). San Gregorio explica este pasaje diciendo: Monte en verdad sobre la cumbre de los montes, porque María en su elevación resplandece sobre todos los Santos (4). Y Juan Damasceno: Monte que plugo á Dios escoger para su morada. Por esto María fué llamada *ciprés*, pero ciprés del monte Sión; *cedro*, pero cedro del Libano; *olivo*, pero olivo hermoso; *elegida*, mas elegida como el sol; pues dice San Pedro Damiano que, así como este astro con su resplandor eclipsa de tal modo el brillo de las estrellas que éstas no aparecen, así la gran Virgen Madre sobrepuja con su santidad á los méritos de toda la corte celestial (5). Por manera, dice elegantemente San Bernardo, que María fué tan elevada en santidad, que á Dios no le convenía tener otra Madre que María, ni á María otro Hijo que Dios.

La segunda razón por la cual se prueba que María en el primer instante de su vida fué más santa que todos los Santos reunidos, se funda en el grande oficio de mediadora de los hombres, que ella obtuvo desde el principio; por lo que fué preciso que ya entonces poseyese mayor caudal de gracia que el que tienen todos los hombres juntos. Es sabido cuán común era entre los teólogos y santos Padres el atribuir á María este título de mediadora; por haber al-

1. 3 p. Q. 7, art. 10, ad 1.—2. Psalm. CXXVI, 1—3. Isai, II, 2.—4. Lib. 110
1 Reg. cap. 1.—5. Serm. de Ass.

canzado con su poderosa intercesión y mérito de congruidad; la salud á todos, procurando al mundo perdido el gran beneficio de la redención. Dicese mérito de congruidad, porque sólo Jesucristo es nuestro mediador por vía de justicia, y por mérito *de condigno*, como llaman las escuelas, habiendo él ofrecido sus méritos al eterno Padre, que los aceptó para nuestra salvación. Al contrario, María es mediadora de gracia por vía de simple intercesión, y por mérito *de congruo*, habiendo ofrecido á Dios, como dicen los teólogos con San Buenaventura, sus méritos por la salvación de todos los hombres, y Dios, por gracia, los aceptó con los méritos de Jesucristo. Por esto dice San Arnaldo Carnotense: María cooperó con Cristo para nuestra salud. Y Ricardo de San Víctor: Deseó la salud de todos, la solicitó y la alcanzó, y aun podremos decir que por medio de ella quedó efectuada (1). De manera que todo bien, todo don de vida eterna que cada uno de los Santos recibió de Dios, le fué dispensado por la mediación de María.

Esto es lo que la Santa Iglesia quiere darnos á entender cuando honra á la divina Madre, aplicándole las palabras del Eclesiástico: *En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad* (2). Dicese *camino*, porque por María se dispensan todas las gracias á los viadores de este mundo; *de la verdad*, porque por María se da la luz de la verdad. *En mí toda esperanza de vida y de virtud: vida*, porque por María esperamos alcanzar la vida de la gracia en la tierra y la de la gloria en el cielo; *virtud*, porque por medio de María se adquieren las virtudes, y especialmente las teologales, que son las principales virtudes de los Santos. *Yo soy Madre del amor hermoso, del temor y de la ciencia de la salvación y de la santa esperanza*. María con su intercesión alcanza á sus siervos los dones del divino amor, del temor de Dios, de la luz celestial y de la santa confianza. De lo cual infiere San Barnardo ser doctrina de la Iglesia que María es la mediadora universal de nuestra salvación: *Glorifica á la descubridora de la gracia, á la mediadora de la salud, á la restauradora de los siglos. Eso canta y me enseñó á cantar la Iglesia* (3).

Por esto afirma San Sofronio, patriarca de Jerusalén, que el arcángel Gabriel la llamó llena de gracia, porque mientras á los demás, dice el mismo Santo, se les dió la

1. Cap. 26.^{to} Cant.—2. Eccli. xxiv, 25—3. Epist. 174 ad cap. Lugd.

gracia limitada, María la recibió entera (1), á fin de que según dice San Basilio, pudiese ser así digna mediadora entre Dios y los hombres. De otra suerte, replica San Lorenzo Justiniano, si la Santísima Virgen no hubiese estado llena de la divina gracia, ¿cómo hubiera podido ser la escala del paraíso, la abogada del mundo y la mediadora de los hombres para con Dios (2)?

He aquí, pues, bien demostrada la segunda razón propuesta. Si María desde el principio, como Madre destinada al común Redentor, recibió el oficio de mediadora de todos los hombres, y por consiguiente también de todos los Santos, fué igualmente necesario que desde el principio obtuviese una gracia superior á la de todos los Santos por quienes ella debía interceder. Me explicaré más claro. Si por medio de María debían hacerse amados de Dios todos los hombres, bien era necesario que María fuese más santa y más amada de Dios que todos los hombres juntos. De otra manera ¿cómo hubiera podido ella interceder por todos los demás? Para que un intercesor alcance del príncipe la gracia para todos los súbditos, es absolutamente indispensable que él sea más amado del monarca que todos los demás vasallos. Y por esto María, concluye San Anselmo, mereció ser digna reparadora del mundo perdido, porque fué la más santa y más pura de todas las criaturas (3).

Fué, pues, María mediadora de los hombres, se dirá tal vez; mas ¿cómo puede llamarse también mediadora de los Angeles? Sostienen muchos teólogos que Jesucristo mereció también para los Angeles la gracia de la perseverancia; por lo que así como Jesús fué su mediador *de condigno* así también María puede decirse mediadora de los Angeles *de congruo*, porque con sus ruegos aceleró la venida del Redentor. A lo menos mereciendo *de congruo* el ser hecha Madre del Mesías, mereció á los Angeles la reparación de las sillas que perdieron los demonios. Luego por lo menos les mereció esta gloria accidental; y por esto dijo Ricardo de San Víctor: Ambas criaturas fueron reparadas por María; pues por ella fué restaurada la ruina de los Angeles y reconciliada la naturaleza humana (4); que es lo que antes había dicho San Anselmo con estas palabras: Por esta Virgen fueron todas las cosas renovadas y restablecidas á su primitivo estado (5).

De manera que nuestra Niña celestial, ya por haber

1. Serm. de Ass.—2. B. Virg. Serm. de Annunt.—3. De Excell. Virg. cap. 9.—4. In Cant. 4.—5. De Exc. Virg. cap. 11.

sido la mediadora del mundo, ya por haber sido destinada para Madre del Redentor, desde el primer instante de su vida recibió una gracia superior á la de todos los Santos juntos. ¡Qué admirable espectáculo sería para el cielo y para la tierra la graciosa alma de esta feliz Niña, aunque encerrada todavía en el vientre de su madre! Ella era la criatura más amable á los ojos de Dios; porque llena ya de gracia y de mérito, podía desde entonces lisonjearse de que: *Siendo aún Niña fué del agrado del Altísimo*. Y era al propio tiempo la criatura más amante de Dios que hasta aquel tiempo se hubiese visto en el mundo; de manera que si María hubiese nacido inmediatamente después de su purísima Concepción, hubiera ya venido al mundo más rica de méritos y más santa que todos los Santos reunidos. Imaginémonos ahora cuánto más santa nació ella, viendo la luz después de haber adquirido nuevamente méritos, durante los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre. Y de aquí pasemos á considerar el segundo punto, esto es, cuán grande fué la fidelidad con que María correspondió luego á la divina gracia.

PUNTO II

No es ya una simple opinión, dice el P. La Colombière (2), sino la opinión de todo el mundo, que recibiendo la santa Niña en el vientre de Santa Ana la gracia santificante recibió al mismo tiempo el perfecto uso de la razón, con una gran luz divina correspondiente á la gracia con que fué enriquecida. De manera que bien podemos creer que desde el primer instante en que su hermosa alma fué unida á su purísimo cuerpo, estuvo alumbrada con todas las luces de la divina sabiduría, para conocer perfectamente las verdades eternas, la belleza de las virtudes, y sobre todo la infinita bondad de su Dios y los títulos que El tiene al amor del género humano, y singularmente al suyo, en virtud de las prerogativas singulares con que el Señor la había adornado y distinguido entre todas las criaturas, preservándola de la mancha de la culpa original, dándole una gracia tan inmensa y destinándola para Madre del Verbo y Reina del Universo.

Así es que, reconocida María á su Dios, desde aquel primer instante empezó á obrar en cuanto pudo, empleando fielmente la multitud de gracias que había recibido, y

aplicándose toda á complacer y amar la bondad divina, á la que desde entonces amó con todas sus fuerzas, y continuó siempre amándola durante los nueve meses que precedieron á su nacimiento, en los cuales no cesó un instante de unirse siempre más y más á Dios con fervorosos actos de amor. Hallándose exenta de la culpa original, lo era también de todo afecto terreno, de todo movimiento desordenado, de toda distracción, de toda rebelión de los sentidos que pudieran haberle impedido de ir adelantando en el divino amor; todos sus sentidos estaban también acordes con su bendito espíritu en elevarse al Señor, por lo que su hermosa alma, libre de todo impedimento, volaba incesantemente hacia Dios, siempre le amaba y siempre acrecentaba su amor. Por esto ella misma se llamó: *Plátano plantado en la corriente de las aguas* (1); porque ella fué aquella noble planta de Dios, que creció siempre á la corriente de las divinas gracias. Por esto se llamó igualmente: *Vid que brotó pimpollos de suave olor* (2), no sólo porque fué en extremo humilde á los ojos del mundo, sino también porque, á semejanza de la vid, que siempre va creciendo (los otros árboles, como el naranjo, el moral, el peral, llegan á determinada altura; pero la vid crece siempre hasta alcanzar la elevación del árbol á que se arrima); así la Santísima Virgen creció igualmente en la perfección. (*Dios te salve, vid de perpetuo vigor* (3), decíale saludándola San Gregorio Taumaturgo), y siempre estuvo unida á Dios, que era su único apoyo. De aquí es que de ella habló el Espíritu Santo cuando dijo: *¿Quién es esta que sube del desierto rebotando en delicias, apoyada en su amado?* (4). San Ambrosio comenta estas palabras diciendo: Esto es, que sube para asirse al Verbo divino, con el sarmiento de la vid. *¿Quién es esta que unida al Verbo de Dios se eleva como planta de vid apoyada á un grande árbol?* (5).

Dicen muchos y graves teólogos que el alma que posee un hábito de virtud, siempre que ella corresponda fielmente á las gracias actuales que recibe de Dios, produce un acto igual en la intención al hábito que posee, de suerte que cada vez adquiere un nuevo y duplicado mérito, igual á la suma de méritos ya antes adquiridos. Este aumento ya fué concedido, como dicen, á los Angeles en su estado de viadores; y si se les concedió á ellos, ¿quién podrá negarlo á la divina Madre mientras vivió en este

1. Eccli. xxv, 19.—2. Idem, idem, 23.—3. Serm. 1, in Ann.—4. Cant. viii, 5.—5. Lib. 1 de Isaac, cap. 4. ap. Seneri. Paneg. Serm. 12 y 1 de la Annun. n. 5.

mundo, y especialmente en el tiempo de que hablo, en que estuvo encerrada en el vientre de su madre, durante el cual fué ciertamente más fiel que los Angeles en corresponder á la gracia? María, pues, en cada instante de aquel intervalo redobló aquella sublime gracia que desde el primer momento poseyó, pues correspondiendo ella con todas las fuerzas y perfecciones en cada acto que hacia, redoblabá en consecuencia sus méritos, y á cada instante. De este modo podemos decir, que si en el primer instante tuvo mil grados de gracia, en el segundo reunió dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil, en el quinto dieciséis mil, y en el sexto treinta y dos mil. Y estamos ahora no más que en sexto instante; pero multiplicad así por un día entero por nueve meses, y considerad qué tesoros de gracia, de méritos y de santidad trajo María al mundo cuando nació.

Regocijémonos, pues, con nuestra Niña, que nace tan santa, tan amada de Dios y tan llena de gracia. Y regocijémonos, no sólo por ella, sino también por nosotros, pues viene al mundo tan llena de gracia, no sólo para su gloria, sino aun para nuestro bien. Santo Tomás, en su opúsculo cuarto, considera que de tres modos estuvo llena de gracia la Santísima Virgen. Principalmente lo estuvo en el alma, de manera que desde el principio su hermosa alma fué toda de Dios. En segundo lugar, lo estuvo en el cuerpo, de modo que de su purísima carne mereció vestir al Verbo eterno. En tercer lugar, estuvo llena de gracia para beneficio común, á fin de que de ella pudieran participar todos los hombres. Algunos Santos, añade el Angélico Maestro, obtienen gracia suficiente, no sólo para sí, sino también para salvar á otros muchos, pero no á todos los hombres. Solamente á Jesucristo y á María fué conferida una gracia tan grande, que bastase para salvar á todos (1); de manera que lo que San Juan dice de Jesús: *De la plenitud de éste hemos participado todos nosotros*, lo dicen también los Santos de María. Santo Tomás de Villanueva: *Llena de gracia, de cuya plenitud reciben todos*. De modo, dice San Anselmo, que no hay quien no participe de la gracia de María. Y ¿qué mortal ha dejado de experimentar la benignidad de María, y no ha recibido de ella misericordia? Pero debemos entender que de Jesús recibimos la gracia, como autor de ella; de María, como mediadora; de Jesús, como

Salvador; de María, como abogada; de Jesús, como fuente; de María, como canal.

Por lo cual dice San Bernardo que Dios constituyó á María como acueducto de las misericordias que El quería dispensar á los hombres; y por esto la llenó de gracia, para que de su plenitud fuese comunicada á cada uno su parte; y en su consecuencia el Santo nos exhorta á que consideremos con cuánto amor quiere Dios que honremos á esta excelsa Virgen, porque en ella ha colocado todo el tesoro de sus bienes, á fin de que demos gracias á nuestra santísima Reina por todo lo que poseemos de esperanza, de gracia y de satisfacción, pues todo nos viene de sus manos y por su intercesión (1). ¡Desdichada el alma que se cierre este canal de gracias con su negligencia de encomendarse á María! Cuando Holofernes quiso apoderarse de la ciudad de Betulia, procuró romper los acueductos (2). Así obra el demonio cuando quiere apoderarse de una alma: le hace abandonar la devoción á María Santísima; una vez cerrado este canal, pierde luego la luz, el temor de Dios y, en fin, la salvación eterna. Léase el siguiente ejemplo, en el cual se ve cuan grande es la piedad del corazón de María y la ruina que se atrae el que se cierra este canal, olvidándose de la devoción á esta Reina del cielo.

EJEMPLO

Refiered Tritemio, Canisio y otros, que en Magdeburgo, ciudad de la Sajonia, hubo un hombre llamado Udón, el cual en su juventud fué de tan rudo entendimiento, que era el escarnio de sus condiscípulos. Hallándose un día muy afligido por su incapacidad, fué á encomendarse á la Virgen Santísima delante de una imagen suya. María se le apareció en sueños y le dijo:— Udón; te quiero consolar, y no solamente te quiero alcanzar de Dios la sabiduría suficiente para librarte de las burlas, sino también un talento tal, que cause admiración. Y aun más, te prometo que cuando haya muerto el obispo, serás elegido en su lugar.— Todo se verificó como se lo dijo María; adelantó presto en las ciencias, y obtuvo el obispado de aquella ciudad. Mas Udón fué tan ingrato con Dios y con su bienhechora, que dejando toda devoción, llegó á ser el escándalo general.

Mientras una noche estaba en la cama con una sacrilega compañera, oyó una voz que le dijo:—Udón cesa de divertirte en ofensa de Dios; bastante ha durado esto.—La primera vez que oyó estas palabras se enojó pensando que sería la voz de algún servidor suyo que trataba de corregirle; pero viendo que las repitieron en la segunda y tercera noche, entró en recelo de que aquella voz fuese del cielo. A pesar de esto, prosiguió en su mala vida; mas pasados los tres meses que Dios le concediera para arrepentirse, he aquí el castigo que sufrió. Hallábase una noche en la iglesia de San Mauricio un devoto canónigo llamado Federico, rogando á Dios tuviese á bien remediar el escándalo que daba el prelado, cuando he aquí que se abrieron las puertas de la iglesia empujadas por un viento impetuoso. Luego entraron dos jóvenes con antorchas encendidas en las manos, y se colocaron á los lados del altar mayor, entraron después otros dos, tendieron delante del altar un tapete, y pusieron sobre él dos sillas de oro. Entró en seguida otro joven en traje militar, con espada en mano, el cual deteniéndose en medio de la iglesia, gritó:—Oh santos del cielo que tenéis en este templo vuestras sagradas reliquias: venid á asistir á la ejemplar justicia que va á hacer el supremo Juez.—A estas voces aparecieron muchos santos, y también los doce Apóstoles, como asesores de este juicio, y en fin entró Jesucristo, que fué á sentarse en una de aquellas dos sillas. Después apareció María, acompañada de muchas santas y vírgenes, y el Hijo la hizo sentar en la otra silla. Entonces ordenó el Juez que trajesen el reo, que era el infeliz Udón. Habló San Mauricio y pidió justicia de parte de aquel pueblo escandalizado por su vida infame. Todos levantaron la voz, diciendo.—Señor, merece la muerte.—Muera, pues, dijo el eterno Juez.—Pero antes de ejecutarse la sentencia (véase cuán grande es la piedad de María) la tierna Madre salió de la iglesia por no asistir á aquel tremendo acto de justicia; y luego el celestial ministro, que empuñando la espada entró entre los primeros, se acercó á Udón, le hizo saltar de un golpe la cabeza del cuerpo y desapareció la visión. La iglesia había quedado á oscuras; y cuando el canónigo iba temblando á encender luz á una lámpara que ardía bajo la iglesia, volvióse y vió el cuerpo de Udón, separado de su cabeza, y el pavimento ensangrentado. Al amanecer el pueblo acudió al templo, y el canónigo le refirió toda la visión y el desenlace de aquella horrible tragedia. En el mismo día el pobre Udón, condenado

al infierno, apareció á un capellán suyo que ignoraba todo lo sucedido en la iglesia. El cadáver de Udón fué arrojado á una laguna, y su sangre quedó para perpetua memoria en el pavimento de la iglesia, que está cubierto siempre con una alfombra, y desde entonces se acostumbra levantarlo cuando toma posesión el nuevo obispo, para que á la vista de semejante castigo piense en ordenar bien su vida y en no ser ingrato á las gracias del Señor y de su Santísima Madre.

ORACIÓN

¡Oh santa y celestial Niña! Vos que sois la Madre destinada á mi Redentor y la eficaz mediadora de los desdichados pecadores, apiadaos de mí. Postrado á vuestros pies tenéis á otro ingrato que á Vos acude y os pide misericordia. Ea verdad que por haber sido ingrato á Dios y á Vos, mereciera que ambos me abandonaseis; mas oigo decir, y así lo creo, sabiendo cuán grande es vuestra misericordia, que Vos no rehusáis ayudar al que se encomienda á Vos con confianza. ¡Oh criatura la más sublime del mundo! supuesto que sólo Dios os aventaja, y que en vuestra presencia se humillan los eminentes del cielo, ¡oh Santa de los Santos! ¡oh María! abismo de gracia, socorred á un miserable que la ha perdido por su culpa. Sé que sois tan amada de Dios, que nada os niega. Se también que os complacéis empleando vuestra grandeza en aliviar á los miserables pecadores. ¡Ea, pues! mostrad cuán grande es la gracia que poseéis para con Dios, alcanzándome una luz y una llama divina tan poderosa, que me convierta de pecador en santo, y desasiéndome de todo afecto terreno, me inflame en el amor divino. Hacedlo, Señora, Vos que todo lo podéis. Hacedlo por amor de aquel Dios que os hizo tan grande, tan poderosa y tan compasiva. Así lo espero. Amén.

DISCURSO III

DE LA PRESENTACIÓN DE MARÍA

La ofrenda que María hizo de sí misma á Dios, fué pronta y sin demora, entera y sin reserva.

No hubo ni habrá jamás ofrenda de una mera criatura más grande ni más perfecta que la que María hizo á Dios, á la edad de tres años, cuando se presentó en el templo á ofrecerle, no aromas, sino becerrillos,

ni talentos de oro, sino á sí misma, todo entera, en perfecto holocausto, consagrándose víctima perpetua en honor suyo. Bien oyó ella la voz de Dios, que desde entonces la llamaba á consagrarse toda á su amor con aquellas palabras: *Levántate, apresúrate, amiga mía y ven* (1). Y por esto quería su Señor que desde entonces se olvidase de su patria, sus parientes y de todo, para dedicarse exclusivamente á amarle y complacerle: *Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida á tu pueblo y la casa de tu padre* (2). Y ella obedeció al instante á la divina voz. Consideremos, pues, cuán agradable fué á Dios la ofrenda que de sí misma le hizo María, porque se ofreció pronta y enteramente, activa y sin demora, entera y sin reserva. Dos puntos dignos de meditación: comencemos.

PUNTO I

María fué diligente en ofrecerse á Dios. Aunque desde el primer momento en que esta celestial Niña fué santificada en el vientre de su Madre, que fué en el primer instante de su Inmaculada Concepción, recibió el uso perfecto de la razón para poder empezar desde entonces á merecer, según la común opinión de los doctores con el P. Suárez, el cual dice, que siendo el modo más perfecto que Dios usa para santificar á una alma, el de santificarla por su propio mérito, como enseña Santo Tomás (3), debe creerse que la Santísima Virgen fué santificada de este modo (4). Y si se concedió este privilegio á los Angeles y Adán, como dice el Angélico doctor (5), con mucha mayor razón debe admitirse que fué concedido á la divina Madre, á la cual habiéndose dignado Dios elegir por Madre suya, debe ciertamente creerse que le confirió mayores dones que á todas las demás criaturas, según enseña el mismo Santo Doctor (6). Pues que en su calidad de Madre, dice el P. Suárez, tiene en cierto modo un derecho particular á todos los dones de su Hijo (7). Y así como por la unión hipostática Jesús debió tener la plenitud de todas las gracias, así convino también, por razón de la divina maternidad, que Jesús por deuda natural confiriese á María mayores gracias que las concedida á todos los demás Santos y Angeles.

De manera que desde el principio de su vida María co-

1. Cantic II, 10—2. *Va XLIV, 11—3. 3. p. q. 19, art. 3.—4. Tom. v. in 3. p. q. 1. 8.—5. 1. part. q. 63, art. 3, et q. 95, art. 2.—6. 3. p. q. 27, art. 5.—7. Tom. 2 lo 3 p. dist. 1, secc. 2.*

noció á Dios, y le conoció en grado tan superior, *que ninguna lengua*, como dijo el Angel á Santa Brígida, *es bastante para explicar cuánto la inteligencia de la bienaventurada Virgen llegó á penetrar á Dios, desde el primer instante que le conoció* (1). Alumbrada desde entonces María con aquella primera luz, se ofreció toda á su Señor, dedicándose enteramente á su amor y á su gloria, según el Angel prosiguió diciendo á Santa Brígida: *Al instante nuestra Reina determinó sacrificar su voluntad á Dios, con todo su amor, por todo el tiempo de su vida. Y nadie es capaz de comprender cuánto se sujetó entonces su voluntad á abrazar todas las cosas de su gusto.*

Pero entendiendo después la inmaculada Niña que sus santos padres Joaquín y Ana habían prometido á Dios, aun con voto, según refieren varios autores, que si les concedía sucesión la consagrarían á su servicio en el templo, y siendo costumbre antigua de los judíos el cerrar sus hijas en algunas celdas que había alrededor del mismo, como refieren Baronio, Nicéforo, Cedreno, Suárez y el historiador Josefo, con la autoridad de San Juan Damasceno, de San Jorge de Nicomedia, de San Anselmo (2) y de San Ambrosio (3); y como claramente se colige del libro segundo de los Macabeos, en donde, hablando de Heliodoro, que quería asaltar el templo para apoderarse del tesoro público que se hallaba allí depositado, se dice: Que recelosas las doncellas que estaban allí encerradas, que aquel lugar fuese profanado, huyeron á la casa de Onias (4): María, digo, no ignorando esto, apenas llegó á la edad de tres años, como atestiguan San Germán y San Epifanio, que dice: *A los tres años fué ofrecida en el templo* (5); edad en que las niñas desean y necesitan más la asistencia de sus padres, quiso ella ofrecerse solemnemente y consagrarse á Dios, presentándose en el templo; por lo cual fué la primera en rogar con instancia á sus padres que la llevasen al templo para cumplir su promesa. Y su santa madre Ana, dice San Gregorio Niceno, no vaciló ni se detuvo en llevarla al templo y ofrecerla á Dios (6).

Y he aquí cómo Joaquín y Ana, sacrificando generosamente á Dios lo que sus corazones más amaban en la tierra, parten á Nazareth, llevando alternativamente en sus brazos á su amada y muy tierna hija, pues ella no hubiera

1. Serm. Ang. cap. 14.—2. De Form. et Mor. B. M.—3. De Virg. l. 1.—4. Cap. 3, v. 23 et 19.—5. Serm. de Laud. Virg.—6. Or. de Nat. Christ.

podido andar á pie una distancia tan larga de ochenta lenguas que separan á Nazareth de Jerusalén, según refieren muchos autores. Viajaban así acompañados de pocos parientes; pero legiones de ángeles, dice San Jorge Nicomediense (1), formaban su cortejo y servían durante el camino á la inmaculada Niña, que iba á consagrarse á la divina Majestad; *¡Oh hermosa princesa! ¡y con qué gracia caminan esos tus pies!* (2). ¡Oh, cuán hermosos, debían cantar entonces los Angeles, cuán agradables son á Dios los pasos que das para ir á ofrecértele, oh hija predilecta de nuestro común Señor! Dios mismo, dice Bernardino de Bustos, festejó con toda su corte celestial la entrada de su Esposa al templo (3), pues nunca había visto una criatura más santa y más amada que fuese á ofrecérsele (4). Id, pues, le decía San Germán, arzobispo de Constantinopla, id, ¡oh Reina del mundo! ¡oh Madre de Dios! id con regocijo á la casa del Señor á esperar la venida del Espiritu divino, que os hará Madre del Verbo eterno (5).

Apenas la santa comitiva llega al templo, la graciosa Niña se vuelve á sus padres, y besándoles arrodillada las manos les pide la bendición; y luego, sin volver atrás su vista, sube las quince gradas del templo, como refiere Arias Montano citando á Josefo, y se presenta al sacerdote San Zacarías, como dice San Germán. Y despidiéndose entonces del mundo, y renunciando á todos los bienes que él promete á sus secuaces, se ofrece y consagra á su Criador.

En tiempo del diluvio, el cuervo que Noé envió fuera del arca, se quedó á devorar los cadáveres; mas la paloma, sin pararse en parte alguna, volvió luego al arca (6). Muchos hombres enviados por Dios á este mundo, se detienen por desdicha suya en él para saciarse de los bienes terrenos. No así obró nuestra celestial paloma María; ella conoció que Dios debe ser nuestro único bien, nuestra única esperanza y nuestro único amor; conoció que el mundo está lleno de peligros; y que quien más presto le deja queda más libre de sus lazos; por lo cual procuró huir de él desde su más tierna edad, y fué á encerrarse en el más sagrado retiro del templo, donde pudiese oír mejor la voz de Dios y hourarle y amarle con mayor ardor. Así la Santísima Virgen desde sus primeros actos procuró hacerse agradable á su Dios, como le hace decir la santa Iglesia:

1. De Oblat. Deip. — Cant. vii, 1.—2. Mariæ part. 1. Sermon. 1.—4. Luc. ii.—5. De Oblat. Virg.—6. Gen. vii, 9.

Congratulaos conmigo todos los que amáis al Señor, de que siendo niña fui del agrado del Altísimo (1). Y por eso fué comparada á la luna; porque así como este astro cumple su carrera con mayor velocidad que los demás planetas, así también María llegó á la perfección más pronto que todos los Santos, entregándose á Dios pronta y sin demora, enteramente y sin reserva. Pasemos al segundo punto donde tendremos mucho que decir.

PUNTO II

Bien sabía la alumbrada Niña que Dios no acepta un corazón dividido, sino que lo quiere todo consagrado á su amor, según el precepto que nos dió: *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón*. Por lo cual ella desde el primer instante de su vida empezó á amar á Dios con todas sus fuerzas, y se entregó á El enteramente. Pero su santísima alma suspiraba con ardor porque llegase el tiempo de consagrarse toda en efecto y de una manera pública y solemne. Consideremos, pues, con cuánto fervor la amante doncellita, viéndose ya encerrada en aquel santo lugar, primeramente se postraría á besar aquella tierra como casa del Señor; luego adoraría á su divina Majestad, le daría gracias por el favor recibido de haberla conducido á habitar por algún tiempo en su casa, y después se consagró toda á su Dios sin reserva de cosa alguna, dedicándole todas sus potencias y sentidos, todo su entendimiento, todo el corazón, toda el alma y todo el cuerpo; pues entonces fué, según se cree, cuando para agradar á Dios hizo el voto de virginidad, voto que María fué la primera en hacerlo, en opinión del abad Ruperto (2). Y se ofreció toda sin limitación de tiempo, como afirma Bernardino de Bustos (3); porque ella tuvo entonces intención de dedicarse á servir á la divina Majestad en el templo por toda su vida, si así fuese del agrado de Dios, sin salir jamás de aquel sagrado recinto. ¡Oh, con qué afecto exclamaría entonces: *Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo para mí* (4). Toda viviré para El, como comenta el cardenal Hugo, y toda para El moriré. Señor y Dios mío, diría, yo he venido aquí sólo para complaceros y tributaros todo el amor que puedo; aquí quiero vivir toda para Vos, y morir por Vos, si es de vues-

1. In Resp. 2. Noel. in Festo S. Mari. ad Niv. — 1. Lib. 3 de Inv. Virg. — 1. Mar. part. 4. Serm. — 4. Cant. vi. —

tro beneplácito: aceptad el sacrificio que os hace esta pobre esclava, y ayudadme á seros fiel.

Considerando aquí cuán santa fué la vida de María en el templo, en donde fué creciendo siempre en la perfección, como crece en luz la aurora, ¿quién podrá jamás explicar cuánto resplandecían en ella de día en día todas sus virtudes, la caridad, la modestia, la humildad, el silencio, la mortificación y la mansedumbre? Plantado en la casa del Señor este hermoso olivo, dice San Juan Damasceno, regado por el Espíritu Santo, vino á ser la morada de todas las virtudes (1). En otro lugar dice el mismo Santo: El rostro de la Virgen era modesto, el ánimo humilde, las palabras amorosas, saliendo de una alma recogida (2). Y en otra parte afirma que la Virgen alejó el pensamiento de todas las cosas terrenas, abrazando todas las virtudes. Ejercitando, pues, así la perfección, aprovechó en poco tiempo de tal manera, que mereció ser hecha digno templo de Dios (3).

Hablando también San Anselmo de la vida de la Santísima Virgen en el templo, dice: María era dócil, hablaba poco, estaba siempre recogida, sin reírse ni turbarse jamás. Perseveraba en la oración, en la lectura de los Libros Sagrados, en los ayunos y en todas las obras virtuosas (4). San Jerónimo refiere de ella cosas más particulares aún: María, dice, tenía ordenada así su vida: desde el amanecer hasta tercia oraba; de tercia hasta nona se ocupaba en la labor; á nona volvía á orar, hasta que el Ángel le traía la comida, como acostumbraba. Procuraba ser la primera en las vigiliias, la más exacta en la observación de la ley divina, la más profunda en la humildad, y en toda virtud la más perfecta. Nadie la vió jamás enojada; todas sus palabras respiraban tanta dulzura, que se reconocía siempre en ellas el Espíritu de Dios (5).

Reveló además la misma divina Madre á Santa Isabel, virgen benedictina en el monasterio de Sconangia, según refiere San Buenaventura, que cuando sus padres la dejaron en el templo, resolvió tener sólo á Dios por padre, y á menudo reflexionaba acerca de lo que pudiera practicar para complacerle (6). Determinó á más de esto consagrarle su virginidad y no poseer cosa alguna en el mundo, so-

1. Lib. 1 de Fid. cap. 15.—2. Or. 1 de Nat. Virg.—3. De Fid. Ort. lib. 4, cap. 15.—4. De Form. et mor. B. M.—5. D. Hier., 20, l'Isle della vita di Mar del P. Gius de Gesu e de Maria Carm. Scalzo. lib. 9, cap. 1.—6. De vita Christi, cap. 9.

metiendo á Dios toda su voluntad. Le dijo también que entre todos los preceptos se propuso observar principalmente el del amor á Dios: *Amarás al Señor tu Dios*; y que á media noche iba al altar del templo á rogar al Señor que le concediese la gracia de observar sus preceptos, y de hacer que viese nacida la Madre del Redentor, suplicándole que le conservase los ojos para verla, la lengua para alabarla, las manos y los pies para servirla y las rodillas para adorar en su seno á su divino Hijo. Al oír Santa Isabel estas palabras de María, le dijo: *Pero, Señora, ¿no estábais llena de gracia y de virtud?* Y María le respondió *Sepas que yo me juzgaba muy vil é indigna de la divina gracia: por esto pedía yo las gracias y las virtudes.* Finalmente, para persuadirnos de la absoluta necesidad que tenemos todos de pedir á Dios las gracias de que necesitamos, María le añadió; *¿Piensas tú, por ventura, que yo he obtenido la gracia y las virtudes sin trabajo? Sepas que no recibí gracia alguna de Dios sin gran trabajo, continua oración, deseo ardiente y muchas lágrimas y penitencias.*

Mas lo que sobre todo es digno de consideración son las revelaciones hechas á Santa Brigida, acerca de las virtudes y ejercicios que practicó la bienaventurada Virgen en su infancia, y está comprendido en estas palabras: *Desde niña, María estuvo llena del Espíritu Santo, y conforme crecía en edad, crecía en ella la gracia.* Desde entonces se propuso amar á Dios de todo corazón, de manera que ni con sus acciones ni con sus palabras le ofendiese; y por esto despreciaba todos los bienes de la tierra, y daba cuanto podía á los pobres. En la comida era tan sobria, que sólo tomaba el alimento absolutamente necesario para sustentar el cuerpo. Penetrando después por la Sagrada Escritura que Dios debía nacer de una Virgen para redimir al mundo, se inflamó de tal modo su espíritu en el divino amor, que no deseaba más que á Dios y sólo pensaba en El; y complaciéndose únicamente en el Señor, evitaba toda conversación, aun la de sus padres, á fin de no distraerse de la memoria de Dios. Por último, deseaba con vivas ansias poder ver la venida del Mesías, para servir de esclava á aquella feliz doncellita que mereciese ser su Madre. He aquí lo que dicen las revelaciones hechas á Santa Brígida (1).

¡Ah! por el amor de esta excelsa Niña aceleró el Re-

1. Lib. 1, et lib. 3, cap. 5.

dentor su venida al mundo, pues por lo mismo que ella en su humildad no se juzgaba ni aun digna de ser la sierva de la divina Madre, fué elegida para ser esta Madre, y con el olor de sus virtudes y poder de sus ruegos, atrajo á su seno virginal al Hijo de Dios. Por esto el divino Esposo llamó á María tórtola: *El arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos* (1); no sólo porque á ejemplo de esta ave amó siempre la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino también porque como tortolilla que va gimiendo por los campos, María gemía en el templo, compadeciéndose de las miserias del mundo perdido y pidiendo á Dios nuestra común redención. ¡Oh! ¡con cuánto afecto y fervor repetía á Dios en el templo las súplicas y los suspiros de los Profetas para que enviase al Redentor! *Envía, ¡oh Señor!, el Cordero dominador de la tierra* (2). *¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al justo* (3). *¡Oh si rasgaras los cielos y descendieras!* (4).

En suma, era objeto de las complacencias de Dios el ver subir progresivamente á esta doncellita á la cumbre de la más elevada perfección, á manera de una nubecilla de perfumes exhalando los olores de todas las virtudes, como la describe el Espíritu Santo en los Sagrados Cantares (5). Era en verdad esta santa Niña, dice Sofronio, el jardín de las delicias del Señor, pues en él hallaba toda clase de flores y los olores de todas las virtudes (6); por lo que afirma San Juan Crisóstomo (7), que Dios eligió á María para Madre suya en la tierra, porque no halló en ella una Virgen más santa ni más perfecta, ni un lugar más digno para habitar que su sacrosanto vientre, como lo dice igualmente San Bernardo; asegurando San Antonino que la bienaventurada Virgen, para ser elegida y destinada á la dignidad de Madre de Dios, debió poseer una perfección tan grande y consumada, que excediese á la de todas las demás criaturas (8).

Del mismo modo, pues, que la santa niña María se presentó y se ofreció á Dios en el templo pronta y enteramente, así también nosotros presentémonos en este día sin demora y sin reserva á María, y roguémosla que nos ofrezca á Dios, quien no nos rechazará al vernos presentados por mano de la que fué templo vivo del Espíritu Santo, delicia de su Señor y Madre escogida del Verbo Eterno.

1. Cant. II, 12.—Isai, XVI, 1.—5. Idem XLV, 5.—1. Id. LXIV, 1.—5. Cant. II, 6.—6. Serm. de Ass.—7. Ap. Canis. lib. 1, de B. V. cap. 11.—8. Part. 2, tit. 15, cap. 6.

Pongamos toda nuestra esperanza en esta excelsa y agradecidísima Soberana, que recompensa con mucho amor los obsequios que le tributan sus siervos, como puede colegirse del siguiente

EJEMPLO

En la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el Padre Ignacio del Niente, dominicano, se lee que en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, nació esta doncellita de padres pobres. Desde niña empezó á servir á la divina Madre. Ayunaba á honra suya todos los días de la semana, y el sábado distribuía á los pobres la comida que había negado á su propio sustento, é iba al pequeño jardín de su casa ó á los campos vecinos á coger todas las flores que podía, y las colocaba delante de una imagen de la Santísima Virgen, con el niño Jesús en los brazos, que tenía en su casa. Mas veamos ahora con cuantos favores la agradecidísima Señora recompensaba los obsequios que esta sierva suya le ofrecía. Hallándose un día Dominica á la ventana, cuando sólo tenía diez años, vió en la calle á una mujer de hermoso aspecto que llevaba consigo un niño, y entrambos extendían las manos en actitud de pedir limosna. Va ella á buscar pan, y he aquí que sin abrir la puerta se los ve delante, y observa que el niño tenía lastimadas las manos, los pies y el pecho; por lo que le preguntó á la mujer:—¿Quién ha herido á este niño?—*El amor*, contestó la mujer.—Dominica, prendada de la modestia y hermosura de aquel niño, le preguntó si le dolfan aquellas heridas; mas él sólo respondió con una sonrisa. Entretanto, hallándose ya todos cerca de las imágenes de Jesús y de María dijo la mujer á Dominica:—*Dime, hija, ¿quién te mueve á coronar de flores á estas imágenes?*—Ella respondió: *Me mueve el amor que tengo á Jesús y á María. ¿Y les amas mucho?*, replicó la mujer.—*Los amo cuanto puedo.*—*Y ¿cuánto puedes?*, volvió á preguntarle.—*Cuanto ellos me ayudan.*—*Prosigue*, dijo entonces la mujer, *prosigue en amarles, que bien te lo recompensarán ellos en el cielo.*

Y percibiendo luego la doncella un olor celestial que aquellas llagas despedían, preguntó á la Madre con qué unguento las unguía, y si éste podía comprarse; á lo que respondió la mujer:—*Se compra con la fe y con las obras.*—Dominica le ofreció pan, y la Madre le dijo:—*La comida de este mi Hijo es el amor; dile que amas á Jesús, y le col-*

marás de gozo.— Apenas el niño oyó pronunciar el nombre de amor, empezó á regocijarse, y volviéndose á la doncellita, le preguntó si amaba mucho á Jesús. Y respondiendo ella que le amaba tanto, que de día y noche siempre estaba pensando en él, y no deseaba más que complacerle en cuanto podía.— Ahora bien, añadió él, ámale, que el amor te enseñará lo que debes practicar para agradarle.— Aumentándose después el olor que exhalaba de aquellas llagas, Dominica exclamó:— ¡Oh, Dios mío! esta fragancia me hace morir de amor. Si el olor de un niño es tan suave, ¡qué será el olor del paraíso!— Mas he aquí que entonces se cambia la escena: la Madre apareció vestida de reina y circuida de luz, y el niño hermoso y resplandeciente como el sol; y tomando aquellas mismas flores, las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual, reconociendo ya en aquellos personajes á María y á Jesús, se había prostrado para adorarles. Así terminó la visión. Dominica tomó después el hábito de Santo Domingo, y murió en olor de santidad en el año 1553.

ORACIÓN

¡Oh querida de Dios, amabilísima María! ¡Ojalá que así como Vos os presentasteis en el templo, y pronta y enteramente os consagrasteis á la gloria y al amor de vuestro Dios, así pudiese yo ofreceros hoy los primeros años de mi vida, para dedicarme todo al servicio de una Señora tan santa y dulcísima! Mas tales deseos son ya inoportunos, porque, infeliz de mí, he perdido muchos años sirviendo al mundo y á mis caprichos, casi enteramente olvidado de Vos y de Dios. Pero más vale comenzar tarde que nunca. Veisme aquí, ¡oh María! hoy me presento á Vos y me ofrezco todo á vuestro servicio por el corto ó largo tiempo que me quede de vida; renuncio como Vos á todas las criaturas, y me dedicaré únicamente al amor de mi Criador. Os consagro, pues, oh Reina, mi entendimiento, para pensar siempre en el amor que os merecéis, mi lengua para alabaros, mi corazón para amaros. Aceptad, Santísima Virgen, la ofrenda que os presenta este miserable pecador; aceptadla os ruego, por aquel consuelo que experimentó vuestro corazón cuando en el templo os consagrasteis á Dios. Y si yo empiezo tarde á servirlos, razón es que compense el tiempo perdido redoblando los obsequios y el amor. Alentad con vuestra poderosa intercesión, ¡oh Madre de mi-

sericordia, mi debilidad, alcanzándome de vuestro Jesús la perseverancia y la fortaleza para seros fiel hasta la muerte, á fin de que después de haberos servido en esta vida, pueda alabaros por una eternidad en el cielo. Amén.

DISCURSO IV

DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

Marta en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló. Dios, por el contrario, no pudo ensalzarla más de lo que la ensalzó.

QUIEN se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Esta palabra del Señor no puede faltar (1). Por lo cual, habiendo Dios determinado hacerse hombre para redimir el hombre perdido, manifestando así al mundo su infinita bondad, y debiendo en la tierra escogerse Madre, iba buscando cuál de entre las mujeres fuese la más santa y la más humilde. Pero entre todas sólo vió á una, que fué la Virgen María, la cual, cuanto más perfecta era en las virtudes, tanto más sencilla y humilde era cual paloma á sus ojos. *Innumerables son las doncellitas*, decía el Señor; *pero una sola es la palma mía, la perfecta mía?* (2). Esta será, dijo el Señor, la escogida para Madre. Veamos, pues, cuán humilde fué María en la encarnación del Verbo; no pudo humillarse más de lo que se humilló; este será el primer punto. Dios no puede ensalzar á María más de lo que la ensalzó; he aquí el segundo.

PUNTO I

Hablando el Señor en los sagrados Cantares de la humildad de esta humildísima Virgen, dijo: *Mientras estaba el Rey recostado en su asiento, mi nardo difundió su fragancia* (3). San Antonio comenta las citadas palabras, y dice que el nardo, planta muy pequeña y humilde, figura perfectamente la humildad de María, cuya fragancia subía al cielo, y desde el seno del Eterno Padre atrajo á su vientre virginal al Verbo divino (4). De manera que, atraído el Señor del olor de esta humilde Virgen, la escogió por su Madre

1. Luc. xiv, 11, et Matth. xxiii, 12.—2. Adolescentularum non est numerus, una est columba mea, perfecta mea. Cant. vi, 7 et 8.—3. Cant. 1, 11.—4. Part. 4, tit. 15 cap. 01, par. 2.

cuando quiso hacerse hombre para redimir al mundo. Pero El, para mayor gloria y mérito de su Madre, dice el abad Guillermo, no quiso hacerse su Hijo sin tener antes su consentimiento (1). Así, que mientras la humilde doncellita, retirada en su propio aposento, suspiraba y rogaba á Dios con más ahinco y con mayor deseo para que enviase al Redentor, como le fué revelado á Santa Isabel, monja de San Benito, he aquí que viene el Arcángel Gabriel trayéndole la grande embajada; entra y la saluda, diciendo: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres* (2). Dios te salve, ¡oh Virgen!, llena de gracia pues siempre fuisteis más rica en gracia que todos los demás Santos. El Señor es contigo, porque Vos sois tan humilde. Vos sois bendita entre las mujeres, porque todas las demás incurrieron en la maldición del pecado original; pero Vos, Madre del Bendito, habéis sido y seréis siempre bendita y exenta de toda mancha.

¿Qué contesta la humilde María á esta salutación tan llena de alabanzas? Nada responde, sino que reflexionando en ella se turbó. ¿Y por qué se turbó? ¿Acaso por el temor de que aquello fuese una ilusión, ó por modestia, al ver un hombre, como pretenden algunos, que creen que el Angel se le apareció en forma humana? No; el texto es claro, como observa Eusebio Emiseno. Su turbación, pues, provino de la humildad al oír aquellas alabanzas, de que era tan poco digna, según la opinión que ella tenía formada de sí misma. Por lo cual, cuanto más se oye ensalzar del Angel, tanto más se anonada y entra en la consideración de su pequeñez. Reflexiona sobre esto San Bernardino y dice: que si el Angel le hubiese dicho que ella era la mayor pecadora del mundo, María no se hubiera turbado de aquella suerte; mas que al oír aquellas sublimes alabanzas, quedó en extremo turbada (3). Se turbó, porque estando tan llena de humildad, aborrecía toda alabanza propia, y deseaba qua sólo su Criador y dispensador de todo bien fuese alabado y bendecido conforme ella misma lo dijo á Santa Brígida, hablando de la época en que fué saludada Madre de Dios (4).

Pero, digo yo, la Virgen Santísima sabía muy bien, por las sagradas Escrituras, que había llegado ya el tiempo anunciado por los Profetas de la venida del Mesías; que las semanas de Daniel ya se habían cumplido; que, según

1. In Cant. 3.—2. Luc. 1, 28.—3. Serm. 15 de Ann. Inc. part. 3.—4. Rev. lib. 1, cap. 23.

la profecía de Jacob, el cetro de Judá había ya pasado á manos de Herodes, rey extraño; y sabía también que una Virgen debía ser la Madre del Mesías. Oye después que el Angel le tributa aquellas alabanzas, que sólo parecían convenir á la Madre de Dios; ¿le ocurrió por ventura entonces el pensamiento de que tal vez era ella la Madre de Dios elegida? No, su profunda humildad no le sugirió semejante idea. Aquellas alabanzas solamente sirvieron para hacerla entrar en gran temor; de manera que, según observa San Pedro Crisólogo, así como el Salvador quiso ser confortado por un Angel, así fué también necesario que, viendo San Gabriel á María tan amedrentada por aquella salutación, la animase diciendo: No temáis ¡oh María! ni os admiréis de los sublimes títulos con que os he saludado, pues si Vos sois tan pequeña y humilde á vuestros propios ojos, Dios, que ensalza á los humildes, os ha hecho digna de hallar la gracia que los hombres perdieron; y por esto El os ha preservado de la mancha común á todos los hijos de Adán; por esto desde el instante de vuestra Concepción os ha adornado de una gracia mayor que á la de todos los Santos, y por esto finalmente, ahora os ensalza hasta escogeros por Madre suya. *Sábetes que has de concebir en tu seno, y parirás un Hijo, á quien pondrás por nombre Jesús.*

Ea, soberana Señora, ¿á qué aguardáis? El Angel espera vuestra respuesta, dice aquí San Bernardo, y más la esperamos nosotros, que estamos ya condenados á muerte (1). Mirad, oh Madre nuestra, prosigue diciendo San Bernardo, que ya se ofrece á Vos el precio de nuestra salvación, que será el Verbo divino hecho hombre en vuestro seno; si Vos le aceptáis por Hijo, luego seremos libres de la muerte. Vuestro Señor mismo, concluye San Bernardo, al par que se ha enamorado de vuestra belleza, desea vuestro consentimiento, en el cual ha determinado salvar al mundo (2). Presto, Señora, contestad, replica San Agustín, no retardéis más al mundo la salvación, que depende ahora de vuestro consentimiento (3).

Mas ya responde María al Angel, y le dice: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.* ¡Oh respuesta más hermosa, más humilde y más prudente de cuantas hubiera podido inventar toda la sabiduría de los hombres y los Angeles juntos, aun cuando la hubieran pensado un millón de años! ¡Oh poderosa respuesta, que alegraste al cielo é hiciste descender sobre la tierra un mar inmenso

1. *Hab. 4, sup. Miv.—2. Loc. cit.—3. Serm. 21 de Temp.*

de gracias y de bienes! Respuesta que, apenas salida del humilde corazón de María, atrajiste del seno del Eterno Padre al Hijo Unigénito á su purísimo vientre para hacerse hombre. Sí, porque desde el momento que fueron pronunciadas aquellas palabras: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*, el Verbo se hizo carne, y el Hijo de Dios quedó hecho también Hijo de María. ¡Oh poderoso *hágase!* exclama Santo Tomás de Villanueva. ¡Oh palabra eficaz! ¡Oh palabra suprema, sobre toda palabra digna de veneración! (1), pues con los otros *hágase* Dios crió la luz, el cielo y la tierra; mas con este *hágase* de María, dice el Santo, un Dios se hizo hombre como nosotros.

Pero nos separemos de nuestro punto; consideremos la grande humildad de la Virgen en esta respuesta. Aunque se hallaba alumbrada para conocer cuán sublime era la dignidad de Madre de Dios, y el Angel ya le había asegurado que ella era la afortunada Madre elegida del Señor, sin embargo, por esto no adelanta un punto en su propia estimación, no se detiene en complacerse en su elevación, considerando por una parte su nada, y por otra la infinita majestad de su Dios, que la escogía para Madre suya; se reconoce indigna de tanto honor, pero no quiere oponerse un ápice á su divina voluntad. Por lo cual, preguntada si presta su consentimiento, ¿qué hace? ¿qué dice? Anonadada en sí misma, é inflamada por otra parte en deseos de unirse más y más con su Dios, abandónase enteramente á la divina voluntad. He aquí, responde, la esclava del Señor, obligada á hacer lo que su Señor le mande; como si dijera: si el Señor me elige por su Madre, á mí que soy nada, y que cuanto poseo es don suyo, ¿quién podrá pensar jamás que me elija por mis méritos? ¿qué méritos podrá tener nunca una esclava para ser elevada á Madre de su Señor? Alábase, pues, solamente la bondad del Señor, y no á la esclava; pues que es únicamente bondad suya el haber puesto los ojos en una criatura tan humilde como yo, para ensalzarla en tanto grado.

¡Oh sublime humildad de María, exclama aquí el abad Guérrico, que la hace pequeña en su propia opinión; pero grande delante de Dios! ¡Indigna á sus ojos; pero digna á los ojos de aquel Señor inmenso á quien el mundo no puede contener! Pero más bella es la exclamación que á este propósito hace San Bernardo en el sermón cuarto de

la Asunción, en el cual, admirando la humildad de María, dice: Señora, ¿cómo habéis podido formar en vuestro corazón un concepto tan humilde de Vos misma con tanta pureza, con tanta inocencia y tanta plenitud de gracia como poseéis? ¿Y de dónde, prosigue el Santo, ¡oh, bienaventurada Virgen! se ha arraigado tan firmemente en Vos esta humildad tan extraordinaria, viéndoos tan honrada y ensalzada de Dios? Orgullosa Luzbel con las dotes de su extraordinaria belleza, aspiró á elevar su tronó sobre las estrellas y hacerse semejante á Dios (1). Y ¿qué hubiera dicho y pretendido el soberbio, si se hubiera visto adornado de las prerrogativas de María? La humilde María no obró así, pues cuanto más ensalzada se vió, tanto mayor fué su humillación, ¡Ah, Señora! concluye San Bernardo, esta hermosa virtud os ha hecho digna de que Dios os mirase con singular amor; digna de enamorar á vuestro Rey con vuestra hermosura, digna de atraer con el suave olor de vuestra humildad al eterno Hijo desde su descanso en el seno de Dios, á vuestro purísimo vientre (2). Por lo cual dice Bernardino de Bustos, que más mereció María con esta respuesta: *He aquí la esclava del Señor*, que cuanto pudieran todas las criaturas con todas sus buenas obras (3).

Así es, dice San Bernardo; porque aunque esta inocente Virgen se hizo agradable á Dios por su virginidad, con su humildad se hizo después digna, cuanto podía merecerlo una criatura, de ser hecha Madre del Criador (4). Y lo confirma San Jerónimo diciendo, que Dios, más por la humildad que por las sublimes virtudes de María, la eligió por Madre. María misma lo reveló á Santa Brígida, diciéndole: *¿Dónde merecí yo una gracia como la de ser hecha Madre de mi Señor, sino porque conocí mi nada y me humillé?* (5). Y antes lo había declarado ya en su humildísimo cántico, cuando dijo: *Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todo poderoso* (6). En cuyas palabras, observa San Lorenzo Justiniano, que la Virgen no dice, ha puesto los ojos en la virginidad, en la inocencia, sino tan sólo en la *bajeza*, esto es, en la humildad. Y por esta humildad advierte San Francisco de Sales, que no pretendía María elogiar la virtud de su humildad, sino que quiso declarar que Dios había admirado su nada, y que únicamente por su bondad la había querido ensalzar de este modo.

1. Isai. xiv, 13 et 14.—2. Loc. cit.—3. Mar. 12, p. 5, n.º 2.—4. Hom. 1 sup. Miss.—5. Revel. lib. 2, cap. 35.—6. Luc. 1, 48 et 49.

Finalmente, San Agustín compara la humildad de María á una escala por la cual se dignó bajar el Señor á la tierra para encarnarse en su seno (1); lo cual confirmó San Antonino diciendo, que la humildad de la Virgen fué la disposición más perfecta y más próxima para ser Madre de Dios (2). Con esto se comprende lo que profetizó Isaias: *Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor* (3). Reflexiona el B. Alberto Magno que la flor divina, esto es, el Unigénito de Dios, según dijo Isaias, debió nacer, no del extremo ó del tallo de la planta de Jessé, sino de la raíz, para denotar la humildad de la Madre; y más claro lo explica el abad Celles, quien observa, que no de la cima, sino de la raíz, se elevará una flor. Y por esto dijo el Señor á su querida Hija: *Aparta de mí tus ojos, pues ellos me han hecho salir fuera de mí* (4). Y San Agustín dice: *¿De dónde le han hecho salir, sino del seno del Padre al vientre de la Madre? Sobre cuyo pensamiento dijo el docto intérprete Fernández que los humildísimos ojos de María, con que contempló siempre la divina grandeza, sin perder jamás de vista su nada, hicieron tal violencia al mismo Dios, que le atrajeron á su seno* (5). Y con esto se explica, dice el abad Francone, por qué el Espíritu Santo elogió tanto la hermosura de esta su Esposa, diciendo que tenía los ojos de paloma (6); porque mirando María á Dios con los ojos de sencilla y humilde paloma, tanto le enamoró con su belleza, que le encadenó con lazos de amor en su vientre virginal. Y ¿en qué parte de la tierra prosigue el mismo abad, podía hallarse una Virgen tan hermosa, que con sus ojos arrebatase al Rey de los cielos, y le cautivase con santa violencia con los vínculos de la caridad? (7). Así, pues, María, diré para concluir este punto: en la encarnación del Verbo, como hemos visto desde el principio, no pudo humillarse más de lo que se humilló. Veamos ahora cómo Dios, habiéndola hecho Madre suya, no pudo ensalzarla más de lo que la ensalzó.

PUNTO II

Para comprender hasta qué punto María fué ensalzada, sería necesario comprender cuán sublime es la excelencia y grandeza de Dios. Bastará, pues, decir que Dios hizo á esta Virgen Madre suya, para entender que no pudo

1. Sup. Mag.—2. Part. 5, tit. 15, c. 6 et 8.—3. Isai. xl, 1.—4. Cantíc. vi, 4.—5. In cap. 14. Gen. sect. 2.—6. Cant. iv, 1.—7. De Grar. Nov. Test. tract. 6.

ensalzarla más de lo que la ensalzó. Muy bien afirmó San Arnoldo Carnotense, qua haciéndose Dios Hijo de la Virgen, la elevó á una alteza superior á la de todos los Santos y Angeles (1); de manera que, á excepci6n de Dios, dice San Efrén, ella aventaja sin comparaci6n á todos los espíritus celestiales (2); lo cual confirma San Andrés Cretense diciendo: Después de Dios, es superior á todos (3). Señora, exclama San Anselmo, Vos no tenéis igual, porque todos los demás ó bien os aventajan ó bien os son inferiores (4). Finalmente, es tan grande, añade San Bernardino, la excelencia de esta Virgen, que sólo Dios puede y sabe comprenderla (5).

No es de admirar, pues, advierte Santo Tomás de Villanueva, que los sagrados Evangelistas, tan difusos en escribir las alabanzas de un Bautista y de una Magdalena, hayan sido concisos en describir las prerrogativas de María. ¿Qué más pudieran decir, prosigue el mismo Santo; qué más pudieran decirnos los Evangelistas de las grandezas de esta Virgen? ¿No basta que atestiguen que fué Madre de Dios? Habiendo descrito, pues, los mismos en esta sola palabra lo máximo, y aun el conjunto de sus atributos, no fué necesario que los fueran describiendo por partes (6). Decir solamente de María, replica San Anselmo, que es Madre de un Dios, ¿no es colocarla en el mayor grado de elevaci6n que pueda imaginarse después de la de Dios? (7). Y Pedro Celense sobre el mismo pensamiento añade: Dale el nombre que quieras, de Reina del cielo, Señora de los Angeles ó cualquier otro título de honor, jamás llegarás á honrarla tanto como llamándola simplemente Madre de Dios (8).

La razón es evidente; porque, como enseña el angélico Doctor, cuanto más una cosa se aproxima á su principio, tanto más participa de sus perfecciones; y por esto siendo María la criatura más próxima á Dios, participa mas que todas las otras de gracia, perfecci6n y grandeza (9). De lo que infiere Suárez que la dignidad de Madre de Dios es de orden superior á toda otra dignidad creada, porque aquélla pertenece en cierto modo al orden de la uni6n con una persona divina, con la cual va necesariamente unida (10). Por esta razón afirma San Dionisio Cartujano, que después de la uni6n hipostática, no hay otra más próxima

1. Tract. de L. V.—2. Or. de Laud. Deip.—3. Or. de Dorm. Deip.—4. Ap. Felb. Scellar. 2, part. 3, art. 2.—5. Tom. 2, Serm. 51, art. 3, c. 2.—6. Conc. 3 de Nat. Virg.—7. De Exc. v. c. 4.—8. Lib. de Pan. cap. 31.—9. 3. p. q. 27, art. 5.—10. T. 2 in 3 p. q. 2, sect. 2.

que la de Madre de Dios (1). Esta es, enseña Santo Tomás, la unión más elevada que una mera criatura puede tener con Dios (1). Y el B. Alberto Magno asegura que el ser Madre de Dios es la dignidad inmediata á la de Dios (3); por lo cual dice que María no pudo estar más unida á Dios de lo que lo estuvo, sino que se hubiese hecho también Dios.

Afirma San Bernardino que la Santísima Virgen, para ser Madre de Dios, debió ser elevada á cierta igualdad con las personas divinas, por medio de una gracia casi infinita (4). Y como los hijos, moralmente hablando, se tienen por una misma cosa con sus padres, de manera que entre ellos son comunes los bienes y los honores, infiere de esto San Pedro Damiano, que si Dios habita de diferentes modos en las criaturas, en María habitó por un modo especial de identidad, haciéndose una misma cosa con ella (5). Y luego exclama con aquella célebre frase: Enmudezca y tiemble toda criatura, y ose apenas poner los ojos en la inmensidad de dignidad tan sublime. Dios habita en la Virgen, con la cual tiene identidad de una naturaleza (6).

Este es el motivo porque Santo Tomás asegura que, siendo María Madre de Dios, por razón de esta unión tan íntima con un ser infinito, recibió cierta dignidad infinita, que el padre Suárez llama infinita en su género (7); pues la dignidad de Madre de Dios es la más grande que puede conferirse á una criatura. Con efecto, el Doctor Angélico enseña que, si bien la humanidad de Jesucristo hubiera podido recibir de Dios mayor gracia habitual (8), sin embargo, en cuanto á la unión con una Persona divina, no pudo recibir mayor prerrogativa (9); así al contrario, la Virgen bienaventurada no pudo ser elevada á una dignidad mayor que la de Madre de Dios (10). Lo mismo escribió Santo Tomás de Villanueva: Tiene sin duda, dice, cierta infinidad el ser Madre del Infinito (11); añadiendo San Bernardino de Sena que el estado á que Dios ensalzó á María, haciéndola su Madre, fué sumo, de manera que no pudo ensalzarla más (12); lo que confirma el B. Alberto Magno diciendo: El Señor dió á la bienaventurada Virgen lo sumo de que fué capaz pura criatura, esto es, la maternidad de Dios (13).

1. Lib. 2 de Laud. Virg.—2. 4 part. q. 25. art. 6.—3. Super Miss. cap. 180—4. Tom. 2, Serm. 62. cap. 10.—5. Serm. 1 de Nat. Virg.—6. Loc. cit.—7. Tom. 2 in 3. part. dist. 18. sect. 4.—8. Opus. 2, Cep. Theol. cap. 2, 5.—9. Part. q. 7. art. 12. ad. 2.—10. Th. 1. p. q. 25. a. 6. ad. 4.—11. Conc. 3. de Nat. Mar.—12. Tom. 3, Serm. 6, art. 3, cap. 1.—13. Lib. 1 de Laud. Virg. cap. 176.

Apoyado en estas razones, escribió San Buenaventura aquella célebre sentencia: que Dios bien puede hacer un mundo más vasto, un cielo más extenso; pero no una criatura más sublime y perfecta que su Madre (1). Sin embargo, mejor que todos expresó la misma divina Madre la elevación á que Dios la había sublimado, cuando dijo: *Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es tolo poderoso* (2). ¿Y por qué la Santísima Virgen no declaró en aquella ocasión cuáles eran estas grandes cosas que Dios le había concedido? Responde Santo Tomás de Villanueva que María no las explicó porque eran tan grandes que no podían explicarse (3).

Con razón, pues, dijo San Bernardo que Dios para esta Virgen que debía ser su Madre crió el mundo (4); y San Buenaventura, que la conservación del mundo debe atribuirse á la intercesión de María (5), apoyándose ambos en un texto de los Proverbios que la Iglesia aplica á María: *Con él estaba yo disponiendo todas las cosas* (6). A todo esto añade San Bernardino que Dios por el amor de María no destruyó al hombre después del pecado de Adán (7). Por lo que con razón la santa Iglesia canta de María que; *Escogió para sí la mejor parte* (8); porque esta Madre y Virgen, no sólo escogió las cosas mejores, sino de éstas la mejor parte, dotándola el Señor en sumo grado, como atestigua el B. Alberto Magno, de todas las gracias y dones generales y particulares conferidos á todas las demás criaturas; todo en consecuencia á la dignidad de Madre de Dios que le había sido concedida (9). De suerte que María fué niña, pero sólo tuvo de aquella edad la inocencia, no el defecto de la incapacidad; pues desde el primer instante de su vida gozó el perfecto uso de razón. Fué Virgen, pero sin la ignominia de la esterilidad. Fué Madre, pero sin perder la prerrogativa de la virginidad. Fué hermosa y aun hermosísima, como dice Ricardo de San Victor con San Jorge Nicomediense y San Dionisio Areopagita, el cual, según admiten muchos, tuvo la dicha de contemplar una vez la belleza de María; y dice que si la fe no le hubiese enseñado que ella era criatura, la hubiera adorado como á Dios. Y el mismo Señor reveló á Santa Brígida que la hermosura de su Madre sobrepujó á la de todos los hombres y Angeles, pues oyó la Santa que, hablando con María, le

1. In Spec. B. Virg. lec. 10.—2. Luc. 1, 19.—3. Conc. 3 de Nat. Virg.—4. Serm. 7, in Salv. Reg.—5. Ap. P. P'epe. Lec. 371.—6. Prov. viii, 20.—7. Tom. 1. Serm. 61, cap. 8.—8. In Offic. Ass. B. Mar.—9. Bibl. Max. in Luc. v, 13.

decía: A todos los Angeles y á todo lo criado aventajas en hermosura (1). Fué hermosísima, digo, pero sin peligro de quien la miraba; porque su belleza, no sólo disipaba los movimientos impuros, sino que antes bien inspiraba pensamientos de pureza, como atestigua San Ambrosio (2) y lo confirma Santo Tomás. Por esto ella se comparó á la mirra, que impide la putrefacción: *Fragante olor exhalé, como la mirra escogida*, cuyas palabras le aplica la santa Iglesia. En la vida activa trabajaba; pero sin que el trabajo la distrajese de unirse con Dios. En la contemplativa estaba recogida con el Señor; pero sin olvidarse de las cosas temporales y de la caridad debida al prójimo. Alcanzóle al fin la muerte; pero sin angustias y sin la corrupción del cuerpo.

Concluyamos, pues. Esta divina Madre es infinitamente inferior á Dios; pero es inmensamente superior á todas las criaturas. Y si es imposible hallar un Hijo más noble que Jesús, también es imposible hallar una Madre más noble que María. Esto autoriza á los devotos de esta Reina, no sólo á regocijarse en sus grandezas, sino también para aumentar la confianza en su poderosísimo patrocinio, pues en calidad de Madre de Dios, dice el P. Suarez, tiene cierto derecho sobre sus dones, para alcanzarlos á favor de aquellos por quienes ruega (3). Por otra parte dice San Germán: que Dios no puede dejar de oír los ruegos de María, porque no puede dejar de reconocerla por su verdadera é inmaculada Madre. Así se explica el Santo hablando con la Virgen: «Tú, pues, que ejerces la autoridad materna con Dios, obtienes la insigne gracia de la reconciliación, aun á favor de los que cometen pecados enormes. No puedes dejar de ser oída, porque Dios te obedece como á su verdadera é inmaculada Madre (4).» De manera que á Vos, ¡oh Madre de Dios y Madre nuestra, no os falta poder ni voluntad para socorrernos (5). Pues Vos ya sabéis, os diré con vuestro abad Celense, que Dios no os ha criado solamente para sí, sino que os ha dado á los Angeles por su restauradora, á los hombres por su reparadora y á los demonios para combatirlos, á fin de que por vuestra intercesión recobremos la divina gracia, y por Vos quede vencido y derribado el enemigo (6).

Y si deseamos complacer á esta divina Madre, saludémosla á menudo con el *Ave María*. Aparecióse un día la

1. Rev. lib. 2, cap. 51.—2. De Inst. Virg. cap. 7.—3. T. 2 in 3 p. disp. 1, sect. 2.—4. De Zon Virg.—5. De Bern. Scrm. de Assumpt.—6. In Prolog. Cont. Virg.

Virgen María á Santa Matilde, y le dijo que no podía venerarla mejor que con la Salutación Angélica. Con ella alcanzaremos gracias singulares de esta Madre de misericordia, como se verá en el siguiente

EJEMPLO

Es célebre el suceso que el P. Pablo Señeri refiere en su *Cristiano instruido* (1). Un joven cargado de pecados deshonestos y dado á los vicios, fué á confesarse en Roma con el P. Nicolás Zucchi. El confesor le acogió con caridad, y compadeciéndose de su miseria, le dijo que la devoción á María Santísima podía librarle de aquel vicio maldito; por lo que le impuso por penitencia que hasta la siguiente confesión cada día al levantarse y al acostarse rezase un *Ave María* á la Virgen, ofreciéndole los ojos, las manos y todo el cuerpo, suplicándole le guardase como cosa suya, y que besase tres veces el suelo. Practicó el joven esta penitencia, y al principio con poca enmienda; pero el Padre continuó inculcándole que no la dejase jamás, animándole á que confiase en el patrocinio de María. A este tiempo el penitente partió de Roma con otros compañeros, y fué muchos años recorriendo el mundo. Habiendo regresado á Roma, volvió á buscar á su confesor, quien con el mayor regocijo y admiración le halló enteramente mudado y libre de las antiguas fealdades.—Hijo, le dijo, ¿cómo has alcanzado tan feliz cambio?—Padre, respondió el joven, con aquella breve devoción que me enseñasteis, la Virgen me ha alcanzado esta gracia. Mas no terminan aquí las maravillas. El mismo confesor refirió este suceso en el púlpito, y habiéndole oído un capitán, el cual hacía muchos años que vivía deshonestamente con una mujer, propuso se practicar también la misma devoción para librarse de aquella horrible cadena que le tenía esclavo del demonio, cuyo fin es necesario á todos los pecadores para que la Virgen pueda ayudarles, y así dejó también aquella mala compañía y mudó de vida.

Aun más. Transcurridos unos seis meses, confiando temerariamente en sus fuerzas, quiso ir un día á buscar á aquella mujer, para ver si ella había mudado también de vida. Pero al acercarse á la puerta de la casa en donde era manifiesto el peligro de que volviese á caer, se sintió im-

1. Part 3, disc. 34.

pelido hacia atrás por una fuerza invisible, hallándose distante de la casa todo lo largo de la calle, y le dejaron delante de su propia casa. Entonces conoció con una luz clara que María le libraba así de su perdición. Con esto se prueba cuán solícita es nuestra buena Madre, no sólo en sacarnos del pecado, si nosotros con este buen fin nos encomendamos á ella, sino también en librarnos del peligro de nuevas caídas.

ORACIÓN

¡Oh Virgen inmaculada y santa! ¡Oh criatura la más humilde y más sublime delante de Dios! Vos fuisteis pequeña á vuestros ojos; pero tan grande á los de nuestro Señor, que os ensalzó hasta escogeros por Madre, y haceros en consecuencia Reina del cielo y de la tierra. Doy gracias, pues, á aquel Dios que tanto os ha engrandecido, y me regocijo con Vos de veros tan unida á Dios, que no es permitido estarlo más á una simple criatura. Me avergüenzo de presentarme á Vos, que sois tan humilde con tantas prerrogativas, siendo yo miserable y orgulloso y con tantos pecados. Pero miserable como soy, quiero también saludaros: *Dios te salve, María, llena eres de gracia*. Vos estáis llena de gracia, alcanzadme también parte de ella. Aquel Señor que ha estado siempre cono Vos, desde el primer instante de vuestra creación, ahora se os ha unido más haciéndose vuestro Hijo. *Bendita tú eres entre todas las mujeres*. ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres! alcanzad también para nosotros la divina bendición. *Y bendito es el fruto de tu vientre*. ¡Oh planta bendita que habéis dado al mundo un fruto tan noble y santo. *Santa María, Madre de Dios*, ¡Oh María! yo confieso que Vos sois verdadera Madre de Dios, y para defender esta verdad, estoy pronto á dar mil veces la vida. *Ruega por nosotros pecadores*. Pero si Vos sois la Madre de Dios sois también la Madre de nuestra salvación y de nosotros pobres pecadores, pues por salvar á los pecadores Dios se hizo hombre y os eligió por Madre suya, á fin de que vuestros ruegos tuviesen la virtud de salvar á cualquier pecador. Ea, pues, ¡oh María!, rogad por nosotros, *ahora, y en la hora de nuestra muerte*. Rogad siempre, rogad ahora que nos hallamos rodeados de tantas tentaciones y peligros de perder á Dios; pero rogad especialmente en la hora de nuestra muerte, cuando estaremos próximos á salir de este mundo y á ser presentados al divino tribunal, á fin

de que, salvándonos por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesión, podamos llegar un día, sin peligro ya de perdernos, á saludaros y alabaros con vuestro Hijo en el cielo por toda la eternidad. Amén.

DISCURSO V

DE LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN

Marta es la tesorera de todas las divinas gracias. Por lo cual quien desee gracias debe recurrir á María, y el que la invoca debe estar seguro de obtener las que desea.

FELIZ se juzga la familia que es visitada por una persona real, ya por la honra que por ello recibe, ya por las ventajas que después espera. Pero mucho más feliz debe juzgarse aquella alma que es visitada por la Reina del universo, María Santísima, la cual no sabe dejar de colmar de bienes y gracias á aquellas almas afortunadas que se digna visitar por medio de sus favores. La casa de Obededón fué bendecida, cuando la visitó el arca del Señor (1). Pero ¡de cuántas mayores bendiciones son enriquecidas aquellas personas que reciben alguna visita amorosa de esta arca viva de Dios, cual fué la divina Madre! ¡Feliz aquella casa que visita la Madre de Dios!, escribió Engelgrave. Bien lo experimentó la casa del Bautista, pues apenas entró en ella María, quedó colmada de gracias y bendiciones celestiales toda aquella familia; por cuyo motivo la fiesta de la Visitación se llama comúnmente la fiesta de Nuestra Señora de las gracias. Exminemos, pues, en el presente discurso cómo la divina Madre es la tesorera de todas las gracias, dividiéndolo al efecto en dos puntos. En el primero veremos que el que desea obtener gracias, debe acudir á María. En el segundo, que el que así lo practica debe estar seguro de alcanzar las gracias que desea.

PUNTO I

Después que la Santísima Virgen hubo oído del arcángel San Gabriel que su prima Isabel estaba en cinta de

seis meses, alumbrada interiormente del Espíritu Santo, conoció que el Verbo humanado y hecho ya Hijo suyo quería empezar á manifestar al mundo las riquezas de su misericordia, concediendo sus primeras gracias á toda aquella familia. Por lo que, desde luego, como refiere San Lucas, levantándose del reposo de su contemplación, á la cual estaba continuamente aplicada, y dejando su amada soledad, partió luego hacia la casa de Isabel (1). Y como la santa caridad todo lo sobrelleva, y la gracia del Espíritu Santo no sabe sufrir ningún retardo, según dice San Ambrosio discurrendo sobre este Evangelio, por esto, sin inquietarse por las fatigas del viaje, la tierna y delicada doncella se puso diligente en camino. Apenas llegada á aquella casa, saludó á su prima; y como observa el mismo San Ambrosio, María fué la primera en saludar á Isabel. Mas la visita de la bienaventurada Virgen no fué como son las visitas de los mundanos, que por lo común se reducen á ceremonias y fingidos cumplimientos; pues la visita de María atrajo á aquella casa un tesoro de gracias. Con efecto, á su entrada y á su primera salutación, Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y Juan lavado de la culpa original y santificado; por lo que dió aquella señal de júbilo, saltando en el vientre de su madre; queriendo manifestar así la gracia recibida por medio de la bienaventurada Virgen, como declaró la misma Isabel. De manera que; según observa Bernardino de Bustos, en virtud de la salutación de María recibió Juan la gracia del Espíritu Divino, que se santificó (2).

Ahora bien; si estas primicias de la Redención pasaron todas por manos de María, y ella fué la canal por donde se comunicó la gracia al Bautista, el Espíritu Santo á Isabel, el don de profecía á Zacarías, y tantas otras bendiciones como recibió aquella familia, que fueron las primeras gracias que sabemos hiciese el Verbo en la tierra después de haberse encarnado, es muy de creer que desde entonces Dios constituiría á María en acueducto universal, como dice San Bernardo, por el cual en lo sucesivo pasasen á nosotros todas las demás gracias que el Señor quisiese dispensarnos, conforme dijimos en la parte primera, capítulo quinto.

Con razón, pues, invocamos á esta divina Madre como tesoro, tesorera y dispensadora de las divinas gracias. Así la llamaron el venerable Abad de Celles (3), San Pedro

Damiano, el B. Alberto Magno, San Bernardino y un doctor griego citado por Petavio. Así la llamó también San Gregorio Taumaturgo, el cual decía: María se titula llena de gracia, porque en ella se ha depositado el tesoro de la gracia. Y Ricardo de San Lorenzo dice que Dios ha depositado en María, como en una tesorería de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyo tesoro él enriquece á sus siervos (1).

Hablando San Buenaventura del campo del Evangelio en donde está escondido el tesoro que debe comprarse á cualquier precio, como dijo Jesucristo: *El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si un hombre lo halla... va, vende cuanto tiene y compra aquel campo* (2); dice que este campo es nuestra Reina María, en la cual está el tesoro de Dios, que es Jesucristo, y con Jesucristo el manantial y fuente de todas las gracias (3). Afirmó ya San Bernardo que el Señor ha colocado en manos de María todas las gracias que quiere dispensarnos, á fin de que sepamos que cuantos bienes recibimos nos vienen por su intercesión (4). Y es esto tan cierto, que la misma María nos lo asegura, diciendo: *En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad* (5). En mí están todas las gracias de los verdaderos bienes, que vosotros ¡oh hombres! podéis desear en vuestra vida. Sí, Madre y esperanza nuestra, le decía San Pedro Damiano: ya sabemos que todos los tesoros de la divina misericordia se hallan en vuestras manos. Y antes de él lo afirmó con mayor expresión San Ildefonso, cuando, hablando con la Virgen, le decía: Señora, todas las gracias que Dios ha determinado dispensar á los hombres, todas ha resuelto concedérselas por vuestras manos, y por esto os ha confiado todos los tesoros de las gracias (6). De manera que ¡oh María!, concluía San Germán, no se dispensa gracia alguna sino por vuestras manos (7). Sobre las palabras que dijo el Ángel á la Santísima Virgen: *No temas ¡oh María!, porque has hallado gracia en los ojos del Señor* (8), añade esta bella reflexión el B. Alberto Magno: No temas, porque has hallado la gracia. No la usurpaste, como pretendió hacerlo Luzbel; no la perdiste, como Adán; no la compraste, como quería hacerlo Simón Magno, sino que la hallaste, porque la has deseado y buscado. Has hallado la gracia increada, que es el mismo

1. De Laud. Virg. lib. 4.—2. Matth. xiii, 44.—3. In Spect. cap. 7.—4. Serm. de Aqued.—5. Eccl. xxiv, 25.—6. In Cor. Virg. cap. 15.—7. Serm. de Zou. Virg.—8. Luc. 1, 30.

Dios hecho ya Hijo tuyo, y juntamente con ella todos los bienes criados, y los has alcanzado (1). Confirma este pensamiento San Pedro Crisólogo, diciendo que la gran Madre halló esta gracia para dar después la salud á todos los hombres (2). Y en otro lugar dice que María halló una gracia llena, suficiente para salvar á cada uno de nosotros (3). De tal modo, dice Ricardo de San Lorenzo, que así como Dios crió el sol para que con sus rayos sea iluminada la tierra, así crió á María para dispensar por su medio al mundo todas las divinas misericordias (4). Añadiendo San Bernardo, que la Virgen, desde el instante que fué hecha Madre del Redentor, adquirió cierta jurisdicción sobre todas las gracias (5).

Concluyamos, pues, este punto con las palabras de Ricardo de San Lorenzo, quien dice, que si queremos alcanzar alguna gracia acudamos á María, la cual no puede dejar de obtener para sus siervos cuanto pide, pues ella halló la gracia divina y la halla siempre (6), cuyas palabras tomó de San Bernardo, el cual dijo: Si deseamos recibir gracias, preciso es que nos dirijamos á esta tesorera y dispensadora de ellas (7); pues es la voluntad suprema del Dador de todo bien, como nos lo asegura el mismo Santo, que todas las gracias se dispensen por mano de María (8). Quien dice todo, nada exceptúa. Mas porque para alcanzar las gracias es necesaria la confianza, pasemos ahora á ver cuán ciertos debemos estar de conseguirlas acudiendo á María.

PUNTO II

Y ¿á qué fin hubiera puesto Jesucristo en manos de su Madre todos los tesoros de las misericordias que quiere dispensarnos, sino para que enriquezca á todos sus devotos, que la aman, la honran y acuden á ella con confianza? Así nos lo asegura la misma Virgen en uno de los textos que la santa Iglesia le aplica en muchas festividades suyas (9). Así es, dice el abad Adán, que únicamente con el objeto de auxiliarnos conserva María estas riquezas de vida eterna, en cuyo seno ha colocado el Salvador el tesoro de los miserables, á fin de que, proveídos de él, los pobres se hagan ricos (10). Y añade San Bernardo, según lo he leído

1. In Marial, cap. 237.—2. Serm. 3 de Annunt.—3. Serm. 142.—4. De Laud. Virg. lib. 7.—5. Serm. 67, tract. 1, art. 8.—6. De Laud. V. 1, b. 2, p. 5.—7. Serm. de Aqued.—8. Loc. cit.—9. Prov. viii, 18 et 21.—10. In Alleg. istr. Test. cap. 24. Eccl.

en un autor, que María es para el mundo como una canal de misericordia, á fin de que por su mediación las gracias desciendan de continuo del cielo á los hombres.

El mismo Santo examina después: ¿por qué San Gabriel, que halló á la divina Madre llena de gracia, conforme se lo anunció al saludarla, añade que el Espíritu Santo había de descender en ella para llenarla aun más de gracia? (1). María estaba ya llena de gracia, dice el Santo; pero el Espíritu Santo la colmó abundantemente para nuestro bien, á fin de que de su superabundancia fuésemos providos nosotros miserables; por lo que María fué comparada á la luna, de la cual se dice: *Luna llena para sí y para los otros*.

Bienaventurado el que acude á mí y me halla, dice nuestra Madre, *porque quien me hallare hallará la vida fácilmente* (2); pues así como es fácil hallar y tomar agua al arbitrio de cada uno de una fuente copiosa, así es fácil el hallar las gracias y la salvación eterna acudiendo á María. Decía una alma santa: Basta pedir las gracias á la Virgen para obtenerlas; y San Bernardo afirma que antes de nacer la Virgen carecía el mundo de la abundancia de gracias como ahora inunda la tierra, porque el mundo no poseía aún este admirable canal, que es María (3). Mas ahora que ya tenemos á esta Madre de misericordia, ¿qué gracia recelaremos de no alcanzar si nos postramos á sus pies? Yo soy la ciudad de refugio, así la hace hablar San Juan Damasceno, para todos los que acuden á mí. Venid, pues, hijos míos, y obtendréis de mí las gracias con mayor abundancia de lo que pensáis (4).

Es verdad que á muchos les sucede lo que observó la venerable sor María Villani en una visión celestial. Aparecióse una vez á esta sierva del Señor la Madre de Dios, á semejanza de una fuente abundante, á la cual acudían muchos y tomaban de ella mucha agua de la gracia; mas ¿qué sucedió luego? Los que llevaban los vasos enteros conservaban enteras las gracias recibidas; pero los que llevaban los vasos rotos, esto es, agravadas las almas de pecados, recibían la gracia, mas volvían luego á perderla. Por lo demás, es cierto que por medio de María cada día alcanzan innumerables gracias los hombres, aun los ingratos, los pecadores y los más miserables. Hablando San Agustín con la Virgen, dice: Por tí nosotros miserables heredamos

1. Serm. 2 de Ass.—2. Prov. VIII, 35.—3. Serm. de Aqued.—4. Serm. 2. de Dom. B. 1.

la misericordia, ingratos la gracia, pecadores el perdón, enfermos la restauración, terrenos lo celestial, mortales la vida y peregrinos la patria (1).

Acrecentemos, pues, nuestra confianza, ¡oh devotos de María!, cuando acudamos á ella para pedirle gracias. Y á fin de avivar nuestra confianza, acordémonos siempre de dos grandes prerrogativas que tiene esta buena Madre, esto es, del deseo que la anima de hacernos bien y del poder que ejerce con el Hijo de alcanzar cuanto quiere. Para conocer el deseo que tiene María de favorecernos á todos, bastaría solamente considerar el misterio de la festividad que nos ocupa, esto es, la visita que hace María á Isabel. La distancia desde Nazareth, en donde habitaba la Santísima Virgen, hasta la ciudad de Hebrón, á la que San Lucas llama ciudad de Judá, como, opinan Baronio y otros autores, en donde moraba Santa Isabel, era de cerca de sesenta y nueve millas, según refiere el autor de la Vida de María, Fr. José de Jesús y María, carmelita descalzo (2), Beda Brocardo; pero esto no obstante no se arredra la bienaventurada Virgen, tierna y delicada doncella como era entonces y no acostumbrada á semejantes fatigas, para ponerse en camino, impulsada de aquella ardiente caridad de que estuvo siempre lleno su afectuosísimo corazón para ir á empezar desde entonces su oficio de grande dispensadora de las gracias. He aquí cómo habla San Ambrosio de este viaje: María no fué para cerciorarse de si Isabel estaba embarazada, según le habla dicho el Angel, sino que, gozosa con el deseo de ser útil á aquella familia, apresúrase por el júbilo que experimenta de hacer bien á su prójimo y por su solicitud en practicar aquel oficio de caridad. Nótese aquí que cuando el Evangelista habló del viaje de María á la casa de Isabel, dijo que caminó aprisa; pero hablando después de su regreso de aquella casa, ya no hace mención de que llevase prisa, sino que dice sencillamente: *Y detúvose María con Isabel cosa de tres meses y después se volvió á su casa* (3). ¿Con qué otro objeto, dice San Buenaventura, la Madre de Dios se vela obligada á darse prisa en ir á visitar la casa del Bautista, sino con el deseo de hacer bien á aquella familia? (4).

Ni ha disminuído en María después de su Asunción al cielo este afecto de caridad hacia los hombres, antes bien allí ha crecido notablemente, porque allí conoce mejor

1. Serm. de Ass. V. B.—2. Lib. 3, cap. 12, 3.—Luc. 1, 36.—4. In Spec. cap. 34.

nuestras necesidades y se compadece más de nuestras miserias. Más anhela María hacernos bien, escribió Bernardino de Bustos, que nosotros recibirlo de ella (1); de manera, dice San Buenaventura, que ella se ofende con aquellos que no le piden gracias. Señora, son sus propias palabras: no sólo pecan y *os ofenden* los que os injurian, sino también los que no os ruegan (2). Porque la inclinación de María es enriquecer de gracias á todos, afirma el Idiota, diciendo: María es el tesoro del Señor y tesorera de sus gracias, con las cuales enriquece abundantemente á sus siervos (3).

Por lo cual dice el mismo autor que el que halla á María, halla todos los bienes. Y añade, que cualquiera puede hallarla, aunque fuese el pecador más desdichado del mundo, porque es tan benigna, que á ninguno desecha de cuantos á ella acuden. Yo invito á todos á que acudan á mí, le hace decir Tomás de Kempis; á todos espero, á todos deseo, jamás desprecio á pecador alguno por indigno que sea, si viene á implorar mi auxilio. Cualquiera que le pida gracias, dice Ricardo, la hallará siempre pronta y siempre inclinada á socorrerle y alcanzarle todas las gracias de salud eterna con su poderosa intercesión.

He dicho con su poderosa intercesión, porque el otro motivo que debe aumentar nuestra confianza es el saber de cierto que ella alcanza de Dios cuanto pide á favor de sus devotos. Observad, dice San Buenaventura, hablando de la visita que María hizo á Isabel, la gran virtud que tuvieron las palabras de la Virgen, pues á su voz fué comunicada la gracia del Espíritu Santo, así á Isabel como á Juan su hijo, según refiere el Evangelista (4). En donde añade San Buenaventura: Véase cuánta sea la eficacia de las palabras de la Señora, que al pronunciarlas se confiere el Espíritu Santo (5). Dice Teófilo Alejandrino, que Jesús se complace en gran manera cuando María le ruega por nosotros; porque entonces todas las gracias que él nos hace por las súplicas de María, entiende hacerlas más bien á su Madre que no á nosotros (6). Sí, porque Jesús, según San Germán, no puede dejar de dar á María todo lo que le pide, queriendo casi obedecerla en cuanto á esto como á su verdadera Madre: por lo cual dice el Santo que los ruegos de esta Madre tienen cierta autoridad con Jesucristo,

1. Mar. part. 1, Sermon. 5.—2. De Bon. in Spec. Virg.—3. In Prof. Conf. B. M. cap. 1.—4. Luc. 1, 14.—5. Tract. de Vit. Christi.—6. Ap. Baldi. Glor. di Mar. nella pref.

de modo que alcanza el perdón aun á los pecadores más grandes que á ella se encomiendan (1).

Esto se confirma muy bien, como advierte San Juan Crisóstomo, con el suceso de las bodas de Caná, en donde pidiendo María al Hijo el vino que faltaba, sin embargo de que entonces aun no había llegado el tiempo destinado para obrar milagros, según explican el Crisóstomo y Teofilacto, realmente, dice el mismo Crisóstomo, el Salvador, por obedecer á la Madre, hizo el milagro que le había pedido convirtiendo el agua en vino (2).

Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, como nos exhorta el Apóstol, á fin de alcanzar misericordia y hallar *el auxilio* de la gracia para ser oportunamente auxiliados (3). El trono de la gracia, dice el B. Alberto Magno, es la bienaventurada Virgen María (4). Si queremos, pues, gracias, acudamos al trono de la gracia, que es María, acerquémonos á él con la fundada esperanza de ser ciertamente oídos, mediante la intercesión de María, que obtiene cuanto pide al Hijo. Busquemos la gracia; repito con San Bernardo, y busquémosla por medio de María; adhiriendo á lo que la misma Virgen Madre dijo á Santa Matilde, que llenándola el Espíritu Santo de toda su dulzura, la había hecho tan amada de Dios, que cualquiera que por su medio pidiese gracias, con seguridad las obtendría (5).

Y si prestásemos fe á la célebre sentencia de San Anselmo, hallaremos que á veces se obtienen más presto las gracias acudiendo á María que dirigiéndose á nuestro mismo Salvador Jesús; no porque él no sea la fuente y el Señor de todas las gracias, sino porque acudiendo nosotros á su Madre, y rogando entonces ella por nosotros, sus ruegos, como ruegos de Madre, tendrán más fuerza que los nuestros (6). No nos apartemos, pues, jamás de esta tesorería de las gracias, diciéndole siempre con San Juan Damasceno: ¡Oh Madre de Dios! abridnos la puerta de vuestra piedad, rogando siempre por nosotros, pues vuestros ruegos son la salvación de todos los hombres. Recurriendo á María, será mejor rogarla que pida por nosotros y nos alcance aquellas gracias que conozca sean más convenientes para nuestra salvación, como lo hizo Fr. Reginaldo, dominicano, según se refiere en las Crónicas de la Or-

1. Or. de Dorm. V.—2. S. Joann. Chrys. ap. Corn. á Lap. in Joann. cap. 7 y 5.—3. Ad Hebr. iv, 16.—4. Serm. de Daul. Eccl.—5. Ad Corin. lib. 1, cap. 13.—6. De Exc. Virg. c. 6.

den (1). Estando enfermo este siervo de María, y pidiéndole la gracia de la salud corporal, apareciósele la Virgen acompañada de Santa Cecilia y Santa Catalina, y le dijo con la mayor dulzura: *Hijo, ¿qué quieres que yo haga por tí?* Confuso el religioso al oír tan cortés ofrecimiento de la Virgen, no acertaba á responder. Entonces una de las santas le dió este consejo:—Reginaldo, ¿sabes lo que debes hacer? no pedir nada, y abandonarte enteramente á sus manos, porque María sabrá hacerte una gracia mejor que la que tú sepas pedirle.—Así lo pidió el enfermo, y la divina Madre le alcanzó la gracia de la salud.

Si nosotros, pues, deseamos también ser visitados por esta Reina del cielo, nos aprovechará mucho que la visitemos también á menudo, rogándole delante de alguna imagen suya, ó en alguna iglesia que le esté dedicada. Léase el siguiente ejemplo, y se conocerá con qué especiales favores ella recompensa las devotas visitas de sus siervos.

EJEMPLO

En las crónicas de San Francisco se refiere que yendo dos religiosos de esta Orden á visitar un santuario de la Virgen, se les hizo de noche cuando se hallaban en lo intrincado de un espeso bosque; por lo cual confusos y afligidos no sabían qué hacerse. Pero caminando un poco más, les pareció que entre la obscuridad divisaban una casa. Llegan á ella, tientan las paredes, buscan la puerta, llaman y oyen que desde dentro se les pregunta: *¿quién llama?* Respondieron que eran dos pobres religiosos perdidos aquella noche por el bosque, y que pedían un albergue á lo menos para no ser pasto de las fieras. Y he aquí que luego oyen abrir la puerta, y ven dos pajes ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los religiosos preguntaron quién habitaba en aquel palacio. Contestaron los pajes que la propietaria era una Señora muy piadosa. Desearíamos saludarla, dijeron ellos, y darle gracias por la caridad de habernos acogido. Vamos luego allá, respondieron los pajes, porque la Señora también quiere hablaros. Suben la escalera, hallan las habitaciones todas iluminadas, adornadas con magnificencia, respirándose en ellas un olor que parecía celestial. Finalmente, entran adonde estaba la dueña de la casa, y hallan una Señora majestuosa y hermost-

1. Chron. Ordinis Prædic, lib. 1, part. 1, c. 5.

sima, que les acogió con suma benignidad, y luego les preguntó adonde se dirigían. Respondieron ellos que iban á visitar una iglesia de la bienaventurada Virgen. Pues siendo así, dijo la Señora, cuando partáis quiero daros una carta mía que os será de mucha utilidad. Y mientras aquella Señora les hablaba, sentíanse inflamados en el amor de Dios, y bañados de un gozo inexplicable. Fuéronse después á dormir, si en realidad pudieron conciliar el sueño en medio de tanto gozo, y á la mañana se presentaron otra vez á la Señora para despedirse de ella, darle gracias y tomar al propio tiempo la carta, que recibieron con agradecimiento, y partieron. Mas á poco de haber salido de la casa, advirtieron que la carta no tenía sobrescrito; por lo que retroceden, registran, buscan por los alrededores, y ya no encuentran casa alguna. Finalmente, abren la carta para ver á quién iba dirigida y enterarse de su contenido, y hallan que María Santísima les escribía á ellos mismos, y les daba á entender que era ella la Señora que habían visto aquella noche, y que por la devoción que le tenían les había proveído de casa y hospedaje en aquel bosque: que continuasen amándola sirviéndola, que ella les recompensaría siempre con sus obsequios y les socorrería en la vida y en la muerte. Y al pie de la carta leyeron la firma que decía: *Yo María Virgen*. Considere aquí cada uno qué acciones de gracias no darían aquellos buenos religiosos á la divina Madre, y cuánto más vehemente fué su deseo de amarla y servirla por toda su vida.

ORACIÓN

¡Virgen inmaculada y bendita! pues que Vos sois la dispensadora universal de todas las divinas gracias, Vos sois también la esperanza de todos y la esperanza mía. Doy siempre gracias á mi Señor, que me ha dado á conoceros y que me ha enseñado el medio que he de adoptar para alcanzar las gracias y salvarme. El medio sois Vos, ¡oh gran Madre de Dios! pues no ignoro que principalmente por los méritos de Jesucristo, y después por vuestra intercesión, he de salvarme. ¡Ah Reina mía! Vos que fuisteis tan diligente en visitar y santificar con vuestra presencia la casa de Isabel, dignaos visitar luego la pobre casa de mi alma. Apresuraos, pues Vos sabéis mejor que yo cuánto lo necesita y cuán enferma se halla de una infinidad de males, de afectos desordenados, de costumbres perniciosas y

de pecados cometidos, todos males pestilenciales que la conducirían á la muerte eterna. Vos podéis enriquecerla, ¡oh tesorera de Dios! y curarla de todas sus enfermedades. Visitadme, pues, ahora en vida, y después especialmente en la hora de la muerte, porque entonces me será más necesaria vuestra asistencia. Yo no pretendo ni merezco que Vos me visitéis en este mundo con vuestra presencia visible, como lo habéis hecho con tantos siervos vuestros, pero siervos que no eran indignos é ingratos como yo soy, me contento con veros después en vuestro reino del cielo, para amaros allí aun más y daros gracias por los beneficios que me habéis hecho. Ahora me limito á pedir os que me visitéis con vuestra misericordia: me basta que roguéis por mí.

Rogad, pues, ¡oh María!, y recomendadme á vuestro Hijo. Vos conocéis mejor que yo mis miserias y necesidades. ¿Qué puedo deciros más? Apiadaos de mí. Soy tan miserable é ignorante, que ni siquiera sé conocer ni pedir las gracias para mí más necesarias. Reina y Madre mía dulcísima, pedid Vos por mí, y alcanzadme de vuestro Hijo aquellas gracias que Vos sabéis me son más convenientes y necesarias para mi alma. Me entrego enteramente en vuestras manos, y ruego tan sólo á la divina Majestad, que por los méritos de mi Salvador Jesús, me conceda aquellas gracias que Vos le pidiéreis por mí. Pedid, pedid, pues, por mí, ¡oh Virgen Santísima! lo que juzguéis mejor. Vuestras súplicas son siempre atendidas, son súplicas de Madre para con un Hijo que tanto os ama y se complace en hacer cuanto Vos le pedía, para honraros más y manifestaros juntamente el grande amor que os profesa. Señora, así quedamos convenidos. Yo pongo en Vos mi confianza. Vos, por vuestra parte, habéis de pensar en salvarme. Amén.

DISCURSO VI

DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

El gran sacrificio que María hizo á Dios en este día, ofreciéndole la vida de su Hijo.

EN el nacimiento de los hijos primogénitos debían observarse dos preceptos en la ley antigua. Consistía el primero en que la madre, como inmundada, permaneciese retirada en casa por espacio de cuarenta días, des-

puéa de los cuales fuese á purificarse en el templo; el segundo, en que los padres del primogénito le llevasen al templo y allí le ofreciesen á Dios. En este día quiso la Santísima Virgen cumplir con entrambos preceptos; porque aun cuando María no estuviese obligada á la ley de la purificación, por haber sido siempre Virgen y siempre pura, sin embargo, por amor á la humildad y á la obediencia, quiso ir á purificarse como las otras madres. Obedeció, pues, el segundo precepto de presentar y ofrecer el Hijo al eterno Padre, conforme se lee en el Evangelio: *Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la Madre, según la ley de Moisés llevaron al Niño á Jerusalén para presentarle al Señor* (1). Pero la Virgen le ofreció de un modo diferente del que las otras madres ofrecían á sus hijos. Estas sabían que el verificarlo era una simple ceremonia de la ley; de manera que al redimirlos se los apropiaban sin temor de haberlos de ofrecer ya á la muerte. María ofreció el Hijo á la muerte realmente, y con la certidumbre de que el sacrificio de la vida de Jesús, que ella hizo entonces, debía indefectiblemente consumarse algún día sobre el altar de la cruz; de modo que, ofreciendo María la vida del Hijo por el amor que le tenía á este Hijo, vino á sacrificarse ella misma enteramente á Dios. Prescindiendo, pues, de todas las demás consideraciones que pudiéramos hacer sobre muchos misterios de esta festividad, pasemos á considerar solamente cuán grande fué el sacrificio que hizo María de sí misma á Dios, ofreciéndole en este día la vida de su Hijo. Y este será el único asunto del presente discurso.

Había determinado ya el eterno Padre salvar al hombre perdido por la culpa, y librarle de la muerte eterna; mas porque exigía al propio tiempo que su divina justicia no quedase defraudada de la condigna y debida satisfacción, no perdonando para ello la vida de su mismo Hijo, que se había ya encarnado para redimir á los hombres, quiso que él pagase con todo rigor la pena que éstos habían merecido (2). Con este objeto le envió á la tierra para hacerse hombre, le destinó una Madre; y quiso que ésta fuese la Virgen María; pero así como no permitió que sin su expreso consentimiento el Verbo divino se hiciese Hijo suyo, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salud de los hombres, sin que para ello concurriese tam-

1. Luc. II, 22.—2. Rom. VIII, 32.

bién el consentimiento de María, á fin de que juntamente con el sacrificio de la vida del Hijo fuese sacrificado también el corazón de la Madre. Enseña Santo Tomás que la cualidad de madre da un derecho especial sobre los hijos; por lo que, siendo Jesús de suyo inocente y en nada merecedor de suplicio alguno por propia culpa, parecía conveniente que no fuese destinado á la cruz para víctima de los pecados del mundo, sin el consentimiento de su Madre, que voluntariamente le ofreciese á la muerte.

Pero, aunque María desde el momento que fué hecha Madre de Jesús consintió en su muerte, quiso, sin embargo el Señor, que en este día hiciese ella en el templo un solemne sacrificio de sí misma, ofreciéndole solemnemente su Hijo, y sacrificando su preciosa vida á la divina justicia. Por esto San Epifanio la llamó sacerdote (1). Veamos, pues, cuánto dolor le costó este sacrificio y cuán heroica virtud tuvo que ejercitar, debiendo firmar ella misma la sentencia de muerte de su amado Jesús.

He aquí que María se encamina hacia Jerusalén para ofrecer á su Hijo; apresura los pasos hacia el lugar del sacrificio, y ella misma lleva la víctima en sus brazos. Entra en el templo, acércase al altar, y allí, llena de modestia, humildad y devoción, presenta su Hijo al Altísimo. En aquel momento el santo y viejo Simeón, á quien Dios había prometido que no moriría sin haber visto el Mesías deseado, toma el divino Niño de las manos de la Virgen, é iluminado del Espíritu Santo, le anuncia cuánto había de costarle el sacrificio que entonces hacía de su Hijo, con el cual su alma bendita también había de ser sacrificada. Aquí Santo Tomás de Villanueva (2) se representa al Santo viejo, que al momento de anunciar la funesta noticia á esta pobre Madre, se turba y enmudece. Luego considera el Santo á María, que le pregunta: ¿Por qué os turbáis así, ¡oh Simeón!, en una ocasión para Vos de tanto consuelo? ¡Oh noble y santa Virgen! contesta el anciano, no quisiera ser el profeta de nueva tan amarga para Vos; pero ya que así lo quiere el Señor, para vuestro mayor mérito, oid: Este Niño que ahora os causa tanta alegría, y con razón, ¡oh Dios! algún día ha de haceros sentir el dolor más cruel que jamás haya sufrido criatura alguna en el mundo, y será cuando le veréis perseguido de toda clase de gentes, y hecho en la tierra el blanco de los escarnios é injurias de los

hombres, hasta hacerle morir ajusticiado delante de vuestros ojos. Sabed que después de este sacrificio habrá muchos mártires, que por amor de vuestro Hijo sufrirán los tormentos y la muerte; pero el martirio de éstos se limitará á su cuerpo, y el vuestro, ¡oh divina Madre!, os atravesará el corazón.

Si, el corazón, porque sólo la compasión por las penas de este Hijo querido había de ser la espada de dolor que debía traspasar el corazón de la Madre, conforme lo vaticinó San Simeón (1).

Estaba ya alumbrada la Santísima Virgen por las divinas Escrituras, como dice San Jerónimo y no ignoraba las penas que debía padecer el Redentor en su vida y aun más al tiempo de su muerte. Sabía ella por los profetas que sería entregado por un familiar suyo: *Un hombre que conta de mi pan ha urdido una grave traición contra mí* (2); y abandonado de sus discípulos: *Hiere al pastor y serán dispersadas las ovejas* (3). Sabía que sería despreciado, escupido, abofeteado y escarnecido de las gentes: *Entregué mis espaldas á los que me azotaban, y mis mejillas á los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían* (4). Sabía que llegaría á ser el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe más vil, hasta llenarle de injurias y villanías: *Bien que yo soy un gusano y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe* (5). *Le hartarán de oprobios* (6). Sabía que al fin de su vida sus carnes sacrosantas debían ser destrozadas por los azotes: *Por causa de nuestras iniquidades fué él llagado y despedazado por nuestras maldades* (7); de suerte que su cuerpo había de quedar todo desfigurado, cubierto de llagas como un leproso, hasta aparecer los huesos: *No es de aspecto bello ni es esplendoroso; nosotros le reputamos entonces como un leproso* (8). *Han contado mis huesos uno por uno* (9). Sabía que sería traspasado de los clavos: *Han taladrado mis manos y mis pies* (10), y colocado entre malhechores: *Ha sido confundido con los facinerosos* (11). Sabía, en fin, que debía morir pendiente de la cruz por la salvación de los hombres: *Y pondrás los ojos en mí, á quien traspasaron* (12).

Todas estas penas, digo, ya sabía María que debía de padecerlas su Hijo; pero según el Señor reveló á Santa Teresa en las palabras que le dijo Simeón: *Una espada de do-*

1. Luc. II, 35.—2. Psalm. XL, 10.—3. Zachar. XII, 7.—4. Isai. L, 6.—5. Psalm. XXI, 7.—6. Terc. III, 30.—7. Isai. LIII, 5.—8. Idem LIII, 2 et 4.—9. Psalm. XXI, 18.—10. Idem 17.—11. Isai. LIII, 12.—12. Zach. XII, 10.

lor *traspasará tu alma* (1), le fueron manifestadas en particular todas las circunstancias de los dolores, así interiores como exteriores, de la Pasión de Jesús. Y ella consiente en todo, y con un valor que pasma á los Angeles, pronuncia la sentencia para que muera su Hijo, diciendo: Padre eterno, pues que Vos así lo queréis, *uno á vuestra santa voluntad la mta* y os sacrifico á mi Hijo: estoy contenta que pierda la vida por vuestra gloria y por la salvación del mundo. Y con él os sacrifico también mi corazón; traspásele el dolor cuanto os plazca, pues me basta que Vos Dios mío, quedéis de ello glorificado y satisfecho: *No se haga mi voluntad, sino la tuya* (2). ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh constancia sin ejemplo! ¡Oh victoria digna de la admiración eterna del cielo y de la tierra!

Ved aquí por qué Maria en la Pasión de Jesús calló cuando le acusaban injustamente; nada dijo á Pilatos, que estaba inclinado á librarle por la inocencia que en él conocía, sino que solamente se presentó en público para asistir al grande sacrificio que debía efectuarse en el Calvario; ella le acompaña en el lugar del suplicio; ella le asiste desde el instante en que fué puesto en la cruz hasta que le vió expirar y quedó consumado el sacrificio. Todo para cumplir la ofrenda que ella misma habia hecho á Dios en el templo.

Para comprender la violencia que Maria debió hacerse á sí misma en este sacrificio, sería necesario comprender el amor que esta Madre tenia á Jesús. Generalmente hablando, el amor de las madres para con los hijos es tan tierno, que cuando éstos se hallan en el trance de la muerte y ellas temen perderlos, olvidan todos sus defectos, su fealdad y hasta las injurias que de ellos recibieron, experimentando un dolor inexplicable. Y á la verdad, el amor de estas madres es un amor dividido entre otros hijos ó entre otras criaturas. Maria no tiene más que un solo Hijo, y éste es el más hermoso de todos los hijos de Adán; es amabilísimo, pues posee todas las cualidades para ser amado; es obediente, virtuoso, inocente, santo; en una palabra, es Dios. Además, el amor de esta Madre no está dividido en otros objetos: todo su amor lo ha puesto en este solo Hijo; ni por esto teme amarle demasiado, porque este Hijo es Dios, que merece un amor infinito, y este Hijo es la

1. Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.— Non mea voluntas, sed tua fiat.

victima que ella debe sacrificar voluntariamente á la muerte.

Considere, pues, cada uno de nosotros cuánto debió costar á María, y de cuánta fortaleza necesitó revestirse para inmolar en la cruz la vida de un Hijo tan amable. He aquí la Madre más afortunada, por ser Madre de Dios, y al mismo tiempo la Madre más digna de compasión, por ser la más afligida como Madre de un Hijo que se sabía estaba destinado para la cruz desde el día en que le fué dado por Hijo. ¿Qué madre aceptaría un hijo, sabiendo que después había de perderle miserablemente con una muerte infame y presenciarse su suplicio? María acepta voluntariamente este Hijo con tan dura condición, y no solamente le acepta, sino que ella misma en este día le ofrece con sus propias manos á la muerte, sacrificándole á la divina justicia. Dice San Buenaventura que la bienaventurada Virgen hubiera aceptado mucho más gustosa para sí las penas y la muerte del Hijo; pero que para obedecer á Dios, hizo la grande ofrenda de la vida divina de su amado Jesús, venciendo, pero con un dolor inmenso, toda la ternura del amor que le tenía (1). De manera que en esta ofrenda María tuvo que hacerse más violencia, y fué más generosa, que si ella misma se hubiese ofrecido para todo lo que debía padecer el Hijo. Sobrepujó ella entonces en generosidad á todos los mártires, pues éstos ofrecieron su vida, más la Virgen ofreció la del Hijo, que amaba y estimaba infinitamente más que la suya propia.

Ni terminó aquí la pena de esta dolorosa ofrenda, antes bien aquí comenzó; pues desde entonces y durante toda la vida del Hijo, María siempre tuvo fija ante sus ojos la muerte y todos los dolores que él debía padecer en su muerte. Por esto cuanto más hermoso, gracioso y amable se iba haciendo á sus ojos este Hijo suyo, tanto más se acrecentaba la angustia de su corazón. ¡Ah Madre dolorosa! si Vos hubieseis amado menos á vuestro Hijo, ó vuestro Hijo hubiese sido menos amable, ó no os hubiera amado tanto, sin duda hubiera sido mucho menor vuestra pena al ofrecerle á la muerte. Mas no hubo ni habrá madre más amante que Vos de su hijo, porque no ha habido ni habrá jamás hijo más amable y más amante de la madre que vuestro Jesús. ¡Oh Dios mío! si nosotros hubiésemos visto la belleza, la majestad del rostro de aquel divino

1. In part. 1, dist. 48, quæst. 2.

Niño, ¿hubiéramos por ventura, tenido valor de sacrificar su vida por nuestra salud? ¡Y Vos, oh María, que sois su Madre, y Madre que tanto le amasteis, no vacilasteis en ofrecer á vuestro inocente Hijo por la salvación de los hombres á una muerte la más dolorosa, la más cruel, que jamás haya sufrido reo alguno sobre la tierra!

¡Ay de mí desde aquel día en adelante, ¡qué cuadro tan funesto pondría continuamente el amor delante de los ojos de María, representándole todos los tormentos y es carnios que había de sufrir su pobre Hijo! El amor ya se lo representa agonizando de tristeza en el huerto, despedazado de los azotes y coronado de espinas en el Pretorio, pendiente, en fin, de un ignominioso leño en el Calvario. ¡He aquí, oh Madre, decía el amor, á qué tormentos y á qué muerte tan terrible ofreces un Hijo tan amable é inocente! ¿De qué sirve librarle de las manos de Herodes, si ha de reservarse para un fin tan digno de compasión?

Ahora bien; María no ofreció solamente en el templo su Hijo á la muerte, sino que le ofreció en cada momento de su vida; pues ella reveló á Santa Brígida que el dolor que le causó el anuncio de Simeón, no se apartó jamás de su corazón hasta que se subió al cielo.

Por cuyo motivo San Anselmo le dice: Señora, no puedo creer que hubieseis podido vivir un solo instante con dolor tan acerbo, si el mismo Dios, que da la vida, no os hubiese confortado con su virtud divina. Nos atestigua San Bernardo, hablando de las angustias que María padeció en este día, que ella desde entonces en adelante vivía muriendo cada instante, porque á cada instante le asaltaba el dolor de la muerte de su querido Jesús, dolor más cruel que la misma muerte.

Considerando el gran merito que la divina Madre adquirió en este gran sacrificio, que ofreció á Dios por la salvación del mundo, San Agustín la llama justamente la reparadora del género humano (1); San Epifanio la redentora de los cautivos (2); San Ildelfonso la reparadora del mundo perdido (3); San Germán el remedio de nuestras desgracias (4); San Ambrosio la Madre de todos los fieles (5); San Agustín la Madre de los vivientes (6), y San Andrés Cretense la Madre de la vida (7). Pues dice Arnoldo Carnotese: En la muerte de Jesús, María unió su voluntad á la del Hijo, de suerte que ambos ofrecieron un

1. De Fide, ad Patr.—2. De Laud. Virg.—3. Serm. 1. de Ass.—4. In Exil. Virg.—5. Ap. S. Bon. in Spec. cap. 10.—6. Serm. de Ass.—7. Hum. 2. de Ass.

mismo sacrificio, y por esto añade el santo abad que tanto el Hijo como la Madre obraron la humana redención alcanzando la salvación de los hombres: Jesús satisfaciendo por nuestros pecados, María impetrando que nos fuese aplicada esa satisfacción (1). Y por esto mismo afirma también el B. Dionisio Cartujano que la divina Madre puede llamarse Salvadora del mundo, pues por la pena que padeció en los tormentos del Hijo, sacrificado voluntariamente por ella á la divina justicia, mereció que fuesen aplicados á los hombres los méritos del Redentor (2).

María, pues, que por el mérito de sus dolores y de la ofrenda de su Hijo vino á ser Madre de todos los redimidos, es justo creer que sólo por su mano dé á éstos la leche de las divinas gracias, que son los frutos de los méritos de Jesucristo y los medios para alcanzar la vida eterna. Y á esto alude lo que dice San Bernardo: que Dios ha puesto en manos de María todo el precio de nuestra redención (3); con cuyas palabras nos da á entender el Santo, que por medio de la intercesión de la bienaventurada Virgen se aplican á las almas los méritos del Redentor, porque por su mano se dispensan las gracias, que son precisamente el precio de los méritos de Jesucristo.

Y si Dios tanto agradeció el sacrificio de Abrahán por haberle ofrecido á su hijo Isaac, hasta prometerle en recompensa que multiplicaría sus descendientes como las estrellas del cielo (4), debemos ciertamente creer que el Señor agradeció infinitamente más el sacrificio de mayor consideración que María le hizo de Jesús, y que por eso se le haya concedido, que por medio de sus ruegos se multiplique el número de los elegidos, esto es, la dichosa descendencia de sus hijos, que por tales María tiene y protege á todos sus devotos.

San Simeón obtuvo de Dios la promesa que no moriría antes de ver al Mesías (5); pero esta gracia no la recibió sino por medio de María, pues no vió al Salvador sino en los brazos de la Virgen. Por lo cual el que quiera hallar á Jesús no le hallará sino por medio de María. Acudamos, pues, á esta divina Madre si queremos hallar á Jesús, y acudamos con gran confianza. María declaró á su sierva Prudenciana Zagnoni, que todos los años en este día de la Purificación se ejercería un grande acto de misericordia á favor de un pecador ¿Quién sabe si por ventura alguno

1. Tr. de Laud. V.—2. Lib. 2 de Laud. Virg. art. 23.—3. Serm. de Aqued.
—4. Gen. xxii, 16 et 17.—5. Luc. ii, 26.

de nosotros será hoy este pecador afortunado? Si fueren grandes nuestros pecados, mayor es el poder de María. El Hijo, dice San Bernardo, no sabe negar nada á esta Madre (1). Si Jesús está indignado contra nosotros, María luego le aplaca. Refiere Plutarco, que Antipatro escribió á Alejandro Magno una larga carta llena de acusaciones contra Olimpia, madre del mismo Alejandro. Leída por éste la carta, respondió: ¿Ignora acaso Antipatro que una sola lágrima de mi madre basta para borrar infinitas cartas de acusación (2)? En los mismos términos debemos figurarnos que responde Jesús á las acusaciones que contra nosotros le presenta el demonio, cuando María intercede á nuestro favor. ¿Ignoras acaso, Lucifer, que una súplica de mi Madre á favor de un pecador basta para hacerme olvidar de todas las acusaciones de las ofensas que me haya hecho? He aquí en confirmación de ello el siguiente

EJEMPLO

Este ejemplo no está escrito en libro alguno; pero me lo refirió un sacerdote compañero mío, á quien le sucedió. Estando este sacerdote confesando en la iglesia de un país, que callamos cuál sea por dignos respetos, aunque el penitente le dió licencia para publicar el hecho, se le puso á los pies un joven que parecía estaba incierto si se confesaría ó no. Estando observándolo el Padre, le preguntó al fin si quería confesarse; respondió que sí; mas conjeturando que la confesión debería ser muy larga, el confesor le condujo á un lugar retirado. Allí empezó á decir el penitente que él era forastero y noble, y que no sabía cómo Dios le pudiese perdonar, habiendo llevado él una vida tan depravada. A más de los innumerables pecados de deshonestidad, homicidios y otros que había cometido, dijo que, desesperando ya de su salvación, había continuado en su mala vida, no tanto para satisfacer sus pasiones, cuanto para agraviar á Dios y por el odio que le tenía. Y entre otras cosas añadió que á un Crucifijo que llevaba encima le había arrojado por desprecio; que poco antes, aquella misma mañana, había ido á comulgar sacrilegamente, con el objeto de hollar luego con sus pies la hostia consagrada. Que con efecto, habiendo recibido la forma, quería poner en ejecución el horrendo designio; pero que no lo había eje-

1. Serm. de Aqued.—2. Plutarc. in Alex.

cutado por habérselo impedido la gente que le miraba; y entregó entonces al sacerdote la hostia, envuelta en una carta. Refirió después que al pasar por delante de aquella iglesia se había sentido fuertemente impulsado para entrar en ella, y que no pudiendo resistirlo había entrado. Que después le había asaltado un gran remordimiento de conciencia, con cierta voluntad, aunque confusa é irresoluta, de confesarse; que por eso se había colocado delante del confesionario; pero que era tanta su confusión y desconfianza, que se hubiera ido á no haberse sentido como detenido por fuerza, hasta que añadió: Vos, Padre, me habéis llamado. Ahora me veo aquí, voy á confesarme; mas no sé cómo.—Preguntólo entonces el Padre si durante el tiempo de su vida desordenada había practicado alguna devoción, principalmente hacia María Santísima, pues tales conversiones no pueden proceder sino de las manos de la Virgen.—Ninguna, Padre, contestó el joven: ¿qué devoción había yo de practicar, si ya me cre'a condenado?—Recuérdalo mejor, replicó el Padre.—Ninguna, Padre, respondió el penitente.—Mas al ponerse la mano al pecho para descubrirse, recordó que allí tenía el escapulario de la Virgen de los Dolores.—¡Ah, hijo mío! exclamó entonces el confesor: ¿no ves que esta gracia te viene de María? Has de saber, añadió, que esta iglesia está consagrada á la Virgen Santísima.—Al oír esto, el joven se enterneció, empezó á compungirse y á llorar; y continuando luego la confesión de sus pecados, creció de tal modo su compunción y su amargo llanto, que cayó desmayado, al parecer de dolor, á los pies del Padre; quien, haciéndole volver en sí con aguas espirituosas, pudo oír completamente la confesión, le absolvió con sumo consuelo y le envió á su patria muy conrito y resuelto á mudar de vida, después de haber obtenido de él amplia licencia para manifestar y publicar por todas partes la gran misericordia que María con él había usado.

ORACIÓN

¡Oh, santa Madre de Dios y Madre mía María! ¿Tanto os interesasteis, pues, por mi salvación eterna, hasta el punto de entregar á la muerte el objeto predilecto de vuestro corazón, á vuestro adorado Jesús? Luego, si tanto deseáis mi salvación, justo es que después de Dios ponga en Vos todas mis esperanzas. ¡Oh, Virgen bendita! sí, confío enteramente en Vos. Ea, pues, por los méritos del

gran sacrificio de la vida de vuestro Hijo, que en este día ofrecisteis á Dios, rogadle que tenga piedad de mi alma, por la cual este Cordero inmaculado no rehusó morir en la cruz.

Quisiera también, Reina mía, ofrecer á Dios en este día, y á imitación vuestra, mi pobre corazón; pero temo que le rehuse al verle tan corrompido. Mas si Vos se lo ofrecéis no lo desechará. Las ofrendas presentadas por vuestras purísimas manos las agradece y acepta. A Vos, pues, ¡oh María!, me presento hoy, miserable como soy, y á Vos me entrego enteramente. Ofrecedme Vos, como cosa que os pertenece, al Eterno Padre, juntamente con Jesús, y rogadle que, por los méritos del Hijo y en gracia vuestra, me acepte y reciba por suyo. ¡Ah, Madre mía dulcísima! por el amor de este Hijo sacrificado, ayudadme siempre y no me desamparéis. No permitáis que á este mi amabilísimo Redentor, ofrecido hoy por Vos con tan grave dolor á la cruz, le pierda yo algún día por mis pecados. Decidle que yo soy vuestro siervo; decidle que yo en Vos he puesto toda mi esperanza; decidle, en suma, que Vos queréis que yo me salve, que él ciertamente os oirá. Amén.

DISCURSO VII

DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

En este día la Iglesia se propone celebrar dos solemnidades en honra de María, á saber: una que tiene por objeto su feliz tránsito ó salida de este mundo, y la otra su gloriosa Asunción en el cielo. En este primer discurso trataremos del tránsito, y en el día siguiente de la Asunción.

Cuán preciosa fué la muerte de María. — 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. — 2.º Por el modo con que sucedió.

SIENDO la muerte pena del pecado, parecía que la divina Madre, siendo santa y hallándose exenta de toda culpa, no debía estar sujeta á la muerte ni sufrir la misma suerte que los hijos de Adán, inficionados del veneno del pecado. Mas sea que Dios quiso que María fuese en un todo semejante á Jesús, y que habiendo muerto el Hijo convenía que á su vez muriese la Madre, sea porque plugo á Dios dar á los justos un ejemplar de la muerte preciosa que les tiene preparada, quiso que también muriese la

Virgen; pero con una muerte dulce y dichosa. Examine-mos, pues, cuán preciosa fuese la muerte de María: 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. 2.º Por el modo con que sucedió.

PUNTO I

Tres cosas suelen hacer amarga la muerte: el apego á la tierra, el remordimiento de los pecados y la incertidumbre de la salvación. Pero la muerte de María estuvo del todo exenta de estas amarguras y acompañada de tres hermosísimas prerrogativas que la hicieron preciosísima y dulce. Ella murió como había vivido, enteramente desprendida de los bienes mundanos; murió con una perfecta paz de conciencia, y con la certeza de la gloria eterna.

Y en primer lugar, no hay duda que el apego á los bienes de la tierra hace amarga y miserable la muerte de los mundanos, como dice el Espíritu Santo: *¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que vive en paz en medio de sus riquezas!* (1). Mas porque los santos mueren desprendidos de las cosas del mundo, su muerte no es amarga, sino dulce, amable y preciosa, esto es, como explica San Bernardo, digna de comprarse á cualquier precio: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (2). ¿Y quiénes son estos que mueren estando ya muertos? Son precisamente aquellas almas afortunadas que pasau á la eternidad, hallándose ya desprendidas y como muertas para todos los afectos de las cosas terrenas, habiendo hallado solamente en Dios todo su bien, como le había hallado San Francisco de Asís, que decía: Dios mío y mi todo. Pero ¿qué alma hubo jamás más desprendida de las cosas del mundo y más unida á Dios como la hermosa alma de María? Estuvo desprendida de sus padres, pues desde la edad de tres años, cuando las niñas están más unidas á sus padres y más necesitadas de su amparo, María los dejó con gran resolución, y fué á encerrarse en el templo para atender solamente á Dios. Estuvo desprendida de las riquezas, contentándose con vivir siempre pobre, y alimentándose con el trabajo de sus manos, desprendida de los honores, amando la vida humilde y retirada, aunque le pertenecía el honor de Reina, por descender de los reyes de Israel. Ella misma reveló á Santa Isabel, benedictina, que cuan-

1. Ecll. xxi, 1.—. Apoc. xiv, 13.

do sus padres la dejaron en el templo, resolvió en su corazón no tener otro padre ni amar otro bien que á Dios.

San Juan vió figurada á María en aquella mujer vestida del sol, que tenía la luna debajo de sus pies (1). Por la luna entienden los intérpretes los bienes de este mundo, que son caducos y menguan como la luna. Todos estos bienes jamás los tuvo María en el corazón, antes bien los despreció siempre y tuvo debajo de sus pies, viviendo en este mundo como solitaria tortolilla en un desierto, sin poner afecto en cosa alguna; de manera que de ella se dijo: *El arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos* (2). Y en otro lugar: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto?* (3). Por lo cual dijo Ruperto: Subiste así por el desierto teniendo el alma solitaria. Habiendo vivido, pues, María siempre y del todo desprendida de las cosas terrenas, y solamente unida á Dios, no le era amarga, sino muy dulce y agradable la muerte, porque la unía más estrechamente á su Dios con eterno vínculo en el cielo.

En segundo lugar, lo que hace preciosa la muerte de los justos es la paz de conciencia. Los pecados cometidos en vida son aquellos gusanos que más afligen y roen el corazón de los desdichados pecadores moribundos, los cuales, debiendo entonces dentro breve tiempo presentarse al divino tribunal, se ven rodeados en aquel momento de sus pecados, que les amedrentan y gritan alrededor, como dice San Bernardo: *Obras tuyas somos; no te abandonaremos*. María no pudo ciertamente hallarse afligida en la hora de su muerte por remordimiento alguno de conciencia, porque fué siempre santa, siempre pura y siempre exenta de toda sombra de culpa actual y original, por lo cual de ella se dijo: *Toda tú eres hermosa, oh amiga mía; no hay defecto alguno en tí* (3). Desde que tuvo el uso de la razón, esto es, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción en el vientre de Santa Ana, empezó á amar á su Dios con todas sus fuerzas y prosiguió haciéndolo así toda su vida, adelantando continuamente en la perfección y en el amor. Todos sus pensamientos, sus deseos y sus afectos no fueron sino de Dios; no profirió palabra, no hizo movimiento, no dirigió mirada ni respiró que no fuese por Dios y por su gloria, sin separarse ni olvidarse jamás un momento del amor divino. ¡Ahl en la hora feliz de su muerte, su bienaventurado lecho estuvo rodeado de todas las hermosas vir-

1. Apoc. xii, 1.—2. Cantic. ii, 12.—3. Idem iii, 6.

tudes que practicó en vida: aquella fe tan constante, aquella confianza en Dios tan amorosa, aquella paciencia tan fuerte en medio de tantas tribulaciones, aquella humildad tan profunda en medio de tantos privilegios, aquella modestia, aquella mansedumbre, aquella piedad hacia las almas, aquel celo de la gloria divina y, sobre todo, aquel perfecto amor de Dios, con aquella total conformidad á la voluntad divina; todas estas virtudes, en suma, la rodearon, diciéndole estas consoladoras palabras: *Obras tuyas somos; no te abandonaremos*. Señora y Madre nuestra, todas nosotras somos hijas de vuestro hermoso corazón; ahora que dejáis esta miserable vida, nosotras no queremos abandonaros, iremos también á formar vuestra comitiva, honrándoos en el cielo, en donde Vos, por nuestro medio, habéis de ser reina de todos los hombres y de todos los Angeles.

En tercer lugar, dulcifica el trance de la muerte la certidumbre de la salvación eterna. Por cuyo motivo, así como es muy grande el espanto de aquellos que mueren inciertos de su salvación y se acercan al supremo momento con justo temor de pasar á una muerte eterna, así, por lo contrario, es muy grande la alegría de los santos al terminar la vida, esperando con alguna seguridad de ir á poseer á Dios en el cielo. Una religiosa de Santa Teresa, al oír del médico la noticia de su próxima muerte, tuvo tanta alegría que le dijo:—Y ¿cómo, señor médico, me da V. esta amada nueva sin pedirme albricias?—Hallándose San Lorenzo Justiniano en el trance de la muerte, y viendo á los de su familia que lloraban á su alrededor, les dijo: Id á otra parte á llorar; si queréis permanecer aquí conmigo, habéis de estar alegres, como yo lo estoy, de ver que va á abrirseme la puerta del cielo para unirme con mi Dios. Y así igualmente, un San Pedro de Alcántara, un San Luis Gonzaga y otros muchos santos, al recibir la noticia de su próxima muerte, prorrumpieron en voces de júbilo y alegría. Y sin embargo, éstos no tenían la seguridad completa de alcanzar la divina gracia, ni estaban ciertos de su propia santidad, como lo estaba María. Pero ¿qué júbilo debió sentir la divina Madre al oír la noticia de su muerte, teniendo como tenía la suma certeza de gozar de la divina gracia, especialmente después que el arcángel San Gabriel le aseguró que estaba llena de ella y que poseía á Dios? Muy bien sabía ella que su corazón arde ya de continuo en el amor divino; de modo que, según San Bernardino de

Bustos, María, por un privilegio singular no concedido á ningún otro Santo, amaba y estaba actualmente amando á Dios en todos los instantes de su vida, y con tanto ardor, que, como dice San Bernardo, fué necesario un continuo milagro para que pudiese vivir en medio de tantas llamas.

De María ya se dijo en los sagrados Cantares: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes, de mirra, y de incienso y de toda especie de aromas* (1)? Su total mortificación; figurada en la mirra; sus fervorosas oraciones, significadas en el incienso, y todas sus santas virtudes, unidas a su perfecto amor de Dios, encendían en ella un incendio tal, escribió Ruperto, que su hermosa alma, toda sacrificada y consumida por el amor, se eleva continuamente á Dios como una columnita de perfumes, que por todas partes exhalaba suavísimo olor. Y añade Eustaquio con mayor expresión: Y cual vivió la amante Virgen, tal murió. Así como el amor divino le dió la vida, así le dió la muerte falleciendo, como comúnmente dicen los doctores y los santos Padres, no de ninguna enfermedad, sino de puro amor; diciendo San Ildefonso que María, ó no debía morir, ó morir solamente de amor.

PUNTO II

Veamos ahora cómo sucedió su bienaventurada muerte. Después de la Ascensión de Jesucristo, quedó María en la tierra para cuidar de la propagación de la fe. Por lo cual los discípulos de Jesucristo acudían á ella, que les resolvía las dudas, les confortaba en las persecuciones y les animaba á trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas redimidas. Muy gustosa accedió á permanecer en la tierra, entendiendo que esta era la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; mas no podía dejar de sentir la pena de verse privada de la presencia de su querido Hijo, que se había subido al cielo. *En donde alguno piensa que está su tesoro y su contento, allí tiene siempre fijo el corazón.* dijo el Redentor, *todo su amor y deseos* (2). No teniendo, pues, María otro bien que Jesús, que estaba en el cielo, al cielo encaminaba todos sus deseos. *La celda de María fué el cielo,* escribió Taulero (3), porque en el cielo hacía su con-

*. Cantic. iii, 6.—2. Luc. xii, 34.—3. Serm. de Nat. Virg. Mar.

tinua morada con el afecto: *su escuela fué la eternidad*, comprendida siempre de los bienes temporales; *su ayo, la divina Verdad*, obrando siempre con la divina luz; *su espejo, la divinidad*, porque solamente miraba á Dios para conformarse con su divina voluntad; *su adorno, la devoción*, siempre pronta para poner en ejecución el divino beneplácito; *su paz era unirse toda con su Dios*; en suma, *el lugar y tesoro de su corazón únicamente era Dios*. Ella procuraba consolar su corazón enamorado en tan dura ausencia, recorriendo, según se refiere, los santos lugares de Palestina que el Hijo había santificado con su presencia: visitaba á menudo, ya el establo de Belén, en donde el Hijo había nacido; ya el taller de Nazareth, en donde el Hijo había vivido muchos años pobre y despreciado; ya el huerto de Gethsemani, en donde comenzó su pasión; ya el pretorio de Pilatos, en donde fué azotado; ya el lugar en donde fué coronado de espinas. Pero más á menudo visitaba el Calvario en donde el Hijo expiró, y el santo sepulcro en donde depositó al fin su cuerpo. Y así la afligida madre procuraba aliviarse la pena en su destierro. Mas esto no bastaba para satisfacer su corazón, que no podía hallar su perfecto sosiego acá en la tierra, por lo cual suspiraba incesantemente hacia su Señor, exclamando con David, aunque con amor más ardiente: *¿Quién me diera alas de paloma para volar á mi Dios, y hallar allí mi descanso* (1). Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma herida de vuestro amor, oh Dios mío, os desea y suspira por Vos (2). ¡Ah! los suspiros de esta santa tortolilla no podían dejar de penetrar en el corazón de su Dios, que tanto la amaba; por lo que, no queriendo él diferir por más tiempo el consuelo á su amada, oye sus deseos y la llama á su reino.

Refieren Cedreno (3), Nicéforo (4) y Metafraste (5), que el Señor algunos días antes de su muerte le envió el Angel San Gabriel, el mismo que en otro tiempo le había anunciado que ella era la mujer bendita y escogida por Madre de Dios: Señora y Reina mía, la dijo el Angel. Dios ha oído ya vuestros santos deseos, y me ha enviado á decirlos que os preparéis á dejar la tierra, porque él os quiere consigo en el cielo. Venid, pues, á tomar posesión de vuestro reino; porque yo y todos sus santos ciudadanos os esperamos y deseamos. Al oír tan feliz anuncio, ¿qué otra cosa haría nuestra humildísima y santa Virgen, sino abis-

1. Ps. lxxv, 7.—2. Idem xli, 2.—3. Com. p. hist.—4. Lib. v, cap. 21.—5. Or. de Dormit. Mar.

marse mucho más en su humildad y repetir aquellas mismas palabras que respondió á San Gabriel, cuando le anunció la divina maternidad? *He aquí la esclava del Señor*; él, por su mera bondad me ha elegido y hecho Madre suya, ahora me llama al cielo. Yo no merecía ni aquella honra ni esta; mas ya que él quiere mostrar conmigo su infinita liberalidad, heme aquí pronta para ir donde él quiera, cúmplase en mí siempre la voluntad de mi Dios y Señor.

Después de haber recibido este deseado aviso, fué de ello parte á San Juan, quien podemos considerar con cuánto dolor y ternura oiría esta nueva, cuando habiéndola asistido tantos años como hijo, habla ya disfrutado la celestial conversación de esta santísima Madre. Ella visitó después los Santos Lugares de Jerusalén, despidiéndose con ternura de ellos, especialmente del Calvario en donde murió su amado Hijo, y luego se retiró á su pobre casa á prepararse para la muerte. Entre tanto no dejaban de venir á menudo los ángeles á saludar á su amada Reina, consolándose con saber que pronto la habían de ver coronada en el cielo. Dicen muchos autores (1), que antes de morir se juntaron milagrosamente los Apóstoles y también parte de los discípulos, acudiendo de diferentes lugares donde estaban dispersos, y todos se hallaron reunidos en la habitación de María; la cual al ver allí congregados en su presencia á aquellos amados hijos, les habló de esta manera: Queridos míos, mi Hijo me dejó por vuestro amor y para que os ayudase. La santa fe se halla ya ahora difundida por el mundo; ya el fruto de la divina semilla está crecido; por lo cual, viendo mi Señor que mi asistencia ya no es necesaria en la tierra, y compadeciéndose de la pena de mi ausencia, ha accedido á mis deseos de salir de esta vida y de ir á verle en el cielo. Quedaos, pues, vosotros á trabajar por su gloria. Aunque yo os deje, no os deja mi corazón; llevaré y estará siempre conmigo el grande amor que os tengo. Voy al cielo á rogar por vosotros. Al oír tan dolorosa nueva, ¿quién podrá comprender jamás cuáles serían las lágrimas y los lamentos de aquellos santos discípulos, al pensar que luego habían de separarse de su Madre? ¡Oh María, dirían todos ellos llorando! ¡oh María, ya queréis dejarnos! Es verdad que esta tierra no es un lugar digno y propio de Vos, ni nosotros somos dignos de disfrutar de la compañía de una Madre de Dios; pero acordaos que Vos

1. S. Andr. Cret. Or. de Dorm. Deip. Damascen. de Dormit. Deip. Euthim. lib. 3. Hist. c. 40.

sois nuestra Madre, que habéis sido nuestra maestra en las dudas, nuestra consoladora en las angustias, nuestra fortaleza en las persecuciones; y ¿cómo podréis ahora abandonarnos, dejándonos sin vuestro consuelo en medio de tantos enemigos y de tantos combates? Perdimos en la tierra á nuestro Maestro y Padre, Jesús, el cual se subió á los cielos, y durante este tiempo, Vos, Madre nuestra, habéis sido nuestro consuelo. ¿Cómo podréis Vos también ahora dejarnos huérfanos de Padre y Madre? Señora nuestra, ó quedaos con nosotros, ó llevadnos en vuestra compañía. Así hablaba San Juan Damasceno (1). No, hijos míos, prosiguió diciendo la amorosa Reina, no es esta la voluntad de Dios: conformaos con lo que él tiene dispuesto de mí y de vosotros. A vosotros aun os queda que trabajar en la tierra para la gloria de vuestro Redentor y para concluir vuestra eterna corona. Yo no os dejo abandonados, sino para auxiliaros aun más con mi intercesión cerca de Dios en el cielo. Quedad contentos. Os recomiendo la santa Iglesia y las almas redimidas: sea este mi último adiós y el único recuerdo que os deje; hacedlo así si me amáis: trabajad por las almas y por la gloria de mi Hijo, porque algún día nos veremos otra vez en el cielo, para nunca más separarnos por una eternidad.

Después les suplicó que diesen sepultura á su cuerpo y les bendijo; ordenó á San Juan, como refiere el Damasceno, que diese dos vestidos suyos á dos doncellas que la habían servido por algún tiempo (2). Y finalmente se arregló decentemente sobre su pobre camilla, en la que aguardó con ansia la muerte, y con ella ir al encuentro del divino Esposo, que luego había de salir á recibirla para llevársela consigo al reino bienaventurado. Mas he aquí que siente ya en el corazón un júbilo extraordinario por la llegada del Esposo, que la llena toda de una inmensa y nueva dulzura. Viendo los santos apóstoles que María se hallaba próxima á partirse de este mundo, renovando las lágrimas se postraron todos alrededor de su cama: unos la besaban sus santos pies, otros la pedían su especial bendición, otros la encomendaban alguna necesidad particular, y llorando todos amargamente, sentíanse traspasados de dolor al haberse de separar para siempre en esta vida de su amada Señora. Y la amantísima Madre se compadecía de todos, y consolaba á unos prometiéndoles su pa-

1. Orat. de Ass. Virg.—J. Nicéforo y Metafrasta ap. I. Ist. di Mar. del P. Fr. Giu. di G. é Maria Lib. 5, v. 13.

trocinio, á otros bendiciéndolos con particular afecto, y á otros animándolos á la conversión del mundo, y llamando especialmente á San Pedro, como á cabeza de la Iglesia y vicario de su Hijo, le encargó principalmente la propagación de la fe, prometiéndole desde el cielo una particular protección. Pero singularmente llamó después á San Juan, el cual, más que todos los demás, sentía un dolor acerbo al tener que separarse de aquella santa Madre; y acordándose la agradecidísima Señora del afecto y atención con que este santo discípulo la había servido en todo el tiempo que ella había estado en la tierra después de la muerte del Hijo: Juan mío, le dijo con gran ternura, Juan mío, te doy gracias por lo mucho que me has asistido: hijo mío, puedes estar seguro de que no te seré ingrata. Aunque ahora te deje, voy á rogar por ti. Quédate en paz en esta vida hasta que nos volvamos á ver en el cielo, donde te espero. No te olvides de mí; en todas tus necesidades llámame en tu ayuda, que jamás me olvidaré yo de ti, hijo mío querido. Hijo, te bendigo, te dejo mi bendición, queda en paz, adiós.

Mas ya se aproxima la muerte de María. Habiendo el amor divino consumido con sus bienaventuradas y vehementes llamas los espíritus vitales, ya la celestial fénix en medio de tan violento incendio, va perdiendo la vida. Llegaban entonces legiones de Angeles como para aprestarse para el gran triunfo con que debían acompañarla al cielo. Bien se consolaba María á la vista de aquellos santos espíritus; sin embargo, su consuelo era incompleto, no viendo comparecer aún á su amado Jesús, que era todo el amor de su corazón; por lo cual á menudo repetía á los Angeles que iban á saludarla: *Os conjuro, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis á mi amado, le noticiéis que desfallezco de amor* (1). Angeles santos, hermosos ciudadanos de la celestial Jerusalén, vosotros á escuadrones venís corteses á consolarme, y todos me consoláis con vuestra amable presencia; yo os doy gracias; pero todos vosotros no me contentáis plenamente, porque no veo aun á mi Hijo para consolarme. Si me amáis, volved al cielo y decidle de mi parte á mi amado, que yo desfallezco en deliquios de su amor; decidle que venga, y que venga presto, porque yo muero de puro deseo de verle.

Mas he aquí que ya viene Jesús á recibir á su Madre

para conducirla al reino bienaventurado. Le fué revelado á Santa Isabel que el Hijo se apareció á María antes de expirar, con la cruz en la mano, para manifestar la gloria especial que él había sacado de la redención, habiendo adquirido con su muerte aquella sublime criatura, que por eternos siglos debía honrarle más que todos los hombres y que todos los Angeles. Refiere San Juan Damasceno que Jesucristo mismo la comulgó después por viático, diciéndole con amor: Recibid ¡oh Madre mía! de mis manos aquel mismo cuerpo que Vos me disteis. Y habiendo recibido la Madre con sumo amor aquella última comunióu, en sus postrimeros alientos le dijo: Hijo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu; os encomiendo este alma que Vos criasteis por vuestra bondad, rica desde el principio de tantas gracias, y con singular privilegio preservada de toda mancha de culpa; os encomiendo mi cuerpo, del cual os dignasteis tomar carne y sangre; os encomiendo también estos mis hijos, hablando de los santos discípulos que la rodeaban; ellos quedan afligidos con mi partidad, consoladles Vos, que les amáis más que yo; bendecidles, y dadles fuerza para hacer cosas grandes para vuestra gloria (1).

Al llegar el fin de la vida de María se oyó en el aposento donde descansaba una grande harmonía, como refiere San Jerónimo. Y á más de esto, según le fué revelado á Santa Brígida, se vió aparecer un gran resplandor, y conocieron luego los Apóstoles que la partida de María estaba próxima, por lo cual renovaron las lágrimas y las súplicas, y levantando las manos, exclamaron todos á una voz: ¡Oh Madre nuestra! ya os vais al cielo y nos dejáis; dadnos la última bendición, no os olvidéis de nosotros miserables. Y María, volviendo los ojos alrededor de todos, como despidiéndose por última vez: Adiós, hijos, les dijo, yo os bendigo; no dudéis que no me olvidaré de vosotros. Y he aquí que entonces vino la muerte, no ya vestida de luto y tristeza como viene para los demás hombres, sino adornada de luz y alegría. Pero ¡qué muerte! ¡qué muerte! digámoslo mejor, vino el divino amor á cortar el hilo de aquella noble vida. Y así como una lámpara que antes de apagarse, entre los últimos resplandores de su vida da más brillante destello y después expira, así la bella mariposa, invitándola su Hijo á que le siguiera, sumergida en la llama de su caridad, y en medio de sus tiernos suspiros,

1. Ap S. Juan Damasc. Or. de Ass. Virg.

da un suspiro más grande de amor, expira y muere; y quedando así libre de los lazos de esta vida, aquella alma sublime, aquella hermosa paloma del Señor, se elevó á la gloria bienaventurada, donde está sentada y lo estará como Reina del cielo por toda la eternidad.

Ya, pues, ha dejado María la tierra, ya está en el cielo. Desde allá la piadosa Madre vuelve la vista hacia nosotros, que aun estamos desterrados en este valle de lágrimas, se complace de nosotros y nos promete su ayuda si la deseamos. Supliquémosle siempre, que por los méritos de su dichosa muerte nos alcance una muerte feliz. Y si por ventura fuese del divino agrado, que nos obtenga la gracia de morir en un día de sábado, que es dedicado á su honor, ó en algún día de la novena ú octava de alguna de sus festividades, como lo ha obtenido para muchos de sus devotos, y especialmente para San Estanislao de Koska, á quien alcanzó el morir el día de su gloriosa Asunción, según refiere el padre Burtoli en su vida (1).

EJEMPLO

Viviendo este santo joven enteramente dedicado al amor de María, sucedió que el día primero de agosto oyó un sermón del padre Pedro Canisio, en el que, predicando á los novicios de la Compañía, enfervorizado les dió el gran consejo de vivir cada día como si aquel fuese el último de su vida, después del cual debiésemos presentarnos al tribunal de Dios. Concluido el sermón, dijo San Estanislao á los compañeros que aquel consejo había sido especialmente para él una voz divina, pues debía morir en aquel mismo mes. Dijo esto, ó porque Dios expresamente se lo reveló, ó á lo menos porque de ello le dió un interior conocimiento, según es de inferirse por lo que aconteció después. De allí á cuatro días, yendo el santo joven con el P. Manuel Sá á Santa María la Mayor, y entrando con él en conversación sobre la próxima fiesta de la Asunción, dijo:—Padre mío, yo creo que aquel día se vió en el cielo un nuevo cielo, pues se vió la gloria de la Madre de Dios coronada por Reina del cielo, y colocada tan cerca del Señor sobre todos los coros de los Angeles. Y si es verdad, como yo lo creo, que cada año se renueva la fiesta en el cielo, espero que asistiré en la primera. Luego, habiéndole

1. Lib. 1, cap. 10.

tocado por suerte á San Estanislao para protector del mes, según la costumbre de su religión, el glorioso mártir San Lorenzo, se dice que él escribió una carta á su Madre María, en la cual le rogaba que le alcanzase la gracia de que pudiera hallarse en el cielo para ver aquella fiesta suya. En el día de San Lorenzo comulgó y suplicó después al Santo que presentase aquella carta á la divina Madre, interponiendo con ella su intercesión para que María Santísima accediese á sus deseos. Y he aquí que al anochecer de aquel mismo día le acometió calentura, y aunque muy ligera, con todo, desde entonces tuvo por cierta la gracia que había pedido de su cercana muerte. Con efecto, al acostarse dijo transportado de júbilo y sonriéndose:—Ya no volveré á levantarme de este lecho.—Y añadió al padre Claudio Aquaviva:—Padre mío, creo que San Lorenzo me ha alcanzado ya de María la gracia de hallarme en el cielo por la fiesta de su Asunción.—Pero nadie hizo caso de tales palabras. Llegada la vigilia de la festividad, el mal continuaba presentándose leve; mas el Santo dijo á un hermano que á la noche siguiente moriría. Y éste le respondió:—¡Oh hermano! mayor milagro sería el morir de un mal tan leve que el curar de él.—Mas he aquí que después de medio día cayó en un abatimiento mortal; un sudor frío bañaba su cuerpo, y perdió del todo las fuerzas. Acudió el Superior, al cual le suplicó Estanislao que le mandara poner sobre la tierra desnuda para morir como penitente, lo cual se le concedió para complacerle, y fué colocado en tierra sobre un colchoncito. Luego se confesó, recibió el Viático, no sin lágrimas de cuantos allí asistian, porque al entrar en su celda el Santísimo Sacramento, vieron brillar en sus ojos una celestial alegría, y su rostro inflamado de santo amor, que parecía un serafín. Recibió también la Extremaunción, y entretanto no hacía más que levantar los ojos al cielo, ó mirar, besar y estrechar amorosamente al pecho una imagen de María. Preguntóle un Padre:—¿De qué os sirve este rosario en las manos si no podéis rezarlo?—Me sirve, respondió enternecido, para consolarme, porque es cosa de mi Madre.—¿Pues cuánto más, replicó el Padre, os consolaréis viéndola y besándole dentro de poco la mano en el cielo?—Entonces el Santo, con el rostro inflamado, levantó las manos, expresando así el deseo de hallarse luego en su presencia. En aquel momento se le apareció su amada Madre, como él mismo lo declaró á los circunstantes, y poco después del amanecer,

el día quince de agosto, expiró con un semblante de bienaventurado, con los ojos fijos en el cielo, sin hacer movimiento alguno, de manera que presentándole después la imagen de la Santísima Virgen, y observando que no hacía ningún acto de amor hacia ella, conocieron que había pasado ya al cielo á besar los pies de su amada Reina.

ORACIÓN

¡Oh dulcísima Señora y Madre nuestra! Vos ya habéis dejado la tierra y habéis llegado á vuestro reino, en donde estáis sentada como Reina sobre todos los coros de los Angeles, según canta la Iglesia. Ya sabemos que nosotros pecadores no éramos dignos de teneros en nuestra compañía en este valle de tinieblas; pero sabemos también que en medio de vuestras grandezas nos os habéis olvidado de nosotros miserables, y que á pesar de hallaros elevada á tanta gloria, no habéis perdido, antes bien se ha aumentado en Vos la compasión hacia nosotros, pobres hijos de Adán. Deade el excelso trono, pues, donde reináis, volved, ¡oh María! también sobre nosotros vuestros ojos misericordiosos, y tened de nosotros piedad. Acordaos que al partir de este mundo prometisteis no olvidarnos. Miradnos y socorrednos. Ved en qué tempestades y en cuántos peligros cada día, cada hora, nos hallamos y nos hallaremos expuestos, hasta que llegue el fin de nuestra vida. Por los méritos de vuestra bienaventurada muerte, alcanzadnos la perseverancia en la divina amistad, para salir de esta vida en gracia de Dios y llegar un día á besaros también nosotros los pies en el cielo, uniéndonos con aquellos bienaventurados espíritus, para alabaros y cantar vuestras glorias como Vos merecéis. Amén.

DISCURSO VIII

OTRO DISCURSO SOBRE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

- 1.º *Cuán glorioso fué el triunfo con que María subió al cielo.*
 2.º *Cuán excelso es el trono en que fué colocada.*

PARECERÍA justo que en este día, de la Asunción de María al cielo, la santa Iglesia nos invitase más bien á llorar que no á regocijarnos, según dice San Bernardo (1); porque nuestra dulce Madre se ausenta de este

mundo y nos deja privados de su amada presencia. Pero no; la santa Iglesia nos invita á alegrarnos, diciendo: *Regocijémonos todos en el Señor, celebrando esta festividad en honor de la bienaventurada Virgen María*. Y con razón; pues si amamos á ésta nuestra Madre, debemos alegrarnos más de su gloria que de nuestro particular consuelo. ¿Qué hijo no se regocija, aunque sea á costa de una separación, de que su madre vaya á tomar posesión de un reino? María va hoy á ser coronada Reina del cielo; y ¿pudiéramos nosotros dejar de gozarnos con ella si verdaderamente la amamos? Para más consolarnos de su exaltación, consideremos: *Primero*, cuán glorioso fué el triunfo con que María subió al cielo. *Segundo*, cuán excelso es el trono en que fué colocada.

PUNTO I

Después que Jesucristo nuestro Salvador cumplió la obra de nuestra redención con su muerte, los Angeles anhelaban tenerle en su patria celestial; por lo cual en sus súplicas le repetían incesantemente estas palabras de David: *¡Oh Señor, levántate y ven al lugar de tu morada, tú y el Arca en que brilla tu santidad!* (1). Así puntualmente hace hablar á los Angeles San Bernardino de Sena: Levantaos, Señor, ahora que ya habéis redimido á los hombres, venid á vuestro reino con nosotros, y llevad también con Vos el Arca viva de vuestra santificación, esto es, vuestra Madre, que fué el Arca santificada por Vos, que habitasteis en su seno (2). Por esto quiso, finalmente, el Señor satisfacer el deseo de aquellos celestiales ciudadanos, llamando á María al cielo. Mas si él quiso que el Arca del Testamento fuese introducida con gran pompa en la ciudad de David, quien acompañado de toda la casa de Israel conducía el Arca del Testamento del Señor con júbilo y al son de las trompetas ó clarines (3), dispuso que su Madre entrase en el cielo con otra pompa más noble y gloriosa. El profeta Elías fué trasladado al cielo en un carro de fuego, que, según los intérpretes, no fué otra cosa más que un grupo de Angeles que lo levantaron de la tierra; mas para conducirnos á Vos al cielo, ¡oh divina Madrel, dice el abad Ruperto, no bastó un solo grupo de ángeles, sino que vino á acompañaros el mismo Rey del cielo con toda su corte celestial.

1. Ps. CXXXI. 8.—2. Sermon de San Bernardino.—3. II Reg. vi, 15.

De la misma opinión es San Bernardino de Sena, diciendo que Jesucristo, para honrar el triunfo de María, su dulcísima Madre, vino él mismo del cielo á encontrarla y acompañarla; para cuyo objeto, dice San Anselmo, quiso el Redentor subir al cielo antes que llegase allá su Madre, no sólo para prepararle el trono en aquel palacio, sino también para hacer más gloriosa su entrada en el paraíso, acompañándola él mismo junto con todos los espíritus bienaventurados (1). De aquí es que, meditando San Pedro Damiano sobre el esplendor de la Asunción de María al cielo, dice que la hallaremos más gloriosa que la Ascensión de Jesucristo, porque tan sólo los Angeles salieron al encuentro del Redentor; pero la bienaventurada Virgen subió á la gloria con la compañía del mismo Señor de la gloria, que había ido á recibirla, y la de los Santos Angeles (2). Por lo cual Guérrico abad, así hace hablar sobre esto al Verbo divino: Para glorificar á mi Padre bajé del cielo á la tierra; pero después para honrar á mi Madre subí otra vez al cielo á fin de poder salir al encuentro y acompañarla con mi presencia al paraíso.

Consideremos, pues, cómo vino ya el Salvador del cielo al encuentro de su Madre, y luego que la vió le dijo para consolarla: *Levántate, apresúrate, amor mío, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues ya pasó el invierno, dissipáronse las nubes y cesaron las lluvias* (3). *Levántate querida Madre, hermosa y pura paloma; deja este valle de lágrimas en donde tanto has padecido por mi amor: Ven, descende del Libano, Esposa mía, ven del Libano; ven y serás coronada* (4). Ven en cuerpo y alma á gozar la recompensa de tu santa vida. Si has padecido mucho en la tierra, mucho mayor es la gloria que yo te he preparado en el cielo. Ven allí á sentarte junto á mí, ven á recibir la corona que te daré de Reina del universo. He aquí que María deja ya la tierra, y acordándose de tantas gracias como allí recibió de su Señor, la mira con afecto y compasión á la vez, por dejar en ella tantos hijos pobres entre tantas miserias y peligros. He aquí como Jesús le tiende la mano, y la bienaventurada Madre ya se levanta en el aire y atraviesa las nubes y las esferas. He aquí que llega ya á las puertas del cielo. Cuando los monarcas hacen su entrada para tomar posesión del reino, no pasan por las puertas de la ciudad, sino que ó éstas se quitan, ó pasan por encima de ellas. Por esto

1. Vid. de Esc. Virg. cap. 6.—2. Serm. de Assumpt.—3. Cant. II, 10 et 11.—
4. Cant. IV, 8.

los Angeles, cuando Jesucristo entró en el cielo, decían: *Levantad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria* (1). Así también ahora que va María á tomar posesión del reino de los cielos, los Angeles que la acompañan gritan á los de dentro: *Presto, oh príncipes del cielo, levantad, quitad las puertas, porque ha de entrar la Reina de la gloria.*

Mas he aquí que ya entra María en la patria bienaventurada; y al entrar, y al verla aquellos espíritus celestiales tan hermosa y rodeada de gloria, preguntan á los Angeles que vienen de fuera, como contempla Orígenes: ¿Quién es esta criatura tan bella que viene del desierto de la tierra, lugar de espinas y abrojos; pero que viene tan pura, tan rica de virtudes, reclinada sobre su querido Señor, que se digna él mismo acompañarla con tanto honor? (2) ¿Quién es?, contestan los Angeles que la acompañan: esta es la Madre de nuestro Rey, es nuestra Reina, es la bendita entre las mujeres; la llena de gracia, la santa de los santos, la querida de Dios, la inmaculada, la paloma, la más hermosa de todas las criaturas, y luego todos aquellos bienaventurados espíritus empiezan á bendecirla y alabarla, cantando con mayor motivo que los Hebreos de Judith: ¡Ay Señora y Reina nuestra! Vos sois la gloria del Paraíso, la alegría de nuestra patria, el honor de todos nosotros (3). seáis, pues, siempre bienvenida, seáis siempre bendita, he aquí vuestro reino; henos aquí todos nosotros, que somos vuestros vasallos, dispuestos á obedeceros.

Luego acudieron á darle la bienvenida y á saludarla como á su Reina todos los santos que entonces estaban en el cielo. Vinieron las santas vírgenes; viéronla las doncellas y la aclamaron dichosísima, y la colmaron de alabanzas (4). Nosotras, dijeron, oh bienaventurada Virgen, somos también reinas de este reino; pero Vos sois nuestra Reina, porque Vos fuisteis la primera en darnos el gran ejemplo de consagrar á Dios nuestra virginidad; todas nosotras os bendecimos y damos gracias. Vinieron después los santos confesores á saludarla como á su maestra, á la que con su santa vida les había enseñado tan hermosas virtudes. Vinieron también los santos mártires á saludarla como á su Reina, porque con su gran constancia en medio de los dolores de la pasión de su Hijo, les había enseñado y aun alcanzado con sus méritos la fortaleza para dar su vida por la fe. Vino

1. *Psalm. cxviii, 7.*—2. *Cant. vii, 5.*—3. *Judith. xv, 20.*—4. *Cantic. vi, 8.*

asimismo Santiago, que era el único de los Apóstoles que se hallaba entonces en el cielo, á darle gracias de parte de los otros, por los consuelos y auxilios que de ella habían recibido estando en la tierra. Vinieron después á saludarla los Profetas, y éstos le decían: ¡Ah Señora! Vos fuisteis la figurada en nuestras profecías. Vinieron los santos Patriarcas, y le decían: ¡Oh María! Vos fuisteis nuestra esperanza tanto y por tan largo tiempo de nosotros suspirada. Mas los que entre éstos le tributaron gracias con mayor afecto, fueron nuestros primeros padres Adán y Eva: ¡Ah Hija querida! decían éstos, Vos habéis alcanzado para el mundo aquella bendición que nosotros perdimos por nuestra culpa; por Vos nos hemos salvado nosotros; seáis eternamente bendita.

Vino después á besarle los pies San Simeón, recordándole con grande júbilo aquel día en que él recibió de sus manos al niño Jesús. Vinieron San Zacarías y Santa Isabel, y de nuevo le dieron gracias por la amorosa visita que ella con tanta humildad y caridad les hizo en su casa, y por medio de la cual recibieron tan grandes tesoros de gracias. Vino San Juan Bautista con mayor afecto á darle gracias de haberle santificado con sus palabras. Mas ¿qué le dirían San Joaquín y Santa Ana, sus queridos padres cuando vinieron á saludarla? ¡Oh Dios mío! con qué ternura la debieron bendecir diciendo: ¡Ah, Hija querida! ¡y qué fortuna ha sido la nuestra de tener tal Hija! ¡Ah! ahora eres tú nuestra Reina, porque eres la Madre de nuestro Dios: por tal te saludamos y adoramos nosotros. Pero ¿quién puede comprender el afecto con que después iría á saludarla su querido esposo San José? ¿Quién podrá explicar jamás la alegría que tuvo el santo Patriarca al ver llegar á su Esposa al cielo con tanto triunfo, y que había sido hecha Reina de todo el paraíso? Con qué ternura debió decirle: ¡Ah Señora y Esposa mía! ¿cuándo podré yo llegar á tributar las debidas gracias á nuestro Dios por haberme hecho esposo de su verdadera Madre, que sois Vos? Por Vos merecí yo en la tierra el asistir en su niñez al Verbo encarnado, el tenerle tantas veces entre mis brazos y el recibir tantas gracias especiales. Benditos sean los momentos que empleé en mi vida sirviendo á Jesús y á Vos, mi santa Esposa. He aquí á nuestro Jesús; consolémonos, que ahora no está recostado en un establo sobre el heno, cual nosotros le vimos nacido en Belén; ya no vive pobre y despreciado en la tienda de un artesano, como algún tiempo vi-

vió con nosotros en Nazareth; no está ya clavado en un infame patíbulo como en Jerusalén, en donde murió por la salvación del mundo; sino que está sentado á la derecha del Padre, como rey y Señor del cielo y de la tierra. Y ahora nosotros, Reina mía, no nos apartaremos de sus santos pies para bendecirle y amarle por una eternidad.

Finalmente, vinieron todos los Angeles á saludarla, y la gran Reina dió á todos las gracias por su asistencia en la tierra, dándolas especialmente al arcángel San Gabriel, que fué el embajador feliz de todas sus dichas cuando vino á darle la nueva de ser hecha Madre de Dios. Arrodillada después la humilde y Santa Virgen, adora la divina Majestad, y profundamente abismada en el conocimiento de su nada, le tributa gracias de todos los favores que por su bondad á ella sola habían sido concedidos, y especialmente de haberla hecho Madre del Verbo eterno. Comprenda ahora quien pudiere, con qué amor la Santísima Trinidad la bendijo; qué hizo el eterno Padre á su Hija, el Hijo á su Madre, el Espíritu Santo á su Esposa. El Padre la corona participándole su poder, el Hijo la sabiduría, el Espíritu Santo el amor. Y las tres divinas Personas, colocando el trono de María á la derecha de Jesús, la declaran Reina universal del cielo y de la tierra: y mandan á los Angeles y á todas las criaturas que reconozcan por su Reina, y como á tal la sirvan y obedezcan. Pasemos ahora á considerar cuán excelso fué este trono en el cual María fué colocada en el cielo.

PUNTO II

Si el entendimiento humano, dice San Bernardo, no puede llegar á comprender la inmensa gloria que Dios ha preparado en el cielo á los que en la tierra le han amado, como dijo el Apóstol, ¿quién llegará á comprender jamás qué gloria tuvo preparada á su querida madre, que en la tierra le amó más que todos los hombres, y que aun desde el primer instante en que fué criada le amó más que todos los hombres y que todos los Angeles juntos? Habiendo, pues, María amado á Dios más que todos los Angeles, con razón la Iglesia canta que ella ha sido exaltada sobre todos los coros de los espíritus celestiales (1). Sí, dice el abad Guillermo, ella fué ensalzada sobre los Angeles, de

1. In Fest. Ass.

modo, que no ve otro superior sino á su hijo, que es el unigénito de Dios (1).

Por lo cual el docto Gerson afirma que, independientemente las tres jerarquías en las cuales están distribuidos todos los órdenes de los Angeles y de los Santos, como enseña el Doctor Angélico (2) con San Dionisio, María constituyó en el cielo una jerarquía separada, la más sublime de todas y la segunda después de Dios (3). Y así como, añade San Antonino, la señora se diferencia sin comparación de los esclavos, así la gloria de María es incomparablemente mayor que la de los ángeles (4). Para entender esto, basta saber lo que nos dijo David, que esta Señora fué colocada á la derecha del Hijo (5), esto es, de Dios, como dice San Atanasio (6).

Es cierto, como dice San Ildefonso: las obras de María sobrepusieron incomparablemente en mérito á las obras de todos los Santos; y por esto no puede comprenderse el premio y la gloria que ella mereció (7). Y si es cierto también, como escribió el Apóstol, que Dios premia según el mérito (8), lo es asimismo, según Santo Tomás, que la Virgen, cuyo mérito sobrepusió al de todos los hombres y Angeles, debió ser exaltada sobre todos los órdenes celestiales (9). En suma, añade San Bernardo, médase la gracia singular que María recibió en la tierra, y luego médase por ello la gloria singular que posee en el cielo.

La gloria de María, considera un docto autor (10), fué una gloria llena, gloria cumplida, á diferencia de la que gozan los demás Santos en el cielo. Esta reflexión es muy bella; pues si bien es verdad que en el cielo todos los bienaventurados gozan de una paz perfecta y pleno contento, sin embargo, siempre será cierto que ninguno de ellos goza de aquella gloria que hubiera podido merecer, si con mayor fidelidad hubiera servido y amado á Dios. Y así, aunque los Santos en el cielo nada más desean de lo que gozan, con todo tuvieran en fin que desear. Es verdad, asimismo, que allí no se sufre pena alguna por los pecados cometidos y el tiempo perdido; pero es innegable que causa suma alegría el mayor bien que se hizo en vida, el haber conservado la inocencia y empleado mejor el tiempo. María en el cielo nada desea y nada tiene que desear. ¿Cuál de los Santos, dice San Agustín (11), á excepción de

1. Serm. 4 de Ass.—2. Quest. 128.—3. Sup. Magn. tract. 4. Part. 4. tit. 15, cap. 20.—4. Ps. xciv, 20.—5. De Ass. B. Virg.—6. Serm. 2 de Ass.—7. Rom. 11, 6.—8. Lib. de Sol. Sanct.—9. El P. la Colombiere, serm. 28.—11. D. August lib. de Nat. et Gratia, lib. 7, c. 36.

María, puede decir que no ha cometido ningún pecado? Ella no cometió jamás culpa alguna, ni cayó en defecto alguno; y esto es cierto, porque así lo ha definido el santo Concilio de Trento (1). No sólo no perdió jamás ni obscureció la divina gracia, sino que nunca la tuvo ociosa; no hizo acción que no fuese meritoria, no profirió palabra, no tuvo pensamiento, no dió respiración que no tuviese por objeto la mayor gloria de Dios. En suma, jamás se entibió su ardor ni paró un solo momento de correr hacia Dios; nunca perdió nada por su descuido, de manera que siempre correspondió á la gracia con todas sus fuerzas, y amó á Dios tanto como pudo amar. Señor, le dice ahora en el cielo, si no os he amado tanto como Vos merecéis á lo menos os amado cuanto he podido.

En los Santos, como dice San Pablo, las gracias han sido varias. Por lo cual cada uno de ellos, correspondiendo después á la gracia recibida, ha sobresalido en alguna virtud, uno en salvar almas, otro en hacer vida penitente, éste en sufrir los tormentos, aquél en la vida contemplativa, lo que justifica las palabras que usa la santa Iglesia cuando celebra sus fiestas: Que no se halló semejante á él. Y su gloria en el cielo es diferente según sus méritos. Los Apóstoles se distinguen de los Mártires, los Confesores de las Vírgenes, los Inocentes de los Penitentes. Habiendo estado la Santísima Virgen llena de todas las gracias, aventajó á cada uno de los Santos en toda clase de virtud. Ella fué Apóstol de los Apóstoles, Reina de los Mártires, porque padeció más que todos ellos; la primera de las Vírgenes, el modelo de las Esposas; unió en sí una perfecta inocencia con una perfecta mortificación; en suma poseyó todas las virtudes más heroicas que jamás practicó Santo alguno. Por lo cual de ella dijo: *A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos* (2). Porque todas las gracias, las prerrogativas y los méritos de los demás Santos, todos se hallan reunidos en María, como dice el abad de Celles.

Sí, se halla en ella reunido todo, y en tal manera, que así como el resplandor del sol ofusca el de todas las estrellas juntas, así dice San Basilio, la gloria de la divina Madre excede á la de todos los bienaventurados (3). Y añade San Pedro Damiano, que así como la luz de las estrellas y de la luna desaparece como si éstas dejasen de existir al

1. Sess. 6, can. 23.—2. Psalm. xliiv, 10—3. Orat. de An.

aparecer el sol, así María obscurece de tal suerte en la gloria el resplandor de los hombres y de los Angeles, que éstos casi no aparecen en el cielo (1): afirmando San Bernardino de Sena con San Bernardo, que los bienaventurados participan en parte de la gloria divina; pero la Virgen, en cierto modo, está tan enriquecida de ella, que al parecer no puede una criatura unirse más con Dios de lo que se ha unido María (2). A todo esto puede añadirse lo que dice el beato Alberto Magno, á saber: que nuestra Reina contempla á Dios muy de cerca é incomparablemente más que todos los demas espíritus celestiales (3); como igualmente lo que escribe el citado San Bernardino, esto es, que así como los otros planetas reciben la luz del sol, así todos los bienaventurados reciben luz y gozo mayor de la vista de María (4). Y en otro lugar afirma asimismo que al subir al cielo la Madre de Dios, aumentó, el gozo á todos sus moradores (5); por lo cual dijeron San Pedro Damiano y San Buenaventura, que los bienaventurados no tienen en el cielo mayor gloria, después de Dios, que la de gozar de la vista de esta hermosísima Reina (6).

Regocijémonos, pues, con María, por haberla exaltado Dios á un trono tan sublime en el cielo. Y regocijémonos también nosotros, porque si nuestra Madre nos ha privado de su presencia subiendo al cielo, no nos ha privado de su amor. Antes bien, estando allí más próxima y unida á Dios, conoce mejor nuestras miserias, se compadece más de nosotros, y nos puede socorrer mejor. ¿Por ventura, le dice San Pedro Damiano, ¡oh Virgen bienaventurada!, porque habéis sido tan exaltada en el cielo, os habréis olvidado de nosotros miserables (7)? No, librenos Dios de pensarle; no puede un corazón tan piadoso dejar de compadecerse de unas miserias tan grandes como las nuestras. Si fué grande la piedad de María hacia nosotros cuando vivía en la tierra, mucho mayor, dice San Buenaventura, es en el cielo, donde reina (8).

Dediquémonos entre tanto á servir á esta Reina, á honrarla y amarla cuanto podamos, porque, según dice Ricardo de San Lorenzo, ella no es como muchos soberanos, que agravan con cargos y tributos á sus vasallos, sino que nuestra Reina enriquece á sus siervos de gracias, méritos y recompensas (9). Implorémosla con el abad Guérrico:

1. Serm. de Ass.—2. Tom. 1, Serm. 61, art. 7. 20.—3. De Laud. Virg. cap. 69.—4. Loc. cit. art. 3, cap. 3.—5. Serm. de Ass.—6. Serm. 1, de Nat.—7. 1. Serm. 1 de Nat. V.—8. In Spec. cap. 8.—9. De Laud. Virg. lib. 6.

¡Oh Madre de misericordia! Vos, Reina del mundo, que estáis sentada tan cerca de Dios, en trono tan excelso, saciaos de la gloria de vuestro Jesús y haced que vuestros siervos participen de lo que á Vos os sobra. Vos estáis ya sentada á la mesa del Señor; nosotros bajo de ella aquí en la tierra, como pobres cachorrillos, os pedimos piedad (1).

EJEMPLO

Refiere el P. Silvano Razzi (2), que habiendo un devoto clérigo, muy amante de nuestra Reina María, oído elogiar mucho su hermosura, deseaba ardientemente ver una vez á su Señora. por lo cual con humildes súplicas le pidió esta gracia. La piadosa Madre le envió á decir por un Angel que quería complacerle dejándose ver de él; pero con la condición de que después de haberla visto había de quedar ciego. Aceptó el devoto, y he aquí que un día se le aparece la Virgen Santísima; él por no quedar enteramente ciego, quiso al principio mirarla con un solo ojo; pero embelesado por la gran hermosura de María, quiso contemplarla con entrambos ojos, y entonces la Madre de Dios desapareció. Apenas perdió la presencia de su Reina, quedó tan afligido, que no cesaba de llorar, no ya por haber perdido el ojo, sino por haberla contemplado con entrambos. Por lo que volvió á suplicarle que se le apareciese otra vez, importándole poco perder la vista del otro ojo que le quedaba y quedar completamente ciego.—Feliz y contento, decía, quedaré yo, ¡oh Señora mía!, si me volviere del todo ciego por tan bella causa, que me dejará más enamorado de Vos y de vuestra hermosura. — Queriendo María concederle por segunda vez este consuelo, se le apareció nuevamente; mas como esta amorosa Reina no sabe dañar jamás á nadie, al aparecersele por segunda vez, no sólo no le cegó del ojo que le quedaba sano, sino que le restituyó el que había perdido.

ORACIÓN

¡Oh grande, excelsa y gloriosísima Señora! postrados á los pies de vuestro trono, os adoramos desde este valle de lágrimas. Nosotros nos complacemos en la inmensa gloria con que os ha enriquecido el Señor. Ahora que estáis sentada como Reina del cielo y de la tierra, no os olvidéis,

1. Serm. 4, in Ass. V.—2. Lib. 3. Mirac. B. Virg.

Señora, de nosotros pobres siervos vuestros. No os desdeñéis desde ese excelso solio donde reináis, de volver vuestros piadosos ojos hacia nosotros miserables. Cuanto más cerca os halláis del manantial de las gracias, tanto más podéis procurárnoslas. En el cielo conocéis mejor nuestras miserias, por lo cual debéis también compadeceros más de nosotros y socorrernos. Haced que en la tierra seamos vuestros fieles siervos, para que así podamos llegar á bendeciros en el paraíso. En este día en que habéis sido proclamada Reina del universo, nos consagramos también nosotros á vuestro servicio. En medio de tanta alegría vuestra, consoladnos hoy, admitiéndonos por vuestros vasallos. Vos sois nuestra Madre. ¡Ah Madre dulcísima, Madre amabilísima! vuestros altares están rodeados de gente que os piden, uno la salud en sus enfermedades, otros que les remediéis en sus necesidades, éste una buena cosecha, aquél una sentencia favorable en un pleito; mas nosotros os pedimos gracias más agradables á vuestro corazón. Alcanzadnos el ser humildes, desprendidos de la tierra, resignados á la divina voluntad, el santo amor de Dios, una muerte dichosa y el cielo. Mudadnos, Señora, de pecadores en santos; obrad este milagro, que os honrará más que si diereis la vista á mil ciegos y resucitareis á mil muertos. Vos sois poderosísima para con Dios; baste decir que sois su Madre, su predilecta, llena de su gracia; ¿qué cosa podrá negaros jamás? ¡Oh reina hermosísima! nosotros no pretendemos veros en la tierra; pero queremos ir á contemplaros en el cielo, y Vos nos habéis de alcanzar esta gracia. Así lo esperamos con confianza. Amén.

DISCURSO IX

DE LOS DOLORES DE MARÍA

Marta fué la Reina de los Martires, porque su martirio fué más prolongado y doloroso que el que padecieron todos los mártires.

QUÉ corazón puede haber tan empedernido, que no se enternezca al oír el caso más lastimoso que aconteció en el mundo? Había en él una madre noble y santa, la cual sólo tenía un Hijo, y éste era el Hijo más amable que pueda imaginarse, inocente, virtuoso, hermoso y amantísimo de su Madre; de manera que nunca la

había dado el más mínimo disgusto, sino que siempre se había manifestado con ella lleno de respeto, de obediencia y afecto; por lo que la Madre había puesto en este Hijo todo su amor. Y ¿qué sucedió después? Que este Hijo, por envidia de sus enemigos, fué acusado falsamente; y aunque el juez conoció y confesó él mismo su inocencia, sin embargo, por no disgustarlos, le condenó á una muerte infame, como ellos le habían pedido. Y esta pobre Madre tuvo que sufrir el dolor de verse arrebatado así injustamente á su amado Hijo, en la flor de su juventud, con un bárbaro suplicio, porque á fuerza de tormentos lo hicieron morir desangrando ante sus ojos públicamente en un infame patíbulo. ¿Qué decís, almas devotas? Este acontecimiento y esta desdichada Madre, ¿son dignos de compasión? Ya comprendéis de quien hablo. Este Hijo tan cruelmente ajusticiado fué nuestro amoroso Redentor Jesús, y esta Madre la bienaventurada Virgen María, que por nuestro amor consintió en verle sacrificado á la divina justicia por la barbaridad de los hombres. El cruel dolor que María sufrió por nosotros, dolor que le costó más de mil muertes, merece nuestra compasión y agradecimiento. Y si no podemos corresponder de otro modo á tanto amor, detengámonos á lo menos un poco á considerar hoy la amargura de esta pena, por lo cual fué María Reina de los Mártires, pues su cruel martirio sobrepujó al de todos los mártires. En efecto; primeramente, porque fué más prolongado, y en segundo lugar, porque fué más doloroso.

PUNTO I

Así como Jesús se llama Rey de los dolores y Rey de los mártires, porque durante su vida padeció más que todos los otros mártires, así también, con razón, se llama María Reina de los mártires, título que mereció por haber padecido el mayor martirio que pueda padecerse después del de su Hijo. Por cuyo motivo y con razón la llamó Ricardo de San Lorenzo: *Mártir de los mártires*; pudiendo decirse de ella lo que dijo Isaias: *Te coronará con una corona de tribulación* (1). Esto es, que la corona con que fué coronada María por Reina de los mártires, fué su misma pena, que sobrepujó á la de todos los otros mártires juntos. No puede dudarse que María haya sido verdadera-

1. Isai. xxi, v. 8.

mente mártir, como prueban el Cartujano, Pelbarto, Catarino y otros, porque es incontestable que para el martirio basta que se sufra un dolor capaz de quitar la vida, aunque no se siga realmente la muerte. San Juan Evangelista es venerado como mártir aunque no murió en la tinaja de aceite hirviendo, de la que salió más sano que no había entrado en ella (1). Para tener la gloria del martirio, basta, dice Santo Tomás, que se obedezca ofreciéndose uno á sí mismo hasta la muerte (2). María fué mártir, dice San Bernardo, no por la espada del verdugo, sino por el acerbo dolor del corazón (3). Si su cuerpo no fué herido por mano del verdugo, no obstante, su corazón bendito fué traspasado de dolor de la pasión de su Hijo, dolor que bastaba para darle, no una, sino mil muertes. Y por esto veremos que María, no sólo fué verdaderamente mártir, sino que su martirio sobrepujo al de todos los otros mártires, porque fué un martirio más prolongado, ó para decirlo mejor, toda su vida fué una continuada agonía.

Así como la pasión de Jesús, dice San Bernardo, empezó desde su nacimiento (4), así también María, en todo semejante al Hijo, padeció martirio durante su vida. El nombre de María, entre los otros significados que tiene, como afirma el B. Alberto Magno, significa *mar amargo*, por lo cual se le aplica el pasaje de Jeremias: *Grande es como el mar tu dolor* (5). Y con razón, porque así como las aguas del mar son amargas y salobres, así la vida de María estuvo siempre llena de amargura, á vista de la pasión del Redentor, que sin cesar tuvo presente. No puede dudarse, según lo dijo el Angel á Santa Brígida, que alumbrada la Virgen por el Espíritu Santo más que todos los Profetas, comprendió mejor que todos ellos las profecias que tocante al Mesías estaban consignadas en las sagradas Escrituras (6). Por lo que, como afirmó el mismo Angel, comprendiendo María cuánto debía padecer el Verbo encarnado por la salud de los hombres, empezó á sufrir su doloroso martirio, compadeciéndose ya desde entonces, y antes de ser hecha Madre suya, de este Salvador inocente, que debía expiar con una muerte tan atroz los pecados que él no había cometido (7).

Este dolor fué después inmenso cuando fué hecha Madre del Salvador; de manera, que á la vista dolorosa

1. Brev. Rom. 6 Maji.—2. 2. v. q. 104. art. 3, ad. 3.—3. Ap. Baldi, t. 1, part. 456.—4. Serm. 2 de Pass.—5. Thren. II, 11.—6. Serm. Angelí, c. 17.—7. Idem, cap. 16.

de todas las penas que debía sufrir su pobre Hijo, padeció ella un martirio cruel y continuado por toda su vida (1). Y esto precisamente significó la visión que Santa Brígida tuvo en Roma, en donde se le apareció la bienaventurada Virgen con San Simeón, y un Ángel que empuñaba una espada muy larga y toda ensangrentada, denotando con ella el acerbo y prolongado dolor que traspasó el corazón de María toda su vida (2). Por lo que el citado Ruperto hace hablar así á María: Almas redimidas, hijos mías queridas, no basta que me compadezcáis por lo que sufrí al ver morir á mi amado Jesús, porque la espada de dolor que me profetizó Simeón toda mi vida me atrevesó el corazón. Cuando amamantaba á mi Hijo, y le estrechaba entre mis brazos, ya contemplaba la amarga muerte que le aguardaba; considerad, pues, cuán cruel y continuo había de ser el dolor que yo sufriría (3).

Bien pudo, pues, María decir por boca de David: *Mi vida pasó toda en dolor y lágrimas* (4), porque mi dolor, esto es, mi compasión por mi querido Hijo no se me apartaba jamás de mis ojos (5), teniendo continuamente delante de ellos todos los tormentos y la muerte que algún día había de padecer. La misma divina Madre reveló á Santa Brígida que, aun después de la muerte y Ascensión del Hijo al cielo, la memoria de su pasión no se apartaba de su tierno corazón un solo instante (6). Por lo cual escribió Taulero, que María pasó toda su vida en un perpetuo dolor, pues su corazón no experimentaba sino tristeza y penas (7).

De manera que el tiempo, que suele mitigar el dolor á los afligidos, no moderó el de María, antes bien, le aumentaba las penas porque conforme crecía Jesús y se mostraba más agraciado y amable, se aproximaba también al tiempo de su muerte, y se acrecentaba en el corazón de María el dolor de haberle de perder aquí en la tierra. Como crece la rosa entre las espinas, dijo el Ángel á Santa Brígida, así la Madre de Dios adelantaba en años entre penas; y así como al crecer la rosa crecen las espinas, así María, esta rosa escogida del Señor, cuanto más crecía en edad, tanto más crecían las espinas de sus dolores para atormentarla (8). Después de haber considerado la extensión de este dolor, pasemos al segundo punto para ver cuán acerbo fué.

1. In. Cant. 4.—2. Rev. lib. 7, cap. 2.—3. Loc. cit.—4. Psalm. xxxi, 11.—5. Idem xxxvii, 18.—6. Rev. lib. 6, cap. 65.—7. Vu. Christ. cap. 28.—8. Serm. Aug. 5, cap. 16.

PUNTO II

¡Ah! María no sólo fué Reina de los mártires, porque su martirio fué el más prolongado de todos, sino también porque fué de todos el más cruel. Mas ¿quién podrá medir su intensidad? Considerando Jeremías el tormento que experimentó María por la muerte de su Hijo, parece que no halla á qué compararlo: *¿A quién te compararé, dice, ó á quién te asemejaré, oh hija de Jerusalén? Porque grande es como el mar tu dolor. ¿Quién te remediará (1)?* Comentando el cardenal Hugo las citadas palabras, exclama: ¡Oh Virgen bendita! así como la amargura del mar sobrepaja á todas las demás amarguras, así tu dolor excede á todos los demás dolores. De ahí afirmó San Anselmo, que si Dios por un especial milagro no hubiera conservado la vida de María, su dolor hubiera sido suficiente para ocasionarle la muerte á cada momento (2). Y San Bernardino de Sena llegó á decir que el dolor de María fué tan acerbo, que si se hubiese dividido entre todos los hombres, bastara para hacerles morir á todos repentinamente (3).

Mas examinemos las razones por qué el martirio de María fué mayor que el de todos los mártires. En primer lugar, reflexiónese que los mártires han padecido en los cuerpos por medio del fuego ó del hierro: María padeció su martirio en el alma, como se lo había profetizado Simeón: *Lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma (4)*. Como si el santo viejo le hubiese dicho: ¡Oh Virgen sacrosanta! los demás mártires verán despedazados sus cuerpos con el hierro; pero Vos seréis traspasada y martirizada en el alma con la pasión de vuestro mismo Hijo. Ahora bien; así como el alma es más noble que el cuerpo, así el dolor de María superó al de todos los mártires, como dijo Jesucristo á Santa Catalina de Sena: El dolor del alma es incomparable con el dolor del cuerpo. Por lo cual el santo abad Arnolfo Carnotense dijo: que quien se hubiese hallado en el Calvario para asistir al grande sacrificio del Cordero immaculado cuando murió en la cruz, hubiera visto allí dos grandes altares, uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María, donde al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba su cuerpo con la muerte, María sacrificaba el alma con la compasión (5).

Además de esto, dice San Antonio (6) que los demás

1. Thren. II, 11.—2. De Exc. Virg. cap. 3.—3. Tom. 1, Serm. 61.—4. Luc. 1, 35.—5. Tract. de Sep. verb. Doui. in Cris.—6. Part. 1. tit. 15, cap. 24.

mártires padecieron sacrificando la vida propia; pero la Virgen Santísima padeció sacrificando la vida del Hijo, á la cual amaba mucho más que á la suya propia; de manera que no sólo padeció en el espíritu todo lo que padeció el Hijo en el cuerpo, sino que á más de esto le causó más dolor á su corazón la vista de los tormentos del Hijo, que si ella misma los hubiera padecido. Que María padeciese en su corazón todos los ultrajes con que vió atormentado á su amado Jesús, no puede dudarse; porque nadie ignora que las penas de los hijos lo son también para las madres, cuando tienen que presenciár sus sufrimientos. Considerando San Agustín el tormento que padecía la madre de los Macabeos en los suplicios que veía aplicados á sus hijos, dice: Padecía en todos ellos viéndolos padecer; porque amándolos á todos, sufría en los ojos lo que cada uno de ellos padecía en su carne (1). Así también sucedió en María: todos aquellos tormentos, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz que lastimaron el cuerpo inocente de Jesús, según escribió San Anadeo, penetraron al mismo tiempo en el corazón de María para consumir su martirio (2). De modo, dice San Lorenzo Justiniano, que el corazón de María fué como un espejo de los dolores del Hijo, en el cual se reflejaban las salivas, los golpes, las heridas y todo lo que padecía Jesús (3). Y observa San Buenaventura que aquellas llagas esparcidas por todo el cuerpo de Jesús se hallaban después reunidas en el corazón de María (4).

De suerte que la Virgen, por la compasión del Hijo, fué en su amante corazón azotada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la cruz. Por lo que contemplando el mismo Santo á María en el monte Calvario, cuando asistía al Hijo moribundo, le pregunta: Decidme, Señora, ¿dónde estabais Vos entonces? ¿Estabais solamente cerca de la cruz? No; diré mejor que estabais en la misma cruz crucificada juntamente con vuestro Hijo (5). Y comentando Ricardo de San Lorenzo las palabras que el Redentor dijo por Isaias: *El lagar le he pisado yo solo, sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo* (6). Señor, exclama, tenéis razón de decir que en la obra de la humana redención sois solo para padecer, y no tenéis hombre alguno que se compadezca bastante de Vos; pero tenéis una mujer, que es vuestra Madre, la cual padece en su corazón cuanto Vos padecéis en el cuerpo.

1. Serm. 109, de Divers. cap. 6.—2. Hom. 5.—3. De Agon. Christ. cap. 11.—
4. De Glauca Virg. in Stim. Amor.—5. Loc. cit.—6. Isai, lxxv, 3.

Pero todo eso es encarecer muy poco los dolores de María, porque ella, como dije, viendo padecer á su amado Jesús, padeció más que si en su misma persona hubiese sufrido todos los desprecios y la muerte de su Hijo. Escribió Erasmo que los padres, generalmente hablando, sienten más las penas de sus hijos que las suyas propias; lo cual no siempre es exacto; mas en María ciertamente se verificó, puesto que amaba inmensamente más al Hijo, y su vida, que á sí propia, y á mil vidas que hubiera tenido. Por lo que bien dice San Amadeo, que la affigida Madre, al triste espectáculo de los tormentos de su amado Jesús, padeció mucho más que si ella misma hubiese sufrido toda su pasión (1). La razón es manifiesta, porque, como dice San Bernardo: Más está el alma donde ama, que donde anima. Y antes lo dijo ya el mismo Salvador, asegurando que nuestro corazón está allí en donde está el bien que amamos: *Donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón* (2). Si María, pues, por amor vivía más en el Hijo que en sí misma, debió experimentar un dolor mucho mayor en la muerte del mismo, que si ella hubiese sufrido la muerte más cruel del mundo.

Y aquí entra la otra reflexión, que manifestará que el martirio de María fué incomparablemente más doloroso que el suplicio de todos los mártires, porque ella en la pasión de Jesús padeció mucho, y padeció sin alivio. Padecían los mártires en los tormentos á que les sujetaban los tiranos, mas su amor á Jesús les hacía dulces y amables los dolores. Padecía un San Vicente en su martirio: le atormentaban en el potro, le despedazaban con garfios, le abrazaban con planchas encendidas; ¿pero qué? decía San Agustín: Uno al parecer era el que padecía, y otro el que hablaba. Hablaba con tanta firmeza al tirano y con tanto desprecio de los tormentos, que al parecer era un Vicente el que padecía y otro Vicente el que hablaba; tanto le confortaba su Dios con la dulzura de su amor en medio de aquellas penas. Padecía un San Bonifacio: le despedazaban con hieiros el cuerpo, le hincaban agudas cañas entre la carne y uñas de los dedos, le vertían plomo derretido en la boca, y él no se saciaba al mismo tiempo de decir: *Gracias te doy, Señor mío Jesucristo* (3). Padecían un San Marco y San Marcelino atados á un palo con los pies atravesados de los clavos, y diciéndoles el tirano: ¡Miserables! retrac-

taos y libraos de estas penas; ellos respondían: *¿De qué penas estás hablando? En ningún banquete hemos disfrutado de mayor placer que ahora, que padecemos gustosos por amor de Jesucristo.* Padecía un San Lorenzo; pero mientras estaba asándose sobre las parrillas, era, dice San León, más poderosa la interior llama del amor divino para consolarle en el alma, que el fuego exterior para atormentarle en el cuerpo (1). Por lo que era tal la fuerza que le infundía el amor, que llegó á burlarse del tirano, diciéndole: Tirano, si quieres alimentarte de mis carnes, ya tienes una parte cocida; ea, dale una vuelta á mi cuerpo y empieza á comer. Mas, ¿cómo entre tantos tormentos en aquella prolongada muerte, podía el Santo estar alegre? ¡Ah! responde San Agustín, embriagado con el vino del divino amor, no sentía ni los tormentos ni la muerte (2).

De suerte que cuanto más los santos mártires amaban á Jesús, tanto menos sentían los tormentos y la muerte; y la sola vista de las penas de un Dios crucificado bastaba para consolarles. Pero ¿nuestra dolorosa Madre lograba por ventura también este consuelo en el amor hacia su Hijo y á la vista de sus padecimientos? No, porque este mismo Hijo que padecía era toda la causa de su dolor, y el amor que le tenía era su único é inexorable verdugo, porque el martirio de María no consistió en otra cosa más que en ver y compadecerse de su inocente y amado Hijo, que tanto padecía. De ahí es que cuanto más amaba, tanto más acerbo y destituido de alivio fué su dolor. ¡Ah Reina del cielo! á los demás mártires el amor les ha mitigado la pena, les ha curado las heridas; pero á Vos, ¿quién os dulcificó vuestras congostas y curó las profundas heridas de vuestro corazón, si aquel mismo Hijo que podía daros consuelo era la única causa de vuestras penas con su padecer, y el amor que le tenías causaba todo vuestro martirio? Por esto, según observa Díez, así como los demás mártires son representados cada cual con el instrumento de su suplicio, San Pablo con la espada, San Andrés con la cruz, San Lorenzo con las parrillas, á la imagen de María se la representa con el Hijo muerto en los brazos, porque el instrumento de su martirio no fué otro que su mismo Jesús, causa del amor que ella le tenía. San Bernardo confirma todo lo que acabo de decir con estas pocas palabras: En los otros mártires la grandeza del amor templó el dolor de

los padecimientos; pero la bienaventurada Virgen, tanto más sintió el dolor y más vehemente fué su martirio cuanto más amó (1).

Es cierto que cuanto más se ama una cosa, tanto más se siente la pena de perderla. La muerte de un hermano affige ciertamente más que la muerte de un jumento; más la muerte de un hijo que la de un amigo. Para comprender, pues, dice Cornelio Alápide, cuan intenso fué el dolor de María en la muerte de su Hijo, era preciso comprender cuánto era el amor que le tenía; mas ¿quién podrá medir este amor? Dice el B. Amadeo, que en el corazón de María se hallaban reunidos uno y otro amor á Jesús, esto es, el amor sobrenatural con el cual le amaba como á su Dios, y el amor natural, con el cual le amaba como á Hijo suyo (2). De manera que estos dos amores no formaron en ella más que uno solo; pero un amor tan inmenso, que Gillelmo Parisiense llegó á decir que la bienaventurada Virgen amó á Jesús hasta tal punto, que una pura criatura no pudiera amarle más. Por esto Ricardo de San Lorenzo dice: Así como no hubo amor como su amor, así tampoco no hubo dolor como su dolor. Y si el amor de María hacia su Hijo fué inmenso, dice el B. Alberto Magno, inmenso también debió ser el dolor al perderle con la muerte.

Figurémonos ahora que estando la divina Madre al pie de la cruz, á vista de su moribundo Hijo, aplicándose justamente las palabras de Jeremias, nos dice: *¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor (3)!* ¡Oh vosotros, que pasáis la vida en esta tierra sin compadeceros de mi dolor, paraos un poco á contemplarme, ahora que veo expirar delante de mis ojos á este mi querido Hijo; ved después si entre todos los affigidos y atormentados se halla dolor semejante á mi dolor! No puede hallarse, ¡oh Madre dolorosa!, le responde San Buenaventura, dolor más amargo que el que Vos padecisteis, porque no puede hallarse Hijo más amado que el vuestro (4). ¡Ah!, repite San Lorenzo Justiniano, no ha habido jamás en el mundo Hijo más amable que Jesús, ni Madre más amante de un Hijo que María. Si en el mundo, pues, no ha habido amor semejante al de María, ¿cómo puede hallarse dolor semejante á su dolor (5)?

San Ildefonso no vaciló en afirmar que es poco el de

1. Ap. Croiss. vit. Mar. pár. 21.—2. Hom. 5, de L. V.—3. Thren. 1. 12—4. De comp. V. c. 9.—5. Lib. 3 de Laud. Virg.

cir que los dolores de la Virgen sobrepusieron á todos los tormentos de los mártires juntos (1). Y San Anselmo añá dió que los tormentos más crueles que padecieron los santos mártires, fueron leves, ó realmente nada, comparados con el martirio de María (2). Y San Basilio escribió igualmente, que así como el sol excede en el resplandor á todos los otros planetas, así el dolor de María excedió á los padecimientos de todos los demás mártires. Finalmente, concluye un docto autor con este bello pensamiento: Fué tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la pasión de Jesús, que sólo ella pudo compadecerse dignamente de la muerte de un Dios hecho hombre (3).

Y dirigiéndose á esta Virgen bendita, exclama San Buenaventura: ¡Oh Señoral ¿por qué quisiste ir Vos también á sacrificaros en el Calvario? ¿Por ventura no bastaba para redimirnos un Dios crucificado, sin que su Madre fuese crucificada con él (4)? ¡Oh! la muerte de Jesús bastaba ciertamente para salvar al mundo, y aun á infinitos mundos; pero esta buena Madre, por el amor que nos tiene, quiso con los méritos de sus dolores, que ofreció por nosotros en el Calvario, concurrir á la obra de nuestra salvación. Y por esta razón dice el B. Alberto Magno, que así como nosotros estamos obligados á Jesús por la pasión que sufrió por nuestro amor, así también estamos obligados á María por el martirio que en la muerte del Hijo quiso padecer voluntariamente por nuestra salvación (5). Añade: *voluntariamente*; porque conforme el Angel reveló á Santa Brígida, esta tan piadosa como benigna Madre nuestra prefirió sufrir todos los tormentos antes que ver privadas de redención á las almas y sumidas en su antigua perdición (6). El único consuelo de María, dice Simeón de Casia, en medio de su gran dolor por la pasión de su Hijo, era el ver con su muerte redimido al mundo perdido, y reconciliados con Dios los hombres sus enemigos (7).

Tan grande amor de María merece nuestro agradecimiento, y éste ha de consistir al menos en meditar sus dolores y compadecernos de ellos. Sin embargo, hablando esta dolorosísima Madre con Santa Brígida, quejóse de que muy pocos se compadecen de ella, y la mayor parte viven olvidados; por lo cual encargó muchísimo á la Santa que tuviese presentes los dolores (8). Para comprender cuánto

1. Ap. Sibisch Mar. di Mar. cons. 36.—2. De Eve. Virg. cap. 3.—3. El F. Pínamonti—4. Ap. pac. Erc. 10 in Sal. Aug.—5. Sup. Miss. cap. 20.—6. Rev. lib. 3, cap. 30.—7. De Gest. D. lib. 2, cap. 27.—8. Rev. lib. 2, cap. 24.

agradece la Virgen la memoria de sus dolores, bastaría solamente saber que en el año 1239 se apareció á siete devotos suyos, que después fueron fundadores de los Servitas, con un vestido negro en la mano, y les ordenó, que si querían complacerla, meditasen con frecuencia sus dolores; y por esto era su voluntad que en memoria de ellos llevasen en adelante aquel lúgubre vestido (2). Y el mismo Jesucristo reveló á la beata Verónica de Binasco, que él se complace más viendo que se compadecen de su Madre que de sí mismo, pues le habló así: *Hija, mucho me complace en las lágrimas que se derraman en memoria de mi pasión; mas por el amor inmenso que profeso á María Madre, aprecio muchísimo la meditación de los dolores que ella padeció en mi muerte* (3). Por esto son muchísimas las gracias que Jesús tiene prometidas á los devotos de los dolores, como le fué revelado á Santa Isabel, según refiere Pelbarto. En prueba de ello, veamos en el siguiente ejemplo cuánto les aprovecha esta devoción para alcanzar la salvación eterna.

EJEMPLO

Por las revelaciones de Santa Brígida consta (4), que cierto caballero, de tan ilustre nacimiento como de villanas y depravadas costumbres, se había entregado con pacto expreso por esclavo del demonio; en cuyo servicio permaneció por espacio de sesenta años, llevando una vida como puede imaginarse, sin frecuentar jamás los sacramentos. Llególe la hora de la muerte, y quiso Jesucristo usar de misericordia con él; por lo cual mandó á Santa Brígida dijese á su confesor que fuera á visitarle y le exhortase á que se confesara. Hizolo así el confesor, y le contestó el caballero que no tenía necesidad de confesión, porque se había confesado á menudo. Visitóle segunda vez, y aquel desdichado esclavo del infierno proseguía obstinado en no querer confesarse. Jesús repitió á la Santa, que volviese allá el confesor. Volvió éste, y en esta tercera vez le refirió la revelación hecha á la Santa, y que por esto había vuelto tantas veces, porque así lo había mandado el Señor, pues quería usar con él de misericordia. Al oír esto el miserable enfermo se enterneció y empezó á llorar:—

1. Gian. Cent. Serv. lib. 1, cap. 14.—2. Ap. Bolant. 13 Junii.—3. Rev. lib. 5. cap. 97.

Mas ¿cómo, exclamó, podré ser perdonado, si sesenta años há que sirvo al demonio, hecho esclavo suyo, y tengo cargada mi alma de innumerables pecados?—Hijo, respondió el Padre animándole, no dudes, que si te arrepientes de ellos, yo te prometo de parte de Dios el perdón.—Entonces, entrando en confianza, dijo al confesor:—Padre mío, yo me tenía ya por condenado y desesperaba de la salvación; mas ahora siento un dolor tal de mis pecados, que me anima á tener esperanza, por lo cual, ya que Dios aun no me ha abandonado, quiero confesarme.—Con efecto, en aquel día se confesó cuatro veces con un vivo dolor; al siguiente recibió el Viático, y en el mismo día murió muy contrito y resignado. Después de su muerte Jesucristo habló otra vez á Santa Brígida, y le dijo, que aquel pecador se había salvado por la intercesión de su Madre la Virgen, y que estaba en el purgatorio, porque á pesar de la vida depravada que había llevado, sin embargo, había conservado siempre tal devoción á sus dolores, que no pensaba en ellos sin compadecer á María.

ORACIÓN

¡Oh Madre mía dolorosa! Reina de los mártires y de los dolores, que tanto llorasteis á vuestro Hijo sacrificado por mi salud: ¿de qué me aprovecharán vuestras lágrimas si me condeno? Por los méritos, pues, de vuestros dolores, alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados y una verdadera enmienda de vida, con una perpetua y tierna compasión de la pasión de Jesús y de vuestros dolores. Y si Jesús y Vos, aunque inocentes, tanto habéis padecido por mí, alcanzadme que yo reo del infierno, padezca también alguna cosa por vuestro amor. ¡Oh Señoral te diré con San Buenaventura: si te ofendí, justo es que hieras mi corazón; si te he servido, te pido por merced que le hieras. Oprobio es para mí quedar ileso, viendo á Jesús mi Señor lleno de heridas y á Ti herida también. Finalmente, ¡oh madre mía!, por el dolor que padecisteis al ver delante de vuestros ojos á vuestro Hijo inclinando la cabeza, oprimido de tantos tormentos, y expirar en la cruz, os suplico me alcancéis una buena muerte. ¡Ah! no dejéis entonces, ¡oh abogada de los pecadores!, de asistir á mi afligida y combatida alma en aquel tremendo tránsito de la vida á la eternidad. Y porque entonces tal vez no podré hablar para

invocar vuestro nombre y el de Jesús, en los cuales cifro todas mis esperanzas, desde ahora invoco á vuestro Hijo y á Vos, para que me socorráis en aquel último instante, repitiéndoos: Jesús y María, á vosotros encomiendo el alma mía. Amén.



REFLEXIONES

SOBRE CADA UNO

de los

SIETE DOLORES DE MARÍA

EN PARTICULAR

SOBRE EL PRIMER DOLOR

DE LA PROFECÍA DE SIMEÓN

EN este valle de lágrimas todos nacemos para llorar, y cada cual debe sobrellevar los males que le agobian durante la jornada. Pero ¿cuánto más desdichada sería la vida si cada uno previese también los males que le amenazan? Desventurado sería aquel, dice Séneca, á quien estuviere reservada tal suerte (1). El Señor se compadece, pues, de nosotros, ocultándonos las cruces que nos aguardan, para que, ya que debemos padecerlas, las padecemos al menos una sola vez. Mas no se compadeció así de María, la cual, porque Dios la quiso Reina de los dolores y toda semejante al Hijo, tuvo continuamente delante de sus ojos y padeció sin tregua todas las penas que le esperaban, á saber: las de la pasión y muerte de su amado Jesús. He aquí á San Simeón en el templo, que después de haber recibido en sus brazos al divino Niño, le profetiza que aquel Hijo suyo había de ser el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres, *y que por esto la espada del dolor debía atravesarle el alma* (2).

La misma Virgen dijo á Santa Matilde, que al oír esta profecía de San Simeón, toda su alegría se convirtió en tristeza. Porque, como le fué revelado á Santa Teresa, aunque la bendita Madre sabía ya antes el sacrificio que debía hacer su Hijo por la salud del mundo; sin embargo, entonces conoció en particular y más distintamente los tor-

1. Epiat. 98.—2. Lib. 2, v. 35.

mentos y la muerte cruel que esperaban á su pobre Hijo. Conoció que habia de ser contradecido, y contradecido en todo. Contradecido en la doctrina, pues en vez de ser creído, sería tenido por blasfemo, enseñando que era Hijo de Dios, como lo declaró Caifás, diciendo: *Blasfemado ha.... reo es de muerte* (1). Contradecido en la estimación, pues siendo noble y de estirpe real, fué despreciado como vil: *¿No es el hijo del artesano?* (2). *¿No es este aquel artesano hijo de Marta?* (3). Era la misma sabiduría, y fué tratado de ignorante; *¿Cómo sabe este las sagradas letras sin haber estudiado?* (4). De falso profeta; *Y habiéndole vendado los ojos, le daban bofetadas, y le preguntaban diciendo: Adivina, ¿quién es el que te ha herido?* (5). Tratado como loco: *Ha perdido el juicio, ¿por qué le escuchas?* (6). Como borracho, glotón y amigo de los malos: *He aquí un hombre voraz y bebedor, amigo de publicanos y de gentes de mala vida* (7). Como hechicero: *Por arte del príncipe de los demonios expele los demonios* (8). Como hereje y endemoniado: *¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano, y que estás endemoniado?* (9). En suma, Jesús fué juzgado por tan público malhechor, que no se necesitaba proceso para condenarle, como los judíos dijeron á Pilatos: *Si este no fuera malhechor, no le habiéramos puesto en tus manos* (10). Contradecido en el alma, pues aun su Padre Eterno, para satisfacer á la divina justicia, le contradijo en no quererle oír cuando le oraba: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz* (11). Y le abandonó al temor, á la fatiga y á la tristeza, de suerte que el afligido Señor dijo: *Mi alma siente angustias mortales* (12). Y llegó por la pena interior á sudar sangre viva. Contradecido y perseguido finalmente en su cuerpo y en su vida mortal, porque baste decir que fué maltratado en todos sus sagrados miembros, en las manos, en los pies, en el rostro, en la cabeza y en todo el cuerpo, hasta morir de dolor desangrado y vergonzosamente clavado á un infame madero.

Cuando David, en medio de todas sus grandezas, delicias y regalos, oyó al profeta Natán que le anunciaba la muerte del hijo: *El hijo que te ha nacido morirá irremisiblemente* (13), no sabía hallar consuelo: lloró, ayunó y durmió en la dura tierra. Maria recibió con suma paz la noticia de la muerte de su Hijo, y prosiguió sufriendola pacíficamente; mas ¿qué dolor debía padecer de continuo al ver siem-

1. Matth. xxvi, 65 et 66.—2. Idem xiii, 55.—3. Nonne hic est faber filius Mariz? Idem vi, 3.—4. Joann. vii, 15.—5. Luc. xxi, 64.—6. Joann. x, 30.—7. Luc. vii, 34.—8. Matth. ix, 34.—9. Joann. viii, 48.—10. Idem xviii, 30.—11. Matth. xxvi, 39.—12. Idem 31.—13. Eilius qui natus est tibi, morte morietur. 3 Reg. xii, 14.

pre delante de sus ojos aquel Hijo amable, oyéndole decir aquellas palabras de vida eterna, mirando sus procederes tan santos? Abrahán padeció un inexplicable tormento durante aquellos tres días que había de hablar con su amado hijo Isaac, sabiendo que debía perderle. ¡Dios mío! María, no sólo tres días, sino treinta y tres años tuvo que sufrir un tormento semejante. ¿Qué digo semejante? Un tormento tanto más vivo, cuanto más amable era el Hijo de María que el hijo de Abrahán. Reveló la misma bienaventurada Virgen á Santa Brígida (1), que mientras vivió en el mundo no tuvo un instante sin que este dolor dejase de traspasarla. Cuantas veces, prosigió diciendo, miraba á mi Hijo; cuantas veces le envolvía en los pañales; cuantas veces contemplaba sus manos y pies, otras tantas me absorbía en nuevo dolor, considerándolo clavado en cruz (2). El abad Ruperto contempla, que mientras amamantaba á su Hijo, le decía: ¡Ah Hijo mío! yo te estrecho entre mis brazos porque te amo mucho; pero cuanto más intenso es mi amor, más pronto eres para mí un manojito de mirra y de dolor pensando en tus penas. Consideraba María, dice San Bernardino de Sena (3), que la fortaleza de los Santos había de sufrir la agonía, la hermosura del cielo había de ser afrentada, el Señor del mundo había de ser atado como reo, el Criador de todas las cosas cubierto de cardenales y heridas, el Juez universal sentenciado, la gloria de los cielos menospreciada, el Rey de los reyes coronado de espinas y tratado como rey de farsa.

Escribe el P. Engelgrave (4), que le fué revelado á la misma Santa Brígida, que sabiendo ya la afligida Madre cuánto había de padecer el Hijo, al darle el pecho se le representaba la hiel y vinagre; al envolverle en los pañales, se le figuraba ver las sogas con que había de ser atado; si le llevaba en los brazos, le parecía verle clavado en la cruz, y al contemplarle dormido, consideraba la hora de su muerte. Nunca le ponía su túnica sin pensar que un día le sería arrancada de su cuerpo para crucificarle, y cuando miraba aquellas sagradas manos y pies, pensaba en los clavos que habían de taladrarlos. Mis ojos, dijo ella á Santa Brígida, se arrasaban en lágrimas, y un agudo dolor atormentaba mi corazón (5).

Dijo el Evangelista que *Jesucristo, conforme crecía en años, así también crecía en sabiduría y en gracia delante de*

1. Rev. lib. 6, cap. 9.—2. Rev. lib. 6, cap. 7.—3. Tom. 3, Serm. 2, act. 2, cap. 57.—4. Tom. 1, Ev. Luc. Dom. infraoc. Nat. par. 1.—5. Lib. 6, c. 57, et l. 7, c. 7.

Dios y de los hombres (1); cuyas palabras significan que crecía en sabiduría y en gracia para con los hombres, en cuanto á la opinión de éstos, y para con Dios, en cuanto, como explica Santo Tomás (2), todas sus acciones hubieran podido servir para aumentarle el mérito, si ya desde el principio no le hubiese sido conferida la plenitud consumada de la gracia por razón de la unión hipostática. Pero si Jesús adelantaba en el concepto y amor de los hombres, ¿cuánto más no debió adelantar en el de María? Mas, ¡oh Dios! que cuanto más se acrecentaba su amor, más se ahondaba el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel; y cuanto más se aproximaba el tiempo de la pasión de su Hijo, con tanta mayor fuerza aquella espada de dolor, profetizada por San Simeón, traspasaba el corazón de aquella Madre, como el Angel lo reveló á Santa Brígida.

Pues si Jesús nuestro Rey y su Santísima Madre no rehusaron por nuestro amor el padecer toda su vida una pena tan cruel, no es razón que nosotros nos lamentemos de nuestros padecimientos. Aparecióse una vez Jesús crucificado á sor Magdalena Orsini, dominica, que estaba padeciendo de mucho tiempo una tribulación, y la alentó á llevar con él la cruz de aquel trabajo que la afligía. Lamentándose sor Magdalena, le contestó: Señor, Vos sólo permanecisteis tres horas en la cruz; pero yo muchos años há que sufro la mía. Entonces el Redentor replicó: ¿Qué dices? ¡ignorante! Yo desde el primer instante en que fui concebido padecí en el corazón lo que después en la muerte padecí en la cruz. Así, pues, cuando nosotros padecemos alguna aflicción y nos lamentemos, consideremos que Jesús y su Madre María nos dicen lo mismo.

EJEMPLO

Refiere el P. Roviglione, de la Compañía de Jesús (3), que un joven tenía la devoción de visitar todos los días á una imagen de la Virgen de los Dolores, que tenía siete espadas en el pecho. Una noche el infeliz tuvo la desgracia de cometer un pecado mortal: habiendo ido por la mañana á visitar la imagen, vió en el pecho de la Virgen Santísima, no ya siete, sino ocho espadas; y mientras estaba absorto contemplándola, oyó una voz que le decía que aquel pecado había añadido la octava espada al corazón de María; por lo cual, enternecido y compungido fué á confesarse sin

1. Luc. II, 53.—2. 3. part. quæst. 1. 7, art. 1. 2.—4. Fasc. di Rose part. 2, cap. 9.

demora, y por intercesión de su abogada recobró la divina gracia.

ORACIÓN

¡Ah madre mía bendita! No sólo una espada, sino que cuantos son mis pecados tantas otras espadas he añadido á vuestro corazón. ¡Ah Señora! no sobre vos, que sois inocente, sino sobre mí, que soy reo de tantos delitos, deben recaer todas las penas. Pero ya que Vos habéis querido padecer tanto por mí, alcanzadme por vuestros méritos vivo dolor de mis culpas y paciencia para sufrir los trabajos de esta vida, que siempre serán leves comparados con mis desméritos, pues tantas veces por ellos he merecido el infierno. Amén.

SOBRE EL SEGUNDO DOLOR

DE LA HUIDA DE JESÚS Á EGIPTO

Así como la cierva herida de una saeta lleva á todas partes su dolor, llevando siempre consigo la saeta que la hirió, así la divina Madre, después de la funesta profecía de San Simeón, como vimos en la consideración del primer dolor, llevó siempre consigo su tormento con la memoria continua de la pasión de su Hijo. Explicando Hailgrino aquel lugar de los Cantares: *Y los cabellos de tu cabeza como púrpura de rey puesta en flecos* (1), dice que estos cabellos de color de púrpura de María eran los pensamientos de la pasión de Jesús, que le representaban continuamente la sangre que algún día habían de verter sus llagas (2).

El mismo Hijo, pues, era saeta que traspasaba el corazón de María, y cuanto más amable se le mostraba, tanto más le hería con el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel. Pasemos ahora á considerar la segunda espada de dolor, que hirió á María en la huida á Egipto, que la persecución de Herodes le obligó á emprender con el niño Jesús.

Habiendo entendido Herodes que había nacido ya el deseado Mesías, temió en su demencia que le había de quitar el trono: temor ridículo que San Fulgencio le re-

1. Cant. vii, 5.—2. Idem.

prende en estos términos: ¿Por qué así te turbas, Herodes? Este Rey que acaba de nacer, no viene á vencer reyes combatiendo, sino á subyugar de una manera admirable á las naciones muriendo (1). El impio esperaba saber por los Santos Magos el lugar donde hubiese nacido el Rey, para ir y quitarle la vida; mas viéndose burlado de éstos, ordenó la muerte de todos los niños que entonces se hallaban en los alrededores de Belén. Entonces fué cuando el Angel se apareció en sueños á San José y le dijo: *Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto* (2). Gerson pretende que luego al punto en aquella misma noche San José lo comunicó á María, y tomando al niño Jesús se pusieron en camino, como parece que se colige claramente del mismo Evangelio: *Levantándose tomó al Niño y á su Madre de noche, y se retiró á Egipto* (3). ¡Oh Dios! diría entonces María, según considera el B. Alberto Magno, ¿el que ha venido á salvar á los hombres ha de huir de ellos? Entonces conoció la afligida Madre que ya empezaba á verificarse en el Hijo la profecía de Simeón: *Está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres* (*); viendo que apenas nacido era ya perseguido de muerte. ¿Qué pena debió experimentar el corazón de María, escribió San Juan Crisóstomo, cuando, se le intimó aquel duro destierro juntamente con el Hijo? *Huye de los tuyos, dice, para ir á los extraños; del templo del Señor al de los demonios. ¿Qué mayor tribulación que haber de huir recién nacido y reclinado en el hombro de su indigente Madre?*

Considere cada cual cuánto padecería María durante este viaje. La distancia que les separaba de Egipto era muy larga, pues según el común sentir de los autores con Barrada, era de cuatrocientas millas; de manera que el viaje fué por lo menos de treinta jornadas. Por otra parte, el camino, tal como lo describe San Buenaventura, era áspero, desconocido, lleno de bosques y poco frecuentado. Además, aconteció esto en invierno; de suerte que tuvieron que caminar con nieves, lluvias y vientos, por senderos quebrados y llenos de lodo. María tenía á la sazón quince años, doncella delicada y no acostumbrada á semejantes viajes. No tenían quien les sirviese, ni criado, ni criada, como dijo San Pedro Crisólogo; ellos mismos son los amos y criados. ¡Oh Dios mío! ¿qué compasión no daría el ver aquella tierna doncellita, con aquel Niño recién nacido en sus brazos, ir huyendo por ese mundo! Pregunta San

1. Serm. 5 de Ep.—2. Matth II, 13.—3. Idem 14.—4. Luc. II, 34.

Buenaventura: ¿Cómo lo hacían para comer? ¿En dónde pasaban las noches? ¿Cómo se hospedaban? (1). ¿Y qué podía ser su alimento sino un trozo de pan duro que llevaría San José ó que recogerían de limosna? ¿Dónde habían de dormir en aquel camino, especialmente en aquellas doscientas millas de desierto que habían de atravesar, como refieren los autores, donde no había casas ni posadas, sino sobre la arena, ó en el bosque debajo de algún árbol, expuestos á la intemperie, con peligro de los ladrones ó de las fieras de que abunda el Egipto? ¡Oh! quien hubiese encontrado á estos tres grandes personajes, sin duda les hubiera tenido por tres infelices mendigos y vagabundos.

Según Brocardo y Jansenio, habitaron en Egipto en una tierra llamada Matures, aunque San Anselmo opina que se establecieron en la ciudad de Heliópolis, antes llamada Menfis y ahora Cairo. Y aquí puede considerarse la gran pobreza que debieron padecer durante aquellos siete años que allí estuvieron, como afirma San Antonio con Santo Tomás y otros. Eran extranjeros, desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes; apenas podrían sustentarse con el trabajo de sus manos. Siendo unos necesitados, escribió San Basilio, es consiguiente que se proporcionarían el indispensable sustento con su trabajo. Adelántase más Landolfo de Snjonia, y sirva esto para consuelo de los pobres, y dice que María padecía allí tanta pobreza, que algunas veces carecía hasta de un pedazo de pan que su Hijo le pedía, estrechado del hambre (2).

Después de la muerte de Herodes, refiere el mismo San Mateo, el Angel se apareció otra vez en sueños á San José y le mandó regresar á Judea. Hablando San Buenaventura de este regreso, considera la extremada angustia que la bienaventurada Virgen sufriría por la fatiga que en aquel viaje debió padecer Jesús, llegado ya á la edad de siete años poco más ó menos; pues en tal edad, dice el Santo: *Era tan crecido, que ya no podía llevarle en brazos, y tan pequeño, que no podía caminar por sus pies.*

El espectáculo, pues, de Jesús y María así fugitivos, peregrinando por este mundo, nos enseña á vivir también nosotros en esta tierra como peregrinos, sin tener apego á los bienes que el mundo nos ofrece, y que deberemos dejar luego para pasar á la eternidad: *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la que está por venir* (3). A lo que añade San Agustín: Aquí eres huésped; miras

1. De vit. Christ. — 2. In vit. Christ. cap. 13.—3. Hebr. xiii, 14.

y prosigues tu camino. Además nos enseña á abrazar la cruz, pues no se puede vivir en este mundo sin ella. A este propósito, la B. Verónica de Binasco, religiosa de San Agustín, fué llevada en espíritu para acompañar á María con el niño Jesús en este viaje de Egipto; y al fin del viaje le dijo la divina Madre: *Hija, ¿has visto con qué pena hemos llegado á este país? Has de saber, pues, que sin padecer nadie recibe gracias.* Luego el que quiera sentir menos las penalidades de esta vida, debe tomar consigo á Jesús y á María. Al que lleva con amor en su corazón á este Hijo y á esta Madre, todas las penas se le vuelven leves y aun dulces y agradables. Amémosles, pues; consolemos á María, recibiendo con gusto en nuestros corazones á su Hijo, que aun actualmente continúa en ser perseguido por los pecados de los hombres.

EJEMPLO

Aparecióse un día María Santísima á la B. Coleta, franciscana, y mostrándole en una fuente al niño Jesús hecho pedazos, le dijo: *Así tratan los pecadores continuamente á mi Hijo, renovándole á él la muerte y á mi los dolores. Hija mía, ruega por ellos para que se conviertan* (1). A esto se añade aquella otra visión que tuvo la venerable sor Juana de Jesús y María, también franciscana. Meditando ésta un día en el niño Jesús perseguido por Herodes, oyó un gran ruido como de gente armada que perseguía á alguna persona, y luego vió delante de sí á un hermosísimo niño que huía fatigado y le decía: *Juana mía, ayúdame, escóndeme; yo soy Jesús Nazareno, huyo de los pecadores que me quieren matar, y me persiguen como Herodes; líbrame tú* (2).

ORACIÓN

¡Oh María! Después que vuestro Hijo ha sido inmola-
do por mano de los hombres, que le han perseguido hasta
la muerte, prosiguen todavía estos ingratos persiguiéndole
con sus pesados y afligiéndoos á Vos, Madre dolorosísima.
¡Dios mío! ¿No he sido yo mismo uno de estos? ¡Ah Madre
mía dulcísima! alcanzadme lágrimas para llorar tanta in-
gratitud. Y por los trabajos que padecisteis en el viaje de
Egipto, asistidme con vuestro auxilio en el viaje que estoy

haciendo hacia la eternidad, para que al concluirlo pueda ir con Vos á amar á mi perseguido Salvador en la patria de los bienaventurados. Amén.

SOBRE EL TERCER DOLOR

DEL NIÑO JESÚS PERDIDO EN EL TEMPLO

EL apóstol Santiago escribió que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia; *la paciencia perfecciona la obra, para que así vengaís á ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna* (1). Habiéndonos dado, pues, el Señor á la Virgen María por modelo de perfección, fué preciso que la colmase de penas, para que así pudiésemos nosotros admirar en ella é imitar su heroica paciencia. El mayor dolor que la divina Madre padeció en su vida, fué el que hoy vamos á considerar, esto es, la pérdida de su Hijo en el templo. El ciego de nacimiento poco siente la pena de estar privado de ver la luz del día; pero al que ha visto algún tiempo y gozó de la luz, le es muy duro el verse después privado de ella con la ceguera. Así igualmente aquellas almas infelices, que ciegas con el lodo de esta tierra, no han conocido á Dios, poco sienten la pena de no hallarlo; pero al contrario, el que alumbrado de la luz celestial se ha hecho digno de gozar la dulce presencia del sumo Bien, mucho se duele ¡Dios mío! cuando se ve privado de ella. Veamos, pues, cuán dolorosa debió ser para María, que estaba acostumbrada á gozar continuamente de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada, cuando habiéndole perdido en Jerusalén, se vió separada de él por espacio de tres días.

Refiere San Lucas, en el capítulo II, que acostumbrando la bienaventurada Virgen con su esposo José y con Jesús visitar todos los años el templo en la solemnidad de la Pascua, lo verificó esta vez cuando el Hijo tenía doce años; pero habiéndose quedado Jesús en Jerusalén, no lo advirtió, creyendo que había regresado en compañía de los otros. Por lo cual apenas llegó á Nazareth preguntó por su Hijo, y no hallándole allí, volvió al instante á Jerusalén á buscarle; mas no le halló hasta después de tres días. Consideremos ahora qué congoja debió experimentar esta afligida Madre durante aquellos tres días, en que por todas

1. Jacob. 1.

partes iba preguntando por su Hijo con la Esposa de los Cantares: *¿Visteis por ventura al que ama mi alma?* (1), y no podía hallar noticia alguna de él. ¡Oh! extenuada de fatiga, y no pudiendo encontrar á su amado, ¡con cuánta mayor ternura debía decir lo que Ruben dijo de su hermano Jacob: Mi Jesús no parece, yo no sé qué más hacer para hallarle! Pero, ¿adónde iré sin mi tesoro? Bien repetiría con David llorando continuamente aquellos tres días: *Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, desite que me están diciendo continuamente: Y tu Dios ¿dónde está?* (2). Por lo cual con razón escribió Pelbarto, que en aquellas tres noches no durmió la afligida Madre, rogando con continuas lágrimas á Dios que le hiciese hallar á su Hijo, á quien al mismo tiempo con frecuencia le repetía las palabras de la Esposa, que le aplica San Bernardo: *¿Hijo mío, muéstrame tú en dónde apacientas, dónde sestas al mediodía, para que no comience á venguear tras los rebaños de tus compañeros* (3)? Hijo mío, dime dónde estás, para que yo no tenga que correr en vano en busca tuya.

Hay quien dice que este dolor, no sólo fué de los mayores que tuvo María en su vida, sino que fué más grande y cruel que todos los demás, y no sin razón. Primeramente, María, en los demás dolores tenía consigo á Jesús, padeció en el vaticinio que le hizo Simeón en el templo, padeció en la huida á Egipto, pero siempre con Jesús; mas en este dolor padeció lejos de Jesús, ignorando dónde estaba: *Aun la misma lumbré de mis ojos no está ya conmigo* (4). Así entonces llorando decía: ¡Ah! la luz de mis ojos, mi amado Jesús, no está ya conmigo, desapareció de mi vista y no sé dónde está. Dice Orígenes que por el amor que esta santa Madre tenía á su Hijo, padeció más en esta pérdida de Jesús, que cualquier mártir haya podido padecer de dolor en su muerte (5). ¡Ah! tan largos fueron para María estos tres días, que le parecieron tres siglos: días de amargura, días sin consuelo. *Por eso yo estoy llorando*, decía con Jeremías, *y mis ojos echando de sí agua; porque se ha alejado de mí el consolador* (6). Y con Tobías repetía: *¿Qué alegría puedo yo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo?* (7).

En segundo lugar, María comprendía la causa y el fin de los demás dolores, esto es, la redención del mundo y la voluntad de Dios; pero en éste ignoraba la causa de la ausencia del Hijo, Dolíase esta Madre de dolores de la au-

1. Cant. iii, 3.—2. Psal. xix, 4.—3. Cant. i, 6.—4. Psalm. xxxvii, 11.—5. Hom. infraoct. Epiph.—6. Thren. i, 16.—7. Tob. v, 12.

sencia de Jesús, porque su humildad, dice Lanspergio, le hacía creer que era indigna de estar ya en su compañía para asistirle acá en la tierra, y de tener confiado á su cuidado un tesoro tan precioso. ¿Y quién sabe, escribió Orígenes, diría acaso entre sí, si yo no le he servido como debía? ¿Si habré cometido algún descuido por el cual me haya dejado? (1). Ahora bien; es cierto que no hay mayor pena para un alma amante de Dios que el temor de haberle disgustado. Y de aquí fué que María en ningún otro dolor se lamentó como en este, quejándose amorosamente de Jesús después que le hubo hallado: *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando* (2). Con cuyas palabras no quiso reprender á Jesús, como blasfeman los herejes, sino que quiso solamente manifestarle el dolor que había experimentado en su ausencia por el amor que le profesaba. No era reprensión, dice el B. Dionisio Cartujano, sino una queja amorosa. En suma, la espada de este dolor traspasó tan cruelmente el corazón de la Virgen, que deseando y suplicando un día la beata Bienvenida á la Santa Madre el poder acompañarla también en este dolor, María se le apareció con el niño Jesús en brazos; pero apenas Bienvenida gozaba de la vista de aquel hermosísimo niño, de repente se vió privada de la dichosa visión; y fué tanta la pena que experimentó la beata, que recurrió á María, suplicándole por piedad que no la dejase morir de dolor. La Virgen Santísima se le apareció de nuevo tres días después, y le dijo: Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido sino una débil sombra del que yo experimenté cuando perdí á mi Hijo (3).

Este dolor de María debe principalmente servir de alivio á aquellas almas que están desconsoladas, y dejan de gozar de la dulce presencia del Señor, que en otro tiempo gozaban. Lloren sí; pero lloren en paz como lloró María la ausencia de su Hijo, y no teman que hayan perdido por esto la divina gracia, porque el mismo Dios dijo á Santa Teresa: *Nadie se pierde sin conocerlo, ni sufre engaño si no quisiere*. Si el Señor se aparta de los ojos de un alma que le ama, no por esto se aparta del corazón. Con frecuencia se esconde para que ella le busque con mayor deseo y amor. Mas el que quiera hallar á Jesús, debe buscarle, no en medio de las delicias y placeres del mundo, sino entre las cruces y mortificaciones, como le buscó María: *Llenos*

1. Ap. Cur. a Lap. in Luc. 2.—2. Luc. 10, 42.—3. March. Día. 30 octubre.

de aflicción te hemos andado buscando, como dijo ella al Hijo. Aprende de María á buscar á Jesús, escribió Orígenes.

Además de que en este mundo no debemos buscar otro bien que Jesús. No fué Job desventurado cuando perdió en esta tierra cuanto poseía, haciendas, hijos, salud, honras, hasta bajar desde el trono á un muladar; sino antes al contrario, porque tenía á Dios consigo, aun entonces era feliz. Hablando de él San Agustín, dijo: Había perdido todo lo que Dios le había dado; pero conservaba consigo al mismo Dios. Sólo son verdaderamente desdichadas y miserables aquellas almas que han perdido á Dios. Si lloró María la ausencia de su Hijo por espacio de tres días, ¡cuánto debieran llorar los pecadores que han perdido la divina gracia, á quienes Dios dice: *Vosotros no sois ya mi pueblo, y yo no seré vuestro Dios!* (1) Porque esto tiene de peculiar el pecado, que separa el alma de Dios: *Vuestras maldades pusieron un muro de división entre vosotros y vuestro Dios* (2). Y de aquí proviene que si se poseen todos los bienes de la tierra, habiendo perdido á Dios, todo se les convierte en humo y les sirve de pena aun acá en la tierra, como confesó Salomón: *Todo es vanidad y aflicción de espíritu* (3). Pero la mayor desgracia para estas pobres almas ciegas, dice San Agustín, es ver que si pierden un buey, van luego en su busca; si pierden una oveja, no omiten diligencia para encontrarla; si pierden un jumento, no reposan un instante, y cuando pierden al sumo Bien, que es Dios, comen, beben y descansan.

EJEMPLO

En las cartas anuales de la Compañía de Jesús se lee que en las Indias, al querer salir de su habitación un joven para cometer un pecado, oyó que le decían: *Detente, ¿dónde vas?* Volvió la vista y vió una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, que estaba allí colocada, la cual, arrancándose la espada que tenía clavada en el pecho, se la presentó diciéndole: *Ea, toma esta espada y hiéreme antes á mí que á mi Hijo con este pecado.* Al oír estas palabras, el joven se postró en tierra, y contrito y llorando amargamente, pidió á Dios y á la Virgen el perdón de su falta, y le alcanzó.

ORACIÓN

¡Oh Virgen bendita! ¿por qué os afligís buscando á vuestro Hijo? ¿Es acaso porque no sabéis en dónde se halla? Mas ¿no veis que está en vuestro corazón? *¿No sabéis que se apacienta entre las azucenas?* Vos misma lo dijiste (1). Esos vuestros pensamientos y afectos, del todo humildes, puros y santos, son otras tantas azucenas, que convidan á que habite en Vos el divino Esposo. ¡Ah María! ¿Vos suspiráis por Jesús, Vos que no amáis otra cosa que á Jesús? Dejadme suspirar por él á mí y á tantos pecadores que no le aman, y con sus ofensas le han perdido. ¡Oh Madre mía amabilísima! si por falta mía vuestro Hijo no ha vuelto todavía á mi alma, haced Vos que yo le halle: *Yo bien sé que se deja hallar de quien le busca* (2); mas haced que yo le busque como debo buscarle. Vos sois la puerta por la cual todos hallan á Jesús; por Vos espero hallarle yo también. Amén.

SOBRE EL CUARTO DOLOR

DEL ENCUENTRO CON JESÚS, QUE IBA Á MORIR

DICE San Bernardino que para comprender el grande dolor de María, á la cual la muerte iba á arrebatár á su Hijo, es preciso considerar el amor que tenía esta Madre á este Hijo. Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos. Por esto, cuando la Cananea suplicó al Salvador que librase á su hija del demonio que la poseía, le dijo que más que de su hija tuviese piedad de ella, que era su madre. Pero ¿qué madre amó jamás tanto á ningún hijo suyo, como María á Jesús? El era su Hijo único, criado con tantas penas; Hijo amabilísimo y amantísimo de la Madre; Hijo que juntamente era su Hijo y Dios, el cual vino á la tierra, como él mismo lo asegura, *para encender á todos los corazones el santo fuego del divino amor* (3). Consideremos, pues, qué llama debió encender en el corazón de su santa Madre, tan puro y limpio de todo afecto mundano. En suma, la misma bienaventurada Virgen dijo á Santa Brígida: Por el amor uno mismo era mi corazón y el corazón de mi Hijo. Esta unión de esclava y madre, de Hijo y Dios, formó en el corazón de María un

1. Cant. II, 16.—2. Tr. III, 25.—3. Luc. XII, 19.

incendio compuesto de mil incendios. Pero después todo este volcán de amor, en el tiempo de la pasión se convirtió en un mar de dolor, por lo cual dijo San Bernardino: Aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, nunca llegarían al dolor de la bienaventurada Virgen María (1). Si; porque esta Madre, como escribió San Lorenzo Justiniano, con cuanta mayor ternura amó á su Hijo, con mayor dolor tuvo que verle padecer, especialmente cuando le encontró que, condenado ya á muerte, caminaba con la cruz á cuestas al lugar del suplicio. Y esta es la cuarta espada de dolor que hoy hemos de considerar.

Reveló la bienaventurada Virgen á Santa Brígida, que al aproximarse la pasión del Señor, sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas, pensando en el Hijo amado que iba á perder acá en el mundo; y por eso dijo también que un sudor frío le corría por los miembros, ocasionado del temor que experimentaba al representársele aquel próximo espectáculo de dolor (2). He aquí, finalmente, que llegado el día destinado, vino Jesús y se despidió llorando de su Madre para ir á morir. Meditando San Buenaventura sobre lo que haría María en aquella noche, le dice así: La pasaste sin dormir, y cuando todos los demás estaban entregados al sueño, tú estuviste velando. Por la mañana los discípulos de Jesucristo iban á ver á esta afligida Madre para traerle noticias, pero todas de dolor; verificándose entonces en ella las palabras de Jeremías: *Inconsolable llora ella toda la noche, é hilo á hilo corren las lágrimas por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quien la consuele* (3). El uno venía á referirle los ultrajes que su Hijo había sufrido en casa de Caifás, otros los desprecios que había recibido de Herodes. Vino, finalmente, San Juan (dejo todo lo demás para llegar á mi objeto), y anunció á María que el injustísimo Pilatos le había condenado á morir crucificado. He dicho *injustísimo*, porque, como observó San León, este inicuo juez le condena á muerte con los mismos labios con que le había declarado inocente. *¡Ah dolorosísima Madre!* le dijo San Juan, *ya tu Hijo está sentenciado á muerte, y ya ha salido llevando el mismo su cruz para ir al Calvario*, como después lo refirió en su Evangelio (4). Venid, Señora, si queréis verle y darle el último adiós en alguna calle por donde haya de pasar.

1. Tom. 1, Serm. 45.—2. Rev. lib. 1, cap. 10.—3. Thren. 1, 2.—4. Joann. xlix, 17.

Parte María con San Juan; así lo reveló ella á Santa Brígida, y por los vestigios de sangre que hallaba en la calle, conocía que por allí había pasado su Hijo (1). Considera San Buenaventura (2) que, atajando la afligida Madre por otra calle que abreviaba su camino, se colocó al cabo de aquélla por donde había de pasar su angustiado Hijo para encontrarse con él. Habiéndose parado en aquel lugar, ¿cuántas palabras debió oír de boca de los Judíos contra el querido Hijo, y quizás cuántas injurias contra ella misma, pues de ellos era conocida? ¡Ay de mí! ¿qué doloroso espectáculo debieran ofrecer á sus ojos los clavos, los martillos, las sogas que precedían á la comitiva, funestos instrumentos de la muerte de Jesús! ¡Y qué espada fué para su corazón el oír aquella trompeta que iba publicando la sentencia proferida contra su Hijo! Mas he aquí que después de haber pasado los instrumentos del suplicio, el pregonero y los ministros de justicia, levanta los ojos y ve, ¡oh Dios! á un joven todo ensangrentado y herido desde la cabeza hasta los pies, coronado con un haz de espigas y con una pesada cruz sobre sus hombros; le mira y apenas le conoce, diciendo entonces como Isaias: *Le vimos, y no era de mirar* (3). Sí; porque las heridas, los cardenales, la sangre denegrida, *le hacían parecer como un leproso* (4); de modo que apenas era conocido. Sin embargo, el amor se lo manifiesta, y habiéndolo conocido, ¡ay de mí! ¿cuál fué entonces, dice San Pedro de Alcántara en sus *Meditaciones*, el amor y el temor del corazón de María? Por una parte, deseaba verle; por otra, no se atrevía á mirar una figura tan digna de compasión. Se miran, finalmente: el Hijo quitándose de los ojos un cuajarón de sangre que le impedía la vista, como le fué revelado á Santa Brígida, miró á la Madre; la Madre miró al Hijo. ¡Ay, miradas de dolor, que como otras tantas saetas traspasaron entonces esas dos hermosas y enamoradas almas! Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, encontró en el camino á su padre que iba al suplicio, no pudo decirle otra cosa sino repetir dos veces estas palabras: *¡Oh padre! ¡Oh padre!* y cayó desmayada á sus pies. María á la vista de su Hijo, que iba al Calvario, no se desmayó, no, porque no convenia á esta Madre perder el uso de la razón, como dice el P. Suárez, ni tampoco murió, porque Dios la reservaba para mayor dolor; pero si no murió, sufrió, sin embargo, un dolor capaz de darle mil muertes.

1. Revel. lib. 4, cap. 77.—2. Medit. 6.—3. Isai. 66, 2.—4. Idem, 4.

La Madre quería abrazar al Hijo, como dice San Anselmo; pero los ministros de justicia la arrojan con injuria y la separan á empujones de la presencia del dolorosísimo Señor, y María le sigue. ¡Ah Virgen santa! ¿dónde vais? ¿al Calvario? *¿Y tendréis valor para ver pendiente de un madero al que es vuestra vida?* (1). ¡Ah Madre mía! deteneos, le diría entonces su mismo Hijo, como observa San Lorenzo Justiniano; ¿adónde os dirigís? ¿adónde vais? Si queréis acompañarme, seréis atormentada con mi suplicio, y yo con el vuestro. Mas á pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un dolor tan cruel, no quiere dejarle la amante Madre: el Hijo va delante, y la Madre en pos de él, para ser también crucificada con Jesús, como dice Guisellemo (2). Escribió San Juan Crisóstomo: También nos compadecemos de las fieras: si viéramos una leona que sigue á su cachorro, al que llevan á matar, aunque fiera, nos movería á lástima. ¿Y no nos moverá á compasión el ver á María, que va detrás de su Cordero inmaculado que llevan al suplicio? Compadezcámonos, pues, de sus dolores, y procuremos acompañar también nosotros al Hijo y á la Madre, llevando con paciencia la cruz que el Señor nos envía. Pregunta San Juan Crisóstomo: ¿Por qué Jesucristo en las demás penas quiso ser solo, y para llevar la cruz quiso que le ayudase el Cirineo? y responde: No bastara para salvarnos la cruz sola de Jesucristo, si nosotros no llevásemos también la nuestra con resignación hasta la muerte.

EJEMPLO

Aparecióse un día el Salvador á Santa Dionisia, monja de Florencia, y le dijo: *Piensa en mí y ámame, que yo pensaré en tí y te amaré.* Y al mismo tiempo le presentó un ramillete de flores juntamente con una cruz, significándole con esto que los consuelos de los Santos en este mundo han de ir siempre acompañados de la cruz. La cruz une las almas con Dios. San Jerónimo Emiliano, que era soldado y estaba encenegado en los vicios, fué encerrado en una torre por sus enemigos. Instruído allí por la desgracia é iluminado de Dios para que mudase de vida, acudió á María Santísima, y entonces, con el auxilio de la divina Madre, empezó á hacer vida de santo. Por lo cual mereció ver un

1. Deuter. xxviii, 66.—2. In Cant, 7.

da el excelso lugar que Dios le tenía preparado en el cielo. Llegó á ser fundador de los Padres de Somasco; murió en opinión de santo, y últimamente le ha canonizado la santa Iglesia.

ORACIÓN

¡Madre mía dolorosísima! por el mérito de aquel dolor que sufristeis viendo conducir á la muerte á vuestro amado Jesús, alcanzadme la gracia de llevar también con paciencia las cruces que Dios me envte. Dichoso yo si supiera acompañaros también con mi cruz hasta la muerte. Vos y Jesús, siendo inocentes, habéis llevado una cruz muy pesada, y yo pecador, que he merecido el infierno, ¿rehusaré la mía? ¡Ah, inmaculada Virgen! De Vos espero que me ayudaréis á sufrir las cruces con paciencia. Amén.

SOBRE EL QUINTO DOLOR

DE LA MUERTE DE JESÚS

VAMOS á contemplar una nueva especie de martirio. Una madre condenada á ver morir delante de sus ojos y en medio de los más bárbaros tormentos á un Hijo inocente, al que ama entrañablemente. *Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre.* No es necesario expresar otra cosa, dice San Juan, del martirio de María: Miradla cerca de la cruz en presencia del Hijo moribundo, y ved después si hay dolor semejante á su dolor. Detengámonos, pues, también hoy nosotros en el Calvario, á considerar esta quinta espada que traspasó el corazón de María con la muerte de Jesús.

Apenas nuestro fatigado Redentor llegó al Calvario, los verdugos le desnudaron de sus vestidos, y taladrando sus sagradas manos y pies con clavos, no agudos, sino obtusos (1), como dice San Bernardo, para atormentarle más, le clavaron en la cruz. Crucificado que le tuvieron, levantaron la cruz, procuraron asegurarla y le dejaron así para que muriera. Abandonándole al fin los verdugos; pero María no se aparta de allí, y entonces se acerca más á la cruz para asistir á su muerte, como lo reveló la Santísima Vir-

1. Serm. 2. de Pass.

gen á Santa Brígida (1). Mas ¿por qué, ¡oh Señora!, le pregunta San Buenaventura, ¿habéis ido al Calvario? ¿para ver morir á vuestro Hijo? Debía, á lo menos, deteneros el rubor, pues que siendo su Madre, su oprobio era también el vuestro. A lo menos debía deteneros el horror de tan gran delito, viendo á un Dios crucificado por sus mismas criaturas. Pero responde el mismo Santo: ¡Ah! vuestro corazón no se ocupaba entonces en sus propias penas, sino del dolor y de la muerte de vuestro amado Hijo (2), y por eso quisisteis Vos misma asistirle, á lo menos para compadeceros de él. ¡Ah, verdadera Madre, dice el abad Guillermo, Madre amante, á quien ni aun el terror de la muerte pudo separaros del amado Hijo! Mas, ¡oh Dios mío! ¿qué espectáculo tan doloroso sería entonces el ver á este Hijo agonizando en la cruz, y al pie de ella ver agonizar á esta Madre, que sufría todas las penas que padecía el Hijo! He aquí en qué términos María describió á Santa Brígida el estado bien digno de compasión en que ella vió á su Hijo en la cruz: Mi querido Jesús estaba en la cruz en las congojas de la agonía; tenía los ojos hundidos, medio cerrados y moribundos, los labios pendientes y entreabierta la boca; las mejillas descarnadas, desencajado el rostro, afilada la nariz, inclinada la cabeza sobre el pecho, los cabellos cuajados de sangre, el vientre hundido en los riñones, los brazos y las piernas yertas, y todo lo restante del cuerpo cubierto de llagas y sangre (3).

Todas estas penas de Jesús eran también penas de María, dice San Jerónimo: *Las heridas en el cuerpo de Cristo eran otras tantas llagas en el corazón de María* (4). Cualquiera, pues, que se hubiese ballado entonces en el Calvario, dice San Juan Crisóstomo, hubiera visto allí dos altares, en donde se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús, el otro en el corazón de María, ó más bien, (dice San Buenaventura, no había allí más que un solo altar, esto es, sólo la cruz del Hijo, en la cual, juntamente con la víctima de este Cordero divino, era sacrificada también la Madre. Por esto le pregunta el Santo: ¡Oh María! ¿cómo estáis? ¿cerca de la cruz? ¡Ah! que con más razón dire que estáis en la misma cruz para sacrificaros crucificado juntamente con vuestro Hijo (5). Así lo asegura San Agustín, diciendo: La cruz y los clavos del Hijo lo fueron también para la Madre; y con Cristo crucificado era tam-

1. Rev. lib. 1, cap. 6.—2. Serm. 4 de Ass.—3. Rev. lib. 1, cap. 10, et lib. 4, cap. 20.—4. Ap. Bald. tom. 1, pág. 199.—5. Ap. Bald. tom. 1, pág. 457.

bién crucificada la Madre. Sí, porque, como dice San Bernardo, lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús, obraba el amor en el corazón de María; de suerte que al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, como escribió San Bernardino, la Madre sacrificaba el alma (1).

Las madres huyen de la presencia de sus hijos moribundos; pero si por ventura alguna madre se ve precisada á asistir á su hijo en tan penoso trance, le va procurando todos los alivios que puede darle: le compone la cama para que esté en la postura más acomodada, le humedece sus labios, y así la pobre madre va aliviando su dolor. ¡Ah, Madre la más afligida de todas las madres! ¡Oh María! á Vos se os ha ordenado el asistir á Jesús moribundo; pero no se os ha concedido el poderle dar algún consuelo. María oyó al Hijo que dijo: *Tengo sed*; pero no se le permitió darle un poco de agua para mitigarla: sólo pudo decirle como reflexiona San Vicente Ferrer: *Hijo mto, no tengo sino agua de lágrimas* (2). Veía en aquel lecho de dolores al Hijo pendiente de aquellos tres garfios de hierro sin hallar descanso; quería abrazarle, dice San Bernardo, á lo menos para darle el consuelo de expirar entre sus brazos, mas esto le estaba prohibido (3). Veía á su pobre Hijo, que en aquel mar de congojas iba buscando quien le consolase, como ya lo había anunciado por boca del profeta: *Yo solo pisé el lagar.... eché la vista alrededor, y no hubo quien acudiese en mi socorro; anduve buscando, y no hallé persona que me ayudase* (4). Pero, ¿quién le había de consolar entre los hombres, si todos eran enemigos suyos? *Aun en la cruz blasfemaban y se burlaban de él, unos de una suerte y otros de otra* (5). Unos le decían en la cruz: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (6). Otros: *Libró á otros y no puede librarse á sí mismo* (7). Otros: *Si es rey de Israel, baje ahora de la cruz* (8). Además, la bienaventurada Virgen dijo á Santa Brígida: Oía á otros que decían que mi Hijo era un ladrón; otros que era un impostor; otros que ninguno merecía la muerte como él, y todas aquellas palabras eran para mí nuevas espadas de dolor (9).

Pero lo que después aumentó considerablemente el dolor de María por la compasión hacia el Hijo, fué al oír cómo se lamentaba en la cruz de que aun el eterno Padre le hubiese también desamparado: *Dios mto, ¿por qué me has*

1. Dum ille corpus, ista spiritum immolabant. Tom. 1, Serm. 31.—2. Ap. Bald. pág. 406.—3. Ap. Idem, pág. 463.—4. Isai. lxvii, 3 et 5.—5. Matth. xxvii 39.—6. Idem, 40.—7. Idem, 42.—8. Idem.—9. Rev. ib. 4, cap. 70.

*desamparado*³ (1), palabras que, como dijo la divina Madre a la misma Santa Brígida, no pudo olvidarlas en toda su vida (2). De manera que la divina Madre veía a su Jesús abrumado de dolor por todas partes, quería aliviarle, mas no podía. Y lo que más pena le daba era el ver que ella misma con su presencia y dolor aumentaba las congojas de su Hijo. La misma pena, dice San Bernardo, que llenaba el corazón de María, inundaba de amargura el corazón de Jesús (3); y añade que el Salvador padecía en la cruz más por compasión de su Madre que por sus propios dolores. Así hace hablar el mismo Santo a la Virgen: Estaba yo viéndole, y él me veía a mí; y más padecía por mí, que por sí mismo (4). Por lo cual el propio Santo, hablando de María junto a su Hijo moribundo, dice que ella vivía muriendo sin poder morir (5). Escribe Pasino, que el mismo Jesucristo, hablando un día con la B. Bautista Varand de Camerino, le dijo que fué tal la aflicción que experimentó estando en la cruz al ver a sus pies a su Madre tan llena de dolor, que la compasión que de ella tenía le hizo morir desconsolado. De modo que, habiendo sido dicha beata iluminada para conocer este dolor de Jesús, exclamó: No prosigáis, Señor, hablándome de vuestra pena, que yo desfallezco.

Pasmábanse los hombres, dice Simón de Casia, al contemplar silenciosa a esta Madre, y sin prorrumpir en queja alguna en medio de tan acerbo dolor; pero si sus labios callaban, hablaba su corazón, porque entonces no dejaba de ofrecer a la divina Justicia la vida del Hijo por nuestra salvación. Sabemos además, dice Lanspergio, que ella por el mérito de sus dolores cooperó a hacernos nacer a la vida de la gracia, por lo cual nosotros somos hijos de sus dolores (6). Y si por ventura en aquel mar amargo, esto es, en el corazón de María, entró algún consuelo, el único alivio que entonces le consolaba era la incertidumbre de que por medio de sus dolores se nos abrían las puertas del cielo, como el mismo Jesús lo reveló a Santa Brígida: *María, mi Madre, por su compasión y caridad, llegó a ser Madre de todos los hombres en los cielos y en la tierra* (7). Y con efecto, estas fueron las últimas palabras, con las cuales Jesús se despidió de su Madre antes de morir; éste fué su último encargo, el dejarnos a nosotros por hijos suyos en la persona de

1. Math. xxvii, 46.—2. Rev. i, c.—3. Hom. in Evang. stabat.—4. Ap. Sin. cons. 48.—5. De Lament. Virg.—6. Hom. 44 de Psalm. Dom.—7. Rev. lib. 1, cap. 39.

Juan, cuando le dijo: *Mujer, ahí tienes á tu hijo* (1). Y desde entonces María empezó á ejercer para nosotros el oficio de tierna Madre; pues como atestigua San Pedro Damiano (2), por los ruegos de María se convirtió entonces y se salvó el buen ladrón; el cual, según afirman algunos autores, cuando se verificó el viaje con el niño Jesús á Egipto, se portó cortésmente con la sagrada familia. Y este oficio ha continuado y continúa ejerciéndolo siempre la Virgen Santísima.

EJEMPLO

En Perusia, un joven prometió al demonio que si le proporcionaba medios para cometer cierto pecado, le entregaría su alma, á cuyo efecto hizo escritura firmada con su sangre. Cometido el pecado, queriendo el demonio que cumplierse la promesa, le llevó junto á un pozo, amenazándole con que si él mismo no se arrojaba dentro de él, lo llevaría en cuerpo y alma al infierno. Creyendo el desdichado joven no poder escapar ya de sus manos, sube al brocal para arrojarse al pozo; pero atemorizado de la muerte, dijo al enemigo que no tenía valor para abalanzarse al agua, por lo cual, si quería que efectivamente muriese, le diese un empujón para lanzarle dentro. Llevaba el joven al cuello el escapulario de la *Virgen de los Dolores*, por lo que le dijo el demonio: Quitate ese escapulario y te daré el empujón; mas reconociendo entonces el joven en el escapulario la protección que le dispensaba aún la divina Madre, no se lo quiso quitar; de manera que después de muchos debates huyó avergonzado el demonio, y el pecador, agradecido á su dolorosa Madre, fué á darle las gracias, y arrepentido de sus culpas, quiso colgar el voto en un cuadro en su altar de la iglesia de Santa María la nueva en Perusia (3).

ORACIÓN

¡Oh Madre la más afligida de todas las Madres! ¿Ha muerto, pues, vuestro Hijo, este Hijo tan amable y que tanto os amaba? Llorad, que razón tenéis para ello. ¡Quién pudiera consolaros! Nada puede daros consuelo sino el pensar que Jesús con su muerte ha vencido el infierno, ha abierto el cielo, que estaba cerrado para los hombres, y ha

1. Joann. xix, 26.—2. Ap. Salm. tom. 1, tract. 17—1. Mon. Conv. Perus ap. P. Simsch. cons. 10.

ganado tantas almas. Desde aquel trono de la cruz reinará en tantos corazones, que, vencidos de su amor, le servirán con amor. No os desdeñéis entre tanto, Madre mía, de dejarme acercar á Vos, para llorar en vuestra compañía, pues que yo tengo motivo para llorar por los pecados que he cometido. ¡Ah Madre de misericordia! primeramente por la muerte de mi Redentor, y después por los méritos de vuestros dolores, espero el perdón y mi salvación eterna. Amén.

SOBRE EL SEXTO DOLOR

DE LA LANZADA Y DESCENDIMIENTO DE JESUCRISTO
DE LA CRUZ

QH vosotros todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor (1)! Almas devotas, oid lo que os dice hoy la Madre de los dolores: Hijas queridas; yo no quiero que vengáis á consolarme, no; porque mi corazón no es capaz de consuelo en este mundo, después de la muerte de mi amado Jesús. Si queréis complacerme, sólo quiero de vosotras que os volváis á mí y veáis si hubo jamás en el mundo dolor semejante al mío, al verme quitar con tanta crueldad al que era todo mi amor. Mas, Señora, pues que Vos no queréis ser consolada, y tenéis tanta sed de penas, os diré que con la muerte de vuestro Hijo aun no se han terminado vuestros dolores. Hoy seréis herida con otra espada de dolor, y será el ver traspasar con una lanza cruel el costado de vuestro mismo Hijo ya difunto, y tenerle que recibir después en vuestros brazos al bajarle de la cruz. Y vednos aquí para considerar hoy el sexto dolor que affligió á esta pobre Madre. Prestemos atención y lloremos. Hasta ahora han venido los dolores uno á uno para atormentar á María; mas hoy parece que vienen todos juntos á asaltarla.

Basta anunciar á una madre la muerte de su hijo, para encender todo su amor por el hijo que acaba de perder. Suelen algunos, para aliviar á las madres del dolor causado por la muerte de sus hijos, recordarles los disgustos que de

1. Thren. 1, 13.

ellos recibieron. Mas yo, Reina mía, si quisiera valerme hoy de tal estratagema para aliviar vuestro dolor en la muerte de Jesús, ¿qué disgusto pudiera recordaros haber jamás recibido de él? ¡Ahl de él, que siempre os amó, siempre os obedeció y siempre os respetó! Ahora que le habéis perdido, ¿quién podrá explicar vuestro dolor? Explicadlo Vos misma que lo sufristeis. Muerto que fué nuestro Redentor, dice un autor piadoso, los primeros afectos de esta sublime Madre fueron acompañar al alma santísima de su Hijo, y presentarla al Padre Eterno: ¡Dios mío! debió entonces decirle María, os presento el alma inmaculada de vuestro Hijo y mío, que os ha obedecido hasta la muerte; recibidla en vuestros brazos. He aquí satisfecha ya vuestra justicia, cumplida vuestra voluntad; el gran sacrificio para vuestra gloria eterna está ya consumado. Y volviéndose después hacia los miembros vertos de Jesús: ¡Oh llagas, diría, llagas amorosas! yo os adoro, y con vosotras me congratulo, porque por vuestro medio se ha dado la salud al mundo. Vosotras permaneceréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo, para ser el refugio de los que á vosotras acudan. ¡Oh cuántos pecadores recibirán por vosotras el perdón de sus pecados, y se inflamarán en el amor del sumo Bien!

Para que no se turbase la alegría del siguiente sábado pascual, querían los Judíos que se quitase de la cruz el cuerpo de Jesús; mas porque no podían bajarse de ella los sentenciados á este suplicio si no estaban muertos, por eso se presentaron algunos con mazas de hierro para romperle las piernas, como ya lo habían practicado con los dos ladrones allí también crucificados. He aquí, pues, que mientras María estaba llorando la muerte de su Hijo, ve aquellos hombres armados que se dirigían contra Jesús. Apenas los vió, tembló primero de espanto y después les dijo así: ¡Ahl mi Hijo está ya muerto; no le ultrajéis más, ni me atormentéis más á mí, que soy su pobre Madre. Les rogó, escribió San Buenaventura, que no le quebrantasen las piernas. Pero mientras está diciendo esto, ve ¡oh Dios! á un soldado que enristra con ímpetu una lanza, y con ella abre el costado de Jesús, y al instante salió sangre y agua (1). Al golpe de la lanza retendió la cruz, y el corazón de Jesús quedó dividido en dos partes, conforme fué revelado á Santa Brigida (2). Salió sangre y agua, porque ya no quedaban allí más que aquellas gotas de sangre, y aun aquellas quiso derramarlas el Salvador para que entendiéramos que

1. JOHANN. XIX, 34.—2. Rev. lib. 3. cap. 21.

no tenía más sangre que darnos. La injuria de aquella lanzada se dirigió á Jesús, pero María sufrió el dolor: Compartió Cristo, dice el devoto Lanspergio, con su Madre el tormento de esta herida, recibiendo él la herida y su Madre el dolor. Pretenden los santos Padres, entre otros San Bernardo, que esta fué propiamente la espada vaticinada por San Simeón á la Virgen: espada no de hierro, sino de dolor, que traspasó su alma bendita en el corazón de Jesús donde ella habitaba siempre (1). Y la misma divina Madre reveló á Santa Brígida, que al retirar la lanza, apareció la punta enrojecida de sangre, y entonces le pareció como que se había taladrado su corazón, viendo que lo estaba el del Hijo (2). Tan acerbó fué el dolor de María, dijo el Angel á la misma Santa, que fué necesario que Dios obrara un milagro para que no muriese en aquel momento. Pues en los otros dolores tenía á lo menos al Hijo que se compadecía de ella; mas ahora ni aun al Hijo tiene que se compadezca de su dolor.

Sin embargo, temiendo la dolorosa Madre que su amado Hijo no recibiese nuevos ultrajes, ruega á José de Arimathea que obtenga de Pilatos le sea entregado el cuerpo de su Jesús, para que á lo menos después de su muerte pudiera preservarle de las injurias. Fué José á Pilatos, á quien expuso el dolor y el deseo de esta afligida Madre; y opina San Anselmo que la compasión de la Madre enterneció á Pilatos y le movió á concederle el cuerpo del Salvador. Jesús, pues, fué bajado de la cruz. ¡Oh Virgen sacrosanta! después que con tanto amor disteis al mundo á vuestro Hijo para nuestra salvación, el mundo os lo devuelve. Mas ¡oh Dios! ¿en qué estado me lo devuelves? diría entonces María al mundo: Mi Hijo tenía el color blanco y sonrosado, pero tú me lo vuelves cárdeno á fuerza de golpes, y encendido, no por el color de su tez, sino por las heridas que le has abierto. El era hermoso, ahora ya no lo es, está todo afectado; enamoraba con su aspecto, y ahora causa horror á quien le mira. ¡Oh cuántas espadas, dice San Buenaventura, traspasaron el alma de esta Madre al presentarle á su Hijo bajado de la cruz! Considérese la pena que sentiría cualquier madre al presentarle muerto á su Hijo. Le fué revelado á Santa Brígida, que para el descendimiento apoyaron tres escalas contra la cruz: primero aquellos santos discípulos desclavaron las manos, después los pies, y los clavos se los entregaron á María, como refie-

1. De Lament. Virg. — 2. Rev. lib. 4, cap. 20.

re Metafrasto. Luego, sosteniendo uno de ellos por arriba el cuerpo de Jesús, y el otro desde abajo, le descendieron de la cruz. Bernardino de Bustos hace la reflexión de que esta afligida Madre se levantaría de puntillas, y extendiendo los brazos se adelantaría para recibir á su amado Hijo; le abraza, y después se sienta al pie de la cruz. Mira su boca abierta, sus ojos oscurecidos; contempla aquellas carnes despedazadas, aquellos huesos descubiertos; le quita la corona de espinas, y examina las heridas que había hecho en aquella sagrada cabeza; observa aquellas manos y aquellos pies taladrados, y exclama: ¡Ah Hijo mío, y á qué estado os ha reducido el amor que habéis tenido á los hombres! Pero Vos, ¿qué mal les habéis hecho para que os hayan maltratado así? Tú eras para mí mi padre, prosigue haciéndola hablar Bernardino de Bustos, tú eras mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. Hijo mío, considera mi aflicción, mírame y consuélame; pero tú ya no me miras. Habla, dime una sola palabra de consuelo; pero tú ya no hablas, porque estás muerto ¡Oh espinas crueles! decía después dirigiéndose á aquellos bárbaros instrumentos del suplicio, clavos, lanza cruel, ¿cómo habéis podido atormentar así á vuestro Criador? Mas ¿qué digo? ¿qué espinas? ¿qué clavos? ¡Ay pecadores, concluía diciendo, vosotros habéis maltratado así á mi Hijo!

Esto decía María entonces, quejándose de nosotros. Pero si ahora fuese capaz de dolor, ¿qué diría? ¿Qué pena no experimentaría al ver que los hombres, después de la muerte de su Hijo, continúan maltratándole y crucificándole con sus pecados? No atormentemos, pues, más á esta dolorosa Madre; y si por lo pasado la hemos también afligido con nuestras culpas, practiquemos ahora lo que ella nos dice: *Pecadores, volved al corazón herido de mi Jesús* (1); volved arrepentidos, que él os acogerá. Huye de él, prosigue diciéndonos con el abad Guérrico, para acudir á él: del Juez al Redentor, del tribunal á la cruz. Reveló la misma Virgen Santísima á Santa Brígida que ella cerró los ojos á su Hijo bajado de la cruz; pero que no pudo encojerle los brazos, dándonos á entender con esto Jesucristo que sus brazos quedaban abiertos para acoger á todos los pecadores arrepentidos que volvieran á él. Prosigue, pues, diciendo María: *¡Oh mundo, ahora que mi Hijo ha muerto para salvarte, ya no es para ti tiempo de temor, sino de*

amor! (1), tiempo de amar al que para mostrarte el amor que te tiene tanto ha querido padecer. Llagado, dice San Bernardo, está el corazón de Cristo para que por la llaga visible se descubra la de su invisible amor (2). Pues si mi Hijo, concluye María con el Idiota, quiso que le abrieran el costado para darte su corazón, justo es, ¡oh hombre!, que le des el tuyo. Y si queréis, ¡oh hijos de María!, hallar el corazón de Jesús sin temor de ser rechazados, id, dice Uberfino de Casale, id juntamente con María, que ella os alcanzará la gracia. He aquí en prueba de ello un hermoso

EJEMPLO

Refiere el discípulo (3) que había un pobre pecador, quien entre otros delitos había cometido el de matar á su padre y á un hermano, por lo que andaba fugitivo. Acertando á oír en tiempo de cuaresma un sermón de la divina misericordia, se fué voluntariamente á confesar; mas habiendo oído el confesor aquellos excesos, le envió á un altar de la Virgen de los Dolores para que le alcanzase contrición y el perdón de los pecados. Va allí el pecador, empieza á orar, y cayó muerto de repente. Al día siguiente, encomendando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual á vista de todos dejó caer un papel á los pies del sacerdote. Este lo tomó, y halló escritas en él estas palabras, *Apenas el alma del difunto salió del cuerpo, se fué al cielo. Y vos proseguid predicando la infinita misericordia de Dios.*

ORACIÓN

¡Oh Virgen dolorosísima! ¡oh alma grande en las virtudes y grande también en los dolores! pues que éstos y aquéllas nacen del grande incendio de amor en que os abrasáis por Dios, porque vuestro corazón no sabe amar más que á él. ¡Ah, Madre mía! tened piedad de mí, que lejos de haber amado á Dios, no he hecho otra cosa que ofenderle. Vuestros dolores alientan en gran manera mi confianza para esperar perdón. Pero esto no me basta; yo quiero amar á mi Señor, ¿y quién me podrá obtener esta gracia mejor que Vos, que sois la Madre del amor hermoso? ¡Ah María! Vos consoláis á todos, consoladme también á mí. Amén.

1. Ezech. xvi, 8 — 2. Serm. de Pass. Dom. — 3. Romp. Exempt. V. Misericord.

SOBRE EL SEPTIMO DOLOR

DEL ENTIERRO DEL CUERPO DE JESÚS

CUANDO una madre tiene que estar presenciando los padecimientos y la muerte de su hijo, no hay duda que entonces ella siente y sufre todas las penas del mismo; mas cuando después de atormentado y muerto el hijo se le ha de sepultar, y está allí la afligida madre para despedirse de él, ¡oh Dios! la idea de la completa separación es un dolor que excede á todos los demás dolores. He aquí la última espada de dolor que hoy hemos de considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz, después de haberlo abrazado muerto, debió finalmente dejarle en el sepulcro para no gozar más de su amada presencia.

Pero para considerar mejor este último dolor, volvamos al Calvario á contemplar la afligida Madre, que aun tiene en sus brazos á su Hijo difunto. *Hijo, parece que prosiguiera diciéndole con Job, Hijo mío; os habéis trocado para mí en cruel* (1). Cruel, sí, porque todas vuestras bellas cualidades, todas las señales de amor especial que me habíais manifestado, los singulares favores de que me habíais colmado, todos se han trocado en otras tantas saetas de dolor, que cuanto más me inflamaron en vuestro amor, tanto más cruel es la pena que ahora siento por haberos perdido. ¡Ah, amado Hijo mío! perdiéndoos á Vos lo he perdido todo. Así la hace hablar San Bernardo; ¡Oh verdadero Hijo de Dios! tú eres mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú mi alma. Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, Madre sin Hijo; pues perdiendo á mi Hijo todo lo pierdo á la vez (2).

Así estaba María derritiéndose en lágrimas de dolor abrazada con su Hijo; pero temiendo aquellos santos discípulos, que esta pobre Madre muriese allí de pena, se apresuraron á quitarle luego de su seno á su Hijo difunto para sepultarle. Por lo que, haciendo una respetuosa violencia á María, se le quitaron de los brazos, y embalsamándole con aromas, le envolvieron en una sábana que tenían prevenida; en la cual quiso el Señor dejar en el mundo su figura impresa, como se ve hoy en Turín. He

1. Job, xxx, 31.—2. De Lament. Virg. Mar.

aquí que ya le llevan al sepulcro, ya la afligida Virgen se prepara, los discípulos se cargan el cuerpo sobre sus hombros, multitud de ángeles del cielo le van acompañando, aquellas santas mujeres le siguen, y en medio de ellas va la dolorosa Madre en pos de su Hijo hasta la sepultura. Llegando al lugar destinado, ¡cuán gustosa, como dijo á Santa Brígida, se hubiera María sepultado viva con el Hijo! (1) Mas porque esta no era la voluntad de Dios, solamente acompañó el cuerpo sacrosanto de Jesús hasta el sepulcro, en donde, según refiere Baronio, depositaron los clavos y la corona de espinas. Al mover después la piedra para cerrar el sepulcro, debieron volverse aquellos discípulos del Salvador á la Madre y decirle: Animo, Señora, vamos á cerrar el sepulcro, tened paciencia, miradle por última vez y despedíos de vuestro Hijo. ¿Con qué, Hijo mío querido, diría entonces la dolorosa Madre, ya no os he de ver más? Permittedme, pues, que por última vez os contemple, recibid la última despedida de esta tierna Madre; recibid mi corazón, que dejo sepultado con Vos. Deseó con vehemencia la Virgen, escribió San Fulgencio, que su alma fuese sepultada con el cuerpo de Cristo. Y la misma María lo reveló á Santa Brígida, diciendo: En verdad puedo decir, que desde que fué sepultado mi Hijo, hubo dos corazones en un sepulcro (2).

Finalmente, los discípulos arriman la piedra y cierran en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro, que no le hay mayor ni en la tierra ni en el cielo. Permítaseme aquí una digresión. María deja sepultado su corazón con Jesús, porque Jesús es todo su tesoro: *Donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón* (3). Y nosotros ¿dónde tendremos sepultado nuestro corazón? ¿caso en las criaturas? ¿en el lodo? Y ¿por qué no en Jesús, quien, aunque subió al cielo, ha querido quedarse con nosotros, no ya muerto, sino vivo en el Santísimo Sacramento del altar, precisamente para tener consigo y poseer nuestros corazones? Pero volvamos á María. Afirma San Buenaventura, que antes de separarse del sepulcro bendijo aquella sagrada piedra, diciendo: ¡Oh piedra feliz, que ahora encierras al que llevé nueve meses en mi seno! Yo te bendigo y te envidio; te dejo para que me guardes á este mi Hijo, que es todo mi bien y todo mi amor. Dirigiéndose después al Eterno Padre, dijo ¡O Padre! á Vos encomiendo este, que es Hijo vuestro é Hijo mío. Y con esto, dán-

dole el último adiós al Hijo y al sepulcro, se aparta de aquel lugar y vuelve á su casa. Dice San Bernardo, que iba tan afligida y triste esta pobre Madre, que á muchos de los que encontraba, aun sin querer, les saltaban las lágrimas. Y añade que aquellos santos discípulos y las mujeres que le acompañaban, se compadecían más de ella que del Señor.

San Buenaventura dice que sus hermanas la cubrieron con un manto de luto; y que pasando ella á su regreso delante de la cruz bañada todavía con la sangre de Jesús, fué la primera que la adoró: ¡Oh cruz santa! dijo entonces, yo te beso y te adoro, porque ahora ya no eres un leño infame, sino trono de amor y altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero divino, que en tí ha sido sacrificado por la salvación del mundo. Deja la cruz y regresa á casa; en donde apenas llega la afligida Madre, dirige los ojos á todas partes, y ya no ve á su Jesús, sino que en vez de su amado Hijo, se presentan á su imaginación todos los recuerdos de su preciosa vida y de su cruel muerte. Aquí recuerda los abrazos que dió al Hijo en el establo de Belén, las conversaciones que con él había tenido tantos años en el taller de Nazareth: acuérdase de los afectos recíprocos, de las amorosas miradas, de las palabras de vida eterna que había proferido aquella boca divina, y luego se le representa la funesta escena, que había presenciado en aquel mismo día: cree tener delante aquellos clavos, aquellas espinas, aquellas carnes destrozadas de su Hijo, aquellas profundas llagas, aquellos ojos apagados. ¡Ah, y qué noche de dolor fué aquella noche para María! Dirigiéndose la afligida Madre á San Juan, llena de dolor le preguntaba: ¡Ay Juan! ¿dónde está tu Maestro? Preguntaba después á la Magdalena: Hija, dime, ¿dónde está tu amado? ¡Oh Dios! ¿quién nos le ha quitado? Lloraba María y todos los que estaban con ella también lloraban. ¿Y tú, alma mía, no lloras? Ea, diríjete á María; y dile con San Buenaventura: Permíteme, Señora mía, permíteme que llore; tú eres inocente, yo soy el culpado. Suplícale á lo menos que te admita consigo á llorar. Ella llora por amor, llora tú por dolor de tus pecados; y así llorando, podrás tener la suerte que cupo á aquel de quien se habla en el siguiente

EJEMPLO

Refiere el P. Engelgrave (1) que hubo un religioso tan atormentado de escrúpulos, que á veces se veía reducido á un estado de desesperación; mas como era devotísimo de la Virgen de los Dolores, á ella acudía siempre en las angustias de su espíritu, y meditando sus dolores se sentía animado. Llegó la hora de la muerte, y entonces el demonio le abrumaba más que nunca con sus escrúpulos, y le tentaba para que desesperase. Cuando he aquí que la piadosa Madre, viendo al pobre hijo tan angustiado, se le apareció y le dijo; Hijo mío, ¿por qué temes y te entristeces tanto, tú que tantas veces me has consolado compadeciéndote de mis dolores? Ahora, pues, le añadió, me envía Jesús para consolarte á mi vez: ea, consuélate y regocíjate; ven conmigo al cielo. Y al decir esto, el devoto religioso, lleno de consuelo y confianza, espiró dulce mente.

ORACIÓN

¡Madre mía dolorosísima, no os quiero dejar sola para llorar, no; quiero acompañaros también con mis lágrimas. Esta gracia os pido hoy; alcanzadme que me acuerde continuamente y con tierna devoción de la Pasión de Jesús y vuestra, á fin de que todos los días que me quedan de vida los emplee en llorar vuestros dolores y los de mi Redentor. Espero que estos dolores en la hora de mi muerte me inspirarán confianza y fortaleza para no desesperar á la vista de las ofensas que he cometido contra mi Señor. Estos me han de alcanzar el perdón, la perseverancia y el cielo, en donde espero regocijarme después con Vos, y cantar las misericordias infinitas de mi Dios por toda la eternidad. Así lo espero, así sea. Amén.

El que tuviere devoción de rezar la Corona de los dolores de María, la hallará al fin de este libro. La compuse muchos años há, y la insertaré nuevamente aquí para mayor comodidad de los devotos de María Santísima de los Dolores, á quienes suplico que por caridad me encomienden á ella cuando mediten sus dolores.

1. Dum. infraoct. Nat. §. 2.

¡Oh Señora! que dulcemente arrebatas los corazones de los hombres, ¿no arrebataste el mío? Tú que robas los corazones, ¿cuándo me restituirás el mío? Unele al tuyo y colócale al lado de tu Hijo. Entonces poseeré lo que espero, porque tú eres la esperanza nuestra (1).

1. *Ó Domina! que rapis corda hominum dulcore, ¿nonne et ur mem rapuisti? O raptrix cordium, ¿quando mihi restitues cor meum? Gubernas illud cum tuo, et in latere Filii colloca. Tunc possidebo quod spero, quia tu es spes nostra.* S. Bernardus Med. in Salv. Reg., ap. S. B. u. Stim., cap. 19, p. 3.

DE LAS VIRTUDES

DE

MARIA SANTISIMA

DICE San Agustín, que para alcanzar con mayor seguridad y abundancia el favor de los Santos, es necesario imitarlos; porque viendo que nosotros practicamos las virtudes que ellos practicaron, entonces se hallan más dispuestos á rogar por nosotros. La Reina de los Santos y nuestra primera abogada María, después que ha librado alguna alma de las garras de Lucifer, y la ha unido á Dios, quiere que la imite; de lo contrario, no podrá enriquecerla de sus gracias como desearia, viendo que con su conducta opone obstáculos para ello. Por esto María llama bienaventurados á los que con cuidado imitan su vida (1). El que ama, ó es, ó procura hacerse semejante á la persona amada, según el célebre proverbio: *El amor, ó halla, ó hace iguales á los amantes*. Por esto nos exhorta San Jerónimo, que si amamos á María, es preciso que procuremos imitarla, porque esto es el mayor obsequio que podemos tributarle (2). Y Ricardo dice que solo pueden llamarse verdaderos hijos de María los que conforman su vida á la suya. Procure, pues, el hijo, concluye San Bernardo, imitar á la Madre, si desea alcanzar su favor, porque viéndose entonces honrada como á madre, le tratará y favorecerá como á hijo.

Hablando, pues, de las virtudes de esta Madre, aunque los Evangelistas pocas noticias nos ofrecen sobre el particular, sin embargo, diciendo que estuvo llena de gracia, bien se nos da á entender que tuvo todas las virtudes, y

1. Prov. viii, 21.—2. Serm. de Ass. 19. Lobeun.

todas en grado heroico; de manera que, dice Santo Tomás, aun cuando cada uno de los Santos haya sobresalido en el ejercicio de alguna virtud especial, la bienaventurada Virgen les ha sobrepujado en todas las virtudes, y en todas nos ha sido dada por modelo (1); lo que confirma San Ambrosio diciendo: Fué tal María, que su vida es enseñanza para todos (2); por lo cual nos dejó escrito: Tened siempre puestos los ojos como ante una viva imagen, en la virginidad y la vida de María. Tomadla por modelo de vuestra vida.... y aprended lo que debéis corregir, evitar ó seguir practicando (3). Y porque, como enseñan los santos Padres, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, veamos en primer lugar cuán grande fué la humildad de la Madre de Dios.

§. I.—*De la humildad de María.*

La humildad, dice San Bernardo, es el fundamento y guarda de todas las virtudes. Y con razón, porque sin humildad no puede haber ninguna otra virtud en un alma, pues aun cuando poseyera todas las virtudes, las perdería todas si le faltase la humildad. Y al contrario, decía San Francisco de Sales escribiendo á Santa Juana Fremiot de Chantal (4), que Dios ama de tal manera la humildad, que luego corre donde la ve. Esta hermosa y tan necesaria virtud era desconocida en el mundo, hasta que el mismo Hijo de Dios descendió á la tierra para enseñarla con su ejemplo, y quiso que en ella especialmente procurásemos imitarle: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (5). Y así como María fué la primera y más perfecta discípula de Jesucristo en todas las virtudes, así también lo fué en esta de la humildad, por lo cual mereció ser ensalzada sobre todas las criaturas. Se le reveló á Santa Matilde, que la primera virtud en que singularmente se ejercitó la bienaventurada Virgen desde su niñez, fué la humildad.

El primer acto de la humildad de corazón es tener una modesta opinión de sí mismo; María, como le fué revelado á la misma Santa Matilde, tenía formada de sí una opinión tan modesta, que aunque se veía enriquecida de gracias sobre todos los demás, jamás se prefirió á persona alguna. Por esta razón, explicando el abad Ruperto el pa-

1. Opusc. 8.—2. Lib. 2 de Virg.—3. Loc. cit.—4. Vita, l. 6, c. 2, §. 11.—5. Matth. xi, 29.

saje de los Cánticos: *Tú heriste mi corazón, oh hermana mía, Esposa..... con una trenza de tu cuello* (1), dice que este cabello del cuello de la Esposa fué el humilde concepto que María tuvo de sí misma, con el cual hirió el corazón de Dios. No quiere decir esto que la Santísima Virgen se considerase pecadora, porque la humildad no excluye la verdad, como dice Santa Teresa, y María no ignoraba que jamás había ofendido á Dios; ni dejaba de reconocerse deudora de gracias mayores que las dispensadas á todas las demás criaturas, porque un corazón humilde reconoce los especiales favores de Dios para humillarse; sino que la divina Madre, por la mayor luz que tenía para reconocer la infinita grandeza y bondad de su Dios, conocía mejor su propia pequeñez; y por esto se humillaba más que todos, y decía con la sagrada Esposa: *No reparéis en que sea morena, porque el sol me ha descolorido* (2). Esto es, como expone San Bernardo: *Acercándome á él, se engrandece mi tez*. Sí, porque dice San Bernardino: La Virgen consideraba continuamente la nada de su sér y la grandeza de la divina Majestad. A la manera que una mendiga, vestida con un rico traje que le han dado, lejos de ensobrecerse, se humilla aun más en presencia de su bienhechor, porque entonces recuerda su pobreza, así María, cuanto más enriquecida en gracias se veía tanto más se humillaba, recordando que todo era don de Dios, como ella misma lo declaró á Santa Isabel del Orden de San Benito, diciéndole: *Ten por cierto que me tuve por la mujer más vil é indigna de la gracia de Dios* (3). Por esto dijo San Bernardino, que no ha habido criatura más ensalzada en el mundo, porque no hubo ninguna que se haya humillado tanto como María (4).

Además, es un acto de humildad el ocultar los dones del cielo, María ocultó á San José la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, aun cuando el manifestárselo parecía entonces necesario, á lo menos para librar al pobre esposo de las sospechas que, viéndola en cinta, podía concebir acerca de su honestidad, ó á lo menos para evitar la confusión en que efectivamente se hallaba; pues no pudiendo San José por una parte dudar de la castidad de María, é ignorando por otra el misterio, para librarse de tanta confusión, se decidió dejarla secretamente (5). Y

1. Cant. iv, 9.—2. Cant. i, 5.—3. Ap. S. Ben. De vit Gbrist.—4. Tom. 2, serm. 31, 6, 3.—5. Malib. 1, 29.

la hubiera dejado, si el Angel no le hubiera dado á entender que su esposa había concebido por obra del Espíritu Santo. Rehusa también el humilde las alabanzas para sí, y todas las ofrece á Dios. He aquí á María, que se turba al oír los elogios que le tributa San Gabriel; y cuando Santa Isabel le dijo: *Bendita tú eres entre todas las mujeres..... ¿Y de dónde á mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme?.... Oh bienaventurada tú que has creído* (1); atribuyendo á María todas aquellas alabanzas á Dios, contestó con aquel humilde cántico: *Mi alma glorifica al Señor*; como si dijese: Isabel, tú me alabas á mí; pero yo alabo al Señor, á quien únicamente todo honor es debido. Tú te admiras de que yo venga á ti, y yo admiro la divina bondad en la cual tan sólo se regocija mi alma. *Y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío*. Tú me alabas porque he creído, y yo alabo á Dios que ha querido ensalzar mi nada; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. Y en este sentido María dijo á Santa Brígida: ¿Por qué me humillé yo hasta tal punto, ó merecí tanta gracia, sino porque pensé y creí que por mí nada era y nada tenía? Por eso rehusé las alabanzas y quise que sólo fuese alabado el Dador y Criador (2). Así, hablando de la humildad de María, dijo San Agustín: ¡Oh humildad verdaderamente dichosa, que dió á los hombres un Dios hecho hombre, abrió el paraíso y libró á las almas del infierno (3).

Es igualmente propio de humildes el servir á los demás, y María no rehusó el ir á servir á Isabel por espacio de tres meses. Por lo cual dijo San Bernardo: Maravillábase Isabel de que María fuera á visitarla; pero aun debía maravillarse más de que fuera á servirla, y no á ser servida (4). Los humildes viven retirados y escogen para sí el peor lugar, y por eso María, como reflexiona San Bernardo, cuando quería hablar á su hijo, que estaba predicando en aquella casa de que hace mención San Mateo en el capítulo XII, no quiso entrar en ella por su propia autoridad. Por este motivo también, hallándose en el Cenáculo con los Apóstoles, quiso colocarse en el último lugar, y así escribió San Lucas: *Todos estos parseveraban unánimes en oración con las mujeres y con María madre de Jesús* (5). No porque ignorase San Lucas el mérito de la divina Madre,

1. Luc. 1, 42, 43 et 45.—2. Rev. lib. 2, cap. 25.—3. Serm. 45 de Sanctis.—4. Idem. de Nat. Virg.—5. Act. 1, 14.

á la cual debiera haber nombrado antes que todos los demás, sino porque ella se había colocado en el último lugar del Cenáculo, después de los Apóstoles y de las demás mujeres; pues, como observa un autor, San Lucas los enumeró según el orden con que estaban sentados. Y añade San Bernardo: Con razón se coloca en último lugar la primera, que siendo la principal de todos, se hacía y consideraba la última (1).

Finalmente, los humildes buscan el menosprecio, y por esto no se lee que María se presentase en Jerusalén, cuando su Hijo en el domingo de Ramos fué recibido con tanto honor por el pueblo; al contrario, al tiempo de la muerte del Hijo no reparó en presentarse públicamente en el Calvario, no retrocediendo ante la deshonra de ser conocida por Madre del sentenciado, que como infame iba á sufrir una muerte ignominiosa. Por esto dijo ella á Santa Brígida: ¿Qué cosa más despreciable que ser tenida por demente, necesitar de todos y reputarse por la más indigna de todos? Tal fué, hija, mi humildad, mi gozo y mi voluntad, que á nadie deseaba complacer sino á mi Hijo.

A la venerable Sor Paula de Foliño se le manifestó en un éxtasis cuán grande fué la humildad de la Virgen Santísima; y refiriéndolo después á su confesor, exclamaba llena de asombro: *¡La humildad de la Madre de Dios! ¡Ah Padre, la humildad de la Madre de Dios! En el mundo no hay nada tan humilde que pueda compararse ni aun remotamente con la humildad de María.* El Señor permitió otra vez á Santa Brígida ver dos damas, la una todo fausto y vanidad; Esta, le dijo, es la soberbia; la otra que ves, cabizbaja, obsequiosa con todos, pensando únicamente en Dios y que se tiene en nada, esta es la humildad, y se llama María (2). Con lo cual quiso Dios manifestar que su bienaventurada Madre fué tan humilde, que era la misma humildad.

Es indudable que para nuestra naturaleza corrompida por el pecado no hay quizás, como dice San Gregorio Niceno, virtud más dificultosa de practicar que la de la humildad. Pero por más que hagamos, no podremos ser jamás verdaderos hijos de María, si no somos humildes. Si no puedes, pues, imitar la virginidad, dice San Bernardo, imita, siendo humilde, la humildad de la Virgen (3). Ella aborrece á los soberbios; sólo llama á sí á los humildes: *El*

(1) Serm. sup. Sic. magn.—(2) Rev. I, 1, c. 29.—3. Hom. 1. Sup. Mir.

que fuere párvulo ó sencillo, vénguse á mí. Dijo Ricardo: Protégenos, María, bajo el manto de la humildad. Así se lo explicó la misma Madre de Dios á Santa Brígida, diciendo: Ven, pues, hija mía; acógete bajo mi manto que es la humildad. Y le añadió que la consideración de su humildad era como una capa que comunica calor: mas así como la capa, dijo después, no calienta sino al que la lleva, no en el pensamiento, sino en realidad, así mi humildad no aprovecha tampoco al que no procura imitarme. Ea, pues, hija mía, concluyó: vístete de esta humildad. ¡Oh, y cuánto ama María á las almas humildes! San Bernardo escribió: La Virgen conoce y ama á los que la aman, y se halla cerca de los que la invocan, en especial á los que ve que se conforman con ella en la castidad y humildad (1). Por lo cual, después exhorta el Santo á todos los que aman á María á ser humildes diciendo: Si amáis á María, aspirad á esta virtud. Marino, ó bien Martino de Alberto, de la Compañía de Jesús, por amor á la Virgen, acostumbraba barrer la casa y recoger la basura. Se le apareció una vez la divina Madre, según refiere el P. Nieremberg en su vida, y como si le diera las gracias, le dijo: *¡Cuán agradable me es este acto de humildad practicado por mi amor!* Luego, ¡oh Reina mía! ¿yo no podré ser jamás vuestro verdadero hijo si no soy humilde? Mas, ¿no veis que mis pecados, después de haberme hecho ingrato á mi Señor, me han hecho también soberbio! ¡Oh Madre mía! remediadlo Vos, y por los méritos de vuestra humildad alcanzadme el ser humilde, á fin de llegar por este medio á ser hijo vuestro. Amén.

§. II.—*Del amor de María hacia Dios.*

Dice San Anselmo: Cuanto más puro y desprendido de sí mismo está un corazón, tanto más lleno estará de amor hacia Dios. Así es que como María Santísima fué toda humildad y desprecio de sí misma, conforme escribió San Bernardino, por eso estuvo llena de amor divino; de manera que su amor hacia Dios sobrepujo al de todos los hombres y de todos los Angeles. Por lo cual, con mucha propiedad San Francisco de Sales la llama *la Reina del amor*. El Señor ya impuso al hombre el precepto de amar.

le de todo corazón (1); pero los hombres, dice Santo Tomás, no cumplirán perfectamente acá en la tierra este precepto, sino en el cielo (2). Y reflexiona aquí el B. Alberto Magno, que en cierto modo hubiera sido impropio de la bondad divina que Dios impusiera un precepto que nadie hubiese observado perfectamente; lo que hubiera sucedido á no existir su divina Madre, la cual lo cumplió con toda exactitud; reflexión que confirma Ricardo de San Víctor, diciendo: la Madre de nuestro Emanuel poseyó en el mayor grado de perfección todas las virtudes. ¿Quién cumplió jamás como ella el primer mandamiento: Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazón? El amor divino ardió en ella con tal vehemencia, que no pudo concurrir en la misma defecto alguno (3). El amor divino, dice San Bernardo, hirió y traspasó de tal manera el alma de María, que no dejó parte alguna libre de amor, por lo que cumplió después sin imperfección este primer precepto (4). Bien podía, pues, decir María: *Mi amado es todo para mí, y yo toda para mi amado* (5). ¡Ah! exclama Ricardo, los serafines mismos pudieran bajar del cielo para aprender en el corazón de María el modo de amar á Dios.

Dios, que es amor (6), vino á la tierra á encender en todos la llama del amor divino; pero á ningún corazón inflamó tanto como al de su Madre, el cual, hallándose enteramente puro de afectos terrenos, estaba todo dispuesto para abrasarse en este amor celestial. Tanto se había apoderado de ella el amor divino, dice San Jerónimo, que nada en el mundo embarazaba su afecto, y todo era en ella incesante ardor y embriaguez del inmenso amor en que se abrasaba (7). El corazón de María fué, pues, todo fuego y llamas, como se lee en los sagrados Cánticos: *Sus brasas, brasas ardientes y un volcán de llamas* (8); fuego interior alimentado por el amor, como explica San Anselmo, y llamas que brillaban exteriormente para todos con el ejercicio de las virtudes. Cuando María llevaba en la tierra á Jesús en brazos, podía llamarse un fuego que llevaba otro fuego, con más razón que aquella mujer que llevaba fuego en la mano, de la que un día Hipócrates dijo lo mismo, aunque en diferente sentido. Así fué, en realidad; porque, como dijo San Ildefonso, al modo que el fuego enciende al

1. Matth. xxii, 37.—2. 2. q. 24, art. 6 et 8.—3. Lib. 2 de Em. Cap. 2.—4. Serm. 29 in Cant.—5. Cant. ii, 16.—6. 1. Joann. iv, 8.—7. D. Hier. aut. Sofron. Serm. de Ass.—8. Cant. viii, 6.

hierro de la misma manera el Espíritu Santo encendió á María toda; de suerte que sólo se viese en ella la llama del Espíritu Santo, y sólo en ella se percibiese el fuego del amor de Dios (1). Y Santo Tomás de Villanueva dijo también que aquella zarza que vió Moisés ardiendo sin consumirse, fué símbolo del corazón de la Virgen. Por eso, dice acertadamente San Bernardo, se manifestó á San Juan vestida del sol (2), porque estuvo tan unida á Dios por el amor, que parece no pueda unírsele más una criatura (3).

Por esta razón afirma San Buenaventura que la Virgen Santísima jamás fué tentada por el infierno; porque así como las moscas huyen de un gran fuego, así del corazón de María, todo inflamado de amor, se alejaban los demonios, de manera que ni aun se atrevieron á acercarse á él (4). Lo mismo dice Ricardo con estas palabras: Fué tan terrible la Virgen María á los príncipes de las tinieblas, que no intentaron acercarse á ella, ni tentarla, pues los aterraba la llama del amor (5). La misma Virgen reveló á Santa Brígida que en este mundo no tuvo otro pensamiento, ni otro deseo, ni otro gozo que Dios; por lo cual escribió el P. Suárez: Entonces su alma bendita, casi siempre ocupada en contemplar á Dios, practicaba innumerables actos de amor (6). Y aun más me gusta lo que dijo Bernardino de Bustos, á saber: que María, no tan sólo repetía consecutivamente los actos de amor, como los demás santos, sino que con un acto continuo, por un singular privilegio, amaba siempre actualmente á Dios (7). Como águila real, tenía sin cesar los ojos fijos en el divino Sol, de tal manera, dice San Pedro Damiano, que ni los actos de la vida le impedían amar, ni el amor le privaba del trato común (8). Esta consideración obligó á San Germán á decir que de María fué figura el altar propiciatorio, en el cual jamás se extinguía el fuego ni de día ni de noche.

Ni aun el sueño impedía á la Virgen el amar á su Dios; cuyo privilegio, si es que fué concedido á nuestros primeros padres en el estado de la inocencia, como afirma San Agustín, diciendo que tan felices eran entonces en sus sueños, como felices en sus vigiliass (9), no puede negarse ciertamente á la divina Madre, como opinan Suárez y el abad Ruperto, con San Bernardino y San Ambrosio, el cual, ha-

1. De Ans. Or. 1.—2. Apoc. xii, 1.—3. Serm. in Sign. Magn.—4. Tom. 7. Serm. 51, art. 3.—5. Part. 2, cap. 26 in Cant.—6. Tom. 2, in 2 part, dist. 18, sec. 4.—7. part. 2, Serm. 4 de Nat. Virg.—8. Serm. 1 de N. S. Virg.—6. Lib. 5, lul. cap. 9.

blando de María, dejó escrito: Cuando descansaba el cuerpo, velaba el ánimo (1), verificándose en ella lo que dijo el Sabio: *Tendrá encendida la luz toda la noche* (2). Sí, porque mientras su bienaventurado cuerpo, con un ligero sueño tomaba el descanso necesario, su alma, dice San Bernardino, se elevaba libremente á Dios, por lo cual era entonces su contemplación tan perfecta, cual nunca la logró mientras velaba. De manera que bien podía decir con la Esposa: *Dormía yo y estaba mi corazón velando* (3). Esto es, era tan feliz durmiendo, como estando despierta, según dijo Suárez. En suma, afirma San Bernardino, que María mientras vivió en este mundo estaba amando incesantemente á Dios (4). Y añade, que ella no practicó jamás sino lo que conoció que era agradable á Dios; y que le amó tanto, cuanto juzgó que debía amarle (5). De manera que, según indica el beato Alberto Magno, bien puede decirse que María estuvo llena de tanto amor, cuanto puede alcanzar en este mundo una pura criatura (6). Por esta razón dice Santo Tomás de Villanueva, que la Virgen con su ardiente amor se hizo tan hermosa y grata á su Dios, que prendado de su ternura, bajó á su seno para hacerse hombre (7). Por esto mismo, finalmente, exclama San Bernardino: ¡Oh virtud de una Virgen Madre! He aquí una doncella que con su virtud ha herido y arrebatado el corazón de Dios (8).

Mas por la misma razón que María ama tanto á su Dios, nada exige de sus devotos como que amen á Dios cuanto les sea posible. Así puntualmente lo dijo un día ella misma á la beata Angela de Foligno, después de haber ésta recibido la comunión: *Angela, para ser bendita de mi Hijo, procura amarle cuanto puedas*.

Lo mismo dijo á Santa Brigida: *Hija, si quieres tenerme propicia, ama á mi Hijo*. Nada complace tanto á María como ver amado á su amado, que es Dios. Pregunta Novarino por qué la Santísima Virgen con la Esposa de los Cantares rogaba á los Angeles que manifestasen á su Señor el grande amor que le tenía, diciendo: *Conjúroos, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis á mi amado, le digáis que desfallezco de amor* (9). ¿Por ventura no sabía Dios cuánto ella le amaba? ¿Por qué persistía en mostrar á su amado la herida que él mismo le había abierto (10)? Responde el citado au-

1. Lib. 2 de Virg.—2. Prov. xxxi, 18.—3. Cantic. v. 3.—4. Tom. 2, serm. 5, art. 3, c. 3.—5. Lcc. xii—6. Lib. de Laud. Virg. c. 96.—7. Conc. 4 in Nat. Dom.—8. Tom. 2, serm. 61, art. 1, c. 4.—9. Cant. v. 8—10. Lib. 4, n. 306.

tor diciendo: La divina Madre quiso manifestar su amor, no á Dios, sino á nosotros, á fin de que así como ella estaba herida de amor divino, pueda también herirnos con el mismo. Y porque fué toda fuego en amar á Dios, por esto inflama á todos los que la invocan y se acercan á ella, y les hace semejantes á sí (1). Por esta razón Santa Catalina de Sena llamaba á María conductora del fuego del divino amor. Si deseamos, pues, también arder nosotros con esta bienaventurada llama, procuremos acercarnos sin cesar á nuestra Madre, con las súplicas y con los afectos.

¡Oh Reina del amor María! *la más amable, la más amada y la más amante de todas las criaturas*, como os decía San Francisco de Sales. ¡Oh Madre mía! Vos ardéis siempre y sois toda amor hacia Dios, ¡dignaos, pues, comunicarme una centella del mismo!

Vos rogasteis á vuestro Hijo por aquellos esposos á quienes faltaba el vino: *No tienen vino*; y ¿no rogaréis por nosotros, que carecemos del amor de Dios, á quien tan obligados estamos á amar? Decid, pues: *No tienen amor*, y alcanzadnos este amor: está es la única gracia que os pedimos. ¡Oh Madre! por el grande amor que tenéis á Jesús, oidnos, rogad por nosotros. Amén.

§ III.—*Del amor de Marta hacia el prójimo.*

El amor hacia Dios y hacia el prójimo se nos impuso en el mismo precepto. «Y tenemos este mandamiento de Dios: *Que quien ama á Dios, ame también á su hermano* (2). La razón es, dice Santo Tomás, porque el que ama á Dios ama todas las cosas amadas de Dios. Vos, Señor, decía un día á Dios Santa Catalina de Génova, queréis que yo ame al prójimo, y yo sólo puedo amar á Vos. Y Dios le respondió al punto: Quien me ama á mí, ama todas las cosas que yo amo. Mas como no habrá quien ame más á Dios que María, así ni hubo ni habrá quien haya amado más al prójimo que la Virgen. El Padre Cornelio Alápide sobre aquel texto de los Cánticos: *El rey Salomón se ha hecho su trono con maderas del Líbano.... y el centro con cierto esmalte que inspira amor, por causa de las hijas de Jerusalén*, dice que esté trono fué el seno de María, y que al habitar en él el

1. S. Bonav. — 2. I. JOAN. IV. 21.

Verbo encarnado colmó á su Madre de amor, para que socorriese al que acudiese á ella. Tan colmada fué de amor María cuando vivió en este mundo, que se anticipaba á las súplicas de los que necesitaban su ayuda, conforme lo practicó en las bodas de Caná, cuando pidió al Hijo el milagro del vino, exponiendo la aflicción de aquella familia. ¡Oh, cuánto cuidado se daba tratándose de socorrer al prójimo! Cuando fué á la casa de Isabel para desempeñar un deber de caridad, *se fué apresuradamente á las montañas*, como dice la Escritura (1); ni pudo después probarnos mejor su extremado amor, que ofreciendo su Hijo á la muerte por nuestra salvación, sobre lo cual dijo San Buenaventura: De tal modo amó María al mundo, que entregó á su Hijo unigénito; por lo que dice San Anselmo: ¡Oh bendita entre las mujeres! tú que aventajas á los Angeles en pureza, excedes á los Santos en piedad. Y esta caridad de María hacia nosotros, dice San Buenaventura, no ha disminuido ahora que se halla en el cielo, antes bien se ha acrecentado en gran manera, porque desde allí ve mejor las miserias de todos (2). La misericordia de María, prosigue el Santo, fué grande con los miserables cuando se hallaba en este destierro; pero mucho mayor lo es ahora que reina en el cielo (3). Y el Angel dijo á Santa Brigida, que nadie ruega á María sin recibir gracias por medio de la caridad de la Virgen (4). ¡Cuán desdichados fuéramos si María no intercediese por nosotros! Si las oraciones de mi Madre no interviniesen á vuestro favor, no habría que esperar misericordia, dijo Jesús mismo á la expresada Santa (5). Por el contrario: ¡Bienaventurado, dice la divina Madre, el que oye mis consejos! *¡Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella* (6)!

No hay cosa más eficaz, dice San Gregorio Nazianceno, para alcanzar el afecto de María, como el ser caritativos con nuestro prójimo; por lo cual, así como Dios nos exhorta diciendo: *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es también misericordioso* (7), del mismo modo parece que María diga á todos sus hijos: *Sed misericordiosos, como vuestra Madre es misericordiosa*. Es cierto que Dios y María serán misericordiosos con nosotros, según la caridad que tuviéremos con el prójimo (8). *Da al pobre*, decía San Metodio,

1. Luc. 1, 39.—2. In Spec. c. 2.—3. *Ibid.*—4. Rev. 1, 2, c. 30.—5. L. 6, c. 29.—6. Prov. viii, 34.—7. Luc. vi, 36.—8. Luc. vi, 38.

y toma el paraiso. Pues escribió el Apóstol que la caridad con el prójimo nos hace dichosos en esta vida y en la otra: *La piedad sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura* (1). Y como advierte San Juan Crisóstomo, sobre las palabras de los proverbios: *Da prestado al Señor quien se compadrece del pobre* (2), el que socorre á los menesterosos hace á Dios deudor suyo. ¡Oh Madre de misericordias! Vos que estáis llena de caridad con todos, no os olvidéis de mis miserias. Vos ya las veis. Recomendadme á aquel Dios que nada os niega. Alcanzadme la gracia de poder imitaros en el santo amor, así en orden á Dios, como en orden al prójimo. Amén.

§ IV.—*De la fe de María.*

Así como la bienaventurada Virgen es Madre del amor y de la esperanza, así también es Madre de la fe (3). Y con razón dice San Irineo, porque el daño que hizo Eva con su incredulidad, lo reparó María con su fe, y lo confirma Tertuliano, diciendo, que habiendo Eva dado oídos á la serpiente contra lo que Dios había ordenado, acarreó la muerte; pero que nuestra Reina, creyendo las palabras del Angel, anunciándole que sería Madre del Señor, sin dejar de ser virgen, trajo al mundo la salud. Porque, dice San Agustín, dando María el consentimiento á la encarnación del Verbo, con su fe abrió las puertas del cielo á los hombres. Y Ricardo, explicando las palabras de San Pablo: *Un marido infiel, es santificado por una mujer fiel* (4), escribió: Esta es la mujer fiel, por cuya fe se ha salvado Adán, varón infiel, y toda su posteridad. De aquí es que Santa Isabel llamó á la Virgen bienaventurada por su fe: *¡Oh bienaventurada tú que has creído! porque en ti se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor* (5). Y San Agustín añadió: Más dichosa fué María en percibir la fe de Cristo, que en concebir la carne de Cristo.

Dice el P. Suárez que la Santísima Virgen tuvo más fe que todos los hombres y todos los Angeles. Veía á su Hijo en el establo de Belén, y le creía Criador del mundo. Le veía huir de Herodes, y no dejaba de creer que era Rey de reyes. Le vió nacer, y le creyó eterno. Le vió

1. II Tim. iii, 5.—2. Cap. xix, 17.—3. Ecci. xxxiv, 24.—4. I. Cor. vii, 24.—5. Luc. i, 45.

pobre, necesitado de alimento, y le creyó señor del Universo; acostado sobre el heno, y le creyó omnipotente. Observó que no hablaba, y creyó que era la sabiduría infinita. Le oía llorar, y creía que era el gozo del paraíso. Le vió, en fin, en la muerte abatido, despreciado y pendiente de la cruz; pero aunque en los demás vaciló la fe, María estuvo siempre firme junto á la cruz de Jesús, creyendo que era Dios. Sobre cuyas palabras escribió San Antonio: María estaba en pie levantada por la fe, que conservó *inmutable*, y firme de la divinidad de Cristo. Y es por esto, dice el Santo, que en el oficio de las tinieblas sólo se deja al fin una vela encendida. Y á este propósito San León aplica á la Virgen aquel texto: *Tendrá encendida la luz toda la noche* (1). Y sobre las palabras de Isaías: *Yo sólo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo* (2), dice Santo Tomás, que se expresa así el Profeta, diciendo que no hubo *hombre alguno*, para exceptuar á la Virgen, á quien nunca faltó la fe. Por lo cual dice San Alberto Magno: María practicó entonces un acto sublime de fe que no vaciló, titubeando la de los discípulos. Así que María mereció por su gran fe ser la luz de todos los fieles, como la llamó San Metodio; la Reina de la verdadera fe, como dice San Cirilio de Alejandría. La santa Iglesia atribuye á la Virgen, por el mérito de su fe, la extirpación de todas las herejías (3). Por lo que explicando Santo Tomás de Villanueva las palabras del Espíritu Santo: *Tú heriste mi corazón, ¡oh hermana mía!, Esposa... con una mirada de tus ojos* (4), dice que estos ojos fueron la fe de María, que la hizo agradable á los ojos de Dios.

Aquí nos exhorta San Idefonso diciendo: Imitad este timbre de la fe de María. Mas cómo hemos de imitar esta fe? La fe es justamente don y virtud. Es don de Dios, en cuanto es una luz que Dios infunde en el alma; es también virtud, en cuanto al ejercicio que el alma hace de ella. Por lo cual la fe, no sólo ha de servirnos de regla para creer, sino también para obrar. Por esto dijo San Gregorio: Aquel cree: en verdad que obra lo que cree; y San Agustín: Dices creo, has lo que dices, y esto es fe. Tener una fe viva, es vivir como se cree. *El justo sólo vive por la fe* (5). Y así vivió la Santísima Virgen, á diferencia de aquellos que, no viviendo según lo que creen, tienen una

1. Prov. xxi, 18.—2. Isaí, Lxiii, 3.—3. Ant. 1. noct. 3.—4. Cant iv, 9.—5. Hebr. x, 33.

fe muerta, como dice el apóstol Santiago: *La fe sin las obras es una fe muerta* (1). Diógenes iba buscando por el mundo un hombre; mas Dios, entre tantos fieles como hay, parece que vaya buscando un cristiano. Porque en realidad son muy pocos los que observan una conducta cristiana, pues la mayor parte sólo tienen de cristianos el nombre. Pero á estos debería decirseles lo que dijo Alejandro á un soldado cobarde, que también se llamaba Alejandro: O cambia el nombre ó las costumbres. Pero mejor fuera aún encerrar á estos miserables, según decía el Padre maestro Avila, como locos en una carcel, pues creyendo que se halla preparada una eternidad feliz para el que vive bien, y una eternidad infeliz para el que vive mal, viven como si no lo creyesen. De aquí es que San Agustín nos exhorta á ver las cosas con ojos cristianos, esto es, á la luz de la fe; pues decía Santa Teresa que de la falta de fe nacen todos los pecados. Roguemos, por lo tanto, á la Santísima Virgen, que por el mérito de su fe nos alcance una fe viva. ¡Oh, Señora!, acrecentad nuestra fe.

§. V.—*De la esperanza de María.*

De la fe nace la esperanza, porque para este fin Dios nos ilumina con la fe en el conocimiento de su bondad y de sus promesas, para que con la esperanza nos levantemos después al deseo de poseerla. Habiendo, pues, poseído María la virtud de la fe por excelencia, poseyó también la de la esperanza en un grado sublime, que le hacía decir con David: *Mi bien consiste en estar unido con Dios, y en poner en el Señor toda mi esperanza* (2). María fué aquella fiel esposa del Espíritu Santo, de la cual se dijo: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias, apoyada en su amor?* (3) Porque desprendida enteramente de los afectos del mundo, que miraba como un desierto, según Ailgrinio, y desconfiando de las criaturas y de sus propios méritos, apoyada únicamente en la divina gracia, en la cual habia colocado toda su confianza, se adelantó siempre en el amor de su Dios (4).

Y muy bien manifestó la Santísima Virgen cuán grande fuese esta su confianza en Dios; primeramente, cuando advirtió que su santo esposo José, por ignorar el prodigio

1. JAC. II, 26.—2. Ps. LXXII, 28.—3. Cant. VII, 5.—4. Ap. CORNEL. loc. cit.

de su preñez, estaba agitado y pensando cómo dejarla. *José... quiso dejarla ocultamente* (1). Parecía entonces necesidad, según ya se ha visto, que descubriese á José el oculto misterio; pero no, ella no quiso manifestar la gracia recibida: juzgó mejor entregarse enteramente á la divina Providencia, confiando que Dios mismo defendería su inocencia y su reputación. Así puntualmente lo dijo Cornelio Alapide, comentando dicho texto. Manifestó además la confianza que tenía en Dios, cuando hallándose próxima al parto se vió desechada en Belén hasta de las hospederías de los pobres, y reducida á parir en un establo. Entonces no profirió palabra alguna ni se le escapó un lamento, sino que abandonándose enteramente en las manos de Dios, confió que él la asistiría en aquella necesidad. Esta confianza de la divina Madre en la Providencia, brilló aun más cuando fué avisada por San José que debían huir á Egipto; en la misma noche emprendió un viaje tan largo á un país extraño y desconocido, sin provisiones, sin dineros, sin más compañía que la del niño Jesús y de su pobre esposo (2). Y demostró mucho más cuánta era su confianza, cuando pidió al Hijo la gracia de la conversión del vino para los esposos de Caná; porque habiendo dicho ella: *No tienen vino*, Jesús le respondió: *¿Qué nos va á mí y á tí? Aun no ha llegado mi hora* (3). Pero a pesar de esta respuesta, en la que parecía claramente haberle negado la petición, confiando ella en la divina bondad, dijo á los criados que hiciesen lo que su Hijo les ordenase, porque la gracia era segura. Con efecto, Jesucristo hizo llenar las vasijas de agua, y luego las convirtió en vino.

Aprendamos, pues, de María á confiar como se debe, principalmente en el gran negocio de la salvación eterna, en el cual, aunque también es necesaria nuestra cooperación, sin embargo, de Dios solamente debemos esperar la gracia para alcanzarla, desconfiando enteramente de nuestras propias fuerzas, y diciendo cada uno con el Apóstol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (4).

¡Ah Señora mía Santísima! el Eclesiástico me dice que Vos sois la *Madre de la esperanza* (5); y la santa Iglesia, que sois la esperanza misma. ¿Qué más esperanza, pues, desearé? Después de Jesús, Vos sois toda mi esperanza;

1. Matth. i. 19.—2. Matth. ii. 14.—3. Joan. ii.—4. Philip. iv. 13.—5. Eclési. xxiv. 24.

así os llamaba San Bernardo, y así quiero yo también llamaros. Y os diré siempre con San Buenaventura: ¡Oh salud de los que te invocan! sálvame.

§. VI.—*De la castidad de María.*

Después de la caída de Adán, rebelados los sentidos contra la razón, la virtud de la castidad es la más difícil que encuentran los hombres en la práctica. Entre todos los combates, dice San Agustín, los más formidables son los de la castidad, con la cual todos los días se está luchando, y rara vez se consigue la victoria. Sea por lo tanto alabado siempre el Señor, que nos ha dado en María un grande modelo de esta virtud. Con razón, dice el beato Alberto Magno, María se llama Virgen de las vírgenes, porque ofreciendo ella la primera, sin consejo ni ejemplo de otros, su virginidad á Dios, le ha dado después todas las vírgenes que la han imitado (1), como ya lo profetizó David: *Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella... serán llevadas al templo ó palacio del Rey* (2). Sin consejo, sin ejemplo, sí, porque, como dice San Bernardo: ¡Oh, Virgen, ¿quién te enseñó á complacer á Dios con la virginidad, y á vivir en la tierra vida de Angeles (3)? ¡Ah! contesta Sofronio, Dios escogió por Madre suya á esta purísima Virgen, á fin de que fuese para todos ejemplo de castidad (4). Y por esto San Ambrosio llama á María portastandarte de la virginidad.

Por razón de esta su pureza, llamó también el Espíritu Santo á la Virgen *hermosa como la tortolilla* (5). María es tórtola castísima, comenta Aponio; y por esto fué también llamada azucena: *Como azucena entre las espinas, así es mi amiga entre las Vírgenes* (6). En donde, según observa San Dionisio Cartujano, fué llamada azucena entre las espinas, porque todas las otras vírgenes fueron espinas para sí ó para otros; pero la bienaventurada Virgen no lo fué ni para ella ni para los demás, pues sólo su presencia inspiraba á todos pensamientos y afectos de pureza; lo cual confirma Santo Tomás con estas palabras: La belleza de la bienaventurada Virgen inspiraba castidad á cuantos la miraban (7). Y San Jerónimo asegura ser de opinión que San José se mantuvo virgen por causa de la compañía de Ma-

1. Mar. p. 9.—2. Psalm xlv, 25.—3. Hom. 4. sup. Miss.—4. Ap. Parav. 2. c. 1.—5. Cant. 1, 9.—6. Cant. 6, 2.—7. Ap. Parav. loc. cit.

ría, pues que escribiendo contra el hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, dice: Tú afirmas que María no permaneció virgen; yo le doy aun más, esto es, que el mismo José fué virgen por causa de ella (1). Un autor dice que la bienaventurada Virgen amó tanto esta virtud, que por conservarla hubiera renunciado aun á la dignidad de Madre de Dios; lo que se infiere de la misma respuesta que dió al Arcángel; *¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco varón alguno* (2)? Y de las palabras que añadió al fin: *Hágase en mí según tu palabra*; significando con esto que daba el consentimiento según el Angel le había asegurado, esto es, que llegaría á ser Madre únicamente por obra del Espíritu Santo.

Quien guarda la castidad, dijo San Ambrosio, es un Angel, según lo dijo el Señor (3); quien la perdió, un diablo. Y San Remigio decía que la mayor parte de los adultos se pierden por este vicio. Es muy rara la victoria de este pecado, según se ha dicho al principio con San Agustín; pero ¿por qué? Porque no se practican los medios para vencer, que, según dicen los maestros espirituales con Belarmino, son tres: ayuno, huir de las ocasiones y oración. Por ayuno se entiende la mortificación; especialmente de los ojos y de la gula. Aunque María Santísima estuvo llena de gracia, tuvo realmente tan mortificados los ojos, que los tenía siempre bajos, sin fijarlos nunca en persona alguna, como dicen San Epifanio y San Juan Damasceno; y añaden, que desde su niñez era tan modesta, que causaba admiración á todos. Por esto observa San Lucas que cuando fué á visitar á Santa Isabel, *se apresuró*, para ser menos vista del público. En cuanto á la comida, refiere Filiberto, que fué revelado á un ermitaño llamado Félix, que María, siendo niña tomaba el pecho una sola vez al día. Y durante toda su vida, como atestigua San Gregorio Turonense, prosiguió ayunando; afirmando San Buenaventura que no hubiese hallado María tanta gracia, si no hubiera sido templada y abstinentes en la comida, porque la gracia y la gula son cosas de suyo incompatibles. En una palabra, fué María mortificada en todo; de manera que de ella se dijo: *Mis manos destilaron mirra* (4).

El segundo medio consiste en huir de las ocasiones: *El que no se enreda en flanzas vivirá tranquilo* (5); esto es, el que

1. Ap. Parav. loc. cit.—o. Luc. 1, 28.—3. Matth. xxv, 32.—4. Cant. 7, 5.—5. Prov. xi, 5.

no se fia neciamente. Por lo que decía San Felipe Neri: *En la guerra de los sentidos vencen los cobardes; esto es, los que huyen las ocasiones.* María evitaba cuanto le era posible la vista de los hombres, pues como ya advirtió San Lucas, en la visita de Isabel se fué apresuradamente á las montañas. Y advierte un autor que la Virgen se despidió de Isabel antes que ésta pariese, como se infiere del mismo Evangelio, donde se dice: *Detúvose María con ella cosa de tres meses, y después regresó á su casa. Entretanto llegó á Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió á luz un hijo* (1). ¿Y por qué no aguardó el parto? Para evitar las conversaciones y visitas que con ocasión del mismo debían tener lugar en aquella casa.

El tercer medio es la oración: *Y luego que llegué á entender, dice el Sabio, que no podía ser casto si Dios no me lo otorgaba, acudí á él, y se lo pedí con fervor* (2). La misma Santísima Virgen reveló á Santa Isabel, del orden de San Benito, que no tuvo virtud alguna sin trabajo y oración continua (3). María es pura y amante de la pureza, dice San Juan Damasceno; por lo que rechaza á los deshonestos. Pero el que acude á ella, ciertamente se librará de este vicio, sólo pronunciando su nombre con confianza. De modo que el venerable Juan de Avila decía que muchas personas tentadas contra la castidad, sólo con el afecto á María Inmaculada salieron vencedoras. ¡Oh María, oh purísima paloma, cuántos se hallan en el infierno por este vicio! Libradnos, Señora, de él; haced que en las tentaciones acudamos siempre á Vos y os invoquemos diciendo: María, María, ayudadnos. Amén.

§. VII.— *De la pobreza de María.*

Nuestro amoroso Redentor, para enseñarnos á despreciar los bienes mundanos, *siendo rico se hizo pobre, como dice San Pablo* (4). Por lo cual después él mismo exhortaba al que quisiese seguirlo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dalo á los pobres; ven después y sígueme* (5). María fué su más perfecta discípula y la que mejor siguió su ejemplo. Con la herencia que le dejaron sus padres hubiera podido vivir con mucha comodidad, como prueba el P. Danisio; pero ella quiso quedar pobre, reser-

1. Cap. 1, 56.—2. Sap. viii, 21.—3. Ap. S. Bon. De Vit. Christ. c. 3.—4. II Cor. viii, 9.—5. Math. xix, 21.

vándose tan sólo una pequeña parte de sus bienes y distribuyendo todo lo restante en limosnas al templo y á los pobres. Muchos aseguran que María hizo también voto de pobreza (1), y se sabe que ella misma, en una revelación dijo á Santa Brígida: *Desde el principio ofrecí á Dios en mi corazón no poseer jamás cosa alguna en este mundo* (2). Los presentes que recibió de los santos magos, ciertamente no debían ser de poco valor; pues bien, todos los distribuyó á los pobres, según asegura San Bernardo (3). Y que así luego lo hizo la divina Madre, se colige, de que al presentarse después en el templo no ofreció el cordero, ofrenda de la gente acomodada, como consta del Levítico (4), sino las dos tórtolas ó palomas, que era la ofrenda de los pobres (5). Ella misma dijo á Santa Brígida: *Distribuía entre los menesterosos cuanto posela, sin reservarme más de lo que bastaba para vestir y comer moderadamente* (6).

Por amor á la pobreza no se desdeñó de despojarse con un pobre artesano, como fué San José, y de sustentarse después con el trabajo de sus manos, hilando ó cosiendo, como atestigua San Buenaventura. Reveló el ángel á Santa Brígida, hablando de María, que las riquezas eran para ella tan viles como el barro. En una palabra, siempre vivió pobre, y murió pobre, pues no se sabe que al morir dejase más que dos vestidos á dos mujeres que la habían asistido en vida, como refieren Metafrasto y Nicéforo (7).

El que ama las riquezas, decía San Felipe Neri, *jamás será santo*. Y Santa Teresa añadía: *Justamente se sigue que el que va tras de las cosas perdidas se pierde él también*. Al contrario, decía la misma Santa, que la virtud de la pobreza es un bien que comprende todos los demás bienes. Dice: *la virtud de la pobreza*, la cual, según dice San Bernardo, no consiste solamente en ser pobre, sino en amar la pobreza. Por esto dijo Jesucristo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (8). Bienaventurados, porque los que sólo quieren á Dios, hallan en él todos los bienes: y hallan en la pobreza su paraíso en la tierra, como le halló San Francisco de Asís, diciendo: *Mi Dios y mi todo*. Amemos, pues; aquel único bien contiene todos los bienes, como exhortaba San Agustín, y roguemos al Señor, diciendo con San Ignacio: *Dadme, Señor, vuestro amor solamente con vuestra gracia, que ya será*

1. Ap. Parav. p. 1. c. 2.—2. lib. 1. c. 10.—3. Ap. Parav. loc. cit.—4. Cap. vii, 6.—5. Luc. ii, 24.—6. Rev. i. 1. c. 10.—7. Ap. el autor de la vida de María, l. 5. c. 23.—8. Math. v. 3.

bastante rico. Y cuando nos angustie la pobreza, como dijo San Buenaventura, consolémonos, considerando que Jesús y su Madre fueron también pobres como nosotros (1).

¡Ah Madre mía santísima! bien tuvisteis razón para decir que en Dios cifrabais todo vuestro gozo; porque en este mundo Vos no deseasteis ni amasteis otro bien que á Dios. Señora, desasídnme del mundo y atraedme hacia Vos, á fin de que yo no ame más que aquel único bien, que merece exclusivamente ser amado. Amén.

§. VIII.—*De la obediencia de María.*

Por el amor que María tenía á la virtud de la obediencia, en la anunciación del arcángel San Gabriel, no quiso atribuirse otro título que el de esclava: *He aquí la esclava del Señor*. Si, esclava, dice Santo Tomás de Villanueva, porque esta fiel esclava, ni con las obras ni con el pensamiento contradijo jamás al Señor, sino que, desprendida de la propia voluntad, obedeció siempre, y en todo vivía sumisa á la voluntad de Dios (2). Ella misma declaró que Dios se habla complacido en su obediencia cuando dijo: *Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava* (3), porque tal es la humildad propia de una esclava: estar siempre pronta á obedecer. Con su obediencia, dice San Agustín, reparó la divina Madre el daño que ocasionó Eva con su desobediencia (4). La obediencia de María fué mucho más perfecta que la de todos los demás Santos; porque hallándose todos los hombres inclinados al mal por el pecado original, hallan dificultad en obrar bien; mas no sucedió así con la bienaventurada Virgen María, escribió San Bernardino, porque hallándose exenta de la culpa, nada habia que pudiese impedirle amar á Dios, sino que fué como una rueda que se movía veloz á todas las aspiraciones divinas (5), por lo cual no hizo otra cosa en este mundo, como dice el mismo Santo, sino observar y practicar lo que era del agrado de Dios (6). De ella se dijo: *Mi alma quedó desfallecida al oír la voz de mi amado* (7). A lo que añade Ricardo que el alma de María era como un metal derretido, dispuesta á tomar todas las formas que Dios quisiera darle.

Con efecto, María manifestó bien cuán pronta estaba á obedecer, primeramente cuando para complacer á Dios quiso también obedecer al emperador romano, haciendo

1. Devot. Christ.—3. Conc. de Aonunt.—3. Luc. 1. 58.—4. Ap. Parav. p. 2, c. 11.—5. Serm. 11 á 3, c. 2.—6. Tom. 2, S. 40, n. 7, c. 2.—7. Cant. v, 6.

aquel viaje tan largo de noventa millas desde Nazareth á Belén, en tiempo de invierno, estando en cinta, y tan pobre, que se vió después obligada á parir en un establo. Así también estuvo pronta al aviso de San José, para ponerse luego en camino en aquella misma noche y emprender otro viaje más largo y más trabajoso á Egipto. Y aquí pregunta Silveira: ¿Por qué la revelación de la huida á Egipto se hizo á San José, y no á la bienaventurada Virgen, que debía experimentar más la fatiga del viaje? Y responde: Para no privar á la Virgen la ocasión de practicar este acto de obediencia, al cual se hallaba tan dispuesta. Mas en lo que principalmente manifestó su heroica obediencia á la voluntad divina, fué cuando ofreció su Hijo á la muerte con tanta constancia que, como dijo San Ildefonso, en defecto de verdugos, hubiera ella estado pronta para crucificarle (1). Así es que, sobre las palabras que dijo al Redentor aquella mujer del Evangelio, cuando exclamó: *Bienaventurado el vientre que te llevó*; y Jesús respondió: *Bienaventurados más bien los que escuchan lo palabra de Dios y la practican* (2); el venerable Beda escribió, que María fué más dichosa por la obediencia á la divina voluntad, que por haber sido Madre del mismo Dios (3).

Por esto los que practican la obediencia complacen especialmente á la Virgen. Aparecióse un día la misma á un religioso franciscano llamado Acorso, en su propia celda; pero á pesar de esta visita, éste salió de la celda, porque le llamó la obediencia para ir á confesar un enfermo. Al regresar encontró á María que le estaba esperando, y le alabó mucho su obediencia. Al contrario, reprendió mucho á otro religioso, porque oyendo tocar al refectorio se detuvo á concluir unas oraciones (4). Y hablando á Santa Brígida de la seguridad que ofrece el obedecer al padre espiritual, le dijo: *La obediencia introduce á todos en la gloria* (5). Así es, decía San Felipe Neri, porque Dios no pide cuenta de las cosas hechas por obediencia, habiendo él mismo dicho: *El que os escucha, me escucha á mí, y el que os desprecia á mí me desprecia* (6). Finalmente, la misma Madre de Dios reveló también á Santa Brígida, que por el mérito de su obediencia había alcanzado del Señor que todos los pecadores arrepentidos que acudiesen á ella sean perdonados. ¡Ah, Reina y Madre nuestra! rogad á Jesús por nosotros, y alcanzadnos por el mérito de vuestra obediencia el ser fieles

1. Ap. Parav. p. 2, c. 12.—2. Luc. 11, 28.—3. C. 49 in Iam.—4. Véase el P. Marcaccio: *Diario de la Virgen*.—5. Rev. 1. 6. c. 17.—6. Luc. 1, 16.

en someternos á su voluntad y á los preceptos de nuestros padres espirituales Amén.

§ IX.—*De la paciencia de Marta.*

Siendo este mundo un lugar de mérito, con razón se llama valle de lágrimas; pues aquí todos estamos puestos para padecer, y con la paciencia conquistar á nuestras almas la vida eterna, como ya lo dijo el Señor: *Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas* (1). Dios nos dió á la Virgen María por modelo de todas las virtudes; pero especialmente como ejemplar de paciencia. San Francisco de Sales hace, entre otras, esta reflexión; que Jesucristo en las bodas de Caná dió para este fin á la Santísima Virgen aquella respuesta, con la cual parecía que no hacía caso de sus ruegos, precisamente para ofrecernos un ejemplo de la paciencia de su santa Madre. Mas, ¿qué necesidad hay de citar casos, cuando toda la vida de María fué un continuo ejercicio de paciencia? ¿cuándo la bienaventurada Virgen vivió siempre entre penas, como el Angel lo reveló á Santa Brígida (2)? Solamente el dolor que sintió por los tormentos del Redentor, bastó para hacerla mártir de paciencia; por lo cual dijo San Buenaventura: *Crucificada concibió al Crucificado*. Cuánto padeciese en el viaje y permanencia en Egipto, así como durante todo el tiempo que vivió con su Hijo en la tienda de Nazareth, ya lo hemos considerado antes al hablar de sus dolores. Bastaba solamente la presencia de María al pie de la Cruz en el Calvario, para probar cuán constante y sublime fué su paciencia. Entonces fué cuando por el mérito de su paciencia, como dice el beato Alberto Magno, se hizo nuestra Madre y nos parió para la vida de la gracia.

Si deseamos, pues, ser hijos de María, debemos procurar imitarla en la paciencia. ¿Qué modo mejor, dice San Cipriano, para enriquecernos de méritos en esta vida y de gloria en la otra, que el sufrir con paciencia las penas? Dios dijo por boca de Oseas: *Yo cerraré la salida con un seto de espinos* (3); á lo que San Gregorio añade: Las salidas ó sendas de los escogidos están circuidas de espinos. Así como se circuye de espinos la viña para guardarla, así Dios rodea de tribulaciones á sus siervos para que no tengan apego á las cosas de la tierra. Por esto concluye San Cipriano

1. Luc. xxi, 19.—2. Serm. Aug. c. 10.—3. C. ii, 6.

que la paciencia nos libra del pecado y del infierno, y es la que hace los Santos (1); llevando con paz así las cruces que nos vienen directamente de Dios, esto es, las enfermedades, la pobreza, etc., como también las que nos vienen de los hombres, como las persecuciones, injurias, etc. San Juan vió á todos los Santos con palmas en las manos (2), (señal del martirio); lo que significa que todos los adultos que se salvan han de ser mártires ó de sangre ó de paciencia. A vista de esto, exclama lleno de gozo San Gregorio: *Si conservamos la paciencia, podemos ser mártires sin hierro*. Si sufrimos las penas de esta vida, como dice San Bernardo, con resignación y hasta con júbilo, ¡ah! ¡cuánto nos fructificará en el cielo cada pena sufrida por Dios! Por esto el Apóstol nos alienta con las siguientes palabras: *Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen un peso eterno de sublime é incomparable gloria* (3). Bellísimas son las advertencias de Santa Teresa á este propósito. Decía la Santa: *El que abraza la cruz no la siente. Cuando alguno se resuelve á padecer, se acaba la pena*. Cuando nos sintamos, pues, oprimidos bajo el peso de las cruces, acudamos á María, á la cual la Iglesia llama *Consuelo de afligidos*, y San Juan Damasceno *Medicamento para todos los dolores del corazón*, ¡Ah Señora mía dulcísima! ¡Vos inocente padecisteis con tanta paciencia, y yo reo del infierno rehusaré padecer! Madre mía, no os pido hoy la gracia de que me libréis de las cruces, sino la de llevarlas con paciencia. Por el amor de Jesús os ruego me alcancéis esta gracia que de Vos espero.

§ X.—De la oración de María.

Jamás hubo alma alguna sobre la tierra que practicase con tanta perfección como la bienaventurada Virgen aquel grande precepto de nuestro Salvador: *Conviene orar siempre y no desfallecer* (4). De nadie podemos tomar mejor ejemplo, dice San Buenaventura, y aprender la necesidad de perseverar en la oración como de María (5). Porque, atestigua el beato Alberto Magno, en la virtud de la oración fué la divina Madre, después de Jesucristo, la más perfecta de cuantas ha habido ni habrá jamás (6). Primeramente, porque su oración fué continua y perseverante. Desde el primer instante de su vida, y del perfecto uso de su razón,

(1) Jac. II. 4.—2. Apoc. VI. 9.—3. II Cor. IV. 17.—4. Luc. XVIII. 1.—5. In Spec. c. 4.—6. Sup. Miss. 30.

como dijimos en el discurso sobre su nacimiento, empezó á orar. Por esto también, á fin de poder dedicarse mejor á la oración, quiso á la edad de tres años encerrarse en el retiro del templo, en donde, además de las horas destinadas á la oración, se levantaba siempre á la media noche para ir á orar delante del altar del templo, como ella misma lo dijo á Santa Isabel virgen (1). A este fin también, y para meditar continuamente las penas de Jesús, según dice Odilón, visitaba con frecuencia los lugares del nacimiento, pasión y sepultura del Señor. Además, su oración fué enteramente recogida, como escribió San Dionisio Cartujano, y exenta de toda distracción y de todo afecto desordenado (2).

Por esto la bienaventurada Virgen, á impulsos de su amor á la oración, amó tanto la soledad que, como dijo á Santa Brígida, se abstuvo de hablar en el templo hasta con sus santos padres. Reflexionando San Jerónimo sobre las palabras de Isaias: *Una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emanuel* (3), dice, que en hebreo la palabra virgen significa propiamente *virgen retirada*, de manera que hasta el Profeta vaticinó el amor que había de tener á la soledad. Dice Ricardo que si el Angel dijo aquellas palabras á la Virgen: *El Señor es contigo*, fué en mérito de la soledad que ella tanto amaba (4). Y por esto afirma San Vicente Ferrer que la divina Madre nunca salió de su casa sino para ir al templo, y entonces andaba con la mayor compostura, fijos siempre los ojos en tierra (5). Por esto igualmente al ir á visitar á Santa Isabel, caminó apresuradamente, con lo que dice San Ambrosio. Las vírgenes deben aprender á huir del público. Afirmó San Bernardo que María, por amor á la oración y á la soledad, procuraba cuidadosamente evitar las conversaciones con los hombres; por lo cual el Espíritu Santo la llama *tortolilla* (6), palabra que explica Vergelio diciendo: La tórtola es ave solitaria, y designa la virtud unitiva del entendimiento (7). Y de aquí es que la bienaventurada Virgen vivió siempre solitaria en este mundo como en un desierto, y por esto se dijo de ella: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo?* (8). Sobre cuyas palabras escribió el abad Ruperto: Así subiste por el desierto, conservando la soledad en tu alma.

1. Ap. S. Bon. de Vit Christ. c. 3.—2. De Laud. Virg. l. 2, art. 8.—3. C. vii, 14.—4. L. 1, c. 6.—5. Serm. in Virg. Nat.—6. Cant. 1, 9.—7. Ap. S. Bon. Dia. 7.—8. Cant. ii, 6.

Dice Filón que el Señor no habla á las almas sino en la soledad. Y Dios mismo lo declaró por Oseas: *La llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón* (1). Por lo que San Jerónimo exclama: ¡Oh soledad en que Dios habla y conversa familiarmente con los suyos! Si, dice San Bernardo, porque la soledad y el silencio que en ella se goza impelen al alma á salir con el pensamiento de la tierra y á meditar los bienes del cielo. ¡Virgen Santísima! alcanzadnos el amor á la oración y á la soledad, á fin de que, desprendiéndonos del amor de las criaturas, podamos aspirar sólo á Dios y al cielo, en donde esperamos veros algún día para alabar siempre y amar juntamente con Vos á vuestro Hijo Jesús en los siglos de los siglos. Amén.

Venid á mí todos los que estáis prendados de mi amor, y saciaos de mis frutos (2). Los frutos de María son sus virtudes.

Ni después ni antes
igual has tenido;
sin ejemplo á Cristo
sola has complacido (3).

1. C. ii, 14.—2. Ecclí, xxiv, 36.—3. Sedulius.

VARIOS OBSEQUIOS

DE DEVOCIÓN

À MARÍA SANTÍSIMA

CON EL MODO DE PRACTICARLOS

Es tan generosa y agradecida la Reina del cielo, dice San Andrés Cretense, que recompensa con grandes favores los más pequeños obsequios de sus siervos (1). Sin embargo, para obtenerlos se necesitan dos cosas: la primera, que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma limpia de pecados; de lo contrario, María nos daría la misma respuesta que dió á un soldado vicioso, el cual, según refiere San Pedro Celestino (2), cada día practicaba algún acto de devoción en su honor. Un día que estaba padeciendo mucha hambre, se le apareció la Virgen y le presentó algunas viandas exquisitas; pero dentro de una vasija tan sucia, que él no se atrevió á gustarlas. Yo soy, le dijo entonces María, la Madre de Dios, que he venido á socorrer tu hambre. Pero en esta vasija, respondió el soldado, no me atrevo á comer. Y ¿cómo quieres, replicó la Virgen, que yo acepte tus devociones, ofreciéndomelas con un alma tan sucia de vicios? Al oír estas palabras, el soldado se convirtió, se hizo ermitaño, vivió por espacio de treinta años en el desierto, y apareciéndosele otra vez la Virgen á la hora de su muerte, le llevó al cielo. He dicho en la primera parte que es imposible, moralmente hablando, que un devoto de María se condene; pero esto se entiende con la condición de que éste viva sin pecados ó á lo menos que desee salir de ellos, porque entonces nuestra Señora le ayudará. Porque si alguno quisiese pecar con la esperanza de que la Santísima Virgen le salvará, por su culpa se haría indigno é incapaz de que la misma le protegiese. La segun-

1. Or. 2 de Dorm.—2. Opusc. c. 23.

da condición consiste en perseverar en la devoción de María: Sólo la perseverancia, dice San Bernardo, merece la corona (1). Tomás de Kempis acostumbraba en su juventud dirigir algunas oraciones á la Virgen; mas dejó de rezarlas un día, después por espacio de algunas semanas, y por último las dejó enteramente. Una noche vió en sueños á María que abrazaba á sus compañeros; pero llegando á él: ¿Qué esperas, le dijo, tú que has dejado tus devociones? Apartate, que eres indigno de mis brazos. Tomás se despertó amedrentado, y repitió sus acostumbradas oraciones. Luego dijo bien Ricardo: El que acuda á María con perseverancia, será bienaventurado en su esperanza, porque obtendrá cuanto desear (2). Mas como ninguno puede estar seguro de esta perseverancia, por esto nadie puede estar cierto de su salvación hasta la muerte. No deja de ser, pues, una enseñanza memorable la que el hermano Juan Berkmas dió al morir á sus compañeros, cuando pidiéndole les dijera qué devociones podían practicar más agradables á la Virgen para asegurarse su protección, contestó: Cualquiera, por mínima que sea, con tal que sea constante. Por lo mismo añado aquí, al fin, simple y sucintamente, diferentes obsequios que podemos ofrecer á nuestra Madre para obtener su gracia, los cuales forman, á mi ver, la parte más útil de esta obrita. Pero no encargo tanto á mi amado lector el practicarlas todas, cuanto el practicar con perseverancia las que eligiere, y que las practique con temor de perder la protección de la divina Madre si después se olvida de continuarlas. ¡Ah! ¡cuántos se hallan ahora en el infierno que se hubieran salvado si hubiesen perseverado en ofrecer á María las devociones que una vez empezaron!

OBSEQUIO I

Del Ave María.

Mucho agradece la Virgen Santísima esta salutación angélica, porque entonces parece que se le renueva el gozo que experimentó cuando el arcángel San Gabriel le anunció que sería Madre de Dios. Por esto, y á este fin, debemos saludarla á menudo con el *Ave María*. Saludadla con la salutación angélica, dice Tomás de Kem-

1. Ep. 129.—2. Lib. 2, p. 48.

pis, porque esta voz la oye con mucho gusto (1). La misma divina Madre dijo á Santa Matilde, que no podía dirigirse una salutación más agradable. El que saluda á María será de ella también saludado. San Bernardo oyó una vez de un modo muy inteligible que una imagen de la Virgen le saludaba diciéndole: Dios te salve, Bernardo (2). La salutación de María, dice San Buenaventura, consistirá en alguna gracia con que ella corresponde siempre á quien la saluda. Nos saludará agradablemente con la gracia, si con agrado la saludamos con el *Ave María* (3). Y Ricardo añade: ¿Por ventura podrá negar la gracia al que se llega á la Madre del Señor diciéndole *Ave María*? La misma Virgen prometió á Santa Gertrudis tantos auxilios en la muerte cuantas *Ave Marias* ella le hubiese dicho. Afirmaba el beato Alano, que así como al decirse esta oración el cielo se regocija, así tiembla y huye el demonio; y Tomás de Kempis atestigua por experiencia que al decir *Ave María*, al instante huyó el demonio que una vez se le había aparecido (4).

La práctica de este obsequio consiste: 1.º En decir cada mañana al levantarse, y por la noche al acostarse, tres *Ave Marias*, postrado en tierra ó á lo menos arrodillado, añadiendo á cada una aquella breve oración: *Por vuestra pura é inmaculada Concepción ¡oh María!, purificad mi cuerpo y santificad mi alma*, pidiendo luego la bendición á María como Madre nuestra, como lo practicaba siempre San Estanislao; y poniéndose en fin bajo la protección de Nuestra Señora, rogándole que en aquel día ó noche que sigue nos guarde de pecar. Al efecto aprovecha tener cerca de la cama una imagen.

2.º En decir *Angelus Domini*, etc., con las tres *Ave Marias* de costumbre por la mañana, medio día y noche. El primero que concedió indulgencias á esta devoción fué Juan XXII, en ocasión, según refiere el P. Crasset (5), de que hallándose un reo condenado á la hoguera; quedó ileso en medio de las llamas hasta en sus vestidos, por haber invocado á María en la vigilia de la Anunciación. Ultimamente, Benedicto XXII concedió cien días de indulgencia al que rezare el *Angelus*, y al cabo de un mes indulgencia plenaria confesando y comulgando. El P. Crasset habla de otras indulgencias concedidas por Clemen-

1. Serm. 31. ad Nov.—2. Marc. 70 Ang.—3. Vide Aurium off. Scamb. t. 1, c. 6.—4. Serm. 1 ad. Nov.—5. Tom. 1, tr. 2, part. 2.

te X, al que al fin de cada *Ave María* añade: *Gracias á Dios y á María* (1). Antes todos se arrodillaban al toque del *Angelus*, de lo cual parece se avergüenzan algunos ahora. Pero San Carlos Barrromeo no se ruborizaba de apearse de la carroza ó del caballo para rezarlo en la calle, y algunas veces en medio del lodo. Refiérese de un religioso que no queriéndose arrodillar al toque de las *Ave Marías*, vió que el campanario se inclinó tres veces, oyendo al propio tiempo una voz que dijo: Tú no haces lo que practican las criaturas insensibles. Es de advertir que, según ha explicado Benedicto XIV, en el tiempo pascual, en lugar del *Angelus* se reza de pie la antífona *Regina cæli*, etc., y desde las *Visperas* del sábado y todos los domingos del año se dice el *Angelus* también de pie.

3.º En saludar á la Madre de Dios con el *Ave María* cada vez que se oye la hora en el reloj. Alfonso Rodríguez saluda á María cada hora, y de noche los Angeles le despertaban á fin de que no dejase esta devoción.

4.º En saludar á la Virgen con el *Ave María* al salir de casa y al entrar en ella, para que fuera y dentro nos preserve de pecados, besándole cada vez los pies, como acostumbran practicarlos los religiosos Cartujos.

5.º En reverenciar con el *Ave María* las imágenes de la Virgen que encontremos; y al efecto, el que pueda haga colocar en las paredes exteriores de su casa una hermosa imagen de María, á fin de que la saluden las personas que pasen por la calle. En Nápoles, y más aún en Roma, se ven hermosísimas imágenes de Nuestra Señora por las calles, puestas por los devotos.

6.º La santa Iglesia ordena que todas las Horas canónicas del oficio empiecen con la salutación angélica, y que también terminen con ella; por lo cual será útil que en el principio y en el fin de cada acción se diga siempre un *Ave María*. Digo de cada acción, ya sea espiritual, como la oración, la confesión, la comunión, la lectura espiritual, el oír sermón y otras semejantes; ya temporal, como el estudio, el dar consejo, el trabajo, el ir á la mesa, el acostarse, etc. ¡Dichosas las acciones que irán encerradas entre dos *Ave Marías*! Asimismo al despertarse por la mañana, al cerrar los ojos para dormir, en cualquiera tentación, en todo peligro, en cualquier impetu de cólera y otros semejantes, dígase siempre un *Ave María*. Practica, pues, mi amado lector, esta devoción, y verás el grande

(1) Loc. cit.

provecho que reportarás de ello; advirtiéndole que por cada *Ave María* se ganan veinte días de indulgencia (1). Además, el P. Auriema refiere (2) que la Virgen Santísima prometió á Santa Matilde una buena muerte si rezase cada día tres *Ave Marías* á su poder, sabiduría y bondad; y dijo también la misma María Santísima á la beata Juana de Francia, que el *Ave María* le era en extremo agradable, especialmente diciéndola diez veces en honor de sus diez virtudes, como puede verse en Marracio, el cual habla de las muchas indulgencias concedidas á estas diez *Ave Marías* (3).

OBSEQUIO II

De las Novenas.

Los devotos de María celebran con mucha atención y fervor las Novenas de sus festividades, en las cuales la Santísima Virgen dispensa con el más acendrado amor sus innumerables y especialísimas gracias. Vió un día Santa Gertrudis debajo el manto de la divina Madre una multitud de almas, á las que la excelsa Reina contemplaba con mucho afecto, y comprendió que aquellas eran las que en los días anteriores se habían preparado con ejercicios devotos para la fiesta de la Asunción. Los ejercicios que pueden practicarse en las Novenas son los siguientes:

1.º Hacer oración mental por mañana y tarde; visitar al Santísimo Sacramento, añadiendo nueve *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri*.

2.º Hacer tres visitas á María Santísima delante de alguna de sus imágenes, dando gracias al Señor por los privilegios que concedió á esta Señora; pedir cada vez á la Virgen alguna gracia especial, y en una de estas visitas leer la oración que se halla en la pág. 191 de este libro, al fin de la primera parte.

3.º Hacer muchos actos de amor (á lo menos ciento ó cincuenta á María y á Jesús), pues no podemos practicar cosa que sea más de su agrado que amar á su Hijo, como ella misma lo dijo á Santa Brígida: Si quieres obligarme, ama á mi Hijo Jesús.

1. Ap. Viva, de Indulg. par. ult.—2. Loc. cit.—3. Ab Marrac. p. 10.

4.º Leer cada día de la Novena, durante un cuarto de hora algún libro que trate de las glorias de María.

5.º Imponerse algunas mortificaciones exteriores, como el cilicio, la disciplina ú otra semejante, con el ayuno; ó absteniéndose en la mesa de frutas ú otro manjar delicado, á lo menos en parte, mascando también alguna yerba amarga, y después, en la vigilia de la fiesta, ayunar á pan y agua; pero todo esto debe hacerse siempre con licencia del padre espiritual. Las mejores mortificaciones que en estas Novenas pueden practicarse son las interiores, como abstenerse de mirar y oír por curiosidad, estar retirado, guardar silencio, obedecer, no contestar con impaciencia, sufrir con resignación las adversidades y otras cosas semejantes, que pueden practicarse con menos peligro de vanagloria y mayor mérito, sin necesitarse la licencia del confesor. Y el ejercicio más útil consiste en proponer se desde el principio de la Novena el corregirse de algún defecto á que suele ser más propensa la persona que la hace. Para conseguirlo, es bueno en cada una de dichas tres visitas pedir perdón de las caídas pasadas, renovar el propósito de no caer más é implorar el auxilio de María. El obsequio más agradable á la Virgen es el imitar sus virtudes; por lo cual, á más de esto, será muy del caso en cada Novena proponerse imitar alguna virtud especial de María, la más acomodada al misterio, como, por ejemplo, en la fiesta de la *Concepción*, la pureza de intención; en el *Nacimiento*, la renovación del espíritu saliendo de la tibieza; en la *Presentación*, el desprendimiento de alguna cosa á la que nos conozcamos más aficionados; en la *Anunciación*, la humildad en sufrir los desprecios, etc.; en la *Visitación*, la caridad para con el prójimo, haciendo limosnas, etcétera, á lo menos rogando por los pecadores; en la *Purificación*, la obediencia á los superiores, y finalmente, en la *Asunción*, practicar el desprendimiento de las cosas terrenas y prepararse para la muerte, procurando vivir como si cada día fuese el último de nuestra vida. De este modo las Novenas producirán excelentes resultados.

6.º Además, después de la comunión en el día de la fiesta, es bueno pedir con más frecuencia el permiso al padre espiritual para comulgar durante el curso de la Novena. Decía el P. Señeri que no podemos honrar mejor á María que estando con Jesús. Y reveló ella misma á una alma santa, como refiere el P. Grasset (1), que no se le

1. Tom. 2, tr. 6, part. 6.

puede ofrecer cosa más agradable que la sagrada comunión, porque allí recoge Jesucristo en las almas el fruto de su Pasión, por lo cual parece que la Virgen sólo desea de sus siervos la comunión, diciéndoles: *Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os he preparado*

7.º Finalmente, en el día de la fiesta, después de la comunión, debemos ofrecernos á servir á esta divina Madre, pidiéndole la gracia de la virtud que nos hayamos propuesto en la Novena ú otra gracia especial. Y es bueno destinar cada año entre las otras alguna festividad de la Virgen, á la cual tengamos mayor devoción y afecto, y prepararse en ésta de un modo particular, á fin de poder dedicarnos nuevamente y de un modo más especial á su servicio, eligiéndola por nuestra Reina, Abogada y Madre (1). Y entonces le pediremos perdón de las faltas en que hubiéramos incurrido sirviéndola el año anterior, y le ofreceremos practicarle con mayor fidelidad para el año presente. Le rogaremos, en fin, que nos acepte por siervos y nos alcance una santa muerte.

OBSEQUIO III

Del Rosario y del Oficio.

LA devoción del santísimo Rosario ya se sabe que fue revelada á Santo Domingo por la misma divina Madre, cuando hallándose el Santo afligido, y lamentándose á su Reina del grande daño que los herejes albigeneses causaban entonces á la Iglesia, la Santísima Virgen le dijo: *Este terreno será siempre estéril si no cayere sobre él la lluvia*. Entendió entonces Santo Domingo que esta lluvia era la devoción del Rosario que él había de publicar. Con efecto, el Santo fué por todas partes predicándola, y todos los católicos la abrazaron, de manera que actualmente no hay devoción más practicada por todos los fieles, cualquiera que sea su condición. ¿Qué no han dicho los herejes modernos Calvino, Lutero y otros, para desacreditar el uso del Rosario? Mas es notorio el gran bien que esta augusta devoción ha traído al mundo. ¡Cuántos por medio de ella se han librado de sus pecados! ¡cuántos

1. Al fin del libro se hallan dos fórmulas de esta dedicación, una para si y otra para la familia.

se han convertido á una vida santa! ¡cuántos han hecho una buena muerte y se han salvado! Léanse tantos libros que de él tratan: basta saber que la Iglesia ha aprobado esta devoción, y los Sumos Pontífices la han enriquecido de indulgencias. Al que reza la tercera parte del Rosario se le conceden setenta mil años de indulgencia, y al que le reza entero, ochenta mil, y más el que le reza delante de la capilla del Rosario. Benedicto XIII últimamente concedió al que rezase á lo menos la tercera parte del Rosario, con rosarios bendecidos por los Padres Dominicos, todas las indulgencias concedidas á las coronas de Santa Brígida, á saber: cien días por cada *Ave María* y *Padre nuestro* que se dice. Además, cualquiera que reza el Rosario gana indulgencia plenaria en todas las fiestas principales de María y de la santa Iglesia, y también de los Santos dominicos, visitando sus iglesias después de haber confesado y comulgado. Pero debe advertirse que todo esto se entiende para los que se hallan inscritos en el libro del Rosario, los cuales, confesando y comulgando en el día en que se inscriben, ganan indulgencia plenaria, y cien años si llevaren el rosario; y el que hiciere oración mental media hora al día, siete años por cada vez, y al fin del mes indulgencia plenaria.

Para ganar las indulgencias concedidas al Rosario, es necesario al mismo tiempo meditar los misterios que se hallan en muchos libros; mas si alguno no los supiere, bastará que medite alguno de los misterios de la Pasión de Jesucristo, como los azotes, la muerte, etc. Es necesario, además, rezar el Rosario con devoción; acerca de lo cual debe advertirse lo que dijo la Santísima Virgen á la beata Eulalia, esto es, que más agradecía cinco decenas rezadas con pausa y devoción, que quince aprisa y no tan devotamente. Por esto es bueno decir el Rosario arrodillado y delante de alguna imagen de la Virgen, y hacer al principio de cada decena un acto de amor á Jesús y á María pidiéndoles alguna gracia. Y adviértase á más de esto que aprovecha mucho más decir el Rosario en compañía de otros, ó en familia, que decirlo solo.

Acerca del *Oficio Parvo* de Nuestra Señora, compuesto, según se dice, por San Pedro Damiano, Urbano II concedió muchas indulgencias al que lo rezare, y la Santísima Virgen ha manifestado muchas veces cuánto agradece esta devoción, como puede verse en el P. Auriema (1). Tam-

bién agradece mucho que se reciten Letanías, á las que están concedidos doscientos días de indulgencias por cada vez que se digan; el himno *Ave maris stella*, que la Virgen mandó rezar á Santa Brígida todos los días, y principalmente en el cántico del *Magnificat*, porque con éste la alabamos con las mismas palabras con que ella alabó á Dios.

OBSEQUIO IV

Del ayuno.

MUCHOS son los devotos de María que en los sábados y vigiliás de sus fiestas acostumbran ofrecerle el ayuno á pan y agua. Es sabido que el sábado es el día consagrado á la Virgen por la santa Iglesia, porque en este día, dice San Bernardo, permaneció firme en la fe después de la muerte de su Hijo (1). Por esto los siervos de María no dejan de ofrecerle en este día algún obsequio particular, y especialmente el ayuno á pan y agua, como lo practicaban San Carlos Borromeo, el cardenal Toledo y otros. Nitardo, obispo de Bambergá, y el P. José Arriaga, de la Compañía de Jesús, el sábado no probaban absolutamente comida alguna. Las gracias extraordinarias que la Madre de Dios ha dispensado á los que han practicado este obsequio, pueden leerse en el P. Auriema (2). Baste por todas la misericordia que usó con aquel capitán de bandoleros, que por esta devoción mereció la gracia de quedar vivo después de haberle sido cortada la cabeza, hallándose el miserable en desgracia de Dios, y pudo confesarse antes de morir; porque después declaró que la Santísima Virgen, por este ayuno que le había ofrecido, le había conservado la vida, y luego murió (3). El que pretendiere ser devoto especial de María, y precisamente el que hubiere merecido el infierno, nada extraordinario haría ofreciéndole este ayuno del sábado. Yo digo que el que practica esta devoción difícilmente se condenará; mas no por esto supongo que si la muerte le sorprende en estado de pecado mortal, Nuestra Señora le haya de librar con un milagro, como sucedió á aquel bandolero, pues estos prodigios de la divina misericordia se ven rarísimas veces, y

1. Cap. 2 de Pass. — 2. T. 1, c. 17.—3. Ap. Auriem. 1, c. 17.

fuera locura hacer depender de ellos la salvación eterna; digo solamente que al que la tribute este obsepuio, la Madre de Dios le alcanzará fácilmente la perseverancia en la divina gracia y una buena muerte. Todos los hermanos de nuestra mininia Congregación, que pueden ayunar á pan y agua, lo practican el sabado en honor de María. Los que pueden, he dicho, porque si alguno se hallase impedido de practicarlo por falta de salud, conténtese á lo menos con comer una sola vez el sábado, ú observe el ayuno ordinario, ó se abstenga de comer fruta ó de alguna otra vianda exquisite. Es necesario ofrecer el sábado obsequios especiales á Nuestra Señora, comulgar, ó á lo menos oír misa, visitar alguna imagen de la Virgen, llevar cilicios ó alguna otra cosa semejante. Y á lo menos en las vigilijs de las siete fiestas de María procure su devoto ofrecerle este ayuno á pan y agua, ó de otra manera, según le fuere posible.

OBSEQUIO V

De las visitas á las imágenes de María.

DICE el P. Señeri, que el demonio no supo consolarse mejor de las pérdidas que experimentó en la destrucción de la idolatría, que persiguiendo las sagradas imágenes por medio de los herejes. Pero la santa Iglesia las ha defendido hasta con la sangre de los Mártires, y la divina Madre ha manifestado también con prodigios cuánto agradece el culto y visitas á sus imágenes. A San Juan Damasceno le cortaron la mano por haber defendido con sus escritos las imágenes de María; pero esta Señora se le restituyó milagrosamente. Refiere el P. Espinelli que en Constantinopla todos los viernes, después de Vísperas, se descorría por sí mismo un velo que ocultaba la imagen de la Virgen, y concluidas las Vísperas del sábado volvía también á correrse por sí solo. A presencia de San Juan de Dios, abrióse del mismo modo el velo de una imagen de la Virgen, de manera que creyendo el sacristán que el Santo era un ladrón, le dió un puntapie, pero se le secó el pie. Por esto todos los devotos de María suelen visitar afectuosamente y á menudo las imágenes ó iglesias dedicadas á su honor. Estas son, según dice San Juan Damasce-

no, las ciudades de refugio en donde hallamos acogida en las tentaciones y en los castigos merecidos por las culpas que hemos cometido. Lo primero que hacía San Enrique, emperador, al entrar en alguna ciudad, era visitar alguna iglesia de María. El P. Tomás Sánchez acostumbraba no volver á casa sin visitar antes alguna iglesia dedicada á la Virgen. No se nos pase, pues, un día sin visitar á nuestra Reina en alguna iglesia, capilla ó en nuestra propia casa, en donde será conveniente al efecto construir en el lugar más retirado de ella un pequeño oratorio con su imagen adornada de colgaduras, flores, velas ó lámparas, y allí podrán decirse las Letanías, el Rosario, etc. Con este objeto compuse un librito, que se ha reimpresso varias veces, dedicado especialmente á las *Visitas*, así del Santísimo Sacramento, como de la bienaventurada Virgen para todos los días del mes. El devoto de María podrá también hacer celebrar en alguna iglesia ó capilla alguna de sus fiestas solemnemente, haciendo preceder la Novena con exposición del Santísimo Sacramento y aun con sermón.

No dejará sin duda de ser útil repetir aquí el suceso que refiere el P. Espinelli entre los milagros de María, en el número 65. El año 1611 sucedió en el célebre santuario de María en *Monte Vergine*, que, la vigilia de Pentecostés, habiendo profanado la fiesta la muchedumbre de personas que allí se habían reunido, con bailes, crápulas y deshonestidades, de repente se vió la casa donde se hallaban, que era de tablas, incendiada con tanta violencia, que en menos de hora y media quedó reducida á cenizas, causando la muerte á más de mil quinientas personas. Cinco de ellas que sobrevivieron, depusieron con juramento haber visto á la misma Madre de Dios, que con dos antorchas encendidas iba incendiando el edificio. Con esto ruego cuanto me es posible á los devotos de María, que se abstuvieren, y procuren también que los demás se abstengan de ir á semejantes santuarios de Nuestra Señora en tiempo de las romerías; porque de ellas más fruto saca el infierno que honor la divina Madre. El que tenga esta devoción, vaya á visitarlos en tiempo que no haya concurso.

OBSEQUIO VI

Del escapulario

A sí como los hombres tienen á honra que otros lleven sus libreas, así María Santísima agradece á sus devotos que lleven su escapulario, para manifestar que están dedicados á su servicio y que se cuentan en el número de los familiares de la Madre de Dios. Los herejes modernos se burlan, como acostumbran, de esta devoción; pero la santa Iglesia la ha aprobado con muchas bulas é indulgencias. El P. Crasset (1) y Lezana (2), hablando del escapulario del Carmen refieren, que hacia el año 1281 la Santísima Virgen se apareció al beato Simón Stok, inglés, y entregándole el escapulario, le dijo que los que le hubieren llevado se librarian de la eterna condenación (3). Además, el P. Crasset refiere que, apareciéndose María al papa Juan XXII, le ordenó que hiciese saber á los que llevasen su escapulario, que se librarian de purgatorio el sábado después de su muerte, conforme así lo declaró después el mismo Sumo Pontífice en su bula, confirmada luego por Alejandro V, Clemente VII y otros, según refiere el expresado P. Crasset en el lugar citado. Y como he notado en la primera parte (4), Paulo V indica lo mismo, y parece que explica las bulas de los Pontífices sus antecesores, prescribiendo en la suya las condiciones que deben observarse para ganar las indulgencias concedidas, esto es, la observancia de la castidad, según el estado de cada uno, y el rezo del Oficio parvo de la Virgen; y al que no pueda rezarlo, á lo menos la observancia de los ayunos que prescribe la Iglesia, absteniéndose de comer carne el miércoles. Las indulgencias que hay concedidas, tanto á este escapulario del Carmen como á los demás de los Dolores de María, de la Merced, y especialmente al de la Concepción, son innumerables, parciales y plenarias, en la vida y en el artículo de la muerte. En cuanto á mí, he procurado tomar todos los referidos escapularios. Debe saberse, asimismo, que particularmente el de la Inmaculada Concepción que bendicen los Padres Teatinos, además de las indulgencias particulares, tiene concedidas las de cualquiera Orden, lu-

1. *Tratado de la devoción*, par. 4—6. In *Maria*, 5, n. 10—3. Ap. *Lex. l. c.*—4. C. 2 par. 2.

gar pio y persona. Y especialmente rezando seis *Padre nuestros*, *Ave María* y *Gloria* en honor de la Santísima Trinidad y de María Inmaculada, se ganan *toties quoties*, todas las indulgencias de Roma, de la Porceiúncula, de Jerusalén y de Galicia, las cuales ascienden á quinientas treinta y tres indulgencias plenarias, además de las parciales, que son innumerables. Todo esto se ha sacado de un pliego impreso por los mismos Padres Teatinos.

OBSEQUIO VII

Del ingreso en las Congregaciones ó Cofradías de María.

No falta quien desaprobe las Congregaciones ó Cofradías de María, diciendo que á veces se convierten en origen de pleitos, y que muchos ingresan en ellas por fines humanos. Pero así como no deben condenarse las iglesias y los Sacramentos porque haya muchos que abusen de ellos, así tampoco deben reprobarse las Congregaciones ó Cofradías. Los Santos Pontífices, en vez de condenarlas, las han aprobado, haciendo de ellas muchos elogios y enriqueciéndolas con indulgencias. San Francisco de Sales (1) exhorta encarecidamente á los seglares á que se inscriban en las Congregaciones. Y ¿qué no hizo San Carlos Borromeo para establecerlas y multiplicarlas? Principalmente en sus sínodos recomienda á los confesores que procuren hacer ingresar en ellas á los penitentes (2); y con razón, porque estas Congregaciones ó Cofradías, especialmente las de Nuestra Señora, son otras tantas arcas de Noé, en las cuales los pobres seglares encuentran un refugio en el diluvio de las tentaciones y de los pecados que inundan el universo. En cuanto á nosotros, en el ejercicio de las misiones hemos conocido positivamente la utilidad de las Congregaciones. Regularmente hablando, más pecados se hallan en un hombre que no está inscrito en ninguna Congregación, que veinte de los que pertenecen á alguna de ellas. Puede decirse que la Congregación es como la torre de David; de la cual «cuelgan mil escudos, toda armadura de valientes» (3); siendo por este motivo las Congregaciones y Cofradías muy provechosas,

1. En su «Introducción á la vida devota», p. 2, c. 15.—2. Act. Med. t. I, c. 6, 58.—3. Cant. v. 4.

porque en ellas encuentran los congregantes muchos medios de defensa contra el infierno y se emplean los medios para conservarse en la divina gracia, que, fuera de ellas, difícilmente practican los seglares.

En primer lugar, otro de los medios para salvarse es el pensar en las máximas eternas. *Acuérdate de tus postrimerias y nunca jamás pecarás* (1). Y porque no piensan en ellas, es el motivo de que se pierdan muchas personas. *Está horrorosamente desolada toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazón* (2). Mas los que asisten en las Congregaciones ó Cofradías se disponen á pensar bien en tantas meditaciones, leyendas y sermones como en ellas se hacen: *Mis ovejas oyen la voz mía* (3). En segundo lugar, para salvarse es necesario encomendarse á Dios: *Pedid y recibiréis* (4). Y en la Congregación ó Cofradía los individuos de ella lo están practicando continuamente, y Dios atiende más sus oraciones, porque él mismo dijo que otorga más fácilmente sus gracias, por los ruegos hechos en común: *Si dos de vosotros se reunieren sobre la tierra para pedir alguna cosa, sea la que fuere, les será otorgada por mi padre* (5). Sobre lo cual dijo San Ambrosio: Muchos pequeños congregados en uno se hacen grandes, y los ruegos de muchos no pueden dejar de oírse. En tercer lugar, en la Congregación ó Cofradía se frecuentan más á menudo los Sacramentos, así por las reglas como por los ejemplos que allí dan los otros hermanos. Y por esto más fácilmente se alcanza la perseverancia en la divina gracia; habiendo declarado el santo concilio de Trento que la comunión es como un antídoto con que nos libramos de las culpas cotidianas y nos preservamos de los pecados mortales (6). En cuarto lugar, además de los Sacramentos, en las Congregaciones ó Cofradías se hacen muchos ejercicios de mortificación, de humildad y de caridad con los hermanos enfermos y con los pobres. Y sería muy útil que en cada Congregación se introdujese esta santa costumbre de asistir á los enfermos pobres del país.

Fuera también sumamente provechoso que se estableciese, en honra de la misma divina Madre, la *Congregación secreta* de los hermanos más fervorosos. He aquí en compendio los ejercicios que suelen practicarse en ellas:

1.^o Se tiene media hora de lectura.

2.^o Se rezan Vísperas y Completas del Espíritu Santo.

1. Ezeq. vii, 40.—2. Jer. xii, xi.—3. Joán. x, 27.—4. Joán. xvi, 24.—5. Matth. xviii, 19.—6. Sess. 1.^a, c. 2.

3.º Las Letanias de la Virgen, durante las cuales los hermanos destinados al efecto practican alguna mortificación, sosteniendo la cruz sobre los hombros y otras cosas semejantes.

4.º Se medita un cuarto de hora en la Pasión de Jesucristo.

5.º Se acusan todos de las culpas cometidas contra las reglas, y el Padre les impone la penitencia.

6.º Un hermano designado al efecto lee el ramillete de mortificaciones practicadas en la semana anterior, y después publica las novenas que van á empezarse, etc. Finalmente, se tiene la disciplina por espacio de un *Miserere* y una *Salve*, y todos besan los pies del Crucifijo puesto al pie del altar.

Las reglas consisten en que cada hermano:

1.ª Haga todos los días oración mental.

2.ª La visita al Santísimo Sacramento y á la Virgen.

3.ª El examen de conciencia por la noche.

4.ª La lectura espiritual.

5.ª Evite los juegos y conversaciones mundanas.

6.ª Frecuente la comunión y practique alguna mortificación, como la cadenilla, la disciplina, etc.

7.ª Encomiende todos los días á Dios las almas del purgatorio y los pecadores.

8.ª Hallándose un hermano enfermo, los demás están obligados á visitarle.

Pero volvamos á nuestro asunto.

En quinto lugar, ya se ha dicho cuánto aprovecha para salvarse el servir á la Madre de Dios; ¿y qué otra cosa hacen los hermanos sino servirla en la Congregación ó Cofradía? Allí se consagran desde el principio á su servicio, eligiéndola de una manera especial por su Señora y Madre, y se inscriben en los libros de los hijos de María; por lo cual, así como éstos son siervos é hijos distinguidos de la Virgen, así ella á su vez les trata con distinción y les protege en la vida y en la muerte. De manera que un hermano de la Congregación ó Cofradía de María puede decir, que ingresando en ella ha recibido toda especie de bienes (1).

Dos cosas, pues, debe proponerse todo hermano cofrade: primeramente, el objeto, esto es, el ingresar en la Congregación ó Cofradía con el único fin de servir á Dios en su Santísima Madre, y de salvar su alma. En segundo lu-

gar, no dejar de asistir á la Congregación ó Cofradía en los días establecidos, prescindiendo de los negocios temporales, porque allí debe ir á tratar el negocio más importante que pueda ocuparle en la tierra, que es su salvación eterna. Y procure también incorporar á cuantos pudiere en la Congregación ó Cofradía, y especialmente que vuelvan á ingresar en ella los hermanos que se hubiesen separado de la misma. ¡Cuán terribles castigos ha fulminado Dios contra los que han abandonado la Congregación de Nuestra Señora! Un cofrade que en Nápoles se había separado de la Congregación, habiendo sido después exhortado á que volviese á ingresar en ella, contestó: «Antes me dejaré quebrar las piernas y cortar la cabeza.» El desdichado fué profeta, pues no se pasó mucho tiempo que sus enemigos le quebraron realmente las piernas y le cortaron la cabeza (1). Al contrario, los cofrades que perseveran, María les colma de bienes temporales y espirituales. *Todos sus domésticos traen vestidos aforrados* (2). El P. Auriema refiere las gracias especiales que María ha hecho á sus cofrades en la vida y en la muerte; pero principalmente en muerte (3). Refiere el P. Crasset (4), que en el año 1856, estando un joven para morir, quedó dormido, y al despertar dijo á su confesor: ¡Oh padre mío! he estado en grave peligro de condenarme; pero mi Señora me ha librado. Los demonios han presentado mis pecados al tribunal del Señor, y ya se preparaban para arrastrarme al infierno, cuando ha venido la Santísima Virgen, y diciéndoles: *¿Dónde lleváis á este joven? ¿qué razón tenéis contra un siervo mío que me ha servido tanto tiempo en mi Congregación?* los demonios huyeron, y así me he librado de sus manos. El mismo autor refiere que otro hermano, también á la hora de la muerte, sostuvo un gran combate con el infierno; pero que habiendo triunfado, exclamó lleno de júbilo: *¡Oh cuán bueno es servir á la bienaventurada Madre en su Congregación!* Y murió colmado de consuelos. Luego añade que en Nápoles, estando el duque de Popoli para morir, habló así á su heredero: «Has de saber, hijo mío, que lo poco bueno que yo he hecho durante mi vida, reconozco que lo debo á mi Congregación; por lo cual no tengo otro mayor bien que dejarte que la Congregación de María. Aprecio más mi calidad de congregante, que la de duque de Popoli.»

1. Ap. Serm. d. Cong. p. 1. — 2. PROV. XXXII. 21. — 3. Tom. 2, cap. 4. — 4. Tom. 8, p. 3.

OBSEQUIO VIII

De la limosna en honor de María.

A COSTUMBRAN los devotos de María especialmente en el día del sábado, hacer limosna en honor de la divina Madre. San Gregorio habla en sus *Diálogos* de un santo zapatero, llamado Deodato, quien el sábado distribuía entre los pobres todo lo que había ganado durante la semana; por lo que á una alma santa se le mostró en visión un suntuoso palacio que Dios preparaba en el cielo para este siervo de María, y que no se fabricaba sino en el día del sábado. San Gerardo jamás negaba cosa alguna que se le pidiese en nombre de María. Lo mismo practicaba el P. Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús; por lo cual después confesó que no había pedido gracia alguna á María que no se la hubiese alcanzado. Habiendo este siervo de María sido muerto por los Hugonotes, la divina Madre apareció á sus compañeros con algunas vírgenes, á las cuales hizo envolver el cuerpo con una sábana, y se lo llevó (1). Eberardo, obispo de Salisburgo, hacia lo mismo; y por esto un santo monje le vió en figura de un niño en los brazos de María, la cual le dijo: Este es mi hijo Eberardo, que nunca me negó nada. Otro tanto practicaba Alejandro de Ales, el cual, instado en nombre de María por un lego de San Francisco para que se hiciese franciscano, dejó el mundo y entró en esta Religión (2). Complázcanse, pues, los devotos de la Virgen en dar cada día en su honor una pequeña limosna y en aumentarla el sábado. Y si sus facultades no se lo permitieren, hagan á lo menos por amor de María alguna otra obra de caridad, como asistir á los enfermos, rogar por los pecadores, por los pobres cautivos, por las almas del purgatorio, etc. Las obras de misericordia son muy agradables al corazón de esta piadosa Madre.

OBSEQUIO IX

De la frecuente invocación á María.

Yo afirmo que entre todos los obsequios ninguno es tan agradable á nuestra Madre como el que acudamos con frecuencia á su intercesión, implorando su auxilio en todas las necesidades particulares, esto es,

para tomar ó dar consejo, ó en los peligros, en las aficciones y tentaciones, especialmente en las que se levantan contra la pureza. Entonces la divina Madre nos librará ciertamente de ellas, acudiendo nosotros á rezar la antífona *Bajo tu amparo* ó el *Ave María*, ó invocando solamente el santo nombre de María, que tiene una fuerza particular contra los demonios. El beato Santi, franciscano, en una tentación contra la pureza acudió á María, y apareciéndosele luego la Virgen, le puso la mano sobre el pecho y le libró. Aprovecha también entonces besar ó estrechar el rosario entre las manos ó el escapulario, ó contemplar alguna imagen de la divina Madre. Sépase, asimismo, que al que pronuncia los nombres de Jesús y María, Benedicto XIII concedió cincuenta días de indulgencia.

OBSEQUIO X

Por décimo y último obsequio reuno aquí otras varias prácticas que pueden observarse en honra de María.

1.º Celebrar ó hacer celebrar, ó á lo menos oír misa en honor de la Santísima Virgen. Es verdad que el santo sacrificio de la misa sólo puede ofrecerse á Dios, á quien principalmente se ofrece en reconocimiento de su supremo dominio; mas esto no impide, como dice el sagrado concilio de Trento (1), que pueda ofrecerse al propio tiempo á Dios en acción de gracias por los favores que ha dispensado á los Santos y á su Santísima Madre, á fin de que haciendo nosotros memoria de ellos, se digne interceder por nosotros. Y por esto se dice en la misa: *Para que á ellos les sirva de gloria, y á nosotros nos aproveche para nuestra salvación*. Este obsequio de la misa así como el de decir tres *Padre nuestros*, *Ave María* y *Gloria* á la Santísima Trinidad, en acción de gracias por las concedidas á María, le agrada especialmente, como lo reveló ella misma á una alma piadosa; porque no pudiendo la Virgen dar bastantes gracias al Señor por todas las prerrogativas que le concedió, agradece mucho que sus hijos la ayuden á practicarlo.

2.º Reverenciar á los Santos más allegados á María, como San José, San Joaquín, Santa Ana, su madre (2).

1. Sess. 22. c. 3.º—2. Barry. Par. ap.

Venerar también á los Santos más devotos de la divina Madre, como San Juan Evangelista, San Juan Bautista, San Bernardo, San Juan Damasceno, defensor de sus imágenes, San Ildefonso, defensor de la virginidad, etc.

3.º Leer cada día algún libro que trate de las glorias de María. Predicar, ó á lo menos insinuar á todos, especialmente á sus allegados, la devoción á la divina Madre. Un día dijo la Virgen á Santa Brígida: *Has que tus hijos sean hijos míos*. Rogar cada día por los vivos y difuntos mas devotos de María.

Hay otras muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices á los que honran de varias maneras á esta Reina del cielo.

1.ª Al que diga: *Sea bendita la Santa é Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María*, están concedidos cien años de indulgencia; y cuando después de la palabra *inmaculada* se añade *y purísima*, según dice el Padre Crasset, hay concedidas otras indulgencias para las almas del purgatorio;

2.ª Cuarenta días á la *Salve*.

3.ª Doscientos á las *Letanias*.

4.ª Veinte días al que inclinare la cabeza á los santos nombres de *Jesús* y de *Marta*.

5.ª Al que dijere cinco *Padre nuestros* y *Ave Marias* á la Pasión de Jesús y á los dolores de María, diez mil años.

Para comodidad de las almas devotas, quiero notar aquí otras indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices á otras devociones,

1.ª Tres mil ochocientos años al que oyere misa.

2.ª Al que practicare los actos cristianos con el propósito de recibir los santos Sacramentos en vida y á la hora de la muerte, Benedicto XIII concedió siete años; y continuándolos por un mes, indulgencia plenaria aplicable á las almas del purgatorio, y á sí mismo en el artículo de la muerte.

3.ª Al que rezare quince *Padre nuestros* y *Ave Marias* por los pecadores, remisión de la tercera parte de los pecados.

4.ª Al que hiciere media hora de oración mental al día, el papa Benedicto XIV concedió muchas indulgencias, y plenaria una vez al mes confesando y comulgando.

5.ª Al que rezare la oración *Anima Christi*, etc., trescientos días.

6.ª Al que acompañare al Viático, cinco años, y seis

si lo hiciese con luces; y si no pudiere, rezando un *Padre nuestro* y *Ave María*, cien días.

7.^a Al que se arrodillare delante del santísimo Sacramento, doscientos días.

8.^a Al que besare la cruz, un año y cuarenta días.

9.^a Al que inclinare la cabeza al *Gloria*, treinta días.

10. A los sacerdotes que antes de la misa rezaren *Ego volo celebrare missam*, etc., cincuenta días.

11. Al que besare el escapulario de los religiosos, cinco años.

Se pueden leer otras indulgencias en el P. Viva (1). Procure, pues, cada uno disponerse para ganar estas indulgencias con un acto de contrición.

Omito otras devociones que se hallan en varios libros como de los *Siete Gozos*, de los *Doce Privilegios de María* y otras semejantes, y concluyó esta obra con las bellas palabras de San Bernardo (2).

« ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres, Vos sois
 » la honra del género humano, la salud de nuestro pueblo!
 » Vos tenéis un mérito sin límites, y un entero poder sobre
 » todas las criaturas. Sois la Madre de Dios, la Señora del
 » mundo, la Reina del cielo. Sois la dispensadora de todas
 » las gracias, el ornamento de la santa Iglesia, el modelo
 » de los justos, el consuelo de los Santos y la raíz de nues-
 » tra redención. Sois la alegría del paraíso, la puerta del
 » cielo, la gloria de Dios. He aquí cuanto hemos podido de-
 » cir en vuestra alabanza. Os suplicamos, pues, oh Madre
 » de bondad, que suplais nuestras flaquezas, que excuséis
 » nuestra osadía, que aceptéis nuestros servicios y que
 » bendigáis nuestras fatigas, imprimiendo en el corazón de
 » todos vuestro amor, á fin de que después de haber hon-
 » rado y amado á vuestro Hijo sobre la tierra, podamos
 » alabarle y bendecirle eternamente en el cielo. Amén.»

Y por esto, lector mío querido y hermano, amante de nuestra Madre María, te dejo y digo: Persevera alegremente en honrar y amar á esta buena Señora; procura también hacerla amar de cuantos puedas, y no vaciles; confía con seguridad en que si perseverares en la verdadera devoción á María hasta la muerte, indudablemente te salvarás. Concluyo, pues, no porque no me quede todavía qué decir de las glorias de esta gran Reina, sino para no molestarte más. Lo poco que he escrito, bien puede bas-

tarte para que te enamores de este gran tesoro de la devoción á la Madre de Dios, á lo que ella no dejará por cierto de corresponder con su poderoso patrocinio. Agradece, por lo tanto, el deseo que me ha animado en esta obra, de verte salvo y sauto, y convertido en hijo amante y devoto de esta amabilísima Reina. Y si conoces que este libro mío haya contribuído algún poco á ello, por caridad te ruego que me encomiendes á María y que le pidas para mí aquella gracia que yo para ti le pido, esto es, que algún día nos veamos juntos en el cielo á sus pies, reunidos con todos los demás hijos suyos.

Y vuelto finalmente á Vos, oh Madre de mi Señor, oh Madre mía María, os suplico que os sea agradable este mi pobre trabajo, y el deseo que he tenido de veros alabada y amada de todos. Vos no ignoráis cuánto he deseado concluir esta obrita de vuestras Glorias antes que acabara mi vida, la cual ya se aproxima á su fin. Ahora digo que muero contento dejando en la tierra este libro, que continuará en alabaros y predicaros, como he procurado hacerlo siempre durante estos años de mi conversión, que por vuestro medio he alcanzado de Dios. ¡Oh María Inmaculada! os encomiendo á todos los que os aman, y especialmente á los que leerán este libro, y más particularmente á los que tendrán la caridad de encomendarse á Vos. Dadles, Señora, perseverancia; hacedles á todos Santos, y conducidnos á todos á alabaros juntos en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! verdad es que soy un desdichado pecador; mas yo me giorío de amaros, y espero de Vos grandes cosas, y entre otras el morir amándoos. Espero que en las angustias de mi muerte, cuando el demonio me pondrá delante mis pecados, la Pasión de Jesús, y después de vuestra intercesión, me han de confortar para salir de esta miserable vida en gracia de Dios, para ir á amarle y daros gracias á Vos, Madre mía, por los siglos de los siglos. Amén. Así lo espero, así sea.

Señora, dí por nosotros á tu Hijo: *No tienen vino*. ¡Cuán esclarecido es el cáliz de este vino que nos embriaga! El amor de Dios nos hace despreciar al mundo, nos enardece, nos fortifica; nos adormece para las cosas temporales, y nos despierta para las invisibles (1).

Tú eres el campo lleno, colmado de virtudes y de gracias. Tú te elevaste como aurora brillante y rubicunda;

1. S. Bern. ú otro autor *in Sabo. Reg. serm. 4*

porque exenta del pecado original, naciste esplendente con el conocimiento de la verdad, y rubicunda con el amor de la virtud: ninguna lesión pudo causarte el enemigo, porque mi escudos te defienden, y las armas todas de los fuertes. No hay virtud que no resplandezca en ti, y tú sola posees todo lo que reunieron cada uno de los Santos (1).

Oh, Señora, mediadora y abogada nuestra, recomiéndanos á tu Hijo. Haz, oh bendita, por la gracia que has merecido, que el mismo que por tu medio se dignó participar de nuestra debilidad y miseria, por tu intercesión nos haga también partícipes de su bienaventuranza y gloria (2).

Bella rosa, si piadosa
 Tú me amas, y me inflammas,
 Haz que un día el alma mía
 En tu amor pueda espirar.
 Concédeme, Señora, la suerte
 De que te ame yo siempre, y en la muerte
 Que el alma entregue exclamando:
 Dulce María, esperanza mía,
 Tú eres aquella feliz estrella
 Que al puerto eterno me ha de guiar.

1. S. Bern. ú otro autor de *Salv. Reg.* serm. 4.—2. Idem, ibid.

VIVA JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA.

Lo que dijeron los papas sobre S. Alfonso.

Pío IX: "Modelo de toda virtud, como una lámpara colocada en un candelabro, tan iluminado para todos los cristianos, que ya se ha contado entre los santos y la familia de Dios. También enseñó con palabras y escritos lo que presenció con su vida. De hecho, alejó y refutó ... **en particular con el Tratado de Teología Moral, la oscuridad de los errores, ampliamente difundida por los Increduli y los Jansenistas...** Aclaro también las preguntas oscuras y resuelvo esas dudas, abriendo un camino fácil para los confesores entre las opiniones complicadas de los teólogos, ahora demasiado estrictas y ahora demasiado relajadas. Al mismo tiempo, con perspicacia, ilustró y defendió con firmeza las doctrinas de la Inmaculada Concepción, la Virgen María y la infalibilidad del Sumo Pontífice, cuando enseña "ex cathedra", estas las doctrinas fueron definidas dogmas en este siglo nuestro. (Decreto para el título de Doctor, 23 de marzo de 1871).

León XIII: "Aunque los escritos de San Alfonso, Doctor de la Iglesia, están muy difundidos en todo el mundo, es deseable que se publiquen cada vez más y estén disponibles para todos. Con la máxima valentía se adaptó a la inteligencia de todas las verdades de la fe cristiana. Se interesó en el bien moral de todos; alimentó la devoción universal y los vagabundos en la densa noche del mundo señalaron las calles por las cuales, arrancados del poder de la oscuridad, podrían alcanzar el reino luminoso de Dios ". (28 de agosto de 1879).

Pío XII: "Muchos cardenales, arzobispos y obispos, grandes rectores de institutos religiosos, claros rectores de universidades eclesiásticas, estudiosos y profesores de teología moral han adelantado los votos porque se proclamara San Alfonso de Liguori, obispo, confesor y doctor de la Iglesia. Celeste, patrono de todos los sacerdotes que se dedican al trabajo apostólico laborioso y saludable de las confesiones y a todos aquellos que se comprometen a difundir la teología moral a través del habla y la escritura. Acogemos con satisfacción esta solicitud, ya que es todo el mundo sabe que San Alfonso se distinguió por su prudencia, doctrina ... El propio santo ha dejado o una sólida doctrina teológica y moral que los Sumos Pontífices definieron como una norma segura para aquellos que se dedican al delicado apostolado de la dirección de las almas ... Impulsados por razones tan importantes, deseando celebrar convenientemente el segundo centenario de la publicación de la Teología Moral de un teólogo tan ilustre, declaramos y proclamamos a San Alfonso Obispo, doctor y confesor de la Iglesia, patrono celestial de todos los confesores y moralistas, con todo honores que compiten por este fin". (Breve Consueverunt omni tempore del 26 de abril de 1950).